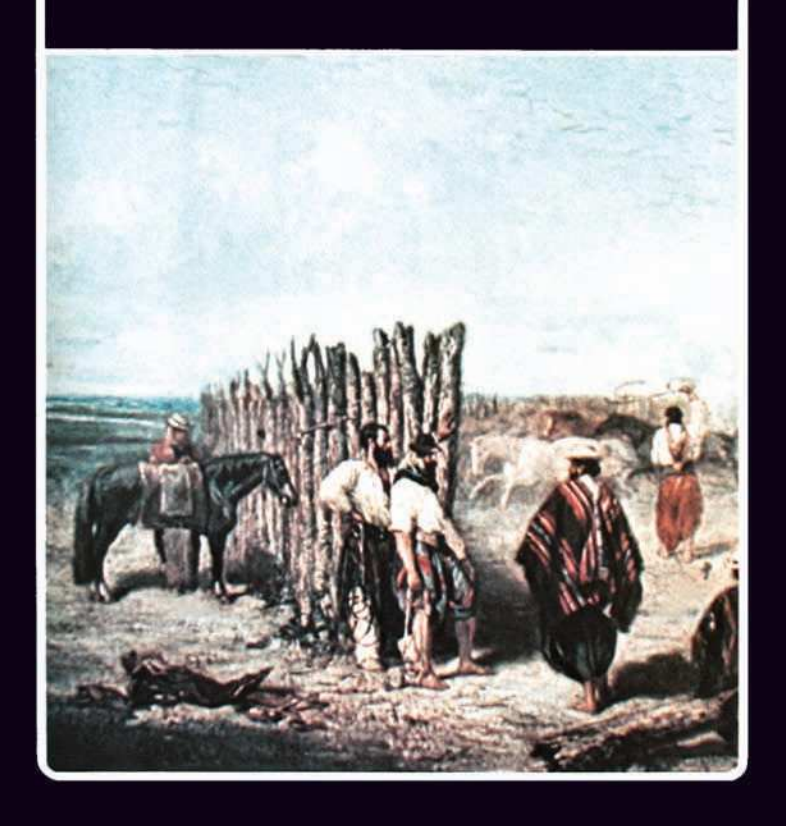
RICARDO GÜIRALDES

# DON SEGUNDO SOMBRA
# PROSAS Y POEMAS

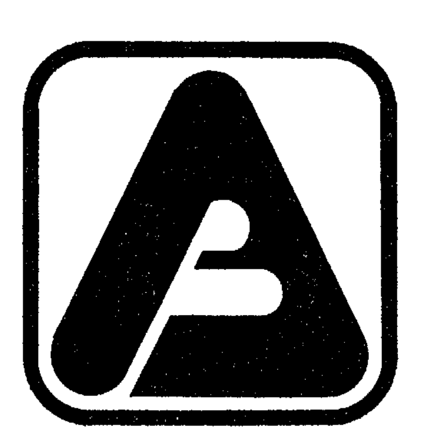


Ricardo Güiraldes

# DON SEGUNDO SOMBRA
# PROSAS Y POEMAS




Caracas
1983



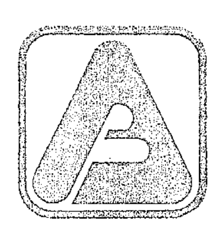
# DON SEGUNDO SOMBRA
# PROSAS Y POEMAS

RICARDO GÜIRALDES

# DON SEGUNDO SOMBRA

## PROSAS Y POEMAS

*Selección, estudios y cronología*
LUIS HARSS Y ALBERTO BLASI


BIBLIOTECA  AYACUCHO

Apartado Postal 14413
Caracas - Venezuela - 1010

Depósito Legal, lf 83-1756
ISBN 84-660-0114 (tela)
ISBN 84-660-0113 (rústica)

Diseño / Juan Fresán
Impreso en Venezuela
*Printed in Venezuela*

# PROSAS Y POEMAS DE GÜIRALDES

## I

SI DON SEGUNDO SOMBRA es todo Güiraldes, smoking y chiripá, también es cierto que lo demás —los poemas, los cuentos, los diarios novelados, las cartas literarias, los apuntes místicos y musicales— lo anuncia y lo ilumina.

Hay, por ejemplo, un poemita al mate, solemne a ratos, muy argentino en eso, pero capaz de cierta indecencia mezclada de ternura y sorna en que lo culto, como en *Don Segundo,* se vuelve cariñosamente popular en figuras como "Zapallito en forma de huevo o de galleta. . . Poronguito ilusorio. . . Mamadera prostituta que te das a todos los labios y te sientas en todas las manos hasta estar lustrosa de manoseos. . . Corazoncito caliente más bueno que el de la gente".

Y en otro poema está el solitario que rehúye la compañía de los hombres, entregado al pensamiento nocturno, más grande que él, sintiendo que "mueve cosas pesadas con sus hombros fuertes".

El trenzador, lo llamó en un cuento, atado a su idea fija, "la única preocupación de su arte", y que va "atesorando un secreto", convencido que llevará dentro "la Babel del innovador" hasta adquirir "la técnica necesaria" para "hacer materia de su sueño". El mismo que, mientras divulga su obra menor, posterga la verdadera, por eso lo empaña siempre una "sombra de tristeza", hasta que ya viejo redescubre, en un ropero, la gran obra que desde luego muere con él, por ese "pudor de artista" para quien "la más personal de sus creaciones" es un símbolo del silencio: un complicado bozal.

En *Raucho* uno de los protectores de la infancia es, justamente, Don Crisanto Núñez, "el mejor trenzador del pago" y, desde la perspectiva de *Don Segundo,* una de las intuiciones del arquetipo que se repite, una y otra vez, en esa "especie de familia" que es la galería de tipos de la estancia del joven propietario y poeta: Ramón Cisneros, el domador; Víctor Taboada, el capataz, gaucho completo, maestro de "todo oficio

de campo": hombre "sin quebrantos ni fatigas", "prudente y callado" en el bastarse a sí mismo del "sabedor de las inseguridades de la vida", capaz de poesía, como lo quería Lugones, cuando interroga el cielo y dice "el tiempo está pensativo"; y, por supuesto, Don José Hernández que es un documento vivo de "épocas fantásticas" que perduran dentro de Raucho cuando se aleja, primero a la ciudad, en seguida al gran mundo, porque "no saboreaba lo que tenía entre manos, pensando que en otras partes sería mejor", hasta darse cuenta, en su regreso penitencial, que había querido ser "todo, menos lo que era".

Por eso ya no se sabe si es el *cajetilla* agauchado o el gaucho acajetillado el que le escribe después a un amigo:

> —Mirá, che, ha sido en París donde comprendí, una noche que me vi solito con mi alma, que uno debe ser un árbol de la tierra en que nació: espinillo arisco o tala pobre. Acababa de dar una vuelta completa al mundo, y esa noche de nieve me corrió por lo despiadada, y lo era más que la escarcha nuestra, porque era nieve extranjera. Me sentí huérfano, guacho y ajeno a mi voz, a mi sombra y a mi raza. Lie mis petates, y ¡hasta la vuelta!, le dije, che. Cuando bajé del barco, tomé un pingo y me entré, como cuando era cachorro, hasta el corazón de la pampa.

En el mismo viaje a Europa, Rusia, Oriente, un famoso profesor de canto de Petrogrado le oyó voz de cantante de ópera. Ya era guitarrista, tanguero de capa mallarmeana, dedicado —según el "proyecto de carta" a Guillermo de Torre— a una poesía de "signos musicales". En un momento de "descreimiento filosófico", poco antes, había imaginado arrancarse los ojos "como algunos antiguos filósofos . . . para mejor concentrarse en las puras especulaciones intelectuales". En voz "hacía proyectos de sonatas, sinfonías": "la idea del apunte musical ocasionó mis primeros poemas". También el trenzador del cuento trenzaba "como hizo música Bach". Al mismo tiempo Raucho, el "yo disminuido", en París, persiguiendo "una falsa metáfora de belleza", se envilecía con "drogas excitantes en destructoras noches de lujuria".

En Kandy (Ceilán), en cambio —es el mismo viaje, como el de Neruda 16 años más tarde, al mismo límite de la experiencia—, la droga fue visionaria. Lo acompañaba su amigo Adán Diehl, que hizo de oficiante en la extraña ceremonia seguramente bastante ornamentada en la versión epistolar que recibió Valery Larbaud años después.

La cosa tuvo algo de sueño; y de recuerdo literario, sin duda. El viajero se había acostado a dormir, después de una noche de billares y Benedictine (¿de Bertrand y Baudelaire?). Intempestivamente, lo despertó Diehl, "presa de no sé qué obsesión", para llevarlo a un fumadero de opio. La puerta del paraíso artificial estaba cerrada; Diehl tuvo que hacerse pasar por el duque de Connaught (nieto de la Reina Victoria)

"viajando de incógnito" para que los dejaran entrar. Güiraldes venía mareado del viaje en *rickshaw*; había vomitado en la calle. Al rato se encontró en "un pequeño cuarto sin muebles". Después de fumarse varias pipas le vino "un bienestar lúcido". Lo vio a Diehl conversando con un hindú "flaco y joven" que, misteriosamente, oracularmente, hablaba de la Argentina, de la Revolución de Mayo y de San Martín. De a poco —"¿Eran las pipas o el hombre?"— se sintió capaz de "dilucidar problemas intrincados", paisajes que se le aparecieron, sin que el hecho le resultara exótico, con la certidumbre que "la Argentina era un gran país en el mapamundi".

Era la tradicional visión americanista —argentinista— de Sarmiento: el país de "todos los climas", de las pampas de extensión tan prodigiosa, según la cita de Head que encabeza *Facundo,* "que al norte están limitadas por bosques de palmeras y al mediodía por nieves eternas". Visión todavía más global y simétrica en Güiraldes: "Maravilloso el territorio que iba desde la nieve al trópico en los dos sentidos de latitud y altura". Y más cuando "conjuntamente vi su territorio, su historia y sus hombres" —euforia de distancia— con fuerza de axioma, de evidencia: "Unos pocos hombres bravos y duros" que —hay un elemento de pesadilla, de cangrejal— "peleaban en pequeños vórtices sanguinolentos, perdidos en aquel mundo" con "fuertes gritos de rebeldía y de fe en la propia capacidad", a diferencia del hombre europeo, y más del oriental: "civilizaciones completas y ya en retroceso". Hombres, es cierto, de personalidad indefinida, en un país donde todo era "imitación y aprendizaje y sometimiento", pero donde el gaucho "ya bien de pie, decía su palabra nueva".

## II

De "chico alemán" ("proyecto de carta" a Guillermo de Torre), durante una primera temporada en Europa con sus padres, Güiraldes había leído sobre un pintoresco "héroe de novela americana" llamado Lederstrumf —indudablemente el Leatherstocking de Fenimore Cooper (el mismo autor, el mismo personaje que impresionaron tanto a Sarmiento)— sin que se le ocurriera identificarlo con el humilde gaucho de bota de potro ni mucho menos imaginar que "algún *tape* de la vecindad" pudiera pertenecer a una raza de héroes.

En 1919, ocho años después de Kandy, dos después de *Raucho,* Güiraldes era "barnaboothista". En 1913 Valery Larbaud, poeta trotamundos —más tarde uno de los traductores de Joyce— había publicado *A. O. Barnabooth. Sus obras completas, es decir: un cuento, sus poemas y su diario íntimo.* El insólito diarista de Larbaud era un elegante poeta sudamericano —de identidad tan múltiple como el Inmortal de Borges— en quien los martinfierristas vieron un ideal cosmopolita y Güiraldes

(autor también de poemas, algún cuento y el diario que después sería *Xaimaca*) la "síntesis del hombre de nuestra época".

El internacionalismo de Barnabooth —"hijo de yanquis, nacido en Arequipa, criado en Rusia, educado en los pensamientos de cinco lenguas diferentes y lector de todas las literaturas"— reafirmaba el del protagonista de *Fermina Márquez* (también de Larbaud): otro típico sudamericano en busca de horizontes de cultura que reconocía como fundamental su etapa europea.

Pero para Güiraldes era ya la Europa en descomposición de la posguerra. Por una parte, amistades, lecturas, ampliaciones interiores, la percepción de "un medio ambiente, llámesele necesidad de época o como mejor se quiera", según la "carta europea" de 1925 a Larbaud, "que puede hacer hablar en un mismo tono y hasta decir la misma cosa a un poeta de Londres, de Sidney, de Calcuta, de Buenos Aires o de Nagasaki", pero por otra la certeza del hijo pródigo que "nadie puede tomar de otro sino lo que lleva en sí" y que, a pesar de las tentaciones de la librería de Adrienne Monier, "nos vamos por nuestro camino, a ser nosotros mismos".

Una historia de reencuentro muy latinoamericana; en particular, muy rioplatense, por lo menos desde los tiempos del exilio romántico en que el poeta redescubría su continente desde la nostalgia de un destierro político que era también desarraigo espiritual. En el "proscripto y poeta" de Mármol que "camina peregrino entre profanos" —es decir, que huye de la mediocridad del medio que lo rechaza— estaba ya la invitación al viaje que cien años más tarde seguiría dando "ataques de Europa" a los personajes de Onetti en su "tierra de nadie" donde "todo lo barre el viento" y que sólo en la bruma de la distancia podía convertirse en lo que Mármol llamó "la prometida tierra del bello porvenir". Es el vaivén cortazariano entre "el lado de acá" y "el lado de allá" —partida e intento de recuperación del reino perdido— del que se busca afuera para volver a encontrarse donde se había dejado.

A Raucho la monotonía del campo, antes tan feliz —"largo sueño tranquilo y penetrante"— lo había impulsado a leer y desvelarse imaginando lugares lejanos y los "extravíos" de la poesía francesa. Las "parrandas" porteñas le dejaron un mal gusto en la boca. El Buenos Aires del Centenario ya no era la Gran Aldea sino la ciudad muda junto al río inmóvil, con su alma de barro en espera de un mito. "Ciudad-casillero" para Raucho, dedicada a "monear la vida de Europa", donde la vocación de clubman y calavera —y la angustia, además, de sentirse "provinciano y ridículo"— lo condenó a embrutecerse en borracheras de burdel. Se fue, entonces, "por fuerza", porque "las cosas estaban decididas así"; aunque en París todo siguió siendo orgía, pero la de un Rastignac resuelto a conquistar la gran ciudad a través de sus artes, lujos y mujeres, hasta que, patinado su último dinero en la ruleta de Montecarlo —y con noticias de seca en el terruño: años de vacas flacas—, el "furioso

delirio" lo llevó al sanatorio. Y así fue como, de regreso en la Argentina, en la luz de la pampa renacida, un arroyo le pudo hablar, finalmente, de "misterios serenos". Y se entiende también —aunque *Raucho* no sea más que alegoría— alguna nota patriotera demasiado parecida al nacionalismo barato que Güiraldes siempre rechazó.

## III

Es cierto que Raucho volvió "envilecido en el polvo de caminos extranjeros"; que la exaltación del caudillismo, el desprecio del inmigrante, la añoranza de la época ganadera simbolizada en la "aristocracia anárquica" del gaucho —"cepa genuina de nuestra raza", según Lugones— hicieron eco en Güiraldes. También que en *Don Segundo,* aunque casi siempre en función de situaciones y ambientes, hay estereotipos: el desvergonzado gringo Culasso "que había vendido por veinte pesos su hija de doce años al viejo Salomovich, dueño del prostíbulo"; el repugnante "joven rosado, con párpados y lacrimales lagañosos de 'mancarrón palomo' ", representante de una casa cerealera alemana, que ofendía sin duda al "gaucho que llevo en mí, sacramente, como la custodia lleva la hostia". Pero era el misticismo del reencuentro, más que la defensa de un orden anacrónico en crisis, lo que le hacía decir, en *El Libro Bravo:* "Entre extraños aprendí a ver lo que en mí había... no de individual, sino de colectivo y común a todo mi pueblo".

En *El Sendero,* con visión retrospectiva, Güiraldes habló de un "segundo nacimiento" que era "el único consciente, el único que obedece a nuestra propia voluntad" de "crearnos a nosotros mismos". Era el "huérfano, guacho" que creía haber encontrado su voz y su sombra, encarnadas en el gauchito de *Don Segundo* que, al final de su aprendizaje, se sabía "hijo de Dios, del campo y de uno mismo". En un ciclo y en otro se cumplía el mismo itinerario; como en *Xaimaca* —otro cielo, mismo viaje interior— el proceso de despersonalización "bajo una fuerza de vida que nos vence, descentrándonos de nuestra experiencia personal" hasta que "dejamos de ser porque pertenecemos". Y el trabajo literario, identificado en *El Sendero* con el perfeccionamiento interior, era la clave del proceso: el "amplificador vital".

En sus apuntes Güiraldes insistía en la tranquila fruición del estado contemplativo que se reconocía en su paisaje sin estridencias. "La literatura", decía, "no necesita grandes gritos, ni gestos, ni argumentos complicados" ante "la enormidad del espectáculo de días y noches sucedidos, siempre semejantes, nunca iguales" de "la gran llanura monótona y bella" que le había infundido "el amor a lo simple y a lo grande". A los argentinistas de bandera que pretendían "nacionalizar la inteligencia, el arte, el genio" les recordaba, en 1925, que "en la república intelectual" no cabe "la patología del orgullo racial". En carta a Borges y Brandán Ca-

raffa, ese mismo año, definía su americanismo "con minúscula para distinguirlo del gritado Americanismo Oficial que tan beneméritamente se ocupa de juntar a todos los imbéciles de América". Lo que entendía por "el patriotismo y el localismo", le escribió a González Tuñón, al año siguiente, era "la facultad de querer lo que nos es habitual y de ver en lo cotidiano virtudes susceptibles de exaltarse". En ese sentido —en que admirar las cosas que a uno lo rodean es querer explicarlas— se declaraba "incondicionalmente americanista". Seguramente le habría gustado la definición de comunidad de Alfonso Reyes: la compartida "emoción cotidiana ante el mismo objeto natural". Citaba el consejo de St. John Perse: vivir en la "estima de las cosas", y la frase de Larbaud: "Hacer lo que se tiene ante los ojos".

A Larbaud, justamente, le escribía en 1921:

> En Europa el problema está en ver las cosas, bajo el prisma de un temperamento interesante. Muchos se torturan en buscar una forma de arte novedosa. Aquí todo el secreto estaría en apartarse de normas ajenas y dejar que los sujetos mismos fueran creando en uno la forma adecuada de expresarlos. ¡Y pensar que en cada una de las formas del arte hay un alma que está esperando su palabra! En los yaravíes y los estilos está la rudimentaria expresión de la montaña y la pampa. En tejidos, ponchos y huacos está el criterio interpretativo de la forma y del color. En el lenguaje pulcro y malicioso del gaucho, el embrión de una literatura viva y compleja. Todo estaría en ser capaz de llevar estas enseñanzas a una forma natural y noble.

Al hastío de Raucho oponía ahora la certidumbre de que "en mi país hay un inmenso desierto y en la pampa un hombre" y "si la llamada gente culta hubiera sabido encontrar ese hombre, habría perdido tal vez su barniz de sapiencia pero habría ganado en alma".

Y en otro momento: "Me parece que hay tanto por decir en este país que me desespera no ser un hombre orquesta, capaz de desentrañar el aspecto político, filosófico, musical, poético de una raza inexpresada".

¿Un "grito-raza"? Pero en el sentido admonitorio de la "Carta abierta" de 1924 a la revista *Martín Fierro* en que el tono del rechazo de los logros ajenos —"problema resuelto por otro"— no le impide recomendarlos de estímulo "para aumentar por el ejemplo nuestra ansia de llegar". Y llegar no era fácil, le escribió a Jules Supervielle en 1927, porque "para estar en alguna parte hay que amar algo y el amor no está en la total posesión del objeto, . . . sino en la conservación de una distancia que nos haga el objeto siempre necesario (pasionalmente) y nunca poseído".

En *El Sendero,* más que en *El Libro Bravo,* dejó sentado el ritmo de esa experiencia de "sereno éxtasis" en la intuición del paisaje al fondear

con un barco en Jamaica o hacerse dueño del "poder latente" de la pampa "en la tarde que tan bien piensa, al pausado tranco de mi caballo", con "ese deambular al través de mí mismo" que era "una forma pura en su fuente y más que ninguna amplia, fuerte y aguda en capacidad de percibir y comprender conjuntamente".

En ese "percibir y comprender", al final, estaba todo: Europa y la pampa brava. Como en lo de Galván, en *Don Segundo,* donde se trenzan, bajo el mismo nombre, Raucho, el mellizo de Fabio; don Leandro, el tutor y apoderado; y el eco de otro doble: Marcos Galván, el diarista de *Xaimaca*; y el primer protector del gauchito hijo del desamparo —Valerio Lares— es —no por "mera coincidencia", se cuidó de aclarar Güiraldes en una carta al interesado— "tocayo" de Valery Larbaud.

## IV

Para Lugones, Güiraldes fue siempre poeta, aun en *Don Segundo:* "un poema en episodios". Y Güiraldes mismo le dijo a Adelina del Carril que se había pasado la vida escribiendo "un largo *Cencerro de Cristal*".

Al principio, según el "proyecto de carta" a Guillermo de Torre, fueron "elucubraciones" salidas del "maremagnum" de lecturas juveniles que "convirtió mi cabeza en un cambalache de compra y venta". Pero con una tendencia ya definida: el poema en prosa (de Baudelaire, de Flaubert) que borra las diferencias de géneros. Hacia 1910 "los simbolistas eran nuestros maestros". Pero sobre todo —modelo del "estado de gracia poética"— Laforgue.

En esa línea, ya, según el mismo "proyecto de carta", estaba la novelita sentimental comenzada y abandonada antes de los 18 años, de la que recordaba un campo rubendariano que "chirriaba en verde agudo". Chirriantes también —la luna, "pulcro botón de calzoncillo" es la más citada— fueron algunas de las metáforas de *El Cencerro.* En el fracaso de ese primer libro se hundieron también los cuentos, *Raucho, Rosaura*; los *Poemas Solitarios* y los *Poemas Místicos* quedaron inéditos. Pero con *Xaimaca* y su relativa aceptación por parte de los movimientos de vanguardia empezó a despejarse el horizonte hasta entonces "desesperadamente vacío". Era el momento de las "revistas de jóvenes": *Proa, Martín Fierro,* reunidas en un "frente único" por Girondo. En *El Cencerro,* casualmente, Güiraldes había hablado de "tener alma de proa". La coincidencia, quizá fortuita, le resultó providencial y lo llevó a decir, en la presentación de la segunda *Proa* (1924), que "jamás nuestro país ha vivido tan intensamente la vida del espíritu". En la visión de conjunto —estaba también la añorante proa del barco de *Xaimaca*— todo era un solo poema y *Don Segundo,* que se tramaba desde hacía cinco años, su nota final.

Pero el impulso venía de *El Cencerro,* compañero de *Don Segundo* hasta en sus afectaciones de estilo, y más profundamente en el gesto poético, infinitamente repetido en Güiraldes, de acercarse a las cosas, acariciarlas y apropiárselas en el momento de perderlas de vista. Un tema constante es leer el paisaje, descifrarlo. Se reconoce la mirada americanista: el paisaje como enigma, interrogante; y la actitud pampeana —para darle un nombre— tradicional desde Echeverría: escudriñar el horizonte, el laberinto del desierto donde el ojo como un pájaro sin rumbo busca posar el vuelo. El vasto horizonte, secreto como el destino del continente, de Echeverría sigue brumoso, generando vagas formas en busca de articulación: espacio abierto, sin perspectivas, que colma pero al mismo tiempo vacía al hombre, multiplicándolo en espejismos, dispersado. Son los dos polos de la experiencia: expansión y vértigo, euforia de plenitud y angustia de vacío. En "La oración", por ejemplo, las ovejas que vuelven del campo son una "larga frase blanca" que se evapora en el polvo. En "Solo" el llano está "perdido en su grandura" porque: "No hay ni hombres ni poblado". En "Tarde" apenas un leve canto se desprende de "la indiferencia silente del atardecer pampeano". En "Chacarera" se insinúan formas: una cabaña, un chico a caballo, una carreta, un galpón, pero: "Todo... fue y volverá a ser un pedazo de pampa". En el verlaineano "Quietud" la musicalidad —todo es "derrumbe silencioso / Como mirada en un pozo"— acompaña la contemplación del abandono. También en "Ladrido" el camino se va, las sombras se esquivan, los colores se disgregan, a pesar de las estridencias de sapos, palmas y grillos: en la calma hay "un pregusto de muerte". El gesto repetido llega a ser una metáfora de la intuición poética en sí: un estirarse para abarcar, seguido de un retirarse, según la fórmula consagrada en *Don Segundo,* "como quien se desangra".

En *El Sendero* Güiraldes compararía la actitud poética con la del rezo: un tenderse y escuchar para "establecer el contacto que produce la iluminación". En una nota de 1927, precisa en su vaguedad, la poesía —al menos en la modalidad pampeana que corresponde a la vaguedad del espectáculo— "es aquello hacia lo cual tiende el poeta". Al mismo tiempo, según otro apunte: "El estilo de las camperas debe ser llano como la pampa", de lectura "clara, fácil, serena" como los "hechos" de la llanura "que se forman y desaparecen ante la inestabilidad de su propia grandeza".

El misticismo vuelve a asomar en la definición de la poesía de la "carta americana" de 1925 a Larbaud: "flechas de deseo". También la carta del 27 a Supervielle donde se trata, dentro de las limitaciones humanas, de "acariciar con una enorme tensión de nuestros nervios pequeños, algo que nos eleva y nos hace pensar que *aquello* está allí muy cerca de la intención del gesto".

A la tensión sigue, inevitablemente, la pérdida, simbolizada de pronto, en *El Cencerro,* en una figura humana —proyección del deseo, eco

del llamado— que se borra. Es el gaucho de "Al hombre que pasó" que, "triste ánima en pena", recuerda la sombra doliente de Santos Vega y —"símbolo pampeano y hombre verdadero"— anticipa la de *Don Segundo,* hasta en su transfiguración final: "clavado, / como despojo sagrado" en la Cruz del Sur.

Poesía y rezo se juntan otra vez en las "Plegarias australes". Y allí también —variante de la actitud pampeana— está el cuerpo en cruz: "Acostado sobre la tierra", en "Reposo", tendiendo los sentidos —baquiano místico que oye los rumores más imperceptibles— "en la calma absoluta de la noche". Así se reencontraría Raucho después, dormido cara al cielo, "los brazos abiertos, crucificado de calma sobre su tierra de siempre". Es la postura de tanto poeta abierto al espacio —Octavio Paz, por ejemplo—, pero casi paradigmática en la metafísica de la pampa, aun en poetas por naturaleza poco "pampeanos", como Macedonio Fernández, para quien la "sabiduría revelada", según lo cita Borges, tenía que darse, oracularmente, con sólo "yacer en medio de la pampa, olvidándose del mundo". También el Persio de *Los Premios* de Cortázar, extendido en la contemplación del paisaje, se ve "de cara a las estrellas" en "la llanura negra". Lo que oye entonces —"el crujir del pasto que germina, la ondulación de la culebra que sale del rocío"— es "el caos resolviéndose", articulado en la postura misma: "el cristal que cuaja y se ordena".

Cristal o cencerro, el gesto que somete la "noche primordial" de Persio, con su "sigiloso desfile de sombras", a "la creación renovada y deshecha" es el mismo de "Reposo", donde "el zumbido inmenso de la Tierra, en su girar sobre sí misma, mientras cruza el espacio" se estira, más allá de "la receptividad de mis oídos incapaces", con el alma que "va tras el infinito". Y es normal, entonces, la próxima secuencia de *El Cencerro,* "Viaje", con sus exhortaciones: "Asimilar horizontes... Huir de lo viejo... Arrancarse de lo conocido": anuncios de la aventura poética de *Xaimaca* y del "alma de horizonte" —el chico que huye de "la aburrida bruma" de la vida de pueblo a ser "hombre de pampa"— de *Don Segundo.* Como siempre en la poetización de la pampa, se mezcla alguna metáfora de mar como símbolo de la intuición poética: "Mirar el filo que corta un agua espumosa y pesada"; y de allí arranca también el "Beber lo que viene" que es "Tener alma de proa". En "Simple" el sentido totalizador del poema se concentra en la percepción de esos "agujeros de oscuridad, pedazos de desconocido, donde la imaginación puede crearlo todo"; y también el sentido expansivo tiene que volver sobre la necesidad de fijar la imagen, una vez que el ojo se posa. Y es el momento en que el "Busco una metáfora pluriforme e inmensa" se convierte en el catálogo de epítetos tan parecidos a los del *Machu Picchu* de Neruda, en "Aconcagua": "Caótica cristalización. / Rezo de piedra". No falta, allí mismo, la nota modernista rezagada: "Impulso en catalepsia", ni, por supuesto, la fusión característica en Güiraldes de ontología y ética: "Aspiración

a lo perfecto". En otra secuencia, "Realidades de ultratumba", se anticipa —en el poema "Siete verdades y una belleza"— el misticismo del encuentro de Fabio con Don Segundo. Vemos un camino, supuestamente en "Grecia vieja", uniendo dos paisajes: el campo, florido, el pueblo árido, enfermo. Allí se cruzan "dos sombras, dos almas": el viejo que viene del campo como llevando una carga; el joven que sale, estragado, del pueblo con algo que "parece aletear entre sus brazos". La carga que le pesa al viejo es la sabiduría de la experiencia: las "siete verdades" que no se nombran, quizá por incomunicables. Lo que lleva el joven salido del páramo del pueblo, como Fabio en *Don Segundo,* es el ideal de arte —"una belleza"— que, a pesar de todo, lo hace liviano, "la frente alta, el correr ligero". Meditación sobre las edades del hombre, en parte: el viejo piensa, el joven siente. Pero también parábola, si no imagen clave, del momento poético: encuentro que los fija en el acto de separarse en direcciones opuestas.

En "El verbo" otra suerte de ars poética— el horror *vacui* mallarmeano se invierte en felicidad de paraíso: "veo mi pluma amar la virgi nidad del papel"; y hay, como en *Raucho,* como en los momentos de meditación de *Don Segundo,* una imagen de agua: "un lago quieto, como espejo", rodeado de árboles que se reflejan en él. Un ambiente de "flor en eclosión" en que un Adán americanista, dando forma a la Eva de la naturaleza, reinventa el mundo. Otro poema algo posterior, no incluido en *El Cencerro,* "Momento", también alude a la conjunción poética que ocurre cuando "la tarde se hermana con mi frente". Un halcón con algo de sombra tutelar cruza las nubes "como una idea de pronto enloquecida de infinito" y "queda suspenso en un punto como si se hubiera cristalizado" y: "El mundo parece haberse detenido un segundo". Y el que observa es casi Raucho, abstraído de chico en la contemplación de los árboles "que miraba como hombres queriendo advinar sus significaciones" y después, en vísperas del viaje a Europa, buscándose en la laguna que lo atrae por las mañanas, sabiendo que verse allí —como Fabio en su remanso— "le reposaba como una idea encontrada".

## V

A todo esto, tan remoto y cercano —lo íntimo tantas veces disfrazado de exótico—, ya se sabe cómo reaccionaron los patriotas de escarapela, a la cabeza Lugones, para quien *El Cencerro* —que sin embargo tenía de él, y muchos de sus defectos— era nada menos que "la trastienda clandestina de las mixturas de ultramar, donde el fraude de la poesía sin verso, la estética sin belleza y las vanguardias sin ejército aderezan el contrabando de la esterilidad, la fealdad y la vanagloria".

Con lo que gran parte de la edición fue a parar en el fondo del aljibe de "La Porteña"... pero no el resentimiento de Güiraldes que, años des-

pués ("carta europea" a Larbaud), fulminó contra la "retórica jesuítica" con su "miseria interior".

Mientras tanto, en el "jardín ingenuo" de *Rosaura* se repetía el mismo ciclo sereno de las estaciones de la pampa de *El Cencerro.* En *Raucho* también muchas páginas eran hojas de calendario. En los *Poemas Solitarios* son las horas del día que coinciden con las del poema: la luz del paisaje es la de la intuición. Algún poema da la jornada completa: la madrugada con sus "despertares", el mediodía que "nos volvía centro de nuestra sombra", la tarde en que "todo era más abierto", el anochecer con el capataz que "resumía los trabajos del día", la noche en que todo se desdibuja, hasta la luna, perdida "en las huellas que dudan". Tiempo redondo del movimiento expansivo en que llegar es irse, como en la pampa de *Don Segundo* donde las impresiones "rápidas, espasmódicas" se borran "en la amplitud del ambiente, sin dejar huella". Por eso el trazo libre, el gesto de entrega, como dijo Güiraldes en *El Cencerro,* al "significado interior", sin "formas prefijadas", "dejando fluir en mí", según otro apunte, "lo que pienso, lo que siento". Y después, en otro poema, la "tristeza de la pampa" al evaporarse las figuras de la imaginación. Es "la costumbre de ver morir al hombre, a la bestia y al árbol ante el horizonte": el tránsito y decaimiento de la plenitud poética al silencio y la ausencia. Hay también una versión nocturna del proceso, con una tímida vela que ilumina la noche callada: "escuálido monje blanco" del pensamiento otra vez en actitud de plegaria ante la página encendida por la llama del "alma que ora". En "ese inmenso espacio del silencio que me agranda" el cuerpo mismo se hace sombra. El campo alrededor, entonces, es "una bruma extática", "una gran fiebre", un "sueño que respira". La exaltación es tal que el regreso es difícil, lo abruma un sentimiento parecido al "Il faut tenter de vivre" de Valéry: "La vida es una obligación que mantener". Finalmente, en el paisaje vaciado en su plenitud, es decir, integrado al ser que se funde en él y al llenarlo lo borra, no queda más que el horizonte del ojo que mira: "Mi alma es una esfera mirando su centro". Y allí, en la soledad absoluta de la despersonalización poética, brota "la acequia cantora de mi fuerza". Es el pequeño paraíso interior del poema, cifrado, en los *Poemas Místicos,* en la infancia y sus recuerdos que son la "brújula" para el que —nota repetida— se pierde en el momento de encontrarse. No falta en esta concepción la nota americanista: la tierra prometida del nuevo mundo como proyección del paraíso perdido. Y está lo que podría llamarse la ética americanista —arielismo ligeramente teñido en este caso de misticismo oriental, pero fundamentalmente greco-cristiano—, expresada también a nivel estético, como un estado de gracia total, en *El Sendero,* en donde se manejan sus temas de rigor: la insuficiencia de la razón práctica; la intuición de la unidad en la alianza de Belleza y Verdad; el acto poético —gesto-plegaria— como rito de espiritualización. El paisaje, en este sentido, es alegórico; la figura del hombre de la pampa,

el poeta mismo que se trasciende en el momento de la percepción; y el poema el lugar del encuentro con el gaucho que hay en él. Gaucho-poeta que, cumpliendo con "la necesidad de un mundo total armónico" de *El Sendero,* es forma de meditar y de ser: programa de vida y razón de arte. Y todo a un solo ritmo, físico y contemplativo, en que la "confianza plácida" del que "ejercita el brazo" (el gaucho) se identifica con el "poder latente [del poeta] sólo perceptible en la inacción".

## VI

Sarmiento ya había descubierto que el paisaje —ese "vasto desierto" de Echeverría con su "silencio pavoroso"— era el poema. Y sus habitantes, habría que agregar, funciones de la economía poética, encarnadas en figuras concretas: el baquiano, el rastreador. También los fenómenos naturales, en *Facundo,* son gestos mentales. En las nubes, polvaredas, incendios, tormentas que expresan el "poder terrible" de la pampa se revela, con muda elocuencia, el "fondo de poesía" natural del paisaje, y la contemplación de ese "horizonte incierto, vaporoso, indefinido", rasgado de pronto por "la lejana zona de fuego que el viajero ve acercarse cuando los campos se incendian", es lo que constituye para Sarmiento el sentimiento poético. Fuego, rayo, incendio, son la luz en el ojo del poeta: la electricidad de la pampa que se descarga en el relámpago de la iluminación. La metáfora tiene una base seudo-científica de época: la identificación del "fluido eléctrico" del ambiente con el "fluido nervioso" que "excitado, subleva las pasiones y enciende el entusiasmo" del que nace la poesía. Lo que describe constantemente Sarmiento, aun cuando parece estar hablando de otra cosa, es el trabajo de la imaginación sobre la materia que asimila: es decir, de la "civilización" (inteligencia, espíritu) sobre la barbarie (materia bruta de la experiencia) que considera ajena pero en la que descubre —eso es todo *Facundo:* negar justamente lo que se está demostrando— su propio orden interior. En un momento de sus *Viajes,* Sarmiento se pregunta si la armonía y la belleza no serán "cuerpos imponderables... como el magnetismo y la electricidad, que sólo necesitan un estimulante para producirse". Y, volviendo sobre el tema, en *El Sendero,* dice Güiraldes: "Los hombres de ciencia deberían preguntarse si existe una materia imponderable —o, más bien, un estado primario en sutileza de la materia—, sobre la cual nuestros pensamientos tuvieran acción" y afirma que en tal caso "quedaría de hecho como veraz la existencia material del pensamiento, o por lo menos de sus cuños". La impersonalidad del proceso lo hace especular en la posibilidad de una "memoria universal materializada", es decir, una especie de inconsciente colectivo que se diera, como se lo imaginó después Bachelard, en los elementos del paisaje mismo y que al ser captado demostraría la latencia en el espectador de "una fuerza magnética de índole

idéntica a la fuerza latente y activa de nuestro mundo", haciendo de "la iluminación o Nirvana" algo perfectamente "natural". Y se recuerda que "todo está en saberse poner en estado receptor" y que la eliminación del yo —"ausencia de pensamientos a raíz del olvido corporal"— es lo que lleva al "estado de gran percepción". En otra versión es "irse barranca abajo del declive por lo subconsciente y dejar las imágenes substituirse en una fértil fuga de caleidoscopio", hasta que "un día la inquietud se agotará como la de una mariposa, para inmovilizarse sobre la flor de la serenidad", y: "entonces la savia de vida ascenderá en nosotros por la atracción de nuestra sed".

En el límite de este misticismo con algo de trascendentalismo emersoniano está la fe en que "toda exaltación llevada a su máximo debe forzosamente... entrever el paisaje (?) del más allá". Y en este sentido, a pesar del signo de interrogación, no faltan comentarios en Güiraldes sobre la capacidad ontologizante de la palabra en su función de Logos creador. De la aspiración totalizadora de la poesía dice en uno de sus apuntes: "El campo de correspondencias sonoras en la palabra es infinito". Frase en la que, ya en primer plano, se da la sinestesia de lo visual ("campo") y lo auditivo que, Baudelaire mediante, une espacio y tiempo en la musicalidad visionaria. En *El Cencerro* es la "metáfora pluriforme e inmensa"; en *El Sendero* la palabra divina, encarnada en un mentor que puede ser el Buddha dejándose "pensar por Dios" o de pronto algún Girondo que previene contra el pájaro amaestrado de la lógica cotidiana que " es dar vueltas a la misma noria, matraquita de la razón que nada resuelve". Y en una carta de 1925 a la revista *Martín Fierro,* la sensación de un Logos fragmentado no impide la esperanza —histórica además de poética— de que en el "misterio total" contenido en "toda palabra" haya "pasajeros vislumbres" de un mundo donde "la metáfora ha unido tantas cosas que lo apartado no existe".

Una curiosa representación de esta metáfora es el tren "futurista" del poco conocido ensayo-poema de Güiraldes sobre *Le Pacific* (el movimiento sinfónico de Honegger). En *Rosaura* el tren era "la atracción de un más allá funesto"; ahora (1925: "futurismo" tardío, por cierto) es el símbolo de la intuición poética. El paisaje que atraviesa el tren es la pampa, como en "El sur" de Borges; y hay semejanzas notables entre las dos piezas. En Borges, como en Güiraldes, la intuición de la pampa se relaciona, más de una vez, con el estado de expectativa poética. En "El muerto" Borges se suscribe a una larga tradición en ese sentido explicando que "lo mismo que los hombres de otras naciones veneran y presienten el mar, así nosotros... ansiamos la llanura inagotable". En "El fin" el ansia se hace visión crepuscular a la hora en que la llanura, "bajo el último sol", se vuelve "casi abstracta, como vista en un sueño" y es el momento cuando "está por decir algo" aunque "nunca lo dice o tal vez lo dice infinitamente y no lo entendemos, o lo entendemos pero es intraducible como una música" y esa "inminencia de una revelación"

es el "hecho estético". Así también, en "El sur", durante su viaje en tren al pasado, al viajero lo invaden y lo transfiguran "la llanura y las horas"; los paisajes son como "sueños de la llanura" donde todo es vasto pero al mismo tiempo "íntimo y secreto"; y en el "esplendor final" del sol que se hunde la llanura se "exalta" con su promesa fugaz.

Lo que agrega Güiraldes al esquema es el ritmo del comentario que simula el de la música de Honegger: galope de ruedas que reemplaza el tranco del caballo de otras iluminaciones pero que sirve el mismo propósito. Desde las primeras líneas establece la identidad de tren —o música de tren— y poema: "el ferrocarril, en su doble virtud de máquina y de impulso lírico apuntando al horizonte". El icono futurista resulta aquí también "algo nuestro", una tecnología tan metaforizable, en el contexto de la pampa, como el arte del resero: "jadeante apuro de hierro que quisiera, inútilmente, vencer las paralelas de los rieles hasta alcanzar el punto en que se encuentran, allá en el infinito". El "silbido estridente" es el de "una máquina viva, provista de un ruido-canto" que va asimilando espacio al tiempo en "un vértigo de distancia, . . . una borrachera de paisajes barajados con avidez de quien olvida pronto y un ansia de más allá siempre aumentada". Las notas esenciales de la poética de Güiraldes ya están: el gesto de tenderse y abarcar; el paisaje que es espacio interior; la posibilidad ontológica del ritmo musical; el misticismo; la fugacidad de las percepciones y figuras que se esfuman. Y están sugeridas las limitaciones formales del poema: el movimiento encuadrado en rutas y horarios (y sonoridades). En un aparte Güiraldes cuenta que ha hablado con Supervielle sobre "la claridad voraz del pensamiento en los viajes ferroviarios y el admirable trabajo de apurada síntesis, que nuestro cerebro encadena sobre el ritmo parejo y fuerte de las ruedas". El "lirismo ambulatorio" le ha inspirado un discurso de sobremesa en la reciente despedida a Supervielle, del que cita algunas frases: el sentirse uno con el movimiento ("Ya somos el tren"); la sensación, sacando la cabeza al viento por la ventanilla, que es "un mundo que realiza espacio por el tacto"; la "fuerza inerte" con que "la primera forma de lo que hago se desenvolverá aumentativamente en impulso". Los apuntes —se supone que siempre al ritmo de la audición, marcando sus etapas— se acortan con la expectativa. Hay "dos acordes tensos", como un recogimiento —"vapor que duerme sobre sí mismo"— antes del salto: "los rieles estirados de un solo golpe hasta el destino llamador del horizonte, tras cuya curva aparecerán países, ciudades, tal vez un continente o un abstracto concepto de distancia". Allí, "Todo es peso y tensión", galope multiplicado: "un organismo de velocidad"; gesto, de pronto, que recoge la vida "en una sola esencia", siempre "con el ojo clavado en la lejanía" y exclamaciones de éxtasis: "A mí el riel, en carrera lisa", "Mi palabra es, *lejos*". En el punto más tenso: "El tren se ha dormido como un trompo en su máxima velocidad. Ya va a saberlo todo. Ya va a estar en todas partes a un tiempo". Hasta que "el freno le hace olvidar su éxtasis"

y: "El canto total vuelve a descomponerse en partes" y: "La máquina ya nada dice". Pero la gnosis se ha cumplido —como en *Raucho,* en *Xaimaca,* en *Don Segundo*— con su símbolo habitual: el viaje por el cielo interior.

## VII

En *Xaimaca* —caso especialmente interesante— cambia el medio de transporte: barco en vez de caballo o tren; y el paisaje: de mar y de isla en vez de pampa; pero el impulso es el mismo.

Hubo un viaje real a las Antillas (1916-18) en el que Güiraldes tomó notas; y otro, más literario, en que volviendo de Europa (1922) acompañado de los libros de St.-John Perse *Eloges,* quizá *Anabase,* se descubrió —según explicó después en la revista *Proa*— "rumbo al trópico que es ir rumbo a una ampliación del instinto contemplativo".

Era el trópico americanista: el continente poético de la Atlántida renacido "a la luz que iba a reventar en el gran grito del Ecuador, herido por la proa" y en la inspiración de Perse "que encendía en nosotros una lumbre". Atrás de Perse, claro, viajaban —en horizontes simbólicos o reales— las naves de Colón, el *bateau ivre* de Rimbaud. Como en el diario de *El Sendero* se trata del ascenso místico hacia la plenitud, al umbral del "más allá" visionario; quintaesencialmente el territorio del "poema en prosa" desde Baudelaire, con sus arranques gnómicos y fragmentos rimbaudianos de iluminación, pero también heredero de las búsquedas formales y la ontología de la ficción poética de Flaubert. La intención era hacer "un libro desnudo de sujeto" —sobre la nada, decía Flaubert, sin otro impulso que su propia composición—: "un amor, un paisaje", donde los "pequeños incidentes" no pudieran llamarse "trama". El modelo estilístico: las *chutes de phrases* de Flaubert que "sugerían la intención de dignificar sus cadencias, sus ritmos, sin pretexto de tramas ni argumentos, por su propio mérito poético".

La "construcción" de *Xaimaca,* Güiraldes le escribió a Larbaud, debía ser "a veces muy ceñida, a veces muy arbitraria, según capricho de mi propio impulso". Otro punto de partida, sin duda, instintivo en todo escritor hispanoamericano, no sólo las vanguardias de época, fue la desconfianza del lenguaje hecho, ajeno: la "retórica jesuítica". Es el rechazo de la palabra institucionalizada de España, tradicional desde Sarmiento. Por eso, en la tan citada pero no siempre bien comprendida "carta europea" a Larbaud, Güiraldes se veía manejando a su antojo "un idioma que consideré mucho tiempo muerto", con el desparpajo casi cortazariano "de quien tiene que hacer respiración artificial o de quien hace vomitar a un enfermo, operaciones no siempre delicadas". Lo que no implica, desde luego, una crítica del lenguaje en un sentido moderno: la retórica "visionaria" de *Xaimaca,* con sus solemnidades líricas estereotipadas, es

—a pesar de todo— convencional. Pero hay cierta actitud —que arranca también de Flaubert, se codifica en América con el creacionismo, se cumple plenamente después en Borges— más "avanzada": la noción de la literatura como objeto verbal independiente de toda función representativa de una supuesta realidad. Es lo que expresaba Güiraldes en *Proa,* en 1925, cuando decía: "En literatura es impropio tomar la vida como ejemplo" porque "la literatura tiene en sí una limitación que la obliga a componerse dentro de sus límites". No había solipsismo ni tautología en esta posición, más bien el ideal romántico de "construir una serie de concordancias que den a la composición una coherencia de organismo", pero flaubertiano al fin en el "soy casi indiferente al material" y la observación que la simple mimesis falla en literatura y "todos los que han querido ser fieles a la vida en una obra de arte han fracasado".

En cuanto al pretendido "genio" de cualquier lengua, además del antihispanismo se nota en Güiraldes la misma nostalgia que en Borges por el centro semántico perdido, el Logos universal de la gnosis adánica, con relación al cual todo lenguaje impuesto por la costumbre de una cultura particular es empobrecimiento, contingencia o peor, trampa, cárcel, "féretro". Y no sorprende, en este contexto, oírlo decir, en la misma nota en *Proa,* que si pudiera "escribiría en todas las lenguas, en una especie de esperanto-babel" que devolviera al poema su "máximo de expresión".

A ese "máximo" —aunque de percepción más que de expresión— va dirigida *Xaimaca,* que puede servir de prototipo del gesto poético en Güiraldes. El planteo, realizado a medias pero que define el itinerario, es el de un viaje cuádruple: hacia la isla de la intuición; hacia la infancia cultural del continente (la civilización preincaica, etapa que no se cumple); hacia la mujer proyectada en ánima o ideal que llama como un "más allá de sí mismo"; hacia la conciencia mística del universo (el alma de proa o de horizonte) y la disolución en el paisaje que es el poema. La meta puede parecer vaga al comienzo: una mera anticipación del estado poético —aquella "ampliación del espíritu contemplativo"—, aunque para "personalizar mis sensaciones" se finja "un punto de partida hacia algo definido" de vago tono americanista (el pasado indígena). También el primer paisaje, para deleite del patriota que asoma de vez en cuando, es la "pampa madre, creadora en mí de una gota de savia que quiere hacerse canto". Pero lo auto-referencial —"mundo vale decir pampa"— no es más que el detonante para la verdadera intención del poema: el entregarse a la "actividad interior" que, despersonalizada, llevará al centro (al "trópico"). El ritmo de la experiencia, inseparable del balanceo del barco, va dando las notas del diario: "El deseo de aceptar proyectos... visionario de ojos abiertos... Para muchos, el viaje es fuga; para mí es llamado... evocación de otra vida llena de promesas

ilusorias, en que se suceden muchas zarpadas de bahías ignotas... Mi vista se empapa en las lejanías del agua, rumbo indefinido... Una absoluta pertenencia al presente... mi vida, distraída..., concentrándose en sí misma" hasta abrirse al infinito. Uno recuerda, inevitablemente, la "indefinida voluntad de andar" de *Don Segundo* que es como "una sed de camino y un ansia de posesión, cada día aumentada, de mundo". Y sin duda el horizonte poético y ontológico —la invitación al viaje— de pampa o mar es el mismo y la experiencia apunta al mismo umbral. Sólo que en *Xaimaca* el escenario, más amplio, es el de un continente; y el meridiano, tradicional desde que los descubridores centraron el paraíso —es decir, el *axis mundi*— en la "zona tórrida", el ecuador. Por eso el "llamado" hacia "la quietud del trópico" donde "parece que se estuviera más en las cosas" y el paisaje envolvente es vértigo y fusión total de ser y sentir "el agua por el agua, la luz por la luz".

Como todo viaje poético, *Xaimaca* tiene su lado oscuro, su cielo abismado, proyectado también en la naturaleza exterior. Así, el tránsito por el Canal de Panamá se produce en un ambiente que es el de las pesadillas de Colón, las angustias del marinero de Coleridge y su epígono moderno, el viajero fantasma de Lowry en *Through the Panama* cuando impulsado "por una corriente que la superficie esconde bajo el misterio de su lisura" el navegante de Güiraldes atraviesa "un extraño paisaje de tristeza" con algo también del río selvático de *La Vorágine* de Rivera y los mismos ecos que hay en Rivera del sonambulismo narcótico de Baudelaire, filtrado a través de la sensibilidad modernista; en las palabras de Güiraldes (que podrían ser las de García Márquez describiendo la región encantada de la ciénaga de Macondo): "vastas regiones anegadas" en las que "se extiende un bosque desprovisto de hojas: ejército de esqueletos en pie, cuyos últimos huesos se pudren de humedad". Allí "las raíces beben como un alcohol" la muerte que "por saciedad ha subido a lo largo de los troncos. En las ramas que conservan una engañosa apariencia de sopor invernal, perduran algunas lianas y flores del aire, nutridas por el veneno que las matará con exacerbaciones de paraíso artificial. Necrópolis botánica que se agranda kilométricamente, como si quisiera apoderarse del mundo".

Pero, como en todo Güiraldes, la sensación predominante es eufórica, feliz. Arrobo poético, embeleso místico que envuelve y despersonaliza también a Clara, la amante, con sus manos frías en pleno trópico, su lento retirarse y su contestación a los apremios del narrador: "Volver en mí ya es imposible". Lo dice Marcos: "Estamos bajo una fuerza de vida que nos vence, descentrándonos de nuestra experiencia personal". En la primera luz de la mañana, después de una noche de amor: "Nada tratamos de adivinar, porque nuestras preguntas irían contestándose en la revelación de las cosas". Así la ve a Clara: "en su olvido... revelada en la naturalidad del día", comprendiendo que acaba de crear un nuevo

mundo". Y sumado a este "mundonovismo" místico: la "intuición del estado extático" que, según *El Sendero,* se da en "el pasaje de *Xaimaca* en que Clara lee la carta de Marcos".

Se trata del 20 de enero, a bordo del Aysen. El barco ha fondeado; Clara lee y "respira hondo"; es un momento de Gracia, de exaltación —según el comentario al respecto en *El Sendero:* "vidente, claro e inexplicable", libre de "mezquindades terrestres"—: "sereno éxtasis que me enajena. Tengo de pronto la certeza de que el infinito está presente... en ese instante en que, fuera de mi limitación individual, unido con Clara, he sido el amor mismo".

En otra vertiente del poema, está la visión paradisíaca de la isla "empenachada de palmeras, del jardín cercano, de los cerros". Es la isla de la plenitud en que se centra la bahía: "charco de agua en el agua" que "relumbra" con "una claridad opalina". La despersonalización se refleja en el contorno: el mar, la montaña, el cielo que "se han encontrado a sí mismos" en el momento en que el poeta ignora "si soy un doble o una unidad más grande", si está trasmitiendo o recibiendo "un mundo inexpresable" y se pregunta quién lo habita: "de quién son mis sentimientos". ¿Ecos del *je est un autre* de Rimbaud? Tendencia, en todo caso, de este tipo de poesía, a buscarse en la totalidad del ser del poema, y a usar el paisaje, como ocurre en todo Güiraldes, aun en la pampa tan enfáticamente gaucha de *Don Segundo,* como correlativo del proceso interior.

Así también, en la cópula con Clara, uno de los momentos poéticamente más osados de *Xaimaca,* el gesto que nace de la palabra simula la cadencia del barco y del amor: "Un ritmo lento, un ritmo dormido" que termina con la "tranquilidad del buen desvelo" donde "Todo es nacimiento. / Apenas sé si eres mujer, música o idea". La experiencia va acompañada de una numerología mística que fija la paradójica plenitud y pérdida del momento poético invirtiendo suma en resta: "Escribir pequeñas cifras en perpetua suma. / Empujar los días hacia el gran cero próximo". En la serie de quince poemas de amor que sigue, se alternan y se combinan los jardines de delicias corporales caros al surrealismo y tan antiguos como *El Cantar de los Cantares* (la mujer como cifra del conocimiento; la gnosis como lectura del cuerpo astral femenino), y los nerudianos "horizontes marinos". Y el gesto final de Marcos Galván es el de Raucho: "abiertos los brazos para ampliar mi pecho que llama... en el alma un vasto gesto de crucificado".

Curiosa también, en *Xaimaca,* como anticipación de *Don Segundo,* es la figura de Peñalba —el hermano de Clara—, algo desdibujada, es cierto, pero con planta de guía oracular, Virgilio dedicado a "mostrar las cosas" del paisaje visionario. Se podría decir, en cierto modo, que Peñalba es la figuración del paisaje mismo, la sombra adivinadora o voz impersonal del Logos que habla por boca del poeta, como el Tiresias

de Eliot y, en la literatura hispanoamericana de los últimos treinta años, donde ha pasado a ser casi un lugar común, el Melquíades de García Márquez, el Bustrofedón de Cabrera Infante, el Persio (St-John Perse?) de Cortázar. La diferencia del escenario puede ocultar el parecido con Don Segundo, pero es Peñalba, en su lenguaje peculiar, el que va señalando los hitos del camino. Al cruzar la cordillera a Chile, en el comienzo del viaje, emocionado por la "nueva influencia" del aire, habla como maestro teósofo del viento del Pacífico que se levanta del "mar desconocido" por donde se puede "tirar rumbo" a los archipiélagos remotos de "los países viejos en cuyos templos ruinosos se recibe el bautismo de las filosofías madres". No es el lenguaje de Don Segundo, evidentemente, es más el del Persio de *Los Premios* o el Grigorovich de *Rayuela,* pero la semejanza más profunda está en la función de Peñalba —que apenas concuerda con los pocos datos que tenemos del personaje— como maestro de ceremonias a cargo de latitudes, rumbos y medidas. De otra manera sería difícil de explicar el tono sibilino con que habla de la metafísica de la isla que la hace íntima, en su orilla, separada del mar y del mundo para quien la contempla con "un sentimiento de posesión". En otra etapa del viaje es el Porchia, filósofo de bolsillo, que dice: "Ahora nacemos a la probabilidad de mil ilusiones distintas". Es el que señala los peces voladores y los pájaros. Y podríamos estar en el *Malcolm* con Persio cuando lo vemos "momificado en el alcohol de las influencias astrales" o retirándose "despacio hasta identificarse con la oscuridad", casi en medio de una frase. Es sometidos a su voluntad, lo dice Marcos, que viajan él y Clara. Y el paisaje que se lo traga en su oscuridad —acentuando el parecido con Don Segundo— es "un torvo mandato de silencio".

## VIII

También en los cuentos de Güiraldes, contemporáneos en su mayor parte con *El Cencerro,* se anuncia constantemente el poema de *Don Segundo,* no sólo en algunos temas, personajes, escenarios, sino en la concepción poemática inherente quizá en el género mismo.

Se conoce, por una carta de 1926 a Larbaud, la "teoría del cuento" de Güiraldes, resumida en la búsqueda de una forma extractada, breve, concisa, algo así como el gesto de empuñar el facón. Aunque no pretendan ser más que "anécdotas oídas y escritas por cariño a las cosas nuestras", la tensión los acerca a veces al "pequeño ambiente" cerrado de Quiroga, no sin algún pregusto borgiano.

Estilo "sobrio y conciso", recomendaría Quiroga; energía, intensidad de "una flecha que, cuidadosamente apuntada, parte del arco para ir directamente en el blanco". Principios a los que agrega Güiraldes el afán —también muy quiroguiano en su pulcritud— de "plegar mi estilo

a las virtudes del hablar gaucho que me parecían esenciales", tratando de "forzar la síntesis, hasta conseguir violencia".

Y hay cuentos que casi no lo son, de un solo trazo, impulsos poéticos, donde la valoración del "hablar gaucho" no es literal —no se trata de una mimesis de superficie con lujo de modismos regionales— sino que está más bien en el uso del silencio, encarnado a veces en algún personaje que es apenas una voz, la sombra de una figura que se evapora, como en "Nocturno", donde la silueta del asesino se pierde —otro Peñalba— en la noche, "diluido en la oscuridad", hasta que, igual que en los poemas, al final no queda más que "un movimiento de sombra en la sombra" y "pronto nada". En la misma línea habría que notar el fuerte clima onírico de un cuento como "Facundo", que se parece tanto a "El muerto" —a su vez una glosa de *Don Segundo*— de Borges. Aun en detalles de estilo —cierta ironía, parca en la resolución— el retrato del joven inconsciente de veinte años, "proyecto tal vez de caudillo", encarado con Facundo en un juego de naipes "a trampa limpia" que es una pugna de voluntades y un duelo a muerte, recuerda el Otálora de Borges que se enfrenta con el enigmático Bandeira. La tendencia a la abstracción estilizada, al arquetipo, por ejemplo, de la frase: "En su gloria, el joven besaba de vez en cuando el gollete de un porrón medianero, y no olvidaba chiste, entre los lúcidos fraseos del barajar". La "figura irreal, agrandada de leyenda" de Quiroga, en su proyección mítica, vista por el joven "como a través del delirio". La ganancia eufórica del joven que, en pleno sueño de realización —es decir, la plena conciencia del poema que resulta de los "lúcidos fraseos" del autor—, empieza a ser pérdida, pesadilla. Finalmente la olímpica indiferencia de Quiroga ante las súplicas del joven arrastrado a la muerte insinuada —faltaría solamente el "como quien se desangra"— en el "Llévelo a dormir al mocito... y que descanse mucho, ¿no?" por el asistente que, como una fuerza subterránea muda, resulta más fuerte que él.

En algún otro cuento hay una fábula poética, siempre acompañada de una figura tutelar. En "El remanso", por ejemplo, el peón que le indica el camino a seguir al joven Lisandro que lo desoye y se hunde en un tembladeral. En Lisandro hay otro Raucho que pasa las vacaciones del colegio en el campo y que al irse con su valija equivoca el camino. El trazo limpio, rápido, dramático —el mejor Güiraldes— no disimula la moraleja de la historia. El joven "dejaba tras sí una vida simple: sus días luminosos, sus trabajos alegres en la alegría del peonaje", sus "noches de ermitaño, bañadas de soledad inmensa". Y en el fondo de esa soledad el abandono del que se va a una muerte que parece voluntaria, un suicidio: quizá la venganza de la naturaleza despechada que convierte el remanso del título en la ciénaga del que se extravía.

En otro cuento apenas esbozado —"De un cuento conocido"— vuelve la misteriosa figura tutelar, con el tema recurrente, la pequeña clave, del encuentro de un niño con un viejo. Panchito, el tartamudo, y su

padre, don Ambrosio Lara, que de algún modo comparten un silencio elocuente de esos que en la pampa, según Lugones, dicen todo. Lo vemos al chico "rastreando" los pasos del viejo cuando recorren la estancia, siempre mudo, como ante un aprendizaje inexpresable. En el rancho, a la noche, mientras los otros conversan, el chico "canta" de su modo especial, hasta que el padre muere, dejándolo sin voz.

## IX

En toda esta mudez elocuente; en la alegorización del paisaje como representación de las distintas fases del poema (es decir, del proceso estético); el impulso místico y visionario; los tipos, escenarios, actitudes del campo en *Raucho* y los cuentos; las sombras fugitivas de figuras tutelares que llaman desde el borde del silencio; el sentido expansivo del viaje interior; el ambiente premonitorio de *Xaimaca* y los poemas; el querer sostener una visión, una palabra, en una serie de acontecimientos que son más una música que una historia, está ya *Don Segundo.*

El ritmo temporal, por ejemplo, como metáfora de la intuición poética, es una pauta de los poemas, del "Así sería mañana, así fue ayer" de *Raucho,* que se repite en los ciclos de horas, ciclos de días de *Don Segundo.* Ritmo de vida, claro, pero también de introspección y susceptible, entonces, de encogimientos y ampliaciones que tienen que ver más con el tiempo del poema que el del mundo natural. Así, por ejemplo, tiempo "real" y tiempo poético coinciden y se superponen en el capítulo 4 que registra la primera jornada del reserito bisoño: el despertar con "la primera mirada del sol", con la que trata de "adivinar" el sentido de las caras de sus compañeros, entre ellos el "*tape* forzudo, callado y risueño" que es el domador, Valerio Lares; al mediodía la entrada en escena de Don Segundo que le impone silencio y lo desconoce; a la tarde, a la hora de la siesta, el desvelo y después la doma, también callada, en que todos parecen estar "atentos a un intenso trabajo mental"; a la hora de la oración, el mate que marca la plenitud rebosante de ese silencio "bajo la sombra ya oscura de un patio de paraísos"; a la noche, el medio sueño acompañado de la voz de Don Segundo que comenta las actividades del día. En el capítulo 8, también —el de las impresiones "rápidas, espasmódicas"—, domina una "idea fija" que es un ritmo: "caminar, caminar, caminar". El "colectivo balanceo" de ese ritmo lo deja al reserito "en una semiinconsciencia que era sopor". A las diez, a las once, a las doce, va creciendo el espacio: el "desamparo". La llegada medio dormida, otra vez, a una estancia es "a la sombra de una arboleda". En seguida la hora de la siesta; a las cuatro, otra vez el camino y el gesto conscientemente poético del chico que mira "para grabar el todo en mi memoria". Más tarde la quietud de la cena "en campo abierto"; en seguida: "Nuevamente, el andar de la tropa"; a la noche, otra vez, el sueño acompañado

de la voz admonitoria de Don Segundo. Pero los días, como señala Eduardo Romano en su *Análisis de Don Segundo Sombra,* se van ampliando, a la medida del poema, dentro del ritmo reiterativo, hasta que un solo día ocupa varios capítulos, dando gradualmente una sensación de tiempo detenido o estirado que después se distiende, con el correr de varios días en un solo capítulo, hasta el desenlace, en que se cumple el ciclo total de la aventura, abarcada en un gran día de sol a sol.

Porque resulta, si leemos bien y desde una perspectiva global de la obra de Güiraldes, que el verdadero itinerario de *Don Segundo* —que los constantes cencerros de la tropilla se encargan de vincular con el de los primeros poemas— es el proceso poético en sí: el viaje hacia la iluminación. Un viaje en distintos planos —mítico, onírico— en que las etapas van marcando pruebas, tentaciones, extravíos. Como en *Xaimaca* se va rumbo a un trópico, se aceptan riesgos y desamparos y las angustias y euforias del ojo abierto en el enigma que puede ser pesadilla. De *Xaimaca* podemos extraer otras pautas: la fuga que es llamado; la interrogación del horizonte; la sensación de movimiento expansivo; la "absoluta pertenencia al presente"; la despersonalización en el paisaje; el irse adivinando en "la revelación de las cosas"; la figura tutelar que actúa de voluntad y de voz; la nostalgia por la infancia cultural identificada con la plenitud ontológica. En cuanto al ritmo cíclico de horas y días —el tiempo del poema—, quizá sería más precioso decir que arranca y se extiende, no de sol a sol, sino de crepúsculo a crepúsculo. Es decir que la experiencia abre y cierra en la misma luz espectral de la entrevisión poética, la "sombra" de la misma "idea". Así, el primer momento es claro y oscuro a la vez: la autocontemplación en un remanso que atrae y absorbe y el paso simultáneo de la sombra "fantasma" con la que inmediatamente se tiende el puente simbólico sobre el río y se anticipa la "vida nueva hecha de movimiento y espacio". Al plano mítico de la experiencia corresponden los gruñidos de mastines que son los perros infernales de la noche (Centinela, Capitán, Alvertido); las luces de cementerios y otras apariciones fantásticas (Don Segundo mismo) que van extrañando el mundo conocido con reflejos de lo que es a la vez paraíso —un pequeño jardín de las Hespérides con sus modestas quintas, manzanas (inevitablemente de doble sentido), cercos, tapiales que "no tenían para mí secretos" —y zona de tránsito: oscuro submundo de monstruos y prodigios. Allí aparece, lejano e inmediato, el centauro: "silueta de caballo y jinete" que se agranda contra el "horizonte luminoso" de la aventura. En seguida la palabra "pajuerano" que retrata a Don Segundo se carga de sentido metafísico: es el llamado "en una encrucijada". El 'tapao" —hombre de pocas palabras— es el misterioso silencio de la palabra que se anuncia. El *tape* Burgos, como la mezquina vida de pueblo, es la banalidad trascendida y derrotada por el que se arranca de "la estupidez de los menudos hechos cotidianos", dejando atrás, alegóricamente, la mala literatura, el gaucho de folletín, el "yo disminuido". En lo de Galván las figuras pro-

tectoras dan el tono pampeano a la aventura que en realidad se proyecta más allá de cualquier ambiente concreto. La primera mañana de campo se cifra en querer adivinar caras, asomarse a significados y empezar a reconocer gestos y voces, y saber callar en el aprendizaje de un oficio "lleno de sutilezas y mañas". A poco la primera chinita anuncia la simbólica aurora: empieza el "camino al desconocido" por el "campo sin huellas". La concordancia musical del poema se expresa en ruidos de cencerros, cantos de gallos que son amplificaciones de la experiencia hacia "la inmensidad del mundo". Las necesidades del relato y la proyección de las facultades poéticas en figuras específicas hacen que la experiencia se encuadre en las actividades del campo, y el gesto de posesión en la lista de los "haberes" del gaucho-poeta al final del capítulo 6: espacio, libertad, una "chinita querendona" que llora su partida, pero ante todo "una voluntad" que con "alegría ávida", a la mañana siguiente, se traduce en movimiento. El ritmo, cada vez más de "campo abierto", se agota y se renueva en la acumulación que es derroche, como corresponde a la metafísica del paisaje donde "llegar no es, para el resero, más que un pretexto para partir". A la acción sigue, en cada momento, la pausa contemplativa, el volver "a nuestras impasibles actitudes de troperos". Los fenómenos naturales tienen su función poética: la lluvia refresca la visión, el sol la bendice e ilumina. El arroyo del capítulo 10 marca la corriente que lo lleva al poeta: su caudal, y el fluir de su impulso. El caballo sin freno que bebe del agua tranquila es otro reflejo que lo mira. Es el capítulo, demasiado resumido, de las enseñanzas gauchas pero también poéticas de Don Segundo: ciencias y saberes y el arte de imaginar y narrar. El fatalismo mismo de Don Segundo y el "ascendiente" de su palabra sobre los paisanos son metáforas de la inspiración poética bajo cuyo influjo "mi pensamiento mezcló una alegría a las vastas meditaciones nacidas de la pampa". En las coplas y contrapuntos, burlas y galanteos del capítulo 11, el "juego de los versos" deja de pronto a Don Segundo "en el centro de la rueda" en una chistosa versión de su figura espectral, siempre elusiva, cuando canta y dando una vuelta se esfuma lentamente con un "Ya me han visto por delante... ahora mirenmé de atrás". Así, en cada gesto, el poema se tiende y apunta hacia el mutismo del horizonte vibrante de promesa, silencioso de palabra. Donde la pampa huraña da al mar azul y liso hay un "doble cielo" protector. En momentos de "pampa triste", gente siniestra, ganado rebelde que amenaza una "avalancha ciega", los "clásicos gritos del arreo" restablecen el orden. Hasta de las malas apuestas y las pérdidas, descubre Fabio (Cap. 20), se arranca "al galope corto", con nuevo impulso, cuando se maneja el arte de "saberse ir a tiempo". Más adelante, en su primer triunfo de domador, el chico-poeta siente que "la habíamos ganado desde el primer tirón y la seguimos ganando hasta el fin". Y es que lo guía no sólo la mano del padrino sino un hilo de sueño: "en todo aquello me parecía

ir como dormido". Por eso —y no sólo por la transformación del "hijo de nadie" en patrón— la angustia final del que, desvanecido el poema, tiene que resignarse al vacío del reingreso, aunque prestigiado, en la vida cotidiana. Y se entiende la persistencia de la mirada que, a pesar del "desprendimiento" del padrino, sigue como tratando de ver dentro del sueño, ya sin saber si ve o evoca, la figura crepuscular que se aleja.

## X

En "Al hombre que pasó" estaba la sombra del payador; en "Facundo" la intimidante figura onírica que al encarnarse después en Don Segundo se vuelve benigna; en "El trenzador" la inspirada mudez del gaucho artista; en "Fabián Tolosa" —otro cuento escueto y filoso— y "Politiquería" la anécdota que prefigura algún episodio de *Don Segundo*; en "Al rescoldo" la silueta de Don Segundo mismo, ya en su función de bardo que, con los últimos mates del día, cuenta una historia de duendes a los hombres reunidos alrededor del fogón.

En *Raucho,* el "caudillo en jefe" de la clase, "hombre-potro" con "fama de muy jinete" que un día, habiéndose medido con Raucho, pasa al galope, desnudo, por los patios del colegio —"dándose palmada en el anca izquierda, donde se había pintado con yodo la marca de su estancia"— y que se llama Fabián Cáceres.

También, dentro de la perspectiva de la unidad poética esencial que va de los poemas a *Don Segundo,* podemos seguir la evolución de alguna imagen obsesiva: por ejemplo, la amenaza —de caos, muerte, conflicto— que acecha dentro del paisaje feliz. En "El remanso" era el tembladeral; en *Raucho* otro mal presagio que interrumpe el ritmo plácido: la manga de langostas; escena que por su naturalismo inesperadamente darwiniano anuncia el cangrejal de *Don Segundo.* Es una ciega lucha gobernada por "una obtusa impulsión sexual" en que machos y hembras se devoran, "boca a boca", como pulpos, "en la quietud aparente de las áridas inmensidades térreas". ¿Alusión quizá a los futuros desgarramientos de la ciudad y de Europa? ¿A la invasión del tiempo en el mundo del *illo tempore*? En todo caso: mala etapa del vuelo interior. Porque a eso apuntan la aridez y la quietud; el "combate estéril contra la invasión innumerable"; los "sufrimientos de una seca"; el "olor acre" de la "náusea cotidiana". También el sueño "fantástico" de Raucho: "aves blancas, balanceándose en aleteos pesados"; la tierra convertida "en ondulaciones de vida incompleta"; la "tristeza de agonía" del que, contagiado de "la locura de las antenas giratorias", busca el sol "en el deslinde de las sombras".

En *Don Segundo,* el cangrejal concentra el misterio de esa pampa con ambiente de fondo de mar donde, después del épico arreo de hacienda "chúcara", se cumple la gran prueba de Fabio: el enfrentamiento con

el toro mítico, seguido del sueño premonitorio del capítulo 18 en que se perfila su destino. Los accidentes del terreno: un puesto blanco como hueso "en la llanura amarilla"; un álamo "más pelado que paja de escoba"; un palenque de tres postes blancos que resultan ser restos del esqueleto de una ballena arrojada años antes por el mar y que se carga también de sentido ominoso cuando Don Segundo le dice a Fabio: "Son espinas de un pescado del que entuavía no has comido". El puestero, Don Sixto Gaitán, es como su tierra: "hombre seco como un bajo salitroso y arrugado como lonja de rebenque", y tiene un hijo embrujado y, en una noche de espanto, la alucinación que le arrancan el hijo los demonios que parecen emanaciones de los monstruos del cangrejal. Es una escena compleja en la que se insinúan también analogías entre los delirios nocturnos de Don Sixto (que se cumplen con la muerte del hijo) y las sombras de futuro desamparo que lleva dentro Fabio. También aquí Don Segundo aparece en su función de augur: es el que —¿los une una numerología secreta?— interpreta el sueño de Don Sixto. La estancia vecina también engendra monstruos: el ganado deforme que se desboca. Es el "torneo bárbaro", en un campo con "calidad de desierto" donde después no queda casi recuerdo de la faena, como si hubiera sido todo "una pura imaginación" caída en un "vacío que tenía algo de eternidad". Y el motivo entretejido, a cada paso, es el hervor del cangrejal que se presiente en la alarma de los caballos y se va haciendo eco del terror cósmico a la soledad de la pampa que se abisma en la conciencia abrumada. Con relación al cangrejal hay imágenes de asfixia: "¡Morirse ahogado en tierra!" y de naufragio en el "vértigo de voracidad". Otra vez es el paisaje de *La Vorágine* instalado en medio de la pampa idílica. Hay otra pampa, otro poema, indudablemente, que Güiraldes reprime y que cada tanto asoma: la del "escalofrío ancestral" del hombre americano de Martínez Estrada que se sumerge en ese antiguo lecho de océano que fueron la pampa y la Patagonia y que lo habita como un recuerdo pesadillesco de la Atlántida perdida. En esa otra pampa, ese otro poema, el tiempo y la distancia, como en Sarmiento, cambian de signo: son desamparo, maleficio, barbarie; como Facundo, el propio ser abismado. El llamado al cielo feliz trata de anular la visión: arriba las estrellas son otro cangrejal, "pero de luces". Y sin embargo la pesadilla sigue, en la "lúgubre escena" que es el sueño de Don Sixto. A la mañana, "linda, dorada, ágil", se anuncia, sin embargo, la muerte del chico enfermo. En el próximo campo, que promete un "verdor fresco", se agolpa la "jauría hambrienta" de los perros que son como la gente —salvaje y huraña al punto de esconderse "en lo oscuro" para comer, por miedo a que le arrebaten "la presa"— y la zona misma, donde las actividades perfectamente rutinarias de voltear y curar, descornar, capar, cuerear y degollar adquieren un significado siniestro. El toro que cornea el caballo de Fabio, con el que lidiará después, es un zarpazo de ese mundo infernal. Pero quizá la verdadera cifra del conflicto la dan los cangrejos: esos bichos mutilados

que se comen entre ellos en la parodia de plegaria —parodia del gesto poético de la oración— que los convierte en "arañas rezadoras".

Y ya antes existía el poema "Cangrejal" (de 1921), con el mismo paisaje angustioso. Una visión, según Adelina del Carril, de un cangrejal que visitó Güiraldes, en la etapa preparatoria de *Don Segundo,* en una estancia de Dolores, cerca del mar, y que le recordó los cangrejales de su niñez en Quequén, donde pasó una temporada haciendo una cura del asma. Y el clima de asfixia es el mismo que en *Don Segundo,* pero con un "oculto hervor" de formas, una oscura "voluntad de nacimiento" dentro del caos de la materia en transformación. El dolor de "la tierra enferma" es casi corporal: un "sudor de barro" que hace "eclosión en toda mi carne", agrandándose "fuera y dentro de mí". La frustración se refleja en el inútil "caminar de perfil" de los cangrejos, perdidos en "su voluntad obtusa". Pero además hay un terror atávico a esos monstruos que —como los ajolotes fetales, embriónicos, larvales de Cortázar— son la fauna de la selva ontológica que persiste en "el dolor ansioso de ser".

LUIS HARSS

# CRITERIO DE ESTA EDICION

CON ESTE VOLUMEN se ofrece al lector de *Don Segundo Sombra* no sólo el texto de la novela sino el de aquellos escritos de Güiraldes que pueden ser entendidos como intensamente vinculados al espíritu de aquélla y cuyo conocimiento ilumina con intensidad notable el de *DSS*. Tal selección no implica, pues, una antología sino la presencia de ciertos textos cuya lectura se espera enriquezca la apreciación íntima de la novela a la que dan compañía, y que fueron seleccionados por su valor como complemento y su aporte de claridad. En tal espíritu se ofrece la totalidad de los cuentos y relatos, primer ejercicio narrativo de Güiraldes; el segmento inicial de *Raucho*, es decir el que se sitúa en Argentina, legible como texto autónomo y que puede ser entendido como una pre-escritura parcial de *DSS;* y aquellos poemas de *El cencerro de cristal* y otros de edición póstuma que por su índole temática y su valor intrínseco concurren a clarificar el proceso de escritura de esa novela, así como ocurre con el comentario sobre "Le Pacific" de Honegger, que también se incluye.

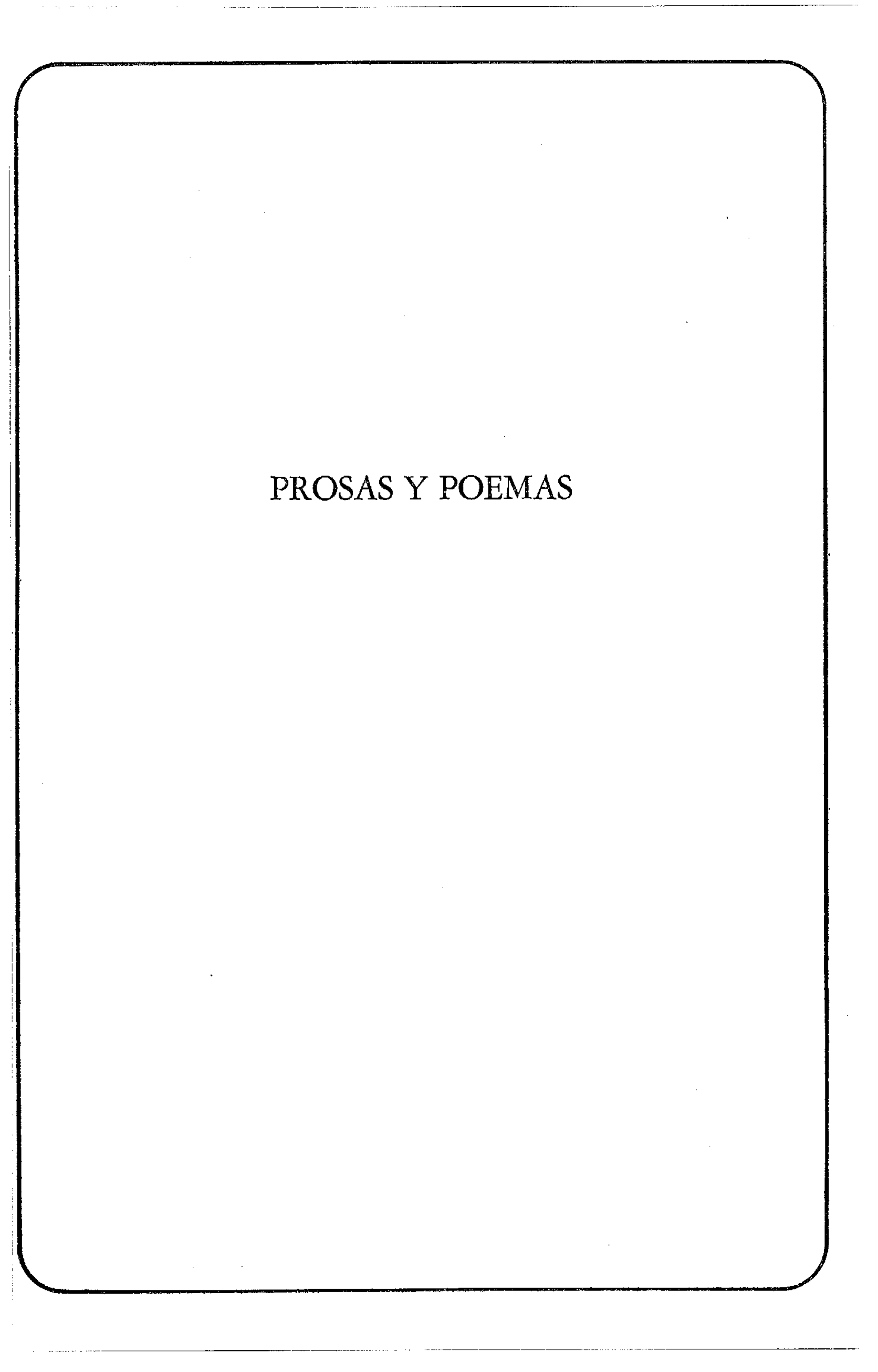
Fue utilizado como fuente de esta edición el volumen de *Obras completas* de Ricardo Güiraldes publicado por la Editorial Emecé de Buenos Aires en 1962 y al cuidado de Juan José Güiraldes, sobrino del autor, y del escritor Augusto Mario Delfino, quienes tuvieron a su disposición los archivos y manuscritos del autor de *DSS;* por esta razón, entendimos hallarnos frente a una versión homogénea y digna de crédito de los textos güiraldianos, la que además gozó de la expresa aprobación de la viuda del escritor. Se ha seguido en la impresión de los materiales complementarios el mismo orden con que aparecen en las *Obras completas.*

Luego de cuidadoso examen se ha optado por no poner notas a los textos, en la convicción de que el lector de habla española no necesita de ellas para leer a Güiraldes, tal como lo comprueba una tradición de más de cincuenta años durante los cuales *DSS* y otros de sus libros fueron de uso corriente en la escuela media y en la enseñanza superior de muchos países hispanoamericanos, pese a no existir de ellos ediciones anotadas. En el habla de Güiraldes es escaso el número de elementos que no corresponden al español general y éstos, por su carácter recurrente, se explican por sí mismos en la sucesiva relación con distintos contextos, con lo cual una eventual anotación respondería más a una tendencia erudita que a una real necesidad del lector.

Una definida preocupación por el valor actual y accesibilidad de sus entradas guió la preparación de la bibliografía que complementa el volumen. La cronología de vida y obra de Ricardo Güiraldes y la bibliografía estuvieron a cargo del profesor Blasi.

L. H. - A. B.





# PROSAS Y POEMAS

# EL CENCERRO DE CRISTAL

## TRIPTICO

### *Amanece*

Es la noche de las estrellas; soñolentas parpadean, para dormir en la violencia del día.

Un churrinche, gota de púrpura, emprende su viaje azul.

El disco de luz, invencible en su ascenso, ha desgarrado en amplia herida, las nubes que pesaban sobre él.

Las nubes sangran.

### *Mediodía*

La atmósfera embebida de átomos solares, tiene solidez irrespirable.

El canto de la torcaza, adormece con la monotonía de su ritmo lloroso.

A lo lejos, el campo reverbera, turbio.

El sol, sus grandes alas desplegadas, plana inmóvil sobre el mundo.

### *La oración*

Las ovejas vuelven del campo.

Rezagadas, las decrépitas y enfermas son punto final de la larga frase blanca, que parece evaporarse, en el polvo, inmovilizado por la tranquilidad del aire.

Es la hora mística.

Lentamente, la noche se ha dormido, acostada sobre el llano.

"La Porteña", 1913.

## SOLO

*Está el llano perdido en su grandura.*
*La tarde, sollozando púrpuras, aquieta*
*Las coloreadas vetas,*
*Que depura.*

*De la cañada el junquillal sonoro,*
*En rojo y oro,*
*Detiene jirones de color,*
*Que haraganean, lentos,*
*Sus últimos momentos.*

*No hay ni hombres, ni poblado.*

"Polvaredas", 1914.

## TARDE

En la indiferencia silente del atardecer pampeano, un vasco canta.

Recuerda cuestas y pendientes rocosas y valles quietos o aldeas pueriles.

La voz es mala, el afinamiento orillea. El ritmo de la guadaña descogota la canción, a cada cadencia ondulosa, que nada es, en la indiferencia llana del atardecer pampeano.

Las ovejas balan volviendo al encierro, el vasco sigue cantando. ¡Nada!... el reflejo en las almas, del morir solar.

"La Porteña", 1914.

## QUIETUD

*Tarde, tarde,*
*Cae la tarde.*
*Larga, larga,*
*Se aletarga,*
*En derrumbe silencioso,*
*Como mirada en un pozo.*

"La Porteña", 1914.

## *LADRIDO*

*Luna redonda, blanca y lejana.*
*Paz sobre el mundo y con nosotros.*
*Pregusto de muerte.*
*Calma.*
*La brisa disgrega el pecho en rezos.*
*El color está de luto.*
*Un camino, lívido, se va.*
*Las sombras se achatan, esquivas.*
*Un sapo hace gárgaras de erres.*
*La rana mastica palillos sonoros.*
*Venus guiña a la Tierra su ojo punzante.*

Los grillos cantan glorias de vidrio.
El viento, en las ramas, chista para profundizar el silencio.
Las palmas digitan, sobre el invisible palor del aire.
El cabello, espinoso, de un Fénix, se espanta de noche.
Las hojas metálicas del eucaliptus, enganchan lacrimales pedazos de luna.
El silencio se duerme.
Pregusto de muerte.

"La Porteña", 1913.

## REPOSO

Acostado sobre la tierra, en la calma absoluta de la noche, hilvano incoherencias.

Mis oídos se tienden hacia los sonidos. Un vago rumor, hecho de mil imperceptibles. Junto a mí, un pasto que escapa al peso del cuerpo cruje apenas. Y los otros, esos que crecen, también tendrán su canto.

Bruscamente evoca el zumbido inmenso de la Tierra, en su girar sobre sí misma, mientras cruza el espacio. Ese ruido, como los otros, escapa a la receptividad de mis oídos incapaces.

¿Y si perdiera la Tierra su atracción centrípeta?

Siéntome cruzar la atmósfera, despedido en impulso gigantesco.

Y mi alma va tras el infinito, infinitamente.

París, 1911.

## VIAJAR

Asimilar horizontes. ¿Qué importa si el mundo es plano o redondo?

Imaginarse como disgregado en la atmósfera, que lo abraza todo. Crear visiones de lugares venideros y saber que siempre serán lejanos, inalcanzables como todo ideal.

Huir lo viejo.
Mirar el filo que corta un agua espumosa y pesada.
Arrancarse de lo conocido.
Beber lo que viene.
Tener alma de proa.

"Regina Elena", 1914.

## SIMPLE

El día se ha muerto.

Cerca, todo lo que cae bajo la luz borrosa de los faroles. Por trechos, agujeros de oscuridad, pedazos de desconocido, donde la imaginación puede crearlo todo.

A lo lejos, la masa densa de la montaña, sobre el cielo huyente, crea el horizonte. En sentido opuesto, donde la vista no alcanza, tierra y agua copulan en idéntico beso.

Solo, muy solo, va el camino pequeño.

Pueblo de bambolla, nacido de ensueños voluptuosos. Aldea modesta, mejillón de la cima. Cielo. Montaña. Mar plegadizo, fuerte, monótono y grande.

Todo tañe en el Angelus del campanario.

Beaulieu, 1912.

## ACONCAGUA

Cima. Altura. Cono tendencioso, que escapa de la tierra hacia la coronación rala de aires eternos.

Aspiración a lo perfecto.

Gran tranquilo. Eterno mojón de cataclismo, cernido de nubes que lloran en tus flancos pétreos, desflocando sobre tu dureza la impotencia blanduzca de sus velámenes, esclavos del viento.

Indiferente.

Caótica cristalización.

Rezo de piedra.

Véngame tu firmeza inconmovible. Dios del silencio. Dios de aspiraciones hacia la perfección sideral.

¡Oh! tú que escapas a la tierra.

Impulso en catalepsia.

Borbotón solidificado.

Serenidad, hecha materia, que duermes al través de los siglos, imperturbablemente.

Vuelo en letargo.

Véngame tu estabilidad perenne, oh pacificador inerte; dame tu sopor inmutable y la paz de tu quietismo de esfinge geológica.

¡Aconcagua!

Mendoza, 1913.

# CUENTOS DE MUERTE Y DE SANGRE
seguidos de
# AVENTURAS GROTESCAS
y una
# TRILOGIA CRISTIANA

ADVERTENCIA

Son en realidad anécdotas oídas y escritas por cariño a las cosas nuestras.
He intitulado *Cuentos,* no teniendo pretensión de exactitud histórica.

R. G.

## CUENTOS DE MUERTE Y DE SANGRE

### FACUNDO

Traspuestas las penurias del viaje, cayó al campamento una noche de invierno agudo.

Era un inconsciente de veinte años, proyecto tal vez de caudillo; impetuoso, sin temores e insolente ante toda autoridad. De esos hombres nacían a diario en aquella época, encargados luego de eliminarse entre ellos, limpiando el campo a la ambición del más fuerte.

Apersonado al jefe, mostró la carta de presentación. Cambiaron cordiales recuerdos de amistad familiar, y Quiroga recibió a su nuevo ayudante con hospitalidad de verdadero gaucho.

Concluida la cena, al ir y venir del asistente cebador, el mocito recordó cosas de su vivir ciudadano. Atropellos y bufonadas sangrientas, que aplaudía con meneos de cabeza el patilludo Tigre. Contó también cómo se llenaba de plata merced a su habilidad para trampear en el monte.

El Tigre pareció de pronto hostil:

—¡Jugará con sonsos!

Insolente, el mocito respondía:

—No siempre, general..., y pa probarle, le jugaría un partidito a trampa limpia.

Quiroga accedió.

Los naipes obedecían dóciles, y el Tigre perdía sin pillar falta. En su gloria, el joven besaba de vez en cuando el gollete de un porrón medianero, y no olvidaba chiste, entre los lucidos fraseos de barajar.

Inesperadamente, Quiroga se puso de pie.

—Bueno, amigo, me ha ganao todo.

Recién el mozo miró hacia el montón, escamoso, de pesos fuertes, que plateaba delante suyo.

El general se retiraba.

Entonces, un horrible terror desvencijó la audacia del ganador. Las leyendas brutales ensoberbecieron la estampa, hirsuta, del melenudo.

—¡General, le doy desquite!

—Vaya, amigo, vaya, que podría perder lo ganado y algo encima...

—No le hace, general; es justo que también usted talle.

—¿Se empeña?

—¿Cómo ha de ser?

Las mandíbulas le castañeteaban de miedo.

Quiroga arremangó la baraja, que chasqueó entre sus dedos toscos.

—¡Bueno, mis estribos contra cien pesos!

Y mandó al asistente traer las prendas.

Facundo comenzó a recuperar; cuando igualaron pesos, sonrió diciendo al huésped:

—Bueno, amigo, a recoger, y hasta mañana.

Pero el mocito, queriendo apaciguar al que creía herido, había de cinchar hacia su desgracia. Balbuceó estúpidas excusas de terror.

Facundo volvió a sentarse, con esta advertencia:

—No culpe sino a su empeño lo que suceda... al hombre sonso la espina'el peje... voy a jugarle hasta lo último, ya que así quiere... Si gana, ensille al amanecer, y no cruce más mi camino...; si pierde, ha de ser más de lo que usted cree.

—¿Y es, mi general?

—¡Bah!, cualquier cosa.

Volvió a fallar el naipe inconsciente.

Quiroga trampeaba con descaro ante la pasividad del contrario, que miraba, como al través del delirio, la figura irreal, agrandada de leyenda.

Cuando el último peso fue suyo, llamó al asistente, ordenándole con una seña explicativa:

—Llévelo a dormir al mocito... y que descanse mucho, ¿no?

El muchacho quiso arrojarse de rodillas e intentar súplicas, pero Quiroga, indiferente, juntaba las barajas, y el asistente era más fuerte.

## DON JUAN MANUEL

Bajó de la diligencia en San Miguel de la Guardia del Monte, uno de los pueblos más viejos de nuestra provincia.

Un peón le esperaba con caballo de tiro, como era convenido. Nicanor preguntó por los de las casas. Todos estaban bien y esperaban al señor con grandes preparativos de fiesta.

Regocijábase con la promesa de alegres días. En Buenos Aires, la Facultad absorbía sus ambiciones de estudioso. Poco se daba al placer.

La política, la vida social, los clubs, las disipaciones juveniles eran cartas abiertas en las cuales leía escasos renglones.

Las vacaciones, en cambio, le impulsaban a desquitarse.

Miró al gaucho, cuyo chiripá chasqueaba al viento sin que su fisonomía exteriorizara placer alguno por su libertad salvaje, y apoyó las rodillas sobre el cuero lanudo del recado, para sentir más precisos los movimientos del caballo, bajo cuyos cascos la tierra huía mareadora.

Oyeron, de atrás, aproximarse un galope; alguien los alcanzaba, y los caballos tranquearon, como obedeciendo a una voluntad superior y desconocida.

—Buenos días.

—Buenos días.

Llamó la atención de nuestro pueblero el flete, primorosamente aperado de plata tintinante, cuyos reflejos intensificaban su pelo ya lustroso de colorao sangre 'e toro.

El hombre era un gaucho en su vestir, un patricio en su porte y maneras.

Con facilidad de encuentros camperos, se hizo relación. Sin nombrarse el recién llegado, preguntó a Nicanor quién era y adónde iba.

—Yo he sido amigo 'e su padre. Compañero 'e política también.

Y prosiguió, afable:

—¿Va a lo de Z. . . ? Es mi camino, y lo acompañaré; así conversaremos para acortar el galope.

—Es un honor que usted me hace.

El peón venía a distancia, respetuosamente. Nicanor le ordenó se adelantara a anunciar su llegada, y quedaron los nuevos amigos demasiado interesados en sus diálogos para pensar en el camino.

El hombre averiguaba mucho, y Nicanor respondía, halagado por las atenciones del que adivinaba personaje.

—¿Entonces viene a pasar una temporadita? Ya se divertirá. Aquí hay campos para correr todo el día y también avestruces para ejercitar el pulso, y vizcacheras pa probar los paradores, ¿no?

Nicanor no se atrevía a interrumpirle. El temor de parecer un pobrecito pueblero incapaz de hazaña ecuestre alguna, le impedía protestar con decisión.

—Yo no soy de a caballo. . .

—¡Qué no ha 'e ser! Lo mismo es si me dijera que es lerdo el zaino.

—Presumo que es sólo un mancarrón manso, elegido para un maturrango como yo.

—¡Bah!. . . Ya se desengañaría si hiciéramos una partidita.

En sus ojos claros brillaban todas las malicias gauchas.

—Una partidita corta, aunque sea —insistía— como hasta aquel albardón, a la derecha de la vizcachera que blanquea. . .; dos cerradas, cuanto más. . . ¿Eh?

Nicanor, no sabiendo ya cómo negarse, objetó, mientras el deseo de ganar le golpeaba en las arterias:

—Como quiera, entonces. Pero estoy, desde ahora, seguro que el colorao me va a cortar a luz.

El semblante de su interlocutor había adquirido un singular poder de brillo. Las facciones parecían más nítidas y los ojos reían, en la promesa de un intenso placer de chico travieso.

—Bueno, cuando diga ¡vamos! Ahora... Atráquese pie con pie... así... galopemos a la par hasta la voz de mando.

Achicábanse los caballos sobre sus garrones, temblorosos de empuje. Veinte metros irían golpeando rodilla con rodilla, sujetando las monturas, que roncaban de impaciencia.

—Bueno... ahora... ¡Vamos!

—¡¡Vamos!!

Y el tropel de la carrera repiqueteó como agudo redoble de tambor.

Tras los desacomodadores sacudones de la partida, corrían serenos par a par. Los vasos crepitaban o se ensordecían en las variaciones de la cancha; redondeles de barro seco saltaban como pedradas del molde de los vasos.

Nicanor animaba al zaino y parecía ganar terreno, cuando el peso del colorado le chocó con vigor inexplicable. Pensó en una desbocada; pero al mismo tiempo, sin lógica alguna, su caballo, con un quejido y la cabeza abrazada entre las manos, corcoveó furiosamente.

Se defendió como pudo. Sus dedos, al azar, arrancaban mechones del cojinillo.

—¡Cuidao! ¡Cuidao... la vizcachera! —le gritaron en una risotada.

Toda noción precisa desapareció para Nicanor. La tierra se le vino encima. Vio un pedazo de cielo, la mole del caballo que amenazó aplastarle, e, inseguro aún, se levantó con un pesado dolor en las espaldas.

Volvió a subir. A lo lejos, por un bañado, corría el compañero de hoy, y un hornero cantaba, o alguien reía.

Cuando llegó a destino, el atolondramiento había cesado.

Casi sin contestar a la efervescente recepción, contó su aventura.

Carlos, su amigo, le interrogó al fin:

—¿Cómo era el hombre? ¿Alto, rubio? ¿Muy buen mozo? ¿De ojos claros y sonrientes como una dama?

—Sí, sí —contestaba Nicanor viendo a su hombre.

—Ya sé quién es.

—¿Quién? —preguntó el mozo con secreta idea de venganza.

—Don Juan Manuel.

La estancia quedó, obsequiosamente, entregada a la tropa. Eran patrones los jefes. El gauchaje, amontonado en el galpón de los peones, pululaba felinamente entre el soguerío de arreos y recados. Los caballos se revolcaban en el corral, para borrar la mancha oscura que en sus lomos dejaran las sudaderas; los que no pudieron entrar atorraban en rosario por el monte, y los perros, intimados por aquella toma de posesión, se acercaban temblorosos y gachos, golpeándose los garrones en precipitados colazos.

La misma noche hubo comilona, vino y hembras, que cayeron quién sabe de dónde.

Temprano comenzó a voltearlos el sueño, la borrachera; y toda esa carne maciza se desvencijó sobre las matras, coloreadas de ponchaje.

Una conversación rala perduraba en torno al fogón.

Dos mamaos seguían chupando, en fraternal comentario de puñaladas. Sobre las rodillas del hosco sargento, una china cebaba mate, con sumiso ofrecimiento de esclava en celo, mientras unos diez entrerrianos comentaban, en guaraní, las clavadas de dos taberos *de lay*.

Pero todo hubo de interrumpirse por la entrada brusca del jefe: el general Urquiza. La taba quedó en manos de uno de los jugadores; los borrachos lograron enderezarse, y el sargento, sorprendido, o tal vez por no voltear la prenda, se levantó como a disgusto.

A la justa increpación del superior, agachó la cabeza refunfuñando. Entonces Urquiza, pálido, el arriador alzado, avanza. El sargento manotea la cintura y su puño arremanga la hoja recta.

Ambos están cerca: Urquiza sabe cómo castigar, pero el bruto tiene el hierro, y el arriador, pausado, dibuja su curva de descenso.

—'stá bien!; a apagar las brasas y a dormir.

El gauchaje se ejecuta, en silencio, con una interrogación increíble en sus cabezas de valientes. ¿Habría tenido miedo el general?

Al toque de diana, Urquiza mandó llamar al sargento, que se presentó, sumiso, en espera de la pena merecida. El general caminó hacia un aposento vacío, donde le hizo entrar, siguiéndole luego. Echó llave a la puerta y, adelantándose, cruzóle la cara de un latigazo.

El soldado, firme, no hizo un gesto.

—No eras macho, ¡sarnoso!; ¡sacá el machete ahora!..., —y dos latigazos más envuelven la cara del culpado.

Entonces el general, rota su ira por aquella pasividad, se detiene.

—Aflojás, maula; ¿para eso hiciste alarde anoche?

El guerrero, indiferente a los abultados moretones, que le degradan el rostro, arguye, como irrefutable, su disculpa:

—Estaba la china.

—Como seguridad de pulso —interrumpió Gonzalo—, no conozco nada que equivalga al hecho del capitán Funes.

—Y ¿cómo es? —preguntamos en coro.

—Breve y sabroso. Veníamos de Europa en un barco que hoy calificaríamos de chiquero, pero de primer orden para hace veinte años.

Nos aburríamos oceánicamente, a pesar de habernos juntado cinco o seis muchachos para truquear y hacer bromas que acortaran el viaje.

Se truqueaba por poca plata, y las bromas eran pesadísimas.

Al llegar a Santos, fuera el frescor del aire o la proximidad de la tierra, nos remozó un nuevo brío de chistes e indiadas.

Para mejor, subió un candidato, y nos prometimos, luego de analizar su facha enjuta y pretenciosa, hacerlo víctima de nuestras invenciones.

El más animado del grupo, Pastor Bermúdez, se encargó de entrar en relaciones y presentarnos luego.

Al rato no más, volvía, diciéndonos satisfecho:

—¡Es una mina, hermanos, una mina! Ya le encontré el débil. Es oriental, revolucionario, y, hablándole de tiros, va a marchar como angelito.

Nos presentó esa misma noche, en el bar, y todos comenzamos a hablar de guerra y tiros, sablazos, patadas, con exageración, contando mentiras para oír otras.

—¿Así que usted, capitán —le decía Pastor—, ha peleado mucho?

—Bastante —movía los hombros como coqueteando.

—Ha de saber lo que son balas —guiñándonos los ojos—; ¿hasta por el olor las conocerá?

—¡Por el olor, no; pero por el chiflido, pueda!

—Y ¿qué diferencia hay entre unas y otras?

—Pero muy grande, mi amigo, muy grande: las de remington silban gordete; así: chchch... —nos mordíamos los labios—; mientras que las de carabina son más altitas, así: ssssss...

—Pero vea —decía Pastor con gravedad—: así que las de remington hacen... ¿cómo?

—Chchchch...

—¡Curioso! ¿Y las de carabina?

Nosotros debíamos estar violetas a fuerza de contenernos.

—Las de carabina, ssssss...

—¿Y las de cañón?

El capitán nos miró, riendo de buena gana.

—Pa eso no me alcanza la voz.

Aprovechamos la coyuntura para aflojar la risa que nos retozaba en el vientre. Nos reíamos, pero desmesuradamente, largando todo el embuchao, queriendo sujetar y volviendo, como a una enfermedad, a nuestras carcajadas inconcluibles.

El capitán Funes tuvo un pequeño encogimiento de cejas, imperceptible.

—Así que no podría, capitán... claro está...; pero cuando hace como la de carabina... vea, es igualito..., me parece estarlas oyendo..., formal... Y dígame, capitán, las de revólver, ¿cómo hacen?

—¡Así, mi amigo! —y antes que pensáramos siquiera, dos balazos llenaron de humo el aposento. Hubo un ruido de sillas y mesas volteadas. Recuerdo un tumulto de empujones dados y recibidos, una multitud de gente caía por todas partes, mientras, en pelotón confuso, rodábamos hacia cubierta. Pastor y Funes luchaban a brazo partido, y ese último, más débil, corría el riesgo de ser echado al mar, por sobre la borda, cosa que Pastor trataba de lograr con todas sus fuerzas.

Los separamos, al fin. Queríamos ver la herida de nuestro amigo, cuya sangre nos manchaba.

El capitán Funes, retenido por dos marineros, gritaba:

—No lo he querido matar de lástima; pero ya sabe ese mocito que si no sé cómo silban las balas de revólver, sé manejarlas.

—¿Y en qué quedó Pastor? —preguntamos.

—Pastor ha quedado señalado con una muesca en cada oreja, y lo peor es que cada vez menos puedo resistir la tentación de preguntarle cómo silbaban las balas que lo hirieron.

—No te aconsejo —dijo alguien.

—Yo tampoco —concluyó Gonzalo—, pero temo que la tentación me venza.

## VENGANZA

De esto hará unos ochenta años, en el campamento del coronel Baigorria, que comandaba una sección cristiana entre los indios ranqueles, entonces capitaneados por Painé Guor.

El capitán Zamora —diremos no dando el verdadero nombre—, poseía una querida, rescatada al tolderío con sus mejores prendas de plata.

Misia Blanca era un bocado que despertaba codicias con su hermosura rellena, y muchos le arrastraban el ala, con cuidado, vista la fiereza del capitán.

Y era coqueta: daba rienda, engatusaba con posturas y remilgos, para después esquivar el bulto; modo de aguzar los deseos en derredor suyo.

Celoso y desconfiado, Zamora no le perdía pisada, conociendo sus coqueteos que más de una vez le llevaron a azotar a un pobre diablo o a tomarse en palabras con un igual.

Durante dos meses, Blanca pareció responder a sus caricias. Llamábale mi salvador, mi negro guapo, y le estaba, en suma, agradecida por haberla librado de la indiada.

Pero (ya que siempre los hay) al cabo de esos dos meses las demostraciones fueron mermando, el amor de Blanca aflojó y había de ser, como los mancarrones lunancos, para no componerse más.

Zamora buscó fuera la causa, y dio en uno de sus soldados, chinazo fortacho y buen mozo aumentativamente.

Los espió, haciéndose el rengo.

Cuando estuvo seguro, dijo para sus bigotes:

—Maula, desagradecida, mi'as trampiao y vas a pagar la chanchada.

Prendió un nuevo cigarrillo sobre el pucho y saltó en pelos, tomando al galope hacia lo de Sofanor Raynoso, uno de sus soldados.

Llegado al toldo, saludó a una chinita que pisaba maíz y aguardó que se acercara su hombre, que dejando un azulejo a medio tusar, venía a ponerse a la orden.

—Sofanor, tengo que hablarte.

Se apartaron un trecho.

—¿Y cómo te va yendo?

—¡Regular!

—¿Siempre estah' enfermo?

—Mah' aliviadito, señor; pero no hayo descanso.

—Mira —dijo con decisión Zamora—, te acordás de Blanca, ¿no?. . .; ya se te hace agua la boca, ¡perro!. . .; esperá que concluya. Güeno. . ., vah'a buscar toditos loh' enamoraos; ai está el mulato Serbiliano, y los dos teros, y Filomeno, lo mesmo que el chueco y Mamerto y Anacleto. . . Güeno: el rancho va'star solo, ansina que te los yevás todos, y al que le guste que le prienda; pero con la alvertencia. . . que vos has de ser el primero.

El capitán Zamora dio vuelta a su caballo, levantó la mano como para saludar y enderezó a los toldos de su hermano Pichuiñ Guor. Allá pasaría tres días platicando pa despenarse en el olvido.

## EL ZURDO

Un entrevero violento y fugaz —palabras de odio gritadas entre una carnicería de doscientos hombres que, al través de la noche, se sablean y atropellan, sobrehumanos, bramando coraje.

Combate rudo.

Por quinta vez, el gauchaje sorprendía el campamento realista; y en el aturdimiento de todos, lazo y bola habían hecho su obra.

Uno de los asaltantes, sin embargo, quedó en mano de los españoles. En cortejo de odio fue conducido al juicio de los superiores, y la pena de muerte cayó fatalmente.

La cabeza baja y casi escondida por lacia melena, el condenado oyó el veredicto. Sus ropas despedazadas descubrían el pecho, sesgado por honda herida.

Cuando la soldadesca tuvo segura su venganza, calmáronse los anatemas y maldiciones. Aproximábanse, por turno, para verlo, y también gozar de su estado.

Concluirían los asaltos y el terror supersticioso que supo imponer ese cabecilla peligroso cuyo apodo vibraba en boca del enemigo con entonación de ira. ¿Cuántos no ahorcó su lazo, y despedazó en la huida, mientras se golpeaba la boca en señal de burla?

Adelantóse el verdugo voluntario.

La tropa rodeaba con curiosidad, ansiosa de ver flaquear al que habían temido.

Por primera vez, El Zurdo alzó la cara y tuvo una mirada de pálido desprecio. Quería vejarlos antes de morir, herirlos con una palabra a falta de hierro, y sonrió sarcástico:

—¿Por qué no yaman las mujeres?

La indignación hirvió en la tropa, los dientes rechinaron, hartos de ofensa; el sable temblaba en manos del verdugo. El Zurdo aprovechó el silencio, hablando con orgullo:

—En la sidera de mi recao tengo siento trainta tarjas, y ustedes, por más que me maten, no han de matar más que a uno.

Era el colmo. La tropa, indisciplinada, cayó sobre el preso, que desapareció entre un tumulto de brazos y armas. Cuando el jefe logró despejar su gente, El Zurdo había caído. En su cuerpo sangraban no menos heridas que tarjas reían en su sidera, pero fue un honor del cual no pudo vanagloriarse.

## PUCHERO DE SOLDADO

El tren cruzaba una estancia poblada de vacas finas que, familiarizadas con el paso del gran lagarto férreo, pacían tranquilas.

Era un espectáculo harto conocido y conversábamos, indiferentes, de incidencias menores en nuestras vidas camperas.

El viejo don Juan miraba hacía un rato por la ventanilla y veía cosas muy distintas de las que hubiéramos podido ver nosotros.

Recuerdos. ¿Y qué recuerdos podía no tener ese hombre de setenta y cuatro años desde su juvenil participación en la guerra del Paraguay?

De pronto pensó en voz alta:

—Nosotros nos asombramos de la evolución a que hemos asistido en Buenos Aires...; es asombroso, en efecto, lo presenciado en adelantos y perfeccionamientos; pero hay cosas increíbles en el pasado de un hombre viejo, y es como para pensar si uno no las ha visto en otra vida. Así, pues, miro esta estancia y pienso que tal vez sea un sueño lo que nos sucedió a un grupo de hombres en épocas diferentes de éstas, como lo son las cruzadas de los modernos días europeos.

—¿Qué les sucedió? —preguntamos, más por deferencia que interés.

—Figúrense que el Gobierno me había encargado de hacer una mensura poco tiempo después de la campaña del general Roca contra los salvajes. Como el trabajo presentaba peligros, mandé pedir unos soldados a mi amigo, y cuasi pariente, Napoleón Uriburu, que fue —se sabe— uno de los jefes expedicionarios.

Uriburu me envió quince hombres para completar una comitiva apta a medir tierra y defenderse por sus cabales del posible ataque pampa.

Seríamos, pues, veinte entre todos, con numeroso convoy de carretas y animales. Trabajábamos sin descanso, y de noche, para mayor seguridad, hacíamos campamento rodeados por las carretas unidas con lazos.

Un hombre quedaba de centinela; no había cuidado que se durmiera. Los indios se presentaban de improviso, y a nadie sonreía morir sin vender el pellejo.

Aquella noche cayeron en número crecido. No podíamos pelear con ventaja; pero en lugar de la atropellada que esperábamos, se contentaron con incendiar el pajonal, y pronto las llamas nos alumbraron como de día.

Había que ver, amigo: temblábamos de miedo como nuestras sombras bailarinas. Ibamos a morir asados si nos quedábamos. ¿Y disparar? ¿A dónde que no nos ensartáramos con las lanzas de los salvajes que nos esperaban para eso?

Era la muerte a fuego o hierro. Podíamos elegir.

De pronto vi la salvación. La laguna donde habíamos dado el día antes de beber a nuestros animales.

Di la voz, y corrimos temerosos de no tener tiempo. El calor picoteaba ya el cuerpo, y a punto nos largamos de cabeza en el agua, luminosa de reflejos.

Le garanto que tengo una rebajita en el Purgatorio. Metidos en el agua hasta el cogote, vimos llegar las llamaradas, que roncaban en una sostenida nota grave; parecía como que la tierra se fuera en borbotones de humo, y la cara se nos asaba materialmente. Entonces empezamos la única maniobra de defensa. Metíamos la cabeza bajo el agua el mayor tiempo posible para evitar la quemadura de las llamaradas que pasaban sobre nosotros, pero teníamos que respirar y así jugamos al zambullón hasta sentir el fuego alejarse.

El agua parecía de puchero. Pensar en salir a tierra era locura. Nos hubiéramos cocido como bifes los pies. Optamos, pues, por quedarnos; y, aplacado el susto, sintiéndonos como resucitar, empezamos a mirarnos. No faltaba ninguno.

Clareaba ya la mañana cuando salimos del agua, colorados como flamencos y tiritando de frío por contraste.

Pero nos reíamos. Nos reíamos los unos de los otros, a pesar de quedar sin recursos en el desierto, porque pensábamos que el fuego encendido para nuestra muerte nos salvaba arriando a los indios lejos de nosotros.

## DE MALA BEBIDA

Santos era cochero en una estancia distante dos leguas de la nuestra.

Bajo y grueso, sus cincuenta y seis años de vida bondadosa y tranquila no acusaban más de cuarenta.

Contaba en su existencia con un episodio que tal vez marcara en ella la única página intensa, y le oí contar más de cien veces aquel momento trágico, que narraba a la menor insinuación, siempre con el mismo terror latente.

Servía entonces a don Venancio Gómez, individuo cruel y bruto, que repartía su tiempo entre orgías violentas en Buenos Aires y cortas visitas a su estancia, adonde sólo venía de tiempo en tiempo con objeto de apretar ciertas clavijas para mayor rendimiento.

Fue un día a buscarlo al pueblo.

El telegrama decía: "Llego mañana 11 a.m.". ¡Buena hora había elegido para el tiempo de calor que venía manteniéndose desde varios días!

Subió al coche, sin contestar los saludos obsequiosos de Santos, y comenzaron las preguntas acerca de la administración.

A cada cosa desaprobada por don Venancio seguía un rosario de injurias, que su interlocutor trataba de eludir alegando su impotencia de simple peón.

Decididamente, el señor debía estar tomao.

Siguieron el camino, que serpenteaba sumiso como un lazo tirado a descuido.

Tras la volanta, un compacto pelotón de polvo oscilaba.

El patrón dormitaba ahora al vaivén de los barquinazos. No irían por mitad de viaje cuando se incorporó en el interior del choche, ceceando pesadamente.

—Tengo ganas de matar un hombre.

—¡Jesús! —aulló bufonamente Santos, tomando la cosa a broma—. ¡Si no hay más que hacienda por el camino!

—De no encontrar otro —prosiguió don Venancio—, has de ser vos el pavo 'e la boda.

Lo cual diciendo, sacó del cinto un revólver que descansó sobre las rodillas.

Santos sintío que se le aflojaban las mandíbulas; la luz parecíale más blanca, menos clara, y las formas de los caballos bailaron ante sus ojos como dos bultos indecisos.

Sin embargo, pensaba en salvarse y buscó ansiosamente una forma humana en lo que su vista pudiese alcanzar.

¡Ni rastro!

Esperó que toda la fuerza de su ser creara un hombre; tan fuerte era su deseo. Y fue cumplido.

Una cosa, que primero le pareciera montón de pasto, era un trabajador echado al sol, cansado de andar, y que reposaba un instante su cabeza en la blancura de su linyera.

—¡Allá, patrón. . ., allacito, un cristiano en la orilla del callejón!

Pronto se detuvieron frente al infeliz, que humildemente, se acercó obedeciendo a los signos del borracho.

Sombrero en mano, se detuvo, una amplia calva brillando al sol; y cuando se agachaba para hacer una reverencia de respeto, el otro, pausadamente, inclinó su arma hacia aquella pelada de viejo, apenas rodeada de canas. El tiro sonó seco: voló a apagarse al través de la distancia.

—Pa que críes pelo —subrayó el bruto, mirando el cadáver que cayera envuelto sobre sí mismo.

Y el intrépido Santos creyó tener que reírse.

## EL REMANSO

—¡Goyo!

—¿Señor?

—Alargame la estribera derecha antes de subir, ¿querés?

En la noche callada, los sonidos eran claros. Hacía frío. El cebruno, inquieto, daba vueltas y revueltas, entorpeciendo al peón en su trabajo.

—A ver, pruebe aura.

El estribo caía justo.

—Bueno, alcanzame la valija y subí.

Salieron al paso. El rodar de las coscojas era única señal de vida en el sueño de todas cosas.

—¿Trais la yave?

—Sí, señor.

—¡Galopemos!

El viento hacía sufrir las manos. Intranquilo, el cebruno parecía mirar con las orejas, vueltas en giros bruscos a todo bulto turbio de oscuridad.

—¡Mancarrón sonso, le ha dao por loriar!

—Déjelo no más, que ya se asentará después de una legüita.

¡Encantador consuelo!

Lisandro estaba de mal humor. No se acomodaba su somnolencia con andar atento a los caprichos del caballo, que cambiaba de galope o se espantaba sin que la oscuridad permitiera prever las causas.

Por otra parte, dejaba tras sí una vida simple: sus días luminosos, sus trabajos alegres en la alegría del peonaje, sus noches de buen sueño en aquella cama dura pero cariñosa.

Noches de ermitaño, bañadas de soledad inmensa.

—¿Tardará mucho en amanecer?

—Aurita no más aclara.

Siguieron callados. La luz nacía imperceptible. Sólo el lucero vivía en la cúpula lejana y una que otra estrella se apagaba tiritando de frío. Iban cortando campo.

—Recuéstese más a la derecha, don Lisandro; de no, vamos a salir frente a los tembladerales.

Pero el otro no hizo caso, objetando que si así lo hicieran darían sobre el remanso de los sauces.

Goyo no insistió por el tono malhumorado de las palabras. ¡Porfiarle a él, que conocía el camino como sus manos! En fin, ya se desengañaría.

Un amontonamiento de niebla, sinuosamente extendida sobre el campo, acusó la presencia del río. Breves minutos de galope y llegaban...; pero llegaban equivocados. El peón había dicho cierto.

Costearon.

Lisandro, enervado por el contratiempo, miraba insistentemente la orilla. Tras breve andar, dio frente, adelantando con decisión.

—¡Si todavía falta mucho!

—No le hace, vamos a cruzar por aquí.

—¡Mire que va a hacer una temeridad!

—¡Qué temeridad, so flojo!

El cebruno resbaló hábilmente en las toscas húmedas; se detuvo.

A tres metros, el río deslizaba su masa densa y viscosa en manchas desiguales.

—¡Dé güelta; se le va a hundir el mancarrón!

En efecto, éste se negaba; pero fue apremiado por dos espuelas que dolorosamente penetraron en sus carnes; tomó envión y, las cuatro patas juntas, cayó en el barro, sumergiéndose hasta el pecho.

—No se hundirá más —pensaba el jinete, ansioso de ganar el agua cercana. Pero en su voluntad de avanzar, el bruto agitó sus patas sin apoyo; perdió otra cuarta en el fango.

—¡El lazo! —gritó Lisandro, y éste, ya listo cayó alrededor de su cintura.

Goyo temió por su resistencia; frescamente injerido, los tientos podían escurrirse.

El gatiadito dejó, hacia adelante, pasar su cuerpo en un esfuerzo que le arrugó las ancas.

El lazo se extendió vibrante como cuerda sonora, rompiéndose en silbido quejumbroso, y, volviendo sobre sí mismo, infirió en la mejilla del paisano un barbijo sanguinolento.

El caballo disparó. Llegó a las casas como un presagio de malaventura.

Cuando los peones dieron con el lugar, el cuerpo de Goyo yacía inerte, vientre arriba.

En un manantial vecino, alguien humedeció un pañuelo que aplicó a la frente del herido. Este se incorporó, los ojos sin vida, fijos en un punto;

y mientras todos esperaban su explicación tendió la derecha hacia el pantano.

No se veía nada.

Hacia la parte central, el barro, más claro, hacía mancha como removido con violencia... Luego, nada...

Y el paisano, siempre en actitud de interrogación, ante el misterio cumplido balbuceó como un niño:

—Allí..., ¡el patroncito!

## DE UN CUENTO CONOCIDO

Panchito el tartamudo era en la estancia objeto de continuas bromas. Su padre, don Ambrosio Lara, viejo ya y casi inútil para el trabajo, arrastraba sus últimos años a lomos de un lobuno zarco, de huesos salidos y sobrepaso.

Hacían la recorrida juntos, pues eran, en caso de necesidad, más útiles los doce años del muchacho que la experiencia del viejo: fuera para un tiro de lazo, la operación de un enfermo o, cosa más frecuente en esa época, para la cueriada de algún encardao que, hinchado hasta la exageración, levantaba dos patas al cielo en un esfuerzo póstumo.

Natividad, la segunda mujer de don Ambrosio (que sabe Dios si lo era), manejaba estos dos semihombres sin que su mulata obesidad le impidiera estar alerta a todo.

—Ambrosio —gritaba, riñendo al viejo—, no has desatado la mula 'e la noria, y dejuro se estará redamando el agua.

—Güeno, güeno —contestaba el anciano meneando la cabeza con vaga sonrisa de bondad—. ¡Ave María, ni que se hubiera distraído el cura en misa. —Y se alejaba lentamente: la lonja del rebenque barriendo el suelo, las piernas zambas, el tirador zarandeado por un movimiento de caderas que se comunicaba al enorme facón en balanceo desigual.

La silueta del viejo paisano desaparecía entre los paraísos, y en breve el muchacho, rastreando sus pasos, tomaba la misma ruta.

Así se iban por muchas horas.

Doña Natividad pasaba el tiempo en soltar la majada, alimentar las gallinas, preparar la comida y dar patadas a los perros, siempre metidos en la cocina.

Se comía en silencio, y sólo las largas mateadas traían, tiempo a tiempo, sus conversaciones. Motivo eran los sucesos recientes del pueblo que algún charlatán contara a su manera. Casamientos, carreras y, sobre todo, peleas, traían sus extensos comentarios, de parte de los viejos ante la presencia invariablemente muda del muchacho, huraño hasta con los padres.

Algunas veces, cuando la ocasión lo hacía inevitable, empezaba a trastabillar sobre una letra. "Cantá, cantá", decía la madre; y sobre melodía plañidera, sin sentido, se arrastraban las palabras con un lloriqueo nasal, mientras el semblante conservaba su habitual expresión de empaque.

Un día, a hora inesperada, el estrépito de una carrera llamó a doña Natividad en dirección al palenque. El semblante de Panchito traía una expresión de dolor.

Hizo señales desesperadas. "¡Cantá, muchacho!", gritó la madre, ansiosa; pero fue inútil.

Obedeciendo a los signos repetidos, y recobrando en un momento de angustia la agilidad de sus jóvenes años, la anciana trepó en ancas de su hijo.

Era cerca de la bebida.

Caballo y jinete yacían en grupo de vieja flacura. El lobuno tentó levantarse, pero fue vano su deseo. Sentía en el lomo un vacío que le pesaba, y todo su esfuerzo alcanzó a esbozar una mirada hacia su amo, tirado unos pasos más lejos, la cabeza sobre el borde del abrevadero, una herida incolora ceñida en la frente, a flor de hueso.

Una espuela desaparecía enterrada en el suelo, y el negro chiripá volcado en pliegues desordenados, envolvía el cadáver como un crespón de luto.

Así había muerto don Ambrosio —de viejo quizá, arrastrando en su caída al caballo impotente, cuyo ojo zarco no reflejaría más, en claro brillo, su alma de esclavo bondadoso.

El hijo miraba todo aquello, sacudido el torso por pequeños estremecimientos nerviosos, como si el llanto hubiera tartamudeado en su garganta.

Y a pesar de los ruegos de su madre, que exigía detalles, Panchito no cantó ese día.

## TRENZADOR

Núñez trenzó, como hizo música Bach; pintura, Goya; versos, el Dante.

Su organización de genio le encauzó en senda fija, y vivió con la única preocupación de su arte.

Sufrió la eterna tragedia del grande. Engendró y parió en el dolor según la orden divina. Dejó a sus discípulos, con el ejemplo, mil modos de realizarse, y se fue atesorando un secreto que sus más instruidos profetas no han sabido aclarar.

Fueron para el comienzo los botones tiocos del viejo Nicasio, que escupía los tientos hasta hacerlos escurridizos. Luego otras: las enseñanzas de saber más complejo.

Núñez miraba, sin una pregunta, asimilando con facilidad voraz los diferentes modos, mientras la Babel del innovador trepaba sobre sí misma, independientemente de lo enseñable.

Una vez adquirida la técnica necesaria, quiso hacer materia de su sueño. Para eso se encerró en los momentos ociosos y en secreto del cuarto; mientras los otros sesteaban, comenzó un trabajo complicado de trenzas y botones que vencía con simplicidad.

Era un bozal a su manera, dificultoso en su diafanidad de ñandutí. A los motivos habituales de decoración uniría inspiraciones personales de árboles y animales varios.

Iba despacio, debido al tiempo que requería la preparación de los tientos, finos como cerda; a la escasez de los ratos libres; a las puyas de los compañeros, que trataba de eludir como espuela enconosa, llevadera a malos desenlaces.

¿Qué haría Núñez tan a menudo encerrado en su cuarto?

Esa curiosidad del personaje llegó al patrón, que quiso saber.

Entró de sorpresa, encontrando a Núñez tan absorbido en un entrevero de lonjas, que pudo retirarse sin ser sentido.

Al concluir la siesta, mandóle llamar, encargándole irónicamente compusiera unas riendas, en las cuales tenía que echar cuatro botones sobre el modelo inimitable de un trenzador muerto.

Al día siguiente estaba la orden cumplida. La obra antigua parecía de aprendiz.

Fue un advenimiento.

Así como un pedazo de grasa se extiende sobre la sartén caldeada, corrió la fama de Núñez.

Los encargos se amontonaron. El hombre tuvo que dejar su trabajo para atender pedidos. Todos sus días, a partir de entonces, fueron atosigados de trabajo, no teniendo un momento para mirar hacia atrás y arrepentirse o alegrarse del cambio impuesto.

Meses más tarde, para responder a las exigencias de su clientela, mudóse al pueblo, donde mantuvo una casa suficiente a sus necesidades de obrero.

Perfeccionábase, malgrado lo cual una sombra de tristeza parecía empañar su gloria.

Nunca fue nadie más admirado.

Decíanlo capaz de trenzarse un poncho tan fino, tan flexible y sobado como la más preciada vicuña. Remataba botones con perfección que hacía temer brujería; injería costuras invisibles. Le nombraban como rebenquero.

La maceta de sobar era parte de su puño; el cuchillo, prolongación de sus dedos hábiles. Entre el filo y el pulgar salían los tientos, que se enrulaban al separarse de la lonja.

Aleznas de diferentes tamaños y formas asentaban sus cabos en el hueco de la mano, como en nicho habitual.

Humedecía los tientos, haciéndolos patinar entre sus labios; después corríalos contra el lomo del cuchillo hasta dejarlos dúctiles e inquebrables.

Corre también que poseyó una curiosa yegua tobiana. Cada año le daba un potrillo oscuro y otro palomo. Núñez los degollaba a los tres meses para lonjearlos, combinando luego, blancos y negros, en sabias e inconcluibles variaciones, nunca repetidas.

Durante cuarenta años puso el suficiente talento para cumplir lo acordado con el cliente.

Hizo plata, mucha plata; lo mimaron los ricachos del partido, pero hubo siempre una cerrazón en su mirada.

Viejo ya, la vista le flaqueaba a ratos, y no alcanzó a trabajar más de cuatro horas al día. Cuando insistía sobre el cansancio, las trenzas salían desparejas.

Entonces fue cuando Núñez dejó el oficio.

El pobre, casi decrépito, pudo al fin disponer libremente de su vida. No quería para nada tocar una lonja y evitaba las conversaciones sobre su oficio, hasta que, de pronto, pareció recaer en niñez.

Le tomó ese mal un día que, por acomodar un ropero, dio con el bozal que empezara en sus mocedades. El viejo, desde ese momento, perdió la cabeza; abrazó las guascas enmohecidas y, olvidando su promesa de no trenzar más, recomenzó la obra abandonada cincuenta años antes, sin dejarla un minuto, en detrimento de sus ojos gastados y de su cuerpo, cuya postura encorvada le acalambraba.

Cada vez más doblado, en la atención fatal de aquel trabajo, murió don Crisanto Núñez.

Cuando lo encontraron duro y amontonado sobre sí mismo, como peludo, fue imposible arrancarle el bozal que atenazaba contra el pecho con garras de hueso. Con él tuvieron que acostarlo en el lecho de muerte.

Los amigos, la familia, los admiradores, cayeron al velorio y se comentó aquella actitud desesperada con que oprimía el trabajo inconcluso.

Alguien, asegurando que era su mejor obra, propuso cortarle al viejo los dedos para no enterrarle con aquella maravilla.

Todos le miraron con enojo: "Cortar los dedos a Núñez, los divinos dedos de Núñez".

Un recuerdo curioso e indescifrable queda del gesto de zozobra con que el viejo oprimía lo que fue su primera y última obra. ¿Era por no dejar algo que consideraba malo?

¿Era por cariño?

¿O simplemente por un pudor de artista, que entierra con él la más personal de sus creaciones?

## AL RESCOLDO

Hartas de silencio, morían las brasas aterciopelándose de ceniza. El candil tiraba su llama loca ennegreciendo el muro. Y la última llama

del fogón lengüeteaba en torno a la pava sumida en morrongueo soñoliento.

Semejantes, mis noches se seguían; y me dejaba andar a esa pereza general, pensando o no pensando, mientras vagamente oía el silbido ronco de la pava, la sedosidad de algún bordoneo o el murmullo vago de voces pensativas que me arrullaban como un arrorró.

En la mesa, una eterna partida de tute dio su fin. Todos volvían, preparándose a tomar los últimos cimarrones del día y atardarse en una conversación lenta.

Silverio, un hombrón de diecinueve años, acercó un banco al mío. Familiarmente dejó caer su puño sobre mi muslo.

—¡Chupe y no se duerma!

Tomé el mate que otro me ofrecía, sin que lo hubiera visto, distraído.

Silverio reía con su risa franca. Una explosión de dientes blancos en el semblante virilmente tostado de aire.

Dirigió sus puyas a otro.

—Don Segundo, se le van a pegar los dedos; venga a contar un cuento...; atraque un banco.

El enorme moreno se empacaba en un bordoneo demasiado difícil para sus manos callosas. Su pequeño sombrero, requintado, le hacía parecer más grande.

Dejó en un rincón el instrumento, plagado de golpes y uñazos, con sus cuerdas anudadas como miembros viejos.

—Arrímese —dijo uno, dándole lugar—, que aquí no hay duendes.

Hacía alusión a las supersticiones del viejo paisano; supersticiones conocidas de todos y que completaban su silueta característica.

—De duendes —dijo— les voy a contar un cuento —y recogió el chiripá sobre las rodillas para que no rozara el suelo.

Un cuento es para alguien pretexto de hermosas frases; estudio, para otros; para aquéllos, un medio de conciliar el sueño.

Pero manjar exquisito para el criollo, por su rareza, hace que éste viva al par del héroe de la historia y tenga gestos, hasta palabras de protesta, en los momentos álgidos. Sus emociones son tan reales, que si le dijera "¡Esos son los traidores! ¡Esa es el ánima malhechora!", muchos de entre ellos tendrían placer en dar una manito al hombre cuya alma ha repercutido en las suyas por un gesto noble, una palabra altanera o una actitud de coraje en momentos aciagos.

Dejaron que el hombre meditara, pues es exordio necesario a toda buena relación, y de antemano se prepararon a saborear emociones, evocando lo que cada cual había tenido que ver en esos fenómenos cuya causa ignoran y que atribuyen al sobrenatural (gracias a Dios).

El que menos, pasó su momento de terror en la vida. Uno se topó con la viuda; otro, con una luz mala que trepara en ancas del caballo; a aquél

le había salido el chancho, y este otro se perdió en un cementerio poblado de quejidos.

—Ést'era un inglés —comenzó el relator—, moso grande y juerte, metido ya en más de una peyería, y que había criado fama de hombre aveso pa salir de un apuro.

Iba, en esa ocasión, a comprar una noviyada gorda y mestisona, de una viuda ricacha, y no paraba en descontar los ojos de güey que podía agensiarse en el negosio.

Era noche serrada, y el hombre cavilaba sobre los ardiles que emplearía con la viuda pa engordar un capitalito que había amontonao comprando hasienda pa los corrales.

Faltarían dos leguas para yegar, cuando uno de los mancarrones de la volanta dentró a bailar desparejo; y jué opinión del cochero darles más bien un resueyo y seguir pegándole al día siguiente con la fresca. Pero el inglés, apurao por sus patacones, no se quería conformar con el atraso, y fayó por dirse a pie más bien que abandonar la partida.

Así jué, y el cochero le señaló dos caminos: uno yendo derecho pa'l Sur, hasta una pulpería de donde no tendría más que seguir el cayejón hasta la estancia; y otro más corto, tomando derecho a un monte, que podía devisarse de donde estaban, y en crusándolo, enderesar a un ombú, que ésa era la estansia 'e la viuda. Pero el camino era peligroso, y muchas cosas se contaban de los que se habían quedao por querer crusarlo. Era el quintón de Alvarez, nombrao en todo el partido, y que el inglés conosía de mentas.

Se desía que había una ánima, pero el cochero le relató la verdad.

Era que el hijo de la viuda desaparesió un día sin dejar más rastro que un papelito, en que pedía que no olvidaran su alma, condenada a vagar por el mundo, y que le pusieran todos los días una tira de asao y dos pesos en un escampao que había en el Quintón.

Dende ese día se cumplió con la voluntad del finao, y a la madrugada siguiente aparesía el plato vasío. Los dos pesos se los habían llevao, y en la tierra, escrito con los dedos, desía "grasias"; y esto a naides sorprendía, porque el finao jué hombre cumplido, y aunque no supiera escrebir, otra cosa jué su alma.

Dende entonces no hay cristiano que se atreva a crusar de noche, y los más corajudos han güelto a mitad de camino y cuentan cosas extrañas.

La viejecita llevaba de día la comida y los dos pesos, y no le había sucedido nada, de no oír la voz del alma en pena de su hijo, que le agradesía.

Con esto concluyó su relato el cochero, le desió güenas noches al inglés y agarró camino pa'l poblao, mientras el otro enderesaba al monte, pues era hombre de agayas y no creiba en aparisiones.

Yegó y, sin titubiar, rumbió pa'l medio, buscando el abra en que debía estar la comida.

Cualquiera se hubiera acoquinado en aquella escuridá, pero al inglés le buyía la curiosidá y el alma le retosaba de coraje.

Así jué, pues, que yegó al punto señalao y vido el plato con la comida y los dos pesos, que no era hora toavía de salir las ánimas y estaban como la mano 'e la viuda los había dejao.

Se agasapó entre el yuyal, peló un trabuco y aguaitó lo que viniera.

Ya lo estaba sopapiando el sueño, cuando un baruyo de hojarasca le hiso parar la oreja. Vichó pa todos laos, y no tardó en vislumbrar un gaucho haraposo.

Este tersiaba en el braso un poncho blanco que de largo arrastraba po'l suelo; las botas, de potro, no le alcansaban más que hasta medio pie, y traiba un chiripasito corto con más aujeros que disgustos tiene un pobre.

Ay no más se sentó juntito al plato, peló una daga como de una brasada de largor y dio comienso a tragar a lo hambriento.

En eso, y Dios parese que sirviera las miras del inglés, se alsó un remolino que arrió con los dos pesos. El malevo largó el cuchillo y dentró a perseguirlos, como un abriboca, cuando sintió, pa mal de sus pecaos, que el inglés lo había acogotao y quería darle fin de un trabucaso. Entonces rogó por su vida, alegando que él, aunque se había disgrasiao, no era un bandido y que le contaría cómo se había hecho ánima.

Ay verán.

Hasía ya más de veinte años, en sus mosedades, este paisano había jurao cortarle la cresta al gayo, que le arrastraba el ala a su china; pero ese hombre era el finao Jasinto, entonses moso pudiente en el partido, y le encajaron una marimba 'e palos, acusándolo de pendensiero.

Dende entonses hiso la promesa de no tener pas hasta vengarse del hombre que lo había agrabiao robándole la prenda. Y una noche quiso el destino que lo hayase solo, y lo mató; pero peliando en güena lay.

Dispués había enterrao al muerto y, peligrando que lo vieran, había gatiao, de noche, hasta las casas de la viuda, donde le dejó un papelito que le debía asigurar la comida y una platita pa poder con el tiempo salir de apuros.

Esa era su historia; y los sustos que daba a la gente, envolviéndose en su poncho blanco, era de miedo que lo encontraran un día y lo reconosieran.

Golbió a pedir por su vida, que bastante castigo tenía con su disgrasia.

El inglés, poco amigo de alcagüeterías, prometió cayarse y dejarlo al infelís yorando su amargura.

Esto pasó hase muchos años, y disen que al inglés, como premio a su güena alma, nunca le salió más redondo un negosio.

Don Segundo hizo una pausa; su cara bronceada parecía impresionada por sus palabras, y golpeaba con una ramita robada al fuego la maternal fecundidad de la olla.

El auditorio esperaba en calma la conclusión de la historia.

—Güeno, es el caso que muchos años dispués tuvo ocasión el inglés, que era viajadoraso, de golver por el pago.

Paró en casa 'e la viuda, y no podía dejar de pensar en lo que le había susedido por sus mosedades.

En la mesa, aunque juera asunto delicao, preguntó a la patrona por el ánima de su hijo. La viejita se largó a yorar, disiendo que ya nunca oiba la voz de su hijo querido y que ya no escribía "grasias" como antes en el suelo.

Dejuro en algo lo había ofendido, que eya no sabía tratar con espíritus; y, pa colmo, ni los dos pesos se alsaba, aunque siempre comía lo que eya le yevaba. Muchas veses había yorao suplicándole al alma le contestara, pero nunca hayó respuesta a sus lamentos.

Al inglés le picó la curiosidá y, aunque estaba medio bichoco por los años pa meterse en malos pasos, se le remosaba el alma con el recuerdo y se aprestó pa la noche misma. Dijo a la vieja que tendería el recao bajo el alero, que la noche iba a ser caliente; y cuando todos se habían dormido, enderesó al Quintón con un paso menos asentáo que años antes y cabiloso sobre el cambio que había dao el malevo en sus costumbres.

Ni bien yegó al parque, un ventarrón se alsó y creyó el hombre en mal aviso. Se abrió paso como pudo entre las malesas y yegó trompesando al abra dispués de muchas güeltas. Venía sudando; el aliento se le añudaba en el garguero y se sentó a descansar, esperando que se le pasara el sofocón y preguntándose si no sería miedo. Malo es pa un varón hacerse esa pregunta, y el hombre ya comenzó a sobresaltarse con los ruidos de aqueya soledá.

La tormenta suele alsar ruidos extraños en la arboleda. A veses el viento es como un yanto de mujer, una rama rota gime como un cristiano, y hasta a mí me ha susedido quedarme atento al ruido de un cascarón de uncalito que golpeaba el tronco, creyendo juera el alma de algún condenao a hachar leña sin descanso. Al día siguiente, como susede en esos castigos de Dios, el ánima encuentra deshecho su trabajo y tiene que seguir hachando y hachando con la esperansa que un día el filo de su hacha ruempa el encanto.

En esos momentos he sentido achicarsemé el alma, pensando en lo que a cada uno le puede guardar la suerte, y me hago cargo lo qué sería del inglés, ya viejón, con más de un pecao ensima, figurándose que ésa sería la'ora de su castigo.

Pero él no creiba en ánimas, de suerte que crió coraje y se arrimó al lugar en que debía estar el plato. Lo hayó como antes, y como antes también se agasapó pa esperar.

Ya harían muchas horas que estaba ayí, y le paresió una eternidá. No podía ver la hora por la escuridá y quiso levantarse, pero sintió como una mano que le pasaba por la carretiya y se agachó más bajito, pues ya le estaba entrando frío, y si no ganaba las casas era porque tenía miedo.

Tendió la oreja y sintió que, en frente, algo caminaba entre las hojas secas. Había parao el viento y podía oír clarito los pasos de un cristiano que gateaba.

Aguantó el resueyo y miró pa'l lao que venía el ruido. Como a una cuarta del suelo, vido relumbrar dos ojos que lo miraban. Sintió que el corasón le daba un vuelco y apretó el cuchillo que había desembainao, jurando que, si era broma, bien cara la había de pagar quien le hasía pasar tamaño susto. Pero golvió a mirar, y más cerca otros dos ojitos briyaron; sintió un tropel a su espalda, le paresió que alguien se raiba, y ya, mitad de rabia y miedo, saltó al esplayao.

—Venga —gritó— el que sea, que yo le he de en. . ., pero, ay no más, un bulto le pegó en las piernas; el hombre trabocó unos pasos y se jué de largo, cayendo con el hosico entre el plato de latón vasío. Más sombras le pasaron por ensima; alguno le gritó una cosa al oído, yevándosele media oreja; sintió como patas peludas de diablo que le pisoteaban la cara y se la rajuñaban.

Hizo juerza y disparó pa'l monte. No quería saber nada, y corría este cristiano por entre los árboles, dándose contra los troncos, pisando en falso, enredándose en las bisnagas, chusiándose en los cardos, y gritaba como ternero perdido rogando al Señor lo sacara de ese infierno.

Don Segundo se rió.

—Ave María, susto grande se yevó este hombre.

—Vea, el duro —gritó otro— se hizo manteca. Y cómo jué que había tanto bulto, si parese maldisión —rió Silverio.

—Jué —siguió Don Segundo— que la tal ánima había juntao unos pesos y juyó del pago a vivir como Dios manda. Como la viuda seguía poniendo la comida, la olfatió un zorro, y dende entonces vienen en manada. El que quiera sacárselas tiene que ir alvertido y no pisar en hoyos.

Todos festejaron el cuento. Decididamente, Don Segundo los había "fumao" para que no lo embromaran; pero el cuento valía uno serio.

Hubo un movimiento general. A los que estaban cebando se les había enfriado la yerba; otros se fueron a dormir, mientras los menos cansados volvían hacia la mesa, donde la baraja, manoseada y vieja, esperaba el apretón cariñoso de las manos fuertes.

## EL POZO

Sobre el brocal desdentado del viejo pozo, una cruz de palo roída por la carcoma miraba en el fondo su imagen simple.

Todo una historia trágica.

Hacía mucho tiempo, cuando fue recién herida la tierra y pura el agua como sangre cristalina, un caminante sudoroso se sentó en el borde de piedra para descansar su cuerpo y refrescar la frente con el aliento que subía del tranquilo redondel.

Allí le sorprendieron el cansancio, la noche y el sueño; su espalda resbaló al apoyo y el hombre se hundió, golpeando blandamente en las paredes hasta romper la quietud del disco puro.

Ni tiempo para dar un grito o retenerse en las salientes, que le rechazaban brutalmente después del choque. Había rodado llevando consigo algunos pelmazos de tierra pegajosa.

Aturdido por el golpe, se debatió sin rumbo en el estrecho cilindro líquido hasta encontrar la superficie. Sus dedos espasmódicos, en el ansia agónica de sostenerse, horadaron el barro rojizo. Luego quedó exánime, sólo emergida la cabeza, todo el esfuerzo de su ser concentrado en recuperar el ritmo perdido de su respiración.

Con su mano libre tanteó el cuerpo, en que el dolor nacía con la vida.

Miró hacia arriba: el mismo redondel de antes, más lejano, sin embargo, y en cuyo centro la noche hacía nacer una estrella tímidamente.

Los ojos se hipnotizaron en la contemplación del astro pequeño, que dejaba, hasta el fondo, caer su punto de luz.

Unas voces pasaron no lejos, desfiguradas, tenues; un frío le mordió del agua y gritó un grito que, a fuerza de terror, se le quedó en la boca.

Hizo un movimiento y el líquido onduló en torno, denso como mercurio. Un pavor místico contrajo sus músculos, e impelido por esa nueva y angustiosa fuerza, comenzó el ascenso, arrastrándose a lo largo del estrecho tubo húmedo; unos dolores punzantes abriéndole las carnes, mirando el fin siempre lejano como en las pesadillas.

Más de una vez, la tierra insegura cedió a su peso, crepitando abajo en lluvia fina; entonces suspendía su acción tendido de terror, vacío el pecho, y esperaba inmóvil la vuelta de sus fuerzas.

Sin embargo, un mundo insospechado de energía nacía a cada paso; y como por impulso adquirido maquinalmente, mientras se sucedían las impresiones de esperanza y desaliento, llegó al brocal, exhausto, incapaz de saborear el fin de sus martirios.

Allí quedaba, medio cuerpo de fuera, anulada la voluntad por el cansancio, viendo delante suyo la forma de un aguaribay como cosa irreal...

Alguien pasó ante su vista, algún paisano del lugar seguramente, y el moribundo alcanzó a esbozar un llamado. Pero el movimiento de auxilio que esperaba fue hostil. El gaucho, luego de santiguarse, resba-

laba del cinto su facón, cuya empuñadura, en cruz, tendió hacia el maldito.

El infeliz comprendió: hizo el último y sobrehumano esfuerzo para hablar; pero una enorme piedra vino a golpearle la frente, y aquella visión de infierno desapareció como sorbida por la tierra.

Ahora todo el pago conoce el pozo maldito, y sobre su brocal, desdentado por los años de abandono, una cruz de madera semipodrida defiende a los cristianos contra las apariciones del malo.

## NOCTURNO

La amenaza había quedado en Roberto como un presagio de desgracia.

—Sí, humílleme; pero algún día, si Dios quiere, nos hemos de encontrar cara a cara.

Bah, no era el primer caso... fanfarronadas de paisano.

Roberto era hombre de afrontar un peligro, y no hizo caso del consejo: "Mire, patroncito, que es mal bicho".

Volvía del pueblo: dos leguas cortas.

La noche era oscura, agujereada de mil estrellas.

El caballo galopaba libremente, depositada la confianza del jinete en instinto seguro.

A treinta cuadras de las casas los cardos dejan un estrecho espacio; es el mes de noviembre y se alzan, rígidos, mirando al cielo con sus flores torturadas de espinas.

Algo se movió en el camino.

Abrióse el cardal y un bulto ágil saltó hacia el caballo, que, desesperadamente, trató de esquivarse con estrépito de cardos pisoteados.

Se debatió queriendo desasirse de la mano que, hacia atrás, le empujaba venciendo sus garrones; pero perdió apoyo en una zanja, arrastrando en su caída al jinete, que quedó aprisionado: una pierna apretada por su peso.

Palabras de injuria vibraron en el tropel producido por la lucha.

Roberto tiró al bulto, que retrocedió con una imprecación.

Había tocado: tenía ahora que ganar tiempo, salir de la posición en que se hallaba.

El caballo, libre un momento, se levantó, proyectando su jinete a distancia. Este quiso recobrar el equilibrio, pero fue tarde.

El bulto, que no había hecho sino retroceder, volvía a la carga con mayor impulso.

Recibió el golpe en pleno vientre.

Se supo muerto; un gesto de dolor le dobló como gusano partido por la pala, largó el revólver, asiendo de ambas manos la que le hundiera el

hierro hasta la guarda y la retuvo para evitar un segundo encontronazo, ya aterrorizado, la cabeza vaga, sintiendo la muerte en el vientre.

Un chorro de sangre los bañaba, uniéndolos en su viscosidad roja.

Hubo el ruido de dos respiraciones, entremezcladas en esfuerzo de angustiosa lucha.

El hierro ahondó la herida con el movimiento, despedazó la carne, abrió un boquete como cloaca que bañó de inmundo vómito cuatro manos crispadas sobre la misma empuñadura.

Y el cuerpo de Roberto tambaleó vacío de vida, cayó con un son fláccido, los ojos inmensos de terror, la boca abierta en aullido prolongado como un canto.

No humano, el vengador miró esos ojos sin vida y gruñó con voz que era estertor:

—Te la había jurao.

Y fue la dureza del hierro que choca entre los dientes, con ruido repetido y mate, la última convulsión desesperada hacia la vida, una explosión sorda y el sonido blando de una cabeza que cae sobre la tierra.

La sombra corrió hacia el cardal, luego volvió adherida a otra más grande.

El cadáver yacía, inerte, en actitud de descanso.

Sobre su vientre, el enorme desgarro de ropa y carne, mientras una mancha negruzca hacía, en torno a su cabeza, como una aureola de martirio.

Tembloroso, el caballo del matador olfateaba la tragedia; pero fue tranquilizado por las palabras sarcásticas:

—No se asuste, amigo, que ése ya no ofiende a naides.

Y el silencio, por breve tiempo roto, impuso su eternidad.

Un rebencazo sonó seco, y el matador, en brusca carrera, fue desapareciendo como diluido en la oscuridad.

Al poco quedaba un movimiento de sombra en la sombra; pronto, nada.

Y del golpe sobre el camino endurecido, un eco llegó sonoro.

## LA DEUDA MUTUA

Don Regino Palacios y su mujer habían adoptado a los dos muchachos como cumpliendo una obligación impuesta por el destino. Al fin y al cabo no tenían hijos y podrían criar esa yunta de cachorros, pues abundaba carne y hubiesen considerado un crimen abandonarlos en manos de aquel padre borracho y pendenciero.

—Déjelos, no más, y Dios lo ayude —contestaron simplemente.

Sobre la vida tranquila del rancho pasaron los años. Los muchachos crecieron, y don Regino quedó viudo sin acostumbrarse a la soledad.

Los cuartos estaban más arreglados que nunca; el dinero sobraba casi para la manutención, y sólo faltaba una presencia femenina entre los tres hombres.

El viejo volvió a casarse. En la intimidad estrecha de aquella vida pronto se normalizó la primera extrañeza de un recomienzo de cosas, y la presente reemplazó a la muerta con miras e ideas símiles.

Juan, el mayor, era un hombre de carácter decidido, aunque callado en las conversaciones fogoneras. Marcos, más bullanguero y alegre, cariñoso con sus bienhechores.

Y un día fue el asombro de una tragedia repentina. Juan se había ido con la mujer del viejo.

Don Regino tembló de ira ante la baja traición y pronunció palabras duras delante del hermano, que, vergonzoso, trataba de amenguarla con pruebas de cariño y gratitud.

Entonces comenzó el extraño vínculo que había de unir a los dos hombres en común desgracia. Se adivinaron, y no se separaban para ningún quehacer; principalmente cuando se trataba de arreos a los corrales, andanzas penosas para el viejo. Marcos siempre hallaba modo de acompañarle, aunque no le hubiesen tratado para el viaje.

Juan hizo vida vagabunda y se conchabó por temporadas donde quisieran tomarlo, mientras la mujer se encanallaba en el pueblo.

Fatalmente, se encontraron en los corrales. El prurito de no retroceder ante el momento decisivo los llevó al desenlace sangriento.

El viejo había dicho:

—No he de buscarlo, pero que no se me atraviese en el camino.

Juan conocía el dicho, y no quiso eludir el cumplimiento de la amenaza.

Las dagas chispearon odio en encuentros furtivos buscando el claro para hendir la carne, los ponchos estopaban los golpes y ambos paisanos reían la risa de muerte.

Juan quedó tendido. El viejo no trató de escapar a la justicia, y Marcos juró sobre el cadáver la venganza.

Seis años de presidio. Seis años de tristeza sorbida, día a día, como un mate de dolor.

Marcos se hizo sombrío, y cuanto más se acortaba el plazo, menos pensaba en la venganza jurada sobre el muerto.

—Pobre viejo, arrinconado por la desgracia.

Don Regino cumplió la condena. Recordaba el juramento de Marcos.

Volvió a sus pagos, encontró quehacer, y los domingos, cuando todos reían, contrajo la costumbre de aturdirse con bebidas.

En la pulpería fue donde vio a Marcos y esperó el ataque, dispuesto a simular defensa hasta caer apuñalado.

El muchacho estaba flaco; con la misma sonrisa infantil que el viejo había querido, se aproximó, quitándose el chambergo respetuosamente:

—¿Cómo le va, don Regino?
—¿Cómo le va, Marcos?
Y ambos quedaron con las manos apretadas, la cabeza floja, dejando en torno a sus rostros llorar la melena. Lo único que podía llorar en ellos.

Yo he conocido a esa pareja unida por el engaño y la sangre más que dos enamorados fieles.

Y los domingos, cuando la semana ríe, vuelven al atardecer, ebrio el viejo, esclavo el muchacho de aquel dolor incurable, bajas las frentes, como si fueran buscando en las huellas del camino la traición y la muerte que los acallara para siempre.

## COMPASION

Lleno de la reciente conversación, me adormecí en visiones interiores, mientras volvía a casa por camino conocido a mis piernas.

Casas nuevas y chatas, calle de empedrado tumultuoso por la tortura diaria de enormes carros, veredas angostas plagadas de traspiés, nada me distraía, cuando el rumor de una voz quejumbrosa llegó a mí, al través de la noche, pálidamente aclarada por un pedazo de luna muriente.

Eso me insinuó que el camino era peligroso. En la esquina aquel almacén, equívocamente iluminado por la luz rojiza de varios picos de gas silbones, era conocido como un punto de reunión de borrachos y truqueros tramposos.

Algún fin de partida debía ser lo que me llegaba de enfrente en forma de discusión. Saqué del cinto el revólver, que escondí, sin soltarlo, en el vasto bolsillo de mi sobretodo y crucé a enterarme del origen de aquella pelea.

Cautelosamente me aproximé. La disputa había ya pasado "a vías de hecho", pues el más grande de los dos asestaba sin miramiento fuertes golpes sobre el contrincante, que me pareció ser jorobado.

Toda mi sangre de Quijote hirvió en un solo impulso, y, los dedos incrustados en el cabo de mi arma, juré intervenir con rigor.

El bruto era de enorme talla. Cuando se sintió asido del brazo suspendió el balanceo de su pierna, que, con indiferencia de péndulo, viajaba entre el punto de partida y el posterior de su víctima.

Me miró con ira, pero su expresión cambió instantáneamente hacia el respeto. También yo le había reconocido, lo cual no amenguó mi justo enojo.

—¿No tiene vergüenza de estropear así a un infeliz que no puede defenderse?

—¡Si usted supiera, niño, qué bicho es ése! —y lo miraba con un renuevo de rencor.

—Cualquiera que sea, a un hombre así no se le pega.

Dócilmente, se dejó llevar del brazo hasta el almacén, donde entró bajo pretexto de un encuentro con "elementos nuevos".

Yo seguí mi ruta hacia casa. Crucé la gran avenida y volví a sumirme en un zigzag de pequeñas calles oscuras.

Guardé mi arma, inútil ya, y mientras mis nervios reentraban en calma pensé en el dador de la paliza. Cañita, un muchacho bebedor e impetuoso que mi padre utilizaba en los momentos peliagudos de una elección. Valeroso hasta la inconsciencia; bruto, obediente a nuestras órdenes y que sólo nosotros podíamos tratar a antojo sin protestas de su parte.

Rememoraba un hecho no lejano. En unas elecciones de pueblo suburbano nos servía para secuestrar un presidente de mesa que estorbaba. Recordé el día de agitación política, las calles rectas y terrosas, el atrio de la iglesia colonial. Los detalles se precisaban en mi memoria e iba saboreando la audacia maliciosa de nuestro Cañita, cuando un palo asestado de atrás sobre mi cabeza hizo caer a pique en el aturdimiento mis remembranzas.

—Yo te voy a dar infeliz... —y los palos llovieron, y la voz seguía—: vas a ver si no sé defenderme, y después te vas a meter a proteger gente que no te pide ayuda y hacerte el valiente diciendo que a los desgraciados no se les pega...

Los palos aumentaban, y también los insultos... Y de cuánto duró aquello y cómo concluyó conservo memoria muy vaga.

## LA DONNA E MOBILE

### *Primera parte*

Era domingo, y lindo día; despejado, por añadidura. Deseos de divertirse y buena carne en vista.

*Con su flete,*
*Muy paquete*
*Y emprendao,*
*Iba Armando*
*Galopiando*
*Pa'l poblao.*

Por otra parte,

*En el rancho*
*De ño Pancho,*
*Lo esperaba*
*La puestera*
*(Más culera*
*Que una taba).*

¡Ah!, moreno, negro y alegre a lo tordo.

*Segunda parte*

Buena gaucha la puestera, y conocida en el campo como servicial y capaz de sacar a un criollo de apuros. De esos apuros que saben tener sumido al cristiano macho (llámesele mal de amor o de ausencia). Y no era fea, no; pero suculenta cuando, sentada sobre los pequeños bancos de la cocina, sus nalgas rebalsaban invitadoras.

"Moza con cuerpo de güey, muy blanda de corazón", diría Fierro.

Lo cierto es que el moreno iba a pasto seguro, y no contaba con la caritativa costumbre de su china, servicial al criollo en mal de amor.

Cuando Armando llegó al rancho, interrumpió un nuevo idilio. El gaucho, mejor mozo por cierto que el negro, tuvo a los ruegos de la patrona que esconderse en la pieza vecina antes de probar del alfeñique; y misia Anunciación quedó chupándose los dedos, como muchacho que ha metido la mano en un tarro de dulce.

¡Negro pajuate!

*Tercera parte*

—Güenas tardes.

—Güenas.

No estaba el horno como pa pasteles, y Armando, poco elocuente, manoteó la guitarra, preludió un rasguido trabajoso, cantando por cifra con ojos en blanco y voz de rueda mal engrasada.

*Prenda, perdone y escuche.*

*Prenda, perdone y escuche,*
*Que mis penas hi'a cantar;*
*Pero usté mi'a de alentar,*
*Pues traigo pesao el buche,*
*Más retobao que un estuche*
*Que no se quiere baciar.*

Doña Anunciación, más seria que el Ñacurutú, guiñaba los ojos, perplejos.

Armando buscó inspiración por milonga:

*No me mire, vida mía,*
*Con esa cara tan mala,*
*Que el corazón se me quiebra*
*Como una hojita'e chala.*

*Miremé, china, en el alma*
*Con sus ojos de azabache;*
*Miremé con su cariño,*
*Que no hay miedo que me empache.*

*Y dígame con los ojos*
*Que lo quiere a su moreno,*
*Y enfrenemé con confianza,*
*Que he de morder en su freno.*

*Pero no se enoje, prenda,*
*Y no arrugue ansí la cara,*
*Si no quiere que me muera*
*Más blandito que una chara.*

Ahí no más, salió el de adentro, enredándose en los bancos, con tamaña daga remolineando; y ambos amantes se encararon entre insultos y promesas de degüello.

—Negro desgraciado, había de tocarle la mala.

Y quedó boqueando, mientras el otro huía despreciando a la china, a quien comparaba con bestias poco honradas. Se fue, se fue... pucha, moso apurao.

La puestera, momentáneamente preocupada, arrastró hacia afuera al muerto, lo subió a duras penas en la zorra, ató el petizo y fue hasta una vizcachera rodeada de tupidos cardos, donde volcó su carga. Mientras tapaba al finao, recordó su nuevo amor ahuyentado.

—Bien muerto —pensaba—, por entrometido.

La cabeza quedaba aún de fuera; doña Anunciación no podía ya de cansada, pero era buena cristiana; hizo una cruz de un palito, buscó un lugar donde ponerla y, con ímpetu repentino, se la clavó al muerto en el ojo.

¡Negro pajuate!

## *ANTITESIS*

### LA ESTANCIA VIEJA

Todas las estancias del partido, contagiadas de civilización, perdían su antiguo carácter de praderas incultas.

Las vastas extensiones, que hasta entonces permanecieran indivisas, eran rayadas por alambrados, geométricamente extendidos sobre la llanura.

No era ya el desierto, cuyo verde unido corría hasta el horizonte. Breves distancias cambiaban su aspecto, y no parecía sino una sucesión de parches adheridos.

La tierra sufría el insulto de verse dominada, explotada, y, renunciando a una lucha degradante, abdicaba su gran alma de cosa infinita.

Pies extranjeros la hollaban sin respeto e instrumentos de tortura rasgaban su verdor en largas heridas negras.

Semillas ignotas sorbían vida en su savia fecunda, y manos ávidas robaban a sus entrañas la sangre para convertirla en lucro.

Un solo retazo escapaba a aquel cambio. Era la estancia de don Rufino, que, como un hijo ante el ultraje de su madre, presenciaba esa invasión, la muerte en el pecho.

Con irónica sonrisa, en que había una lágrima, decía, sacudiendo su barba cana, "como pantalón de gringo"; y sus ojos, tristes, se nublaban, uniendo los diferentes colores.

Su estancia no había cambiado. Un solo potrero servía de pastoreo a vacas, yeguas y ovejas. Y el personal, todo criollo, se abrazaba al último pedazo de pampa como a una bandera.

Allí se podía olvidar y hasta hacerse la ilusión de que, pasados los límites, todo seguía como diez años antes. Diez años que habían traído un cambio brusco que causaba la sorpresa de una traición.

Don Rufino era el verdadero patrón, como el concepto viejo lo entiende. Criado en el campo, apto a todo trabajo, con una rusticidad de alma llena de cariño, era respetado por sus canas y querido por su bondad.

La administración era a usanza antigua. Sería más práctico explotarla con los recursos que prestaba la "ciencia agraria", pero eso hubiera equivalido a un renunciamiento.

Una pequeña casa de material, en forma de rancho, alineaba tres piezas en hilera, frente a las cuales un patio, de tierra prolijamente barrida, ostentaba su pobreza limpia.

Esa mañana, un calor de pesadilla aplastaba la estancita.

Bajo el abrazo rojo del techado, a la luz de un sol bravío, los pequeños muros reflejaban como un metal la claridad de su blancura hiriente.

El patio se agrietaba en arborescencias confusas.

Sombreado por el alero escaso, don Rufino trenzaba sudoroso. Sus ojos agudos dejaron un momento el trabajo para enturbiarse sobre el campo, quemado de sol, ausente de pasto como un camino, que desconcertaba la mirada con la impresión de su reverberante amarilleo.

Tres meses de seca implacable habían carbonizado las más resistentes raíces, y sólo las osamentas puntuaban la desnudez del campo, irrefutables afirmaciones de ruinas.

Don Rufino colgó el trenzao, fue hacia el pozo cercano, donde bebió, media cabeza sumida en el balde. Luego se encaminó hacia el dormitorio para escapar a la resolana y observar su virgencita milagrera, famosa en el partido.

Franqueada la puerta, se sintió dominado por aquella quietud mística.

El cuarto estaba oscuro, cerrado a toda influencia exterior, y le alumbraban un par de velas, puestas a cada lado de la virgen extática.

No se habría sabido decir si su actitud era de bendición o de ferviente rezo; lo cierto es que las rígidas manitas inspiraban un plácido respeto, y hasta la frescura del cuarto, que parecía sestear en su sombra, hubiérase dicho obra de ella.

Doña Anacleta le había bordado una alfombrita de mostacilla, y a sus espaldas, sostenido al muro por varios clavos para redondearlo, colgaba un rosario de huevos de urraca y chimango.

Iba el viejo a arrodillarse y rezar por centésima vez pidiendo el agua ansiada. Pero tuvo noción de la inutilidad de sus ruegos.

"Hasta a las ranas hacía más caso aquel pedacito de palo inconmovible". Y un ansiar venganza ahogó su intención piadosa.

Vio lo de afuera: el campo, árido; los animales, olfateando la tierra sin conseguir de ella más que las dos columnas de polvo alzadas por su soplido.

Toda la congoja de los impotentes aquellos transformósele en rabia, y un proyecto vago en él se precisó.

¡Era fácil estar indiferente como aquel idolito en la frescura encerrada, cuando los demás padecían de sol universal! Justo era que ella también sufriera hasta que por fuerza diera lo que no podían conseguir con rezos.

El momento era propicio. Los muchachos andarían cuereando; la vieja estaba adobando un peludo en la cocina. Podía cumplir su amenaza sin impedimento.

Con manotón irreverente destronó a la virgen de su rincón, escondiéndola bajo la camiseta como hubiera podido hacer con un pollo para que no gritara. Y cerrando con llave, tomó un sendero cuya tierra le abrasaba los pies a través de las alpargatas.

Un remolino venía haciendo espiralear la hojarasca y le quemó el semblante como cuando se agachaba demasiado sobre el fogón en busca de un tizoncito.

Llegó al galpón de esquila, amplio mesón de barro, techado de paja.

En un rincón estaba el comedero, que, acompañado de una argolla incrustada en el muro, formaba el pesebre del tobiano, "el crédito", el único animal gordo en el establecimiento.

Echóle encima un cuero, lo enriendó, apretóle el cojinillo con un cinchón y, enhorquetándose, salió como ladrón buscando lo más tupido de la arboleda.

Púsose a galopar hacia el fondo del potrero. Pronto distinguió el palo del rodeo, única cosa que el calor no agobiaba.

Cada detalle de la calamidad aquella reforzaba el enojo de don Rufino, exasperado ya por el sol, que le chamuscaba el cuerpo a través de la ropa.

Dejó rienda abajo al caballo, acostumbrado, sacando a luz la imagen, que miró con satisfacción; después retiró al tobiano el cinchón, y bien arriba, donde los animales no alcanzaran, ató a la virgencita como a un Prometeo.

Cuando hubo concluido, miró y remiró su obra, a ver si no dejaba una posibilidad de escapatoria, y la cara se le arrugó en amplia carcajada de contento.

—Por Dios —dijo a la virgen, mientras besaba un escapulario con estampa del Cristo que traía al cuello—. Por Dios, que aí vah'a quedar embramada al palo hasta que hagás yover —y sin más tardanza saltó en su flete, que, solo, tomó rumbo a las casas.

De pronto se detuvo, ensanchándole el pecho una emoción indecible. Allá, en el horizonte, ¿qué era aquello? Una franja oscura parecía avanzar.

Don Rufino no podía creer, dudó de sus ojos; y como ya estuviera cerca de las casas, siguió hacia ellas para ver qué decían los otros.

No oyó sino un grito: "Las puertas, las puertas: cierren las ventanas y los postigos, que viene la tormenta". Ya no dudó.

Hubo un instante de quietud, y el primer soplo del huracán barrió el campo. En el camino, una columna de polvo se alzó en jadeante remolino: los viejos álamos agacharon, rechinando sus orgullosas copas, y las casuarinas silbaron su quejido agudo.

Don Rufino, atontado, inerte por la emoción, miró a su alrededor; los pocos animales que veía, dando idénticamente el anca al viento, le parecieron de golpe haber engordado. Creía vivir en otro mundo, sentíase lleno de milagro, y al recobrar su vitalidad, brevemente perdida, echó su caballo a correr, tendido sobre el costillar, camino a la virgencita.

Allí estaba, con los fuertes nudos, pequeña, igual, menos luminosa en la oscuridad de la tormenta. Don Rufino besóle los pies, hízole mil mimos y caricias, concluyendo por envolverla en el cojinillo y disparar, a pelo limpio, hacia las casas.

El viento, que parecía haber arreado con toda la tierra, seguía claro y menos fuerte. Algunas gotas espesas comenzaron a caer, viajadoras como bolas perdidas. El anciano aceleraba, bebiendo a pulmón abierto el olor a tierra mojada; cerca del palenque, las gotas se tupieron, haciendo paragüitas contra el suelo.

Llegó empapado.

En el galpón de esquila todo el peonaje reunido se atareaba en guarecer del chubasco las prendas que éste podía dañar.

Un hornero repiqueteaba su risa de victoria.

Los relámpagos dibujan carcajadas de luz.

Felipe, el menor de los muchachos, apareció por la playa hecho sopa, gritando al ataque fresco de la lluvia. Traía a los tientos un cuero cuyas garras espoleaban al caballo en las verijas. Hastiado el animal, al enfrentar las casas, corcovió unos diez metros.

—¿Ande vas?... ¿Ande vas? —gritaba don Rufino—. A darte un disgusto...

—De viejo y bichoco —contestaba el muchacho alusivamente— se me acalambran los huesos. —Y ambos reían, mirándose en la cara.

La lluvia, gradualmente, fuese moderando. Chorros y gotas caían de los techos, ahondando las marcas de gotas anteriores. Los árboles, momentos antes maltratados por el vendaval, reverdecían lavados. Los troncos intensificaban su color. Las zanjas plagiaban ríos; los charcos, lagunas. Los pájaros, pelotones de pluma, se inmovilizaban, los párpados a medio cerrar. Un ritmo lento, lleno de goce, silenciosamente intenso, moderaba los gestos hasta de la gente, que se acariciaba el cutis contra el aire fresco.

Un ritmo lento, una quietud contemplativa abrazaba la pampa.

Son las nueve de la noche. Todo parece dormir en la estancita. En el dormitorio de los viejos hay luz. Cuantas velas se encontraron en la casa están ahí, para iluminar a la bienhechora. Don Rufino, rosario en mano, dice los Aves que corean los demás. Cocinero, peones, todos están allí en esa hora solemne. La voz baja y monótona alterna con el coro; una profunda piedad se exhala de las almas sencillas.

Contra los vidrios, la lluvia en latigazos intermitentes crepita con saña.

Y la virgencita, muy oronda en su nicho, saborea esa nueva victoria sobre todos los otros santos del pago.

## LA ESTANCIA NUEVA

Era un toro excepcional, y don Justo Novillo se enorgullecía de haberlo logrado con mestización rápida.

Siempre sostuvo que pocas generaciones bastaban para conseguir tipos perfectos de raza; lo esencial era echar buenos reproductores, sin "abatatarse" por los precios.

Ahora pocos le discutirían.

¡Qué toro!; parecía de *pedigree:* un noble animal idéntico al padre importado a costo y cuenta de don Justo.

Había que cuidarlo. Y el patrón, breve conocedor de *farms* británicos, aplicaría el sistema ultramarino: lo trataría como a un *lord.*

A esos efectos despachó la peonada criolla —que miraba con ironía aquella mole inmóvil y decía panza, cogote, guampas, cual si se tratara de un vulgar "guaiquero"—, para reemplazarla por un blondo par de normandos rasurados, rojos, *chic* en sus *breeches;* muy europeos, con sus gorras y pipas y *whisky.*

¡Qué orgullo para el establecimiento; todo giraba en torno a la hermosa bestia, cuasi sagrada, y los visitantes no veían sino las actitudes matronescas del fabricador de carne para exportación.

Llegó la Exposición, tumulto de reproductores "gloria nacional". Un espectáculo sobrehumano, diremos, porque nunca nuestra especie logra esa perfección de belleza.

Los grandes cabañeros discutían amontonados en torno a los posibles campeones. El toro de Novillo elevaba el diapasón de las discusiones.

—¡Pero si la madre ha de ser hosca o chorreada!

—Será lo que usted quiera, pero hay derecho a ponerlo en duda.

—¡Si hace diez años no tenía más que un rodeíto de hacienda criolla!

—Y, amigo, el hombre se las ha compuesto a su manera: el resultado es de primer orden, no hay fallas, mire el lomo. . . : es un billar; patas, impecables. . . ¡y qué costillas!; la paleta, amigo; el pelo, las astas, el cogote. . . ¿qué más?

Y se excitaban en comentarios técnicos, haciendo levantar al animal de un puntazo, con el regatón de sus malacas, palmeándole las ancas, estirándole el cuero.

Llegó el día, y toda la familia Novillo presenció jadeante los trabajos del Jurado en la pista. . . La escarapela blanca del primer premio de categoría se enriquecía con la azul: "el campeonato".

Era motivo suficiente para que todos los Novillo tiraran y rompieran sus galeras (¡qué importaba una galera!).

Un día único, el día del laurel.

La vuelta fue triunfal: los mimos resultaban pocos; hasta la tierna despedida de don Justo.

—Bueno, compadre, a divertirse y cumplir con su obligación: "cresete y multiplicate".

Querían ir los muchachos, pero el viejo los retuvo.

—¡A ver, a ver!. . . no son bromas, ni juguetes, ¿no?. . .; dejenló tranquilo. . ., llevalo nomás, Cresensio.

¡Qué barbaridad!. . . A las diez apareció Cresensio con andar descompuesto.

—Señor. . ., el toro estaba muy pesao y se ha quebrao.

—¿Cómo?

—¡Se ha quebrao, señor. . .; sí, señor, se ha quebrao de una pata!. . .

Tuvieron que degollarlo: ¡pobre muerto glorioso! ¡Todos concluimos así, al fin!

Pero el tiempo reglamentario pasó.

Se sabía que al menos algo quedaría del campeón: un hijo. El primero y el último. . .; por suerte, la madre era pura, de las pocas puras, y quién sabe, pensaban los Novillo, no fuera digno del padre.

Se esperó el advenimiento. Cumplióse el plazo, y un peón de los viejos que rondaba el potrero del plantel vino con la noticia.

—¡Parió la vaquillona, señor!

¡Qué algazara!; todos los Novillo cayeron en tropel.

—¡Parió. . ., parió. . . Hosanna!

—¿Y, vamos a ver, cómo es, don Paulino, cómo es?

—Es hembra, señor.

—¡Caramba! ¿Y de qué pelo?
Don Paulino sonrió entre sus bigotes moros:
—¡Es yaguanesa, es!

## *AVENTURAS GROTESCAS*

### ARRABALERA

Es un cuento de arrabal para uso particular de niñas románticas.

El, un asno paquetito.

Ella, un paquetito de asnerías sentimentales.

*La casa en que vivía,*
*Arte de repostería;*
*El padre, un tipo grosero*
*Que habla en idioma campero.*

Y entre estos personajes se desliza un triste, triste, episodio de amor.

La vio un día reclinada en su balcón, asomando entre flores su estúpida cabecita rubia, llena de cosas bonitas, triviales y apetitosas, como una vidriera de confitería.

¡Oh el hermoso juguete para una aventura cursi, con sus ojos chispones de tome y traiga, su boquita de almíbar humedecida por lengua golosa de contornos labiales, su nariz impertinente a fuerza de oler polvos y aguas floridas, y la hermosa madeja de su cabello rizado como un corderito de alfeñique!

En su cuello, una cinta de terciopelo negro se nublaba de uno que otro rezago de polvos, y hacía juego, por su negrura, con un insuperable lunar, vecino a la boca, negro tal vez a fuerza de querer ser pupila, para extasiarse en el coqueto paso sobre los labios de la lengüita humedecedora.

Una lengüita de granadina.

La vio y la amó (así sucede), y le escribió una larga carta en que se trataba de Querubines, dolores de ausencia, visiones suaves y desengaño que mataría el corazón.

Ella saboreó aquel extenso piropo epistolar. Además, no era él despreciable.

Elegante, sí, por cierto; elegante entre todos los afiladores del arrabal, dejando entrever por sus ojos, grandes y negros como una clásica noche primaveral, su alma sensible de amador doloroso, su alma llena de lágrimas y suspiros como un verso de tarjeta postal.

Todo eso era suficiente para hacer vibrar el corazón novelesco de la coqueta balconera.

Se dejó amar.

Rolando paseóse los domingos empaquetado en un traje estrecho y botines dolorosamente puntiagudos, por la vereda de quien le concedía, en calidad de limosna, una que otra sonrisa (deliciosa sonrisa) de su boca de frutilla.

Compróse para el caso un chaleco floreado de amarillos pétalos sobre fondo acuoso; una corbata de moño, con colores simpáticos a los del chaleco, y una varita de frágil bambú ornada de delicioso moño de plata.

A ella le floreció la boca, sonrojáronsele las mejillas, y sus ojeras tomaron un declive de melancolía.

¡Amor, amor!

Divino surtidor.

Pero había un padre... ¡y qué padre!

Bastó una circunstancia fortuita para que mostrara su alma innoble. Se precipitó sobre el tierno jovencito y, desordenando la pétrea rigidez de sus solapas, habló así el torpe:

—Vea, so cajetilla; despéjeme la vedera, y pa siempre, si no quiere que le empastele la dentadura, ¿mi-a-óido?

¡Qué hombre grosero, tan grosero, y qué trompada en el cristal de los corazones enamorados!

¡Oh, nobles flores del balcón, vosotras supisteis el tibio rocío de las lágrimas lloradas por Azucena!

¿Y el jovencito?

¡Ay!... Escribía versos, rimando sus penas para aliviarse en actitudes interesantes; pero no tenía el genio de Musset, y su única lectora apenas si respondía ya a sus súplicas.

¡Pobre jovencito! Sufría oyendo con infinita ternura el canto de los pajaritos y lagrimeaba en los crepúsculos. El olor de los jazmines, que ella quería, le producía desfallecimientos. Su corazón se deshojaba como una flor, y vivía forjando romances tristes.

Eso no podía seguir.

Enflaqueció, perdió el gusto de comer y la afición de vestirse; era un lirio sin sol, concluyendo por tomar la fatal decisión de poner fin a su existencia.

¡Pobre jovencito! Escribió su último verso de amarga despedida, dijo que su sangre salpicaría el retrato ingrato y, sonriente ante su supremo dolor, dijo muchas, muchas, muchísimas cosas tristes, y, ¡pum!..., se dio un tiro en el cerebro.

## MASCARAS

Nos paseábamos hacía rato, secándonos del zambullón reciente, recreados por toda aquella grotesca humanidad, bulliciosa e hirviente, en la orilla espumosa del infinito letargo azul.

El sol ardía al través de la irritante ordinariez de los trajes de baño.

—Verdad —decía Carlos—, tendría razón el refrán si dijera: "el hábito hace al monje". ¡Qué pudor ni qué ocho cuartos: aquí hay coquetería y una anca se luce como un collar en un baile! Pero ahí viene Alejandro y le vamos a hacer contar aventuras extraordinarias.

Saludos. Carlos hace alusiones al ambiente singularmente ofrodisíaco del lugar; Alejandro sonríe de arriba y toca con los ojos indiscretos los retazos de formas mujeriles, que se acusan en la negra adherencia de los trapos mojados.

Nos mira con pupilas crispadas de visiones libidinosas y arguye convencido:

—Se vive en un tarro de mostaza. El sueño es una incubación de energías; el aire matinal un *pick me up*, y este espectáculo diario es tan extraordinario para la "taparrabería" de nuestra vida cotidiana, que no anda vago de mil promesas incumplidas, como las pensionistas de convento privadas del mundo ansiado que les desfila en desafío bajo las narices.

Por suerte, hay una que otra rabona posible...

—Así que vos, a pesar de tu renombre donjuanesco..., ¿se te acabaría la racha?

—¿Racha?... El mío es un oficio como cualquier otro. Lógico es que algo me resulte.

—¿Y nada para contarnos?

—¡Algo siempre hay!

—¿De carnaval?... ¿La eterna mascarita?

—¡Sí, la eterna mascarita!... Y eso es natural en un día anónimo.

—¿Nos contarás tu aventura?

—Si quieren; es bastante curiosa... Vamos a vestirnos y, tomando los copetines, charlaremos.

En lo del Negro Pescador hay un tenorete que hace pecho; usa *boutonnière* estrepitosa y canta con olas en la voz. Sentados, oímos la verba efervescente de Alejandro, que tornea las palabras con ademanes de palpar formas.

—...Chicas así siempre se encuentran. No se animan a nada, contenidas por el temor del murmullo malintencionado; pero se dan, se entregan, en una mirada, con un gesto distraído que las desnuda, ciñéndose la capa sobre las caderas libres, o entregándose turgentes al salir de una ola.

¿Ustedes conocen la chica de F...? ¿Es bonita, verdad? Pero su belleza es poco, comparada con el temperamento que vive en ella.

Hacía todas las monadas de la capa, de la sonrisa, de la ola, y era como una palpitación constante de curiosidades personales. Parecía maravillarse con su cuerpito duro, ceñido en piel morocha, brillante como una espuma curada.

Al poco tiempo se permitía conmigo libertades que nos detenían en privaciones forzadas. No había ocasión. Ella parecía temerla, pero como impotente a negarse en una oportunidad decisiva.

Hice mi plan: carnaval se acercaba, y pensé en lo que Carlos llama "la eterna aventura de la máscara".

Ella me dijo cuál sería su disfraz. Su estado febril la predisponía a los actos inconscientes, y preparé ese desagradable antemano que, por desgracia, es imprescindible, si no se quiere caer en pequeños inconvenientes que todo lo echan por tierra.

A las once estaba listo, coscojeando de impaciencia dentro del dominó oliente a trapo.

Vacío completo en el salón limitado en cuadrángulo por varias filas de sillas. Luz y reflejos acuáticos en el parquet encerado.

Me senté en un rincón esperando que las parejas de la terraza se hartaran de fresco y vinieran a romper el hielo relumbrante.

Dos horas más tarde, siendo propicia la algazara, me acerqué a mi mascarita, nervioso en la indecisión de los primeros momentos. Pero todo se desvaneció en tranquilidad de ola rota cuando las primeras frases banales de encuentro nos encaminaron a la conversación.

Inés no estaba elocuente; contestaba con voz desconocida, bajo la máscara, los monosílabos obligatorios. Me explicaba perfectamente su estado, y lacerado por el silencio de su turbación, fui elocuente, apasionado, exigente, como con derechos ya adquiridos.

Por fin, balbuceó frases de abandono, de consentimiento tímido. Volví a la carga, insinué una escapada donde nadie pudiera interrumpirnos y accedió con el solo ruego de que respetara su máscara.

—Tendré más coraje, seré más tuya.

Di mi palabra, y el asunto marchó a antojo menos difícil de lo que había previsto para una criatura inexperta.

Fue una noche extraña, devorante de pulsaciones aceleradas y saciedades renovadas por nuevas vorágines. Yo miraba como en una mazmorra rodar las pupilas concentradas y lejanas. Nunca se ha aferrado a mí una mujer con intensidad más violenta; levantaba el triángulo de género que concluía su antifaz y entregaba insaciables sus labios, hinchados y tenaces. Era como una desesperación; adivinaba sollozos, pero no me llamaba la atención que, entre todas las tonalidades de amor, la triste fuera suya.

Quedé dos o tres días desagregado, tenue, llevando en mí la sensación de un desvarío que me amplificaba.

¿Qué era de Inés? ¿Por qué me miraba así fríamente y evitaba encontrarme a solas? ¿Se guardaba rencor por haberme cedido?

Mucho tiempo anduve sin saberlo, y las veces que me atreví a insinuar un recuerdo de la noche pasada hacíase la desentendida. Creí, pues, me indicaba un camino, y callé, dispuesto a actuar sin palabras para evitarle la situación neta que parecía rehuir. Al fin y al cabo, todo estaba de acuerdo con la guardada del antifaz. Modo, en verdad, curioso de pudor.

La segunda ocasión se presentó, volví a utilizar mi sistema apremiante, e Inés fue mía por segunda vez. . ., es decir, por primera, pues me daba la prueba material que ni yo ni ninguno la había poseído anteriormente.

Esto corre desde hace varios días. La Inés de hoy y la de carnaval resultan dos, y me muero de curiosidad inútil por saber quién es la Mesalina furiosa de la careta que aprovechó el equívoco para entregarse por cuenta de otra.

—¿Y no crees que volverá a buscarte, a ingeniarse, por lo menos, en cualquier forma para verte?

—Seguro que no. Esa es de las que, débiles, ceden a la moral social como un perro a una mordaza, y se ha desbocado en ocasión única con toda la presión contenida durante una existencia.

—¡Pues ya sos oportuno!

—Casualidad, caer en el momento único.

Las copas están vacías, ya no hay gente en el baño. Las mujeres se pasean, el cutis lustrado de gran aire salino, y se saludan o conversan con gestos de púdico recato.

## FERROVIARIA

—¡Ahí viene el zaino! —anunció Alberto desde la puerta del pequeño salón de espera.

Recoger las valijas, salir al andén y ponernos buenamente a contemplar el punto negro, empenachado de humo, que venía hacia nosotros agrandándose, fue obra de un segundo.

Las despedidas se cruzaron.

—Hasta pronto, entonces; que se diviertan por allá, y no olvide, Alberto, le recomiendo mi compañera por si le hace falta algo. . .; atiéndamela, ¿no?

—Pierda cuidao. Por lo pronto, la señora —dijo mi compañero dirigiéndose a la robusta y hermosa alemana— nos hará el honor de comer con nosotros.

—Con mucho gusto.

—Otra vez, entonces, ¡hasta la vuelta!

—Esoés, ¡adiós, adiós!

Y tras los últimos apretones de manos, nos colamos a nuestro coche, sacamos el polvo de los asientos a grandes latigazos de nuestros pañuelos, abrimos la ventanilla, acomodamos las valijas y nos sentamos con satisfacción de conquistadores.

No hubo más voces, ni movimiento en la estación campera, que pronto dejamos en su silencio.

Afuera, la llanura corría, a veces interceptada por algún árbol demasiado cercano que aturdía los ojos.

—Supongo —dije a Alberto— que me presentarás la rubia.

Y siguiendo a esta pregunta, hice otras, cuyas contestaciones me fueron satisfactorias.

—Bueno, vamos al comedor, que nos estará esperando.

Sola y halagada por muchos ojos, nuestra flamante amiga aguardaba sonriente. Los manteles se cargaron de vinagreras, platos, cubiertos, y, poco a poco, los viajeros llegaban con andar inseguro, buscando en torno las caras menos desagradables para hacerlas sus compañeras de comida.

Nuestra conversación rodaba, fácil y ruidosa, como el tren mismo; los sacudones hacían chocar las rodillas bajo las mesas; las porcelanas sonaban como risas, y en los vidrios, iluminados por la luz interna, el azul de un atardecer ya avanzado concentraba su color.

Las intimidades con mi vecina iban su camino. Debía tener yo rojas las mejillas, a juzgar por las de ella, y nuestras voces llamaban la atención.

A los postres, pedimos nos llevaran al compartimiento café y licores, y regresamos chocándonos a capricho de los movimientos del vagón, cosa que permitía ciertos ademanes que podían pasar por involuntarios.

Y como generalmente van las cosas, cuando dos intenciones concuerdan, fueron las incidencias desenvolviendo su ovillo hacia la perfección sin choques ni retardos, hasta que la misma idea, ineludible, vino a detenernos ante el tercero, que, si hasta entonces había ayudado, podía estorbar.

Dos palabras en voz baja. Ella se levantó fingiendo un olvido.

—Ahora vuelvo.

Dije al rato estúpidamente:

—Ché, ésta no viene...; voy a buscarla.

Mi amigo sonrió simplemente.

Por breve que hubiese sido, ella encontró tiempo para arreglarse y esperarme, sin trabas retardadoras, evitando los ridículos de una impaciencia exasperada.

El lecho era estrecho y duro; pero ya saboreaba todos los encantos de mi aventura inesperada, cuando dos puñetazos, enormemente asentados, hicieron temblar la puerta.

Sorprendido e iracundo, respondí con palabrotas a los ruegos del empleado, cuyo discurso no entendí. Pensé fuera por los boletos, pero oí la voz de Alberto gritándome por una rendija:

—¡Abrí!... ¡Abrí, animal, que no es broma!

Corrí el pasador y mi compañero cayó casi sobre nosotros.

—¡No te has dao cuenta que hace veinte minutos estamos paraos en una estación y estás con la luz prendida!

Loco, salté hacia el botón eléctrico, que apagué de una vuelta, y, libre entonces del encandilamiento, pude ver un racimo de caras gozosas que se aplastaban la nariz contra el vidrio de la ventanilla.

## SEXTO

Eran inocentes porque eran chicos, y los chicos representan entre nosotros la pureza de las primeras edades.

Vivían, cerco por medio, en dos hermosas quintas llenas de árboles amigos y misteriosos. Corrían, jugaban, y sus risas eran inconscientes vibraciones de vida en los jardines.

Cuando sus brazos se unían o rodaban sobre el césped, solían acercarse sus rostros y se besaban sin saber por qué, mientras una extraña emoción, mejor que todos los juegos, les impulsaba a buscarse los labios.

Otras veces, influenciados tal vez por el día o por un sueño de la última noche, estaban serios. Sentábanse entonces sobre el rústico banco de la glorieta, y él contaba historias que le habían leído, mientras jugaba con los deditos de su compañera atenta.

Eran cuentos como todos los cuentos infantiles, en que sucedían cosas fantásticas, en que había príncipes y princesitas que se amaban desesperadamente al través de un impedimento, hasta el episodio final, producido a tiempo para hacerlos felices, felices en un amor sin contrariedades.

Ella oía con los ojos asombrados e ingenuos de no saber; sus cejitas, ávidas de misterios amorosos, ascendían en elipses interrogantes, y, en los finales tiernos, sus pupilas se hacían trémulas de promesas ignotas.

Y no eran sus ojos los únicos elocuentes. Su boca se abría al soplo de su respiración atenta, sus rulos parecían escuchar inmóviles contra la carita inclinada y abstraída. Y sus hombros caían blandamente en la inercia del abandono.

Ya tenía él el orgullo viril de ver colgada de sus palabras la atención de esa mujercita, digna de todos los altares. Y cuando su voz se empañaba de emoción al finalizar un cuento, se estrechaban cerca, muy cerca, en busca de felicidad y como conjunrando las malas intervenciones.

Entonces creían gozar de un privilegio. Se acariciaban envueltos en una exigencia inexplicada de sentirse mezclados, y guardaban un sabor de iniciados en misterios ignorados del mundo.

Estaban un día ajenos a todo. El cuento de la princesa rubia había puesto entre ellos la ascendencia de su fantasía. Ella se arrebujaba contra él desparramando en hilachas de oro sus bucles sobre el hombro amigo;

él la había atraído lo más posible y besaba, como estampas sagradas, sus ojos, trémulos de promesas ignotas.

Así estrechados, una voz hostil los sacudió. Vieron un hombre negro, un padre jesuita que los invectivaba.

Escaparon. Pero el hombre, enfurecido por algo inexplicable, tocó el timbre de la quinta, exigió la venida de la señora y, señalando a los pequeños, los acusó de cosas incomprensibles.

Esa noche los involuntarios pecadores (así muestran hoy las cosas) fueron sermoneados y entrevieron el sexto mandamiento.

La lápida estaba colocada.

El muchacho sintió que una gran ave blanca yacía a sus pies en desparramo inmundo de tripas sanguinolentas.

Y ella veía caer de entre sus pestañas temblorosas lágrimas, como si fueran gotas de su alma muertas de dolor.

## *TRILOGIA CRISTIANA*

*Para Alfredo González Garaño*

### EL JUICIO DE DIOS

(EQUIDAD)

*Cuadro de costumbres*

Dios meditaba en el sosiego paradisíaco del Paraíso. El ambiente de contemplación le sumía en estado símil y pensaba divinamente.

Como un nimbo de carnes rosadas y puras, una guirnalda de angelitos le revoloteaba en torno coreando el himno eterno.

De pronto, algo así como un crujido de botín perforó el ambiente beato. Un angelito enrojeció en la parte culpable, y, presas de súbito terror, las aladas pelotitas de carne se desvanecieron como un rubor que pasa.

Dios sonreía patriarcalmente; sentíase bueno de verdad, y un proyecto para aliviar los males humanos afianzábase en su voluntad.

Quejidos subían de la tierra, y en la felicidad del cielo eran más dolorosos. Había, pues, que remediar, y Dios, resuelto al fin, envió a sus emisarios trajeran lo más distinguido de entre la colonia de sus adoradores.

Así se hizo.

Reunidos, habló Jehová:

—¡Oíd!..., un rumor de descontento sube de la tierra; jamás el hombre miserable llevará con resignación su cruz, e inútil les habrá sido el ejemplo dado en mi hijo Cristo. Los rezos, hoy como siempre, importunan mi calma y quiero cesen. Mi voluntad es escuchar los deseos humanos y, según ellos, darle felicidad para al fin gozar de la nuestra.

¡Vosotros, ángeles negros distribuidores de noche, embocad las largas cañas de ébano y soplad, por los ojos de los hombres, la nada en sus pechos!

¡Que las almas tiendan hacia mí mientras conserváis los cuerpos; así luego vuelve la vida a seguir su pulsación!

Como en los cielos carecen de tiempo, estuvieron muy luego los citados, míseros y ridículos en las multiformes y policromas vestimentas.

Había galeras panza de burro, estilizadas por la moda, ojos quebrados de dolor, relámpagos de carne en oferta, palabrotas, chiripás, protestas, melenas, lamentos, chalecos de fantasía, resignamientos, en fin, todo el *bric à brac* humano de cuerpos, trajes, sonidos, ideas, colores, formas y sentimientos.

Alrededor hicieron público los habitantes celestes, mudos a causa de eterno éxtasis y desnudos por inocencia.

En el centro estableciése el tribunal benefactor. Tres personas en una, que es Dios verdadero, los Padres y Santos por decreto eclesiástico y una veintena de zanahorias celestes para el servicio.

El primero en comparecer fue un viejo tullido. Estiradas hacia Dios sus palmas voraces de ahogado, clamó:

—¡Oh señor!, yo creo en Ti desde mi dolor como los leprosos de Judea...

*Una voz:* —Tú crees en Dios como en un Penadés omnipotente. Sin tu enfermedad, serías ateo.

El viejo lloriqueaba, incapaz de defenderse. Los ángeles arrastraron hacia el tribunal al nuevo hablador. Era un médico barbudo, de ojos bondadosos y trabajadores, llenos de buena fe.

*Dios:* —¿De modo que no crees en mí?

*Doctor:* —No.

*Dios:* —¿Y cómo te explicas esta tu conversación conmigo?

*Doctor:* —Como un producto de mala digestión.

Aquí Miguel le dio del pie en el coxis (como se estila desde la expulsión de Lucifer), el piso de nubes se abrió como en los teatros, y el médico enganchó la suficiente cantidad de algodón para no partirse el frontal contra la tierra.

El viejo insistía en sus lamentos. Dios trató de convencerlo.

—¿Por qué reclamar de tu dolor? ¿No sabes que los caminos sufridos conducen hacia mí? Deberías bendecir el mal que te acerca al Cristo, mi hijo.

Mas como el viejito no callase, expulsáronlo, paradisíacamente, dándole del pie en el coxis (como se estila desde la expulsión..., etc.).

Melena en ola, frente pálida, ojos glaucos y andar severo, un filósofo enderezaba al trono, y, apuntando a Dios, interrogó:

—¿Quién eres tú?

*Dios (algo intimidado)*: —El Dios de mis creyentes.

*Filósofo:* —¿Y cómo hemos de considerarte? El Antiguo Testamento te pinta justiciero, parcial y sanguinario en tus venganzas. Cristo te dijo benefactor sin distinción de razas, castas o acciones; la fe y arrepentimiento lavaban todo pecado.

Hoy parecen los que se dicen tus prosélitos desencaminados de tus principios, y los sinceros recurren al Cristo como único Dios.

Jehová, abochornado por la enfática tirada y algo molesto, musita:

—¿Y el Padre?

*Filósofo:* —El Padre, inexistente, sería la bondad en abstracto; Jesús, su hijo y representante hecho carne en la tierra.

Dios pestañeaba seguido, como nervioso y sin saber contestar; ese curso de teología no era para su simplicidad primitiva.

Entre sus quijadas, convulsas de ira, masticaba como una gomita esta frase arbitraria, pero concluyente:

—Es loco, es loco.

San Miguel, habiendo oído su protesta temblorosa, alzó su hierro tras la fuga previsora del sedoso melenudo, que no logró escapar sin que le dieran del pie en el coxis (como se estila. . ., etc.).

Hacía rato, un muchacho sonriente paseaba ante el tribunal sagrado, como haciendo la vereda de su casa, absorto por una ocurrencia divertida.

Dios se fastidiaba:

—¿Quién eres tu?

*Poeta (encogiéndose de hombros)*: —Todavía no lo sé.

*Dios (perplejo)*: —¿Juegas conmigo?

*Poeta:* —¿Y quién eres tú?

*Dios (lógico)*: —Dios.

*Poeta:* —Ya sé, ya sé.

*Dios:* —. . .

*Poeta:* —El ideal de rebaño. El lugar común del ideal.

Un murmullo se amplificaba, como exhalación pútrida, del conglomerado humano.

Frente a Dios, todos los hombres le discutían, viéndole en modos diferentes, tratando a los otros de herejes. Se oían pedazos de ideas.

—. . .No pertenezco a tu majada. . .; nos larguen, que nos lar. . . Viva la materia. . . ruega por nosotros. . ., embusteros, atrapasonsos. . ., en la hora de n. . ., basta. . . Uff. . .

Ya no se distinguía nada. Era la obscuridad auditiva completa, el vocerío ahogaba los musicales bordones angelicales, que mangangueaban, dardo en mano (si es posible), listos a obrar.

El murmullo fue grito; el grito reventó en Babel de razonamientos inentendidos, pero vehementes, llevaderos a pelea hecha de blasfemia,

golpe y arañón, que onduló la turbamulta con remolinos y estrépitos de aceite en ebullición.

Fue la última gota. Dios, anonadado, no atinó a sujetar sus ángeles, presos de la sed justiciera de los grandes días; con Sansón por capitán, arremetieron a su vez contra la canalla cegada en su ira. Esta cayó de las esclusas celestes sobre la tierra en chorro precipitado, para seguir entredevorándose *per secula seculorum*, para mejor comprensión de verdades teológicas y pacificaciones fraternales.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En cambio, el Paraíso, purgado de la infección reciente, recomenzó su calma.

Volvió la guirnalda de angelitos a acompasar su coro, cayeron en contemplación los agraciados, y Dios, infinitamente bueno, porque es infinitamente dichoso, perdonó en su alma a los mortales las blasfemias y violencias oídas, pues en aquel día excepcionalmente paradisíaco sentíase más infinitamente bueno que de costumbre.

## GÜELÉ

### (PIEDAD)

Una vida curiosa. Un milagro. El indio había de manar piedad, como agua las piedras bíblicas al divino conjuro de Moisés.

La Pampa era entonces un vivo alarido de pelea. Caciques brutos, sedientos de malón, quebraban las variables fronteras. Tribus, razas y agrupaciones rayaban el desierto en vagabundas peregrinaciones pro botín.

En esa época, que no es época fija, y por esos lugares vastos, una horda de doscientas lanzas, invicta y resbalosa al combate como anguila a la mano, corría hirsuta de libertad, sin más ley que su cacique, despótica personificación de la destreza y el coraje. Cuadrilla de ladrones, no respetaba señor en ocasión propicia, y sus supercaballos, más ligeros que bolas arrojadizas, eran para la fuga símiles a la nutria herida, que no deja en el agua rastro de sus piruetas evasivas.

Murió el cacique viejo. Su astucia, bravura y lanza no dejaban, empero, el hueco sensible de los grandes guerreros. Ahí estaba el hijo, promesa en cuerpo, pues, niño todavía, sobrepujaba al viejo temido en habilidades y fierezas de bestia pampeana.

Amthrarú (el carancho fantasma) era una constante angustia para quienes tuvieron que hacer con él. Aborrecido, llevando a hombros odios intensos, fue servido según el poder de sus riquezas y adulado por temor a la tenacidad de sus venganzas. Perfecto egoísta y menospreciador de

otro poderío que el conquistado a sangre, vivía feliz en desprecio del dolor ajeno.

Así era por herencia y por educación paterna. Amaba o mataba, según su humor del día.

El 24 de septiembre de no sé qué año viejo el cacique, frescamente investido, convocó a sus capitanejos a un certamen. Quería practicar sus impulsos de tigre, y cuando los indios, en círculo, esperaban la palabra de algún viejo consejero o adivino, el mismo Amthrarú salió al medio.

Habló con impetuosidad guerrera, azuzando a todos para un copioso malón al cristiano. El nunca había peleado a los célebres blancos y quería desmenuzar algún pueblo de aquel enemigo legendario, odiado vehemente en codicia de sus riquezas inagotables.

Cuando hubo concluido hizo rayar su pangaré favorito con gritos agudos. Parecía como querer firmar su vocerío ininteligible con las gambetas del flete más bruscas y ligeras que las del mismo ñandú enfurecido.

Al día siguiente salieron en son de guerra hollando campos, incendiando pajales, violando doncellas, agotando tesoros, sembrando muerte y espanto.

La furia de sangre llevóles lejos. Iban cansados los caballos, exhaustos los jinetes y falleciente la ira de combate.

—Veo, señor —dijo uno de sus secuaces—, blanquear el caserío de un pueblo cristiano.

Amthrarú miró ensañado el reverberar blancuzco acusador de populosa ciudad.

—¡Pues vamos! —dijo—. Grano falta a nuestros caballos, sustento a nuestros cuerpos y hembras a nuestras virilidades. Bien nos surtirá de todo el que tales riquezas tiende al sol.

Subrayando esta arenga, un clarín desgarró su valiente alarido; los brazos alzaron al unísono las lanzas que despedazaban sol. Seguidamente cargaron erizados de mil puntas.

El caserío se agrandaba, distinguiéronse puertas y ventanas. Llegaban. Amthrarú enfiló una calle; nadie le salió al paso. Sólo mujeres y niños asomaban a las rejas, estremecidos por aquella avalancha de tropeles.

Desembocaron en la plaza; un palacio relumbrante aguzaba hacia el cielo una superposición numerosa de piedra.

Amthrarú se apeó al tiempo que su montura, espumante de sudor y coloreada de espolazos, caía a muerte.

Los guerreros callaron. Algo extraño, debilitador y ferviente imponíales respeto ignorado.

Amthrarú avanzó por el atrio, interrogó la maciza puerta remachada de clavos, y adivinando la entrada principal, dio en ella un gran golpe con el revés de su lanza.

El golpe se propagó por ojivas y naves, rodando a ejemplo de truenos lejanos. Los batientes de la alta portada aletearon sobre sus goznes, y en la estrecha negra grieta de una abertura investigadora apareció un ensotanado de humilde encorvamiento.

El cacique le habló como a un siervo.

—Soy Vuta-Am-Thrarú; mi nombre es en el alma de los cobardes un desgarramiento terrorífico. Invencibles son mis huestes, ricos los botines de mi lanza; el que no se dobla en mis manos, se rompe, y si no quisiera tu señor darnos vinos, manjares, hembras y presentes, nos bañaremos en su sangre, beberemos el quejido de las violadas sobre sus bocas y nos vestiremos con sus estandartes.

Una bondadosa sonrisa se diluyó en las cansadas arrugas del fraile.

—Oye —dijo—, y no se inflame tu saña contra esta miserable carroña, sólo abierta al dolor e indiferente a otra salud que la de su alma. Yo soy un humilde; mi Señor murió hace muchos años, no insultes su memoria, sígueme más bien y, en la paz claustral del recuerdo evocado por mi amor infinito, te diré su historia.

Extraño fue a Amthrarú aquel exordio. Gustábanle los relatos, frecuente pasatiempo en los momentos de inacción, allá en el aduar paterno.

—Anda —dijo. Y fue por la grieta negra tras el hombre negro.

Entraba en una nube; un mareo de incienso le flotó en el cráneo. Luces, colores imprecisos vagaron en espesa sombra fresca. Imitando a su conductor, metió la mano en una concha de mármol pegada al muro; pasósela mojada por la frente y sintió alivio al asegurar sus sensaciones imprecisas.

Sombras colgaban en harapos por rincones y techos. Los ventanales destilaban color a cataratas sobre grandes telas rojas, violáceas, cobalto, púrpuras.

De pronto, todo vibró en un sonido quieto. Otro se unió, pareció esquivarse, buscando su tonalidad relativa hasta que un acorde levantó el templo, que vagó inseguro por los espacios.

Amthrarú se alzaba sobre sus pies. Nunca el *pulcú* le diera tal borrachera. Caminó unos pasos. Cruzando los rayos de un vitró, creyó vivir cristalizado en un diamante. Tambaleaba. Sintió un gran frío y cayó de bruces frente al altar mayor, donde el Cristo abría los brazos en cruz sufriendo y amando.

Una palabra tenue, de entonación ignota, columpiábase incierta por entre el acorde, el incienso y los colores. Todo lo percibido, sin comprender, se destilaba en el hablar cristalino.

—Fue hace muchos años. . ., muchos años. En un país ardido de sol y sequía, una orden divina engendró el bien humano en madre pura. Pesado su destino. . . dijo amor en una sola grande palabra y llevó la cruz del Dios hecho hombre. Había venido para resumir en su cuerpo, vasto al dolor, todos los sufrires humanos, todos los castigos, para así lavar las faltas.

Los hombres, en premio, lo crucificaron, escupiendo su rostro santo.
¡Oye, cacique, muchos son tus pecados, grandes tus faltas; pero todo se lava en la sangre de Cristo, hijo de Dios!
Amthrarú sintió la copa en sus labios, vio el rubí de un líquido y el vino oloroso corrió por su garganta sedienta; se evaporó en un intenso perfume por su paladar como el acorde en los claustros ojivales.
Sostenido por el fraile, salió hacia los suyos. Una extraña sensación de liviandad le hacía luminoso, parecíale por momentos iba a florecer.
El sol era frío, áspero como tiza. Amthrarú subía en un nuevo caballo, y sin eludirse de los suyos, encaminó su montura al aduar.
Los guerreros husmearon la derrota y siguieron cabizbajos, doloridos, como enterrando la gloria.
Durante un mes las armas del toldería, arrinconadas, se enmohecían de inacción. Callaban los refranes de guerra. El suelo erizado de lanzas era inútil templo de un culto muerto.
Amthrarú estaba enfermo; un mal extraño le roía el alma, y deliraba, duende de sus vastos dominios. La soldadesca callaba a su paso, temblorosa ante una posible arremetida de su ira sanguinaria.
Pálido de encierro, los ojos alarmados de ojeras aceradas, la melena fláccida, acompasaba pasos inciertos. No pensaba, sufría, y este estado le atormentaba como yugo que solía romper con brutales furias.
Entonces descolgaba su lanza, arremetía al primer siervo o embestía un árbol, contra el cual se ensañaba hasta tajear tan hondo en las fibras, que su brazo era impotente para arrancar el acero mordido. Cuando así le sucedía, largaba su cuerpo a muerto y quedaba al pie del tronco, desvanecido, media lanza en la mano, hasta que le transportaran a su toldo.
Otras veces corría entre los bosques desnudados por el huracán y bramaba con él, espantando al que lo viera, las manos entre el pelo, la cara levantada hacia las nubes, que pasaban volando como enormes ponchos arrancados por viento rabioso y tirados a través del cielo.
Amthrarú sufría el peor de los martirios. Dudaba. No tenía ya el reposo de su anterior egoísmo ni gozaba la beatitud de los fervientes cristianos. El desorden se revolcaba en su alma torturante como una preñez madura.
Y un día fue a su tropilla; enfrenó el mejor de sus caballos.
No admitió séquito.
Galopó, recorriendo pajonales, guaycos, médanos y llanuras. Las bolas le aseguraron sustento, y bebía en los charcos, evitando mirar su frente, desceñida del antiguo orgullo.
Fueron tres días de continuo andar: tres noches de desvelo, en indiferencia de todo lo que no fuese la atención del camino. A veces, un estremecimiento le castigaba el cuerpo: "Matar al ensotanado que lo embrujara".

Señaló su reverbero blancuzco la ciudad buscada. No en carga, sino al paso y recogido en sí mismo, enfiló la calle conocida hasta desembocar en la plaza. La misma iglesia allá, a su frente, con sus mil aristas, recortes y puntas afiladas hacia el cielo.

Amthrarú sintióse henchido, sonoro como una cúpula, y cuando el fraile le abrió la puerta del templo, que irradió su incienso, humilde le besó la cruz del pecho.

Aprendió el Cristo, los rituales, la beatitud.

El padre Juan se esmeraba en convertir al salvaje, y no ponía mérito en su palabra, sino en la omnipotencia de Dios, que obraba ese milagro inmenso en el indio sanguinario.

Amthrarú palpó su fe y desde entonces marchó, como los magos, tras la estela luminosa que le indicaba el camino de redención. Quería expiar sus pasadas violencias, e hincado por esa espuela, despertó una noche a la orden de una voz que le decía: "Has gozado en ti: ahora levántate, sufre y sé de los otros".

Obedeció, y el camino de su desierto volvió a verlo siempre disminuido, sin armas, a pie como un mendigo.

Tardó, tardó en llegar, sediento, haraposo, la boca sucia de comer raíces, pastos y bulbos.

No le reconocieron en el aduar. Amthrarú entró en su toldo; sus lujos y holganzas estaban allí en su espera. El cansancio, la sed, el hambre, un despertar de recuerdos sensuales, le tentó agudamente; pero volvió a oír la voz: "Has gozado en ti; ahora sufre y sé de los otros. . .".

Fue entre la chusma, eligió al más decrépito y, llevándole en brazos humildemente, le acostó en su propio lecho, tapólo con sus más ricos cobertores, dióle sus mejores prendas y púsole en la diestra su gran lanza de comando; la que tantas veces cimbrara, horizontal, pendiendo de su hombro en la mano potente, al correr descoyuntado de su pangaré.

Estaba libre; tiró su chamal, último lujo, y, siguiendo el hilo invisible de su vocación de mártir, andando, anduvo por campos, pajales, guaycos, lagunas y playas, incansablemente, tras el rescate de su alma pecadora, en expiación doliente.

Así se fue, y a pesar de su antigua pericia del desierto, perdióse en la igualdad eterna de la pampa. Parecíale, en su fiebre, ganar alma, por lo que iba perdiendo de fuerzas.

Sufrió sed. Sus flancos se chupaban, astringidos. La nuca, floja por un cansancio aumentado; los ojos en tierra, algo le sorprendió. . . ¡un rastro!. . . por instinto y costumbre, siguió el andar desparejo de un caballo.

El animal parecía cansado, tropezaba a veces y adivinó otro sediento como él. El jinete iría perdido rumbo al Sur, buscando agua, y el converso trotó sin vacilar sobre la pista, clara para él como una confesión de dolor.

Pronto divisó tal un punto sobre la uniformidad arenosa: la bestia caída.

Muerto, sumido, el caballo estaba solo. Amthrarú estiró la vista. "Allá", dijo, y apresuró su paso hasta llegar junto a un hombre tendido boca abajo. Había éste cavado un hoyo, hondo como su brazo, y estaba envarado.

Amthrarú le dio vuelta. Tenía la boca llena de barro, que había estado chupando en su delirio de frescura. Ayudóle a escupir para que hablara; pero tenía la lengua como un aspa y farfulló confusamente:

—Agua, hermano; allí... río...

Amthrarú corrió olvidado de sí mismo.

El suelo se poblaba de escasas matas de esparto y paja brava. Chuciábase las piernas, que se salpicaban de poros sanguíneos.

Iba sin sentir su cuerpo, llevado por el instinto hacia el agua que intuía cercana. Evitaba las pajas cuando podía; otras, tropezaba, cortándose en las espadañas.

Un quejido ronco se exhalaba por sus labios, costrudos de sequedad.

Llegó al río, el fresco vivificó su piel, metióse en el agua, cuchareó en la corriente e iba a beber cuando tuvo una visión.

El paisano de hoy, tendido tal le viera, pero con el semblante aureolado, como sucede en las estampas sagradas, era el Cristo.

Entonces alejó de sus labios la vida, vio sólo la divina imagen y volvió lo andado, roncando más fuerte, cayendo entre espinas. El resuello era en sus oídos como algo ajeno. Poco a poco fuese haciendo musical, recordó el órgano el primer día que entrara al templo; sintióse, como entonces, divinamente enajenado, y deliró sin perder el rumbo con claridades, sonidos y beatitudes, siempre musicadas por su gemido.

Llegó hacia el moribundo, arrodillóse y, al entregarle el agua, creyó tomar la hostia. El paisano se incorporó.

—Dios se lo pague, compañero.

Amthrarú oía:

—Tu asiento tendrás en el cielo.

Sus párpados caían; el paisano se alejaba. Amthrarú vio a Cristo elevándose por los espacios.

Unas alas le rozaron la frente: era un chimango; y Amthrarú, de pronto vuelto en sí, vio la muerte, sintió hervir la gusanera en su vientre aterrorizado.

Pero oyó la voz que le musitaba:

—"Sufre y sé de los otros".

Levantó los párpados e hizo limosna de sus ojos.

## SAN ANTONIO

### (CASTIDAD)

En el desierto absoluto, una choza empequeñecida por su soledad.

Como único ser viviente a la vista, un chancho. Alrededor de la estaca, a la cual una soga lo retiene, el suelo, endurecido por traqueteo de pezuñas, forma un círculo que brilla. Dentro del círculo, como agujero en una moneda, hay un charco maloliente.

Intenso calor pesa en la atmósfera; bajo el matiz ceniciento de un cielo tormentoso, nubes de plomo se arrastran con pereza, y una quietud silente abruma el mundo.

El chancho, inquieto, trota en su área hasta que el cansancio le echa en el barro, donde su vientre, lleno de inmundos apetitos, se sobresalta en sacudimientos de risa satisfecha.

Eructa de contento, y su nariz adquiere la movilidad de un ojo.

En el interior de la choza, sobre tarima cubierta de harapos, un hombre duerme un sueño tartamudo.

Por entre el embotamiento de sus sentidos percibe la vida exterior. Sabe que sueña, sin que su voluntad sea capaz de arrancarle al mundo alucinante que le obceca.

Gruesas gotas de sudor corren por su cuerpo, produciendo cosquilleo desagradable. A veces con impaciencia, se rasca, y la piel ostenta largas estrías rojas.

El grosero tejido, sobre el cual su cuerpo sufre, irrita su epidermis; las moscas revolotean en torno, posándose luego sobre su rostro, para recorrerlo en líneas quebradas y ligeras, cuya tenuidad exaspera el cutis; y cuando la mueca refleja las espanta, retornan a su volido, cuya nota untuosa es aún tortura.

En un rincón del cuarto, las dos piedras con que el ermitaño muele su trigo sudan presagiando agua.

En la inconsciencia de su letargo, el monje persigue imágenes lascivas, y un episodio juvenil revive en él idénticamente.

Su sueño escalona recuerdos en orden sucesivo, y el acto que había de fijar su vida en el camino de la santidad perdura en su sexo con toda la intensidad, suavísima, del contacto femenil.

Vivía entonces con sus padres.

Mañanas luminosas llenaban de placidez el jardín oloroso, en cuyas yerbas refrescaba sus pies, siempre secos por la misma fiebre.

Era él un niño sombrío y huraño, alimentando solitarias meditaciones con el hervor absorbente que sentía burbujear en su carne.

Ella le entró en el alma con la caricia fresca de su belleza, apenas tocada por los primeros asomos de la pubertad.

La misma tiranía de naciente deseo los aunó en la pendiente de pasión que había de esclavizarlos. Pronto se aislaron, y el campo fue pequeño para sus exigencias de vida.

Al tercer día, mientras conversaban a la sombra de un tupido paraíso que sobre ellos llovía pausadamente sus flores, un ímpetu irresistible le dio la audacia, e incrustándola sobre su pecho por fueza de brazos ávidos, había encerrado en los suyos dos labios húmedos que resbalaron.

Locura enorme que destruye la vida.

Tuvo miedo de sí mismo; fue aniquilado por la turbulencia de su deseo, y quedó en asombro ante aquella impetuosidad desconocida, los ojos vacíos de mirada, atento a la trepidación sofocante de su pecho.

Después siguieron como antes, sin aludir, pero más estrechamente unidos.

Una noche, el sueño huía del enamorado como fantasma inalcanzable, cuando oyó un crujido en la puerta.

Su nerviosidad le hizo entrever mil incoherencias, pero nunca ésa.

Susana, desnuda, franqueaba el umbral del cuarto.

Todos los latidos de la sangre se amontonaron en sus sienes; un dolor comprimió sus músculos, y los ojos vieron turbia, como inmaterial, la aparición inesperada que cautelosamente se encaminaba hacia él.

Retúvose para no gritar, y temió que la afluencia de vida en ese momento rompiera sus venas.

Apoyado contra el muro, aterrorizado por la exaltación que en él sentía crecer, la vio aproximarse titubeando, los brazos hacia adelante, con el gesto de un anhelo ciego.

Susana tropezó en el lecho, y ambos tuvieron la sensación de un acto cumplido.

Temíala como una brasa, y, sin embargo, la sintió que entraba en las sábanas; el calor de su piel le crispó como un solo nervio. . . ; luego, el contacto de su cuerpo, la calidez perfumada de su boca.

Rodaron uno sobre otro. Los brazos viriles se habían amalgamado con la cintura cimbreante; pero antes que pudiera iniciar la caricia, un espasmo imposible le precipitó en el vacío. Su cráneo palpitó al impulso tumultuoso de borbotones sanguíneos. Fue presa de bruscos sobresaltos, y se retorció disparatadamente, como los cadáveres, sobre la plancha hirviente del horno crematorio.

La realidad de la alucinación ha despertado al asceta; sabe la tortura que le espera, y toda su voluntad se esfuerza para ahuyentar el espíritu de lujuria, que le tritura en sus garras.

Ya el látigo está en sus manos, y, listo para la flagelación, corre hacia afuera arrastrado por voraz necesidad de movimiento.

El primer azote ha insultado sus flancos; los plomos, que concluyen cada trenza como extraño coronamiento de cabellera enferma, han llorado en el aire, y el múltiple latigazo ha puesto puntos rojos en violáceos moretones.

Y entonces es el vértigo.

El brazo duplica sus fuerzas, los plomos caen sobre el dorso cual pesado granizo, que repercute sordamente en el tórax descarnado. Los ojos se han dilatado, endurecidos de dolor. Una borrachera sádica brota en formidable crescendo del cuerpo sanguinolento.

El penitente ríe, solloza, gime, presa de placer equívoco, en que se mezcla indescriptible angustia y desvarío.

La disciplina acelera su velocidad, y las gotas de sangre se desprenden pulverizadas.

Al fin, los miembros, anudados por calambres, se niegan a la acción, y el santo cae boca abajo como un haz de nervios retorcidos.

Sus brazos quisieran estrechar la tierra, blanda para sus dedos que le penetran. La arena cruje entre sus dientes, convulsivos, y un último estrujón le curva sobre el mundo como sobre una hembra.

Y silenciosa, horrorosamente, el milagro se cumple.

Pesadas gotas caen a intervalos, fustigando rabiosamente el suelo; bocanadas de polvo saltan en explosiones crepitantes...; al rato, un abrazo turbio confunde cielo y tierra.

El chancho, panza arriba, recibe gozoso el chaparrón, que tamborilea en su vientre, cuya piel tendida se ha vuelto, al tacto de agua, transparente y tersa como nalga de angelito.

Sus cuatro patas, cortas y tenues, en torno al consistente abdomen parecen adornos ridículos e inútiles.

Su boca, abierta, símil a una grieta en cónica proa de carne, ríe beatamente.

Más lejos, San Antonio, desparramado sobre el suelo, como espantapájaros que volteara el viento, es esclavo también del bienestar corpóreo.

El demonio ha sido desalojado de su pecho, y Dios le ha dado la paz anhelada por los mártires.

# *RAUCHO*

## *Momentos de una juventud contemporánea*

### PROLOGO

En torno a la muerta: cirios, traperío negro y cadáveres de flores.

Descomposiciones lentas, trabajo silenciosamente progresivo, elaboraciones de química fétida en un cuerpo amado.

La vida se siente empequeñecida. Todo acalla y las respiraciones en sordina tienen vergüenza de sí mismas. Nada llega de los alrededores; el mundo ha cesado su pulsación de vida.

Don Leandro, positivamente viudo e incapaz de reaccionar contra el sopor que lo mantiene insensible, no da señales de dolor alguno. Una lágrima cae en su alma, una lágrima larga y punzante como hoja de acero.

Pasó el aturdimiento del golpe como una crisis de locura, con sus gritos, sus desvaríos, su consiguiente decrepitud física.

Los episodios inexplicables de las ceremonias inhumatorias fueron fantasmas en la noche espesa del embotamiento dolorido. La capilla ardiente, el féretro, la inmovilidad increíble de las facciones queridas, el descenso a la bóveda, toda esa gente que un fenómeno extraño enfunda en macabras vestiduras y que hablan con voces perdidas allá en un delirio persistente. ¿Sería posible?

Eso pasó y quedaba para los días venideros una vida hecha de sobras.

Don Leando orilló el suicidio durante dos meses. Sin amigos, él que había vivido trabajando para los suyos, no tuvo quien le hablara de consuelo.

En su escritorio, enredado de humo a fuerza de fumar con tic de maniático, veía la vida simbolizada por su traje de luto, comprado en momentos de desvarío, ridículo en su solemnidad y demasiado grande; algo superfluo, mísero, extraño a él.

Caía en la noche, como en una incoherencia. Aplastado en un sillón jugaba con un pequeño revólver, cuya empuñadura nacarada refrescaba sus manos; era una habitud desde que sacó por primera vez aquella arma, con decisión hecha.

Ahora dialogaba con la muerte, sin hacer real su propósito, y en ese su estado de somnolencia, volvió a tientas hacia la reflexión que había nuevamente de hundirlo en la vida: los chicos. Don Leandro quiso estar para ellos, pagarles la deuda contraída al engendrarlos.

Ellos nada supieron de la desgracia. Poco a poco, creyendo a la madre en viaje, fueron olvidando con preguntas a intervalos cada vez más espaciados.

El viejo decidió habitar definitivamente la estancia. Cuatro leguas con gran parque y hacienda refinada por mestización lenta.

Allí se distraería en el trabajo y los cachorros se desarrollarían con salud.

Llegaron un día de otoño. La tierra parecía más precisa, dura, pulida de color por la cortedad del pasto y las recientes lluvias.

En el callejón, un barrial machucado por pisoteos de yeguarizos, vacas y ovejas.

Los vasos de los caballos ritman chupones ruidosos en el lodo, que esfuerza sus trancos meneados; las ruedas despiden filetes de agua negruzca o levantan bloques de barro pegajoso.

Cuando bajaron de la *volanta,* el silencio impuso a los chicos una admiración muda. Don Leandro los hizo sentar bajo el corredor de baldosas sonoras. Allí se estuvieron quietos.

Nubes macizas, chorreantes en su parte inferior sobre el fondo topacio del cielo. Un múltiple ajetreo de tordos en la gran morera que se deshoja. Oro de acacias y verde compacto del campo en que se nitidiza el vacaje esparcido. La noche flota en la impotencia visual acrecentada. Oro en nubes y reflejos, verde en el llano y aire a sorber en calma, con lentos ensanches del pecho degustador como un paladar.

¡Oh!, la sorpresa contemplativa del silencio. ¡Vivir, vivir en la grande alma serena de la tierra!

Como oscurecía temprano, Don Leandro los hizo entrar, evitando travesearan, a un cuarto reservado para sus potreos. Había una mesa muy vieja, redonda, con una chapa de mármol sostenida por abultado pie, dividido abajo en cuatro patas de grifo. El mármol de diferentes colores, manchado fantásticamente, se prestaba a imaginar monstruos, cabezas

o retratos. La madera de palo santo horadada por la polilla expedía un polvillo de olor húmedo.

La institutriz leyó fábulas. Raucho sentía la noche cercana y universal, la insignificancia del cuarto iluminado. Afuera: balidos lejanos, llamados de lechuzas de poste a poste, gritos rotos de teros, vigilancia de perros cuyos ladridos jalonan distancias en el desierto. Y se apelotonaba sobre sí mismo, contento de la luz como de una defensa eficaz, imaginando un mundo inmaterial de fantasmas, genios, apariciones, flotando entre la noche densa.

Al día siguiente Alberto y Raucho se levantaron al alba para recorrer la estancia.

Ni un soplo de aire; las hojas son quietas en vidriosa rigidez, el pasto es fuerte, y el azul abovedado se cristaliza en inmóvil estereotipia.

La luz detenida no huye al empujón de ningún viento.

Raucho corre para entrar en el día.

Y siempre el silencio. El silencio que vive enormemente, sin la desesperación bullanguera del hombre transitorio.

¡Oh! ¡Vivir, vivir en la grande alma serena de la tierra!

## INFANCIA

La estancia era un amontonamiento de poblaciones diversas y coherentes.

La casa, de paredes anchas, guardiana de sombras frescas en el verano y defensora de vientos silbadores en invierno, era una construcción rectangular cuyos corredores laterales se apoyaban en cuadrados pilastrones, petisos de esfuerzo. En el interior, cuatro piezas y un pasadizo central con mobiliario añejo de maderas pesadas como metales. Sobre los muros externos adivinábanse ladrillos, bajo el blanqueo a cal cuidado como una sábana.

A veinte metros hacia el Sur se alargaba el galpón, flanqueado por una serie de chiqueros para ovejas, y vecinos a éstos el corral, panzuda y negra superposición de bosta, en cuyas orillas algún chato crecimiento de verdolaga escapaba al pisoteo.

Después las dependencias: bañaderos, palenque, un alero de paja útil para las carneadas, *estaqueadero* de cueros...

El galpón, dividido a lo largo, contenía todo lo destinado al trabajo:

Primero era la cochera, oliente a cuero y grasa, con sus rodados descansando la lanza en ristre y sus guarniciones prolijamente colgadas.

Seguía la cocina de los peones, con gran fogón de campana bajo la cual podrían asarse reses enteras, más una mesa acribillada de puntazos y tajos, flanqueada de largos bancos donde cabían treinta hombres. En un rincón, la leña lista a reventar contra las rodillas, y sobre unas brasas dejadas encendidas como por olvido, una *pava* costrosa de hollín, madre

del mate, comadreando a los manotones intermitentes del fuego, con gargarismos de gorda remilgada.

A la cocina sucedíanse una hilera de cuartos, con catres *emponchados* y paredes engalanadas de bozales, lazos y prendas de ensillar.

Aquí una guitarra, significando nostalgias amorosas, allí un facón, descansando de los balanceos sufridos en días de lucimiento.

Luego estaban los pesebres de los padres: toros, padrillos, escapados entre miles para sus misiones copulatias, impacientes por el encierro, sobradas las energías lumbares, los hocicos prontos a erigirse al menor vaho de simpatías, emanadas por ahí lejos y que les trae el viento por las ventanillas que les recortan perspectivas de horizontes luminosos.

En el fondo del galpón, el altillo sobre un espacio reservado al esquileo del *plantel,* y en el altillo, pilas de bolsas, maíz y afrecho para las *mantenciones.*

Sobre la puerta cochera, como un escudo nobiliario, el *fierro,* la marca si mejor se entiende, bandera del pequeño pueblo.

Constituían la base del monte los eucalyptus. Habíalos altos de tronco marfilino y hojas curvas como alfanjes, rizados y cascarudos, tiesos como mástiles vivos, anchos de copa y harapientos, blancos como brazos, pulidos y estriados de vetas multicolores como los mármoles, carbonizados y rugosos, transparentes como vidrios irisados, solitarios y vastos como ombúes.

Protegidos por los eucalyptus, mil variedades de árboles se agrupaban compactos o se enfilaban como un principio de desbande. Otras veces era la simetría de un ejército en marcha, exactas las filas, arreadas en un mismo sentido por el viento; y el conjunto iba por la loma abajo, hacia el río orillado de sauces, poetastros melenudos que lloraban inactivos la asonancia de sus follajes desparejos.

Allí también estaban los ceibos, que en primavera tienen bocas de carmín y cuyos troncos viejos, adicionados, fofos, fueran peligrosos para el Quijote que quisiera besar aquellos labios.

Aprovechando los claros solitarios, triangulares cedros cuyos miembros verde-oscuro doblan bajo el propio peso de su sangre y que conservan, malgrado los años, el poder simbólico que revistieron en noches feéricas de Navidad.

Al sur de las casas, un cuadro de *paraísos,* criollos viejos, fundadores de la estancia, compañeros de higueras dentro de un cerco de cinacina.

Y después álamos, espinillos troncudos cuya copa es neblina, talas crecidos con mala voluntad en torceduras forzadas, acacias, ligustros, aguaribays que extrañan climas tórridos, tipas y toda una mezcla de plantas importadas o naturales.

El suelo multicolor se ablandaba de hojarasca, y en las *abras,* el pelambre *chuceador* del pasto fuerte pululaba de cuises.

Las noches claras, cuando la luna tras los largos álamos caía como enredada en las ramas, la llama nula de los cipreses simulaba peregrinaciones de ensotanados en negros éxtasis.

El personal formaba una especie de familia, con sus costumbres y hasta sus dichos lugareños.

Había gente que pertenecía al campo, con tenacidad de abrojo; entre éstos los puesteros, vascos con majadas al tercio, y también peones de hacienda, que con el tiempo habían hecho su posición de capataces de tal o cual potrero, satisfechos en sus ranchos, con familia constituida, hijos nacidos en el campo y tropilla juntada en derredor a la femenina hermandad de la madrina.

El personal volante abarcaba domadores, agregados en tiempo de hierra, o esquiladores, que traían, según las estaciones, un aumento de actividad y las escenas típicas de cada trabajo; podían sumarse a éstos, alambradores, albañiles, carpinteros y mecánicos.

Víctor Taboada, el capataz de haciendas en total, era un rudo ejemplar de gaucho. Bajo de talla, tez de quebracho, pecho erguido hacia el esfuerzo de continuas proezas corporales, piernas ligeramente zambas de atenazarse contra los *bastos,* manos recogidas en la costumbre de vencer tirones, palmas *retobadas* de callosidades insensibles; una vista de cóndor para divisar, una rapidez sólo comparable a la del gallo reñido, para esquivar un manotón de potro, *cuerpear* una patada o atajar las malicias del *visteo,* y de un espíritu instantáneo para imaginar tretas o artimañas.

Tenía cuarenta años de servicio en el establecimiento. Había sido compañero de Don Leandro en sus travesuras infantiles y éste solía recordar las apuestas que hacían, él con su escopeta, Víctor con su arreador, a cuál traía más *batitús* a la cocina. Cada uno tenía sus días. De hombre ensayó todo oficio de campo; sus fuerzas e instintos le hicieron capaz de sobreponer las dificultades más rebeldes. El lazo era un lujo de su brazo y no tenía para él más secretos que una cinta de pelo para una china; los baguales se desfogaban bajo la mordedura de sus *chuecas;* sus boleadoras eran como latigazo en las patas de los avestruces; costaladas y rodadas lo encontraban clavado, como un buen tiro de taba, y hasta decía mucha gente que era hombre de ciencia y sabía curar con palabras.

Don Víctor era, pues, a pesar de sus quehaceres matadores, un hombre sin quebraduras ni fatigas; ileso como si hubiera vivido en un sillón y, a pesar de su edad, insuperado en momentos de peligro.

Individuo sin lujos ni platerías, necesitando siempre un *soguerío* fuerte y durable, bastábase a sí mismo teniendo cuero a mano.

Era prudente y callado; solía reír sin ruido y, sabedor de las inseguridades en la vida, no avanzaba un juicio sin anteponer la duda. Cuando el cielo nublado dificultaba predicciones, Don Leandro apelaba a Taboada:

—¿Y?... ¿Lloverá?

El capataz levantaba su vista, que se hubiera dicho apta a divisar un habitante de Marte, y apretando los labios en prueba de perplejidad, respondía:

—¡Hum!, el tiempo está pensativo.

Ramón Cisneros, domador estable, oponía a Víctor aspectos y modalidades diferentes, lo cual no impedía un cariñoso respeto por su capataz. Menudo, flaco, cortés como un hidalgo, reía incansable sus bromas sin nunca ofender. Siempre prolijo en sus sogas, su ropa, sus caballos, era como el chiche de la estancia.

Tenía, para los domingos, un chapeado chispeador de puro pulido, y era para los demás un orgullo verlo partir en su oscuro, vestido de negro: chiripá de merino, blusa corta trepada por el cabo reluciente del cuchillo sobre el tirador bordado de mostacilla, bota fulgente, pañuelo floreado cayéndole en punta entre las paletas, chambergo repasado cuidadosamente por el antebrazo, con su barbijo ancho del cual goteaba una espesa borla.

Y no le iba en zaga el apero: los pasadores ensartaban luz en trechos seguidos, por bozales, riendas y cabrestos, las *copas* del freno eran más blancas que patacones, la *pontezuela* relampagueaba en los escarceos; un cojinillo de felpa bordado con flores e iniciales decía la sumisión de alguna chinita *querendona*; la cincha de cuero, blanca como una alegría, se engalanaba de prolijos dibujos a tiento negro; y las espuelas, pendientes del talón, con sus *alzaprimas* y rodajas de plata, tenían más donaire que los *puones* de un gallo.

El pingo era una envidia: tusado en redondo, con un penacho amacador como junco, bien *desranillado,* cola al garrón.

—Es una pintura —comentaban.

Y Ramón, paternal, no tenía reparos en decir su orgullo:

—No crea... se hase ver el escuro... y es asiadito p'andar.

Este flete de preferencia era *lunar y crédito* en su tropilla de moros, con madrina azuleja; animales todos parejos para el trabajo y tan dóciles en la boca, que los decían capaces de hacerse trompo sobre un pañuelo de señora.

Ese era en verdad el fuerte de Cisneros como domador; otros habría más jinetes, pero nadie en el pago le superaba en el arte de convertir un bagual en un pingo obediente casi a la palabra.

Don José Hernández, cargado de ochenta años nudosos y cuyo cutis, harto de soles viejos, semejaba un antifaz sobre la barba blanca, hablaba de cuando los campos eran abiertos. Era un documento de épocas fantásticas; épocas de libertades y de abusos, en la cual el hombre se había

defendido como zorro de los perros, a fuerza de astucias y matreros y donde los que caían bajo el puño de algún caudillo rufianesco sufrían epopeyas a lo Martín Fierro.

—Ese sí fue hombre jinete —contaba el mismo Taboada—, yo lo he visto largarse de la *maroma* sobre de cualquier bagual y hasta cambiarse en el entrevero.

El peonaje respetaba sus canas. Don Leandro lo dejaba ocuparse de lo que él quisiera; acarreo de pasto y leña, limpieza de patios y chiqueros, tareas menores impuestas por él mismo.

Amigo de los muchachos, solía enseñarles tiros de lazo, modos de *volcar,* y por un cigarrillo armado hacia mudanzas de *malambo* más paisanas que un *sobrepaso.* Usaba camiseta a la antigua, con faldones de fuera, a cuadros blancos y negros, vincha sujetando el pelo rebelde y tupido aunque níveo, *tirador* con culero; ignoraba las medias, se hacía el sordo a los pedidos o comandos molestos y a las dos de la mañana lo encontraban, indefectiblemente, mateando al resplandor de las brasas.

Pablo Hernández (el manco), hijo del viejo, oficiaba de cocinero, entre dichos, *puyas* y risotadas. Su brazo izquierdo, inutilizado por una quebradura infantil, simulaba un espolón de tero. Era una colmena de chistes y hablaba con tanto requiebro, que no siempre se le entendía. A veces interrumpía trabajo y charla para cantar, tapándose una ventanilla de la nariz, un versito aprendido en *corrales:*

*Qué barraca al Sur, qué barraca al Norte,*
*Lo qui'a mí me gusta es bailar con corte.*

Don Nicasio Cano, contemporáneo de Taboada, era personaje de pocos tratos dentro de su barba cuadrada. Cumplido como ninguno, tenía cierto orgullo severo que le hacía parecer mayor.

—Este es un robo de algún patricio copetudo —alegaba Don Leandro.

Nunca pidió cosa alguna; habíase conseguido con su sueldo de *mensual* comodidades especiales: tenía su banco, su plato, su jarro y sus manías toleradas por todos, como cosa natural en un hombre solapado sin brusquedades, y la gente lo trataba de Don, a pesar de no tener edad ni título para ello.

Poseía una tropilla criolla, de una estampa perdida en el avance victorioso del mestizo. Dijérase que en todo buscara lo más típico de su patria, para engalanarse de un blasón de raza.

Sabía todo principio de buen gaucho. Era un clásico en su estilo, y reía de los patanes modernos sin conocimiento ni conducta.

Taboada lo consultaba en casos dudosos y él decía sin falsos orgullos, ni modestias, su saber. Era así.

Sus caballos petisos, de clin ancha, incansables en el rodeo, no costalaban ni en jabón y mostraban su pericia cuando, con algún chorreado

a la cincha, se revolvían en las ocho *brazadas* del lazo, esquivos, al aspa y al mal tirón.

A los tipos más populares de la estancia se agregaba un galponero español, José Rodríguez, enjuto de rostro, mascando una pipa inseparable, que parecía una excrecencia de su persona. Fantasmón de palabras breves y justas.

Marcos Vera usaba melena caída en rulo sobre el ojo, adorno que le prestaba un ladeo forzudo de toro gacho.

Julio Ramos había sido de los buenos, pero luego se volvió matón, tal vez porque sus hombros, al andar, tenían lentitud felina.

Veinte hombres más podrían describirse, sin contar los de paso.

Golpeados por el sol y los vientos, los chicos crecerían como plantas, desarrollando cualidades y mañas.

Cuatro varones y una mujer; el segundo, Raucho, poderosamente constituido, turbulento, debiendo el apodo a su manera atravesada de llamar los caranchos, animal de su predilección.

El pobre padre, aterrorizado por futuras desgracias, los rodeó de institutrices y niñeras, para compensarlos de una ausencia irreparable. Quería que todo para ellos fuera bondadoso, sabedor de que un día serían grandes, aptos a la voracidad del dolor. Había llegado a encarar la vida como un enemigo; luchando logró flotar en una nebulosa sentimental, que lo aislaba del recuerdo; un abandono, pues, significaría la orfandad de sus hijos, en cuyo afecto religioso se había creado una nueva razón de existir.

La institutriz alemana, pelirroja, blanca, familiar y suculenta como un embutido, les leía populares fábulas y cuentos de hadas.

Raucho era atento a los episodios fantásticos y le sugestionaban relatos de aparecidos, por el pavor contra el cual se erguía, ansioso de vencerlo en circunstancia real. Se hizo un mundo pueril de encarnaciones espirituales, dominadas por su personita invencible.

Como el padre, bromeando, le inventara alguna agresión, respondía:

—Entonces yo lo mato.

—¿Y si te pegan de atrás?

—Les meto un tiro.

—¿Cómo?... ¿si estás muerto?

—Es que yo no estoy muerto.

Y en efecto, esto le parecía una brujería imposible.

El monte servía a Raucho como campo de acción para mil fechorías y travesuras. Allí trepaba en busca de coloreados huevos de chimango,

urraca, benteveos y picaflores; allí buscaba, entre los huecos de los troncos, comadrejas picazas para sacarlas de la cola, arrojándolas en las fauces de los perros, que abajo esperaban; allí corría, con sus hermanos, parodiando cacerías y peleas, hasta que las primeras oscuridades les hacían huir las sombras de los grandes álamos y la soledad de los caminos.

A veces dejaba sus juegos, abstraído por una nube disparadora, el relincho de un caballo o el griterío de alguien que repuntaba la majada.

Le preocupaban los árboles, que miraba como hombres queriendo adivinar sus significaciones.

A pesar de su vitalidad tenía momentos tranquilos; para entonces servíale la bondadosa cúpula del viejo ombú.

Sentado entre gruesas ramas, en un amplio sillón que le aislaba, cubríale de verde el follaje que decantaba su bienhechora frescura.

Confundía la realidad con sus quimeras, y muchas veces, un libro abierto sobre las rodillas, absorbido en fantásticas ilustraciones, se soñó el héroe de tal o cual historia y cayó en largos ensueños, que hacían de su alma una vibración etérea, lejana, muy lejana.

Así creíase capaz de las más intrincadas hazañas. No era un héroe, sino el héroe, resumiendo sus facultades todas. Y su alma era noble y su brazo era fuerte.

Con tales atributos corría el mundo de su imaginación, dejando como un cometa su rastro luminoso, hecho de nobleza, coraje y generosidad.

Pero volviendo de ese estado de extravío, los ojos, con percepción exagerada, hurgaban un detalle de la página abierta. Entonces quedaba sin pensamiento, mirando con distraída insistencia la curva de una S, una rasgadura del papel o la sombra mal dada de una facción, que la hacía aparecer deforme.

Era como si despertara.

Empezaba a oscurecer. Un chisporroteo de pájaros aleteaba, gorjeando entre las hojas. Evaporábanse los colores en tenues brumas, volatilizando la tierra en vahos desparejos. A lo lejos un ladrido se aislaba y silenciaba la vida, como oprimida por el derrumbe negro del anochecer.

Un largo escalofrío estremecía a Raucho. Todo su valor se esfumaba en vago miedo sin causa, y tomando el libro que apretaba contra el pecho como si debiera guarecerlo de algún peligro, corría hacia las casas. Deteníase por trechos para mirar a su espalda. Sentía su respiración acelerada, los latidos fuertes de su corazón y volvíanse las piernas débiles, temblonas.

La primera luz, el primer rincón de la casa adivinado al través de los árboles, desvanecía su terror; podía salvar pronto la distancia y huir, ¿huir de qué?

Sin embargo, amenguaba su prisa, temiendo ser sorprendido por alguien del peonaje, cuyas bromas perspicaces y sin disimulo temía más que las propias alucinaciones.

Cerraba la puerta con el último escalofrío del que escapa, y corría, ya olvidado, a sentarse en las faldas de su padre, que le recibía entre sus brazos, como el llegar inesperado de una alegría.

—¿No tienes los pies húmedos?

—No, tatita.

—¡Bueno, a arreglarse y a comer!

Durante ese primer otoño las lluvias fueron frecuentes.

El cielo solía amanecer insulso, desconcertador, e inopinadamente poníase a llover.

Las gotas se espaciaban en escasos golpes sobre el cinc del galpón.

Bajo el borde de las chapas laterales, filetes de agua deshilachábanse al viento. Los ponchos eran pesados y fuertes de color; todo lucía una brillantez de esmalte. Algo como un misterio de eclosión ensopaba el aire.

Así continuaba por muchos días. En el fogón la guitarra pegajosa no distraía la única sensación del campo, oficiando su cópula de eternos renuevos.

Frente al corredor, Don Leandro mandaba encender vistosas fogatas con hojas caídas y cascarones de eucalyptus para espantar los mosquitos, y los muchachos enmudecían en derredor, mirando ruborizarse las brasas.

El suelo quedaba oscuro y compacto después de los grandes aguaceros. Callejones, sendas, *playas* y avenidas lucían barriales lisos.

Había filigranas de puntos, acompasados por la araña peluda, que revienta bajo las suelas levantando las patas traseras, en amenaza de saltos que nunca llegan. Los pastos invernales crecían entre las baldosas viejas, sobre las paredes grietadas, en los caminos, como pelos en cráneos calvos.

Poco a poco la noche exprimía el perfume de las flores, y la mansedumbre de una brisa arreaba sus olores al ras del suelo, como si con ellos quisiera narcotizar la tierra; resaltaba el fuego en la obscuridad creciente y era hora de retirarse, buscando abrigo, mientras la noche se apoderaba del mundo, como una gran idea macabra.

La majada significaba la hora íntima, en que el interior cobra semblanzas protectoras y las ovejas caían con blandura de copos sobre la negrura bonachona del corral.

Desde temprano ya, solían arrimarse hacia el encierro, esparciéndose por la *playa.* Entonces peleaban los carneros, chocando sus cabezas como yunques enfurecidos.

Eran arrugados merinos que retrocedían en amenazas, ladeando sus cabezas equilibradas de diablunos cuernos, enroscados sobre la oreja en espiral maciza. Embravecidos, satiriáticos, disparaban uno contra otro,

se arqueaban en el último empuje de martillazo demoledor, y el tope chasqueaba claro como un rebencazo.

Vino el invierno, y la tierra se inmovilizó en su crisálida de bruma. En las mañanas de lento despertar, los muchachos jugaban entre la escarcha, corriéndose con vidriosas placas en las manos.

Los días eran breves, el cielo parecía más cercano, los árboles perdían sus hojas, helándose de frío en sus desnudeces de ocre; eucalyptus, pinos y cedros, por excepción, conservaban su follaje, y el pasto desaparecía en parte sobre las lomas, bajo la dilatación de punzantes hojas de cardo.

Aves migraban lejanas; bandadas millonarias de torcazas sesgaban frío, con aletazos ceñidos al cuerpo, y de noche poblaban de plumas las ramas yermas.

El viejo solía cazar y traía a la mesa perdices, becasinas o patos, que degustaba con fruición, repartiendo a los pequeños una alita o una pata, para satisfacer sus curiosidades gastronómicas.

Pasó el invierno, y la primavera pujó a borbotones sus soles, sus brotes, sus vientos, generosa de pubertades inquietantes, propulsora de savias, sangres y vertientes y luces, con despilfarros pletóricos de creaciones vitales.

Vino el verano con sus soles de granito, con sus quemaduras, con sus secas, con sus plenitudes culminantes.

Y así había de ser muchos ciclos evolutivos, sobre la vida pasiva de la estancia, dependiente de los soles, de las lluvias, de las heladas y de las secas.

Raucho, para mejor aprender la vida fuerte, se avió de las pilchas necesarias.

Sus primeras prendas fueron compradas, con aprobación de Don Leandro, a unos cordobeses que anualmente pasaban por la estancia, con acopio de tejidos, *matras,* coronillas, cojinillos, sobrepuestos, algún *soguerío,* lazos y hasta ponchos.

Era un acontecimiento la llegada de estos personajes entre los paisanos.

Desfilaban uno a uno, hurgando las mercaderías como perros las osamentas; muchos preguntaban precios desconfiando engaños, otros

compraban y los más se revolvían en torno al *pilchería,* cruzando alguna lindeza en el decir con el mercader, amable sin obsequiosidades serviles.

Esos hombres venían de muy lejos, tenían el prestigio de los vagabundos y conocían gente amiga, de quienes daban noticias.

—¿Ubaldino Bargas?... sí, señor... me dijo que si venía po'acá les diera recuerdos a toditos...

—Pero, ¿dónde anda?... él siempre fue afeto a conoser pagos... ves pasada anduvo como tres años p'ol Azul...

—¡Ahá!... sí, señor... aura está en Junín en la estancia de un tal Robles... unas poblaciones grandes, señor... yo no había parao antes sino en el campo de Don Avelino Argañarás, en un puesto de unos amigos... sí, pues.

—Stá güeno... ¿Y Ubaldino se hayará?... ¿no extraña la querensia?

—Está encargao de unas hasiendas, señor, y me dijo nomás que les diera recuerdos.

Otros preguntaban ingenuamente: ¿no conocería a fulano, un mozo alto él, muy "echao p'atrás"? Y a veces el mercachifle errabundo daba noticias del que se creía perdido.

—No puede ser el mesmo —refutaba alguien después de las descripciones— si es moso entuavía.

—No sé desirle, señor... él sabe andar en unos lobunos marcaos del lao del laso... ves pasada estuve con él... me compró unas caronitas como ésa, señor. —Y señalaba de un golpe con la lonja de su rebenque.

Los paisanos miraban distraídos las prendas desparramadas de la bolsa, como tripas de un animal abierto; pensaban en las vidas de sus compañeros, algunos perdidos, quizá muertos o llevando una vida ignota en horizontes desconocidos.

¿No sería hermoso irse, internados en viajes solitarios?

Un deseo de conocer tierra los abstraía, mientras manoseaban por décima vez los tejidos indios, venidos también de lejanías, violentos de color en combinaciones de grecas, ziszás, espirales y divinidades o simplemente de símbolos religiosos, estilizados por la fantasía de una raza salvaje, antes temida por sus malones.

—¿Cuánto pide como último precio?

Y volvían su pensamiento al lugar, enriqueciendo sus aperos con alguna joya más.

Raucho fue ese año su mejor cliente, y como Don Leandro había mandado hacer carona, bastos, cincha, encimera y demás componentes, se encontró poseedor de un aperito completo, como todo buen gaucho.

Fue entonces cuando, puesto en contacto con la vida campera, desarrolló su pasión por las hazañas del peonaje, que hasta entonces no había visto sino de lejos, dado los excesivos cuidados del padre.

Don Leandro, a caballo el día entero, ordenaba al peonaje solícito. Los hijos le acompañaban, montados en petisos mandados amansar según tamaños.

Cada uno engalanaba su recadito con alguna prenda, regalo de cumpleaños, y usaban chambergo, que quebraban imitando a los gauchos de predilección.

La existencia, al parecer monótona, era varia, por los días nunca repetidos, llena de incidentes íntimos, como la llanura misma, al primer golpe de vista chata, pero diferenciada por *guaycos,* albardones, viscacheras, tacuruzales y mil sorpresas inesperadas.

Se levantaban al alba, queriendo ser madrugadores, como buenos criollos; madrugador era sinónimo de listo, pronto, avizor; dormilón lo era de pesado e inservible.

Al salir el sol corrían hacia la cocina de los peones, donde los encontraban tomando mate. Raucho chupaba a escondidas de la *bombilla,* temiendo lo sorprendiera el viejo y prefiriendo el cimarrón, pues disimulaba las morisquetas.

Ensillados los petisos, salían con el padre o con Nicasio, hombre alegre a pesar de su pecho enorme, enchapado por barba en abanico pobladísima, y que gustaba reír, bromeando con los chicos, que admiraban su fortaleza y sus chistes sagaces, no siempre comprendidos.

Contaba cuentos del tiempo "antigua" y despreciaba a todos los mocitos criados entre algodones, como los del presente.

—*Cajetillas* —decía con desprecio.

Raucho, desconfiando ser incluido en aquel calificativo vejatorio, quería saber qué era un *cajetilla;* el paisano explicaba:

—Es un burro paquetito.

Cuando volvían del paseo tomaban un chocolate nutrido de galleta, los músculos endurecidos por el ejercicio, el alma fortificada en algún espectáculo enérgico. Hasta las doce, hora del almuerzo, seguían el andar. En las tardes de verano prohibíanles alejarse antes de las cuatro; la siesta era respetada como un rito, y si bien no dormían, estábanse en el corredor esperando la inclinación del sol.

Después del té iban al río con Don Leandro, que les enseñaba a nadar. Era éste uno de los placeres preferidos, y siempre corto al deseo incansable de chapalear fresco.

Comían medio dormidos y caían al lecho pesados y blandos, como *matras* sudadas.

El mejor trenzador del pago, Don Crisanto Núñez, había, por encargo de Don Leandro, torcido unos lacitos para los niños. Eran una obra rara, de paciencia prolija, y Ramón Cisneros los cuidaba con respeto.

El viejo José Hernández les enseñó a manejarlos: primero fue hacer la armada, con la argolla a distancia justa, para equilibrar su peso; después agregar los rollos y revolear sin enredos.

Ejercitaron el pulso en los palos de sobar lonjas, plantados cerca del alero de la cocina y que, por su aislamiento, podían servir a tal empleo. Lo difícil fue *volcar.* Era necesario para el pial, y se empeñaron hasta conseguir que la armada se abriera verticalmente.

Fue una pasión. Confiados en sus conocimientos, buscaron ocasiones de practicar, y las ovejas sufrieron esa nueva molestia.

A escondidas, por la mañana, Raucho arrastraba a su mayor hacia el corral. Las pobres bestias se hicieron matreras, y ni bien sentían aproximarse a sus verdugos, un viento de terror las amontonaba como espuma contra las orillas de los alambrados.

Raucho despreciaba con una especie de odio la imbecilidad de sus víctimas. No había modo de aislarlas sin que se precipitara un chorro continuo, imposibilitando el tiro; cuando se lograba cortar alguna, ésta se *sentaba* o saltaba, evitando la trampa, *arisqueando* ridículamente. Raucho, despechado hasta el furor, solía enlazarlas para castigar a puño tanta idiotez.

Pronto Don Leandro conoció esta travesura, que hacía de su majada un conjunto de gamas.

Quedaron secuestrados los lazos, pero no fue esto un castigo, los penitenciados habiendo descubierto un nuevo pasatiempo.

Una horquilla clavada en tierra les servía para hacer puntería con un par de bolas *avestruceras,* robadas entre unos cojinillos de los peones.

La cosa concluyó mal.

Don Nicasio, desde la cocina, oyó alaridos de rabia y descubrió a los niños hechos ovillo en el suelo, a puñetazos y cachetadas.

Corrió a separarlos:

—¡Sosiéguense, pues!... ¡A ver, Rauchito, mire que viene el patrón!

Así era: el padre los miraba severo:

—¿Qué es lo que pasa?

En conclusión (malgrado la divergencia de los alegatos), Raucho había pedido a su hermano Alberto que corriese para bolearlo, y como éste permaneciera inmóvil, recibió en las costillas el choque del retobo.

Por esta causa perdieron hasta más adelante el derecho de esgrimir instrumentos en sus manos peligrosos.

## COLEGIO

A los diez años, Raucho y Alberto entraban en el colegio.

Tenían ya una educación cuidada, hablaban francés y contestaban generalidades de historia, geografía y gramática.

Don Leandro les aconsejó tras breve adiós:

—Nunca se dejen poner la mano en la cara y estudien. Con instrucción y dignidad todo se logra.

Así cayó en la vida Raucho. El aprendizaje fue rápido. En la primera hora, dedicada más a los alumnos que al profesor, buscó cuál de sus compañeros podía ser su amigo, y con ingenuidad instintiva de hombre libre aún de preceptos morales, se inclinó al más fuerte y resuelto de la clase.

Estaba en sus observaciones de reojo cuando sintió un leve golpe en la cabeza. Un garbanzo rodó por el suelo. Empalideció. Dábase cuenta de que era el momento de dominar o ser dominado. Además, la primera ira ante una crueldad inútil le hizo buscar en su cerebro tupido de embestidas alguna venganza fabulosa.

Un segundo garbanzo le obligó a encoger el pescuezo, y su gesto de esquivar dobló la alegría de los *titeadores.* Miró hacia su espalda y vio cómo le despreciaban, con sonrisas de burla. Hizo con la mano una seña de amenaza y espió al agresor con resolución hecha.

El tercer garbanzo rebotó en su cabeza; no vio quién era, pero eligiendo al más alegre, le boleó la regla con puntería de *cascoteador.*

Dio en el blanco; la clase se alborotó como un tacurú pateado; el profesor tocó un timbre, entregando en manos de un celador a Raucho, que salió dispuesto a defender ante el director sus derechos.

Así fue como en el primer recreo entró el pequeño Galván a ser reconocido. Rodeáronle curiosos del incidente, dispuestos a explotar la combatividad del nuevo. Algunos grandes acudieron. Uno de ellos se dirigió al que antes había llamado la atención de Raucho en la clase.

—Me parece —dijo— que a éste no lo vas a mandar así no más, Chueco.

—¿Y para qué lo quiere mandar?

Otro tomó al designado por Chueco de los hombros y apostándolo frente a Raucho, le invitó a que le "mojara la oreja".

El pequeño Galván, asustado por aquel barullo desconocido, retrocedía para evitar la afrenta.

Por fin, el Chueco lo provocó, satisfaciendo el deseo de los grandes.

Preparados al combate, se prometieron mutuamente hacerse desaparecer del mundo. El Chueco, más hábil, pegaba más golpes. Raucho, sólidamente afirmado en sus piernas, abiertas, daba menos, pero con más provecho.

Un celador los llevó a la rectoría con reproches que no oían. El Chueco se erguía como un gallo listo a cacarear y, la voz temblona por el esfuerzo reciente, dijo:

—Salimoh'iguales.

Ambos rieron en un apretón de manos. Raucho había pagado su derecho de entrada.

El colegio era un edificio bajo, por cuya puerta desfilaban los alumnos desde las ocho de la mañana.

En el interior, tres patios consecutivos, idénticamente encerrados por aulas oscuras.

Más adentro, una especie de jardín, longitudinalmente acostado, y cuya espina dorsal era una parra, descortezada por los juegos.

Cada hora, diez minutos de recreo violento. Chicos y grandes se llevaban por delante y las peleas eran pan cotidiano, demasiado breve por intervención del celador. Algo como un remolino que espiraleaba fugazmente, para descentralizarse en desbande ruidoso de comentarios.

Los menores tenían siete años, los mayores veinte, hasta veintitrés, y hacían grupo desdeñoso, aparte del jugar infantil. Conversaban de mujeres; eran provincianos ceñudos en su mayor parte y se respetaba su tranquilidad como la de un barril de pólvora.

Sobre la pared del fondo blanqueaba una cancha de pelota (pasatiempo favorito de los muchachos). Se jugaban partidos, *quinielas;* había a veces desafíos entre los buenos, y cuando el espíritu estaba de broma se hacía *churria* cuanta pelota caía en la cancha.

Todo alumno tenía derecho al juego; la conclusión de cada clase era marcada por dos toques de campanillas: el primero, para guardar en el pupitre los libros; el segundo para salir. Pero los muchachos se adelantaban, y era tal el apuro, que al primer toque tomaban una inclinación hacia afuera, imantados por el ansia de llegar primeros.

Había descarados que escapaban desoyendo las protestas del profesor. Otros se escondían en los excusados hasta la segunda campanada.

Cuando algún *otario* llegaba primero, se le sacaba a puntapiés; unos cuantos exigían imperiosamente la cesión, y el *otario* gritaba el nombre del más temido.

Así la cancha estaba en manos de los *caudillejos,* y los mejores jugadores eran elegidos por éstos. Para entrar en el clan no había más que tres medios: amistad, imposición por fuerza o audacia.

Existía un caudillo en cada clase y en el colegio uno común, a quien los menores trataban de imitar. Este era el mejor peleador.

A estas celebridades del puño seguían en aprecio los bochincheros, audaces y graciosos, por quienes el guapo sacaba la cara y a quien entretenían éstos.

Del bando opuesto eran los *ganchudos*, preferidos por los profesores, por ser metódicos y estudiosos; los maricones chismosos y cuenteros, a quienes por sorna se les feminizaba el nombre, gratificándoles de chistes vejatorios. Cuanto se hiciera a expensas de estos personajes era festejado. Siguiendo una costumbre rutinaria, se les inventaba una maliciosa intimidad con algún profesor. Muchos de estos individuos tenían defensores como verdaderas mujeres, y el pegarles era considerado una cobardía.

El caudillo en jefe era Fabián Cáceres: espaldudo, de muñecas huesosas y hornallas dilatadas. Tenía por costumbre ponerse en la boca un lápiz, atravesado a guisa de freno; palmeábase las nalgas, caracoleando como caballo impaciente y haciendo ademán de ceder rienda, disparaba por el patio, *pechando* como en rodeo, dando en tierra con los que no se esquivaban a tiempo, riendo a jeta floja.

Dábanle fama de muy jinete, y contaba que durante las vacaciones en su estancia de Entre Ríos, cuando *cerdeaban* yeguas, subíalas en pelo, armado de espuelas y buen *talero*, para vencerlas de un garrotazo entre las orejas cuando se cansaba. ¿Sería exageración? Lo cierto es que su afición por el caballo era su única razón de ser.

El padre, poco contento con sus travesuras, concluyó por ponerlo pupilo.

Una tarde Cáceres se levantó a las dos, pretextando enfermedad; los alumnos estaban en clase, cuando del cuarto de baño salió un tropel de relinchos y golpes.

El director corrió a enterarse de aquello, pero no hubo abierto la puerta cuando Cáceres, desprovisto de toda ropa, dio a saltar por los patios, dándose palmadas en el anca izquierda, donde se había pintado con yodo la marca de su estancia. El director le daba caza, pretendiendo sujetarle con amenazas; pero él no oía, poseído por su papel.

Los demás alumnos, apiñados en las puertas, festejaban ruidosamente el espectáculo, y hasta los profesores, a pesar de sus importantes seriedades, acompañaban a escondidas el reír de sus discípulos.

Por fin, Cáceres, aumentando brincos y piruetas, apretando entre los labios crepitaciones chasqueantes, desapareció por la puerta de la cual había salido, y echó pasadores. Por mucho tiempo resonó su risa exagerada.

Los principales del colegio deliberaban. Imposible restablecer el orden en las clases.

El recreo fue una pueblada, y los profesores, casi olvidados de Cáceres, retenían a empujones y penitencias a los muchachos. El hombre-potro, que espiaba por la cerradura, abrió repentinamente, cruzó el patio, esta vez vestido y, simulando *tendidas*, echó a correr nuevamente. Un

profesor que pretendió atajarlo quedó mostrando las suelas, y Cáceres desapareció por la puerta de salida.

Nunca más Raucho vio a su condiscípulo.

Para los rebeldes, la época de examen era la más divertida.

En la calle, donde los colegiales se estacionaban en grupos distantes, comenzaba la algazara.

Las veredas se untaban en parte con cera. Algún audaz preparaba el golpe, empujando bajo cualquier pretexto al candidato desprevenido, que resbalando en la cera daba el espectáculo previsto. Una salva de risas era el comentario. Cuando el agredido se enojaba, el travieso estaba lejos, y a las protestas iracundas los colegiales hacían coro de ladridos y cacareos, escarneciendo a su víctima, que, impotente, se resolvía a seguir camino.

Para esta prueba elegíanse sin asco personas cargadas. Si un turco tenía el mal intento de cruzar por allí, hacía triste negocio de baratijas.

Las vías del tranvía cubríanse de cebas, que reían agudamente, en toda la cuadra. Los mayorales detenían sus caballos y todo proyectil, incluso libros, era bueno para los colegiales con tal de espantar a los petisos, que no sabían cómo obedecer a golpes y tirones simultáneos.

Entrando, cambiaba el ambiente, y a pesar de las irreverencias juveniles, imponía silencio la pesadez del antiguo convento.

Pasábase primero el pórtico externo, siempre abierto; luego, sobre mano derecha, el portón de hierro forjado, que libraba paso a los alumnos, en comenzando a funcionar las primeras mesas; más adelante, la puerta cancel accedía a un largo corredor monacal, bajo de techo y con paredes anchas de dos metros, desvanecedoras de la algarabía callejera.

Las puertas internas, incrustadas en el muro, profundas tal covachas, daban a las aulas oscuras y silentes como prisiones.

Los examinadores, aburridos por la tarea inconcluible y embrutecedora, con inquisitorial inconsciencia daban su veredicto tras breves preguntas. Algunos tenían aspecto siniestro, otros trataban de alegrar la obligación importuna con amenidades incomprendidas por la víctima, en su banquillo exhibitorio; pero todos estaban hartos de solemnidades, a pesar de prejuzgadas opiniones de utilidad.

Los curiosos comentaban desde la puerta:

—¡Ojalá pasemos hoy, la mesa está como nunca!

O se retiraban averiguando si no vendría tal o cual suplente, con cuya benevolencia contaban.

Raucho concluía sus exámenes, como un moño de corbata, impacientado por el deseo de salir. Haragán durante el año, su padre le tomaba en octubre profesores particulares, y sucedía así que llegaba a la prueba final mejor preparado que muchos de sus condiscípulos.

Don Leandro comenzaba una serie de viajes a la estancia para acomodar el veraneo. La casa se desmantelaba y parecía haber en todo un deseo de fuga, una espera que se llenaba de impaciencia migratoria.

Llegado el día de partida, la conclusión de la tarea traía un alivio maravillador. La última valija acomodada en el compartimiento cerraba el paréntesis de una vida artificiosa.

Una emoción fuerte hacía callar la turbulencia de Raucho; apoderábase de la ventanilla, abandonando el cuerpo a los sacudones acolchados del vagón, y tenía, al primer asomo de campo, la ilusión de salir de preso.

Su alma se hacía infinita, libre de limitaciones ciudadanas que a cada persona daban derecho sólo a su parte, reduciendo el oído a los ruidos de su cuadra, la vista al encauzamiento de su calle. Aquí la posesión se extendía, y el gozar de los sonidos como de los paisajes era amplio hasta la capacidad de percepción.

El primer grito de *arreo,* oído de lejos a través de la limpieza estática de la atmósfera, le imponía cariño intenso.

Era un largo sueño tranquilo y penetrante. Don Leandro retardaba lo más posible la vuelta porque necesitaba estar presente en la hierra, y también por los muchachos, que fortificaban su desarrollo.

Al reentrar en el colegio, el pequeño Galván encontraba sus compañeros con placer. Dos o tres meses se pasaban en comentarios y crónicas de lo hecho. Venían templados por cuatro meses rudos.

No se entendían bien al principio con el encierro diario; pero poco a poco el interés de los monótonos incidentes volvía a captarlos.

Los profesores, por su parte, venían también mejor dispuestos, hasta que la eterna lucha con los innumerables revolucionarios les agriara el carácter.

Raucho siguió el ejemplo de los hombres-dioses.

Durante el año inventaba bromas que mantuvieran su popularidad y prestigio. Tenía peleas, de las cuales no siempre salía vencedor, pero sí con reforzada fama de coraje, y hacíase un deber de no aflojar cosa que solía costarle caro.

Estrechó amistad con Julio Maza. Vivía éste a la vuelta de su casa y hacían a menudo juntos el camino de retorno.

Cuando tenían permiso iba Raucho a comer a lo de su amigo o Julio venía a su casa. Pretextos sobraban para volver a lo del visitante, y así corrían las calles hasta las diez y media u once de la noche.

Ocurrióseles ir a un café-concierto de la vecindad. Era un tugurio frecuentado por marineros y gente abigarrada de mal aspecto.

Pasaron varias veces delante, espiando por la puerta, de la cual salían intermitencias de música agrisonante. Lograron por momentos entrever un rincón del tablado: mujeres cantando semidesnudas o bailarinas con trajes luminosos.

Entraron. El ambiente azulado de humo se amontonaba de gritos y risotadas. Un vasto salón poblado de mesas y sillas, hacía de platea; allí se consumía cerveza, grapas, cafés, ginebras o modestas limonadas. Alrededor, una franja de palcos pintarrajeados aparatosamente, a los cuales las artistas concurrían antes y después del número correspondiente. El revoque de las paredes laterales caía por pedazos.

Los novicios miraban la escena, sin atender más que a la camarera, de quien fueron pronto amigos. Era una vieja flaca, apodada La Paraguaya. Debió ser bonita y aceptaba siempre el convite, sirviéndose un anís que paladeaba estrepitosamente. Los muchachos la interrogaron acerca de las artistas y ella se comedió, mediante propina, a hacer llegar un mensaje a la que ellos quisieran.

Julio se había enamorado de un trío de hermanas italianas, que cantaban y bailaban heterogeneidades, y no sabía si preferir la juventud de la menor, la desvergüenza de la más grande o la boca de la mediana, más bonita que las otras. La escasa edad, la carne nueva, excitaban al público brutal, y les tiraban besos, decían inmundicias, hacían gestos obscenos o aplaudían con palmas de palo.

Julio hizo sus averiguaciones y supo que el padre las traía y llevaba todas las noches, impidiendo les hablaran sus perseguidores.

La Paraguaya les aconsejó que no se metieran con esa gente.

—Es inútil; el viejo es más celoso que un marido.

Raucho se dedicaba a una chica de trece años, preciosa, de pelo corto, ondulado, y que bailaba sevillanas con gracia árabe.

Descubrió su domicilio, delante del cual pasaba con Julio volviendo del colegio. Ella lo saludaba y llegaron a cambiar breves palabras, pero Raucho no se atrevía a mucho, visto la presencia de la presunta madre, cuyo escándalo gritón temía.

Una tarde Emilia dejó caer un papelito:

"Te espero esta noche a la salida del teatro".

Raucho ansió el momento. Conseguido el permiso para comer en lo de Julio y traspuestas las trapisondas necesarias, fueron a las diez al café.

Mucho antes de la hora fijada aguardaban en la puerta de salida para artistas.

Emilia apareció con la madre. Iba llorando, mientras la vieja, iracunda, profería palabrotas contra el género humano. Raucho temió un paso falso, relegando al mañana el esfuerzo penoso.

Al día siguiente Emilia no figuraba en el cartel. Los precoces calaveras preguntaron a La Paraguaya qué había sucedido, y les fue contada una intriga compleja, que no entendieron bien.

Pasó Raucho por casa de Emilia, y no viéndola, esperó hasta las siete de la noche. Por fin, la chica salió e iba cruzar al lado de él, sin verle o fingiendo así. Raucho se atrevió a musitar:

—¡Emilia!

Al reconocerle, ella lo tuteó sin ambages.

—¿Eres tú? Acompáñame hasta el almacén que compre aguardiente.

Luego le contó, con su vocecita gastada ya por las coplas, cómo el director la perseguía, concluyendo por pelearse con la madre.

—¿Comprendes tú? ¡Cuestión de precio!

La infamia que con tanto cinismo comentaba aquella criatura despertaba en Raucho una extraña piedad sensual.

—¿Y en qué quedó la cosa?

—¡En que mañana nos marchamos a la tierra y adiós toos!

Raucho, a quien así escapaba la chica suya de promesa, sintió un hondo acobardamiento.

—¿Es verdad —le preguntó— que anoche estabas dispuesta a ser mía?

—¿Y si no, por qué había de decírtelo?

Volvía. La calle estaba sola; en un hueco formado por dos edificios, Emilia atrajo a Raucho; mostróse éste audaz, y ayudado por la pericia viciosa de su amante, fueron carne de carne, fundidos en la brevedad de un minuto que es todo.

Desunieron sus bocas. Emilia dijo:

—Anda, corre pronto, que nos verá el civil. Dame —dijo luego, tendiendo sus labios, y le mordió hasta la sangre—. Acuérdate —agregó a manera de comentario, huyendo hacia su casa por cuya puerta desapareció sin volverse.

Raucho tomó rumbo opuesto. Un pasante que debió verlos, díjole con secreta envidia.

—Lo felicito, amigo.

El chico lo miró con ojos blancos.

Una nueva preocupación encaminaba a Raucho hacia distintos rumbos. Las mujeres.

Conversaba de ellas con condiscípulos mayores, que poseían interminables relatos de amoríos ciertos, exagerados o simplemente mentidos.

Instigábanle a que se hiciera compañero de sus parrandas por bajos ambientes de prostitución, y concluyó siendo como ellos querían.

Aunque desconfiando de su cortedad, fue familiarizándose con el ambiente. Las desnudeces eran incentivos demasiado violentos para que, unidos a su voluntad de ser desenvuelto, no vencieran sus timideces.

A la vuelta del colegio había una casa a la cual solían colarse, al concluir los estudios. Otras veces, concertaban una rabona para pasar allí la tarde.

Al caer la noche, levantábanse las muchachas hinchadas de sueño y pálidas. Cruzaban el patio desgreñadas, repugnantes para quien no estuviera en las primeras curiosidades.

Llegaba el peinador. La patrona se sentaba en camisa, transparentándosele los senos, volcados sobre las costillas, como *tabaqueras de buche,* vacías, ostentando moretones bajo la piel viscosa.

Los sábados por la noche, la casa alcanzaba el pináculo de su gloria. Había un craso olor a fonda, sólo aguantable para los famélicos.

Los vahos humanos y perfumes mareantes, la calidez del aire abombado, repugnaban a los satisfechos como un dejo de carnes asadas y salsas fuertes. Se tenía prisa por sorber aire como un vaso de buena agua, para amortiguar las sofocantes reminiscencias de un copioso engurgitamiento de manjares gruesos.

En el patio, como en la sala, los hombres, bestiales y ridículos, simulaban risas pastosamente imbéciles para disimular la apoplejía de sus urgencias burdas. Los más tímidos sudaban en silencio por los rincones.

La patrona gritaba los nombres de las mercaderías exigidas:

Se pedía a Luisa como un bife sanguinolento y tierno, a Sofía como un acre "canapé" de anchoa y caviar, a Carmen como un puchero grasoso o boca llena, a Clara como un empalagoso budín de dulce de leche, a Frida como un lácteo y familiar queso alegre, y pasaban las muchachas al llamado de la patrona, estorbándose en sus vaivenes, con caras alegres como si vivieran el ideal de las vidas, holgadas dentro de sus vestiduras transparentes, calzadas hasta medio muslo de lucidas medias y con caras expresivas de pintura.

No hubiera parecido extraño oír cantar números entre aquel ajetreo.

Las desnudeces equívocas así expuestas con impudicia incitaban la posesión como un ultraje.

Raucho no ponía mayor sensualidad en estas andanzas mujeriles. Era más bien una diversión a su amor propio de hombrecito.

Como sus calaveradas sucedían a la tarde, salvo los sábados, aplicábase en los estudios para evitar penitencias. Su vida de alumno fue también más tranquila, gracias al nuevo empleo de energías.

Al primer aletazo de tempranas golondrinas, dejaba de pensar en parrandas. Su vida nocturna, artificial, le parecía lejana. El gran deseo de vida libre, allá en la estancia, le aclaraba el alma con un renacer viril y puro.

Ese año sería el último del colegio. Raucho había decidido con su padre residir en la estancia. Un año trabajaría al lado del mayordomo, hasta

interiorizarse lo suficiente, para poder encargarse del manejo, cobrando un interés.

La nueva perspectiva le alejó más aún de su vida actual; estudió sin entusiasmo y esperó al final del año, diciéndose que con buenos o malos resultados sería el último.

Llegados los exámenes se arrepintió de su haraganería.

Volvieron los momentos conocidos; el calor, la libertad del vagar callejero, como una amalgama natural de cosas inseparables.

Raucho olvidó cavilaciones, para jugar el rol suyo de audaz. Ostentó su ignorancia, prometió contestar disparates y creó el ambiente de expectativa que siempre, en momentos difíciles, había sentido a su alrededor.

Salía a las ocho de su casa, llevando libros para repasar, o leer por lo menos, antes de la prueba. Tomaba un tranvía de caballos, en el cual hojeaba los textos sin concentrar la atención.

Por el camino subían otros examinandos, y no se oía sino los eternos comentarios sobre las materias dadas y las por dar.

Incapaz de concentración, concluía por cerrar los textos. Todo lo circundante penetraba resbalosamente en él.

Los toques chillones de la corneta del mayoral *compadre,* que, la visera *cacheteada* como quepis de veterano, variaba serenatas en cada esquina; el estado atmosférico de husmo especial, lo soporificaban. Una danza nerviosa de caras sibilinas, coros de preguntas, fantasmagoría de letras impresas, frases retenidas de memoria, cifras, rayas blancas de tiza sobre el pizarrón, correteaban por su memoria aumentando la laxitud nerviosa.

La bajada en San Ignacio, el encuentro con amigos, las primeras preguntas y respuestas sobre las mesas formadas y su severidad o transigencia, poniéndolo frente a lo real, ahuyentaban su intranquilidad.

—Está formada la de historia y parece que vamos hoy.

Los resúmenes, minúsculamente escritos en papelitos enrollados, llenaban los bolsillos sujetados por gomas de cajas de fósforos, para poder ser leídos en el hueco de la mano.

Se contaban incidentes jocosos, contestaciones burdas y trampas para salir del paso en momentos de apuro.

Raucho reía de todas las farsas, deseoso de colaborar en la indisciplina, espiando ocasiones para *titear* la solemnidad aburrida de aquella monotonía.

En aquel año se instituían los exámenes escritos.

A las diez llamaron para historia a la clase de Raucho.

Los alumnos se sentaron en silencio, mientras los profesores escribían temas en el pizarrón.

Cuando pasaron a cada uno su hoja correspondiente, Raucho leyó: "Primer tema". No sabía palote.

A los veinte minutos entregó su composición. La mesa deliberó a puerta cerrada. Un celador salió a leer una lista, mientras los muchachos se precipitaban para oír las clasificaciones.

—¿Yo, Castro, qué nota tengo?

—Un momento, un momento. —Y leyó en voz alta—: Alvarez 4; Lucero, 2; Sosa, aplazado; Castro, 3; Galván, reprobado.

Raucho tomó el corredor de salida.

Púsose a silbar insolentemente; un celador pretendió hacerlo callar; siguió impertérrito. Entonces el otro le tocó el brazo.

Raucho se volvió rápidamente.

—Si me quiere tocar, salga conmigo a la calle.

Tenía ganas de desquitarse. El celador levantó la voz y Raucho se escabulló para esperarlo.

—¿Y ahora por qué no grita?

Como el interpelado no supiera contestar, le dio un sopapo volteándole el sombrero.

—Vamos, vamos, recogé eso y despejá.

Y cuando el celador se agachaba para levantar el sombrero, dióle un puntapié bien medido. Después caminó como si nada aconteciera.

Así ponía Raucho punto final a su vida de obediencias forzadas.

## TRABAJO

Cuando Raucho quedó trabajando en "El Esparto" era ya un hombre en posesión de todos sus vigores corporales. Libre de custodias paternas, que tantas veces restringieron la audacia de sus intentos, había de sacudir como una melena, ávida de vientos, su voluntad de proezas camperas.

Sería, más que un patrón, el compañero del gauchaje, y buscaría, como ellos, someter las dificultades más ásperas, sin temer peligros, tendido hacia el dominio absoluto sobre la bestia, el clima y las rudezas de una vida muscular.

Ya en las vacaciones, burlando vigilancias, había cambiado su caballo por el redomón del domador condescendiente. Ya había, aprovechando momentos de ausencia paterna, corrido avestruces en alguna *boleada* clandestina, por sobre vizcacheras y zanjas. Ya había, en tiempo de barro, cerrado vueltas rápidas, buscando la costalada para salir parado.

Pero aún no había podido desfogarse a sus anchas, de sol a sol, sin escondrijos ni mentiras.

Su moral de dominador, sediento de emplearse en las lindezas del macho, gustaba a los peones, dispuestos a facilitarle toda travesura.

Raucho entraba en el juego azaroso del buscador de victorias.

El verano fue casi idéntico a los pasados durante las vacaciones, salvo la obligación diaria de asistir a los quehaceres, enterarse de los libros y dar órdenes, previa consulta con Don Leandro.

Pasaron cuatro meses.

Fuéronse ese año más temprano los de la familia, pues Alberto entraba en la facultad para mediados de marzo. Quedaron vacías las casas.

La verdadera labor de estancia comenzaba, Don Leandro vendría a menudo, para vigilar de cerca los principios del novato. Raucho apuntó en el diario:

"Marzo, 12 de 19. . . —Recontadas las haciendas del potrero viejo. Faltan dos vacas y han parido 24. Ramón, Silverio, Nicasio y Gregorio han ido a traer 45 novillos, que se habían pasado a lo de Martínez. Esta tarde, a las 2,40, han salido el *breack* y el carro, llevando familia y equipaje".

Amarilleaba el monte, en lentas decadencias de savia.

Amansóse el bochorno de las horas cenitales y pudieron los horneros encaramar sus nidos, como perillas, en los postes. Comenzó la calandria a decir su palabra, su verso, su enojo y su risa.

Arrugóse, ceñuda de nubes, la profunda meditación del azur tranquilo.

Una tristeza grisácea acongojó la atmósfera. Cayó una gota. Otoño lloraba su lágrima primera.

Los llamados trabajos fueron lo de menos, por el alboroto, la alegría, el prurito de lucirse que excitaba a todos. En cambio, las recorridas y recuentos, sin exigencias de actividad ni inteligencia, entorpecían progresivamente.

El quince de abril. Raucho anotaba:

"Comprado hoy, para mi uso, tres caballos a Remulín Juárez, en cincuenta pesos. Esta mañana comenzamos a herrar los terneros del segundo *plantel.* Han venido a ayudar Félix y Julián".

Con la hierra, entraba el peonaje en uno de sus placeres favoritos.

El gran corral de *palo a pique,* erizado de puntas curvas, convertíase en un circo de azarosas pruebas.

Cinco o seis jinetes trabajaban de a caballo, buscando tiros lucidos. La hacienda se arrinconaba temerosa y la gente de a pie remolineaba, como una jauría de mastines, a la cola de los orejanos.

Una polvareda densa se alzaba en aquel movimiento, sombreando las caras de negras adherencias. El vocerío de los comentarios se confundía con los balidos lastimeros del terneraje, a quien solían seguir las madres, llorando un trote angustioso. Polvo y sonido ascendían en columna.

Arrastrados a lazo, los terneros venían hacia el medio. Allí el *pial* certero los volcaba por sobre las paletas, y las maneas empaquetaban sus patas. Cuando el lote era suficiente, voceaba el llamado "la marca", y las

pequeñas bestias berreaban bajo el hierro, que en sus ancas fumaba con acre olor de cuero y pelo chamuscado; luego, el cuchillo del capador y la señal, que les llevaba parte de la oreja.

Eso hubiera sido trabajo, a no mediar las incidencias inesperadas: Un redomón que aprende su oficio bellaqueando bajo la espuela; un lazo que se corta con chicotazo capaz de voltear al jinete; una vaca embravecida, que desparrama a los de a pie, refugiados tras los palos o las ancas de los caballos, que en caso de ataques sabrán defenderse bajo el manejo de las manos hábiles, prontos a evitar el tope y colocarse contra la paleta del vacuno, para pujarlo sin dejarle volver el aspa.

Otras veces un caballo empavorecido por el tumulto hacía caso omiso de la rienda, abalanzándose adelante, ciego de enervamiento; y el cabo del rebenque, único medio eficaz de manejar aquella catapulta loca, sonaba hueco contra las quijadas.

Y todo era risa, todo era borrachera de vigor, entre el clamoreo, bajo un blanco oscilamiento de gaviotas chillonas, que peleaban por los residuos de las capaduras revolcadas en el polvo como "milanesas".

Trabajo matador de sol a sol para quien no tuviera el hábito; sin embargo, el entusiasmo menguaba el cansancio y la gente largaba los lazos, para tirar de las colas o correr con las maneas, sin que un asomo de decadencia paralizara sus músculos.

El día insufla potencia. Las alpargatas resbalan un poco en el espeso polvo del camino, y viene traída a campanazos por el viento la baraúnda de mugidos, corridas y silbidos de un trabajo fuerte, allí en el corral.

Disposición corporal para hazañas hábiles. Se sienten los brazos hinchados de vigor, apta la cintura encorsetada de músculos para vibrar en un esfuerzo eficaz, tendidos los pectorales protuberantes, fibrosas las piernas aglomeradas en haces resistentes.

Tomar el caballo de la crin, enredarse en un remolino esquivo y pulsar la *grupa* con rodillas calzadoras, es un pregusto de lucha contra las rapideces del flete, trompo en la rienda y balazo bajo la espuela.

Revísanse recado, lazo y riendas. Todo debe estar en mano, como prolongación natural de capacidades personales.

La coscoja rueda como un atambor de acero, el flete pasea plasmado de energías sobrantes.

Se llega.

Hay que hablar fuerte para ser oído.

Las voces expresan contentos, amenazas o protestas: el lazo se ciñó en las aspas con argollazo seco, un novillo hirsuto de porfía fue vuelto por *pechazo* bien aplicado en la paleta, la armada cayó impotente sobre el cogote de un "arisco p'al lazo". Gajes del oficio.

Tomar parte.

Un *torcido* para mejor seguridad de las manos. Hacer la armada, agregar un rollo y aguantar la broma que duda.

El novillo brinca, sacude el testuz y su lengua pende como un trapo que la ahoga. Está al lado de uno, resistiendo; va a arrancar y se revolea abierto, en espera del tiro.

Levantando sobre las patas traseras para tomar pique, sacudiendo con un balido de furia la potente cornadura que afirma el lazo, el animal parte con decisión bestial. Alto van las manos en saltos caprichosos. El *vuelco* debe ser amplio, para abrazar el movimiento. La armada hace su aureola con gemido aguzado por la velocidad del brazo. La distancia es buena. Va el impulso. La argolla repiquetea sobre la trenza dura; las manos del novillo caen en el círculo, que ciñéndose las clava unidas en tierra. El peso sigue su envión y cae por sobre su cabeza la bestia.

El tirón ha sido fuerte. Hubo que echarse atrás con cuerpo muerto, bien incrustado en la cadera el puño aguantador. El lazo cedió como goma e hizo hundir las alpargatas, que amontonaron oleajes de tierra.

El elogio va de boca en boca como un eco. Se siente uno fuerte de victoria, y deseoso de recomenzar un tiro más difícil.

Y es el *pial*.

Enfriáronse los vientos; cayeron las hojas, como lágrimas de sol, en la tarde otoñal; endureciéronse los árboles, en dolorosos esqueletos; las lagunas se humedecieron, como ojos tristes de la inmensa pampa acongojada: solidificóse la tierra en grietados calofríos; pasmáronse los campos de heladas tajeantes.

Otoño moría, se achicharraba melancólico como un amor senil.

Cuando la familia dejaba amplia libertad a Don Guillermo, el tenedor de libros, solían venir a visitarle algunos parientes; entre ellos dos sobrinas de su mujer, que alegraban la soledad de la estancia.

Eran dos morochas de ojos largos y párpados pesados. Una de quince, otra de trece. La mayor, ya formada, con una risa límpida y un cuerpo ágil, pronto fue amiga de Raucho.

Y ¿qué más decir?

Gustábale a ella descolgar nísperos, y un día muy claro, como el patroncito pasara, le ofreció sus frutas.

Entre los pastos, una víbora se retorcía hacia su cueva, riendo un discreto silbato de mofa.

Raucho poesía cuanto deseaba. Su vida era completa hasta rebosar; tenía las jornadas fuertes del hombre hecho para vencer, y una sem-

blanza de hogar le esperaba, cuando volvía entre el rojo de la tarde, ritmando milongas o décimas por *cifra*, al galope de su caballo, fiel y eficaz compañero de lucha.

Carmencita le adoraba como a un ídolo, como a un ser superior sin fallas, con una voraz tenacidad infantil. Eso era su felicidad y sería la causa de su cansancio.

La vida así plena, le sugeriría visiones de goces ausentes.

Al campanillazo penetrante del despertador, Raucho se incorporó como quien se ha dormido sobre aviso y teme dejarse vencer por el sueño.

Por la ventana abierta de par en par despuntaba un indeciso claror. Encendió la vela, manoteó la ropa preparada por la noche y a ciegas enfiló bombachas, botas, camisetas y blusa. Prendióse el *tirador,* agarró pañuelo y chambergo y salió afuera, a meter la cabeza bajo la canilla de una *bebida* cercana, para desembrutecerse.

Inciertamente, divisó hacia el palenque tres peones, alejándose campo afuera.

Entró a la cocina a chupar una yunta de mates. No quedaba sino el capataz; los otros habían salido y tenían que apurarse, decía Taboada, si querían concluir para la hora de la comida.

Los zorzales se contestan por el monte, el milagro de la luz se va haciendo a tientas entre la oscuridad. Raucho se *enhorqueta* con placer en el recado cómodo y familiar a sus piernas.

Y es el silencio mayor de la madrugada. Nunca la tarde le iguala en quietud, y la potencia invisible del día ascendente simboliza toda fuerza, todo nacimiento, toda elevación.

Cruzaron un potrero, tomaron el pequeño callejón vecinal a la derecha. Empezábanse a oír los balidos del ganado y la alarida de los recogedores.

La mañana amarilleaba; sobre el Este, nubes quietas, desparramadas simétricamente en velloncitos macizos, se empapaban en brillantes cadmios.

Divisaron la hacienda, remolineando, apurada por veinte paisanos que clamoreaban al unísono de las bestias. Los novillos atrasados sufrían la sabandija de muchachos y mastines.

De otra parte cayó una punta numerosa.

Evidencióse el palo del rodeo, haciendo centro en la gran circunferencia desnuda del horizonte, y el vacaje se tranquilizó, como en un encierro, en aquel círculo de tierra pelada, que hacía un medallón árido sobre el potrero pastoso.

Los atajadores emparejaban la hacienda arisca, ansiosa de puntear hacia la libertad.

Vacas y terneros separados por el tumulto, balaban sus llantos largos, y los toros de andar respetable, mugían ancho y bajo, con rezongo de contenido enojo. Eran, por lo general, brutos de peligroso arranque e imponían respetos distanciados, con sus cornamentas agudas y abiertas hacia ambos lados de sus frentes, enruladas de porfía obtusa.

Las madrinas, maneadas a breve distancia, se inmovilizaban como mojones, acaparando la obediencia de sus doce o dieciocho adoptivos de un pelo.

Entraron las yuntas a apartar: Ramón con Silverio, Nicasio con Vera, Raucho con Taboada; cada uno confiado en su pingo, con lazo en el anca, espuelas de rodaja tintineante, y afilada la vista para la elección de las reses.

El señuelo de ocho *palomos* se juntaba orilleando el mandato de "juera güey", y reunidos a una cuadra del rodeo, bajo la custodia de un veterano bien montado, dejaban como filósofos pensar sus ojos vítreos.

Y colocada así cada cosa en su puesto, comenzaba el trabajo de rudas corridas para el aparte.

Concuida la tarea, llevóse al corral la tropa, mientras la hacienda calma se desparrama pastando.

La gran masa de colores variados se agitó en corrientes encontradas, amenazando romper el corral de gauchos, que se desgañitaban y alzaban el ponchaje para encauzar el movimiento hacia el rumbo querido, pero que parecían impotentes ante la avalancha ruidosa de balidos, aspas que chocan y pezuñas sonoras. Entonces, a su vez excitados, los hombres largaban sus pequeños y peludos caballos, como arietes, contra la masa ondulante, se entreveraban de aspa, hacían claros a pecho, rebencazo y grito.

Así se cortaban los animales chúcaros, y los que rodeaban salían a volverlos, *paleteando* a todo correr, haciendo crepitar los cardos en pedazos y volar las alcachofas.

La gente, afanada, concluyó por encauzar la hacienda; los más ligeros puntearon y, como un charco que se desagota, el remolino se deshilachó a todo correr, alargándose por el campo en dirección impuesta.

Llegados al corral, y *puerteando* los primeros, todos se agolpaban empujándose, a riego de descaderarse contra los *principales*.

Allí quedaría la tropa, mientras la gente consignada para el *arreo* concluyera sus preparativos de viaje.

Esa misma tarde salieron para el saladero cuatrocientas cabezas, arreadas por el capataz y cinco peones.

¡Qué largas, qué largas se hicieron aquellas noches de junio! La luz calcárea de la lámpara, de mecha incandescente, concluía por hacer sufrir los ojos, como si los oprimieran las órbitas.

En el comedor de Don Guillermo, irlandés risueño y rojo como un *pelón,* jugaba al tute con Taboada, hartos ya de las cartas, que empezaban a conocer por el lomo, tanto estaban manchadas, tuertas o despuntadas. Señalaban con garbanzos los puntos sobre el hule frío de la mesa. La luz dábales un ceño de esfuerzo y el calor les abotagaba las frentes, en tanto los pies, helados, crujían húmedos dentro de la bota, cuando los encogían para sentirlos.

Las manos se encendían dolorosas en la vecindad de la lámpara, y pasada una hora dejaban el naipe para conversar alegremente, unidos por la monotonía solitaria del pequeño aposento, desguarnecido y blanco.

Septiembre. ¡Septiembre!, canta la estación del brote. El amanecer abre sus brazos vírgenes hacia ambos lados de sus pechos fecundos. Pubertad. Futuro aún indefinido. Las rápidas tormentas se rasgan como viejas gasas, bajo la seda azul que crece intensa de conquista monocroma.

El campo se estremece de sol.

La vida zumba en el planeta fecundo.

Primavera ríe, con el perfumado amor de mil bocas floridas.

El picoteo sonoro de las tijeras, los labios ahogados, las exclamaciones chuscas, llenan de movimiento el aire grasoso del galpón de *esquila.*

Los vellones se desprenden a tajos, enrulados en olas fofas alrededor de la oveja, cuya desnudez ridícula va despuntando del amontonado blanco.

El sudor cae de las frentes agachadas y venudas, barrido impacientemente por el revés de una mano abotagada de trabajo. El gesto es aprovechado para refrescar, con un salivazo, las hojas aceitosas de las tijeras.

Raucho se detuvo frente al Zurdo, el más rápido entre todos, y que alcanzaba sus ciento quince *latas.*

—¿Y?... ¿Qué tal?

El Zurdo se enderezaba pesadamente, los brazos abiertos como calandria asoleada.

—Medio pasmao el cuerpo, señor.

—¿Entonces, pa qué se apura?

—Pa ver si me agenceo un saquito partido, ansina como el suyo.

—Bonito va a quedar.

—Eso mesmo digo yo.

Con muñequeo rápido, sacó la manea (una tira de arpillera), levantó de un puntapié en el anca a la oveja, que sacudió sus restos de lana, baló estúpidamente, lengüeteó con mueca de desagrado y echó inexpli-

cablemente a saltar por entre la gente, volcando un tarro de alquitrán para curar los tajos, que con sorna llamaban *casualidades.*

Allá va, cola y orejas flojas, a mixturarse entre las que pacen frescas en sus recientes desnudeces.

Raucho cruza algunas bromas con el Zurdo. El agarrador se dirige, con una maneíta entre los dedos, a elegir de la *chiquerada* alguna de buena lana y fácil de esquilar por su gordura.

Así sería mañana, así fue ayer, en la consecuencia de un trabajo pesado.

Diciembre. Los campos cambian de color; cae el verde en los opacos amarillos y lilas desteñidos de pastizales que semillan. Del trébol no quedan sino los dentados y pegajosos disquitos de la *carretilla.* El *alfilerillo,* la *cebadilla,* la *avena guacha* estiran sus cogotes cargados.

Las cabezas de las haciendas desaparecen en los yuyales altos.

Domina en tirano absoluto el sol, eterno parroquiano del día, siempre nuevo y siempre día, que arroja a tierra una moneda de su ígnea fortuna ingastable.

En el *breack,* mohoso de polvo asimilado en los caminos envejecidos de arrugas, viene la familia.

Don Leandro nada dice a Raucho; pero cuando el muchacho aindiado de vida robusta trabaja, el viejo se alegra con una maternal sonrisa, bajo las canas del bigote.

Fue una mañana triste en la estancia. Por el Oeste apareció una larga nube horizontal. Raucho no quería creer.

—Es langosta —le había dicho Taboada.

Se preveían dos meses de combate estéril contra la invasión innumerable.

El monte quedaría despojado como en invierno; los pastos, talados a raíz, reproducirían para el ganado los sufrimientos de una seca.

Por todas partes el olor acre grasoso mantendría una náusea cotidiana. Agua, huevos, pollos, todo se empaparía del hedor penetrante, y las haciendas mismas sufrirían asco.

La manga avanzaba. Ya, como un anuncio, pasaron disueltas en vanguardia las primeras. El peonaje miraba, recalcando sus opiniones con frases sarcásticas.

—Y son pocas, son —dijo uno, mientras Don Segundo opinaba:

—Grasias a Dios, este año no nos vamoh' a quejar por falta'e langosta.

Aquella infinidad de bichos proyectaba sobre el campo una sombra movediza, como las nubes bajas. Era una capa compacta con movimientos de malla flexible.

—¿Se asentará? ¿Seguirá viaje?. . . —era la interrogación ansiosa que Don Leandro formulaba.

Y prepararon la defensa, la ridícula e insuficiente defensa, adoptada por hacer algo y no cruzar los brazos en una inercia desoladora. La lucha algo aportaba de esperanza.

Aparecieron latas vacías de *kerosene* en abundancia; unos a caballo, otros a pie, golpeando como un tambor la bullanguería atronadora del metal, el peonaje se desparramó por el monte, con gritos de *arreo y corridas.*

Así fue todo el día. Se almorzó apenas, pues era cuestión de no aflojar, para que lograsen los esfuerzos.

La manga remolineó indecisa; unas iban, otras venían, sin adoptar rumbos definitivos. A la tarde pusiéronse pesadas. El incesante crepitar de alas aflojaba, y comenzaron a caer, entre el sol rojizo del anochecer, como roturas de mica vibrante, a veces encendidas por un reflejo.

Raucho durmió apurado por llegar al día siguiente. Soñó invasiones fantásticas de aves blancas, balanceándose en aleteos pesados. La tierra toda se convertía en ondulaciones de vida incompleta.

Cuando amaneció, los árboles se doblaban al peso de una nevada de escamas metálicas.

Entonces Raucho sintió una tristeza de agonía.

No había nada que hacer hasta que calentara el sol y el monte se aureolara de pequeñas fugas luminosas.

Era inútil. Vagaron lentas. El instinto de reproducción las inhibía para grandes vuelos. Volaron como dormidas y comenzaron a buscar, en grupos, los caminos, las playas y los corrales.

—¡Ya no se levantan! —decían los conocedores.

Raucho se entretuvo en entrar por las mangas, haciendo silbar sobre su cabeza una rama. Y la rama se volvía pesada de barajar en principio de vuelo centenares de insectos.

No se podía galopar por el campo. Los caballos sacudían la cabeza, asustados por los papirotazos enceguecedores, y había que cerrar los ojos si se quería evitar la quemadura de un derrame.

Un espectáculo inmundo. El bicho universalmente acosado de instinto copulativo. Y eso por leguas y leguas de la zona invadida, como fatalidad natural.

Los machos, más pequeños y metálicos, buscan el camino limpio, agitados por bruscos sobresaltos de sus patas traseras.

A veces una montonera rueda, hacinada por una obtusa impulsión sexual; tres o cuatro machos se disputan la hembra pasiva; uno vence.

Los extremos inferiores se buscan como dos pulpos, se atacan boca a boca, las bocas se abrochan como dos piezas de máquina hechas para

calzar una en otra. El macho agita sus antenas en círculos alternados, sobre los ojos compuestos, estúpidamente inmóviles de la hembra, y a veces sus alas hierven en pequeños gritos de roturas cristalinas.

Así van a quedar por días enteros, caminando monótonamente, absorbidos por su quehacer, buscando el sol en el deslinde de las sombras, que la tarde estira al ras del suelo. Y por todas partes será, en inconcluibles extensiones lisas, el canto de las alas crepitando sus micas turbias, y la locura de las antenas giratorias, que sugestionan los grandes ojos femeninos desnudos de párpados.

Es, en la quietud aparente de las áridas inmensidades térreas, iluminadas de escamas en ebullición, el más universal espectáculo de esclavitud reproductiva.

## HASTIO

Raucho no sabía del libro sino los fastidios estudiantiles. Las novelas leídas eran pasatiempo de ferrocarril o conciliasueño: cuanto más, afeccionó *Los Tres Mosqueteros,* y no creía que se pudiera leer sino por aburrimiento.

Aburrimiento fue lo que en las noches solitarias le empujó hacia una pequeña biblioteca de volúmenes encuadernados. Leyó al azar y sin interés; algunas obras le mantuvieron desvelado hasta la tarde; vagaba inconscientemente en países imaginarios o reales, pero lejanos. Eran ciudades muertas, que vivían bajo el esfuerzo de su imaginación; civilizaciones modernas de las grandes capitales. Así se familiarizó con costumbres y modales diferentes, persiguiendo los hilvanes de una intriga. La vela temblaba, haciendo bailotear un entrevero de letras, y Raucho arrancaba íntegro el pabilo, por evitar aquel titilamiento de sombras y líneas. Entonces, rabioso, dormía renegando de libros y pensando en el trabajo matinal del día siguiente.

Sin embargo, al andar del tiempo, había de convertirse en lector empeñoso. No se interesó en literatura alguna en el comienzo, sino que buscó la vida de las pasiones, respondiendo a ellas con ingenuidad de lector novicio, viviendo la vida de sus protagonistas.

Un gran agujero se abría en su vida y cayó en él, sin preguntarse si iba a una luz o a un precipicio.

Sus días habituales comenzaron a pesarle como un invariable horizonte. Sus ojos se abrieron hacia Lorrain, Maupassant, Verlaine, cantores y contadores de la vida parisiense en su genuino perfume femenino de aventuras, vicios y anhelos.

Hizo suyos todos los extravíos, creyéndose constituido para aquella vida, que le parecía hecha de potencias vitales.

Empezó a conocer París como si hubiera vivido en él.

Fueron más frecuentes sus venidas a Buenos Aires. Pretextos siempre encontró.

Como los libros, las mujeres francesas con quienes solía acoplarse en la ciudad le hablaban de París. Los amigos se lo ponderaban como un sueño de placeres escalonados.

Se hizo trasnochador. Fue su vicio ineludible. Trasnochó primero por el ingenuo placer de las *farras* nocturnas, luego por inercia.

Ya divertirse no era el asunto; trasnochaba en cualquier parte: en un café, en los prostíbulos, en su cuarto con algún compañero, de mil modos y en mil diferentes partes.

Se radicó en la ciudad. No iba sino obligado a la estancia, y pasaba su tiempo en bailes, teatros y otros lugares frecuentados por mujeres independientes. Tomaba el té, a la tarde, en una amplia terraza, que dominaba en parte la ciudad. Allí miraba las modistas y dependientes de tienda, con actitudes de favorecido.

Una orquesta chillaba a lo tzigano.

A lo lejos veíase el río arcilloso franjear el horizonte.

Más cerca, vista de arriba, se amontonaba la ciudad-casillero, innumerablemente desolada en su repetición de muros, callados sobre millones de sufrimientos, subdivididos por paredes verticales.

Allí, un bando de cuadriláteros claros, que avanzan en el río lodoso. Allá, cúpulas de mosaicos: esferas lúcidas, rematadas por cruces de forjado hierro.

Equitativamente repartidos, para respiraderos de la población, algunos parches de naturaleza: las plazas públicas.

Un humo brumoso flota, tal un desesperante pensamiento, siempre renovado, malgrado el manotón purificador del viento.

Y en la terraza, la lamentable voluntad de alegría acompasada por la orquesta, cuyo clamor inútil muere en el gran aire ensopado por los humos laboriosos de las chimeneas.

Y las torres antiestéticas, que tienden a elevarse, con la pretensión de un puercoespín, queriendo enganchar nubes en sus púas.

No saboreaba lo que tenía entre manos, pensando que en otras partes sería mejor; se sentía provinciano y ridículo, perdiendo el tiempo en monear la vida de Europa, donde podría estar gozando esa juventud que se iba tan pronto, al decir de los hombres maduros.

Raucho quería vivir a todo trance, atiborrarse de sensaciones hasta la saciedad, antes de pasar sus mejores años en la atonía.

Al fin fue recibido de socio en el Jockey Club.

Era un título.

Cambió sus amistades; sus días eran otros, sobre todo sus noches de *clubman,* que le dieron un tono de prematuro hastiado. La vida cómoda e insulsa lo dominó, y juzgaba todo lo externo sentado en el habitual sillón de cuero marroquí, sin molestia física, inerme de pensamiento, como un morfinómano que persigue curvas y quebradas de visión.

Iba a la tarde mal despierto. El ascensorista, sin preguntas, deteníase en el primer piso, y Raucho se ejecutaba maquinalmente, hasta desembocar en la sala de billares.

Allí tenía su actitud indicada: "chico calavera". Hablaba de su última orgía, de su querida actual. A las seis sorbía *copetines* y su estado se hacía nítido. Encontraba mejor las frases, los gestos. Ocurrente cínico fingido, lograba fácilmente la sonrisa aprobadora de los otros.

El vocerío, la atmósfera ondulante de humo, el estallido marfilino de las bolas, el comentario reído en chistes estrepitosos, le hundían contemplativamente en el milagro ascendente del alcohol.

A las nueve subía al comedor; las luces le envolvían; flotaban a su alrededor los reflejos de las mesas blancas, más que los pesados lustros, colgantes racimos de luz.

Se acomodaba en el sillón; pregustando su comida parsimonioso, dejaba jugar en sus ojos el reflejo transparente de algún borgoña granate. Sorbía los tragos lentamente y deglutía espirando, por las fosas nasales, su evaporación.

Un latido débil pulsaba su sangre en intervalos generosos. La luz se suavizaba, la orquesta lejana le acolchonaba los nervios de una modorra lasciva.

Una *Fine,* calentada al través de su copa panzuda, con palma febril, le amplificaba el cráneo de musical vibración latiente.

A las diez de la noche levantábase de la mesa, azuleando el pecho con la humareda de un puro.

Iba al Royal, donde tenía palco permanente; a veces al Casino, a saborear la tortura de los que se envilecen por necesidades vitales.

Allí concluía de embrutecerse. La bebida, disfrazando mezquindades, orificaba miserias; las hembras se imaginaban bellas bajo las telas pretensiosas y coloreadas, que ofuscaban los ojos. Los excesos chirriantes de la orquesta se algodonaban en sus oídos, ensordecidos por un zumbido persistente. El sensualismo hilvanaba fantasmagorías mágicas; la carne yacía inerte, en propia contemplación.

A la salida se hacían los programas con mujeres, y así la sensibilidad, satisfecha tras largas e irritantes promesas, derrotaba al músculo en sombríos derrumbes de sueños.

Cuando no había mejor, volvían al club para eternizarse en trasnochadas de abulia.

No estaba pendiente ya del lugar en qué desperdiciar sus horas de descanso, teniendo un asilo seguro del cual ningún patrón le echaría; tuvo también compañeros invariables hasta los amaneceres.

Esto uniformaba las partes y el conjunto; sus noches serían ya sabidas de antemano; no tendría esfuerzo que hacer para dejarse vencer por la pereza, y se abandonaría inerte, incapaz de hacer el primer gesto para irse a acostar. Dentro de esa monotonía, ¡oh ideal de trasnochador!, departiría con los mismos e inmutables amigos, ornato monótono del conjunto monótono.

Había elegido para compañeros de velada un grupo de vagos, que se reunía en una salita tapizada de rojo, en cuyos muebles se desparramaban adoptando posturas extravagantes, cambiadas de vez en cuando con la molicie de quien busca acomodo en el lecho.

Raucho se había adueñado de su sofá, y una vez en él se inmovilizaba hasta que la mañana mezclara su primera luz a la artificial del saloncito.

Tenía al frente un cuadro cuyos detalles reveía aunque ya estuviesen sus ojos impregnados de él.

Una charla lenta vagaba entre el peso del humo que llenaba el ambiente, y a veces callaban largos intervalos, no teniendo qué decirse, incapacitados para mantener una conversación cortés e inútil.

En esa nueva vida Carmencita pasó a ser una simple aventura de baja clase, y Raucho la olvidó pronto, en su flamante flirteo con una dama misteriosa encontrada en un *Tea Room* a la moda.

Seis meses. La aventura había durado ese tiempo, que aparecía fabuloso. ¡Seis meses!

Olvidando que estaba a su lado por última vez, indiferente, sin pensamiento de tristeza por la separación eterna, Raucho repetía las dos palabras, imaginándolas escritas en grandes letras sobre portales, balcones y vidrieras, ora en caracteres dorados y rígidos, ora en letras blancas y fantásticas, o en forma cualquiera, como una visión que con sus ojos se posara en cuanto lugar miraba.

Quiso sacudir su torpeza.

Algo tenía que decir, y sentía en ella el mismo deseo de dar un carácter cualquiera a aquella separación que amenazaba seguir en la misma indiferencia. Era demasiado tonto.

El coche, sin miramientos, acortaba el tiempo, y una incomodidad, la misma, crecía secretamente en ambos.

Terminó ella una frase:

—¿Me escribirás durante estos tres meses?

Dejó Raucho caer el monosílabo obligatorio. El esfuerzo tontamente manifestado hacia un cambio de protestas amorosas no encontraba eco.

Se verían dentro de tres meses. Raucho haría el viaje a Europa con ese solo objeto, y entretanto se escribirían a diario los más pequeños incidentes de sus vidas. Ya estaba aquello muy dicho y más aún era sabida la mentira.

¡Seis meses!, volvía a pensar. Pero ¿sería posible haber quedado unidos tanto tiempo, sin un sentimiento de afecto o, cuando menos, de deseo?

Un incidente volvía al recuerdo de Raucho y parecía corroborar esta sensación.

Un amigo (uno de esos amigos accidentales que ciertos momentos de la vida acercan) habíale un día confesado, descaradamente, su entusiasmo por Jacqueline.

Raucho, sonriendo a aquella mezquindad, exteriorizó toda su indiferencia, atenuando escrúpulos.

La mujer, por su parte, leyóle cartas, contenta de demostrarse a sí misma que todo lo de ella, hasta el secreto de los otros, le servía de ofrenda de cariño.

Oyéndolos mentir y deduciendo lo que había de cierto en los relatos opuestos, Raucho los vio acercarse del incidente final.

Quince días transcurrieron, y Jacqueline llegó al encuentro habitual un poco pálida y sorda a la conversación de su amante que, intuyendo un desenlace próximo, se volvió animado y alegre de ilusiones que demostraban su conocimiento de todo. Intentaba frases diabólicas, sin convicción; pero de pronto comenzó ella a declamar no sé qué discurso, por cierto aprendido de memoria.

Hizo una confesión detallada de sus entrevistas, queriendo dar a su voz una vibración emotiva, pero desconcertada por la atención indiferente de Raucho, tropezó en las palabras, concluyendo por callarse, y sus esfuerzos hacia una actitud romántica finalizaron en una pobre lágrima, que rodó sola e insuficiente sobre su mejilla. Luego escondió el semblante entre sus manos para fingir un llanto. Sujetando unas enormes ganas de reír, él pronunció su perdón, con palabras buscadas.

¿Se engañaron entonces? Raucho no lo creía así. Se habían, posiblemente, propuesto vivir un romance, y los gestos, como las palabras, no faltaron.

Ese incidente fue único en los seis meses, y no lo repitieron tal vez por temor de verse en la cara.

Si el ideal es vivir sin un enojo, lo habían colmado. Ni un grito, ni un ademán, siempre el perfecto acuerdo, hasta en los momentos como el que venía de recordar. Y la despedida sería lo mismo.

En el vaivén de los últimos momentos, y con la ausencia de espíritu que ocasiona el movimiento, lograron unas palabras de tristeza y de cariño, algunos apretones de manos y la ficción de ciertos ademanes de real sentimiento.

Raucho miró la hora; estaba impaciente; una palabra lejana e insignificante le trotaba en la memoria.

El tren iba a partir; por la ventanilla, inclinando el cuerpo, ella tendió por última vez sus labios. Y mientras duraba el beso, las mismas palabras trajeron al pensamiento de Raucho la imagen de un hecho futuro y trivial.

...A las seis, en el club; no faltés para los *copetines.*

Raucho había arrancado a su padre una promesa de viaje a Europa, que el viejo aplazaba siempre, temeroso de los peligros para el muchacho.

Pero vino la época de enormes *subas* en los arrendamientos; los agricultores ofrecían una entrada segura y mayor al interés sacado con ganadería.

Don Leandro se dejó tentar por las ofertas.

Resolvieron liquidar las existencias, con ellas comprar más campo y arrendar, viviendo así tranquilos, reservándose sólo una legua alrededor de las casas para continuar con los *planteles.*

Raucho, juzgando la ocasión oportuna, insistió con su viaje, quedando éste fijado para de allí a tres meses, que durarían los arreglos del negocio.

El joven Galván vio abrirse una nueva era. No hubiese cambiado su entrada al paraíso por su ida a París, y devoró más libros y novelas, queriendo esponjarse en el ambiente soñado.

Con esto y la ocupación material de arreglar ventas en "El Esparto" pasaba los días, cuando Rodolfo le invitó para ir a su estancia, en Lobería, con un grupo de amigos, donde se entretendrían cazando un par de días.

Raucho aceptó y esa misma semana partieron.

Cuando, recién vestido, salió de la casa, toda la vida de su cuerpo sano se agolpó al exterior, para sentir el bienestar sereno de aquella mañana.

Era un amanecer nublado y tranquilo. Ni la más leve brisa. El aire, fresco, pesaba sobre el semblante, y la sensibilidad, a su contacto, marcaba el contorno de las facciones.

En la hierba, humedades de rocío volvían más intenso el verde de la llanura.

El gran coche, penetrado por la calma del ambiente, esperaba atado a sus cuatro percherones, que tenían gestos lentos, como para no romper un encanto.

Deseosos de arrancar hacia el punto fijado, se impacientaban en los preparativos.

Un último vistazo. Nada se había olvidado. Las escopetas, los cartuchos y otros artículos necesarios para la caza ocupaban gran parte en el interior del coche.

—¿Listos? —interrogó Raucho.

—Sí, sí.

Había conseguido de todos la autorización de llevar las riendas, decidido de antemano a no atender ningún pedido de detención, aunque encontraran martinetas gordas como avestruces.

Llamó en la boca a los caballos, que pesaron sobre las pecheras con esfuerzo igual.

Cazaron toda la mañana. Hubo tiros felices, erradas que trajeron burlas, mojaduras, caídas y hasta algún momento peligroso.

De vuelta, centenares de víctimas, tiradas a capricho sobre el piso del carruaje, cantaban todos los colores.

Había manchas de sangre y barro en los trajes como en el suelo, y un olor salvaje de laguna y ave.

La conversación no distraía el hambre y la sed de reposo.

Eran apenas las nueve; las nubes se habían abierto en un desbande general hacia el horizonte, y el sol amenazó con uno de esos días anuladores.

De pronto, Rodolfo saltó como al contacto eléctrico de una idea genial.

—¡Y yo que les iba a dejar ir sin conocer la maravilla del pago! ¿Quieren que almorcemos en un lugar donde no se aburrirán?

Antes de que hubieran asentido agregó:

—Raucho, vamos a lo de doña Anacleta..., aquel puesto a la derecha. Van a ver, van ver —insistió, decididamente satisfecho de su hallazgo.

Preguntas siguieron a esta interrupción insólita, y así supieron la desgracia de todo un partido, que lloraba los desdenes de Asunción, hija de doña Anacleta, lavandera de las casas.

—Es una muchacha.

Pero la palabra, al pretender de Rodolfo, era impotente para describir milagros, y se contentó con repetir como un estribillo: —Van a ver, van a ver. Es la plaga del pago.

Atendieron todos las frases entusiastas con indiferencia o mueca irónica, mientras sus juventudes soñaban cosas novelescas. Un súbito apasionamiento, el que podía contar con su físico; una seducción, el que tenía más labia; un rapto, el más audaz.

Pero llegaban, y los detalles del pequeño puesto retuvieron la atención sucesivamente. Primero el monte: mancha de tinta sobre la inmensa página verde; luego el corral, negro y panzudo, al que siguieron palenque, pozo y un rincón del modesto rancho de barro.

Uno se decidió a preguntar:

—¿Y cómo se hace que vos, Rodolfo, en circunstancias especiales como te encuentras...?

—Ya sé —interrumpió el aludido—, ya sé dónde vas; pero déjame agregar a lo dicho que la chica es honesta; ya verán.

Raucho, decididamente incomodado por esta fe infantil, encogió los hombros con sonrisa fatua.

Pasaron la tranquera.

Los perros corrían en derredor, ladrando y moviendo la cola, con una hostilidad simpática.

—¡Ave María! —gritó uno, mientras aparecía entre la sombra tupida de los *paraísos* una figura de mujer joven que no podía ser sino Asunción.

Se acercó tranquila, sin ver en aquella curiosidad sino el halago habitual a su belleza.

—Güenos días, Don Rodolfo... ¿Por qué no dentra?... Abájese.

—Buenos días... es que, sabe —dijo el otro, con una mirada hacia sus compañeros—, vengo con tropilla y le pueden pisotear la quinta.

—Bah, no le hace —contestó saludando la muchacha—; si no hay más que yuyos.

Las presentaciones estaban hechas.

Hubiera sido difícil en los primeros momentos juzgar de ella; traían los cazadores un encandilamiento de aire y de luz en los ojos. Además, para mirarla tendrían tiempo.

Raucho se contentaba con murmurar:

—No es para tanto. —Y manoteaba el traje, siempre cuidado, para hacerle perder las arrugas.

Pocos minutos más tarde rodeaban medio costillar de oveja, ya en vías de asarse. Al rescoldo de las brasas, una *pava* hervía, echando humo por el pico; el mate circulaba de mano en mano y la conversación cubría el chirrido de la grasa, que goteaba sobre el fuego.

Doña Anacleta se había unido al grupo y hacía reír a los muchachos por la audacia de sus cuentos zafados.

Asunción estaba atenta a la charla que, con agilidad de buscapié, corría de uno a otro, brusca y ruidosa, yendo a reventar a veces en el más silencioso de los auditorios, con estampido de chiste feliz.

Todos estaban en vena; casi habían olvidado a la muchacha, y sólo se ingeniaban en tener la buena palabra, sin dureza para los otros, dejando siempre lugar a que siguiera el torneo de gracejos, de que eran público y actores.

Sin embargo hubieron de cesar. Pronto el consistente y simple esfuerzo, arrimáronse uno a uno, para recortar su parte. Fueron mermando

las palabras; el asador recobraba su poca gracia de hierro desnudo, los huesos aparecían entre la carne, el calor se sentía más intenso; un adormecimiento de boa satisfecha bajaba en los cuerpos monótonamente.

Felicitaron a Rodolfo por su pericia de cocinero; uno buscó en el coche los cigarros traídos precavidamente, que luego repartió, incluyendo a doña Anacleta, gran fumadora de puros.

Enrique se tiró en un parche verde, pesado de haber engullido; los demás entraron a la cocina del rancho, cuyas paredes de barro conservaban fresco el aire interior, como la jarra de barro el agua que contiene.

Raucho se internó lentamente por el monte a sestear su cansancio en buena sombra y quietud.

Eligió un cuadro de *paraísos;* allí se echó contento del reposo, y un frescor de humedad le impresionó perezosamente.

Los árboles, impenetrables al sol, dejaban por entre sus troncos, que a dos metros se desgajaban en las primeras ramas, correr el viento, que traía los efluvios de la pampa, purificados como un filtro, al través de la sombra espesa.

Más lejos, donde concluía la arboleda, el campo parecía sudar bajo el sol, que le brutalizaba.

Cerró los párpados para saborear mejor el bienestar corporal, y en su memoria reprodujo la imagen que durante dos horas había obcecado sus ojos. Vio a Asunción llegando hacia el coche, cebando mate, riendo a los chistes y en otros gestos o actitudes.

Era indudablemente una rara maravilla criolla; graciosa, coqueta, siempre desconfiada, no ignorando nada y escondiendo, bajo una apariencia juguetona, su alma impetuosa de diosa salvaje.

Un sopor macizo le invadió el cuerpo; el olor húmedo de la tierra y la quietud del aire penetraban en su cabeza, el último recuerdo huía impreciso: Pablo parecía tener buenas probabilidades.

Dormía dos horas, al correr de las cuales un nuevo viento renovó sus energías, mejor que el sueño.

Despertó, la cabeza libre; un cansancio, empero, le quedaba en el cuerpo, en forma de dolores.

¿Qué habría pasado durante su ausencia? Nada de particular, por cierto; pero tenía gran interés en cerciorarse de ello.

Estaban en la cocina, tal los había dejado: Pablo hablaba con inflexión suave en la voz, como quien evoca recuerdos. Asunción oía atenta, y un grupo compacto y mudo, los restantes, tiraban una taba de banco a banco, cantando a cada tiro una cifra oscilante.

De doña Anacleta, ni señas.

—¿Y, para mañana? —gritó Raucho, deseoso de embarullar la inmovilidad de la escena, como quien mete la mano en una partida de ajedrez que se eterniza.

—Para cuando quieras.

—¿Qué horas son?

—Cuatro y media.
—Bueno, ¡vamos!
Doña Anacleta apareció como pedida. Medio durmiendo, guiñaba los ojos.
—¿Ande van? ¿Al pueblo?
Se despidieron con más cumplimientos que entre marqueses. La necesidad de movimiento había renacido, y convinieron, haciendo tiempo, agregar *copetonas,* perdices, *batitús* y hasta *chorlos* a las ya numerosas víctimas, para mayor gloria de los cazadores.
Los perros los acompañaron algunas cuadras con sus ladridos.

No fue la comida tan alegre como el almuerzo. Estaban cansados. Concluido el día de juventud fecunda, un dejo de fatalidad vagaba entre todos. Mañana tenían que irse, y ya, al encanto de la página pasada, se injería la visión de obligaciones ciudadanas. Al recuerdo del día fuerte se unía, como un rumor lejano, la evocación de Buenos Aires, con su estrépito, su movimiento, sus ritmos rápidos de vida comercial e inestable.
Sin embargo, un episodio inesperado había de reavivarlos como un chicotazo.
A la hora del café, cuando el humo de los cigarrillos empezó a turbar la atmósfera como una exhalación de sueño, Raucho dijo que se quedaría.
Comentaron brevemente el hecho, pues tenían que madrugar al día siguiente y las horas de tren les sobrarían para charla.
Cada uno pasó a su cuarto. Raucho, vencido por la fatiga, tuvo las fuerzas suficientes para desnudarse. La fresca inercia de las sábanas le clavó en una inmovilidad indiferente.
Todos sus músculos guardaban memoria de sus movimientos durante el día, y estaban llenos de cansancio.
Durmió de sueño bueno.

Raucho no se quedaba por Asunción. Tenía unos días delante suyo, inocupados, y una filial ternura por su pampa le impelía a quedarse solo para la despedida.
Ensillaba temprano; ceñíase un cinturón de cartuchos; atravesábase sobre los muslos una escopeta y galopaba hacia la laguna.
Daba antes una vuelta, entreteniéndose en costear las cañadas kilométricas, pobladas de flexibles juncos cantores, que se arqueaban como tallos sumisos a la posesión del pampero. En el claror matinal los charcos, ensangrentados reflejos pulidos, querían ser cielo, como algunos ojos alma.
Andaba prudentemente, evitando celadas ignotas y hondos pozos traicioneros, cuya deglución silenciosa imponía a sus temeridades de *enderezador.*

Amplio el bañado, dormitaba en mística quietud eclosiva.

Desvanecíase, en victoriosas claridades, los terrores inexplicados y las sombras temerosas. Raucho tenía arrepentimiento de turbar aquel reposo.

Las aguas muertas vivían en ondas huyentes bajo el vaso del caballo, a cuyo paso los juncos, resquebrajados, crepitaban como un fuego de leña húmeda.

Y cuando, con las orejas tiesas de pavor, el animal, inadvertidamente, sumía las manos en alguna hondura, desbandando una concéntrica fuga de pequeños oleajes, cimbrábanse los largos tallos, como si alguna fascinación terrorífica les mordiera las raíces.

Llegaba un momento en que Raucho, internado en aquellos desiertos, se encontraba fantásticamente amputado del mundo.

Allí pudiera morir sin rastros, y sentía un indefinible placer de inmensidad cuando, detenido el paso barbotante de su cabalgadura, la vista fija y muerta sobre un punto cualquiera, se concentraba en los oídos, para escuchar la planetaria sinfonía vital de aquel silencio.

Aún temprano, llegaba a la laguna, cuya vista le reposaba como una idea encontrada. Allí vivía una alimaña múltiple.

En los *guaycos* orilleros, grisácea y huraña, la *viuda loca,* encogida de hombros por el frío, miraba a lo largo de su pico, como absorta en un detalle de la pululante vida del bañado o buscando en los fondos del agua muerta su razón perdida.

Patos *silbones* caían planeando, los *picazos* oscilaban inseguros y pesados. Un amplio susurrar aclaraba la mañana. Las cortaderas estiraban, sobre largos tallos, sus pulcros penachos ondulantes. Decantábase la humedad, y los colores, disueltos en el aire luminar, se desvanecían girando laguna arriba, hacia la mañana que siempre asciende.

Desbandábanse las gallaretas en ruidosa discusión de conventillo.

Puro y tierno el flamenco se alzaba, como un rezago de aurora, y se iba, tal mañanero pensamiento de la laguna tersa. Allí desaparecía con sus alas hechas filo, más lejos prorrumpía en un inesperado desequilibrio de papel aventado, y un rojo aletazo de vela trabuchando susurraba apenas una tímida explosión de color fino.

Ahí está el sol.

¿Cuánto tiempo quedaba allí Raucho, echado entre las hierbas ribereñas, olvidando a su lado la sanguinaria imbecilidad de su escopeta?

Todo vivía.

De acero y cobre, las *pollas de cañadón* comenzaron a correr afanadas de domésticas preocupaciones, entre los misteriosos balanceos del juncal.

Una blanca regata de cisnes en hilera sesgó, lisa como un patín, las partes hondas. Gansos níveos pasaron, musicalizando aletazos de recias plumas. Hacia arriba, mareados como derviches por sus grandes curvas de azur, una pareja de chajás se achicaba, y su grito agudo caía como una fibra de sonido roto.

Cuñas rizadas introdujo el nadar de las nutrias en los inmóviles reflejos.

Soberbia, una *garza mora* pasó, con acuática ondulación de alas lentas.

Y los *mirasoles,* blancos más allá del blanco, insustanciales como aspiraciones de pureza, engarzaron astro en sus pupilas, esclavas del fundamental transcurso solar.

Mil vuelos entrecruzados, en estelas de color, planeaban en torno al celeste reflejo de la laguna.

Raucho cedía a la quietud preclara. Su alma se entristecía vasta sobre el llano, que le lloraba su lágrima de despedida.

¿Volvería? ¿Qué cambio le esperaba allí, en la tierra extraña?

En esos momentos parecíale inútil y tonto vivir fuera de aquella serenidad.

Entretanto el día era ya día. La gran plegaria astral rezaba definitivamente su ascensión, y el calor comenzaba a elevar una volátil evaporación de olla a flor de agua.

¡Asunción era bonita! Muy bonita, y sus dedos, aunque rudos, resultaban suaves de tocar al recibir el mate.

Una pronta inquietud le incorporaba. Con la mano abierta golpeaba los *bastos* para emparejarlos antes de apretar la cincha, acomodaba los cueros, ajustaba el cinchón de dos vueltas, escondía la punta bajo los cojinillos y se sentaba de un salto sobre las lanas habituales a sus piernas, cuyo apretón guardaba, patente, la rizada blancura.

*Tranqueaba* sin apuro, hasta el rancho de doña Anacleta. Allí pasaría el resto de la mañana, platicando de mil cosas, arriesgando a veces un halago a la belleza de Asunción, cuyos ojos se hacían hostiles de desconfianza.

La vieja costeaba el gasto de palabras y hacía alusiones a los mozos "enamoraos, que a juerza de arrastrar el ala peligran quedarse sin plumas".

Madre e hija lavaban bajo unos *paraísos* del patio. Tinas hechas de barriles, serruchados por la mitad, rebasaban de ropas enjuagadas. Las bateas de agua lechosa y espumante chapoteaban alegremente, al compás de algún *baile de dos,* canturreando, entre dientes desportillados, por la voluminosa lavandera.

De pronto, los dedos pellejudos e hinchados buscaban el tapón en una esquina del recipiente. La mano, impacientada, daba un tirón del palo, envuelto en trapo, y el chorro opalino vaciaba la batea, cayendo en tierra, corriendo por la zanjita de desagüe, cavada a cuchillo, hasta un charco hediondo, por donde doña Anacleta, con desenfado y meneo de pato marrueco, solía cruzar hacia el pozo.

La vieja no cesaba de contar cuentos o poner en apuros, por sus malicias, a los muchachos. Raucho seguía la broma. Alguna mirada para Asunción bastaba a la simplicidad de su amorío.

*—Chacarera, chacarera,*
*por el amor de tus ojos,*
*tengo el alma ensangrentada*
*y el corazón como abrojos.*

El joven Galván comentaba:
—La pucha, ¿sabe que tiene razón el refrán del doctor Varela?
—Vamoh'a ver 'sa maula.

*—El águila por vieja vuela,*
*no faltándole las plumas,*
*ni'anque le falten las muelas.*

*Ansina cantaba un poyo,*
*que por correr una avispa*
*metió la pata en un hoyo.*

—¡Oigalé!... ¿será palo pa mi gayinero?
—Vea, mejor es que recuerde est'otro:

*—Hay gente que le gustan*
*los dulces caros,*
*y a lo mejor le quedan*
*los dientes ralos.*

Buena alusión directa, inútil, empero, no teniendo Raucho la intención de llevar más adelante su goce platónico.

A las once, era hora de volver a las casas. El hambre hacía menos fastidioso aquel retorno por campos asoleados. A lo lejos divisábase, descolorida, la mancha del monte.
La luz crepitaba en ebullición, sobre el cardal ocre de sequía. Herrumbrados chimangos pasaban cerca. El sopor de la siesta comenzaba a entumir las cosas. Algunos cuises cruzaban la senda, rápidos como una sombra de ave, pareciendo haber rezagado sus colas en el apuro.
La *viudita* escapaba, en horizontal, a un cardo más lejano, del cual ascendía el pechirrojo, para dejarse caer en comba, con agudo rechinar de bisagra.
Una lechuza, al borde de su cueva, topaba el aire con bruscas porfías de cabeza asombrada, y a veces giraba en torno a Raucho, rompiendo el trapo de sus chirridos.
Y en derredor, un inmenso bochorno de verano.

Durante su permanencia, levantóse a veces tarde, perdiendo el matinal paseo.

Los últimos días, no quiso ir a la laguna y evitó la despedida.

Se iría por fuerza. Las cosas estaban decididas así, y un secreto mal humor le sujetó la tristeza.

Había venido por su pampa; ahora le inquietaba, más allá de lo lógico, la suerte de Asunción.

París... París... ¿Qué le esperaba en París?

# *OTROS POEMAS*

## TROPA

Todo el día la tropa se ha empecinado hacia su rumbo.

Doscientos lomos horizontales han ido desplazándose bajo el sol; cuatrocientas pezuñas polvorosas reduciendo camino en isócrona alternancia.

La madrugada ha castigado de oro las frentes gachas. El mediodía hostigado los lomos rasos. La tarde refrescado los ijares.

Nada ha variado nuestra tenacidad hacia un rumbo.

Es de noche bajo los astros y sobre el mundo.

En un sitio apartado tiendo mis pilchas para pertenecer con más soledad a la pampa.

Y un momento, antes de dormir, mi cuerpo tendido en la posible iniciación de un meridiano, he sido una corta oración a la distancia.

"La Porteña", 1922.

## MOMENTO

Ya la tarde se deslíe.

La tarde se hermana con mi frente.

Tengo un gran descanso fresco en las sienes.

El sol aun dice que la rosa es roja mientras calienta el oro de los macachines agrestes.

Un halcón apunta su vuelo a las nubes, como una idea de pronto enloquecida de infinito cae saciándose de color, cinglando la serenidad desmayada del aire, y queda suspenso en un punto como si se hubiera cristalizado, a ejemplo de un carbón en la dureza de un diamante.

El mundo parece haberse detenido un segundo.

"La Porteña", 1917.

## CANGREJAL

Tu vasta esterilidad ha resuelto el cero del horizonte contra el cual podemos girar sin toparnos con variación alguna. Estás como un palo de nulidad interceptando la continuidad del cielo. Y nos sostienes en un centro obligado privándonos con tu negativa de movimiento.

¡Qué vasto es tu gesto de invitación a la muerte! ¡Cómo entra impositivamente en nuestra desesperada obligación de vivir, tu igualdad desesperada que parece sobrevivir en tensa nota de una fracasada voluntad de ser!

Poco a poco reconozco tu verdad y comprendo que mi alma ha creado el dolor de la senda que a ti llega por las torcidas congojas de la duda. Tu pajonal amarillo y seco ha bregado contra la imposibilidad de una gran risa de vida. Tus barriales negros son pasiones condenadas, amplias sedes de agua esperada para reflejar cielos. Toda tu rígida soledad es la fiebre inextinguida e irremediable del amor negado.

Cae la tarde. Un oculto hervor tiembla en tu sensibilidad; tal vez voy a ver tu dolor concretarse. También en mí algo tiende a disgregarse como si mi alma fuera a llorarse a sí misma en coágulos.

La epidermis lóbrega de los pantanos se inquieta y vive en desesperados grumos. Y oigo el sordo gemido del movimiento; miedo que se quiere huir o voluntad de nacimiento que se delata en lo oscuro. El sol poniente no me salva. Su oro grita de fiebre en la larga desolación del dolor inconcluso que lo llama en los pantanos sin la facultad de acoger su alegría. El sol apenas sabe entibiarme como un escalofrío del cual preveo el futuro tabletear de dientes.

De cada poro dolorido de la tierra enferma asoma el sudor de barro de los cangrejos. Cada uno revienta como en fétida apariencia de una ampolla de viruela y queda ahí como asombrado de su nacimiento. Yo sufro esa eclosión en toda mi carne y no sé ya sino pertenecer a trabajos de tortura que se agrandan fuera y dentro de mí.

El sol se ha agachado para no ver.

Entonces en el rojo de su vergüenza la extraña danza de silencio remueve todo el barrial en un andar sesgado de terror.

El caminar de perfil es como una maldición de lo que no puede ni avanzar ni retroceder. Así dentro de mí se remueve todo lo que no pudo ser y no tuve el coraje de dejar.

Pero ya a fuerza de ser la desolación misma no la siento. El dolor que se sobrepasa es serenidad.

Y de golpe las pequeñas bestias que son el dolor ansioso de ser, que no puede más que perderse en su voluntad obtusa, han dado frente al ocaso. Dos manazas ridículas y chambonas de piedad cubren el pecho y el misterio de una oración informulable, aclara el paisaje, como un amanecer de gotas de carne rosada. Y como también en mí nace el canto

de mi florecimiento, más allá del dolor, alzo la vista al cielo, que ya es noche y me refresca con el agua de todas sus lágrimas de luz.

Vuelvo mi caballo hacia las casas y ando.

¿No podré caer en el cangrejal?

Eso significaría ser roído hasta los huesos en diez segundos.

¿Miedo?

¡Soy demasiado fuerte para tener miedo!

## LOS CUCOS

Los padres han salido. El niño, bajo la custodia de una sirvienta, juega. Hace castillos con cubos de madera, y mientras crecen éstos, su imaginación lo llena de un mundo pueril y encantador.

En otra pieza, lee su breviario la tía vieja.

Ya la vida no puede ser para esa virgen seca, cuyos cincuenta años de soltería embican cada vez más en el fanatismo religioso.

Su vida ha sido un agujero y espera luz en la muerte.

Hoy medita sobre las malignidades del demonio; sobre los peligros a venir, contra los cuales debe estarse en continuo alerta.

De pronto, un ruido la sobresalta. En el cuarto del chico los castillos se han desmoronado. Los pasos de la criatura se derrumban por la escalera, y al rato el mismo Ambrosito cae en sus brazos con gritos de terror.

—¡Tía, tía..., hay un cuco arriba... un cuco!

Ella se enoja. ¿Qué broma es esa? Luego se asusta. ¡Puede un hombre haber entrado! —pero en ese momento la sirvienta viene riendo, cubierta de un chal negro y las manos sucias de carbón.

—Soy yo, señora, que quise dar una broma al nene y no creía asustarlo tan feo.

La tía vieja sermonea a la muchacha, pues le ha caído mal la interrupción en sus pensares santos.

Más tranquila por la exteriorización de su enojo, vuelve a tomar su pequeño libro, abre en la página dejada y el tema de hoy retorna a ocupar sus temores. Antes de caer más adelante en sus meditaciones echa a los importunos interruptores.

—¡Ya sabés, María, no quiero más bromas de esas... y tú, Ambrosito, no seas sonso, a tu edad ya no se cree en cucos!

## COLEGIO

Edificio bajo, cuya puerta traga alumnos a las ocho de la mañana.

En el interior, tres patios consecutivos, idénticamente encerrados por aulas oscuras.

En el fondo, especie de jardín longitudinalmente acostado, y cuya espina dorsal es una parra descortezada por los juegos.

Cada hora, diez minutos de recreo violento. Chicos y grandes se llevan por delante. Las peleas son pan nuestro demasiado breve, por intervención del celador. Algo como un remolino que espiralea fugazmente, para descentralizarse en desbande ruidoso de comentarios.

Los menores tienen siete años, los mayores veinticuatro hasta veintiséis, y hacen grupo desdeñoso, aparte del jugar infantil. Conversan de mujeres, son ceñudos, provincianos en su mayor parte, y se respeta su tranquilidad como la de un barril de pólvora.

Recuerdo dos tipos.

El primero, Montalvo —un gesto: pialar con una soguita a los muchachos que salían de clase "puerta ajuera", decía.

Caímos todos, y pagó sus travesuras con incontables protuberancias en la cara, que no lo corregían de lo que él llamaba "su vicio".

El segundo, Pancho. Indio sin retoque, de mirar ladeado, lampiño, huraño, cuya cabeza era mata de paja brava bañada de *bleke.* Era empacadizo a la menor broma, vengativo, pero cobarde en la pelea, tal vez porque no la concibiera sino a cuchillo. Los coscorrones se mellaban contra su cráneo pétreo.

Se celebrizó cuando, por decreto gubernativo, una media docena de practicantes vinieron a vacunar la muchachada.

Pancho fue inencontrable; dormitorios, pizarrones, altillos, letrinas, le sirvieron para esconderse con maestría de "alzao".

Arrinconado un día en la clase, se espaldó contra un rincón, agachando la testa erizada de cerda.

El director, queriendo emplear medios de convicción, se dirigió a mí:

—Muéstrele, Lara, para que vea Pancho que no tiene esa importancia.

Me saqué el saco y, arremangando la camisa, puse bajo los ojos de Pancho la reciente marca:

—¿No ves, maula, que no es nada?

Respondióme con un reproche despreciativo:

—A vos también te han señalao.

La ofensa era suficiente, e iba a poner en acción mi puño, que ya conocía el camino.

—Estése usted quieto, Lara —ordenó el director. Y luego, con voz más suave: —Si Pancho va a venir, va a comprender que no es nada, que no es nada más que agujerearle un poco el cuero.

Pancho mirólo curvo, como siguiendo la línea de sus pestañas.

—Es que a mí no me va a agujerear el cuero el que quiera, sino el que pueda.

Buenos Aires, mayo de 1913.

## POLITIQUERIA

Los situacionistas daban gran fiesta: carne con cuero, taba y brebaje a discreción, visto la proximidad de las elecciones. En cambio, los opositores carecían de tal derecho, y, con pretexto de evitar jugadas prohibidas por la ley, las autoridades obstaculizaban todo propósito de reunión.

En un boliche, a orillas del pueblo, juntáronse desde las once de la mañana los apurados en retobar el buche. Los principales dijeron algunas palabras hostiles contra "la canalla opositora"; cantó un payador versos laudativos para el "cabeza del partido"; jugóse a la taba para mal de muchos, y se bebió, a perder aliento, en los gruesos vasos turbios, salpicados de burbujas cuya efervescencia detuviérase en el enfriamiento del vidrio.

Con la luz diurna fuese la alegría ingenua. Ya habían cruzado, como tajeantes relámpagos de bravuconería, algunos conatos de riña entre la gente mala, pero todo hasta entonces fue sólo pasajera alarma.

¿Cómo podía seguir así la calma? Estaba Atanasio Sosa, cargado de dos muertes y muchos hechos de sangre; Camilo Cano, mal pegador temido por la crueldad, visible en sus pupilas sin mirada; Encarnación Romero, estrepitoso de provocaciones, y sobre todo, Reginaldo Britos, el Bravo negro Britos, siempre dispuesto a pelear, inútil de bebida pero involteable, resistente a las puñaladas como una bolsa al calador.

¿El negro Britos?... Ni preguntarse qué sortilegio podía mantenerlo en pie, malgrado el centenar de mortales cicatrices que hacían de su pellejo un entrevero de surcos claros e irregulares. Contra él se ensayaban los novicios, contando con la inseguridad de sus arremetidas, pesadas de ebriedad tambaleante, que le convertían en blanco seguro.

¡Pobre negro Britos! Ya estaba ebrio, y no salvaría de alguna funesta reyerta.

Hablábale yo, para distraerlo, de caballos, arreos, trenzadas o pagos lejanos, y él me escuchaba con visible esfuerzo en sus cejas, caídas hacia el rincón exterior de sus ojos, como dolorosos subrayados de su frente ceñida por el lauro de un gran tajo.

De cuando en vez comentaba con jocosa irrupción mis decires, mientras parecía abstraerse en previsiones de un hecho venidero.

A nuestra espalda, remolineó la gente y alzáronse las voces. Atanasio Sosa, hinchadas las narices de una repentina furia inexplicada, parecía contestar a una agresión que en realidad no existía.

—¡Me van a asustar negros grandotes porque se dicen duros donde encuentran blanduras!

Columbré la alusión. Parado muy cerca, en la rueda abierta en torno al malevo, vi a mi peón Segundo Sombra, mirando con ojos que fingían sorpresa. El era, sin duda alguna, el desafiado, y me apresuré, olvidado de Britos, a intervenir impidiendo un cercano desenlace.

—A palos se soban las guascas duras... —decía Sosa.

Don Segundo era hombre tranquilo; haciéndose el desentendido, asentía fingiendo admiración:

—¡A la pucha!... Yo siempre dije que usté era hombre malo... Pero seré curioso: ¿usté maniará la gente primero?

Los que se atrevieron a reír lo hicieron a pasto. Sosa, en el fondo temeroso ante Don Segundo, agregaba:

—¡No!... si yo sé por quien lo digo.

¿Cómo fue? No sé decirlo; pero Sosa y Britos se encontraban de pie, cara a cara, mirándose a voltearse.

Sosa sacó un revólver. Britos resbaló un pequeño cuchillo de su vaina; el vacío se hizo a su alrededor por miedo a las balas, y —¡oh triste idea de borracho!— Britos tomó del respaldo una silla, apuntando las cuatro patas hacia su enemigo, pretendiendo escudarse con la esterilla mientras avanzaba buscando un cuerpo a cuerpo.

Y se consumó, en unos minutos de asombrada inmovilidad general, la inmunda cobardía.

Sosa le enterraba sus plomos en el vientre. Britos avanzaba en zig-zag, parado en seco a cada choque de los proyectiles, pero sin caer, chapaleando en su sangre chorreante hasta la extinción de su vigor, quedando atravesado sobre su silla, caída de pie por milagro, como una res carneada.

Hubo alboroto; vinieron las autoridades, y un médico que revisó al caído, tras prolijo examen, dijo: —¡Ese se muere!

Britos abrió los ojos, sonrió, y la pronunciación entorpecida de alcohol y agonía respondió con lento enojo: —¡Diez a uno que no!

Pero no hubo más: dada la gravedad de cada boquete que le perforaba el cuerpo, dijéronle moribundo, y se moriría.

Entonces las autoridades se miraron con un mismo pensamiento: "Si éste desaparecía sin remedio, habría que salvar al otro haciendo recaer en el proceso todas las culpas sobre Britos".

Así fue; pero —¡oh inverosímil brujería!— Britos no quería morir y no murió, de modo que al encontrarse a plomo sobre sus piernas todavía débiles, fue a pagar con dos años de cárcel los balazos que Sosa le pegara.

Nunca olvidé esta infamia, a la cual había asistido para mayor crecimiento del odio que profesé siempre por los caudillejos rufianescos de nuestros logreros métodos políticos.

Pasaron los dos años sin paliar mi enojo, ni mi piedad por Britos; cuando una tarde, saliendo del pueblo en dirección a la estancia, mientras cruzaba frente al boliche de "Las Palomas", vi a un ebrio, facón en mano, haciendo chispear las baldosas a grandes rayones.

—No hay bala que le dentre al negro Britos, ni cuchillo que le alcance al alma.

Nadie respondía del interior a los desafíos. Britos, recién librado de la cárcel, seguía rayando las baldosas, convidando a todos para la pelea.

¡Dios te ayude, hermano!

## ESTA NOCHE, NOCHEBUENA...

Pensaba laboriosamente, penetrado por la cargazón atormentada del aire.

Al llegar a la tranquera, donde como de costumbre cruzaría los brazos para desconsolarme hacia las tristezas de la seca, dejé mi mano resbalar por la lisa madera humedecida de bruma. Una gota cayó dura y fresca sobre mi muñeca, y el trueno rodó como una sucesión de rotundas esferas sonoras cayendo allá.

Engaños conocidos, tormentas de verano que pasan irresolutas a pesar de las cábulas con que se las pretende atraer: dejar descubierta la parva, no entrar el coche, y si alguien habla de lluvia, echarse el chambergo a la nuca y reír incrédulamente.

No hice caso, pues, de aquella gota, caída posiblemente por equivocación, en lugar tan poco frecuentado por sus similares, y recordé el día memorable comenzado sin anuncios de cohetes, ni dianas, pero memorable a pesar de todo. Era 24 de diciembre, por gracia de Dios, y según indicación de los almanaques; el día de mañana sería Navidad durante todo el día.

—¡Mal haya tiempo bruto!... ¡Tiófilo!, atá el surqui y acomodate, que vamos al pueblo.

Cuando subí al escaso asiento, la tormenta había pasado, a pesar de lo de la parva, y afligido de mi cotidiano mal humor, detallé por centésima vez la congoja de los campos yermos.

Los animales aparecían enormes y demasiado numerosos, producíanse mirajes con frecuencia, apartando un trozo de horizonte o colgando un puesto lejano en el aire.

Creyérase ver correr el viento sobre las lomas: tanto reverberaba el sol en fugaces ondas vibratorias, simulando estremecimientos de no sé qué dolor pampeano. Remolinos de polvo disparaban en pequeñas trombas por el campo ardido, y si acertaban a pasar entre las casas, haciendo gesticular risiblemente las ropas colgadas, barajando hojas y gajos con rumor de ráfaga dañina, viejas y chinas se santiguaban musitando temblorosas: "Cruz, diablo", para acorazarse contra las influencias del maligno.

Igual a los demás, este día memorable e incognoscible entre los otros, a no ser la certeza de los almanaques infalibles: ¡24 de diciembre! Quien no supiera la fecha ignoraría de seguro que aquella noche habría "Misa

de Gallo" a las doce (medianoche en punto) para celebrar el acontecimiento más cristiano de nuestra Era.

Así pensando, destartaladamente llegué a las primeras casas del pueblo. Ya era hora: la sombra de nuestro carruaje temblequeaba muy larga, ridiculizándonos en un estiramiento desmedido; endurecíanse luminosas las fachadas de los edificios esclarecidos del sol poniente; a nuestras espaldas, el astro se degollaba contra el filo del horizonte con grandes charcos de carneada...

Miré el reloj. Tenía justo el tiempo para comer en la fonda e ir luego a lo de mi resero Priciano Barragán, que ya con anticipo me invitaba a rezar un rosario en su rancho esa noche memorable de Navidad.

La oscuridad nocturna sólo lograba apesadumbrar el calor insoportable.

Habíase vuelto a formar la dichosa tormenta, convertida en perpetua amenaza irrealizable, y sólo por el compromiso contraído no seguí el callejón hasta la estancia, y me detuve, tras un ligero desvío, en lo del viejo Priciano.

Saludé con recato, no queriendo, como un moscardón grosero, romper la telaraña hecha para atrapar bichos más pequeños.

Las almas parecían estarse entretejiendo en vuelos, mientras los labios agitados por frases sacras se removían como otras atacadas de limón.

Estaba la vieja Graciana, madre de mi tropero; Elisea y Goya, sus hermanas: Prosperina, su mujer; Mamerto, Rosaura y Numa, sus entenados; tres visitas para mi desconocidas, y la negra Ufrasia, más popular en el pueblo que el reloj del campanario.

Todos me entregaron gravemente sus manos fofas y frías, como sapos desmayados.

Busqué un lugar donde espaldarme, con desconfianza de jabalí, y me le apareé al dueño de casa, con un banquito petiso apoyado contra el muro de barro cuyo blanqueo se desprendía en grandes cachos.

Recién pude mirar, sin ser objeto de observación, el centro de aquella ingenua y devota escena campera.

Un Niño Jesús de cera, apenas coloreada, volvíase transparente a la luz de seis amarillentas velas de sebo, colocadas en la orilla de la mesa. Alrededor de la imagen santa, amontonábanse sin curiosidad una vaca de palo, diminuta, una lanuda oveja de juguete y un enorme burro de celuloide, que no me era desconocido.

Aquel acomodo tan sin artimañas, en el cual sólo los símbolos tenían valor, me produjo una de esas piadosas emociones de ternura excesiva.

Entretanto el silencio era el silencio.

Ufrasia indicó un Ave. Obedecimos, porque así lo mandaban las ya divinas manitas del Niño Dios, tendidas en un ruego hacia allá arriba, arriba, arriba. Después dijimos tres veces el Pater, y la negra pronunció, una oración para el caso especial festejado esa noche.

Tregua y silencio y contemplaciones, y almas que oran y labios que cuchichean.

Estaba yo muy cansado, y un sueño plomizo se me colgaba de los párpados, sin que pudiera disimular la expresión bovina que adivinaba. ¿Cuánto tiempo pasó así?

Don Priciano roncaba a cabezazo limpio: la viejita Graciana sesteaba de "a puchos" con sobresaltadas incorporaciones; de la maciza Elisea casi veíase la nuca: tan agachada se desvencijaba hacia el medio de sus rodillas apartadas; Goya, reclinada en el muro, abría tamaña boca; los demás luchaban con coraje, haciendo de cuando en cuando resonar las cuentas de sus rosarios colgantes de las muñecas, y la negra oraba siempre con menudo chisporroteo de labios habituados al rezo.

Traté de eliminarme en lo oscuro para no pelear más contra el sueño todopoderoso, cuando un fláccido acompañamiento de pies descalzos me obligó a mirar hacia la puerta.

Las brasas del fogón anochecían bajo la ceniza.

¡Un escuerzo!

Casi hablé fuerte; pero riprimí la exlamación sorprendido por los ojos pasmados de Ufrasia, que me hacía señas de callar. Por no sé qué extraña coincidencia, también los demás despertaron, y abismados por una común adivinación de algo extraordinario, permanecimos inmóviles.

La inmunda bestia viscosa, de panza purulenta y lomo intensamente coloreado en redondeles violetas y vetas verdinegras, detúvose perpleja como esperando el mandato. Tuve una sensación de congoja, previendo cosas sobrenaturales. Avanzó el escuerzo con brusca resolución: saltó cuatro o cinco veces con vigorosos distendimientos de sus patas traseras, en línea recta hacia la masa sagrada.

¡Un milagro!, previó la voz ronca de la negra Ufrasia, y como acicateado por aquella reflexión, el infecto batracio fue, en un salto más largo y pesado, a dar con todo el cuerpo contra una de las patas de la mesa que sostenía la inmóvil imagen del Niño Dios.

Prorrumpimos en conjunta exclamación de terror; creíamos presenciar, en reducidas proporciones, una escena bíblica. La mesa tambaleó al golpe; una de las velas emplazadas en la orilla titubeó, pareció sostenerse como una pequeña y ardiente torre de Pisa, y finalizó por caer chorreando su hirviente sebo, justo en la cabeza y el lomo del infernal escuerzo que, herido y ciego por la ardiente ebullición de la grasa, rompió a saltar en derrota hasta el fogón dormido. Allí concluyó todo: las brasas se desnudaron cuantiosas e ígneas, cayó la bestia confundiéndose en pasajera nube de ceniza, chirrió la grasa, sonó la panza, hinchada de furia con estampido de cohete, y un largo silbido maligno subrayó la muerte de innoble encarnación diabólica.

En lejano rumor, llegó del pueblo una ascensión de campanas. ¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Cristo nació para la redención del mundo!

En el medio del fogón, de un bulto negruzco surgía carbonizada una pata, de donde, plácida, se desprendía una llama inverosímilmente azul.

Extraña transfiguración nos poseía, y entonces, confiado en la exhortación de mis ruegos, formulé deseos ante aquel Niño de cera, capaz de hacer milagros:

"Acuérdate de la calamidad que agosta a la tierra. Sólo el hombre salva, porque el don de lucha aguzó su inteligencia de bestia superior y así supo, por tus obras, cavar pozos para siempre tener agua, plantar sus alimentos y regalos, cebar los irracionales domésticos, para vivir de sus carnes... pero lo demás carece de tal fortuna; para el campo, los árboles, las aves, las flores, todo lo imposible de mantener artificialmente, la seca simboliza muerte. Sea, pues, para ellos tu piedad".

Continuaba allá en lontananza la ascensión de las campanas; la pequeña imagen del Niño milagroso, caldeada por la proximidad de las velas y el aliento de los animales en adoración (propios para mitigar el frío invernal de las Navidades del hemisferio Norte) comenzó a derretirse.

Nadie, empero, se atrevió a intervenir, y la cera, cayendo en estalactitas por la orilla de la mísera mesa de pino, hacía en el suelo como grandes y extrañas flores muy blancas.

## CUENTO AL CASO

Hace tiempo ya, un vecino de mis buenos y queridos pagos trajo de provincias a Regino Sosa, que luego todos conocíamos en la región como gaucho neto y derecho.

Don Regino, que fue en sus tierras natales resero y capataz de hacienda, concluyó dedicándose al primoroso oficio de trenzar tientos y echar botones o bombas.

En su casa mestiza de rancho, anfibiamente colocada entre campo y pueblo, pasaba sus días maceteando guascas o lonjeando cueros para sus obras, largamente preparadas en prolijos exordios. Le acompañaban dos cuzcos de pelambre bravo y nariz tostada, como los pancitos con grasa, y un hijo mal venido al mundo, con su par de piernas estrafalariamente zambas.

Las piernas de Regino chico eran, en efecto, todo un caso; no presentaban, por cierto, la incomprensible anomalía de "chuequiar p'ajuera", vicio nunca visto en la población gaucha, pero la curva de sus extremidades inferiores aparecía tan violenta que se les hubiera dicho amoldadas en el lomo de un barril como los sunchos, haciendo esto que las puntas de sus alpargatas se miraran de muy cerca con recíproca desconfianza.

A esa degeneración física correspondía otra moral. Reginito adoraba las cosas frágiles y hermosas para después convertirse en furioso iconoclasta de sus propios ídolos, y pregustaba en sus contemplaciones el futuro estupro de sus ideales. Su manía aguda fueron las botas, desde aquel día en que vio un luciente par tan violentamente derechas en la vidriera de la zapatería pueblera.

A la mañana, a mediodía, a la tarde, a la noche, oíase clamar por lo bajo el monótono requerimiento del muchacho:

—Tata, tata..., hágame pueh'un par de botas.

El viejo, ya acostumbrado, se encogía de hombros, respondiendo sin sacar la vista de su trabajo:

—¿Y pa qué las querís si lah'enchuequís?

Sucedió que habiendo don Regino usado su correspondiente tramo de vida, encontrósele un día volcado entre un montón de lonjas, como si su cuero esperara sufrir allí la misma transformación. El hijo se encontró de pronto solo, y sufrió la desorientación de los perritos bayos que no tenían a quién obedecer. El olvido vino, empero, para Reginito al encontrar escondido, en una caronilla, el flamante par de botas que el padre no alcanzara a usar. A Reginito se le estiró la jeta en una sensual sonrisa, y entró en posesión de aquellas prendas vírgenes, gozándose en los crujidos del cuero torturado por las brutales patazas de innoble osatura.

Mucho sufrió Reginito para quebrar la nobleza de la horma, pero no escatimó vejaciones a su ídolo, hundiéndolo en los peores barrizales de los chiqueros, hasta conseguir su esclavitud completa.

Hoy se cumple el decir del viejo: no sólo las botas se han "enchuequido" llenándose de innobles verrugones y gibas, sino que las gallardas espuelas, en lugar de ritmar con sus rodajas un altivo paso de metal, van arrastrándose miserablemente, rayando el suelo de arañones desgreñados como crenchas de india vieja.

Pero Reginito goza. Cuando sus torpes trabajos le dan descanso, vuélvese a la cocina, donde, sentado en un rincón oscuro, se absorbe, babosamente en la adoración de sus "pieses" calzados a gusto. Y le sacude un paroxismo cuando su pesada comprensión comprueba que los "chiches" codiciados por su belleza están quebrados al molde de su repugnante deformidad.

Hay en nuestra historia un hombre de retorcidas intenciones que codició las prendas gubernamentales y llegó a poseerlas.

Llévalas ahora puestas como Reginito las botas; y la Constitución, a ejemplo de las espuelas, va envileciéndose tras el desgarbado andar de sus pies rastreros.

Hay que decirse que la antigua belleza de aquellos atributos ha muerto, y es necesario comprender que ante la imposibilidad de limpiar lo definitivamente mancillado, hay que crear una belleza nueva.

"La Porteña", abril de 1918.

## TELESFORO ALTAMIRA

Telésforo Altamira era un atorrante-soneto en su clásica perfección.

Telésforo caminaba cómodo entre los empujones y codazos, porque su mugre hacía en derredor un vacío de respeto. La mugre es una aureola.

Tenía un poco el físico de Corbière, pero el genio se le había muerto de hambre en la cabeza piojosa. Yo lo vi hace poco, remontando la calle Corrientes a eso de las doce y media de la noche, entre la turba burguesa largada por cinematógrafos y teatros.

Telésforo se detuvo para que bajara de su lujoso automóvil una familia gruesa, puro charol, raso, pechera, escote y joyas; y vióla desaparecer en el zaguán iluminado sin mudar de expresión, es decir: con la boca blanda ligeramente aflojada en o sobre las desdentadas encías. No hay que creer que pensaba; mucho ha curó de esa desgracia, y sólo miraba con ineficacia de idiota, sonriendo a la luz, a los trajes vistosos, a las caras rechonchas. No recordaba tampoco su vida ni su pasado. ¿Qué edad tenía Telésforo? Telésforo tenía sesenta años en treinta, pero su estupidez acual lo simplificaba al rango de recién nacido.

¿Telésforo recordó que tuvo casa? No, señor. ¿Telésforo echó de menos su antigua holgura? Tampoco, señor.

¿Telésforo arguyó que el dinero amontonado en algunas manos sale de otras? Absolutamente, señor.

Telésforo sólo mantuvo con atento esfuerzo el vacío de su yo entre los labios, como si fuese una moneda, y ni la sombra de una idea titiló en su cerebro muerto de injusticia.

Sin embargo, hubiera podido, en estado más lúcido, pensar en muchas cosas frente a aquel coche parado frente al zaguán.

Telésforo Altamira había tenido un pasar que perdió por extremar su tendencia a leer Shakespeare, Platón, Cervantes y Dante, que no sirve para nada. Después casó con aquella preciosa Elvira, que él llamaba su querida hipoteca, y a quien hizo tres hijos antes de que su amigo Lucio le hiciera el cuarto. Después bebió. Después se hizo borracho. Después perdió la dignidad, como dicen los carteles antialcohólicos, en las salas policiales que conoció a consecuencia de aquel tajo inhábilmente asestado al lado de la carótida de su amigo Lucio. Después intimó con la cárcel, y por último, con el vagar derrumbado del atorrante, que ya no necesita alcohol porque posee su incurable idiotez.

Pero estoy hablando de un cadáver. Telésforo Altamira, murió aquella célebre noche de la nevada en Buenos Aires, y ¿saben ustedes dónde? En los umbrales de la casa en que entró nuestra conocida familia gruesa.

La digna señora se afectó mucho por aquel extraño suceso: un hombre que se acuesta sano en un zaguán y se despierta muerto. Por mi parte, habiendo sido condiscípulo de Altamira en el colegio del Salvador, el hecho me causó una lacrimosa tristeza, tal vez por hermandad. Pero un amigo mío, muy docto en psicología, dice que no vale la pena, y que toda la historia de Telésforo Altamira no se debe sino a su falta de voluntad, siendo por lo tanto él solo el culpable de su tragedia sin interés.

Amén.

*Una cocina de peones: fogón de campana, paredes negradas de humo, piso de ladrillos, unos cuantos bancos, leña en un rincón.*

*Dando la espalda al fogón matea un viejo, con la pava entre los pies chuecos que se desconfían como jugando a las escondidas.*

*Entra un muchacho lampiño, con paso seguro y el hielo de un estilo silbándole en los labios.*

PABLO SOSA: Güen día, Don Nemesio.

DON NEMESIO: Hm.

PABLO: ¿'stá caliente el agua?

DON NEMESIO: M. . .hm.

PABLO: ¡'stá güeno!

*El muchacho llena un mate en la yerbera, le echa agua cuidadosamente a lo largo de la bombilla, y va hacia la puerta, por donde escupe para afuera los buches de su primer cebadura.*

PABLO: *(desde la puerta).* ¿Sabe que está lindo el día pa ensillar y juirse al pueblo? Ganitas me están dando de pedirle la baja al patrón. Mirá qué día de fiesta pa'l pobre, arrancar biznaga'el monte en día domingo. ¿No será pecar contra de Dios?

DON NEMESIO: ¿M. . .?

PABLO: ¿No ve la zanja, Don? ¡Cuidado no se comprometa con tanta charla!

Quejarse no es de güen cristiano y pa nada sirve. A la suerte amarga yo le juego risa, y en teniendo un güen compañero pa repartir soledades, soy capaz de creerme de baile. ¿Ne así? ¡Vea! Cuando era boyero e muchacho, solía pasarme de vicio entre los maizales, sin necesidá de dir pa las casas. ¡Tenía un cuzquito de zalamero! Con él me floreaba a gusto, porque no sabiendo más que mover la cola, no había caso de que me dijera como mama: Andá buscáte un pedazo 'e galleta, ensina te enllenás bien la boca y asujetás el bolaceo; ni tampoco de que me sacara como tata, zapatiando de apurao, pa cuerpiarle al lonjazo.

El hombre, amigo, cuando eh'alegre y bien pensao, no tiene por qué hacerse cimarrón y andarle juyendo a la gente. ¿No le parece, Don?

DON NEMESIO: M. . .hm. . .

PABLO *(acobardado toma la pava y se retira hacia afuera a concluir su cebadura, rezongando entre dientes lo suficientemente fuerte para ser oído):* Viejo indino y descomedido pa tratar con la gente. . . te abriría la boca a cuchillo como a los mates.

DON NEMESIO: *(invariablemente chueco ante el vacío que dejó la pava, sonríe para él mismo, con sonsonete de duda):* ¿M. . .hm?

## FABIAN TOLOSA

Fabián Tolosa se ha ido.

¿Por qué?

Hace cinco años tuvo un pleito corto. Lo habían golpeado.

Por segunda vez lo atacaron de atrás, con una horquilla. Se dio vuelta, cuchillo en mano, y estaban tan cerca que la hoja llamó al retirarse, un derrumbe de grasa y tripas.

Era sincero, después, al defenderse. Lo habían buscado cuando él nada quería de peleas; ni bebía, ni usaba siquiera un vocabulario imprudente.

Mala suerte en verdad.

Me empeñé en sacarlo de la cárcel. Gran trabajo fue conseguirlo; los amigos se amparaban en el deber.

Ahora poco, Fabián ha renovado su desgracia: cosa de mujeres. Había encontrado un hombre donde uno no debe encontrarlo. La mujer no sería suya, pero era en su casa.

No los mató por poco.

Sangre, hospital, prisión. Una mala historia. Fabián se quedaba como anonadado ante su destino; él que ni bebía, ni gustaba pelear, ni usaba siquiera un vocabulario imprudente.

Movía a compasión su desesperanza. Pudimos probar el atropello y la provocación del muerto, al par que la honestidad y valía del preso.

Ayer me dijo:

—Me están dentrando ganas de dirme, patrón.

—¿Por qué? Nadie te reprocha tu mala suerte.

—Es la segunda, patrón; y no se dirá que Tolosa lo va a comprometer la tercera.

Se ha ido. La mujer, que sanó en el hospital, también.

¿Qué significa todo esto?

¿Tolosa —me pregunto— era un inocente forzado por los hechos, o dejaba en la ocasión, que se le alargara la mano?

Me puedo cansar preguntándomelo.

Lo cierto es que deja dos guachos.

Pienso criarlos.

Cuando sean grandes, inquietados por gente malévola, querrán tal vez saber si su padre era un desgraciado o un asesino.

Y tendré que explicarles, de modo que en ellos no queden dudas, lo que yo mismo no sé.

Tenía una cara apacible, hablaba muy poco y era fuerte como un alambre en el trabajo.

"La Porteña", mayo de 1924.

# *SOBRE MUSICA*

## LE PACIFIC

### *Movimiento sinfónico de Honegger*

Desde que el "arte moderno" quiso centrar su atención en los espectáculos que nos regala la inventiva mecánica, tan propia de nuestro tiempo (¿podrá ser nuestro?), el ferrocarril, en su doble virtud de máquina y de impulso lírico siempre apuntando al horizonte, que es como el principio de un mundo mejor, ha metido su velocidad y su grito optimista en poemas y cuadros.

Los futuristas intentaron adueñarse de los nuevos ritmos instituidos por el tren, el aeroplano, los trasatlánticos y hasta, ¿está mal?, por esas cajas de sardinas de luto, cariadas de doloridos grititos de lata, que son los Ford, hombre caro, paridor de tantos millones de matraquitas baratas que nos hacen estar más pronto donde queremos, suprimiendo todo placer de viajar.

Pero el tren es otra cosa. No sólo ha sido pretexto de escuelas literarias privativas, sino algo nuestro; nuestro de todos y hasta de las lamentables reses que acortan en él su último viaje de carne, que ya se siente fragmentada en bifes.

Por tales democráticas licencias el tren nos es tan accesible y familiar como una butaca de cine, desde la cual vemos desfilar un entretenimiento a veces muy aburrido.

Sin embargo el tren es algo más. El tren es un Portentoso Invento. El tren es un silbido estridente y un jadeante apuro de hierro que quisiera, inútilmente, vencer las paralelas de los rieles hasta alcanzar el punto en que se encuentran, allá en el infinito. ¿Puede decirse que el infinito es allá?

Lamentable error del tren de esto de proponerse una cosa con la esperanza de alcanzarla; por este solo optimismo deberíamos llamarlo enternecidamente, hombre de buena voluntad.

El tren es también un animal de materia muerta, provista de un alma de vapor, que corre, corre, sobre patas redondas, cosa que antes ningún otro animal había siquiera intentado. El tren es un cienruedas articulado a manera de *lenia-solium*... El tren es tantas cosas como nuestra imaginación quiera; pero concretamente se reduce a esto; una máquina viva, provista de un ruido-canto, que sirve su ideal de acortar tiempo en la carrera para que el hombre viva dentro de más espacio terreno en menos tiempo. El tren líricamente es esto otro: un vértigo de distancia, un optimismo de ser que está seguro de alcanzar su meta, una borrachera de paisajes barajados con avidez de quien olvida pronto y un ansia de más allá siempre aumentada, aunque las vías estrictas sean su pretrazado destino inmodificable y aunque aquella sed de más allá se engañe, coti-

dianamente, en la obligatoria limitación que le imponen, en pequeñas y frecuentemente incomprensibles letras, los horarios, tan sólo condescendientes para con los domingos y días feriados, en que el nombre "Tren" se alegra por virtud de este apellido: "de Recreo". En estas grandes ocasiones los vagones se asolean de domingo los flancos y son más alegres de paisaje afuera como de hombres adentro.

Este año, en primera conversación con el poeta Supervielle... ¿Una primer conversación entre dos poetas que de lejos, en el caracú de sus libros, encontraron exaltaciones parejas? Sí. Algo como una primer cita en que las manos trituran timideces y los labios quisieran lanzarse en confidencias excesivas.

Llegamos al puerto de un sentir común después de tensos entusiasmos de viaje que nos sugeríamos uno a otro en alzas de remate. ¡El tren! ¿El tren? Sí, ese aparato-cocodrilo con articulaciones de aire, provisto de tantos tórax vacíos como de vagones y en cuyo abrigo vamos sin ir: inercia de cosa y velocidad parasitaria.

Qué bien me decía el nuevo amigo la claridad voraz del pensamiento en los viajes ferroviarios y el admirable trabajo de apurada síntesis, que nuestro cerebro encadena sobre el ritmo parejo y fuerte de las ruedas, que en cada golpe aprecian la distancia por sucesivas victorias. Tan bien me lo dijo, que aquella conversación me quedó atravesada, como espina, en no sé qué rincón de mi lirismo ambulatorio, y el día en que le dimos, *Proa* y *Martín Fierro,* el tradicional banquete de adiós, se me salieron de la boca desmedidas irresponsabilidades de las que corto, ahora pedacitos al caso.

Se trata de una partida mía:

"La máquina sopla grandes malabarismos de algodón en que no se pueden contar las pelotas.

"Está muy cansada del camino que va a hacer.

"¿Cuántos hipos solemnes necesita para apoderarse de su ritmo natural?

"Ya el susurbio ha dejado de ensuciar la ventanilla con su teoría cubista.

"El campo está más tranquilo ante el porvenir.

"La trepidación establece una unidad.

"Todas las cosas, desde el miriñaque de la máquina hasta la cadena última del furgón (cola mal acabada), son una sola con nosotros de yapa. Una sola cosa que, sabiendo donde va gracias al riel, no tiene más que hacer fuerza.

"El alambrado a nuestra vera, hace sus palotes demasiado ligero.

"Un campo de *football,* en que cuarenta y cuatro botines hinchados y granudos se ensañan con una pelota inconsciente, que se va a partir en cascos de naranja, no coincide con el cuadrado de la ventanilla. Buscar otro marco.

"Desde las nalgas al cerebro, el tren ha sustituido nuestro mimo poi el suyo.

"Me gustaría hacer versos de un cuarto de sílaba, largos como una serpentina, y pegarlos a la cola del furgón para que nos explicaran todo e instruyeran de nuestro significado a la gente que no sabe nada en los andenes y que siempre pregunta tantas cosas desde la imbecilidad de sus ojos.

"Ya somos el tren.

"Levanto el vidrio de la ventanilla, para que mi cabeza vaya resbalando en el viento como un mundo que realiza espacio por el tacto. ¿No va tirado el tren por la voluntad de completar una órbita?

"Podría hacerse un poema.

"¿Qué es un poema?".

Afortunadamente no lo sabemos, sin lo cual, ya estaría hecho definitivamente, lo cual nos privaría del placer de intentar siempre lograrlo.

Pero ¿era un poema lo que necesitábamos?

Después de oír *Le Pacific,* se me antoja que aquella forma de arte tras la cual todos corríamos un poco, era un "movimiento sinfónico", que Honegger por fin ha entendido.

En su composición encuentro medularmente las dichas definiciones: El tren es una máquina viva, provista de un ruido-canto. El tren es un optimismo seguro de alcanzar su meta.

Fuerza inerte: primera forma de lo que luego se desenvolverá aumentativamente en impulso.

Dos acordes tensos, grises: Vapor que duerme sobre sí mismo, recogido como algo que va a saltar o doble expectativa de los rieles estirados de un solo golpe hasta el destino llamador del horizonte, tras cuya curva aparecerán países, ciudades, tal vez un continente o un abstracto concepto de distancia.

Dos acordes, color gris de vapor silbado en el esfuerzo; o color acero de las vías lustradas por la vehemencia de los expresos.

Y cuando estamos listos, los primeros quejidos sobrios, seguros, largos.

1, 2
1, 2

Todo es peso y tensión.

Los empujes de la expiración solemne van abreviando intervalos. La férrea voluntad se tiende hacia adelante. Y hay un estiramiento de cuanto es hierro, madera, cadenas.

Sigue el ritmo instituido por el envión inicial pero por virtud de esfuerzo sobre esfuerzo, una consecución de velocidad lo aligera.

1, 2-1, 2
1, 2-1, 2

Ya han empezado los cantos menores. La madera se raja y recompone en pequeños crujidos; los hierros resisten a una tentativa de separación manteniendo la coherencia del avance; los vidrios de ventanillas, copas y luces tintinean; repiquetea un bronce flojo. Pequeñas almas grupales van buscando su canto de marcha triunfal para ajustarlas al coro. Un organismo de velocidad se forma, en que aparece aún turbio el ideal de transponer kilómetros.

El ritmo salta hacia un multiplicando mayor:

1, 2, 3

1, 2, 3

Las convergencias se logran. Nace un acuerdo en las voces grupales. La voluntad está más tendida. Los ruidos, precipitados unos contra otros, constituyen un algo compacto. Y bruscamente interviene el paisaje, quedándose atrás.

Arrabales.

Muros impasibles que devuelven ecos. Ojos ciegos de ventanas momentáneamente activadas por la luz que pasa. Polvo de carbón en el camino de las vías. Rígido perfil de fábricas y usinas en cuya expresión trabajadora siempre es noche.

Y de pronto, plantas, jardines, cuadraditos de propiedad que cuidan sus flores. Y un semáforo, tan cercano que nos golpea el oído con cachetada de hierro. Y el cruce de otra vía que corta al sesgo nuestro compás con claros porrazos de metal, pronto rezagados en lo oscuro. Y un abra campo. Y un pueblo, que como suelto puñado de sal gruesa, salpica en desorden sus casas. Casas en que el hombre comete los eternos lugares comunes de amar y morir.

Y todo esto y otros pretextos de pasar que el tren comenta en su canto rápido y fuerte.

¿Y la ciudad, puerto desconocido donde arribaremos después de tanto tiempo?

Olvidado todo.

El tren está ante la noche y como ya en él se recogió la vida en una sola esencia, y tantas partes como tiene existencia para un único objeto, con el ojo clavado en la lejanía, el cuello rígido de orgullo, deshilando en penachos su suelta idea de humo, con la participación optimista de sus miembros entre los que interviene hasta la limadura que fabrica el roce de los pistones, larga hacia adelante su canto que significa alegre energía de vivir ante el estatismo de la noche que ha dormido sus cosas bajo la narcótica lejanía de los luminares:

A mí el riel, en carrera lisa.

Campo y ciudades son espuela para mis flancos.

Mareado de gran vértigo en mi propio estrépito, silbo mi voluntad en los oídos del que queda.

Y todo lo que es va a surgir ante mi porque sé crearme motivos de conquista.

Para mí el aire que rompo con el pecho y remolinea bajo mis ruedas en contradictorios vórtices de viento, rápidamente desechados.

Para mí todo lo que sea conseguir, agotar y olvidar cuanto la naturaleza y el hombre hayan hecho de inmóvil.

Mi palabra es, *lejos.*

Y como si en su propio canto el tren hallara nuevos motivos para acelerar su esfuerzo, el ritmo con redoblado ardor se multiplica en el férreo repiqueteo de las ruedas, el tabletear de las maderas, el crujir de las cadenas, el ágil meneo de derecha a izquierda que regula como metrónomo la intensidad de la rapidez.

Los varios cantos grupales, llegados a su apogeo, se resumen en un zumbido. El tren se ha dormido como un trompo en su máxima velocidad. Ya va a saberlo todo. Ya va a estar en todas partes a un tiempo. Ya va a trocarse en su ideal de unir lo que separa la distancia.

Pero el freno le hace olvidar su éxtasis. La inercia va a oponerse al estatismo. Los vagones traseros pesan sobre los de adelante; los de adelante sobre la máquina.

Se llega, se llega.

1, 2, 3 dice todavía el ritmo.

El canto total vuelve a descomponerse en partes.

La máquina ya nada dice.

De pronto es menos:

1, 2-1, 2

Poca convicción. Los rieles chillan.

1, 2

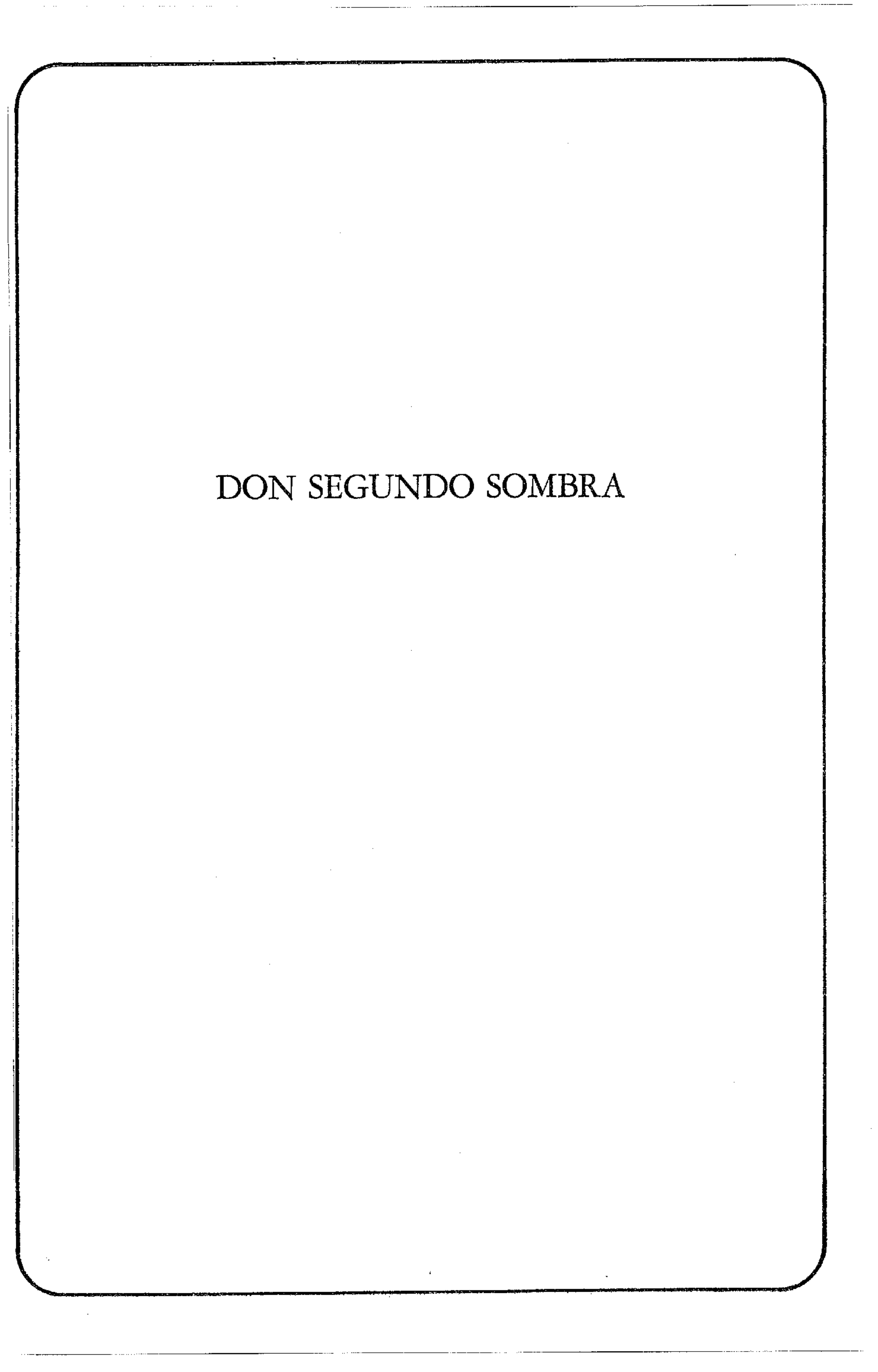
Los músculos de hierro y de madera se amontonan.

Un chorro de vapor, color de riel, dice su cansancio.

1 (apenas).

SILENCIO

Buenos Aires, agosto de 1925.



# DON SEGUNDO SOMBRA

# *RICARDO GÜIRALDES Y LA ESCRITURA DE "DON SEGUNDO SOMBRA"*

## I

La única actividad permanente y sistemática de Ricardo Güiraldes fue la de escribir. Estiró los días de su breve vida para que en ellos cupiesen todas las letras de un libro, *Don Segundo Sombra.* Y esa vida fue preparación de tal escritura [1]. Su estirpe era española, fundadora, muy antigua [2]. Los apellidos de su padre y de su madre son vascos, y la fortuna de ambos se contaba en leguas de territorio y en cabezas de animales. Ese modelo de familias, en el sur de Sudamérica, solía pasar una parte del tiempo en Europa. Ricardo nació en Buenos Aires en 1886 y al año siguiente fue llevado a vivir en un suburbio elegante de París con los suyos. Allí la consigna para las familias distinguidas de la colonia latinoamericana era hablar el francés, aun en la intimidad, en la ilusión de ser aceptados por la clase alta europea que sonriente toleraba el boato de estos lejanos hombres y mujeres de buena voluntad y probadas fortunas. Los niños de esas familias aprendían el francés de institutrices y criadas. Ricardo siguió la regla, aprendió el francés como primera lengua, y parece que también algo de alemán, o al menos la habilidad para leerlo. A los cuatro años lo trajeron de regreso a la Argentina: hasta los diez habría de vivir en la estancia de su padre, *La Porteña,* a un par de horas de tren de la capital del país. Los meses fríos los pasaba en una quinta de los suburbios de Buenos Aires. Como era usual en las familias de su posición social y económica, recibió de institutrices que vivían en la casa la enseñanza elemental; luego tuvo un preceptor, un joven universitario mexicano. El niño había enfermado de asma, como

[1] Quizás el propio Güiraldes no lo haya sentido así, llevado y traído por los requerimientos de su notable vitalidad. Pero así podemos verlo desde una perspectiva global. Cf. Victoria Ocampo, "Carta a Ricardo Güiraldes", en *Sur,* 217-18, 1952, pp. 1-6.

[2] Cf. Iván C. Moreno, *Linaje troncal de los Ruiz de Arellano en el Río de la Plata,* Buenos Aires, Impr. López, 1937. También, Blasi, "La ruta de *Don Segundo*", en *Chasqui,* VI, 2, 1977, pp. 7-14.

Proust y Larbaud, pero viajes al mar y oportunos cuidados luego se la quitaron. Tras pasar por otros institutos, religiosos y laicos, en 1904 obtuvo el diploma de un bachillerato que trataba de seguir el modelo del Bachillerato francés en el prestigioso Instituto Libre de Segunda Enseñanza. Desde la infancia tocaba guitarra, gustaba del dibujo e intentaba escribir, pero carecía de una vocación profesional determinada. Pensó en ser arquitecto y más tarde trató de ser abogado, pero en la Universidad no logró superar los primeros exámenes de ambas carreras. Tuvo algunos empleos pero le duraron poco tiempo, hasta la llegada de cada verano: pasó por un juzgado, por bancos y casas de remates. El joven Güiraldes repetía con la suya una historia nada excepcional entre los varones jóvenes de las familias prominentes latinoamericanas. Manuel, su padre, era alcalde de la ciudad de Buenos Aires, y el país se preparaba a celebrar con pompa internacional los cien años de su revolución contra España. Ricardo parte a Europa poco antes de que ocurran las fiestas, quizás rechazando el triunfalismo fácil con que se iba a autocongratular el país rico, quizás poniendo distancia con un patriarca airado por las inconstancias del hijo; seguramente, para cumplir con el rito de iniciación, similar al ritual viaje al continente de los jóvenes nobles ingleses, que su gente y su tiempo esperaban de él.

Si leemos entre líneas los documentos que produjo tal viaje veremos que resultó en una orgía de millas recorridas en barcos de vapor y en *sleeping cars:* tomando a París como vicaria ciudad-hogar, Güiraldes incluyó en su experiencia el conocimiento de España, el del mundo mediterráneo y el del Extremo Oriente; y también visitó a Rusia y Alemania. Sólidos pesos criollos respaldados generosamente en oro le permitieron tres años de rica, quizás borrascosa experiencia europea. Pero no sólo fue leer el mundo y las gentes. Criado en un ambiente ilustrado, el joven argentino traía costumbres de lector, conocía a aquellos jefes de fila del pensamiento europeo decimonónico que no podían faltar a una inteligencia cultivada de aquel momento, y ya su experiencia de lector de narraciones era bastante rica: había leído algún Balzac, Flaubert, Zola, Maupassant y France; también algo de Dickens y Dostoievski, de Renan y Michelet. Su conocimiento de la poesía, sin embargo, no iba más allá de Samain, Darío y Lugones, poetas entonces de moda [3]. En París vivió una bohemia dorada, bailó y difundió el tango, tuvo amigos artistas, alguno de ellos le ayudó a descubrir a Jules Laforgue.

En 1913 aquella iniciación llegó a su fin. Güiraldes volvía a Buenos Aires para tomar esposa, dentro de la mejor tradición. Casó con Adelina del Carril, rica, heredera, tres años más joven que él, a quien frecuentaba desde hacía casi una década. Al año siguiente, las inquietudes literarias de Güiraldes tomaron estado público: *Caras y caretas,* revista predominantemente literaria y satírica de enorme difusión, imprimía al-

[3] Güiraldes, *Obras completas,* Buenos Aires, Emecé, 1962, pp. 25-36 [*Obras*].

gunos cuentos y poemas del joven escritor. En 1915, luego de una al parecer decisiva entrevista con Lugones, dos volúmenes de edición simultánea pagada por su autor establecen aquellas inquietudes como una sólida vocación; son *El cencerro de cristal* y los *Cuentos de muerte y de sangre*. Las poéticas irreverencias del primero hacen pasar desapercibidas las narraciones del segundo, procesadas en una actitud literaria mucho más tradicional que la de los poemas. El nuevo poeta, pariente por sus versos de Laforgue y de Lugones, tuvo una recepción injusta cuando no burlona entre los de su círculo social. Los escritores profesionales, por su parte, no distinguieron en él a uno de sus pares sino a alguien de la clase alta complacido en cierto *dilettantismo* literario [4]. Desalentado y furioso, Güiraldes recogió ambas ediciones, de mil ejemplares en cada caso, para depositarlos en una cisterna en desuso de *La Porteña*, condenándolos a la destrucción y a la muerte. Con su mujer y un matrimonio de gran intimidad, fue hacia Chile en 1915, y de allí, por barco, hacia el Perú y las Antillas; notas de ese viaje serían aprovechadas más tarde en su novela *Xaimaca*. Al año siguiente, publicaba *Raucho*, velada autobiografía subtitulada *Momentos de una juventud contemporánea*, que se venía escribiendo desde los días de su último viaje a Europa. También, y fuertemente motivado, intervino en el movimiento juvenil que solicitaba la ruptura de la neutralidad argentina frente a la Gran Guerra. En 1918, Horacio Quiroga acogía en su serie *El cuento ilustrado* el texto de "Un idilio de estación", *nouvelle* que luego se imprimiría bajo el título de *Rosaura* (1922).

## II

El tercer viaje a Europa en 1922 fue una decisiva experiencia para Ricardo. Ya treintón, bien casado, con cierta experiencia y desengaño literarios, iba a vivir un nuevo rito de pasaje. Su mujer, gracias a sus personales relaciones, le puso en camino de ser recibido por uno de los más influyentes escritores franceses del momento, y éste, a su vez, lo introdujo en una *clique* de las más coherentes de aquella hora, la que funcionaba en torno de la librería *Aux amis des Livres*. Valery Larbaud, el escritor, y Adrienne Monnier, la librera, serán desde entonces cautivados con afecto y cuidado por el matrimonio Güiraldes, y gracias a esas amistades literarias conseguirá Ricardo una dimensión europea eficiente para compensar la mala recepción doméstica de sus obras y apta para preservarle del provincialismo que podría haber impregnado las de su madurez en caso de que esa dimensión europea no hubiese existido.

[4] Carta a Valery Larbaud, 5 julio 1924, en "Fonds Larbaud" (Biblioteca Municipal, Vichy), G. 622.

Larbaud es visualizado hoy no solamente como creador, sino como un cumplido humanista y un mediador entre diversas literaturas extranjeras y la suya. Su mediación le permitió revelar al público francés talentos literarios que se cuentan entre los más agudos que ha producido nuestro siglo: James Joyce, Italo Svevo, Ramón Gómez de la Serna. Y de nuestra América, Alfonso Reyes, Mariano Azuela, Manuel Gálvez, otros más. Esa vocación generosa, ese sentido misional, supo ejercitarlo con eficaz simpatía respecto de su nuevo amigo argentino. Su palabra personal, sus confidencias y cartas privadas, los estudios que a partir de aquel encuentro escribió sobre Güiraldes y las dos cartas públicas que habría de dirigirle [5], dieron el ánimo y significaron la progresiva puesta a consideración de su talento, necesarios a la sensibilidad de nuestro escritor para la realización de *Don Segundo Sombra.* Y la autorizada voz europea de Larbaud, de fina universalidad, convino a la definitiva aceptación de ésta. No se agota con ello la presencia benéfica de Larbaud en la vida de Güiraldes. Fue él quien le presentó amigos [6] y quien lo introdujo a cenáculos. Fue él quien en un Güiraldes creativo y espontáneo infundió un clima de severa presión cultural y quien le transfirió una metodología de lector. Todo dirigido con la máxima eficacia hacia la instalación de Güiraldes en el clima espíritual al de una literatura rigurosamente contemporánea, en discusión, intensamente vivaz. Y fue también Larbaud quien lo incorporó al espíritu de la *Nouvelle Revue Française,* donde él era figura consular; esa *NRF,* dedicada con mesurada eficacia a la transcripción de los mejores frutos de la generación francesa más reciente. En ella pronto se leerá esta afirmación de Larbaud sobre Ricardo: "qui sait si ce poète subtil, délicat, ultradécadent, formé à l'école de Rimbaud et surgi de cette nouvelle Alexandrie que fut le Paris de 1870-1900, ne sera pas considéré comme un des grands écrivains nationaux de la grande république hispano-américaine" [7].

Alentado por esta profecía y sostenido por tan benéfico clima espiritual, Güiraldes comenzó la escritura formal de *Don Segundo Sombra* y continuó con ella hasta que, para seguir adelante con la germinación del libro, se vio necesitado de volver a su tierra (para "ponerme en con-

[5] Paul-Emile Bécat dibujó a Güiraldes en París en 1920. Ese retrato, que se exhibe en las salas de la Biblioteca Municipal de Vichy dedicadas a Larbaud, lleva manuscrito un poema-dedicatoria del retratado que expresa:

> A Larbaud, recuerdo de un poeta lejano, / Ciudadano del mundo aunque buen americano, / De Barnabooth millonario modestísimo hermano, / Relleno de versos, sin nada en la mano. // Maniático andante de férreos caminos, / Sin rumbo, sin tino. / Y manso marino. / A bordo de barcos-ciudades, pesados, / Que siempre repiten caminos andados. // Iluso que ha puesto en los horizontes / Del mar, de la pampa, de selvas y montes, / Su puerto-destino / Y cree que la meta es siempre el camino. // *Ricardo Güiraldes.*

Esa relación fue estudiada con detalle en: Blasi, *Güiraldes y Larbaud: Una amistad creadora,* Buenos Aires, Nova, 1970.

[6] *Obras,* 609-35.

[7] "Poètes espagnols et hispano-américains contemporains", en *Nouvelle Revue Française,* XV, juillet 1920, pp. 141-47.

tacto con las cosas que pueden servir de base a mi obra literaria" [8]). Ese 1921 lo pasó peregrinando por la Argentina: por sus provincias del noroeste linderas con el Alto Perú (y en ellas vio reñir a los gallos), por la costa bonaerense cercana a Dolores (y allí vio los cangrejales) [9], en su ir y venir desde *La Porteña* a la orgullosa capital del país. A fines del año se dieron en ella algunas señales de un incipiente vanguardismo ultraísta gestado por la generación de los más jóvenes. Mientras tanto, los Güiraldes preparaban un nuevo viaje a Europa, breve, en torno del verano de 1922.

Cuando regresaron, Ricardo hizo imprimir *Rosaura* y, en 1923, *Xaimaca*. Por aquellos días comenzaba a escribir los *Poemas solitarios* al tiempo que *DSS* seguía en el telar.

## III

Esos días de *La Porteña,* tan vinculados con la escritura de *DSS,* han quedado bien descritos en el *Diario* aún inédito que por aquellos años decidió llevar Güiraldes [10]. Si, por ejemplo, revisamos sus anotaciones entre el 19 de marzo y el 23 de mayo de 1923 lo vemos en esos días residiendo permanentemente en La Porteña, si bien realiza con Adelina cuatro breves viajes a la capital con el propósito de visitar a su médico. En esas páginas queda un vivo retrato del escritor. Vemos que éste, casi regularmente comenzaba su jornada con ejercicios respiratorios escogidos entre los que aconseja el Yogi Ramacharaka en su *Ciencia de la respiración,* los que practicaba en su cuarto frente a una ventana abierta o al aire libre, en pleno monte, cuando el tiempo lo permitía. Con menos regularidad, hacía ejercicios de concentración con respiración pránica bajo los árboles o en el lecho antes de dormir o repetía ciertos *mántrams* con la ayuda de un rosario. El 18 de marzo anotaba: "Tendido al sol, al lado de las casuarinas, [he] hecho respiración con imágenes pránicas: comunicación por inspiración y expiración con la tierra, los árboles, el cielo... tratando de realizar mi pertenencia a la unidad total". Es muy visible la preocupación por la propia salud, anota todo dolor que siente así sea muy leve, las cefalalgias, los escasos medicamentos de que se sirve, el ascético uso que hace del tabaco, las inyecciones de bismuto que le son aplicadas cada siete días. Sin embargo, se le ve en constante y enérgica actividad física. Algunas veces se trata de faenas ganaderas, otras se baña en el río, corre una carrera, pasea a caballo, realiza numerosas caminatas, o juega con su lazo. Un día enseña algo de *box* a su

[8] *Obras,* 742.
[9] Cf. *DSS,* XIII, XV.
[10] Blasi, "Donde toda literatura está ausente: Güiraldes y su Diario", ponencia presentada al XIX Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana, Pittsburgh, 1979.

peón Ramoncito y a unos sobrinos; otro, enseña a Ramoncito a manejar automóvil o remonta barriletes con uno de los sobrinos. Poseedor de habilidades deportivas, no las ejercitaba sistemáticamente; es visible en cambio su adhesión al automóvil, un típico Ford con el que paseaba de aquí para allá, salía a pintar, meditar o escribir. También tenía aficiones de cazador: veintinueve veces salió en el período marcado con su escopeta de dos caños, en busca de gavilanes o de un eventual halcón, a fin de proteger de la rapiña al palomar de la casa.

Gustaba de practicar el democrático juego de bochas en las inmediaciones de esa cocina donde con peones y reseros compartía asados, mate, y conversación. El numeroso grupo familiar constituido por Ricardo, su mujer, sus padres y hermanos con sus mujeres e hijos, gozaba de ingenuos placeres: juegos de carreritas en el comedor o sobre la mesa de la cocina, con reseros y peones; también bailes, acompañados de guitarras. La cocina tenía especial fascinación para Ricardo; parte de su ritual cotidiano consistía en allí tomar su mate, siempre en compañía de sus amigos: los reseros y los peones de la estancia. También allí toca la guitarra, enseña a bailar a sus sobrinos, o toca para que Don Segundo baile, con lo que se da la circunstancia de que un novelista toque la música a cuyo compás baila el personaje central de su novela mayor [11].

No sólo estas expansiones, sino otras artísticas enriquecían la vida de Güiraldes en esos días. Entre ellas, la práctica cotidiana del dibujo y la pintura. Una reflexión suya vincula este quehacer al literario: "Me gustaría pintar «momentos». Un jinete pechando una vaca, un pial, una bellaqueada. Cosas muy fuertes, tratando de dar el movimiento en la luz" (abr. 25). Sus lecturas de aquel período incluyen artículos sobre Proust, libros de Manuel Gálvez, Samuel Butler, Victor Fegalen, Paul Morand, y Alejandro Dumas; también abundantes textos espiritualistas: pasajes del *Raja Yoga,* del *Evangelio* de Ramakrishna, de *Las Catorce Lecciones* y del *Evangelio* de San Lucas. Mientras tanto, sostenía una escritura casi diaria en las horas en que la luz se había retirado del campo, las de la meditación. Tal actividad se ordena en dos series: una general, se refiere a la elaboración de un conjunto de cartas literarias dirigidas a Carlos Gutiérrez Larreta, a la corrección de un capítulo de *Xaimaca* y a la copia de poemas corregidos, entre otras tareas; la otra, de naturaleza muy compleja, gira en torno de la escritura de *DSS.* Si bien en esa etapa no trabajaba activamente en la redacción de su novela, ésta, desde el telar, gravitaba sobre el comportamiento general del escritor y daba sentido a la

[11] Dice el 28 de abril de 1923:

> A las siete, al galpón de abajo, afuera. Comido un poco de asado, tocado unas piezas a dos guitarras con Pairón. Poco después al salón de baile, donde también tocamos con Pairón para que bailen. Una copa de anís. Baile hasta la una y media que nos vamos con Adelina. He bailado tres gatos, tocado un palito para Pepe, Lolita y Elsa, un Correntino para Pepe y Lolita y otro Correntino para Don Segundo y Elsa. He tomado una ginebra y un traguito de anís. Tengo hambre. Son las dos y media. Poco cansancio.

totalidad de su conducta. El *Diario* da testimonio de cómo la materia narrada se ponía literalmente a la puerta del cuarto del narrador; allí abundan anotaciones como esta: "Han venido dos reseros de Arrecifes, con unas vacas que quedarán para la feria del Sábado. Tomo la guitarra [. . .]. Después de almuerzo, conversación con los reseros, mate y partida de bochas" (abr. 15). "Comido en la cocina de abajo, un asado de vaca con los reseros. Tocado la guitarra" (mayo 2). "Antes de comer, en la cocina de abajo, mate. Ciriaco cuenta unos arreos de cuando tenía diez y ocho años; me podrán servir para *Don Segundo Sombra*" (mayo 13). "Comprado un asado y vino y vuelto a la estancia, donde toco la guitarra y converso con Mariano Ortega, Tebas, Goyo, Ramoncito, Pepe. . ., etc. . . ., mientras la carne se asa. Comido en la cocina de abajo. Después de comer, conversación, guitarra. . . con los nombrados. Me acuesto a las once [. . .]. No he trabajado esta tarde pero esto no me mortifica porque de la conversación con los reseros puedo servirme para *Don Segundo Sombra*. En todo caso me pongo en ambiente" (mayo 18).

Otros testimonios contenidos en el *Diario* acentúan y refuerzan la tradición existente en cuanto a las destrezas rurales del escritor. Lo refieren no como hombre urbano capaz de hacer ciertas cosas sino como auténtico hombre rural para el cual tales cosas son parte de un estilo de vida. Todo va expresado con la llaneza de quien realiza actos corrientes, cumple con rituales exentos de novedad: "Después de almorzar, enlazado y pialado algunos terneros para señalar" (abr. 5). "Salido a caballo [. . .] llevando a la feria de Manolo diez y nueve vacunos. Nos dan mucho trabajo para pasar el río. Todo el día en la feria. Mucho asunto para pintar o describir. Vuelto al anochecer" (abr. 21). "Aire fresco, vigoroso, estupendo. Desayunado con mate [. . .] y comido un bocado de churrasco. Salido en seguida para la yerra en el potrero de *La Victoria*. [. . .]. Toda la mañana trabajado con lazo a pie y tomado mucha agua. [. . .]. A eso de las tres todo concluido" (abr. 27). Al día siguiente se levanta a las seis, como en el anterior:

> Desayunado con mate en la cocina de abajo. Salido hacia el corral pues hemos oído llegar la hacienda. Mañanita de rezar. Celajes en el campo, a ras de los bajos. De la playa al horizonte del Este, la tierra parece un cielo de nubes coloreadas por el crepúsculo, en el que boyan, a contraluz, los montes azules. En el corral las vacas están bañadas en un vaho de evaporación: plateada de los lomos arriba, azul incierto en los huecos de sombra. Algo estupendo para pintar. Toda la mañana lazo y corrida. El cansancio, en forma de dolores musculares, se va con los primeros movimientos. Sudo y tomo agua, menos que ayer. Comido asado tierno: costillas. Tomado un trago de vino y bastante agua sin contar dos o tres mates. Lazo y corridas. . ., etc., hasta cerca de las tres. Cansancio. Bochas,

charla, guitarra con la peonada, hasta las cinco y pico. Baño tibio largo, afeitada y arreglo para el baile.

El árbol de palabras, *Don Segundo Sombra,* iba a crecer con una raíz hincada en su tierra y otra en tierra europea, más allá del mar. Un clima benigno y favorable vino a proteger su crecimiento. Tal clima contenía, o era contenido, en la atmósfera vanguardista. Esta comenzó por llamarse Ultraísmo en el mundo español y surgió, tras algunos antecedentes aislados entre sí, en 1919. Ese año se vio a un grupo definido de escritores publicando un breve manifiesto que era recogido por la prensa de Madrid, y en el cual sus firmantes declaraban la necesidad de un arte nuevo que reemplazase los conceptos vigentes en aquel momento en la literatura española. Respetuosos de la obra realizada por las grandes figuras de su época, estos jóvenes anhelaban rebasar la meta alcanzada por ellas y proclamaban la necesidad de un *más allá* juvenil y liberador. Bajo su lema, VLTRA, cabrían "todas las tendencias avanzadas, genéricamente ultraístas" de las que se esperaba que más tarde se definiesen y hallasen "su diferenciación y matices específicos". Estos fundadores veían a VLTRA "como el vértice de fusión potente adonde afluyen todas las pugnaces tendencias estéticas de vanguardia". Guillermo de Torre, Jorge Luis Borges, Gerardo Diego, José Rivas Panedas, Eugenio Montes y Pedro Garfias habrían sido los "socios fundadores" del movimiento [12], que fue de aparición casi simultánea en España e Hispanoamérica. La innovación que el Ultraísmo aportaba consistió principalmente en una criptografía metafórica que, llevada a sus extremos, permite incluso la invención de la jitanjáfora por Mariano Brull. El verso libre y blanco se hizo moda y el fervor por una poesía pura, despojada de referencias a los hechos inmediatos, fue aún mucho más exigente que entre los primeros modernistas. Sin embargo, pese a ello, el ultraísta Borges, y sus seguidores en la Argentina, jamás prescindieron de tales referencias, "persistieron en el amor y la descripción de su tierra natal" [13]. Entre tales seguidores se contaron Oliverio Girondo, Norah Lange, Eduardo González Lanuza, Francisco Luis Bernárdez. El mismo ambiente mezquino que obligara a Güiraldes a encerrar en su cisterna el resto de sus dos primeras ediciones, la del *Cencerro* y la de los *Cuentos,* asfixiaba ahora a la corajuda juventud de una veintena de poetas y prosistas unos quince años menor que él, y con tanta vocación de aventura como la suya.

Un cuarto de siglo después, algunos de aquellos vanguardistas coincidieron en este panorama de época, vestido con aquella retórica de su juventud:

[12] Guillermo de Torre, *Literaturas europeas de vanguardia,* Madrid, Caro Raggio, 1925, p. 46.

[13] Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica,* Buenos Aires-México, Fondo de Cultura Económica, 1949, p. 194.

> De nada vale que ya en 1909 el Futurismo se desgañite y gesticule neroneanamente ni que, bajo la influencia de Whitman y de Rimbaud, se inicie una época cuya estimación valorativa podrá ser discutible, pero que evidenció como ninguna, la potencia de su ímpetu creador y su indomable espíritu de aventura... Mientras las ascéticas experiencias del Cubismo amenazan agotar desde el año 1912, su inocente capacidad de indignación; mientras pululan y se suceden los "ismos" y nace en Zurich, en 1916, para explotar en París, la "inanidad sonora" y destructiva de "Dadá"; mientras en la misma España —con algún retardo y cierta timidez— surge el Ultraísmo, y germina de nuevo en París —a través de Apollinaire— el Surrealismo, aunque no florezca hasta el 24, *aquí no sucede nada.*
>
> Por increíble que parezca, los eternos figurones gaseosos persisten en una retórica caduca y en un academismo "vant la lettre", a la par que el pésimo "buen gusto" de algunos espíritus marmóreos continúa frecuentando una estética refrigerada o un cierto dandismo tropical. No sólo las casaderas libélulas de Flores son víctimas de la sensiblería más cursi y edulcorada. El peor Rubén, el de las marquesas liliales y otros pajarracos de "parterre", fomenta el ripio lacrimal y el decorativismo de pacotilla... Salvo rarísimas excepciones, se ignora la producción contemporánea con la misma prolijidad con que se desconoce la del pasado [14].

El retrato espiritual de aquella Buenos Aires de los años veinte, con sus novecientos mil habitantes y su pretensión de ciudad europea, es sin duda caricatural y bastante injusto aunque sirve como índice de la temperatura moral de aquellos jóvenes rebeldes.

Borges trajo a Buenos Aires la novedad ultraísta. Comenzó por fundar en 1921 la revista mural *Prisma,* que ni las paredes leyeron, según confesión del fundador, a la que sucedió, al año siguiente, otra llamada *Proa.* Esta era una revista de seis caras, de la que se imprimieron tres números. En febrero de 1924, apareció el periódico *Martín Fierro,* continuador de la experiencia vanguardista en términos mucho más generales y dentro de una visible anonimia. Los ultraístas, desencantados ya de su juguete de importación, se habían unido a otros escritores jóvenes, y asumían jocundos la condición de *enfants terribles* de la literatura rioplatense. Así lo testimonia el tono del manifiesto que pronto distribuyeron en panfletos y que luego copiaron en el testero del cuarto número de *Martín Fierro.* Allí reaccionaban frente a la impermeabilidad hipopotámica del honorable público, la funeraria solemnidad del historiador y del catedrático que momifica cuanto toca, la ridícula necesidad

[14] *El periódico "Martín Fierro": Memoria de sus antiguos directores,* Buenos Aires, Colombo, 1949, p. 11.

de fundamentar nuestro nacionalismo intelectual hinchando falsos valores que al primer pinchazo se desinflaban como chanchitos, la incapacidad de contemplar la vida sin escalar las estanterías de las bibliotecas y, sobre todo, frente al pavoroso temor de equivocarse que paraliza hasta el ímpetu de una juventud más anquilosada que cualquier burócrata jubilado. Tal manifiesto se halla dentro de lo que era tradición en las revistas y movimientos de vanguardia. Más importante que la algazara contenida en sus declaraciones, es el hecho de que el periódico se ocupase, con entusiasmo y constancia, de las formas entonces más actuales no sólo literarias sino también las propias de las otras artes: pintura, escultura, música, y aun arquitectura. En el plano humano, continuaron la tradición parricida propia de las letras rioplatenses; luego de negar globalmente a todo literato de fama establecida, con naturalidad buscaron sus *gurúes* entre aquellos de la generación precedente a quienes tal fama les había sido negada. Y con naturalidad divisaron al solitario, a Güiraldes, quien una década antes había intentado su revolución privada con los mal leídos textos de su *Cencerro.*

## IV

En una carta personal de julio de 1924, Ricardo enjuiciaba la actitud de las figuras que por entonces regían la actividad literaria en el Río de la Plata. Y no es arduo inferir que cierta dosis de reticencia y de defensa frente a un Güiraldes a quien se veía como representante del disconformismo literario, había condicionado una concreta forma de ostracismo para el joven autor. Dice allí:

> Mi situación, o mejor dicho mi no situación literaria sigue aquí lo mismo. Mando mis libros a Lugones, Rojas, Quiroga, etc... pongo en cada envío una dedicatoria diciendo a cada cual el bien que de ellos pienso. De Rojas y Lugones no recibo ni una línea de respuesta, ni los libros que publican. Quiroga es más gentil pero tampoco se compromete con un juicio pues si yo le dedico *Xaimaca* como a "nuestro admirable cuentista", él me responde como "viejo compañero". Esto es como decía un chistoso, estar a media correspondencia: yo le escribo y ella no me contesta. Lugones me ha dicho oralmente que no publica un artículo sobre *Xaimaca* porque tendría que ponerle sus "cortapisas" y no quiere hacerlo. Yo nada le he pedido por supuesto y creo que lo de "cortapisas" es tan aplicable a su propia obra que no debería tirar así la primera piedra [15].

El 7 de agosto de 1924 Güiraldes escribe en su *Diario:* "En los últimos días [he] conocido a muchos muchachos de los jóvenes, entre los

[15] Carta a Valery Larbaud, 5 julio 1924, citada en nota 4.

que hay verdaderos talentos de poeta. Hemos fundado una revista: *Proa,* con Borges, Rojas Paz y Brandán Caraffa". La historia de *Proa* y la historia personal de los Güiraldes se confundieron en una sola durante el año en que éstos estuvieron a cargo de la revista, Ricardo como uno de los directores, su mujer como el más diligente de sus colaboradores. Ellos fueron en verdad los verdaderos gestores de *Proa,* sin cuyo concurso la revista poco menos que no hubiera podido existir, no por meras razones de mecenazgo sino porque el comportamiento cultural del grupo vanguardista afiliado a *Proa,* de faltar los Güiraldes, no hubiese encontrado los mediadores que ellos para el caso fueron, al comunicar sentido y dirección dentro de un sistema de ideas que desbordaba el perímetro provinciano y la condición paracultural en que la vanguardia rioplatense se desenvolvía, por su posición geográfica con respecto de los entonces centros literarios del poder y de la creatividad. En su *Diario* (ag. 7-10, 1924), Güiraldes da claves íntimas que permiten entender hasta dónde la simbiosis de ambas vidas, la de la pareja y la de *Proa* era verdad, así como reconstruir en el dato íntimo el momento cálido y doméstico en que la revista fue procesada, y el grado de actividad que demandó por parte de las personas que participaron del grupo inicial. Junto a estos datos se anotan como una constante los testimonios de incomodidades que sin cesar molestan a Ricardo en su salud y le mantienen preocupado por ella.

Para los jóvenes escritores vanguardistas, Güiraldes ya es su "jefe", su "precursor". Caen sobre él reportajes, encuestas, biografías, y el pedido de poemas y artículos. Los Güiraldes, que vivían en un hotel, deciden mudar a un apartamento pequeño, a fin de no tener que recibir demasiadas visitas. Pero la casa se ve "invadida todo el día" por lo que Adelina llamara en su momento un "congreso proático perenne". Eran los días de escritura de *Don Segundo* y la salud de Güiraldes seguía con frecuencia incomodada por molestos deterioros. Sin embargo, su entusiasmo y capacidad de compromiso eran muy altos. Ricardo tenía en claro una misión continental que su revista había de cumplir, y soñaba con que *Proa* significase un "foco central de juventud en lengua española" y se convirtiese "en la expresión selecta de la juventud hispana" [16]. La quería distinta de *Martín Fierro,* que tendiese hacia formas de comunicación más duraderas dentro de un aire de seriedad que, visiblemente, aprendió en su aplicada lectura de la *Nouvelle Revue Française,* y luego en *Commerce* y en el flamante *Navire d'Argent.* Así lo vio Larbaud al saludar a *Proa* desde *Commerce* trazando una especie de programa continental para uso de sus integrantes en su "Lettre à deux amis". Larbaud percibió a *Proa* como manifestación de una élite latinoamericana que "situaría" al continente ante la audiencia europea, y concluyó su epístola

[16] *Obras,* 753.

con una profecía sobre el propio Güiraldes, que la escritura de *Don Segundo Sombra* habría de materializar:

> Je suppose, chers amis, qu'après avoir parcouru ces pages vous me demanderez: quelle politique croyez-vous donc que doivent suivre les jeunes écrivains d'ici, ceux qui vivent et travaillent dans cette région du Domaine espagnol, sur cette "immense rallonge d'outre-atlantique" du Domaine espagnol? Mais, précisément la politique que vous et vos amis suivez dans ces premiers numéros de *Proa*. D'abord, constituer un groupe fortement organisé; vous l'avez fait. Puis, établir un contact permanent avec les groupes fraternels des autres capitales hispano-américaines (et du Brésil); et celà, vous êtes en train de le faire [. . .]. Ensuite, ou plutôt en même temps, accentuer le rapprochement intellectuel qui vous ramène vers l'Espagne [. . .]. Supposez qu'il surgisse, à votre suite, un écrivain argentin, ou chilien, ou colombien, de l'envergure de Whitman ou de Poe [. . .]. Imaginez cet écrivain s'installant avec l'aplomb épique de *Martín Fierro,* au centre géographique du Domaine espagnol, bientôt attentif à sa voix (et nous donc!):
>
> AQUI me pongo a cantar. . .
>
> (Et si, Ricardo, cela devait être l'oeuvre même de votre maturité!) [17] *.

Al dorso de una carta-circular de mediados del año 1925, enviada por *Proa* a cierto número de escritores de distintos países, puede leerse cómo el programa propuesto por Larbaud fue atendido; junto al nombre de los editores de la revista, y de otros argentinos, y bajo la común denominación "cuerpo de escritores que constituyen *Proa*" se leen los nombres de Rafael Cansinos Assens, Ramón Gómez de la Serna, Pedro Leandro Ipuche, Valéry Larbaud, Eugenio Montes, Pablo Neruda, Alfonso Reyes, Salvador Reyes, Fernán Silva Valdés y Guillermo de Torre.

[17] "Lettre à deux amis", en *Commerce,* II, 1924, pp. 59-88.

* Yo supongo, queridos amigos, que una vez recorridas estas páginas me preguntarán ustedes: ¿qué política cree usted que deben seguir los jóvenes escritores de por aquí, los que viven y trabajan en esta región del Dominio español, sobre esta "inmensa prolongación de allende el atlántico" del Dominio español? Pero, precisamente la política que ustedes y sus amigos siguen en sus primeros números de *Proa.* Primero, constituir un grupo sólidamente organizado; ustedes lo han hecho. Luego, establecer un contacto permanente con los grupos fraternos de las otras capitales hispanoamericanas (y de Brasil); y esto están ustedes haciéndolo (. . .). Seguidamente, o más vale al mismo tiempo, acentuar el acercamiento intelectual que los atrae hacia España (. . .). Supongan que surgiese, por obra de ustedes, un escritor argentino, o chileno, o colombiano de la envergadura de Whitman o de Poe (. . .). Imaginen a este escritor instalándose con el aplomo épico de *Martín Fierro* en el centro geográfico del Dominio español, pronto atento a su voz (y nosotros, pues!):

AQUI me pongo a cantar. . .

(¿¡Y, Ricardo, si hubiese de ser eso precisamente vuestra obra de madurez!?).

*Proa* sirvió a una capilla literaria, tal como lo hicieron *Commerce* y *Le Navire d'Argent.* Adrienne Monnier, principal animadora de *Le Navire,* luego de destacar la mediación cubierta por *Proa* en favor de la literatura francesa más contemporánea (estudios y aun traducciones sobre Claudel, Gide, Fargue, Giraudoux, Joyce, Larbaud, Romains, Saint-John Perse, Valéry), estableció el siguiente paralelo: "Je ne sais si *Le Navire d'Argent* a rendu autant de services que *Proa*" [18]. Mientras tanto, Francisco Luis Bernárdez podía escribir, en términos generales, que *Proa* y las otras revistas de vanguardia habían conseguido: la formación de un ambiente literario en el que "los jóvenes podemos trabajar y estudiar sin echar de menos los cenáculos europeos" y también "el milagro de romper la hostilidad indiferente de la mayoría" [19].

La recepción que la revista obtenía en el exterior era amplia, entusiasta y cooperativa, sus finanzas no dejaban qué desear, su publicación se efectuaba con regularidad, pero pese a ello, Adelina pidió y consiguió en agosto de 1925 que Ricardo se retirase de la revista para dedicar todo su tiempo a la escritura de *Don Segundo Sombra.* Güiraldes informó a Larbaud de su decisión en su "Carta Americana" y aprovechó la circunstancia para evaluar lo que *Proa* había cumplido y establecer el "balance y liquidación" de la revista. Dijo a su amigo entonces: "¿Sabe qué frase ha tenido un momento de verdadero dominio sobre algunos de los muchachos que escriben y piensan? *Je parle dans l'estime.* Era casi una fórmula poética, una definición de la poesía, y se la empleaba como elemento de juicio y de entusiasmo y como una posible norma" [20]. La frase es de Perse y su circulación tal como la testimonia Ricardo emparenta a *Proa* con el espíritu de la "critique créatrice" ejercida en la *NRF* por Rivière, Valéry, Thibaudet, du Bos, Alain, Ramón Fernández; una crítica que proclama la relación intuitiva con la obra sin teoría y sin método, y que es a la vez antecedente inmediato de la "nouvelle critique" francesa y fuente ideológica de los más notables vanguardistas del Río de la Plata, comenzando por Borges. Una crítica cuyos lemas eran "critiquer c'est partager, partager ce que j'aime", y "sentir et comprendre" *.

## V

Ya para entonces Güiraldes tenía formulados los elementos de una poética. Pueden leerse dispersos en los ensayos que publicara en la misma *Proa* y en otros órganos vanguardistas. Decía querer a las palabras "como a seres vivos". Para él "idea sugiere palabra y palabra sugiere idea" y el

[18] Monnier, *Les gazettes d'Adrienne Monnier, 1925-1945,* Paris, Julliard, 1953, pp. 48-50.
[19] "El bien y la hermosura", en *Clarín,* Buenos Aires, 6 oct. 1977, supl. lit., p. 3. Y, carta a Larbaud, 12 agosto 1925, "Fonds Larbaud", B. 217.
[20] *Obras,* 767-71.
* "Criticar es compartir, compartir lo que amo" y "sentir y comprender".

poeta deberá estar plenamente receptivo para "percibir la orientación de las palabras" en sus valores ideológicos, rítmicos, sonoros, y, cuando llegue a distinguir esa orientación, "tomarla como columna vertebral de la composición, construyendo a su alrededor el organismo, con la mayor suma de elementos coherentes posibles" [21]. Güiraldes que, como poeta había renunciado al ritmo tradicional, al isosilabismo y a la rima, concentraba toda su atención en cada una de sus palabras y en las relaciones que éstas establecían entre sí en el nivel del conjunto; su entusiasmo por las palabras llegaba a hacerse obsesivo. Larbaud llegó a decir que su dicción estaba llena de refinamientos prosódicos y que

> Peu de poètes se seront montrés aussi difficiles que lui pour tout ce qui est question d'harmonie. À ce point de vue, il n'était jamais satisfait; il trouvait même la ponctuation courante trop imprécise, trop grossière, et il aurait voulu imposer aux imprimeurs, au lieu de virgules et de points, des signes empruntés a la typographie musicale [22] *.

Incluso, alguna vez quiso, resucitando viejos ideales del pasado, confeccionar para la poesía un "diccionario de palabras nobles" [23]. Algunas, como por ejemplo *absoluto, infinito, bondad,* le resultan en la frase "inmodificables por todo lo que se les sume o reste" pues "son palabras que permanecen intactas, absorbiéndolo todo en su significado". De entre ellas la que prefiere es *infinito:*

> Las tres primeras sílabas en *i* me sugieren una eterna fuga de fracción periódica pura; la *to* final, redondea con su última letra, que exige de los labios el gesto del asombro, me detiene en el misterio del círculo incalculable y me sujeta en el concepto de unidad que dentro de su impresión se basta a sí mismo [24].

Esta fruición por la palabra va acompañada de un concepto para entonces no muy habitual, el de la lectura como re-escritura: "Que los merecedores aprendan a leer entre líneas" recomienda, "que dejen la tonta creencia de que bueno es paralelo de fácilmente accesible" [25]. Y, también, del concepto de la inasibilidad de la poesía para el propio poeta: "como el mercurio, escapará siempre de nuestras manos. Cuando creamos

[21] *Obras,* 642-43.
[22] "Ricardo Güiraldes", en *Nouvelle Revue Française,* XXX, 1928, pp. 132-37.
* Pocos poetas habrá que se hayan mostrado tan exigentes como él en todo lo que fuese cuestión de armonía. A este respecto, jamás estaba satisfecho; incluso la puntuación corriente le parecía demasiado imprecisa, demasiado grosera, y hubiese querido imponer a los impresores, en lugar de comas y puntos, signos tomados de la tipografía musical.
[23] *Obras,* 659.
[24] *Obras,* 637.
[25] *Obras,* 764.

haberla atrapado, estará al lado, tan íntegra como antes, y no quedará de nuestro gesto más que su mayor o menor belleza" [26].

Entre su experiencia literaria y la de dibujante y pintor se establecieron vigorosos nexos; de ambas se nutre su poética. Sabe bien de la imposibilidad de trasladar con fidelidad los datos de la vida a la obra de arte aspirando a la totalidad. Todo hecho artístico presupone la estilización de esos datos. Así lo manifiesta:

> Imposible estampar en ninguna manifestación artística, un segundo de vida en su totalidad. Todos los que han querido ser fieles a la vida en una obra de arte, han fracasado porque ni alcanzaron su objeto, ni pudieron, malgrado su pretensión, bordear el precipicio de lo inasible con medios limitados. Sólo una representación parcial es posible y en ella entra el doble criterio de selección y ordenación. Con ello se logra además de la posibilidad de una representación parcial, la excelencia de una corporación armónica. Se construye un organismo de equilibrio y con ello una emoción de belleza y un reflejo de la vida en lo que tiene de creativa [27].

Incluso intuye, para la pintura, la posibilidad de despojar a ésta de toda representación "hasta llegar a purificarla de todo significado". A través de tal *ascesis,* la que tanto tiempo después se conocería como *abstract expressionism,* se llegaría a la percepción despojada de todo significado y entonces se olvidaría aun la sensación visual

> para asistir al despertar de un sentido único: la emoción que poseyéndose a sí misma olvida al físico [al órgano] que la informó del fenómeno exterior. Esta emoción podría llamarse el sentido de unidad estética. En el fondo, esta espiritualización que sufre la primaria sensualidad provocada por la obra de arte, es el corazón del *manequí* sobre el cual ejerce su puntería todo artista. El modo de encontrarla en los otros, es haberla previamente hecho nacer en uno [mismo] [28].

Finalmente, una afirmación sobre la intercambiabilidad de temas y asuntos, su condición accidental, concluye de sorprender si pensamos que estas ideas fueron elaboradas por su autor cuando estaba dado a la elaboración de una novela de apariencia tan concreta como parece ser *Don Segundo Sombra.* Advierte:

> [. . .] soy casi indiferente al material. Con él construyo, por el placer de construir, los más variados acordes, puesto que la belleza del orden se logra en la composición y el sujeto accidental en una

[26] *Obras,* 652.
[27] *Obras,* 640.
[28] *Obras,* 661.

poesía puede ser esencial en otra con sólo accederle el honor de nuestra preferencia... No hay malos motivos: hay motivos mal empleados, con barro puede hacerse una casa más bonita que con mármol [29].

## VI

Al mismo tiempo que los elementos de una poética, desarrollaba Güiraldes los de una articulada posición frente a la realidad de su tiempo. Los ensayos que la contienen, de edición póstuma, dan motivo al volumen *Semblanza de nuestro país,* impreso en reducida edición en 1972 [30]. En ella se muestra convencido de que, luego del aluvión inmigratorio, ya no es lícito hablar de la "raza" de los argentinos, y de que su país es uno sin proyecto en el cual es imposible la acción política. Por tanto, dispone que su discurso tienda a la búsqueda de "un concepto o una idea o un deseo" referidos a la Argentina, su país sin proyecto. Ve a la cultura de su nación en términos spenglerianos, dependiente y en un contexto de decadencia; y frente al espectro de esa decadencia denuncia la pasividad "consciente" de los argentinos. Reacciona contra ella y exige una búsqueda de la perfección en términos nacionales, como respuesta a la crisis, y trae a la memoria, en función de señal y ejemplo, el nombre de Gandhi, "el único [...] que ha hecho política tratando de salvar lo noble y espiritual de su nación". Pide y desea se preserve una "ensambladura moral" cuyos valores sean los del trabajo, la rectitud y la capacidad productiva. Piensa que la crisis que afectaba a la Argentina era de índole mundial y que respondía a la brecha histórica generada por el desarrollo súbito del conocimiento científico durante la Gran Guerra y luego de ésta, ya que ella había torcido la vocación universalista de la ciencia aplicada, creando una nueva que no era "humana" sino alemana, francesa, inglesa... con lo cual la común creencia decimonónica en la obtención de la felicidad humana por la vía científica se vería definitivamente recusada.

Una de las mayores incomodidades que experimentó Güiraldes respecto de su país se generaba en la neutralidad que éste mantuvo durante los años de la Guerra, neutralidad que también significó oficial silencio de opinión, pues, como subraya sarcásticamente, los países neutrales no arriesgan opiniones "sobre todo cuando no saben quién será el vencedor". Se ve hijo de un país política y militarmente débil, y en nombre de esa misma debilidad incrimina a los fuertes "que pretendieron pelear por la libertad humana" pero que al mismo tiempo poseían imperios coloniales. Ironiza respecto de algunas nociones al decir: "Un alemán, francés o

[29] *Obras,* 639.
[30] Mar del Plata, Argentina, Escuela de Artes Gráficas Pablo Tavelli, 1972. Cf. Blasi, "Contribuciones ensayísticas de Güiraldes", en *Los Ensayistas,* The University of Georgia, 8-9, 1980, pp. 141-45.

inglés que defiende a su patria es un héroe. Un árabe, un hindú o un chino que hace lo mismo es un rebelde". Tras revisar los mecanismos que en su opinión produjeron la Guerra señala la ambivalencia de los ingleses, del pueblo inglés, respecto de la promesa de *Home Rule* que se le hiciera a la India a condición de su participación activa en la contienda. Vuelto al tema de la Argentina, el discurso del ensayista investiga a ésta como posibilidad. Considera como heroica y *perimida* la idea de Sarmiento de que la ciudad debe imperar sobre las campañas al mismo tiempo que debe tender a la imitación de las ciudades europeas. No por ello deja de reconocer al extranjero como sabio en el saber que los argentinos necesitaban. Pero establece como necesaria una actitud crítica frente a los bienes culturales que llegan de fuera al par que necesaria una limitación a la tendencia nacional a desvalorizar en homenaje a lo importado los bienes culturales propios del país. Reconoce que el extranjero que "ni siquiera se sabe atracar a un pingo", según los conocidos versos de Hernández, es diestro en cambio en otras cosas, pero advierte que "el saber otras cosas tampoco quiere decir que debamos entregarle el «pingo» al cual no sabe «atracarse»". En su criterio, y da ejemplos históricos que abonan su opinión, los mejores triunfos de los argentinos se consiguieron "no por artículos de importación sino por virtudes del suelo y del ambiente".

Un párrafo de gran interés para la comprensión de los textos narrativos de quien lo escribe, revisa el concepto de *europeísmo,* al que visualiza como la errónea convicción política de que era posible "trasplantar una idea como hoy los americanos trasplantan una casa". Parte de esta observación para incriminar la nítida división existente desde tiempos coloniales entre la porción urbana de argentinos educados, y el resto del país, iletrado y campesino. En su opinión, como resultado de aquella división, el gaucho, heredero "de las condiciones [aptitudes] hispanas y de un gran legado de la tierra, se vio en soledad cultural y necesitado de crear sus propios medios de expresión". Y los creó. Y sobre esa creación rudimentaria, opina, es posible "construir la fisonomía armónica y compleja de un ser diferenciado de los demás". Esta última afirmación le permite otra, incriminatoria. En su opinión, con el apremio de organizar el país, la clase dirigente no llegó a verlo así:

> Los defectos criollos eran mirados [. . .] con vidrio de aumento y la insumisión soberbia del gaucho, les hizo optar por el siguiente lema: destruir el conjunto en lo posible y reemplazarlo por el extranjero. Si el gaucho hubiese gritado: "Señores, miren que también tenemos virtudes" hubiera oído esta respuesta: "Ya hablaremos más tarde".

Güiraldes creía que ese *más tarde* ya había llegado y, por ello, afirmaba la eficacia regeneradora del sustrato campesino frente a las pre-

siones ideológicas extranjeras y frente a la urgente necesidad de formular una estética nacional.

## VII

Güiraldes conoció a Borges en los días de la fundación de *Proa,* y dejó de él, en esos mismos días, un retrato memorable:

> 23 años, muy delgadito y rosado, tan corto de vista que tememos siga el camino de su padre que está ciego a los 44 años. Tiene unas manos pequeñas y tímidas que retira ni bien las da, es ágil en la réplica y sutil en la crítica. Una sensibilidad llena de lastimaduras. Espíritu religioso. (Católico) [31].

Borges, por su parte, decía de Güiraldes en el último número de *Proa:* "De la riqueza infatigable del mundo sólo nos pertenece el arrabal y la pampa. Ricardo Güiraldes, primer decoro de nuestras letras, le está rezando al llano" [32]. Estas palabras se imprimían en enero de 1926, cuando ya *Don Segundo* casi estaba por tomar el camino de la imprenta.

Rodeado por el afecto y la admiración de los jóvenes, Ricardo al dejar *Proa* concentró su esfuerzo en la terminación de su libro. Cartas de su mujer establecen el clima de aquellos días. En ese mismo enero, desde *La Porteña,* Adelina informa sobre la mala salud de su marido, pero su tono no es de preocupación; "naturalmente *Don Segundo* aguanta una «panne» y vaya uno a saber hasta cuándo. Yo se lo estoy copiando a máquina". Hay en su carta una bella imagen del escritor: "Ricardo está domando una potranca baya de patas negras, bastante bonita, y dice que si sale buena, será para mí, ayer la montó por primera vez y ha resultado de bastante buena índole". También hay una queja: "desgraciadamente se distrae demasiado en la estancia y trabaja poco". La carta se cierra con una información sobre la intimidad del escritor: "En el espíritu de Ricardo se han producido cambios tan fundamentales que mucho me temo se vaya desinteresando de la literatura. [. . .] Ahora está «agarrado» por la filosofía oriental y la India es su chifladura. Esto me parece muy bien pero siempre que siga escribiendo" [33]. En marzo, siempre desde la estancia dice: "los ganglios del cuello de Ricardo estaban tomando proporciones alarmantes", pero el síntoma descrito por ella parece cosa su-

[31] Carta a Larbaud, sin indicación de lugar y fecha, en "Fonds Larbaud", G. 632. Otros documentos, permiten establecer que fue terminada de escribir el 8 set. 1924; Cf. Blasi, "Ricardo Güiraldes y la revista *Proa*", en *Boletín de la Academia Norteamericana de la Lengua española,* 2-3, 1977-78, pp. 115-27.

[32] "La pampa y el suburbio son dioses", en *Proa,* 15, enero 1925.

[33] Carta a Larbaud, enero 1926, en "Fonds Larbaud", G. 645; Cf. Blasi, "Las cartas de Adelina del Carril", en *Four essays on Ricardo Güiraldes (1886-1927),* Riverside Cal., University of California, 1977, pp. 1-37.

perada, "Ricardo trabaja bien y contento". Adelina alienta nuevas seguridades respecto de la obra de su marido, está "perfectamente convencida que la obra futura de mi Ricardo será completamente distinta de la de ahora; más filosófica, siempre poética, pues siendo un poeta, verá en todas las cosas la poesía que contienen. Yo estoy muy contenta que acabe su *Don Segundo* porque él está tan en otra cosa, que lo debe atormentar tener que estar metido en lo que temporalmente le interesa menos, aunque haya sido su pasión más grande, toda su vida". La carta contiene el anuncio de un nuevo viaje a Europa, pero con esta sugerente indicación: "Vamos con el proyecto de seguir viaje en octubre o noviembre para la India". Y, volviendo a *Don Segundo* concluye con alegría: "Yo que estoy pasando el libro tengo una gran impresión y estoy segura de que le va a gustar mucho" [34]. En mayo, desde Buenos Aires, avisa que dos tercios de la novela ya han sido impresos y que "va quedando muy bien", y que "los muchachos literatos [. . .] vienen a cada rato a hacerse leer capítulos que al parecer los entusiasman y emocionan. Dicen cosas tan elogiosas que parecen exageradas" [35].

*Don Segundo* se terminó de imprimir el 1º de julio. En octubre, desde *La Porteña,* dice Adelina que "ha caído con suerte y ha entrado en el corazón del público". Ya se han vendido los dos mil ejemplares de la primera edición y a fin de mes habrá otra, de cinco mil. "En la ciudad todo el mundo habla del libro, la prensa le está siendo muy favorable. Lugones por fin se destapó con un artículo muy encomiástico [. . .] llueven cartas de todos los «*magisters* de las letras» cargadas de «obra genial» y otros epítetos de este tenor". La gente dice que el libro merece el Premio Nacional. . . "y mientras, Ricardo tranquilo, como si nada pasara. El dice que en la vida siempre le ocurre lo mismo, las cosas le llegan cuando ya le son indiferentes". Mientras tanto, en San Antonio de Areco, sitio de la obra y de *La Porteña,* "todos los gauchos están encantados y leen el libro; dice el librero que jamás había más que dos o tres ejemplares en el pueblo y de ciertos libros. . . aquí ya ha vendido cincuenta y todos los días van a buscar. Ramón Cisneros, viejo capataz de *La Porteña,* me decía: «Tan bien que está el libro, señora, el gaucho como es, el gaucho trabajador y honrao, no como en el *Martín Fierro,* el matrero, pendenciero, este es el gaucho de güena ley sencillo y trabajador. . . y cuando pelea es porque no tiene otro remedio, pa defenderse. . . sí señora, el gaucho como es no más». Ricardo hablando con Don Segundo le explicaba que hay cosas en el libro que ni él las ha dicho ni hecho. . . a lo que éste le contestó: «sí pero sigún la ocasión las podía haber dicho y hecho. ¿No es así?»" [36]. Don Segundo Ramírez [37],

[34] Carta a Larbaud, marzo 1926, en "Fonds Larbaud", G. 646.
[35] Carta a Larbaud, mayo 1926, en "Fonds Larbaud", G. 647.
[36] Carta a Larbaud, octubre 1926, en "Fonds Larbaud", G. 649.
[37] Cf. Justin Piquemal Azemarou, *Carne y hueso de Don Segundo Ramírez,* Buenos Aires, Colombo, 1972.

el personaje viviente, de cotidiano trato, sobre el cual Güiraldes trazó otro de ficción, que habría de sobrevivir a ambos, dialoga con el escritor, luego de haber sido, como Don Quijote, lector de sus propias hazañas, vividas o en expectativa de ser vividas. Más aún, el hombre vivo duplica el ritual del hombre hecho de palabras: "eran unos diez gauchos sentados en derredor del fogón", es de noche, y llegan el escritor y su mujer, se sientan "como ellos y entre ellos. Don Segundo contó esos cuentos que él sabe [38] con una gracia y un ingenio únicos [...]. Había que ver la admiración que todos sienten y demuestran a Don Segundo" [39]. En noviembre, anuncia que los cinco mil ejemplares de la segunda edición ya se agotan, y que el libro "es un acontecimiento nacional que ha enternecido a la mayoría" [40]. En diciembre describe una fiesta en *La Porteña:* "Los reseros quisieron hacer un homenaje a su poeta y al protagonista que tan bien resume sus mejores cualidades", una fiesta para la que se asaron cuatro vacas enteras con su cuero, cuatro corderos, varios costillares de novillo, y se prepararon frituras y "pasteles de horno":

> [...] fueron cayendo desde temprano un centenar de gauchos con sus buenos caballos admirablemente emprendados con sus aperos de plata y ellos, vestidos de nuevo. Qué alegría satisfecha tenían todos... antes y después del almuerzo pantagruélico [...]. Se tocó y cantó con guitarras y se dijeron relaciones y a eso de las cuatro empezaron las carreras (pollas de cuatro caballos) con premios.
> Ricardo estaba encantado, nada pudo darle más placer y alegría y estaba espléndido, con su chiripá negro y su blusa corralera negra, su tirador con su rastra de plata y su cuchillo igual. [...] Al anochecer, cuando acabaron las pollas, se despidieron y fueron yéndose de a grupos en distintas direcciones, dejándonos la gran satisfacción de ver que lo que las gentes de la ciudad creen que se ha concluido porque ellos no lo saben ver, existe y existirá [41].

## VIII

Mientras así ocurría en torno del poeta y su libro, éste iba alcanzando una solitaria y rápida fama en el mundo de la letra impresa. Una fama que su autor no esperaba: los terminantes juicios aprobatorios de Leopoldo Lugones en *La Nación* de Buenos Aires, de Roberto F. Giusti en *Nosotros,* de Alejandro Korn en *Valoraciones,* de Guillermo de Torre en la *Revista de Occidente* eran los signos inmediatos y eficaces de aquella

[38] Cf. Blasi, "Mito y escritura en *Don Segundo Sombra*", en *Revista Iberoamericana,* XLIV, 102-03, pp. 125-32.
[39] Carta a Larbaud, octubre 1926, cit.
[40] Carta a Larbaud, noviembre 1926, en "Fonds Larbaud", G. 650.
[41] Carta a Larbaud, diciembre 1926, en "Fonds Larbaud", G. 651.

fama [42]. En verdad, no la esperaba. Apenas impreso *Don Segundo,* una carta a Larbaud de julio de 1926 lo muestra con resquemor y cierta genuina preocupación. Güiraldes no olvida sus duras experiencias editoriales y la triste cisterna de *La Porteña.* Pero está preparado en el ánimo. "Tengo —afirma en un soliloquio— sin embargo, que pasar antes un mal rato: el mal rato que da verse manoseado en público por la crítica. Espero que mis enemigos, que lo son sin motivo, me gratifiquen con sus habituales rebuznos de hostilidad" [43]. Sin duda no esperaba una consagración, la adhesión que el libro despertaría, las sucesivas ediciones de este *best-seller* argentino. Esperaba poco. Tenía mal gusto de boca. "Por de pronto, dada la forma en que está escrito *Don Segundo* —reflexiona con amargura—, cuento que se sirvan de él para comentarme protectoramente, señalando la deserción de mi estilo habitual y tal vez felicitándome por una entrada en razón. Allá ellos con su mala voluntad". Para trasponer su estilo había tenido que castigarse. Le había costado disgusto. El personaje era tiránico, no permitía que el autor se volcara libremente en él, sino "con mucha prudencia", frenándolo en el deseo de perfeccionar la expresión. "Hubiera rehecho cada capítulo, afirma, pero he querido conservarles el tono del personaje que escribe. Usted dirá si hice bien". Ese usted es Larbaud. Hay en la carta un aparte, para hablar con calidez de la amistad compartida. Corresponde a un ademán de envío, en la tradición de los viejos textos. Ricardo denuncia que Valerio está en el libro, en la intención del libro. "Verá —le dice— que el primer gaucho que ayuda al pequeño Cáceres en la vida, que de instinto presiente suya, es un tocayo de usted. No sin intención sucede esto, como tampoco es mera coincidencia que el apellido Lares lleve la inicial de Larbaud. Con gran cariño lo he hecho y con igual egoísmo se lo hago notar" [44]

Valerio Lares, el domador, presentado con admiración de chico en el cuarto capítulo del libro: "era un *tape* forzudo, callado y risueño; hubiera deseado hacerme amigo suyo". Ricardo-Fabio pone a Valerio al tope de su escala de valores, el domador; y lo retrata de *tape,* lo hace callado y risueño, traduce a modos nativos los rasgos de su lúcido amigo francés. Y explicita el sólido deseo de amistad dándolo en subjuntivo. Güiraldes entra a su amigo en el cuadro de la obra con prudente ademán y hace su viril elogio en palabras de significado más largo que su apariencia: "hubiera deseado hacerme amigo suyo, pero no quería ser entrometido". En la misma carta, y a continuación, el tema de las influencias va a ser revisado específicamente: "*Don Segundo,* entre otras intenciones, tiene

[42] Lugones, "*Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes", en *La Nación,* Buenos Aires, 12 set. 1926; Giusti, "Dos novelas del campo argentino: *Don Segundo Sombra y Zogoibi*", en *Nosotros,* LIV, 208, 1926, pp. 125-33; Korn, "Ricardo Güiraldes: *Don Segundo Sombra*", en *Valoraciones,* 10, 1926, y en *Obras completas,* Buenos Aires, Claridad, 1949, pp. 626-27; de Torre, "Ricardo Güiraldes: *Don Segundo Sombra*", en *Revista de Occidente,* IV, 41, 1926, pp. 259-65.
[43] *Obras,* 788.
[44] *Obras,* 789.

la de reclamar para mí el título de discípulo literario del gaucho". La idea es vieja en Güiraldes y está esbozada en otra carta a Larbaud, de 1921: "En el lenguaje pulcro y malicioso del gaucho está el embrión de una literatura viva y compleja. Todo estaría, en ser capaz de llevar estas enseñanzas a una forma natural y noble" [45]. Cosa que trató y logró; y ahora se concede anudar aquella proposición teórica y su cristalización en obra, sin renegar de quienes han influido en él. "Sé qué influencias he sufrido de parte de escritores que quiero y no las niego, pero deseaba hacer esta pequeña justicia". Siente que han pesado más en su formación —"han podido más"—, por primeros y cercanos, los relatos y diálogos oídos en la infancia, en el umbral del asombro, de la emoción, "que las amplificaciones intelectuales y sobre todo de expresión que estas emociones han sufrido con mi cultura". La tendencia de Güiraldes a la teorización de la literatura se explaya en esta carta con comodidad. El novelista opina que del habla de Don Segundo se desprenden ciertas características aptas para servir de base a "todo un programa literario": su parquedad verbal, su contención en el tono, su gusto y eficacia en la metáfora, su tendencia a la broma. "Don Segundo —observa— es parco en palabras; las deja caer en el tono más opuesto a la declamación que sea posible; le gusta y emplea la metáfora con precisión como todo gaucho: la broma es uno de sus modos más habituales. ¿Seguiré enumerando? No es necesario".

El novelista siente que todo esto ya lo ha declarado en su novela, al anotar al final de ella "las virtudes literarias que el pequeño Cáceres halla en la palabra de Don Segundo". Alude aquí a cosas dichas en el capítulo veintisiete, cuando se cuenta cómo Fabio Cáceres, ya patrón, junto a Raucho Galván, frecuentaba la casa de Don Segundo, quien por un tiempo se había asentado en la estancia; allí se dice: "en casa de mi padrino pasábamos los mejores ratos, mano a mano con el mate o una guitarra por medio, mientras el grande hombre nos contaba fantasías, relatos o episodios de su vida, con una admirable limpidez y gracia que he tratado de evocar en estos recuerdos". Güiraldes afirma con esto haber hallado en la virtud del habla cotidiana de los campos, la sustancia íntima de su lengua de escritor. De ahí sus sinsabores, la necesidad de frenarse, de no reformar, de ser fiel al tono del personaje que escribe: "en el texto he dejado que el tono sea el de un simple relato, sin propósitos de especialización". Pugna entre la lengua del gaucho y la de la cultura, entre tierra y formación, entre tema nacional y saber de las modernas letras europeas. Este dilema se debate en toda la carta y la informa de su peso; Güiraldes no llegaba a ver que su propio libro le daba la solución, que el asunto de *Don Segundo,* a través de la doble fidelidad de su autor a una cultura mamada en la tierra y a otra recibida en el comercio con los demás, en su experiencia europea, en su particular

[45] *Obras,* 743.

universalización como individuo, había alcanzado una universalidad literaria a la que sólo por ese camino se podría llegar.

## IX

Pocos meses antes de su último viaje a Europa, el 18 de enero de 1927, Güiraldes volvió a escribir a Larbaud; le anunciaba su partida el 15 de marzo y el triunfo de *Don Segundo.* Su sonriente y serena misiva contrasta con el valeroso escepticismo de su carta anterior. Los honores, el reconocimiento público, la expectativa del Premio Nacional de Literatura, se acumulan sobre el libro, sobre su persona. Hay sin embargo un contenido decoro en su manera de comunicarlo al amigo. Esa sonrisa y serenidad parecen uniformar su vivir de aquellos días. Luego de dar fin al libro, en una anotación íntima afirmaba: "Me siento libre, extraordinariamente libre. Hasta ahora no había concluido una obra sin tener ya adelantada otra. No he querido estos últimos años recrearme un compromiso en vista de esta libertad que gozo ahora. ¡Enfrentarme conmigo mismo!" [46]. Dos días antes de la carta que comento escribió a Supervielle: "Una calidad de acuario [...] me hace vivir de un modo turbio lleno de cosas primarias e intensas". Otro apunte íntimo, que sigue al ya anotado, da la clave: "Las lecturas preferidas van indicando al hombre su sed mental. Desde hace ya unos años, sólo las lecturas espiritualistas me interesan" [47]. Pero la carta a Larbaud trasluce también una mansa alegría: "Me palmean todos los días. No veo sino sonrisas que están tan conmigo, que son casi yo mismo". Y hay luego una hermosa afirmación: "*Don Segundo* lo hemos escrito todos. Estaba en nosotros y nos alegramos de que exista en letra impresa". El poeta "está contento y un poco como dormido en esta simpatía ambiente tres veces rara en la breve historia de mis libros". El público manoseo, los hostiles rebuznos del enemigo, la mala voluntad o el comentario protector, toda esa cizaña esperada se volvió asentimiento, adhesión real. Güiraldes explica con llaneza: "Cualquier cosa hubiera esperado yo de la vida, menos un asentimiento general por una obra mía".

## X

El resto es bien conocido. En marzo de 1927, enfermo, el novelista se embarca, con Adelina, rumbo a Francia, en busca de atención médica especializada. Allí agrava y muere, poco después que se le otorga el Premio Nacional de Literatura, el 8 de octubre, en París. El 15 de noviembre, sus restos llegan a Buenos Aires, donde son recibidos por el

[46] *Obras,* 521.
[47] *Obras,* 796 y 521.

Presidente de la República. Se le entierra en el cementerio de San Antonio de Areco. Un cortejo, un numeroso e impresionante cortejo de paisanos enlutados, en sus cabalgaduras, da el tono y sentido de esas exequias. Años más tarde, Segundo Ramírez, el de la realidad, tendrá su tumba junto a la del escritor.

Allí acabó la historia de Güiraldes, pero no la de su memoria, sus libros, y su mito. Fue Ricardo un escritor que se construyó a sí mismo, arduamente. En su *Cencerro* había reminiscencias de Laforgue, Flaubert, Villiers, Baudelaire, Aloysius Bertrand, Poe, Wilde, Darío, Lugones y Fernández Moreno. Pero ya entonces su personalidad estaba definida, y su cuño era americano. Continuó escribiendo poemas en el tono del *Cencerro,* como los que se recogen en el séptimo número de *Proa;* pero en su lírica se estaba preparando una segunda y más intensa etapa, una radical transformación que cristaliza en los *Poemas solitarios* y los *Poemas místicos,* ambos publicados en edición póstuma en 1928. Ya no son perceptibles en ellos las reminiscencias marcadas en el *Cencerro.* La estructura menipea —alternación de versículos con versos tradicionales— desaparece, ciñéndose el discurso a versículos severos; desaparece la ironía tan propia del primer Güiraldes y casi todo lo que pudiera significar aspiración al discurso literario, el poema tiende a quedar desnudo, en su raíz. La vocación de los *Poemas místicos,* decididamente espiritualista, incluso hace equivocar a los católicos; uno de ellos, el vanguardista Ernesto Palacio, afirma, por ejemplo, que "esos acentos de altísima espiritualidad son únicos en la literatura argentina", lo cual quizás sea exacto, pero también dice: "Ricardo Güiraldes es nuestro primer poeta cristiano" [48]. El siguiente fragmento ilustra bien su tono general: "Señor, yo tiendo arriba los brazos. / El hombre sufre su vergüenza en mi carne. / Las palabras de hostilidad y de daño / me parecen dichas en complicidad conmigo. [...] Si tiendo hacia arriba las manos *cuanto bajo mi gesto suceda debe ser olvidado*". La clave de este último período de su vida puede ser hallada en *El Sendero: notas sobre mi evolución espiritualista en vista de un futuro,* apuntes íntimos que el poeta inició en 1926, o quizás algo antes, en Buenos Aires, y a los que continuó hasta dos días antes de morir. Adelina, en la reducida edición de bibliófilo que de ellos hizo en 1932, recuerda que su escritura "fue para él una maravillosa aventura vital y espiritual" y cree que su lectura clarificaría la interpretación y contribuiría al goce del resto de su obra. Sea como fuere, para Güiraldes escribir significaba una "manera concreta de meditar" y así lo dice en *El Sendero.* Iniciado en las prácticas yogas por la lectura de un pequeño manual de vulgarización, el *Raja Yoga* del Yogi Ramacharaka, fue creciendo progresivamente en interés por tales prácticas, e incluso llegó a frecuentar círculos de iniciados. En abril de 1927 asistía a conferencias de Jinarajadasa en la Sociedad Teosófica de

[48] "La poesía cristiana de Ricardo Güiraldes", en *La Nación,* 27 mayo 1928.

París, y a fines de julio reconoce leer muchos libros teosóficos, "que son los que más pueden acercarme a Oriente, que es, a su vez, lo que más puede, según creo, acercarme a mi más hondo modo de pensar". Está persuadido del fin, tiene "ganas de dormir, dormir, dormir largamente"; la idea sin embargo de "infligir pesadumbre" a los que quiere le es insoportable. Dos días antes de morir concluía sus notas diciendo: "¿He tenido el más leve vislumbrante de lo que se llamaría éxtasis? ¡Sí!".

Pero, sin embargo, es en torno de la creación literaria, de su valor energético y catártico, donde los testimonios de *El Sendero* son más reveladores y punzantes; dice allí: "Sé por experiencia propia que es escribiendo como entro en la sensación de mi propio poder"; "el sistema de trabajar con tarjetas y espiar continuadamente mis mejores pensamientos a fin de fijarlos, me hacía vivir en un ambiente superior"; "el trabajo literario es para mí como un amplificador vital, es algo que compararía con los *paraísos artificiales*"; "mis libros son como una pipa: todos ven su forma, algunos su humo, muy pocos huelen su aroma: yo sólo les tomo el gusto"; "lo que de mi trabajo queda en el papel, es lo de menos: ahí estarán los defectos y el cansancio de las cosas inmodificables; lo imponderable y excelente es el surtir fluido de mi pensar. Pero esa fuerza es, para mí mismo —por llevar en sí la condición de una libertad completa—, tan inasible como el discurso de la corriente en un ojo de agua" [49]. Güiraldes parece decir que toda energía espiritual se contiene y se gasta en el proceso de la intuición y que cuando ese proceso termina ya ha acabado la creación artística; que para él toda producción externa a sí mismo que comunique a los otros aquella intuición nada significaría respecto de la esencia de ésta, de lo que le da sentido y dirección. Esto resulta muy enigmático cuando quien lo dice acaba de escribir *Don Segundo Sombra* y subraya la numerosidad de capas de lectura que el libro sugiere. Claro está que *El Sendero* es el testamento literario de quien se siente próximo a la nada, pero, sin duda, estos *carnets* no deben ser olvidados como una de las claves necesarias para el mejor entendimiento y goce de su obra mayor. Si bien a Güiraldes la metafísica de una pampa dio la forma de su alma, su impulso vital fue un eterno rastreo en busca de su propia verdad.

ALBERTO BLASI

[49] *Obras*, 256-30.

# *DON SEGUNDO SOMBRA*

DEDICATORIA

*A Vd., Don Segundo.*
*A la memoria de los finados: Don Rufino Galván, Don Nicasio Cano y Don José Hernández.*
*A mis amigos domadores y reseros: Don Víctor Taboada, Ramón Cirneros, Pedro Brandán, Ciriaco Díaz, Dolores Juárez, Pedro Falcón, Gregorio López, Esteban Pereyra, Pablo Ojeda, Victoriano Nogueira y Mariano Ortega.*
*A los paisanos de mis pagos.*
*A los que no conozco y están en el alma de este libro.*
*Al gaucho que llevo en mí, sacramente, como la custodia lleva la hostia.*

R. G.

## CAPITULO PRIMERO

En las afueras del pueblo, a unas diez cuadras de la plaza céntrica, el puente viejo tiende su arco sobre el río, uniendo las quintas al campo tranquilo.

Aquel día, como de costumbre, había yo venido a esconderme bajo la sombra fresca de la piedra, a fin de pescar algunos bagrecitos, que luego cambiaría al pulpero de "La Blanqueada" por golosinas, cigarrillos o unos centavos.

Mi humor no era el de siempre; sentíame hosco, huraño, y no había querido avisar a mis habituales compañeros de huelga y baño, porque prefería no sonreír a nadie ni repetir las chuscadas de uso.

La pesca misma pareciéndome un gesto superfluo, dejé que el corcho de mi aparejo, llevado por la corriente, viniera a recostarse contra la orilla.

Pensaba. Pensaba en mis catorce años de chico abandonado, de "guacho", como seguramente dirían por ahí.

Con los párpados caídos para no ver las cosas que me distraían, imaginé las cuarenta manzanas del pueblo, sus casas chatas, divididas monótonamente por calles trazadas a escuadra, siempre paralelas o perpendiculares entre sí.

En una de esas manzanas no más lujosa ni pobre que otras, estaba la casa de mis presuntas tías, mi prisión.

¿Mi casa? ¿Mis tías? ¿Mi protector Don Fabio Cáceres? Por centésima vez aquellas preguntas se formulaban en mí, con grande interrogante ansioso, y por centésima vez reconstruí mi breve vida como única contestación posible, sabiendo que nada ganaría con ello; pero era una obsesión tenaz.

¿Seis, siete, ocho años? ¿Qué edad tenía a lo justo cuando me separaron de la que siempre llamé "mama", para traerme al encierro del pueblo,

so pretexto de que debía ir al colegio? Sólo sé que lloré mucho la primera semana, aunque me rodearon de cariño dos mujeres desconocidas y un hombre de quien conservaba un vago recuerdo. Las mujeres me trataban de "m'hijito" y dijeron que debía yo llamarlas Tía Asunción y Tía Mercedes. El hombre no exigió de mí trato alguno, pero su bondad me parecía de mejor augurio.

Fui al colegio. Había ya aprendido a tragar mis lágrimas y a no creer en palabras zalameras. Mis tías pronto se aburrieron del juguete y regañaban el día entero, poniéndose de acuerdo sólo para decirme que estaba sucio, que era un atorrante, y echarme la culpa de cuanto desperfecto sucedía en la casa.

Don Fabio Cáceres vino a buscarme una vez, preguntándome si quería pasear con él por su estancia. Conocí la casa pomposa como no había ninguna en el pueblo, que me impuso un respeto silencioso a semejanza de la Iglesia, a la cual solían llevarme mis tías sentándome entre ellas para soplarme el rosario y vigilar mis actitudes, haciéndose de cada reto un mérito ante Dios.

Don Fabio me mostró el gallinero, me dio una torta, me regaló un durazno y me sacó por el campo en *sulky* para mirar las vacas y las yeguas.

De vuelta al pueblo conservé un luminoso recuerdo de aquel paseo y lloré, porque vi el puesto en que me había criado y la figura de "mama", siempre ocupada en algún trabajo, mientras yo rondaba la cocina o pataleaba en un charco.

Dos o tres veces más vino Don Fabio a buscarme y así concluyó el primer año.

Ya mis tías no hacían caso de mí sino para llevarme a misa los domingos y hacerme rezar de noche el rosario.

En ambos casos me encontraba en la situación de un preso entre dos vigilantes, cuyas advertencias poco a poco fueron reduciéndose a un simple coscorrón.

Durante tres años fui al colegio. No recuerdo qué causa motivó mi libertad. Un día pretendieron mis tías que no valía la pena seguir mi instrucción y comenzaron a encargarme de mil comisiones que me hacían vivir continuamente en la calle.

En el Almacén, en la Tienda, el Correo, me trataron con afecto. Conocí gente que toda me sonreía, sin nada exigir de mí. Lo que llevaba yo escondido de alegría y de sentimientos cordiales se libertó de su consuetudinario calabozo, y mi verdadera naturaleza se expandió libre, borbotante, vívida.

La calle fue mi paraíso, la casa mi tortura; todo cuanto comencé a ganar en simpatías afuera, lo convertí en odio para mis tías. Me hice ladino. Ya no tenía vergüenza de entrar en el hotel a conversar con los copetudos, que se reunían a la mañana y a la tarde para una partida de tute o de truco. Me hice familiar de la peluquería, donde se oyen las noticias de más actualidad, y llegué pronto a conocer a las personas como

a las cosas. No había requiebro ni guasada que no hallara un lugar en mi cabeza, de modo que fui una especie de archivo que los mayores se entretenían en revolver con algún puyazo, para oírme largar el brulote.

Supe las relaciones del comisario con la viuda Eulalia, los enredos comerciales de los Gambutti, la reputación ambigua del relojero Porro. Instigado por el fondero Gómez, dije una vez "retarjo" al cartero Moreira, que me contestó "¡guacho!", con lo cual malicié que en torno mío también existía un misterio que nadie quiso revelarme.

Pero estaba yo demasiado contento con haber conquistado en la calle simpatía y popularidad, para sufrir inquietudes de ningún género.

Fueron los tiempos mejores de mi niñez.

La indiferencia de mis tías se topaba en mi sentir con una indiferencia mayor, y la audacia que había desarrollado en mi vida de vagabundo, sirvióme para mejor aguantar sus reprensiones.

Hasta llegué a escaparme de noche e ir un domingo a las carreras, donde hubo barullo y sonaron algunos tiros sin mayor consecuencia.

Con todo esto parecíame haber tomado rango de hombre maduro y a los de mi edad llegué a tratarlos, de buena fe, como a chiquilines desabridos.

Visto que me daban fama de vivaracho, hice oficio de ello, satisfaciendo con cruel inconsciencia de chico la maldad de los fuertes contra los débiles.

—Andá decile algo a Juan Sosa —proponíame alguno—, que está mamao, allí, en el boliche.

Cuatro o cinco curiosos que sabían la broma, se acercaban a la puerta o se sentaban en las mesas cercanas para oír.

Con la audacia que me daba el amor propio, acercábame a Sosa y dábale la mano:

—¿Cómo te va Juan?

—. . .

—'ta que tranca tenés, si ya no sabés quién soy.

El borracho me miraba como a través de un siglo. Reconocíame perfectamente, pero callaba maliciando una broma.

Hinchando la voz y el cuerpo como un escuerzo, poníamele bien cerca, diciéndole:

—No ves que soy Filumena tu mujer y que si seguís chupando, esta noche, cuantito dentrés a casa bien mamao, te vi'a zampar de culo en el bañadero 'e los patos pa que se te pase el pedo.

Juan Sosa levantaba la mano para pegarme un bife; pero sacando coraje en las risas que oía detrás mío no me movía un ápice, diciendo por lo contrario en son de amenaza:

—No amagués, Juan. . ., no vaya a ser que se te escape la mano y rompás algún vaso. Mirá que al comisario no le gustan los envinaos y te va a hacer calentar el lomo como la vez pasada. ¿Se te ha enturbiao la memoria?

El pobre Sosa miraba al dueño del hotel, que a su vez dirigía sus ojos maliciosos hacia los que me habían mandado.

Juan le rogaba:

—Dígale pues que se vaya, patrón, a este mocoso pesao. Es capaz de hacerme perder la paciencia.

El patrón fingía enojo, apostrofándome con voz fuerte:

—A ver si te mandás mudar muchacho y dejás tranquilos a los mayores.

Afuera reclamaba yo de quien me había mandado:

—Aura dame un peso.

—¿Un peso? Te ha pasao la tranca Juan Sosa.

—No. . ., formal; alcanzame un peso que vi'hacer una prueba.

Sonriendo, mi hombre accedía esperando una nueva payasada, y a la verdad que no era mala, porque entonces tomaba yo un tono protector, diciendo a dos o tres:

—Dentremos muchachos a tomar cerveza. Yo pago.

Y sentado en el hotel de los copetudos me daba el lujo de pedir por mi propia cuenta la botella en cuestión, para convidar, mientras contaba algo recientemente aprendido sobre el alazán de Melo, la pelea del tape Burgos con Sinforiano Herrera, o la desvergüenza del grinco Culasso que había vendido por veinte pesos su hija de doce años al viejo Salomovich, dueño del prostíbulo.

Mi reputación de dicharachero y audaz iba mezclada de otros comentarios que yo ignoraba. Decía la gente que era un perdidito y que concluiría, cuando fuera hombre, viviendo de malo recursos. Esto, que a algunos los hacía mirarme con desconfianza, me puso en boga entre la muchachada de mala vida, que me llevó a los boliches convidándome con licores y sangrías, a fin de hacerme perder la cabeza; pero una desconfianza natural me preservó de sus malas jugadas. Pencho me cargó una noche en ancas y me llevó a la casa pública. Recién cuando estuve dentro me di cuenta, pero hice de tripas corazón y nadie notó mi susto.

La costumbre de ser agasajado, me hizo perder el encanto que en ello experimentaba los primeros días. Me aburría nuevamente por más que fuera al hotel, a la peluquería, a los almacenes o a la pulpería de "La Blanqueada", cuyo patrón me mimaba y donde conocía gente de "pajuera": reseros, forasteros o simplemente peones de las estancias del partido.

Por suerte, en aquellos tiempos, y como tuviera ya doce años, Don Fabio se mostró más que nunca mi protector, viniendo a verme a menudo, ya para llevarme a la estancia, ya para hacerme algún regalo. Me dio un ponchito, me avió de ropa y hasta, ¡oh maravilla!, me regaló una yunta de petisos y un recadito, para que fuera con él a caballo en nuestros paseos.

Un año duró aquello. En mi destino estaría escrito que todo bien era pasajero. Don Fabio dejó de venir seguido. De mis petisos, mis tías prestaron uno al hijo del tendero Festal, que yo aborrecía por orgulloso y maricón. Mi recadito fue al altillo, so pretexto de que no lo usaba.

Mi soledad se hizo mayor, porque ya la gente se había cansado algo de divertirse conmigo y yo no me afanaba tanto en entretenerla.

Mis pasos de pequeño vagabundo me llevaron hacia el río. Conocí al hijo del molinero Manzoni, al negrito Lechuza que, a pesar de sus quince años, había quedado sordo de andar bajo el agua.

Aprendí a nadar. Pesqué casi todos los días, porque de ello sacaba luego provecho.

Gradualmente mis recuerdos habíanme llevado a los momentos entonces presentes. Volví a pensar en lo hermoso que sería irse, pero esa misma idea se desvanecía en la tarde, en cuyo silencio el crepúsculo comenzaba a suspender sus primeras sombras.

El barro de las orillas y las barrancas habíanse vuelto de color violeta. Las toscas costeras exhalaban como un resplandor de metal. Las aguas del río hiciéronse frías a mis ojos y los reflejos de las cosas en la superficie serenada tenían más color que las cosas mismas. El cielo se alejaba. Mudábanse los tintes áureos de las nubes en rojos, los rojos en pardos.

Junto a mí, tomé mi sarta de bagrecitos "duros pa morir", que aún coleaban en la desesperación de su asfixia lenta, y envolviendo el hilo de mi aparejo en la caña, clavando el anzuelo en el corcho, dirigí mi andar hacia el pueblo en el que comenzaban a titilar las primeras luces.

Sobre el tendido caserío bajo, la noche iba dando importancia al viejo campanario de la Iglesia.

## CAPITULO II

Sin apuros, la caña de pescar al hombro, zarandeando irreverentemente mis pequeñas víctimas, me dirigí al pueblo. La calle estaba aún anegada por un reciente aguacero y tenía yo que caminar cautelosamente para no sumirme en el barro, que se adhería con tenacidad a mis alpargatas amenazando dejarme descalzo.

Sin pensamientos seguí la pequeña huella que, vecina a los cercos de cinacina, espinillo o tuna, iba buscando las lomitas como las liebres para correr por lo parejo.

El callejón, delante mío, se tendía oscuro. El cielo, aún zarco de crepúsculo, reflejábase en los charcos de forma irregular o en el agua guardada por las profundas huellas de alguna carreta, en cuyo surco tomaba aspecto de acero cuidadosamente recortado.

Había ya entrado al área de las quintas, en las cuales la hora iba despertando la desconfianza de los perros. Un incontenible temor me bailaba en las piernas, cuando oía cerca el gruñido de algún mastín peligroso; pero sin equivocaciones decía yo los nombres: Centinela, Capitán, Alvertido. Cuando algún cuzco irrumpía en tan apurado como inofensivo griterío, mirábalo con un desprecio que solía llegar al cascotazo.

Pasé al lado del cementerio y un conocido resquemor me castigó la médula, irradiando su pálido escalofrío hasta mis pantorrillas y antebrazos. Los muertos, las luces malas, las ánimas, me atemorizaban ciertamente más que los malos encuentros posibles en aquellos parajes. ¿Qué podía esperar de mí el más exigente bandido? Yo conocía de cerca las caras más taimadas, y aquel que por inadvertencia me atajara, hubiese conseguido cuanto más que le sustrajera un cigarrillo.

El callejón habíase hecho calle; las quintas, manzanas; y los cercos de paraísos, como los tapiales, no tenían para mí secretos. Aquí había alfalfa, allá un cuadro de maíz, un corralón o simplemente malezas. A poca distancia divisé los primeros ranchos, míseramente silenciosos y alumbrados por la endeble luz de velas o lámparas de apestoso kerosén.

Al cruzar una calle espanté desprevenidamente un caballo, cuyo tranco me había parecido más lejano, y como el miedo es contagioso, aun de bestia a hombre, quedéme clavado en el barrial sin animarme a seguir. El jinete, que me pareció enorme bajo su poncho claro, reboleó la lonja del rebenque contra el ojo izquierdo de su redomón; pero como intentara yo dar un paso, el animal asustado bufó como una mula, abriéndose en larga "tendida". Un charco bajo sus patas se despedazó chillando como un vidrio roto. Oí una voz aguda decir con calma:

—Vamos pingo... Vamos, vamos pingo...

Luego el trote y el galope chapalearon en el barro chirle.

Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que me atraía con la fuerza de un remanso, cuya hondura sorbe la corriente del río.

Con mi visión dentro, alcancé las primeras veredas sobre las cuales mis pasos pudieron apurarse. Más fuerte que nunca vino a mí el deseo de irme para siempre del pueblito mezquino. Entreveía una vida nueva hecha de movimiento y espacio.

Absorto por mis cavilaciones crucé el pueblo, salí a la oscuridad de otro callejón, me detuve en " La Blanqueada".

Para vencer el encandilamiento fruncí como jareta los ojos al entrar al boliche. Detrás del mostrador estaba el patrón, como de costumbre, y de pie, frente a él, el tape Burgos concluía una caña.

—Güenas tardes, señores.

—Güenas —respondió apenas Burgos.

—¿Qué trais? —inquirió el patrón.

—Ahi tiene Don Pedro —dije mostrando mi sarta de bagrecitos.

—Muy bien. ¿Querés un pedazo de mazacote?

—No, Don Pedro.

—¿Unos paquetes de La Popular?

—No, Don Pedro... ¿Se acuerda de la última platita que me dio?

—Sí.

—Era redonda.
—Y la has hecho correr.
—Ahá.
—Güeno... ahí tenés —concluyó el hombre, haciendo sonar sobre el mostrador unas monedas de níquel.
—¿Vah' a pagar la copa? —sonrió el tape Burgos.
—En la pulpería'e Las Ganas —respondí contando mi capital.
—¿Hay algo nuevo en el pueblo? —preguntó Don Pedro, a quien solía yo servir de noticiero.
—Sí, señor..., un pajuerano.
—¿Ande lo has visto?
—Lo topé en una encrucijada, volviendo el río.
—¿Y no sabés quién es?
—Sé que no es de aquí..., no hay ningún hombre tan grande en el pueblo.
Don Pedro frunció las cejas como si se concentrara en un recuerdo.
—Decime..., ¿es muy moreno?
—Me pareció..., sí señor..., y muy juerte.
Como hablando de algo extraordinario el pulpero murmuró para sí:
—Quién sabe si no es Don Segundo Sombra.
—El es —dije, sin saber por qué, sintiendo la misma emoción que al anochecer me había mantenido inmóvil ante la estampa significativa de aquel gaucho, perfilado en negro sobre el horizonte.
—¿Lo conocés vos? —preguntó Don Pedro al tape Burgos, sin hacer caso de mi exclamación.
—De mentas no más. No ha de ser tan fiero el diablo como lo pintan; ¿quiere darme otra caña?
—¡Hum! —prosiguió Don Pedro—, yo lo he visto más de una vez. Sabía venir por acá a hacer la tarde. No ha de ser de arriar con las riendas. El es de San Pedro. Dicen que tuvo en otros tiempos una mala partida con la policía.
—Carnearía un ajeno.
—Sí, pero me parece que el ajeno era cristiano.
El tape Burgos quedó impávido mirando su copa. Un gesto de disgusto se arrugaba en su frente angosta de pampa, como si aquella reputación de hombre valiente menoscabara la suya de cuchillero.
Oímos un galope detenerse frente a la pulpería, luego el chistido persistente que usan los paisanos para calmar un caballo, y la silenciosa silueta de Don Segundo Sombra quedó enmarcada en la puerta.
—Güenas tardes —dijo la voz aguda, fácil de reconocer— ¿Cómo le va Don Pedro?
—Bien, ¿y usted Don Segundo?
—Viviendo sin demasiadas penas graciah' a Dios.
Mientras los hombres se saludaban con las cortesías de uso, miré al recién llegado. No era tan grande en verdad, pero lo que le hacía apa-

recer tal hoy le viera, debíase seguramente a la expresión de fuerza que manaba de su cuerpo.

El pecho era vasto, las coyunturas huesudas como las de un potro, los pies cortos con un empeine a lo galleta, las manos gruesas y cuerudas como cascarón de peludo. Su tez era aindiada, sus ojos ligeramente levantados hacia las sienes y pequeños. Para conversar mejor habíase echado atrás el chambergo de ala escasa, descubriendo un flequillo cortado como crin a la altura de las cejas.

Su indumentaria era de gaucho pobre. Un simple chanchero rodeaba su cintura. La blusa corta se levantaba un poco sobre un "cabo de güeso", del cual pendía el rebenque tosco y ennegrecido por el uso. El chiripá era largo, talar, y un simple pañuelo negro se anudaba en torno a su cuello, con las puntas divididas sobre el hombro. Las alpargatas tenían sobre el empeine un tajo para contener el pie carnudo.

Cuando lo hube mirado suficientemente, atendí a la conversación. Don Segundo buscaba trabajo y el pulpero le daba datos seguros, pues su continuo trato con gente de campo hacía que supiera cuanto acontecía en las estancias.

—. . .en lo de Galván hay unas yeguas pa domar. Días pasaos estuvo aquí Valerio y me preguntó si conocía algún hombre del oficio que le pudiera recomendar, porque él tenía muchos animales que atender. Yo le hablé del Mosco Pereira, pero si a usté le conviene. . .

—Me está pareciendo que sí.

—Güeno. Yo le avisaré al muchacho que viene todos los días al pueblo a hacer encargos. El sabe pasar por acá.

—Más me gusta que no diga nada. Si puedo iré yo mesmo a la estancia.

—Arreglao. ¿No quiere servirse de algo?

—Güeno —dijo Don Segundo, sentándose en una mesa cercana—, eche una sangría y gracias por el convite.

Lo que había que decir estaba dicho. Un silencio tranquilo aquietó el lugar. El tape Burgos se servía una cuarta caña. Sus ojos estaban lacrimosos, su faz impávida. De pronto me dijo, sin aparente motivo:

—Si yo juera pescador como vos, me gustaría sacar un bagre barroso bien grandote.

Una risa estúpida y falsa subrayó su decir, mientras de reojo miraba a Don Segundo.

—Parecen malos —agregó— porque colean y hacen mucha bulla, pero ¡qué malos han de ser si no son más que negros!

Don Pedro lo miró con desconfianza. Tanto él como yo conocíamos al tape Burgos, sabiendo que no había nada que hacer cuando una racha agresiva se apoderaba de él.

De los cuatro presentes sólo Don Segundo no entendía la alusión, conservando frente a su sangría un aire perfectamente distraído. El tape volvió a reírse en falso, como contento con su comparación. Yo hubiera querido hacer una prueba u ocasionar un cataclismo que nos distrajera.

Don Pedro canturreaba. Un rato de angustia pasó para todos, menos para el forastero, que decididamente no había entendido y no parecía sentir siquiera el frío de nuestro silencio.

—Un barroso grandote —repitió el borracho—, un barroso grandote... ¡ahá! aunque tenga barba y ande en dos patas como los cristianos... En San Pedro cuentan que hay muchos d'esos bichos; por eso dice el refrán:

*San Pedrino*
*El que no es mulato es chino.*

Dos veces oímos repetir el versito por una voz cada vez más pastosa y burlona.

Don Segundo levantó el rostro y, como si recién se apercibiera de que a él se dirigían los decires del tape Burgos, comentó tranquilo:

—Vea amigo..., vi'a tener que creer que me está provocando.

Tan insólita exclamación, acompañada de una mueca de sorpresa, nos hizo sonreír a pesar del mal cariz que tomaba el diálogo. El borracho mismo se sintió un tanto desconcertado, pero volvió a su aplomo, diciendo:

—¿Ahá? Yo creiba que estaba hablando con sordos.

—¡Qué han de ser sordos los bagres con tanta oreja! Yo, eso sí, soy un hombre muy ocupado y por eso no lo puedo atender ahora. Cuando me quiera peliar, avíseme siquiera con unos tres días de anticipación.

No pudimos contener la risa, malgrado el asombro que nos causaba esa tranquilidad que llegaba a la inconsciencia. De golpe, el forastero volvió a crecer en mi imaginación. Era el "tapao", el misterio, el hombre de pocas palabras que inspira en la pampa una admiración interrogante.

El tape Burgos pagó sus cañas, murmurando amenazas.

Tras él corrí hasta la puerta, notando que quedaba agazapado entre las sombras. Don Segundo se preparó para salir a su vez y se despidió de Don Pedro, cuya palidez delataba sus aprensiones. Temiendo que el matón asesinara al hombre que tenía ya toda mi simpatía, hice como si hablara al patrón para advertir a Don Segundo:

—Cuídese.

Luego me senté en el umbral, esperando, con el corazón que se me salía por la boca, el fin de la inevitable pelea.

Don Segundo se detuvo un momento en la puerta, mirando a diferentes partes. Comprendí que estaba habituando sus ojos a lo más oscuro, para no ser sorprendido. Después se dirigió hacia su caballo caminando junto a la pared.

El tape Burgos salió de entre la sombra y creyendo asegurar a su hombre, tiróle una puñalada firme, a partirle el corazón. Yo vi la hoja cortar la noche como un fogonazo.

Don Segundo, con una rapidez inaudita quitó el cuerpo, y el facón se quebró entre los ladrillos del muro con nota de cencerro.

El tape Burgos dio para atrás dos pasos y esperó de frente el encontronazo decisivo.

En el puñal de Don Segundo relucía la hoja triangular de una pequeña cuchilla. Pero el ataque esperado no se produjo. Don Segundo, cuya serenidad no se había alterado, se agachó, recogió los pedazos de acero roto y con su voz irónica dijo:

—Tome amigo y hágala componer, que así tal vez no le sirva ni pa carniar borregos.

Como el agresor conservara la distancia, Don Segundo guardó su cuchillita y, estirando la mano, volvió a ofrecer los retazos del facón:

—¡Agarre, amigo!

Dominado el matón se acercó, baja la cabeza, en el puño bruñido y torpe la empuñadura del arma, inofensiva como una cruz rota.

Don Segundo se encogió de hombros y fue hacia su redomón. El tape Burgos lo seguía.

Ya a caballo el forastero iba a irse hacia la noche; el borracho se aproximó, pareciendo por fin haber recuperado el don de hablar:

—¡Oiga, paisano —dijo levantando el rostro hosco, en que sólo vivían los ojos—. Yo vi'a hacer componer este facón pa cuando usted me necesite.

En su pensamiento de matón no creía poder más, como gesto de gratitud, que el ofrecer así su vida a la del otro.

—Aura deme la mano.

—¡Cómo no! —concedió Don Segundo, con la misma impasibilidad con que hoy aceptaba el reto—. Ahí tiene, amigo.

Y sin más ceremonia se fue por el callejón, dejando allí al hombre que parecía como luchar con una idea demasiado grande y clara para él.

Al lado de Don Segundo, que mantenía su redomón al tranco, iba yo caminando a grandes pasos.

—¿Lo conocés a este mozo? —me preguntó terciando el poncho con amplio ademán de holgura.

—Sí, señor. Lo conozco mucho.

—Parece medio pavote, ¿no?

## CAPITULO III

Frente a casa, camino a la fonda donde iba a comer, Don Segundo se separó de mí, dándome la mano. Adiviné que aquello se debía a mi aviso de que se cuidase al salir de "La Blanqueada" y sentí un gran orgullo.

Entré a casa sin apuro. Como había previsto, mis tías me pegaron un reto serio, tratándome de perdido y condenándome a no comer esa noche.

Las miré como se miran las guascas viejas que ya no se van a usar. Tía Mercedes, flaca, angulosa, cuya nariz en pico de carancho asomaba brutamente entre los ojos hundidos, fue quien me privó de comida. Tía Asunción, panzuda, tetona y voraz en todo placer, fue la que insultó con más voluntad. Yo las encomendé a quien correspondía, y me encerré en mi cuarto a pensar en mi vida futura y en los episodios de esa tarde. Me parecía que mi existencia estaba ligada a la de Don Segundo y, aunque me decía los mil y mil inconvenientes para seguirlo, tenía la escondida esperanza de que todo se arreglaría. ¿Cómo?

Primero pensé que a Don Segundo le pasaba otro percance y que yo, por segunda vez, lo advertía del peligro. Esto sucedía en tres o cuatro distintas ocasiones, hasta que el hombre me aceptaba como amuleto. Después era porque nos descubríamos algún parentesco y se hacía mi protector. Ultimamente, porque me tomaba afecto, permitiéndome vivir a su lado, mitad como peoncito, mitad como hijo del desamparo. Por de pronto, encontré una solución inmediata. ¿Don Segundo iba a lo de Galván? Pues bien, yo iría antes. Llegado a esa altura de mis meditaciones, no pensé más porque la solución me satisfacía y porque el pensar hasta el cansancio no para en nada práctico.

—Me voy, me voy —decía casi en alta voz.

Sentado en el lecho, a oscuras para que me creyeran dormido, esperé el momento propicio a la fuga. Por la casa soñolienta arrastrábanse los últimos ruidos, que me decían la estupidez de los menudos hechos cotidianos. Ya no podía yo aguantar aquellas cosas, y una irrupción de rabia me hizo mirar, en torno mío, las desmanteladas paredes de mi cuartucho, como se debe mirar sin piedad al enemigo vencido. ¡Oh, no extrañaría seguramente nada de lo que dejaba, pues las riendas y el bozalito, que adivinaba enrollados en el clavo que los sostenía contra la madera de la puerta, vendrían conmigo! Los muros que habían visto impasibles mis primeras lágrimas, mis aburrimientos y mis protestas, quedarían bien solos.

Al tanteo extraje de bajo el lecho un par de botitas raídas. Junto a ellas coloqué riendas y bozal. Encima tiré el cariñoso poncho, regalo de don Fabio, y unas escasas mudas de ropa. El haber puesto mano a la obra aumentó mi coraje, y me escurrí cuidadosamente hasta el fondo del corralón, dejando entreabierta la puerta. La inmensidad de la noche me infligió miedo, como si se hubiese adueñado de mi secreto. Cautelosamente caminé hacia el altillo. Sargento, el perro, me hizo algunas fiestas. Subí por una escalera de mano al vasto aposento, donde los ratones corrían entre algunas bolsas de maíz y trastos de desecho.

Era difícil encontrar las desparramadas pilchas de mi recadito, pero por suerte tenía en mis bolsillos una caja de fósforos. A la luz insegura de la pequeña llama, pude juntar matras, carona, bastos, pellón, sobrepuesto y pegual. Ajustado el todo con la cincha, me eché el bulto al hombro, volviendo a mi cuarto, donde agregué mis nuevos haberes al

poncho, las botas y las riendas. Y como no tenía más que llevar, me tumbé entre aquellas cosas de mi propiedad, dejando vacía la cama, con lo cual rompía a mi entender con toda ligadura ajena.

De noche aún, desperté, el flanco derecho dolorido de haberse apoyado sobre el freno, el trasero enfriado por los ladrillos, la nuca un tanto torcida por su incómoda posición. ¿Qué hora podía ser? En todo caso resultaba prudente estar preparado para prever toda eventualidad.

Como un turco me eché a la espalda recado y ropa. Medio dormido llegué al corralón, enfrené mi petiso, lo ensillé y, abriendo la gran puerta del fondo, gané la calle.

Experimentaba una satisfacción desconocida, la satisfacción de estar libre.

El pueblo dormía aún a puños cerrados y dirigí mi petiso al tranco, singularmente sonoro, hacia la cochera de Torres, donde pediría me entregasen el otro petiso, que allí hacía guardar Festal chico.

Un gallo cantó. Alboreaba imperceptiblemente.

Como la cochería comenzaba a despertar temprano, a fin de prepararse para el tren de la madrugada, encontré el portón abierto y a Remigio, un muchachón de mis amigos, entre la caballada.

—¿Qué viento te trae? —fue su primera pregunta.

—Güen día, hermano. Vengo a buscar mi parejero.

Largo rato tuve que discutir con aquel pazguato para probarle que yo era dueño de disponer de lo mío. Por fin se encogió de hombros.

—Ahí está el petiso. Hacé lo que te parezca.

Sin dejármelo decir dos veces embozalé al animal, por cierto mejor cuidado que el que había quedado en mis manos, y despidiéndome de Remigio, con caballo de tiro y ropa en el poncho, como verdadero paisano, salí del pueblo hacia los campos, cruzando el puente viejo.

Para ir a lo de Galván tenía que tomar la misma dirección que para lo de Don Fabio. A cierta altura un callejón arrancaba hacia el Norte, y por él debía seguir hasta el monte que de lejos ya conocía.

Apurado por alejarme del pueblo me puse a galopar. El petiso que llevaba de tiro cabresteaba perfectamente.

Cuando hube hecho unas dos leguas, di un resuello a mis bestias, mientras el sol salía sobre mi existencia nueva.

Sentíame en poder de un contento indescriptible. Una luz fresca chorreaba de oro el campo. Mis petisos parecían como esmaltados de color nuevo. En derredor, los pastizales renacían en silencio, chispeantes de rocío; y me reí de inmenso contento, me reí de libertad, mientras mis ojos se llenaban de cristales como si también ellos se renovaran en el sereno matinal.

Una legua faltábame para llegar a las casas y la hice al tranco, oyendo los primeros cantos del día, empapándome de optimismo en aquella madrugada, que me parecía crear la pampa venciendo a la noche.

Receloso ante las casas, enderecé al galpón. No parecía haber nadie. Los perros que gruñían arrimándose a los garrones de mi petiso no eran una invitación amable de echar pie a tierra. Por fin asomó un viejo a la puerta de la cocina, gritó "¡juera!" a la perrada, diciéndome que pasara adelante, y me señaló uno de los tantos bancos del aposento para que me sentara.

Toda la mañana quedé en aquel rincón espiando los movimientos del viejo, como si de ellos dependiera mi porvenir. No dijimos una palabra.

A mediodía empezaron a llegar algunos peones y sonó una campana llamando para la comida. La gente saludaba al entrar y agunos me miraban de soslayo.

Junto con cuatro o cinco hombres entró Goyo López, que yo conocía del pueblo.

—¿Andás pasiando? —me preguntó.

—Vengo a buscar trabajo.

—¿Trabajo? —respondió clavándome la vista. Un momento temblé pensando que algo iba a decir de mi familia en el pueblo; pero Goyo era hombre discreto. Los peones me observaban. Un muchachón dijo, comentando mi respuesta:

—Vendrá a conchabarse pa hombrear bolsas.

Goyo se dio vuelta hacia él:

—Sí, chucialo aura que está medio asustao, porque cuanto tome confianza tal vez te hombree a vos. No sabés qué peje es éste.

Un momento fui el punto de mira de cuarenta ojos. No pestañeé siquiera, esperando que pasara aquella atención.

Sin embargo, las palabras de Goyo habían hecho su efecto. Ser despierto, aunque pasando los límites de la buena conducta, es un mérito que el paisano aprecia.

Goyo me llamó desde la puerta diciendo que desenfrenara mi petiso, que él me enseñaría dónde estaba la bebida para que le diera un poco de agua. Esto no era más que una maniobra para hablarme a solas. Ni bien nos encontramos afuera, me dijo:

—Vos te has juido 'el pueblo.

—No digas nada hermanito, mira que me comprometés.

—¿Te comprometo? ¡Qué traza!... y ¿vah'a trabajar?

—¿Y de no?

—Güeno... dale agua al petiso... Mirá, allí viene el mayordomo.

Esperamos que un inglés acriollado llegara hasta nosotros y, después del saludo, hice mi pedido.

—No tengo trabajo que dar —dijo bajando del caballo.

—Entonces, ¿me da permiso pa comer? En seguidita después me voy.

—¿P'adónde vas a ir?

—P'allá —contesté estirando la mano al azar.

El inglés me miró con una sonrisa bonachona.

—¿Sos bien mandao?

—Sí, señor.

—¿Usté lo conoce, Goyo?

—Algo, Don Jeremías.

—Muy bien. Después de la siesta déle el petiso Sapo. Que ate el carrito'e pértigo y vaya sacando esa paja'e los pesebres y la eche en los zanjones de la puerta blanca.

—Sí, señor.

Para ganarle el "lao de las casas" al "mayor", me acerqué a su caballo, le bajé el recado, dándole vuelta las matras para que se orearan, y pregunté a Goyo dónde debía largarlo.

—En aquel potrerito donde está la cebada.

El Inglés me miró sonriendo mientras me dirigía a la bebida llevando su caballo.

—¿Con bozal o sin bozal? —pregunté a Goyo.

—Sin bozal.

No puedo decir mi alegría cuando en la mesa, ya flanqueada de veinte hombres, tomé lugar entre Goyo y un gringuito viejo que cuidaba la quinta.

—Cocinero —dijo Goyo—, pásele un plato y una cuchara al mensual nuevo.

—¿Mensual nuevo? —rio el muchacho que hoy había hecho burla de mi pedido de trabajo—. ¿Será pa acarriar basuras?

Me di cuenta de que aquellas palabras, que en otro pudieran haber sido maldad, no eran más que estupidez, y aproveché la ocasión, no queriendo hacer mentir a Goyo, que había prometido bueno para cuando yo tuviera confianza.

—¿Pa acarriar basuras? —repetí—. Tené cuidao no vaya a ser que algún día amanezcás por los zanjones.

Y como sentí que reían, recordé mis días de popularidad en el pueblo.

—Mala inclinación tenés —continué, mirando el pelo motoso y desordenado de mi interlocutor—; si fuera el patrón te mandaría cortar la porra pa rellenar pecheras.

Una risotada general acogió mi discurso. Cuando se hubo terminado, un hombre de los más viejos me reconvino con altura:

—Muchas leyes parece que tenés, pero es güeno no querer volar antes de criar bien las alas. Sos muy cachorro pa miar como los perros grandes.

Una mirada me había bastado para saber quién me hablaba, y esa vez agaché la cabeza, diciendo mansamente, como corresponde cuando se habla con un mayor:

—No crea señor; también sé respetar.

—Así debe ser —concluyó el viejo, y después de una breve pausa volvió a correr la broma de punta a punta de la mesa.

Toda esa tarde me la pasé acarreando paja de los pesebres a los zanjones, por un trecho de unas diez cuadras. Cuando llegaba al galpón, cargaba el carro el galponero, dejando clavada en la carga la horquilla.

En los zanjones esgrimía yo el instrumento, que luego venía matraqueando de una manera ensordecedora sobre las tablas del carro vacío.

La comida me halló medio dormido; pero el cansancio, que me exponía a alguna burla, pasó desapercibido en el silencio general.

En el cuarto de Goyo me acomodaron un catre. No tenía yo colchón ni prenda alguna para arreglarme en el lecho poco amable, pero la fatiga siendo el mejor de los colchones, me eché envuelto en mi poncho sobre la lona desnuda y áspera, sin cuidarme de mimos. Un rato pensé en mi escapada, evoqué la casa de mis tías, sus figuras, mis rezos. El sueño cayó sobre mí, como una parva sobre un chingolo.

## CAPITULO IV

Horacio me despertó bruscamente sacudiéndome por los hombros.

Mi primer pensamiento fue para el día anterior: mi huida, el éxito de mi treta para preceder a Don Segundo en la estancia de Galván, la recepción de Goyo y la presentación que hizo de mí a la peonada como mensual nuevo, el incidente de la mesa.

Alboreaba y ya, por la pequeña ventana, vi rociarse de tintes dorados las nubes del naciente, largas y finas como pétalos de mirasol.

Bajé los pies del catre, me levanté con esfuerzo sobre las piernas blandas como queso, ajusté mi faja, me rasqué los ojos cuyos párpados sentía más pesados que si los hubieran picado los mangangás, y me encaminé arrastrando las alpargatas hacia la cocina. Tenía frío y el cuerpo cortado de cansancio.

En torno al fogón, casi apagado, concluía de matear la peonada y ligué tres amargos que me despertaron un tanto.

—Vamos —dijo uno, y como si no se hubiese esperado sino aquella voz, nos desparramamos desde la puerta hacia rumbos diferentes.

La primera mirada del sol me encontró barriendo los chiqueros de las ovejas, con una gran hoja de palma. No era muy honroso, en verdad, eso de hacer correr las cascarrias por sobre los ladrillos y juntar algunos flecos de lana sarnosa; sin embargo, estaba tan contento como la mañanita. Hacía mi trabajo con esmero, diciéndome que por él era como los hombres mayores. El fresco apuraba mis movimientos. En el cielo deslucíanse los colores volteados por la luz del día.

A las ocho nos llamaron para el almuerzo, y mientras, a diente, despedazaba un trozo de churrasco, espié a mis compañeros de quienes todo quería adivinar en los rostros.

El domador, Valerio Lares, era un tape forzudo, callado y risueño; hubiera deseado hacerme amigo suyo, pero no quería ser entrometido. Además, nadie hablaba, porque el escaso tiempo de que disponíamos quería ser aprovechado por cada uno en forma más útil.

Concluido el almuerzo, el cocinero me dijo que quedara a ayudarlo, y fueron saliendo todos hasta dejar vacío el gran aposento, cuyo significado parecía resumirse en el fogón, bajo cuya campana tomó lugar la olla, rodeada de pavas como un ñandú por sus charabones.

El cocinero no fue más locuaz que el día de mi llegada, y me pasé la mañana haciendo de pinche, los ojos constantemente atraídos por la silenciosa silueta del domador que, vecino a la puerta, cosía unas riendas de cuero crudo.

Debía ser ya cerca de mediodía, cuando oímos unas espuelas rascar los ladrillos de afuera. La voz de Valerio saludó a alguien, invitándolo a que pasara a tomar unos mates. Curiosamente me asomé, viendo al mismo Don Segundo Sombra.

—¿Pasiando? —preguntaba Valerio.

—No, señor. Me dijeron que aquí había unas yeguas pa domar y que usté estaba muy ocupao.

—¿No gusta dentrar a la cocina?

—Güeno.

Los dos hombres se arrimaron al fogón. Don Segundo dio los buenos días sin parecer reconocerme; ambos tomaron asiento en los pequeños bancos y continuó la conversación con grandes pausas.

Volviéndose hacia mí, Valerio ordenó con autoridad:

—A ver pues, muchacho, traite un mate y cebale a Don Segundo.

—¿Este?

—No. Ese es de Gualberto qu'és medio mañero. Agarrá aquel otro sobre la mesa.

Encantado puse una pava al fuego, activé las brasas y llené el poronguito en la yerbera.

—¿Dulce o amargo?

—Como caiga.

—Dulce, entonces.

—Güeno.

Arrimé un banco para mí y, mientras el agua empezaba a hacer gorgoritos, contemplé a Don Segundo con cierto resentimiento, por no haber sido en su saludo un poco menos distraído.

Como nadie hablaba, me atreví a preguntarle:

—¿No me reconoce?

Don Segundo me miró sin dignarse hacer un esfuerzo para darme gusto.

—Yo juí —agregué— el que le espantó el redomón ayer noche en las quintas del pueblo.

Lejos de la exclamación que esperaba, mi hombre se puso a observarme con atención, como si algo curioso hubiese esperado encontrar en mi semblante.

—La lengua —dijo— parece que la tenés pelada.

Comprendí y se me encendió la cara. Don Segundo temía una indiscreción y prefería no conocerme. Un rato largo quedamos en silencio, y el diálogo interrumpido entre el forastero y el domador volvió a arrastrarse lentamente.

—¿Son muchas las yeguas?

—No, señor. Son ocho no más, son.

—Me han dicho que los animales d'esta cría saben salir flojos de cincha.

—No, señor; son medioh'idiosos no más, son.

La campana llamó para la comida. Don Segundo seguía chupando la bombilla y ya había yo cambiado dos veces la cebadura.

Fueron cayendo los peones abotagados de calor, pero alegres de haber concluido por un tiempo con el trabajo. Siendo casi todos conocidos del forastero, no se oyó un rato sino saludos y "güenos días".

Poco dura la seriedad en una estancia cuando en ella trabajan numerosos muchachos inquietos y fuertes. Goyo tropezó en los pies de Horacio. Horacio le arrojó por la cabeza un pellón. La gente hizo cancha a aquellos mocetones incómodos, acostumbrados a andar golpeándose por todos los rincones.

—¡A dedo tiznao, maula! —convidó Horacio, y ambos visteadores por turno pasaron sus dedos sobre la panza de la olla.

Las piernas abiertas en una guardia corta, que permite rápidas cuerpeadas y embestidas, el brazo adelante como si lo guareciera el poncho, la derecha movediza en cortas fintas, Goyo y Horacio buscaban marcarse.

Paró la chacota, cuando Horacio se echó a la cara las puntas del pañuelo que llevaba al cuello, queriendo disimular la raya de hollín que sesgaba su mejilla.

—Sos muy pesao —decía Goyo.

—Ya te tuvo que contar tu hermana.

—¿De cuándo comemos chancho en casa?

Interrumpió la bulla la entrada del patrón, hombre de aspecto ríspido. Don Segundo se adelantó hacia él, diciéndole el objeto de su venida. Salieron a conversar y la cocina quedó como en misa.

Don Segundo comió con nosotros, y dijo que se había arreglado para empezar la doma esa misma tarde. Valerio se comidió a echar las yeguas al corral, cuando cayera un poco el sol, para que sufrieran menos.

—Si necesita algún maniador, riendas o lo que se ofrezca, yo le puedo emprestar lo que guste.

—Muchas gracias. Creo que tengo todo.

A pesar de mi fatiga no pude dormir la siesta, pensando en cómo haría para asistir a la domada. Sabía que el patrón había recomendado a Don Segundo el mayor cuidado, visto su peso, pero, ¿hasta dónde puede evitarse que un potro corcovee?

Llegado el momento, me arreglé para llevar a los zanjones unas cargas de alambres rotos, fierros viejos y varillas quebradas. Camino haciendo, cruzaría por la playa y tal vez me cupiera en suerte presenciar el trabajo.

Adivino lo que había previsto. Las tres primeras yeguas salieron mansas, dando trabajo sólo a los padrinos. La cuarta quiso librarse del bulto que pesaba en sus lomos, pero fue vencida por las manos potentes del domador, que le impedía agachar la cabeza.

La quinta fue trigo de otra chacra, y, como no pudiera correr, corcoveó furiosamente, a vueltas, del modo más duro y peligroso.

Tuve la ganga de que esto coincidiera con una vuelta mía de los zanjones y de cerca oí el grito ahogado de la bestia, el sonar de las caronas, el golpear descompasado de las patas contra el suelo, en cuyo apoyo la yegua buscaba desesperadamente el contragolpe brusco. El cuerpo del hombre grande estaba como atornillado en los bastos, mientras la cara broncínea decía el esfuerzo y la boca entreabierta jadeaba breves palabras:

—...Dejelá de ese lao... atraquesé a la derecha a ver si se endereza... ¡aura sí!... ¡hasta que se desaugue!

Los padrinos trataban de seguir aquellas órdenes, aunque no hubiera más remedio que quedar a distancia, esperando intervenir de un modo eficaz. La yegua no gritaba ya. Don Segundo calló. Era como si ambos estuviesen atentos a un intenso trabajo mental, hecho de malicias y sorpresas, de resistencia y bizarría.

El animal, ya entregado, resistió pasivamente los tirones que debían ablandarle la boca. Don Segundo se desmontó en un salto ágil, que le colocó a distancia prudente. Su respiración buscaba, hondamente, satisfacer el ansia de aire, levantando su tórax vasto. Tenía las manos aún encogidas de haber estrangulado las riendas; las piernas, moldeadas por el recado, arqueábanse sobre los pies, como para solidificar su equilibrio, y sus hombros, echados hacia atrás a fin de despejar el pecho, parecían complacerse de sentir atrás su capacidad de dominio.

Lastimosa, la yegua, cuyo cogote sudado apenas podía sostener la cabeza, jadeaba afanosamente, los ijares temblorosos y vacíos.

—Esta no es como la zaina —dijo Valerio con cierta satisfacción.

—No, señor —replicaba Don Segundo con su asombrada voz de falsete—; ésta es alazana.

De pronto recordé que estaba en mi petiso Sapo, con mi carrito de pértigo a la cincha, abriendo la boca ante los ojos mismos del patrón, y un susto repentino me hizo castigar al pobre bichoco, tomando rumbo a las casas al compás del férreo canto de la horquilla, que temblequeaba sobre las planchas del carrito. ¡Dale música hermano y moveme esos güesitos!

A la oración, el señor me mandó llamar para que le cebara unos mates, bajo la sombra ya oscura de un patio de paraísos. Para eso tuve que ir a

la cocina de adentro. La cocinera, que me entregó el poronguito, me hizo largas recomendaciones, diciéndome casi que el patrón me iba a comer si veía nadar unos palitos en la boca de plata. Desagradablemente me acordé de mis tías.

¿Pa qué servían las mujeres? Pa que se divirtieran los hombres. ¿Y las que salían fieras y gritonas? Pa la grasería seguramente, pero les andaban con lástima.

El patrón me preguntó de dónde era, si tenía familia y si hacía mucho que salía a trabajar. Contesté aproximadamente la verdad, de miedo de pisar en alguna trampa y ser mandado al pueblo.

—¿Qué edad tenés?

—Quince años —contesté, agregándome uno.

—'sta bien.

Sonaron los últimos chupetazos en la bombilla.

—No cebés más... Volvete pa la cocina y mandámelo a Valerio.

Hubo gran contento en la cocina después de la comida. Al día siguiente sería domingo y la gente preparaba su ida al pueblo. Los muchachos se daban bromas precisas, siendo conocidos los amoríos de cada uno. Los que tenían familia se iban esa misma noche, para volver el lunes de madrugada. Los puesteros tal vez se decidieran también al viajecito para hacer alguna compra necesaria; pero los más quedarían de seguro en sus ranchos, "haciendo sebo", o vendrían a las casas principales a jugar una partida de bochas, en la cancha que había bajo un despejado plantío de moreras.

Los más viejos protestaban diciendo que ya no había corridas de sortijas, ni carreras, ni "entretención" alguna. Medio dormido me acomodé en un rincón, cerca de un grupo formado por Don Segundo, Valerio y Goyo, que quería aprender el oficio, y escuchaba en lo posible los comentarios del trabajo brutal, lleno de sutilezas y mañas.

Atento a las lecciones, me hamacaba hacia atrás sobre mi pequeño banco con maquinal vaivén de cuna. Poco a poco las voces fueron siendo como pensamientos confusos del fogón en vías de apagarse, y sentía muy patente un pie, porque lo tenía pisado con el otro.

Aquella presión de la alpargata me era agradable, y al imprimir a mi banco su lento balanceo, mi empeine sufría con placer el áspero contacto de la tosca suela de soga.

Mis tías me hubieran reñido seguramente por tan curioso entretenimiento, pero estaban tan lejos, tan lejos, que apenas oía sus voces sumidas en un rezo, singularmente grave... ¿Por qué tenían mis tías esa voz de cura?

De pronto el banco, en que había concluido por dormirme, cayó hacia atrás, bruscamente. Mis espaldas comprimieron un manojo de leña, y las pequeñas ramas al quebrarse me hincaron las costillas como espuelas.

## CAPITULO V

A los quince días estaban mansas las yeguas. Don Segundo, hombre práctico y paciente, sabía todos los recursos del oficio. Pasaba las mañanas en el corral manoseando sus animales, golpeándolos con los cojinillos para hacerles perder las cosquillas, palmeándoles las ancas, el cogote y las verijas, para que no temieran su manos, tusándolos con mil precauciones para que se habituaran al ruido de las tijeras, abrazándolos por las paletas para que no se sentaran cuando se les arrimaba. Gradualmente y sin brusquedad, había cumplido los difíciles compromisos del domador y lo veíamos abrir las tranqueras y arrear novillos con sus redomonas.

—Las yeguas ya están mansitas —dijo, al cabo, al patrón.

—Muy bien —respondió Don Leandro—; sígalas unos días, que después tengo un trabajo para usté.

Pasadas mis dos semanas de gran tranquilidad, en que sólo rabié con las perezas del petiso Sapo, habíame caído una mala noticia.

En el pueblo sabían mi paradero, y posiblemente querrían obligarme a volver para casa. Esa isoca no me haría daño porque ya estaba en parva mi lino. Antes me zamparía en un remanso o me haría estropear por los cimarrones, que aceptar aquel destino. De ningún modo volvería a hacer el vago por las calles aburridas. Yo era, una vez por todas, un hombre libre que ganaba su puchero, y más bien viviría como puma, alzado en los pajales, que como cuzco de sala entre las faldas hediondas a sahumerio eclesiástico y retos de mandonas bigotudas. ¡A otro perro con ese hueso! ¡Buen nacido me había salido en la cruz!

Apenado, no hice caso de la actividad desplegada en torno mío por la peonada. Los más, en efecto, habían tomado un aspecto misterioso y ocupado, que no comprendí sino cuando me informaron de que habría aparte y luego arreo.

Por segunda vez parecía que la casualidad me daba la solución. ¿No decidí pocos días antes escapar, por haberme marcado un camino el paso de Don Segundo? Pues esa vez me iría detrás de la tropa, librándome de peligros lugareños con sólo mudar de pago. ¿Adónde iría la tropa? ¿Quiénes iban de reseros?

A la tarde Goyo me informó, aunque insuficientemente, a mi entender.

La tropa sería de quinientas cabezas y saldría de allí dos días para el Sur, hacia otro campo de Don Leandro.

—¿Y quiénes son los reseros?

—Va de capataz Valerio y de piones Horacio, Don Segundo, Pedro Barrales y yo, a no ser que mandés otra cosa.

Don Segundo fue más parco aún en sus explicaciones, y yo no sabía por entonces a qué se debía ese silencio despreciativo que usan los que se van, cuando hablan con los que quedan en las casas.

—¿Podré dir yo?

—Si te manda el patrón.

—¿Y si no me manda?

Don Segundo me miró de arriba abajo y sus ojos se detuvieron a la altura de mis tobillos.

—¿Qué es lo que busca? —pregunté fastidiado por su insistencia.

—La manea.

—¿Ande la tiene?

—Creiba que te la habías puesto.

Un momento tardé en darme cuenta de su decir. Cuando comprendí hice lo posible por reírme, aunque me sintiera burlado con justicia.

—No es que me haiga maniao Don, pero tengo miedo qu'el patrón se me siente.

—Cuando yo tenía su edá, le hacía el gusto al cuerpo sin pedir licencia a naides.

Aleccionado, me alejé tratando de resolver el conflicto creado por las ansias de irme y el temor de un chasco.

Como Don Jeremías se había mostrado bondadoso, a él dirigí aunque tartamudeando mi pedido. El Inglés se encogió de hombros:

—Valerio te dirá si te quiere yevar.

Valerio, de quien menos esperaba yo comedimiento, me dijo que hablaría con el patrón, pidiéndole permiso para agregarme a los troperos con medio pago.

—Mirá —agregó— que el oficio es duro.

—No le hace.

—Güeno, esta noche te vi'a contestar.

Cuando media hora más tarde, Valerio me hizo una seña desde el palenque, largué los platos que estaba limpiando en la cocina y salí corriendo.

—Podés dir juntando tus prendas y preparando la tropilla.

—¿Me lleva?

—Ahá.

—¿Habló con el patrón?

—Ahá.

—¡Ese sí que eh'un hombre gaucho! —prorrumpí lleno de infantil gratitud.

—Vamoh'a ver lo que decís cuando el recao te dentre a lonjiar las nalgas.

—Vamoh'a ver —contesté seguro de mí mismo.

La botaratada es una ayuda, porque una vez hecho el gesto se esfuerza uno en acallar todo pensamiento sincero. Ya está tomada la actitud y no queda más que hacer "pata ancha". Pero la ausencia del público corrige luego las resoluciones tomadas arbitrariamente, de suerte que cuando quedé solo púseme, a pesar mío, a consultar las posibilidades de sostener mi gallardía. ¿Cómo hablaría, en efecto, cuando "el recao me dentrara a lonjiar las nalgas"? ¿Qué tal me sabería dormir al raso una noche de llovizna? ¿Cuáles medios emplearía para disimular mis futuros sufrimien-

tos de bisoño? Ninguna de estas vicisitudes de vida ruda me era conocida y comencé a imaginar crecientes de agua, diálogos de pulpería, astucias y malicias de chico pueblero que me pusiera en terreno conocido. Inútil. Todo lo aprendido en mi niñez aventurera resultaba un mísero bagaje de experiencia para la existencia que iba a emprender. ¿Para qué diablos me sacaron del lado de "mama" en el puestito campero, llevándome al colegio a aprender el alfabeto, las cuentas y la historia, que hoy de nada me servían?

En fin, había que hinchar la panza y aguantar la cinchada. Por otra parte, mis pensamientos no mellaban mi resolución, porque desde chico supe dejarlos al margen de los hechos. Metido en el baile bailaría, visto que no había más remedio, y si el cuerpo no me daba, mi voluntad le serviría de impulso. ¿No quería huir de la vida mansa para hacerme más capaz?

—¡Qué estáh'ablando solo? —me gritó Horacio que pasaba cerca.

—¿Sabéh'ermano?

—¿Qué?

—¡Que me voy con el arreo!

—¡Qué alegría pa la hacienda! —exclamó Horacio, sin la admiración que yo esperaba.

—¿Alegría? ¡No ves que voy de a pie!

—¡Oh!, no le andás muy lejos.

—Verdá, hermanito —confesé pensando en mis dos petisos—. ¿No sabés de ningún potrillo que me pueda comprar?

—¿Te vah'acer domador?

—Vi' arreglarme como pueda. ¿No sabés de nenguno?

—Cómo no, aquí cerquita no más, en la chacra de Cuevas, vah' a hallar lo que te conviene... y baratito —concluyó Horacio, dándome buenos datos después de haber comenzado mofándose de mi indigencia.

—¡Graciah'ermano!

A la caída del sol tomé rumbo a lo de Cuevas. La charca estaba a unas quince cuadras atrás del monte, y me fui a pie para disimular mi partida al patrón, que podía disgustarse, y a los peones, que se burlarían de mi audacia conociendo mi falta de capital para un negocio.

Salí por un grupo de eucaliptos, pisando en falso sobre los gajos caídos de algunas ramas secas y enredándome a veces en un cascarón, por ir mirando para atrás. Al linde de la arboleda descansé mi andar, asentando las alpargatas sobre la lisa dureza de una huella; poco a poco fui acercándome al rancho, por un maizalito de unas pocas cuadras.

Andando distraídamente, pensaba en cómo haría mi oferta de compra y mi promesa de pagar más adelante, y resolví cerrar el trato, si el negocio convenía, prometiendo pasar al día siguiente para verificar el pago y llevarme el potrillo.

De pronto sentí en el maizal que iba orillando mi huella un ruido de tronquillos quebrados y no pude impedir un intuitivo salto de lado.

Entre la sementera verde reía la cara morocha de una chinita, y una mano burlona me dijo adiós, mientras encolerizado seguía mi camino interrumpido por el miedo grotesco.

Un enorme perro bayo me cargó haciéndome echar mano al cuchillo, pero la voz del amo fue obedecida. Estaba junto a las poblaciones: un rancho de barro prolijamente techado de paja con, al frente, un patio bien endurecido a agua y escoba. En un corralito vi unos doce caballos y entre ellos un potrillo petisón de pelo cebruno.

—Güenas tardes, señor.

—Güenas tardeh'amigo.

—Soy mensual de las casas. . ., vengo porque me han dicho que tenía un potrillo pa vender.

El hombre me estudiaba con ojos socarrones y adiviné una ligera sonrisa dentro de la barba.

—¿Eh' usté el comprador?

—Si no manda otra cosa.

—Ahi está el potrillo. . ., lo doy por veinte pesos.

—¿Puedo mirarlo?

—Cómo no. . ., hasta que se enllene.

Tras una corta mirada, que no fue muy clara, dada la turbación que me infundía mi papel importante, volví hacia el dueño.

—Mañana, con su licencia, vendré a buscarlo y le traeré la plata.

—Había sido redondo pa los negocios.

Un rato quedé sin saber de qué hablar, y como aquel hombre parecía más inclinado a la ironía muda que al gracejo, saludé, llevándome la mano al sombrero, y di frente a mi huellita.

El perro bayo quiso cargarme, pero, decididamente, su amo sabía hacerse obedecer. No sé por qué, llevaba una impresión de temor y apuré el paso hasta esconderme en el maizal, donde me sentí libre de dos ojos incómodamente persistentes.

Una pequeña silueta salió a unos veinte metros delante mío, poniéndose a caminar en el mismo sentido que yo. Por el pañuelito rojo que llevaba atado a la cabeza y el vestido claro, reconocí a la chinita de hoy.

Sin preguntarme con qué objeto, me puse a correr tras aquella grácil silueta, escondiéndome en las orillas del maizal.

Advertida por mis pasos, se dio vuelta de pronto, y habiéndome reconocido, rio con todo el brillo de sus dientes de morena y de sus ojos anchos.

Yo nunca había tenido miedo sino delante de mujeres grandes, por temor a las burlas de quienes estaban acostumbradas a juguetes más serios, pero esa vez me sentí preso de una exaltación incómoda.

Para vencerme, pregunté imperativamente:

—¿Cómo te llamás?

—Me llamo Aurora.

Su alegría y la malicia de sus ojos disiparon mi timidez.

—¿Y no tenés miedo que te muerda algún tigre, andando ansí solita por el maizal?

—Aquí no hay tigres.

Su sonrisa se hizo más maliciosa. Su pequeño busto se irguió con orgullo y provocación.

—Puede venir uno de pajuela —apoyé significativamente.

—No será cebao en carne' e cristiano.

Su desprecio era duro e hirió mi amor propio. Extendí hacia ella mi mano. Aurora hizo unos pasos atrás. Entonces sentí que por ningún precio la dejaría escapar y rápidamente la tomé entre mis brazos, a pesar de su tenaz defensa y de sus amenazas.

—¡Largame o grito!

Empeñosamente la arrastré hacia el escondite de los tallos verdes, que trazaban innumerables caminos. Entorpecido por su resistencia, tropecé en un surco y caímos en la tierra blanda.

Aurora se reía con tal olvido de su cuerpo que hacía un rato tenazmente defendía, que pude aprovechar de aquel olvido.

Un solo momento calló, frunciendo el rostro, entreabriendo la boca como si sufriera. Luego volvió a reír.

Orgulloso, no puede dejar de decirle:

—Me querés, prendita.

Aurora, enojada, me apartó de un solo golpe, poniéndose de pie.

—Sonso..., sinvergüenza..., decí que sos más juerte.

Y la dejé que se fuera, muy digna, murmurando frases que consolaban su pudor y su amor propio.

## CAPITULO VI

A las tres de la mañana, despertóme mi pobre impaciencia. Cuando fuera día saldríamos, llevando nuestra tropa, camino al desconocido. Aguanté en lo posible mi turbulencia, diciéndome las múltiples obligaciones en las cuales una falla sería luego castigada severamente. Recordé que mi recado estaba en el galpón de los padrillos, donde lo había dejado por su proximidad con el palenque. El petiso reservado para mis primeras horas estaba en el corral, mientras su compañero y mi nueva adquisición debían encontrarse en compañía de la tropilla de Goyo. Las mudas que había dispuesto llevar yacían apiladas a los pies de mi catre. ¿Tabaco?... Tenía un paquete de picadura y papel para armar.

Hecha mi revisión de haberes, me sentí feliz, rememorando cómo los preparativos de ese primer viaje fueron fáciles para mí. El patrón me había hecho entregar los veinticinco pesos de mi sueldo mensual, con los cuales pude pagar el potrillo, sobrando para "los vicios".

¿Qué más quería? Tres petisos, de los cuales uno chúcaro que podía reservarme una mala sorpresa, es cierto; recado completo con su juego

de riendas y bozal, su manea, lonjas y tientos; ropa para mudarme en caso de mojadura y buen poncho que es cobija, abrigo e impermeable. Con menos avíos, a la verdad, suele salir un resero hecho.

Concluido aquel recuento, al tiempo que anudaba las alzaprimas de mis espuelas, me incorporé satisfecho, echando, no sin tristeza, una mirada a mi cuartito y al catre, que quedaba desnudo y lamentable como una oveja cuereada. Adiós vida de estancia, ya veríamos lo que nos reservaban los caminos y el campo sin huellas,

Con las dos mudas envueltas en el poncho, puesto en la cintura, salí andando de a pedacitos hasta afuera y me detuve un rato, porque la noche suele ser traicionera y no hay que andar llevándosela por delante.

Respiré hondamente el aliento de los campos dormidos. Era una oscuridad serena, alegrada de luminares lucientes como chispas de un fuego ruidoso. Al dejar que entrara en mí aquel silencio me sentí más fuerte y más grande.

A lo lejos oí tintinear un cencerro. Alguno andaría agarrando caballo o juntando la tropilla. Los novillos no daban aún señales de su vida tosca, pero yo sentí por el olor la presencia de sus quinientos cuerpos gruesos.

De pronto oí correr unos caballos; un cencerro agitó sus notas con precipitación de gotera. Aquellos sonidos se expandían en el sereno matinal, como ondas en la piel soñolenta del agua al galope de algún cascote. Perdido en la noche, cantó un gallo, despertando la simpatía de unos teros. Solitarias expresiones de vida diurna, que amplificaban la inmensidad del mundo.

En el corral, agarré mi petiso, algo inquieto por el inusitado correr de sus compañeros libres. Al ponerle el bozal sentí su frente mojada de rocío. Sobre el suelo húmedo oí rascar las espuelas de Goyo que andaba buscando alguna prenda.

—Güen día, hermano —dije despacio.

—Güen día.

—¿Se te ha perdido algo?

—Ahá, el arriador.

—¿Cuál?

—El cabo'e plata.

—Está en el cuarto contra el baúl.

—Vi'a alzarlo.

—¿No matiamos?

—Aurita.

Mientras Goyo buscaba su arriador, ensillé chiflando mi petiso que dormitaba, gachas las orejas, resoplando a intervalos con disgusto.

Cuando entré a la cocina, estaban ya acompañando a Goyo, Pedro Barrales y Don Segundo.

—Güenos días.

—Güenos días.

Horacio entró descoyuntándose a desperezos.

—Te vah'a quebrar —rió Goyo.

—¿Quebrar?... Ni una arruguita le vi'a dejar al cuerpo.

Silencioso, Valerio traspuso el umbral, dirigiéndose a un rincón, donde en cuclillas se calzó un brillante par de lloronas de plata. Después rodeamos el fogón, y el mate comenzó a hacer sus visitas.

Cada cual vivía para sí y mi alegría de pronto se hizo grave, contenida. Un extraño nos hubiese creído apesadumbrados por una desgracia.

No pudiendo hablar, observé.

Todos me parecían más grandes, más robustos, y en sus ojos se adivinaban los caminos del mañana. De peones de estancia habían pasado a ser hombres de pampa. Tenían alma de reseros, que es tener alma de horizonte.

Sus ropas no eran las del día anterior; más rústica, más práctica, cada prenda de sus indumentarias decía los movimientos venideros.

Me dominó la rudeza de aquellos tipos callados y, no sé si por timidez o por respeto, dejé caer la barbilla sobre el pecho, encerrando así mi emoción.

Afuera, los caballos relinchaban.

Don Segundo se puso de pie, salió un momento, volvió con un par de riendas tiocas y fuertes.

—Traime un poco de sebo, muchacho.

Lentamente untó el cuero grueso con la pasta, que a las tres pasadas perdió su blancura.

Valerio acomodó una poca ropa en su poncho, que ató en torno a su cintura, sobre el tirador.

Pedro Barrales se asomó hacia la noche, dio un sonoro rebencazo en un banco y dijo con mueca de resignación.

—Me parece que a mediodía el sol nos va a hacer hervir los caracuses.

De un movimiento coincidente salimos sin necesidad de ser mandados. Las espuelas resonaron en coro, trazando en el suelo sus puntos suspensivos. La noche empezaba a desmayarse.

En el palenque tomamos cada cual su caballo y salimos tranqueando por la playa.

—Goyo —dijo Valerio—, andá sacando los caballos...; nosotros vamoh'a buscar la tropa... Vos, muchacho, seguilo a Goyo. Ya es güeno que nos movamos.

Por primera vez el capataz daba una orden y esto era como un paréntesis abierto para el arreo.

Valerio, Horacio y Barrales galoparon hacia un potrero cercano, en que se veía confusamente el bulto de los novillos echados. Goyo y yo abrimos la tranquera del corral, dejando salir las tropillas que pronto hicieron familia, cada cual con su madrina, cuyo cencerro les sirve de voluntad.

—Abriles la puerta del potrero grande y quedate adelante pa que no disparen.

Había empezado mi trabajo y con él un gran orgullo: orgullo de dar cumplimiento al más macho de los oficios.

Primero tuve que espolear mi petiso y correr de un punto a otro, para sujetar los ímpetus libertarios de las tropillas; pero muy pronto las madrinas baquianas comprendieron, tomando sometidamente el camino. Marchando bien las madrinas, podía reírme de las rebeldías de los más briosos, que un silbido y un "vuelva pingo" cortaba de cuajo. Tranquilo marché, sabiéndome seguido.

De la playa venían los gritos y el ruido de la tropa en marcha; rumor de guerra con sus tambores, sus órdenes, sus quejidos, carreras, choques y revolcones. Aquello se acercaba, aumentando en tamaño, y pronto distinguimos un pesado entrevero de colores y formas en la luz naciente.

Fuese calcando la tropa hasta formar una sola masa de movimiento, de la cual yo era el principio tallado en punta.

En mi aislamiento y mientras el amanecer iba haciendo su obra, me sentí de pronto triste. ¿Por qué? Tal vez fuera un detalle del oficio. Hoy en la cocina, antes de la partida, no había oído ninguna risa, sorprendiéndome, por el contrario, la seriedad de las expresiones. ¿Sería porque dejaban algo detrás suyo? ¿Sería un pasajero momento de duda al iniciar la tarea en que corrían el albur de no volver más a sus pagos, a sus familias? No conociendo lo que era extrañar la querencia, explicábame a medias los sentimientos nostálgicos. ¿Sería, entonces, por las chinas y los guachitos? ¿Y qué tenía yo que ver con eso? Una carita olvidada en el trajín de mi partida, se presentó nítida a mis ojos: Aurora.

Aurora, pensé, ¿qué tenía que ver conmigo sino el compartimiento de un juego sin mayor pasión, dada nuestra rudimentaria sensualidad?

Sin embargo, la imagen no retrocedió ante mi pensamiento. ¿En qué andaría a esas horas? ¿No estaría triste, a pesar de la sonrisa con que me había despedido la noche antes en el maizal?

Idear una expresión de llanto en su pequeño rostro hecho de alegría, me echó en un repentino enternecimiento.

—Chinita —dije casi fuerte, y mordí la manijera del rebenque mirando hacia adelante, para abstraerme en otra cosa.

El día se iba preparando hacia el Este con vibración potente. Mi petiso escarceaba seguido como llamando la madrugada. Ya un pájaro tendía el vuelo sobre la llanura.

Los recuerdos de mis últimas dos horas en la estancia parecían empaparse de finura y lejanía.

Al día siguiente de mi primer encuentro con Aurora había ido a hacer efectiva mi compra, y de vuelta la encontré en el mismo lugar, pero esta vez hosca.

—Güenas tardes.

—Güenas.
—¿Estáh'enojada?
—¡No he de estar! Anoche, por culpa tuya, he perdido una sortija entre el maiz y mama me ha pegao una paliza.
—¿Querés que la busque? —pregunté, no sin malicia.
—¿Te acordás donde jué?
—¡Cómo no me vi'acordar, preciosa!
—Sonso.
Después, juntos habíamos buscado la pequeña joya y habíamos encontrado nuestros juegos.
Esa tarde no me había reñido, y al apartarnos no fui yo quien dijo:
—Mañana te espero.
Pobre chinita, aquel mañana había sido nuestro último encuentro.
Distrájome de mis pensamientos la cruzada del río. Volvió a formarse el remolino y el griterío, osciló la tropa asustada, hasta que los primeros novillos se echaron al agua. Llenóse de espuma, de risas y roturas, la corriente arisca; salimos a la otra orilla con las cinchas goteando y alguno que otro salpicón en las bombachas.
Sobre la tierra, de pronto oscurecida, asomó un sol enorme y sentí que era yo un hombre gozoso de vida. Un hombre que tenía en sí una voluntad, los haberes necesarios del buen gaucho y hasta una chinita querendona que llorara su partida.

## CAPITULO VII

Con la salida del sol, vino el fresco que nos trajo una alegría ávida de traducirse en movimiento. Dejando el río a nuestras espaldas, cruzamos la rinconada de un potrero para entrar, por una tranquera, al callejón.
En aquel camino, que corría entre sus alambrados como un arroyo entre sus barrancas, el andar de la tropa se hizo tranquilo y el peligro de un desbande más remoto.
Sujetando mi petiso, me coloqué a una orilla y esperé la llegada de Goyo, para dar expansión a mi estado comunicativo.
—Si querés, volvete p'atrás —me dijo.
—Güeno.
Sin moverme, dejé pasar la tropa. Los novillos caminaban con pausa y sin cansancio. Unos pocos balaban, mirando hacia la estancia. De vez en cuando, una cornada producía un hueco de algunos metros que volvía a rellenarse, y la marcha seguía pausada, sin cansancio. Al enfrentarme, las bestias hacían una curva a distancia, observándome desconfiadamente. Muchos se detenían, las narices levantadas, olfateando con curiosidad.
Absorto en el movimiento de las paletas fuertes y el cabeceo rítmico, esperé a los troperos. El sol matinal, pegando de soslayo en aquellos cuer-

pos, dorábales el perfil de un trazo angosto y las sombras se estiraban sobre el campo, en desmesurada parodia.

Pronto me vi envuelto en un asalto de bromas.

—'stán muy amontonados pa contarlos —reía Pedro Barrales.

—No, si está eligiendo la res pa ponerle el lazo —contestábale Horacio

—¡Mozo! —gritó Valerio—, si se me hace que ya lo veo atravesao sobre el recao y con las nalgas p'arriba pa que lah'alivee el fresco.

—Me están boliando parao —retruqué—; dejenmé siquiera que corra un poco.

La conversación se hacía a gritos, mientras uno de aquí, otro de allá, menudeábamos porrazos a los rezagados que marcaban un intento de escapar para la querencia.

—Vez pasada —contó Pedro— cuando juimos de viaje pa Las Heras, ¿te acordah' Horacio?, lo llevábamos de bisoño a Venero Luna. Hubieran visto la bulla que metía este cristiano. Puro floriarse entre el animalaje. Tenía una garganta como trompa'e línea y dele pacá, dele payá, les gritaba: "Ajuera guay, ajuera guay". Pero, cuando llevábamos cinco días de arreo, al hombre se le jueron bajando los humos. A la llegada, ya casi ni se movía. "Era ey, era ey", decía como si estuviese rezando, y estaba de flaco y sumido que me daban ganas de atarlo a los tientos.

—Sí —acentuaba gravemente Valerio—; pa empezar, toditos somos güenos.

Y quedaron, un momento, saboreando aquella gloria de sus cuerpos resistentes. ¿Qué muchacho no ha probado el oficio? Sin embargo, no abundaban los hombres siempre dispuestos a emprender las duras marchas, tanto en invierno como en verano, sufriendo sin quejas ni desmayos la brutalidad del sol, la mojadura de las lluvias, el frío tajeante de las heladas y las cobardías del cansancio.

Asaltado de dudas, repetí el decir de Valerio: "Pa empezar, toditos somos güenos". ¿Me vería yo vencido después de mi primer ensayo? Eso sólo podría decirlo el futuro; por el momento, lejos de arredrarme sentí un gran coraje, y tuve la certeza de que me había de romper el alma antes que ceder a las fatigas o esquivar algún peligro del arreo.

Tan valiente me juzgué que resolví ensillar, en la primer parada, mi petiso potro y así demostrarme a mí mismo la decisión de tomar las cosas de frente. La mañana invita con su ejemplo a una confianza en un inmediato más alto y yo obedecía tal vez a aquella sugestión.

Mientras iba afirmándome en mi resolución, vi que llegábamos a un boliche. Era una sola casa de forma alargada. A la derecha estaba el despacho, pieza abierta, amueblada con un par de bancos largos, en los que nos sentamos como golondrinas en un alambre. El pulpero alcanzaba las bebidas por entre una reja de hierro grueso, que lo enjaulaba en un vasto aposento, revestido de estanterías embanderadas de botellas, frascos y tarros de toda laya.

El suelo estaba poblado de cuartos de yerba, damajuanas de vino, barriles de diversas formas, cojinillos, matras, bastos, lazos y otros artículos usuales. Entre aquel cúmulo de bultos, el pulpero se había hecho un camino, como la hacienda hace una huella, y por el angosto espacio iba y volvía trayendo las copas, el tabaco, la yerba o las prendas de ensillar.

Frente al despacho había un par de columnas de material, sujetando una enramada que unía el abrigo de la casa al de un patio de paraísos nudosos. Más lejos se veía la cancha de taba.

Delante de la pulpería, el callejón se agrandaba en amplia bolsa, cosa que volvía fácil el cuidado de las tropas.

A eso de las ocho echamos pie a tierra para reponernos con algún alimento.

Empezaba ya a hacer calor y traíamos una lasitud de hambre, pues estábamos en movimiento desde hacía cinco horas con sólo unos mates en el buche.

Horacio y Goyo acomodaron un fogón y prepararon el churrasco. Los demás entraron al despacho, saludaron al pulpero conocido en otros viajes, y pidieron éste una Ginebra, aquél un Carabanchel.

—¿Qué vah'a tomar? —me preguntó Don Segundo.

—Una caña'e durazno.

—Te vah'a desollar el garguero.

—Deje no más, Don.

En silencio, vaciamos nuestras copas.

Por turno, un rato más tarde "tumbiamos" y yo me eché otra caña al cuerpo.

Repuestos y alegres nos preparamos a seguir viaje. Don Segundo y Valerio mudaron caballo. Valerio ensilló un colorado gargantilla que todos lo codiciaban por su pinta vivaracha, la finura de sus patas y manos.

—¡Qué pingo pa una corrida'e sortija! —decía Pedro Barrales.

—Medio desabordinao, no más —comentó Valerio—, y capaz de hacerme una travesura cuando lo toque con lah'espuelas.

—Algún día tiene que aprender.

Así como hubo concluido de subirlo y lo tocara con las espuelas, vio Valerio que no había errado. El gargantilla se alzó "como leche hervida".

Valerio, de cuerpo pequeño y ágil, seguía a maravilla los lazos de una "bellaqueada", sabia en vueltas, sentadas, abalanzos y cimbrones. Su poncho acompasaba el hermoso enojo del bruto, que en cada corcovo lucía la esbeltez de un salto de dorado. Sus ijares se encogían temblorosos de vigor. Su cabeza rayaba casi el suelo en signos negativos y su lomo, encorvado, sostenía muy arriba la sonriente dominación del jinete.

Al fin, la mano diestra puso término a la lucha y Valerio rio jadeante.

—¿No les dije?

—¡Hm! —comentó Pedro—, no es güeno darle mucha soga.

—Si lo dejo, de seguro se me hace bellaco.

—Sería pecao..., un pingo tan parejo.

Enardecido por el espectáculo, alentado por las dos cañas que me bailaban en la cabeza, recordé mi proyecto de hacía un rato.

—¿Quién me da una manito pa ensillar mi potrillo?

—¿Pa qué?

—Pa subirlo.

—Te vah'acer trillar.

—No le hace.

—Yo te ayudo —dijo Horacio—, aunque no sea más que por tomar café esta noche en el velorio.

Con risas y al compás de dicharachos agarraron y ensillaron mi petiso, más pronto de lo que era menester para que yo pensara en mi temeridad. Horacio tomó el potrillo de la oreja, le dio unos zamarreones.

—Cuando querráh'ermano.

Con sigilo me acerqué, puse el pie en el estribo y "bolié la pierna", tratando de no despertar demasiado pronto las cosquillas del cebrunito.

Las bromas me ponían nervioso. ¿Para dónde iría a salir el petiso? ¿Cómo prevendría yo el primer movimiento?

Había que concluir de una vez y, tomando mi coraje a dos manos, después de haberme acomodado del modo que juzgué más eficiente, di la voz de mando.

—¡Larguelón no más!

El petiso no se movió. Por mi parte, no veía muy claro. Delante mío adivinaba un cogote flacucho, ridículo, un poco torcido. Al mismo tiempo noté que mis manos sudaban y tuve miedo de no poderme afirmar en las riendas.

—¿Pa cuándo? —preguntó detrás mío una voz que no supe a quién atribuir.

Como una vergüenza, peor que un golpe, sentí el ridículo de mi espera y al azar solté por la cabeza del petiso un rebencazo. Experimenté un doloroso tirón en las rodillas y desapareció para mí toda noción de equilibrio. Para mal de mis pecados eché el cuerpo hacia adelante y el segundo corcovo me fue anunciado por un golpe seco en las asentaderas, que se prolongó al cuerpo en desconcertante sacudimiento. Abrí grandes los ojos previendo la caída, y echéme esta vez para atrás, pues había visto el camino subir hacia mí, no encontrando ya con la mirada ni el cogote ni la cabeza del petiso.

Otra y otra vez se repitieron los cimbronazos, que parecían quererme despegar los huesos, pero sintiendo las rodillas firmes y alentado por un "¡aura!" de mis compañeros, volví a dar un rebencazo a mi potro. Más y más sacudones se siguieron con apuro. Me parecía que ya iban cien y las piernas se me acalambraban. Una rodilla se me zafó de la grupa; me

juzgué perdido. El recado desapareció debajo mío. Desesperadamente, viéndome suspenso en el vacío, tiré un manotón sin rumbo. El golpe me castigó el hombro y la cadera con una violencia que me hizo perder los sentidos. A duras penas, empero, alcancé a ponerme de pie.

—¿Te has lastimao? —me preguntó Valerio, que no se apartó de al lado mío durante mi mala jineteada.

—Nada, hermano, no me he hecho nada —respondí, olvidando la deferencia que debía a mi capataz.

A unos treinta metros, Don Segundo había puesto el lazo al fugitivo y corrí en su dirección.

—¡Tenganmeló!

—¿Pa llorarlo luego al finadito? —rio Goyo.

—No, formal, tenganmeló ese maula que lo vi'a hacer sonar a azotes.

—Déjelo pa mañana —me ordenó sin bromas Valerio—, mire que tenemos que marchar y el trabajo no es divirsión.

—Me parece —dijo Don Segundo— que si éste no se sosiega, lo vamoh'a tener que mandar pa la jaula'e las tías.

Horacio me trajo embozalado el petiso de Festal chico.

## CAPITULO VIII

En la pampa las impresiones son rápidas, espasmódicas, para luego borrarse en la amplitud del ambiente, sin dejar huella. Así fue como todos los rostros volvieron a ser impasibles, y así fue también como olvidé mi reciente fracaso sin guardar sus naturales sinsabores. El callejón era semejante al callejón anterior, el cielo permanecía tenazmente azul, el aire, aunque un poco más caluroso, olía del mismo modo, y el tranco de mi petiso era apenas un poco más vivaracho.

La novillada marchaba bien. Las tropillas que iban delante llamaban siempre con sus cencerros claros. Los balidos de la madrugada habían cesado. El traqueteo de las pezuñas, en cambio, parecía más numeroso, y el polvo alzado por millares de patas iba tornándose más denso y blanco.

Animales y gente se movían como captados por una idea fija: caminar, caminar, caminar.

A veces un novillo se atardaba mordisqueando el pasto del callejón, y había que hacerle una atropellada.

Influido por el colectivo balanceo de aquella marcha, me dejé andar al ritmo general y quedé en una semi-inconsciencia que era sopor, a pesar de mis ojos abiertos. Así me parecía posible andar indefinidamente, sin pensamiento, sin esfuerzo, arrullado por el vaivén mecedor del tranco, sintiendo en mis espaldas y mis hombros el apretón del sol como un consejo de perseverancia.

A las diez, el pellejo de la espalda me daba una sensación de efervescencia. El petiso tenía sudado el cogote. La tierra sonaba más fuerte bajo las pezuñas siempre livianas.

A las once tenía hinchadas las manos y las venas. Los pies me parecían dormidos. Dolíanme el hombro y la cadera golpeados. Los novillos marchaban más pesadamente. El pulso me latía en las sienes de manera embrutecedora. A mi lado la sombra del petiso disminuía desesperadamente despacio.

A las doce, íbamos caminando sobre nuestras sombras, sintiendo así mayor desamparo. No había aire y el polvo nos envolvía como queriéndonos esconder en una nube amarillenta. Los novillos empezaban a babosear largas hilachas mucosas. Los caballos estaban cubiertos de sudor, y las gotas que caían de sus frentes salábanles los ojos. Tenía yo ganas de dormirme en un renunciamiento total.

Al fin llegamos a la estancia de un tal don Feliciano Ochoa. La sombra de la arboleda nos refrescó deliciosamente. A pedido de Valerio, nos dieron permiso para echar la tropa en un potrerito pastoso, provisto de aguada, y nos bajamos del caballo con las ropas moldeadas a las piernas, caminando como patos recién desmaniados. Rumbo a la cocina, las espuelas entorpecieron nuestros pasos arrastrados. Saludamos a la peonada, nos sacamos los chambergos para aliviar las frentes sudorosas y aceptamos unos mates, mientras en el fogón colocábamos nuestro churrasco de reseros y activábamos el fuego.

No tomé parte en la conversación que pronto se animó entre los forasteros y los de las casas. Tenía reseco el cuerpo como carne de charque, y no pensaba sino en "tumbiar" y echarme aunque fuera en los ladrillos.

—¿Seguirán marchando cuando acaben de comer?

—No, señor —contestó Valerio—. El tiempo está muy pesao pa los animales... Pensamos, más bien, con su licencia, echar una siestita y caminar un poco de noche, si Dios quiere.

¡Qué placer indescriptible me dio aquella respuesta! Instantáneamente sentí mis miembros alargarse en un descanso aliviador y toda mi buena disposición volvió a mí como por magia.

—¡Lindo! —exclamé, escupiendo por el colmillo.

Uno de los peones me miró sonriente:

—Has de ser nuevo en el oficio.

—Sí —dije como para mí—, soy un nuevo que se va gastando.

—¡Oh! —comentó un viejo—, antes de gastarte tenés que dir p'arriba.

—Si es apuradazo —replicó Pedro Barrales—. Hoy ya subió un potrillo; iba descolgándose por la paleta, que no le quería bajar el rebenque. Es de los que mueren matando.

—¡Güen muchacho! —dijo el viejo con los ojos risueños de simpatía—. Tomá un mate dulce por gaucho.

—Lo habré merecido cuando no me voltee, Don.

—Será mañana, pues.

—Quién sabe —intervino Goyo— no juera mejor que lo largara.

—¡Claro! —subrayé—, pa ver cómo corren por el campo mis veinte pesos.

—No —volvió a interrumpir el viejito—, si es ladinazo pa'l retruque.

—¡Oh! —aseguró Don Segundo— si es por pico, no hay cuidao. Antes de callarse más bien se le va hinchar la trompa. Es de la mesma ley que los loros barranqueros.

—Ya me castigaron —concluí encogiéndome de hombros, como para prevenir un golpe, y no hablé más.

Un chico como de doce años se había sentado cerca mío y miraba mis espuelas, mis manos lastimadas en la jineteada, mi rostro cubierto por la tierra del arreo, con la misma admiración con que días antes observé yo a Valerio o a Don Segundo. Su ingenua prueba de curiosidad admirativa era mi boleta de resero.

Para que durmiera la siesta, el mismo muchacho se comidió a enseñarme un lugar aparente y le estuve de ello tan agradecido casi como de sus manifestaciones de muda simpatía.

A eso de las cuatro nos hallábamos otra vez en el callejón. Las despedidas habían sido cordiales, después de unos pocos mates, y yo me sentía como recién parido por haberme bañado el rostro en un balde y sacudido la tierra con una bolsa.

A los mancarrones les sonaba el agua en la panza, y la tropa, habiendo tenido tiempo de echarse y probar unos buenos bocados de gramilla, se encontraba mejor dispuesta.

Teníamos, además, la promesa cercana del frescor nocturno y eso de ir mejorando paulatinamente, hasta alcanzar un descanso, mantiene despierta la esperanza fundada.

Como a nuestra salida de la estancia, me fui hasta adelante de las tropillas, de donde me entretuve en mirar el camino y las poblaciones lejanas, para grabar el todo en mi memoria, acaudalando así mis primeros valores de futuro baquiano.

A las dos horas de marcha, como íbamos a pasar frente a un puesto, Goyo llegó hasta mí para transmitirme una orden de Valerio.

—Vení conmigo... Vamoh'a carniar un cordero y despuéh'alcanzamos la tropa.

—No sirvo, hermano, pa ese trabajo.

—No le hace. Te vah'a ir acostumbrando.

Mientras el arreo seguía su camino, nos apeamos en el rancho, cuyo dueño nos recibió como a conocidos viejos.

—¿Un borrego? —dijo cuando Goyo le hubo explicado nuestra necesidad de carne—. En seguidita no más.

No hubo discusión por el precio.

Goyo era baquiano y ligero. Mi atareada inutilidad le hacía reír sin descanso. No bien había yo rasgado el cuero de una pata, cuando ya su

cuchillo, viniendo por la panza, me amenazaba con la punta. Con tajos largos y certeros separaba el cuero de la carne y, una vez abierta la brecha, metía en ella el puño con el que rápidamente procedía al despojo de la bestia. Haciendo primero un círculo con la hoja en derredor de las coyunturas, quebró las cuatro patas en la última articulación. Entre el tendón y el hueso del garrón, abrió un ojal en el que pasó la presilla del cabresto y, arrimándose a un árbol, tiró por sobre una rama la punta opuesta, de la cual me colgué con él hasta que quedara suspendida la res.

Rápidamente abrió la panza, sacó a vueltas y revueltas el sebo de tripa, despojó el vientre de desperdicios, el tórax de bofes, hígado y corazón.

—¿Pa eso me has llamado? —pregunté estúpidamente inactivo, avergonzado de mis manos que colgaban también como desperdicios.

—Aura me vah'ayudar pa llevar la carne.

Concluida la carneada, metimos cada cual nuestro medio borrego en una bolsa de arpillera, lo atamos a los tientos y, despidiéndonos del puestero, que nos hizo traer unos mates con una chinita flaca y huraña, nos fuimos a trote de zorrino hasta alcanzar la tropa, que por cierto no se había distanciado mucho.

Más apocado por mi ignorancia de carneador que por mi golpe de la mañana, me fui de nuevo hacia adelante mascando rabia. Horas antes había visto el buen lado de la taba, cuando el chico de lo de Don Feliciano miraba asombradamente mis pilchas y aposturas de resero; y no me había acordado que el huesito tenía otra parte designada con un nombre desdoroso; ésa la veía sólo cuando mi impericia de bisoño se topaba con una de las tantas realidades del oficio. ¿Cuántos otros desengaños me esperaban?

Antes de andar haciéndome el "taita", tenía por cierto que aprender a carnear, enlazar, pialar, domar, correr como la gente en el rodeo, hacer riendas, bozales y cabrestos, lonjear, sacar tientos, echar botones, esquilar, tusar, bolear, curar el mal del vaso, el haba, los hormigueros y qué sé yo cuántas cosas más. Desconsolado ante este programa, murmuré a título de máxima: "Una cosa es cantar solo y otra cosa es con guitarra".

En esos trances me asaltó la tarde en una rápida fuga de luz. Acobardado por mi soledad, volvíme con los otros para saber a qué hora comeríamos.

Cenamos en campo abierto. Cerca del callejón había una cañada con unos sauces, de donde trajimos algunas ramas secas. El resplandor de la llama dio a nuestros semblantes una apariencia severa de cobre, mientras en cuclillas formábamos un círculo de espera. Las manos, manejando el cuchillo y la carne, aparecían lucientes y duras. Todo era quietud, salvo el leve cantar de los cencerros y los extrañados balidos de la hacienda.

En la cañada croaron las ranas, quebrando el uniforme siseo de los grillos. Los chajás delataban nuestra presencia a intervalos perezosos. Los gajos verdes de nuestra leña silbaban, para reventar como lejanas bom-

bas de romerías. Sentía el dolor del cansancio mudar de sitio en mi pobre cuerpo y parecíame tener la cabeza apretada bajo un cojinillo.

No teníamos agua y había que sufrir la sed por unas horas.

Nuevamente, al andar de la tropa, proseguimos nuestro viaje.

Encima nuestro, el cielo estrellado parecía un ojo inmenso, lleno de luminosas arenas de sueño. Cada paso propagaba una manada de dolores por mis músculos. ¿Cuántos vaivenes del tranco tendría que aguantar aún?

No sabía ya si nuestra tropa era un animal que quería ser muchos, o muchos animales que querían ser uno. El andar desarticulado del enorme conjunto me mareaba, y si miraba a tierra, porque mi petiso cambiaba de dirección o torcía la cabeza, sufría la ilusión de que el suelo todo se movía como una informe masa carnosa.

Hubiese querido poder dormir en mi caballo como los reseros viejos.

Nadie se ocupaba ya de mí. La gente iba atenta al animaleje, temiendo que alguno se rezagara. Se oía de vez en cuando un grito. Los teros chillaban a nuestro paso y las lechuzas empezaron a jugar a las escondidas, llamándose con gargantas de terciopelo.

Ninguna población se avistaba.

De pronto me di cuenta de que habíamos llegado. Cerca ya, vimos la gran apariencia oscura de unas casas, y el callejón se ensanchó como un río que llega a la laguna.

Goyo, Don Segundo y Valerio iban a rondar, según oí decir.

Estábamos en los locales de una feria, a orillas de un pueblo.

Cerca de las tropillas desenfrené mi petiso y le volteé el recado.

Bajo un cobertizo de cinc tiré mis pilchas al suelo y me les dejé caer encima, como cae un pedazo de barro de una rueda de carreta.

Un rebencazo casi insensible me cayó sobre las paletas.

—¡Hacete duro, muchacho!

Y creí haber reconocido la voz de Don Segundo.

## CAPITULO IX

Goyo tuvo que arrastrarme lo menos unos tres metros, tirándome de los pies, para poder despertarme:

—'ta que sos dormilón... Si ya te estaba por hacer la prueba que se le hace al peludo pa sacarlo'e la cueva.

—¿Nos vamos ya?

—Dentro de un rato.

Queriéndome incorporar hice un esfuerzo inútil.

—¿No te podéh'enderezar?

—A gatitas —contesté mientras lograba tomar posición de gente.

—¿Qué te duele? —reía Goyo.

—El porrazo —alegué para no confesar mi fatiga.

—¿Ande, aquí?

—¡Afa! —exclamé retirando rápidamente el brazo que me apretaba Goyo. Pero aquello era en realidad una farsa. Lo que me dolía era el vientre, las ingles, los muslos, las paletas, las pantorrillas.

—¿Estarás pasmao?

—Cuantito me mueva se me va a pasar.

Haciendo un sentido esfuerzo, salí caminando sin dar muestras de mis sufrimientos. Apenas quería aclarar el día nublado.

—¿Tendremos lluvia?

—Sí.

—¿Ande está Don Segundo?

—En la tropilla, ensillando.

Guiado por los cencerros caminé hasta ver la gran silueta del paisano, abultada por la noche.

—Güen día, Don Segundo.

—Güen día, muchacho. Te estaba esperando pa hablarte.

—Diga, Don.

—¿Vah'a volver a ensillar tu potrillo?

—¿Y de no?

—Güeno. Yo te vi'a ayudar pa que no andés sirviendo de divirsión 'e la gente. Aquí naides nos va a ver y vah'hacer lo que yo te mande.

—Cómo no, Don Segundo.

De los tientos de su encimera lo vi sacar el lazo. Luego tomó mi bozal, revisó el cabresto que era fuerte y me ordenó que lo siguiera.

En la luz incierta de la madrugada llovedora, se dirigió hacia mi cebrunito haciendo la armada. El petiso medio dormido no tuvo tiempo para escapar. El lazo se ciñó en lo alto del cogote y Don Segundo, sin darse siquiera la pena de "echar a verijas", contuvo a su presa.

—Andá arrimando tu recao.

Cuando volví encontré ya a mi potrillo sujeto a un poste, por tres vueltas de cabresto y enriendado.

Con paciencia, Don Segundo fue colocando bajeras, bastos y cincha. Cuando tiró del correón, el potrillo quiso debatirse, pero era ya tarde. Los cojinillos completaron rápidamente la ensillada.

Asombrado miraba yo el dominio de aquel hombre, que trataba a mi petiso como a un cordero guacho.

Mientras apretaba el cinchón y desataba el cebrunito del poste trayéndolo al medio de la playa, Don Segundo me aleccionó:

—El hombre no debe ser sonso. De la gente jineta que vos ves aura, muchos han sido chapetones y han aprendido a juerza de malicia. En cuanto subás charquiá no más sin asco, que yo no vi'a andar contando y no le aflojés hasta que no te sintás bien seguro. ¿Me hah'entendido?

—Ahá.

—Güeno.

El caballo de Don Segundo estaba a dos pasos, pronto para apadrinarme. Antes de subir miré en torno, pues a pesar de los consejos del hom-

bre que entre todos merecía mi respeto, me hubiera molestado que otros me pillaran trampeando.

Tranquilizado por mi inspección subí cautelosamente, no sin que me temblaran un poco las piernas. Ni bien estuve sentado, el dolor de las ingles y los muslos se me hizo casi insoportable; pero era mal momento para ceder y me acomodé lo mejor posible.

—No lo movàh'a ver si me da tiempo pa subir.

Como si hubiera entendido, el petiso quedó tranquilo hasta que mi padrino estuvo a mi lado.

Don Segundo alzó el rebenque. El petiso levantó la cabeza y echó a correr sin intentar más defensa. Alrededor de la playa dimos una gran vuelta. Poco a poco me fui envalentonando y acodillé al petiso buscando la bellaqueada. Dos o tres corcoyos largos respondieron a mi invitación; los resistí sin apelar al recurso indicado.

—Ya está manso —dije.

—No lo busqués —contestó simplemente Don Segundo, a quien mi maniobra no había escapado. Y colocándose alternativamente a uno y otro lado, me llevó hasta el lugar en que los demás troperos estaban desayunándose, con unos mates, a orilla del camino.

Nos recibieron con gritos y aplausos.

Hinchado de orgullo como un pavo, rematé mi trabajo tironeando al petiso según las órdenes de mi padrino:

—Aura pa la izquierda... Aura pa la derecha... Aura de firme no más, hasta que recule.

Y me cebaba en cada tirón, haciendo temblequear la jeta de mi víctima, tal como lo había visto hacer a los otros.

—'stá güeno. Te podés desmontar. Agarrate del fiador del bozal y abrítele bien pa cair lejos.

Lleno de confianza me ejecuté.

—¡Mozo liviano! —exclamó Pedro Barrales.

Recién cuando quise desensillar, me di cuenta de que por haberme excedido en los tirones tenía desgarradas las manos, de las cuales la izquierda me sangraba abundantemente.

—Te hah' lastimao —dijo Horacio, habiendo visto mi mirada—. Dejálo no más a tu redomón que yo le vi'a bajar los cueros.

No me hice rogar, porque sentía unos fuertes punzazos que me subían hasta el codo. Me envolví la herida con un pañuelo que Pedro me ayudó a anudar.

—Están resecas las riendas —dije a manera de comentario.

—Dejá eso no más —intervino Goyo— y arrimate a tomar unos tragos de chifle, que te loh'as ganao.

Con explicable alegría recibí aquella oferta, que me resultaba el más rico de los premios.

Media hora después, como se agotaran los elogios y las palmadas y la yerba, volvimos a nuestras impasibles actitudes de troperos. Pero yo

llevaba dentro un tesoro de satisfacción, que saboreaba a grandes sorbos con el aire joven de la mañana.

Entre tanto, los nubarrones amontonados en el horizonte habían recubierto el cielo y, cuando el arreo en marcha volvía a la angostura del callejón, las primeras gotas sonaron de un modo opaco y precipitado.

Como a pesar de la hora temprana sintiéramos calor, fue más bien un goce aquel tamborineo fresco. Algunos empezaron a acomodar sus ponchos; yo esperé.

Mirando al cielo colegimos que aquello era preludio de algo más serio.

La tierra se había puesto a despedir perfumes intensamente. El pasto y los cardos esperaban con pasión segura. El campo entero escuchaba.

Pronto un nuevo crepitar de gotas alzó al ras del callejón una sutil polvareda. Parecía que nuestro camino se hubiese iluminado de un tenue resplandor.

Esa vez me acomodé el "calamaco" preparándome a resistir el chubasco.

La lluvia se precipitó interceptándonos el horizonte, los campos y hasta las cosas más cercanas. Los troperos se distribuyeron a lo largo de la novillada para cerrar de más cerca la marcha.

—¡Agua! —gritó Valerio entreverándose a pechadas entre los brutos.

Por mi parte me entretuve en sentir sobre mi cuerpo el cerrado martilleo de las gotas, preguntándome si el poncho me defendería de ellas. Mi chambergo sonaba a hueco y pronto de sus bordes empezaron a formarse goteras. Para que éstas no me cayeran en el pescuezo, requinté sobre la frente el ala, bajándola de atrás a fin de que el chorrito se escurriese por la espalda.

La primera reacción ante la lluvia, según más tarde pudo argumentar mi experiencia, es reír, aunque muchas veces nada bueno traiga consigo la perspectiva de una mojadura. Riendo, pues, aguanté aquel primer ataque. Pero tuve muy pronto que dejar de pensar en mí, porque la tropa, disgustada por aquel aguacero que la cegaba de frente, quería darle el anca y se hacía rebelde a la marcha.

Como los demás, tuve que meterme entre ellos distribuyendo sopapos y rebencazos. A cada grito llenábaseme la boca de agua, obligándome esto a escupir sin descanso. Con los movimientos me di cuenta de que mi ponchito era corto, lo cual me proporcionó el primer disgusto.

A la media hora, tenía las rodillas empapadas y las botas como aljibe.

Empecé a sentir frío, aunque luchara aún ventajosamente con él. El pañuelo que llevaba al cuello ya no hacía de esponja y, tanto por el pecho como por el espinazo, sentí que me corrían dos huellitas de frío.

Así, pronto estuve hecho sopa.

El viento que traíamos de cara arreció, haciendo más duro el castigo, y a pesar de que a su impulso el aire se volviese más despejado, no fue tanto el alivio como para que no deseáramos un próximo fin.

Acobardado miré a mis compañeros, pensando encontrar en ellos un eco de mis tribulaciones. ¿Sufrirían? En sus rostros indiferentes el agua

resbalada como sobre el ñandubay de los postes, y no parecían más heridos que el campo mismo.

El callejón, que había sido una nota clara con relación a los prados, estaba lóbrego. Por delante de la tropa, la huella rebrillaba acerada; atrás todo iba quedando trillado por dos mil patas, cuyas pisadas sonaban en el barrial como masticación de rumiante. Los vasos de mi petiso resbalaban dando mayor molicie a su tronco. Por trechos la tierra dura parecía tan barnizada, que reflejaba el cielo como un arroyo.

Dos horas pasé, así, mirando en torno mío el campo hostil y bruñido.

Las ropas, pegadas al cuerpo, eran como fiebres en período álgido sobre mi pecho, mi vientre, mis muslos. Tiritaba continuamente, sacudido por violentos tirones musculares, y me decía que si fuera mujer lloraría desconsoladamente.

De pronto, una abertura se hizo en el cielo. La lluvia se desmenuzó en un sutil polvillo de agua y, como cediendo a mi angustioso deseo, un rayo de sol cayó sobre el campo; corrió quebrándose en los montes, perdiéndose en las hondonadas, encaramándose en las lomas.

Aquello fue el primer anuncio de mejora que, al cabo de una breve duda, vino a caer en benéfico derroche solar.

Los postes, los alambrados, los cardos, lloraban de alegría. El cielo se hizo inmenso y la luz se calcó fuertemente sobre el llano.

Los novillos parecían haber vestido ropas nuevas, como nuestros caballos, y nosotros mismos habíamos perdido las arrugas, creadas por el calor y la fatiga, para ostentar una piel tirante y lustrada.

El sol pronto creó un vaho de evaporación sobre nuestras ropas. Me saqué el poncho, abrí mi blusa y mi camiseta, me eché en la nuca el chambergo.

La tropa, olfateando el campo, se hizo más difícil de cuidar. Iniciamos algunas corridas arriesgando la costalada.

Una vida poderosa vibraba en todo y me sentí nuevo, fresco, capaz de sobrellevar todas las penurias que me impusiera la suerte.

Entre tanto, la vitalidad sobrante quedó agazapada en nuestros cuerpos, pues de ella tendríamos necesidad para sobrellevar los próximos inconvenientes, y, sin desparrarnos en inútiles bullangas, volvimos a caer en nuestro ritmo contenido y voluntarioso:

Caminar, caminar, caminar.

## CAPITULO X

Le saqué el freno que recién se estaba acostumbrando a cascar; le aflojé el maneador lo más posible para que bebiera tranquilo.

El bayo se arrimó al agua, que tocó con cauteloso hocico, y apurado por la sed bebió a sorbos interrumpidos, sin apartar de mí su ojo vivaz. Era un buen pingo arisco aún y lleno de desconfiadas cosquillas. Lo miré

con orgullo de dueño y de domador, pues estaba seguro de que pronto sería un chuzo envidiable. Los tragos pasaban con regularidad de pulso por su garguero. Levantó la cabeza, se enjuagó la boca, aflojando los belfos al paso de su larga lengua rosada. De pronto se quedó estirado de atención, las orejas rígidas, esperando la repetición de algún ruido lejano.

—Comadreja —dije bajo, llamándolo por su nombre.

El bayo se volvió hacia mí, resopló como inquieto y comenzó a mordisquear la fina gramilla ribereña. Tranquilizado, comió glotonamente, recogiendo entre sus labios movedizos los bocados, que luego arrancaba haciendo crujir los pequeños tallos.

Mi vista cayó sobre el río, cuya corriente apenas perceptible hacía cerca mío un hoyuelo, como la risa en la mejilla tersa de un niño.

Así, evoqué un recuerdo que parecía perdido en la aburrida bruma de mi infancia.

Hacía mucho tiempo, cinco años si mal no recordaba, intenté una recopilación de los insulsos días de mi existencia pueblera, y resolví romperla con un cambio brusco.

Era a orillas de un caserío, a la vera de un arroyo. A pocos pasos había un puente y hacia el medio del arroyo un remanso en el que solía bañarme.

¡Qué distintas imágenes surgían de mi nueva situación! Para constatarlo no tenía más que mirar mi indumentaria de gaucho, mi pingo, mi recado.

Bendito el momento en que a aquel chico se le ocurrió huir de la torpe casa de sus tías. Pero, ¿era mío el mérito?

Pensé en Don Segundo Sombra que en su paso por mi pueblo me llevó tras él, como podía haber llevado un abrojo de los cercos prendido en el chiripá.

Cinco años habían pasado sin que nos separáramos ni un solo día, durante nuestra penosa vida de reseros. Cinco años de ésos hacen de un chico un gaucho, cuando se ha tenido la suerte de vivirlos al lado de un hombre como el que yo llamaba mi padrino. El fue quien me guió pacientemente hacia todos los conocimientos de hombre de pampa. El me enseñó los saberes del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras, la difícil ciencia de formar un buen caballo para el aparte y las pechadas, el entablar una tropilla y hacerla parar a mano en el campo, hasta poder agarrar los animales dónde y como quisiera. Viéndolo me hice listo para la preparación de lonjas y tientos con los que luego hacía mis bozales, riendas, cinchones, encimeras, así como para injerir lazos y colocar argollas y presillas.

Me volví médico de mi tropilla, bajo su vigilancia, y fui baquiano para curar el mal del vaso dando vuelta la pisada, el moquillo con la medida del perro o labrando un fiador con trozos de un mismo maslo, el mal de orina poniendo sobre los riñones una cataplasma de barro

podrido, la renguera de arriba atando una cerda de la cola en la pata sana, los hormigueros con una chaira caliente, los nacidos, cerda brava y otros males, de diferentes modos.

También por él supe de la vida, la resistencia y la entereza en la lucha, el fatalismo en aceptar sin rezongos lo sucedido, la fuerza moral ante las aventuras sentimentales, la desconfianza para con las mujeres y la bebida, la prudencia entre los forasteros, la fe en los amigos.

Y hasta para divertirme tuve en él a un maestro, pues no de otra parte me vinieron mis floreos en la guitarra y mis mudanzas en el zapateo. De su memoria saqué estilos, versadas y bailes de dos, e imitándolo llegué a poder escobillar un gato o un triunfo y a bailar una huella o un prado. Coplas y relaciones sobraban en su haber para hacer sonrojar de gusto o de pudor a un centenar de chinas.

Pero todo eso no era sino un resplandorcito de sus conocimientos y mi admiración tenía dónde renovarse a diario.

¡Cuánto había andado ese hombre!

En todos los pagos tenía amigos, que lo querían y respetaban, aunque poco tiempo paraba en un punto. Su ascendiente sobre los paisanos era tal que una palabra suya podía arreglar el asunto más embrollado. Su popularidad, empero, lejos de servirle parecía fatigarlo después de un tiempo.

—Yo no me puedo quedar mucho en nenguna estancia —decía— porque en seguida estoy queriendo mandar más que los patrones.

¡Qué caudillo de montonera hubiera sido!

Pero por sobre todo y contra todo, Don Segundo quería su libertad. Era un espíritu anárquico y solitario, a quien la sociedad continuada de los hombres concluía por infligir un invariable cansancio.

Como acción, amaba sobre todo el andar perpetuo; como conversación, el soliloquio.

Llevados por nuestro oficio, habíamos corrido gran parte de la provincia. Ranchos, Matanzas, Pergamino, Rojas, Baradero, Lobos, el Azul, Las Flores, Chascomús, Dolores, el Tuyú, Tapalqué y muchos otros partidos nos vieron pasar cubiertos de tierra o barro, a la cola de un arreo. Conocíamos las estancias de Roca, Anchorena, Paz, Ocampo, Urquiza, los campos de "La Barrancosa", "Las Víboras", "El Flamenco", "El Tordillo", en que ocasionalmente trabajamos, ocupando los intervalos de nuestro oficio.

Una virtud de mi protector me fue revelada en las tranquilas pláticas de fogón. Don Segundo era un admirable contador de cuentos, y su fama de narrador daba nuevos prestigios a su ya admirada figura. Sus relatos introdujeron un cambio radical en mi vida. Seguía yo de día siendo un paisanito corajudo y levantisco, sin temores ante los riesgos del trabajo; pero la noche se poblaba ya para mí de figuras extrañas y una luz mala, una sombra o un grito me traían a la imaginación escenas de embrujados por magias negras o magias blancas.

Mi fantasía empezó así a trabajar, animada por una fuerza nueva, y mi pensamiento mezcló una alegría a las vastas meditaciones nacidas de la pampa.

A esa altura de mis mecedoras evocaciones, el bayo Comadreja dio una espantada que casi me quita el maneador de entre las manos.

Siguiendo su mirada vi en la orilla opuesta del río asomar la socarrona cabecita de un zorro.

Me dio vergüenza, como si hubiera burla en la atención de aquel bicho astuto.

Me levanté, tosí, acomodé las jergas del recado, enriendé el caballo y una vez montado emprendí el retorno a las casas.

Saliendo de las barrancas, vi tendido delante mío un vasto potrero y a lo lejos divisé el monte.

La estancia era grande y bien poblada. Diez leguas, ocho puestos, monte grande, con calles cuidadas, galpones, casa lujosa y un jardín de flores como nunca antes vi. Habíamos changado en unos trabajos de aparte, y ese día de Navidad el patrón daba un gran baile para mensuales, puesteros y algunos conocidos del campo.

A la mañana había yo ayudado a limpiar y adornar el galpón de esquila, que quedó emperifollado como una iglesia, y mientras volvía, que era para la oración, prometiéndome una buena noche de parranda como no se presenta en muchas ocasiones. Además, allí, en un puesto medio perdido en los juncales de un bajo, había conocido una mocita con más coqueterías que un jilguero. No sería mal arrimar un poquito de leña a ese fuego.

Entre tanto, mi bayo iba pisando con desconfianza entre matas de paja colorada y esparto. A mis espaldas quedaba la laguna cubierta por la bruma de un griterío confuso y ya tímido. Entré a una calle del monte. Los troncos vibraban aún de luz. Me encontré de improviso con otro jinete ante cuya semblanza mis ojos dudaron un momento.

—¿Sos vos Pedro?

—Barrales de apelativo. Yo mesmo soy. He sabido que andabas por acá y he venido a toparte solo pa que me contés de tu vida.

—Y es claro que vos no más habías sido. Con razón cuando te vide las viruelas me dije: Esa es cara con hocico.

—¿Y yo hermanito? ¡Si te habré extrañado! ¿Creerás que dende que no te veo no puedo miar?

Con qué gusto encontraba a mi bueno y viejo compañero del primer arreo, cuya alegría dicharachera había dejado en mi memoria la resonancia de un cencerro.

Hasta llegar al palenque, me hizo decir cuanto quiso sobre lo sucedido en mi existencia desde que no nos habíamos visto, y comentaba a antojo mis relatos con ingeniosos parangones o burlas simpáticas. Convinimos andar juntos en el baile y comimos codo a codo, en cuclillas, al lado del asador rodeado por unos treinta hombres.

Desde la cocina entreveíamos el galpón, al que iban llegando como avanzadas de fiesta algunos charrés y gente de a caballo. Adivinábamos risas de mujeres en los carruajes y poco a poco la cocina fue llenándose de paisanos que saludaban, alegres o taimados.

Ya la gente se había amontonado por demás y salimos con Pedro a curiosear lo que sucedía en el salón del baile.

Intimidados, a pesar de nuestros alardes, nos asomamos al recinto antes lleno de bolsas, maquinarias y cueros, entonces preparado con ostentación de lámparas, velas, candiles y banderitas, a contener la alegría de un centenar de parejas.

El centro despejado y limpio, asustaba y atraía como un remanso. En las sillas que formaban cuadro, apoyadas contra la pared, había mujeres de todas las edades, algunas con chicos en las faldas, los que asustados miraban con grandes ojos, o cansados dormían sin reparar en conversaciones, ni luces, ni colores.

Las mujeres, según la edad, vestían ropas oscuras o claras faldas floreadas. Algunas llevaban pañuelo en el pescuezo, otras en la cabeza. Todas parecían recogidas en una meditación mística, como si esperaran el advenimiento de un milagro o la entrada de algún entierro. Pedro me golpeaba disimuladamente el muslo con el puño:

—Vamoh'ermanito, que aurita dentra el finao.

Del galpón nos dirigimos a una carpa improvisada con las lonas de las parvas, donde nos tentó una hilera de botellas y misteriosas canastas, tapadas con coloreados pañuelos, que según nuestros cálculos debían esconder alfajores, pasteles, empanadas y tortas fritas.

Pedro interpeló al muchacho, que se aburría entre tanta golosina con ojos hinchados de sueño:

—Pase un frasco, compañero, que se van a redamar de llenos y nosotros estamos vacidos.

—¿No serán ustedes los llenos?

—De viento, puede ser.

—Y de intenciones.

—No sé mamarme con eso, mozo.

—Ni quiere tampoco el patrón que naides se mame.

—¿Y los pasteles?

—Después que se hayan servido las señoras y las mozas.

—Jué'pucha —concluyó Pedro— usté nos ha resultao un chancho que no da tocino.

El guardián de las golosinas y los licores se rio, y nos volvimos con propósito de asearnos un poco, porque ya los guitarreros y acordeonistas preludiaban y no queríamos perder el baile.

## CAPITULO XI

En el camino de luz proyectado por la puerta hacia la noche, los hombres se apiñaban como queresas en un tajo. Pedro me echaba por delante y entramos; pero mis pobres ropas de resero me restaban aplomo, de modo que nos acoquinamos a la orillita de la entrada.

Las muchachas, modestamente recogidas en actitud de pudor, eran tentadoras como las frutas maduras que esperan en traje llamativo quien las tome para gozarlas.

Corrí mi vista sobre ellas, como se corre la mano sobre un juego de bombas trenzadas. De a una pasaron bajo mi curiosidad sin retenerla.

De pronto vi a mi mocita, vestida de punzó, con pañuelo celeste al cuello, y me pareció que toda su coquetería era para mí solo.

Un acordeón y dos guitarras iniciaron una polca. Nadie se movía.

Sufrí la ilusión de que toda la paisanada no tenía más razón de ser que la de sus manos, inhábiles en el ocio. Eran aquéllas unos bultos pesados y fuertes, que las mujeres dejaban muertos sobre las faldas y que los hombres llevaban colgados de los brazos, como un estorbo.

En eso, todos los rostros se volvieron hacia la puerta, al modo de un trigal que se arquea mirando viento abajo.

El patrón, hombre fornido, de barba tordilla, nos daba las buenas noches con sonrisa socarrona:

—¡A ver muchachos, a bailar y divertirse como Dios manda! Vos Remigio y vos Pancho; usted Don Primitivo y los otros: Felisario, Sofanor, Ramón, Telmo..., síganme y vamos sacando compañeras.

Un momento nos sentimos empujados de todas partes y tuvimos que hacer cancha a los nombrados. Bajo la voz neta de un hombre, los demás se sintieron unidos como para una carga. Y en verdad que no era poca hazaña tomar a una mujer de la cintura, para aquella gente que sola, en familia o con algún compañero, vivía la mayor parte del tiempo separada de todo trato humano por varias leguas.

Un tropel se formó en el centro del salón, remolineó inquieto, se desparramó hacia las sillas estorbándose como hacienda sedienta en una aguada.

Cada hombre dobló su importancia con la de la elegida. Arrancó el acordeonista a tocar un vals rápido.

—¡A bailar por la derecha y sin encontrones! —gritó con autoridad el bastonero. Y las parejas tomadas de lejos, los pies cercanos, el busto echado para atrás como marcando su voluntad de evitarse, empezaron a girar desafiando el cansancio y el mareo.

Había comenzado la fiesta. Tras el vals tocaron una mazurca. Los mozos, los viejos, los chicos, bailaban seriamente, sin que una mueca delatara su contento. Se gozaba con un poco de asombro, y el estar así, en contacto con los géneros femeniles, el sentir bajo la mano algún corsé

de rigidez arcaica o la carne suave y ser uno en movimiento con una moza turbada, no eran motivos para reír.

Sólo los alocados surtían el grito necesario de toda emoción.

Yo me enervaba al lado de Perico, sorprendido como en una iglesia. Peleaban en mí los deseos de sacar a mi mocita de punzó y la vergüenza. Calló un intervalo el acordeón monótono. El bastonero golpeó las manos:

—¡La polca'e la silla!

Un comedido trajo el mueble que quedó desairado en medio del aposento. El patrón inició la pieza con una chinita de verde, que luego de dar dos vueltas, envanecida, fue sentada en la silla, donde quedó en postura de retrato.

—¡Qué cotorra pa mi jaula! —decía Pedro; pero yo estaba, como todos, atento a lo que iba a suceder.

—¡Feliciano Gómez!

Un paisano grande quería disparar, mientras lo echaban al medio donde quedó como borrego que ha perdido el rumbo de un golpe.

—Déjenlo que mire pa'l siñuelo —gritaba Pedro.

El mozo hacía lo posible por seguir la jarana, aunque se adivinara en él la turbación del buen hombre tranquilo nunca puesto en evidencia. Por fin tomó coraje y dio seis trancos que lo enfrentaron a la mocita de verde. Fue mirado insolentemente de pies a cabeza por la moza, que luego dio vuelta con silla, dejándolo a su espalda.

El hombre se dirigió al patrón con reproche:

—También, señor, a una madrinita como ésta no se le acollara mancarrón tan fiero.

—¡Don Fabián Luna!

Un viejo de barba larga y piernas chuecas, se acercó con desenvoltura para sufrir el mismo desaire.

—Cuando no es fiero es viejo —comentó con buen humor. Y soltó una carcajada como para espantar todos los patos de una laguna.

El patrón se fingía acobardado.

—Alguno mejor parecido y más mozo, pues —aconsejaba Don Fabián.

—Eso es; nómbrelo usted.

—Tal vez el reserito. . .

No oía más y me senté como potro sobre un maneador seguro, pero estaba contra la pared y no pude bandearla para encontrar la noche, en que hubiera deseado perderme.

La atención general me hizo recordar mi audacia de chico pueblero. Con paso firme me acerqué, levanté el chambergo sobre la frente, crucé los brazos y quebré la cadera.

La muchacha pretendió intimidarme con su ya repetida maniobra.

—Cuanti más me mire —le dije— más seguro que me compra.

Seguidamente salimos a dar, bailando, nuestras dos reglamentarias vueltas, orillando la hilera de mirones.

—¿Qué gusto tendrán los norteros? —dijo como para sí la moza al dejarme en la silla.

—A la derecha usamos los chambergos —comenté a manera de indicación.

A la derecha dio ella tres pasos, volviendo a quedar indecisa.

—Po'l lao del lazo se desmontan los naciones —insistí.

Y viendo que mis señas no eran suficientemente precisas, recité el versito:

*"El color de mi querida es más blanco que cuajada,*
*Pero en diciéndole envido se pone muy colorada".*

Esta vez fui entendido y tuve el premio de mi desfachatez cuando salí con mi morochita dando vueltas, no sé si al compás.

A medianoche vinieron bandejas con refrescos para las señoras. También se sirvió licor y algunas sangrías. Alfajores, bollos, tortas fritas y empanadas fueron traídos en canastas de mimbre claro. Y las que querían cenar algún plato de carne asada, salían hacia la carpa.

Los hombres, por su lado, se acercaban al despacho de los frascos, que hoy habíamos contemplado con Pedro, y allí hacían gasto de ginebra, anís Carabanchel y caña de durazno o guindado.

Desde ese momento se estableció una corriente de idas y vueltas entre las carpas y el salón, animado por un renuevo de alegría.

El acordeonista fue reemplazado por otro más vivaracho, bajo cuyos dedos las polcas y las mazurcas saltaban entre escalas, trinos y firuletes.

Ya las bromas se daban a voz alta y las muchachas reían olvidando su exagerada tiesura.

Saqué como cuatro veces a mi niña de punzó y, al compás de las guitarras, empecé a decirle floridas galanterías que aceptaba con gustosos sonrojos.

En los intervalos volvía hacia mi lugar, al lado de Pedro Barrales, que me divertía con sus comentarios.

—Sos sonso —le decía—, estás sumido y triste como lechón que se ha dejao quitar la teta.

—No ves que soy loco como vos, para andar pataleando sobre de las baldosas.

—¿Loco?

—¡Si te hirve el agua en la cabeza!

Y como yo me fingiera resentido, tomábame del brazo para consolarme con afectuoso acento:

—No te me enojéh'ermanito. Sos como la cañada'e la Cruz: tenés tus retazos malos y tus retazos güenos.

—Válganme los güenos —concluía yo, volviendo a mi fandango.

Sin embargo, la animación crecía y éranos casi necesario un apuro de ritmo, cuando el bastonero golpeó las manos:

—¡Vamoh'a ver, un gato bien cantadito y bailarines que sepan floriarse!

El acordeonista dio sitio al guitarrero que iba a cantar.

Los cuatro bailarines se colocaron cerca de los músicos. Las mujeres miraban el suelo mientras los hombres requintaban el ala de sus chambergos.

Empezaron a rasguear los mozos de las guitarras. Las manos de muñecas flojas pasaban sobre el encordado, con acompasado vaivén, y un golpe más fuerte marcaba el acento, cortando como un tajo el borrón rítmico del rasguido.

El latigazo intermitente del acento iba irradiando valentías de tambor en el ambiente. Los bailarines, de pie, esperaban que aquello se hiciera alma en los descansados músculos de sus paletas bravías, en la lisura de sus hombros lentos, en las largas fibras de su tendones potentes.

Gradualmente, la sala iba embebiéndose de aquella música. Estaban como curadas las paredes blancas que encerraban el tumulto.

La puerta pegaba con energía sus cuatro golpes rígidos en el muro, abriéndolo a la noche hecha de infinito y de astros, sobre el campo que nada quería saber fuera de su reposo. Los candiles temblaban como viejas. Las baldosas preparaban sonido bajo los pies de los zapateadores. Todo se había plegado al macho imperio del rasguido.

Y el cantor expresó ternuras en tensas notas:

*"Sólo una escalerita de amor me falta,*
*Sólo una escalerita de amor me falta,*
*Para llegar al cielo, mi vida, de tu garganta".*

Las dos mujeres, los dos hombres, dieron comienzo a la danza.

Los hombres caminaban con ágiles galanteos de gallo que arrastra el ala.

Las mujeres tomaron la delantera en el círculo descrito y miraban coqueteando por sobre el hombro.

El cuadro dio una vuelta, el cantor continuaba:

*"Vuela la infeliz vuela, ay que me embarco*
*En un barco pequeño, mi vida, pequeño barco".*

Las mujeres tomaron entre sus dedos las faldas, que abrieron en abanico, como queriendo recibir una dádiva o proteger algo. Las sombras flamearon sobre los muros, tocaron el techo, cayeron al suelo como harapos, para ser pisadas por los pasos galanos. Un apuro repentino enojó los cuerpos viriles. Tras el leve siseo de las botas de potro trabajando un escobilleo de preludio, los talones y las plantas traquetearon un ritmo, que multiplicó de impaciencia el amplio acento de las guitarras esmeradas en marcar el compás. Agitábanse como breves aguas los pliegues de los

chiripases. Las mudanzas adquirieron solturas de corcovo, comentando en sonantes contrapuntos el decir de los encordados.

Repetíanse el paseo y la zapateada. Un rasgueo solo, batió cuatro compases. Otra vez los pasos largos descansaron el baile. Volvieron a sonar talones y espuelas en una escasa sobra de agitación. Las faldas femeninas se abrieron, más suntuosas, y el percal lució como pequeños campos de trébol florido, la fina tonalidad de su lujo agreste.

Murió el baile sobre un punto final, marcado y duro.

Algunas mujeres hacían muecas de desagrado ante las danzas paisanas, que querían ignorar; pero una alegría involuntaria era dueña de todos nosotros, pues sentíamos que aquélla era la mímica de nuestros amores y contentos.

A mi vez fui parte del cuadro con Don Segundo y mi elegida.

Era un gato con relación.

Cuando quedamos aislados en el silencio, deletrié claramente mis versos:

*"Para venir a este baile puse un lucero de guía,*
*Porque supe que aquí estaba la prenda que yo quería".*

Por la derecha dimos una vuelta y zapateamos una mudanza. Quieto esperé la respuesta, que vino sin tardar:

*"De amores me estás hablando, yo de amores nada sé;*
*Pero si en amor sos sabio, se me hace que aprenderé".*

A su vez tocó el turno a Don Segundo, que avanzó hacia su compañera retándola con firme voz de amenaza:

*"Una, dos, tres, cuatro,*
*Si no me querés me mato".*

Concluida la vuelta, contestó con gran indiferencia y encogiéndose de hombros la voluminosa Doña Encarnación:

*"Una, dos, tres,*
*Matate si querés".*

Entre burlas y galanteos siguió el juego de los versos.

Bailamos un triunfo y un prado y enardecidos nos entreveramos cada vez más con mi morocha, lanzándonos palabras que por ir en rima nos parecían disimuladas.

Una muchacha cantó. Un hombre tenía que contestar con una relación, porque era de uso. Pero ¿quién se atreve a declamar una versada

jocosa, paseando de una punta del salón a la otra ante el silencio de los demás?

Don Segundo quedó de pronto en el centro de la rueda.

La curiosidad volvía mudos a los mirones. Mi padrino se quitó el chambergo y pasó el antebrazo por la frente, en señal de trabajoso pensamiento. Por fin, pareciendo haber encontrado inspiración, echó una mirada circular y prorrumpió con voz fuerte:

*"Yo soy un carnero viejo de la majada'e San Blas".*

Dio una vuelta como prestándose a la observación:

*"Ya me han visto por delante...".*

Y tomando dirección lentamente hacia la puerta de salida concluyó con desgano:

*"...ahora mirenmé de atrás".*

Mi morochita era indudablemente la prenda más vivaracha de la fiesta y, como ya el amanecer nos sugería un deseo de blando descanso, no dejaba de anegarme en sus ojos chispones y en la risa carnosa de sus labios, dispuestos a la contestación tierna.

Un poco turbado por mis propios piropos y su consentimiento, intenté apartarla, invitándola a tomar un refresco en la carpa. Cuando, con una hábil y costosa maniobra, pude llevarla hasta quedar escondido de la gente por la lona del improvisado boliche, le tomé la mano pretendiendo sin más aviso darle un beso. Luchamos un momento y me sentí rudamente apartado ante su mirada de enojo.

Volvimos al baile sin que se me ocurriese una artimaña para desagraviarla, y aunque fuera yo a pedirle tres piezas consecutivas negóse con pretextos nimios.

Rabioso, pensé en el trato benévolo de la de verde.

Al rato estaba muy bien de relaciones con mi nueva amiga, y hasta me acusaba de haber sido un zonzo en desperdiciar mi tiempo con la otra.

Tiernamente, al concluir una polca, le oprimí los dedos; pero debía estar de mala pata esa noche porque se me cuadró en actitud altanera diciéndome:

—¿Se ha creído que soy escoba'e barrer sobras?

Adiós todos mis placeres de la noche. De pronto, la gente que me codeaba empezó a pesarme, como un caballo que lo ha apretado a uno en la rodada.

Me abrigué en la sociedad de Perico.

—Ve, ve —me decía éste señalando una pareja de gringos que pasaba bailando a saltos—. ¡Cha que son gauchitos, si van como arrancando clavos con los talones!

Y al notar mi seriedad, volvió hacia mí sus bromas:

—No ves que el andar saltando al pedo no lleva a nada güeno. ¿Te han basuriao, hermano? ¡Pobrecito! ¡Si te has quedao con la pontizuela caida!

Y Pedro aflojaba el labio inferior con expresión que trataba de acercar, lo más posible, a la de un freno con pontezuela.

De golpe me fui por el día ya alto a tender mi recado y dormir unas horas.

## CAPITULO XII

Era nuestra noche de despedida. Mateando en rueda, después de la cena, habíamos agotado preguntas y respuestas a propósito de nuestro camino del día siguiente.

Breves palabras caían como cenizas de pensamientos internos. Estábamos embargados por pequeñas preocupaciones respecto a la tropilla o los aperos, y era como si el horizonte, que nos iba a preceder en la marcha, se hiciera presente por el silencio. Recordé mi primer arreo.

Perico, a quien repugnaba toda inacción, nos acusó de estar acoquinados como pollos cuando hay tormenta.

—O nos vamoh'a dormir —decía— o Don Segundo nos hace una relación de esas que él sabe: con brujas, aparecidos y más embrollos que negocio'e turco.

—¿De cuándo sé cuentos? —retó Don Segundo.

—¡Bah!, no se haga el más sonso de lo que es. Cuente ese del zorro con el inglés y la viuda estanciera.

—Lo habráh'oido en boca de otro.

—De esta mesma trompa embustera lo he oido. Y si no quiere contar ese, cuéntenos el de la pardita Aniceta, que se casó con el Diablo pa verle la cola.

Don Segundo se acomodó en el banco como para hablar. Pasó un rato.

—¿Y. . . ? —preguntó Perico.

—¡Oh! —respondió Don Segundo.

Pedro se levantó, el rebenque en alto, tomado de la lonja.

—Negro indino —dijo—, o cuenta un cuento, o le hago chispear la cerda de un talerazo.

—Antes que me castigués —dijo Don Segundo, fingiendo susto para seguir la broma— soy capaz de contarte hasta las virgüelas.

Las miradas iban del rostro de Pedro, mosqueado de cicatrices, a la expresión impávida de Don Segundo, pasando así de una expresión jocosa a una admirativa.

Y yo admiraba más que nadie la habilidad de mi padrino que, siempre, antes de empezar un relato, sabía maniobrar de modo que la atención se concentrara en su persona.

—Cuento no sé nenguno —empezó—, pero sé de algunos casos que han sucedido y, si prestan atención, voy a relatarles la historia de un paisanito enamorao y de las diferencias que tuvo con un hijo'el diablo.

—¡Cuente, pues! —interrumpió un impaciente.

—"Dice el caso que a orillas del Paraná, donde hay más remanses que cuevas en una vizcachera, trabajaba un paisanito llamao Dolores.

"No era un hombre ni grande ni juerte, pero sí era corajudo, lo que vale más".

Don Segundo miró a su auditorio, como para asegurar con una imposición aquel axioma. Las miradas esperaron asintiendo.

—"A más de corajudo, este mozo era medio aficionao a las polleras, de suerte que al caer la tarde, cuando dejaba su trabajo, solía arrimarse a un lugar del río ande las muchachas venían a bañarse. Esto podía haberle costao una rebenqueada, pero él sabía esconderse de modo que naides maliciara de su picardía.

"Una tarde, como iba en dirición a un sombra'e toro, que era su guarida, vido llegar una moza de linda y fresca que parecía una madrugada. Sintió que el corazón le corcoviaba en el pecho como zorro entrampao y la dejó pasar pa seguirla".

—A un pantano cayó un ciego creyendo subir a un cerro —observó Perico.

—Conocí un pialador que de apurao se enredaba en la presilla —comentó Don Segundo— y el mozo de mi cuento tal vez juera'e la familia.

—"Ya ciego con la vista'e la prenda, siguió nuestro hombre pa'l río y en llegando la vido que andaba nadando cerquita'e la orilla.

"Cuando malició que ella iba a salir del agua, abrió los ojos a lo lechuza porque no quería perder ni un pedacito".

—Había sido como mosca pa'l tasajo —grito Pedro.

—¡Cayate, barraco! —dije, metiéndole un puñetazo por las costillas.

—"El mocito que estaba mirando a su prenda, encandilao como los pájaros blancos con el sol, se pegó de improviso el susto más grande de su vida. Cerquita, como de aquí al jogón, de la flor que estaba contemplando, se había asentao un flamenco grande como un ñandú y colorado como sangre'e toro. Este flamenco quedó aleteando delante'e la muchacha, que buscaba abrigo en sus ropas, y de pronto dijo unas palabras en guaraní.

"En seguida no más, la paisanita quedó del altor de un cabo'e rebenque".

—¡Cruz diablo! —dijo un viejito que estaba acurrucado contra las brasas, santiguándose con brazos tiesos de mamboretá.

—"Eso mesmo dijo Dolores y, como no le faltaban agallas, se descolgó de entre las ramas de su sombra'e toro, con el facón en la mano, pa

hacerle un dentro al brujo. Pero cuando llegó al lugar, ya éste había abierto el vuelo, con la chinita hecha ovillo de miedo entre las patas, y le pareció a Dolores que no más vía el resplandor de una nube coloriada por la tarde, sobre el río.

"Medio sonso, el pobre muchacho quedó dando güeltas como borrego airao, hasta que se cayó al suelo y quedó, largo a largo, más estirao que cuero en las estacas.

"Ricién a la media hora golvió en sí y recordó lo que había pasao. Ni dudas tuvo de que todo era magia, y que estaba embrujao por la china bonita que no podía apartar de su memoria. Y como ya se había hecho noche y el susto crece con la escuridá, lo mesmo que las arboledas, Dolores se puso a correr en dirición a las barrancas.

"Sin saber por qué, ni siguiendo cuál güella, se encontró de pronto en una pieza alumbrada por un candil mugriento, frente a una viejita achucharrada como pasa, que lo miraba igual que se mira un juego de sogas de regalo. Se le arrimaba cerquita, como revisándole las costuras, y lo tanteaba pa ver si estaba enterito.

"—¿Ande estoy? —gritó Dolores.

"—En casa de gente güena —contestó la vieja—. Sentate con confianza y tomá aliento pa contarme qué te trai tan estraviao.

"Cuando medio se compuso, Dolores dijo lo que había sucedido frente del río, y dio unos suspiros como pa echar del pecho un daño.

"La viejita, que era sabia en esas cosas, lo consoló y dijo que si le atendía con un poco de pacencia, le contaría el cuento del flamenco y le daría unas prendas virtuosas, pa que se juera en seguida a salvar la moza, que no era bruja, sino hija de una vecina suya.

"Y sin dilación ya le dentró a pegar al relato por lo más corto.

"Hace una ponchada de años, dicen que una mujer, conocida en los pagos por su mala vida y sus brujerías, entró en tratos con el Diablo y de estos tratos nació un hijo. Vino al mundo este bicho sin pellejo y cuentan que era tan fiero, que las mesmas lechuzas apagaban los ojos de miedo'e quedar bizcas. A los pocos días de nacido, se le enfermó la madre y como vido que iba en derecera'e la muerte, dijo que le quería hacer un pedido.

"—Hablá, m'hijo —le dijo la madre.

"—Vea mama, yo soy juerte y sé cómo desenredarme en la vida, pero usté me ha parido más fiero que mi propio padre y nunca podré crecer, por falta'e cuero en que estirarme, de suerte que nenguna mujer quedrá tener amores conmigo. Yo le pido, pues, ya que tan poco me ha agraciao, que me dé un gualicho pa podérmelas conseguir.

"—Si no es más que eso —le contestó la querida'el Diablo— atendéme bien y no has de tener de qué quejarte:

"Cuando desiés alguna mujer, te arrancás siete pelos de la cabeza, los tiráh'al aire y lo llamáh'a tu padre diciendo estas palabras... (Aquí se secretiaron tan bajito que ni en el aire quedaron señas de lo dicho).

"Poco a poco vah'a sentir que no tenés ya traza'e gente, sino de flamenco. Entonces te voláh'en frente'e la prenda y le decís estas otras palabras... (Aquí güelta los secreteos).

"En seguida vah'a ver que la muchacha se queda, cuanti más, de unas dos cuartas de altor. Entonces la soliviás pa trairla a esta isla, donde pasarán siete días antes que se ruempa el encanto.

"Ni bien concluyó de hablar esto, ya la bruja, querida de Añang, la sofrenó la muerte, y el monstruo sin pellejo jué güérfano.

"Cuando Dolores oyó el fin de aquel relato, comenzó a llorar de tal modo, que no parecía sino que se le iban a redetir los ojos.

"Compadecida la vieja le dijo que ella sabía de brujerías y que lo ayudaría, dándole unas virtudes pa rescatar la prenda, que el hijo'el Diablo le había robao con tan malas leyes.

"La vieja lo tomó al llorón de la mano y se lo llevó a un aposento del fondo'e la casa.

"En el aposento había un almario, grande como un rancho, y de allí sacó la misia un arco de los que supieron usar los indios, unas cuantas flechah' envenenadas y un frasco con un agua blanca.

"—Y, ¿qué vi'a hacer yo, pobre disgraciao, con esta tres nadas —dijo Dolores—, contra las muy muchas brujerías que dejuro tendrá Mandinga?

"—Algo hay que esperar en la gracia de Dios —le contestó la viejita—. Y dejáme que te diga cómo has de hacer, porque denó va siendo tarde:

"Estas cosas que te he dao te las llevás y, esta mesma noche, te vas pa'l río de suerte que naides te vea. Allí vah'a encontrar un bote; te metéh'en él y remás pa'l medio del agua. Cuando sintás que hah'entrao en un remanse, levantá los remos. El remolino te va hacer dar unas güeltas, pa largarte en una corriente que tira en dirición de las islas del encanto.

"Y ya me queda poco por decirte. En esa isla tenés que matar un caburé, que pa eso te he dao el arco y las flechas. Y al caburé le sacáh' el corazón y no echáh'adentro del frasco de agua, que es bendita, y también le arrancáh'al bicho tres plumas de la cola pa hacer un manojo que te colgáh'en el pescuezo.

"En seguida vah'a saber más cosas que las que te puedo decir, porque el corazón del caburé, con ser tan chiquito, está lleno de brujerías y de ciencia.

"Dolores, que no dejaba de ver en su memoria a la morochita del baño, no titubió un momento y agradeciéndole a la anciana su bondá, tomó el arco, las flechas y el frasquito de agua, pa correr al Paraná entre la noche escura.

"Y ya ganó la orilla y vido el barco y saltó en él y remó pa'l medio, hasta cair en el remanse que lo hizo trompo tres veces, pa empezar a correr después aguah'abajo, con una ligereza que le dió chucho.

"Ya estaba por dormirse, cuando el barco costaló del lao del lazo y siguió corriendo de lo lindo. Dolores se enderezó un cuantito y vido que dentraba en la boca de un arroyo angosto, y en un descuido quedó como enredao en los juncales de la orilla.

"El muchacho ispió un rato, a ver si el barco no cambiaba de parecer; pero como ahi no más quedaba clavadito, malició que debía estar en tierra de encanto, y se abajó del pingo que tan lindamente lo había traido, no sin fijarse bien ande quedaba, pa poderse servir d'él a la güelta.

"Y ya dentró en una arboleda macuca, que no dejaba pasar ni un rayito de la noche estrellada.

"Como había muchas malezas y raices de flor del aire, comenzó a enredarse hasta que quedó como pialao. Entonces sacó el cuchillo pa caminar abriéndose una picada, pero pensó que era al ñudo buscar su caburé a esas horas y que mejor sería descansar esa noche. Como en el suelo es peligroso dormir en esos pagos de tigres y vararases, eligió la más juerte de las raices que encontró a mano, y subió p'arriba arañándose en las ramas, hasta que halló como una hamaca de hojas.

"Allí acomodó su arco, sus flechas y su frasco, disponiéndose al sueño.

"Al día siguiente lo dispertó el griterío de los loros y la bulla de los carpinteros.

"Refregándose los ojos, vido que el sol ya estaba puntiado y, pa'l mesmo lao, divisó un palacio grande como un cerro, y tan relumbroso que parecía hecho de chafalonía.

"Alrededor del palacio había un parque lleno de árboles con frutas tan grandotas y lucientes que podía verlas clarito.

"Cuando coligió de que todo era verdá, el paisanito recogió sus menesteres y se largó por las ramas.

"Abriéndose paso a cuchillazos, a los tirones pa desbrozarse una güella, llegó al fin de la selva, que era ande emprincipiaba el jardín.

"En el jardín halló unos duraznos, como sandias y desgajó uno pa comerlo. Así sació el hambre y engaño la sé, y, habiendo cobrao juerzas nuevas, empezó a buscar su caburé aunque sin mucha esperanza, porque no es éste un pájaro que naides haiga visto con el sol alto.

"Poblecito Dolores, que no esperaba las penas que debía sufrir pa alcanzar su suerte. Ansina es el destino del hombre. Naides empezaría el camino si le mostraran lo que lo espera.

"En las mañanas claras, cuando él cambea de pago, mira un punto delante suyo y es como si viera el fin de su andar; pero ¡qué ha de ser, si en alcanzándolo el llano sigue por delante sin mudanzas! Y así va el hombre, persiguiendo lo que alcanza con su vista, sin pensar en el desamparo que lo aguaita atrás de cada lomada. Tranco por tranco lo ampara una esperanza, que es la cuarta que lo ayuda en los repechos para ir caminando rumbo a su osamenta. Pero, ¿pa qué hablar de cosas que no tienen remedio?

"El paisanito de mi cuento craiba conseguir su suerte con estirar la mano y graciah'a eso venció seis días de penah'y de tormento. Muchas veces pensó golverse, pero la recordaba a su morocha del río y el amor lo tiraba p'atrás como lazo.

"Recién al sexto día, a eso de la oración, vido que alrededor de un naranjo revoloteaban una punta de pajaritos y dijo pa sus adentros:

"—Allá debe de hallarse lo que buscás.

"Gateando como yaguareté, se allegó al lugar y vislumbró al bicho parao en un tronco. Ya había muerto dos o tres pajaritos, pero seguía de puro vicio partiéndoles la cabeza a los que se le ponían a tiro.

"Dolores pensó en el enano malparido, rodiado de las mujercitas embrujadas.

"—¡Hijo de Añang —dijo entre dientes—, yo te vi'a hacer sosegar!

"Apuntó bien, estiró el arco y largó el flechazo.

"El caburé cayó p'atrás, como gringo voltiao de un corcovo, y los pajaritos remontaron el vuelo igual que si hubieran roto un hilo. Sin perder de vista el lugar donde había caído el bicho, Dolores corrió a buscarlo entre el pasto, pero no halló más que unas gotas de sangre.

"Ya se iba a acobardar cuando a unos dos tiros de lazo golvió a ver un rodeo de pajaritos y en el medio otro caburé. De miedo y de rabia, tiró apurao y la flecha salió p'arriba.

"Tres veces erró del mesmo modo y no le quedaba más que una flecha pa ganar la partida, o dejar sin premio todas sus penas pasadas. Entonces, comprendiendo que había brujería, sacó un poquito de agua de su frasco, roció su última flecha y tiró diciendo:

"—Nómbrese a Dios.

"Esta vez el pájaro quedó clavao en el mesmo tronco y Dolores pudo arrancarle tres plumas de la cola, p' hacer un manojo y colgárselo en el pescuezo. Y también le sacó el corazón, que echó calentito en el frasco de agua bendita.

"En seguida, como le había dicho la vieja, vido todo lo que debía hacer y ya tomó por una calle de flores, sabiendo que iría a salir al palacio.

"A unas dos cuadras antes de llegar lo agarró la noche, y él se echó a dormir bajo lo más tupido de un monte de naranjos.

"Al otro día comió de las frutas que tenía a mano, y como empezaba a clariar, caminó hasta cerquita de una juente que había frente al palacio.

"—Dentro de un rato —dijo— va a venir el flamenco pa librarse del encanto, que dura siete días, y yo haré lo que deba de hacer.

"Ni bien concluyó estas palabras cuando oyó el ruido de un vuelo y vido caer a orillas de la fuente al flamenco, grande como un ñandú y colorao como sangre'e toro.

"Agatas aguantó las ganas que tenía de echársele encima, ahi no más, y se agazapó más bajo en su escondrijo.

"Para esto el pajarraco, parao en una pata y a la orillita mesma del agua, miraba pa'lao que iba a salir el sol y quedó como dormido. Pero Dolores, que no largaba su frasquito, estaba sabiendo lo que sucedería.

"En eso se asomó el sol y al flamenco le dio un desmayo, que lo tumbó panza arriba en el agua, de donde al pronto quiso salir en la forma de un enano.

"Dolores, que no aguardaba otra cosa, echó mano a la cintura, sacó el cuchillo, lo despatarró de un empujón al monstruo, lo pisó en el cogote como ternero, y por fin hizo con él lo que debía hacer pa que aquel bicho indino no anduviera más codiciando mujeres.

"El enano salió gritando pa la selva, con las verijas coloriando, y cuando Dolores jué a mirar el palacio, ya no quedaba sino una humadera y un tropel de mujercitas del grandor de un charabón de quince días que venía corriendo en su dirición.

"Dolores, que muy pronto reconoció a su morochita del Paraná, se arrancó el manojo de plumas que traiba colgao del pescuezo, las roció de agua bendita y le dibujó a su prenda una cruz en la frente.

"La paisanita empezó a crecer y, cuando llegó al altor que Dios le había dao endenantes le echó los brazos al pescuezo a Dolores y le preguntó:

"—¿Cómo te llamás, mi novio?

"—Dolores, ¿y vos?

"—Consuelo.

"Cuando volvieron del abrazo, se acordaron de las tristes compañeras y el paisanito las desembrujó del mesmo modo que a su novia.

"Después las llevaron hasta donde estaba el bote y, de a cuatro, jueron cruzando el río hasta las cuatro últimas.

"Y ahi quedaron Dolores y Consuelo, mano a mano con la felicidad que ella había ganao por bonita y él por corajudo.

"Años después se ha sabido que la pareja se ha hecho rica y tiene en la isla una gran estancia con miles de animales y cosechas y frutas de todas layas.

"Y al enano, hijo del Diablo, lo tiene encadenao al frasco del encanto y nunca este bicho malhechor padrá escapar de ese palenque, porque el corazón del caburé tiene el peso de todas las maldades del mundo".

## CAPITULO XIII

Después de dos días de marcha, sin peripecias, llegamos al pueblo de Navarro un domingo por la mañana.

Tomando una calle poblada, pasamos por la plaza frente a la iglesia petisa y nos bajamos en un almacén a hacer la mañana.

Por ser día festivo había gente a porrillo, y un antiguo amigo de mi padrino se acercó a saludarlo, con muchos agasajos y recuerdos.

Nunca me agradaron amontonamientos y menos cuando el alcohol menudea, de suerte que me apreté la barriga contra el mostrador, a fin de ocupar poco sitio, y espié lo que sucedía en torno sin entreverarme.

Oí que el desconocido amigo de Don Segundo le hablaba de riñas de gallos, instándolo a que fuera esa tarde testigo de una casi segura victoria suya sobre un forastero del Tandil.

Una hora pasó para mí sin diversión, viendo entrar y salir al paisanaje endomingado que nos miraba de soslayo, observando con disimulo el porte salvaje y rudo de mi padrino.

Para mí todos los pueblos eran iguales, toda la gente más o menos de la misma laya, y los recuerdos que tenía de aquellos ambientes, presurosos e inútiles, me causaban antipatía.

Marcó el reloj el mediodía y, por un pasadizo angosto, pasamos del despacho de bebidas al comedor, más tranquilo.

En un lugar sombreado nos sentamos a comer.

Habría en todo unas veinte mesas, con manteles manchados por violáceos recuerdos de vino. Los cubiertos eran de un metal dudoso y los tenedores tenían torcidas las puntas, de tanto pegar contra las lozas rudas en busca del algún bocado esquivo. Los vasos eran de vidrio espeso y turbio. En el vasto recinto bostezaba una desesperante atonía.

El mozo nos saludó con una sonrisa de complicidad, que no alcanzamos a comprender. Tal vez le pareciera una excesiva calaverada para dos paisanos eso de almorzar en la "Fonda del Polo".

—Sírvanos de lo que haya —ordenó Don Segundo.

Yo miraba a mi alrededor.

En un lugar central, tres españoles hablaban fuerte y duro, llamando la atención sobre sus caras de baturros o dependientes de tienda. Vecino a la entrada, un matrimonio irlandés esgrimía los cubiertos como lapiceras; ella tenía pecudas las manos y la cara, como huevo de tero. El hombre miraba con ojos de pescado y su cara estaba llena de venas reventonas, como la panza de una oveja recién cuereada.

Detrás nuestro, un joven rosado, con párpados y lacrimales lagañosos de "mancarrón palomo", debía ser, por su traje y su actitud, el representante de alguna casa cerealista.

—Yo he visto las romerías de Giles —decía uno de los españoles— y no se diferencian en nada de las de aquí.

Otro, de la misma mesa, dialogaba con un vecino sobre el precio de los cerdos, y el cerealista intervenía, opinando con gruesas erres alemanas.

Tratando de hacerse olvidar un momento, un hombre grande y gordo, solitario frente a su mantel cargado de manjares, callaba, comía y bebía. Sólo levantaba de vez en cuando la cabeza del plato, y parecía entonces llenarse de satisfacción el comedor aburrido.

Una vez se interrumpió para llamar al mozo, decirle quién sabe qué, a propósito de una botella, y palmearle el lomo con protección cariñosa.

En el rincón opuesto al nuestro, como empujados por el ruido, una yunta de criollos miraba en silencio. Uno de ellos tenía una hosca onda volcada sobre el ojo izquierdo y los dos estaban tostados de gran aire.

Comieron apurados. A los postres rieron sin voces, las bocas sumidas en sus servilletas.

Pero uno de los españoles relataba el suicidio de un amigo:

—Vino de una farra, se sentó al borde de la cama en que su mujer dormía, tomó el revólver y delante de ella: ¡pafff!

El de las romerías seguía pesadamente sus comparaciones con Giles.

Con gran contento pagamos nuestra comida, aunque cara, y salimos al sol de la calle.

Al tranco fuimos para el reñidero, que Don Segundo conocía, y metimos los caballos a un corralón donde les aflojamos la cincha.

En el mismo corralón había unas jaulas llenas de cacareos, y el público, que como nosotros llegó temprano, comentaba la sangre y el estado de los animales.

Nos acomodamos en el redondel, como patos alrededor del bañadero.

Llegó el juez, que se sentó frente a una balanza colgada sobre la cancha. Vinieron los dueños con sus respectivos gallos, que se pesaron colgándolos envueltos en un pañuelo. Después se eligieron las púas, se hizo el depósito de los quinientos pesos jugados, y cada cual salió a calzar su campeón.

Don Segundo me explicó en cortas palabras las condiciones de la pelea.

Esperamos.

Un poco aturdido por el movimiento y las voces, miraba yo el redondel vacío, limitado por su cerco de paño rojo, y los cinco anillos de gente colocados en gradería, formando embudo abierto hacia arriba.

En el intervalo de espera, se discutieron las probabilidades en favor de ambos animales. Sería la riña, al parecer, un combate rudo y parejo. Los gallos eran de igual peso, de igual talla. Cada uno había pisado por tres veces la arena para salir vencedor.

El público enumeraba los detalles de la pesada, buscando algún indicio de superioridad. El bataraz fallaba en el pico, levemente quebrado hacia la punta, del lazo izquierdo, pero tenía no sé qué tranquilidad que el giro no compensaba con su mayor viveza.

La expectativa se hizo más tensa cuando los combatientes fueron depositados en postura conveniente, por los dueños, en el circo.

Sonó la campanilla.

El giro había caído livianamente al suelo, ladeadas las alas como un chambergo de matón, medio encogido el pescuezo en arqueo interrogante, firme en el enemigo la pupila de azabache engarzada en un anillo de oro.

El bataraz, más burdo en alardes, se acercaba a pasos cortos, alta la cabeza agitada en pequeñas sacudidas de llama.

Se cerraron tres o cuatro apuestas sin importancia. La plata estaba al giro.

En un brusco arranque, los gallos acortaron distancias. A dos centímetros, los picos se trabaron en un rápido juego de fintas. Las cabezas temblequeaban, subiendo, bajando.

Y el primer tope sonó como guascazo en las coronas.

Aprovechando los revuelos, que desnudan al combatiente, juzgamos los cuerpos, los muslos, la respectiva capacidad de violencia o ligereza. Luego miramos en silencio, para traducir nuestra opinión en apuesta.

—¡Treinta pesos al giro!

—¡Doy cincuenta a cuarenta con el giro!

La usura me pareció un insulto de compadre logrero, que aprovecha una tara para envalentonarse. El bataraz sentía su defecto del pico. Espié minuciosamente.

El giro cargaba de firme, el buche pegado a su contrario, que le daba un poco el flanco cruzando el pescuezo. Pero el bataraz, cuando se sentía picado en las plumas del cogote, zafaba el encontrón echando casi al suelo la cabeza, de modo que los puazos pesaran por encima, sin herirlo. Maldije del dueño que largaba al reñidero un animal tan noble en condiciones desventajosas.

Brillaban las cabezas barnizadas de sangre. Afanosos los picos buscaban los verrugones de las crestas o un desgarrón de pellejo para asegurar el bote.

Las apuestas, dando usura, caían con persistencia de gotera.

Veinte, treinta minutos pasaron angustiosamente, sin que variara el aspecto del combate. Mis simpatías estaban por el bataraz, que, no habiéndose empleado a fondo, resistía las cargas del giro, incapaz de inferirle una herida grave. Pero ¿sabría mi favorito emplear su vigor en caso de tomar la ofensiva?

Mi atención se había hecho sutil. Mis ojos, como mis oídos, percibían hasta las fibras íntimas las dos vidas que a unos pasos de mi asiento batallaban a muerte.

Pertinazmente el giro seguía empujando con el buche, agravando así el silbido de su respiración penosa, y noté que aflojaba en su juego de pico.

—¡Quince a diez da el giro!

Nuevamente la usura me daba en el rostro su cachetada.

—¡Pago! —respondí.

—¡Veinte a quince al giro!

—¡Pago!

Y así, no sé cuántas veces, tomé posturas en que arriesgaba plata penosamente ganada en mis rudas andanzas. Algunos del público me miraron como se mira a un loco o a un zonzo. Para ellos el giro no tenía más que insistir en su trabajo, acentuando su victoria hasta el anonadamiento del bataraz. Herido por esas miradas que me trataban de bisoño y, excitado por el empeño de mi dinero, me concentré en la pelea hasta identificarme con el gallo en quien había puesto mi cariño y mi interés.

Hice mi plan. Era necesario permanecer en la defensiva, evitando el golpe decisivo, salvando en media hora de resistencia, y tirar hacia abajo a cada picada del contrario.

El bataraz parecía haberme entendido.

De pronto un murmullo de sorpresa sofocó al público. El giro se había despicado. Un triangulito rojo yacía en la tierra barrida del reñidero.

—¡Se igualaron los picos! —no pude dejar de gritar, agregando con insolencia—: ¡Voy treinta pesos derecho al bataraz!

Pero la plaza se había dado vuelta como guayaca vacía.

—Treinta a venticinco contra el despicao —decía otro.

Me reproché con rabia no haber aprovechado la usura para jugar más. Desde ese momento, los partidarios del giro se harían ariscos.

Extenuados por cuarenta minutos de lucha, los gallos descansaban apuntalándose en el peso del enemigo.

Con seguridad el bataraz tomó la iniciativa, se aferró a una picada de plumas sanguinolentas, golpeó dos veces, reciamente, sin largar.

El giro cloqueó como una gallina cascoteada y comenzó a dar vueltas de derecha a izquierda, el cuello lastimosamente estirado, la respiración atrancada en un ronquido de coágulos. En su cabeza carmínea y como verrugosa, había desaparecido el pequeño lente hostil de su mirada.

—¡'stá ciego y loco! —sentenció alguien.

En efecto, el animal herido, después de repetir sus círculos maquinales, como en busca de una mosca imaginaria, picoteaba el paño del redondel, dando la espalda al combate. En su cabeza como vaciada, sólo vivía un quemante bordoneo, cruzado de dolores agudos como puñaladas.

Pero ningún cristiano o salvaje es capaz de imaginar la saña de un gallo de riña. Ciego, privado de sentido, el giro continuaba batiéndose contra un fantasma, mientras el bataraz, paciente, buscaba concluirlo en un golpe decisivo.

Sin embargo, el cansancio, fuerza incontrastable, cuyo coma sentíamos caer en el reñidero, hacíase casi perceptible al tacto. Era algo que se enredaba en las patas de los combatientes, sujetaba sus botes, nos oprimía las sienes.

—¿La hora? —preguntó alguien.

—Faltan dos minutos —pronunció el juez.

Comprendí que el reloj se convertía en mi peor enemigo.

Mi gallo se agotaba, enredándose en las alas y la cola del giro. E inesperadamente éste se rehízo, situó a su adversario por el tacto, le dio un encontronazo que lo echó al suelo.

—¡Cincuenta pesos a mi gallo giro! —vociferó el dueño.

—¡Pago! —respondí, olvidado de mi lástima reciente.

Y el bataraz volvió sobre el golpe, fortalecido de rabia, tomó una picada, clavó las espuelas certeras en el cráneo ciego y deforme.

El giro se acostó lentamente, en un entumecimiento de muerte; cloqueó apenas, estiró el cuello, clavó el pico roto.

Sonó la campanilla.

Dos hombres enormes entraban al redondel.

El dueño del giro alzó una masa sangrienta y blanda.

El otro acariciaba un bulto de músculos aún hirvientes de rabia.

Hacia mí se estiraban manos cargadas de billetes, también como cansados. Hice un rollo voluminoso que guardé en mi tirador y salí al corralón.

Allí lo encontré a mi bataraz, asentado todavía en la mano de su dueño, que lo acariciaba distraídamente, alegando con un grupo sobre las vicisitudes de la pelea.

Y vi que el gallo miraba curiosamente en derredor, volviendo a nacer a la sorpresa calma de la vida ordinaria, después de un delirio que lo había poseído, tal vez a pesar suyo, como un irresistible mandato de raza.

Don Segundo me tomó el brazo y lo seguí para la calle, a la cola de la gente que se retiraba.

Una vez a caballo nos dirigimos, al caer de la tarde dorada, hacia un puesto de estancia en que Don Segundo había parado en ocasión de algunos arreos.

Mi padrino me hacía burla por mi audacia en el juego, pretendiendo que en caso de pérdida no hubiera podido pagar las apuestas.

Saqué con orgullo el paquete de pesos de mi tirador y conté, apretándolos bien en una esquina para que no me los llevara el viento.

—¿Sabe cuánto, Don Segundo?

—Vos dirás.

—Ciento noventa y cinco pesos.

—Ya tenés pa comprarte una estancita.

—Unos potros sí.

## CAPITULO XIV

Tusé mis caballos, chiflando de contento, y acomodé mis prendas con prolija satisfacción. Los pesos, que sentía hinchar mi tirador, me daban un aplomo de rico y pasé la mañana acomodando cuanto tenía para ponerlo todo a la altura de mi riqueza.

Iríamos a una feria, ruidosamente anunciada por los rematadores lugareños, y como allí encontraría mucha gente del reñidero, no quería desmerecer la fama adquirida con mis apuestas, exponiendo una pobreza desaliñada.

A las once salimos del puesto, despidiéndonos de nuestros amigos hospitalarios, y nos dirigimos cruzando el pueblo hacia los locales del remate.

Tomamos una calle desierta. Pasamos al galope por la plaza principal y, a las dos cuadras, paramos frente a un almacén. A los costados de la entrada, cabalgando unos cuatro de yerba, lucían sus colores vistosos unos sobrepuestos bordados.

Atamos nuestros caballos en dos gruesos postes de quebracho pulidos por los cabrestos y entramos, pues mi padrino quería hacer unas compras. Había olor a talabartería, yerba y grasa.

El pulpero se agachaba para escuchar el pedido, como perro frente a una vizcachera.

—Dos ataos de tabaco "La hija'el toro" —dijo Don Segundo.

—¿Picadura?

—¡Ahá!... Una mecha pa'l yesquero, un pañuelo d'esos negros y aquella fajita que está sobre del atao de bombachas.

Nos sorprendió como un porrazo una voz autoritaria:

—¡Dése preso, amigo!

En la puerta se erguía la desgarbada figura de un policía cuyas mangas subrayaban los escasos galones de cabo.

Haciéndose el desentendido, Don Segundo abrió los ojos para buscar en derredor al hombre en causa. Pero no había más que nosotros.

—¡A usté le digo!

—¿A mí, señor?

—Sí, a usté.

—Güeno —replicó mi padrino, sin apurarse—; espéreme un momento que cuantito el patrón me despache vi'a atenderlo.

Atónito ante aquella insolencia, el cabo no halló respuesta. El patrón, en cambio, maliciando un barullo, desordenaba con manos temblonas sus trastos, completamente olvidado de los pedidos que se le habían hecho.

—La fajita está allí —decía mi padrino con paciencia—. Ese pañuelo floriao, no...; aquel otro negrito que tocó ricién.

Sintiéndose bochornosamente olvidado, el cabo volvió por sus cabales:

—¡Si no viene por las güenas, lo vi'a sacar por la juerza!

—¿Por la juerza?

Don Segundo pensó un rato, como si de pronto le hubieran propuesto hacer encastar mulas con gaviotas.

—¿Por la juerza? —repitió revisando al cabo enclenque con su mirada de hombre fornido. Y luego, pareciendo comprender—: Güeno, vaya buscando los compañeros.

El cabo palideció sin dar seguimiento a una intención de paso.

Don Segundo arregló sin premura su paquete, salió, no sin despedirse del azareado bolichero, y montó a caballo. El cabo amagó un manotón a las riendas, que quedó a medio camino.

—No —dijo Don Segundo, como si se equivocara sobre los designios del cabo—. Déjelo no más que dende el año pasao sé andar solito.

Lastimosamente, el policía sonrió, festejando el chiste.

En un gran salón desamueblado, frente a un enorme mapa de la provincia, estaba sentado el comisario, panzón y bigotudo.

—Aquí están, señor —dijo el cabo, recobrando coraje.

—Aquí estamos, señor —repitió Don Segundo—, porque el cabo nos ha traido.

—Ustedes son forasteros, ¿no? —inquirió el mandón.

—Sí, señor.

—¿Y en su pueblo se pasa galopiando por delante'e la comisaria?

—No, señor. . .; pero como no vide bandera ni escudo. . .

—¿Ande está la bandera? —preguntó el comisario al cabo.

—La bandera, señor, se le hemoh'emprestao a la Intendencia pa la fiesta'el sábado.

El comisario se volvió hacia nosotros:

—¿Qué oficio tienen ustedes?

—Reseros.

—¿De qué partido son?

Como si no entendiera el carácter político de la pregunta, mi padrino contestó sin pestañear:

—Yo soy de Cristiano Muerto. . .; mi compañerito de Callejones.

—¿Y las libretas?

Lo mismo que había hecho un chiste con nuestra procedencia, Don Segundo inventó un personaje:

—Las tiene, allá, don Isidro Melo.

—Muy bien. Pa otra vez ya saben ande queda la comisaría, y si se olvidan yo les vi'a ayudar la memoria.

—¡No hay cuidao!

Afuera, cuando estuvimos solos, Don Segundo rió de buena gana:

—Güen cabo. . . pero no para rebenque.

La feria era para mí una novedad. Cuando llegamos, estaban concluyendo de clasificar la hacienda en lotes, disponiéndolos en los corrales. Aquello parecía un rodeo, dividido en cuadros por los alambrados como una masa para hacer pasteles. La peonada que llevaba y traía los lotes era numerosa, y, tanto entre ella como entre los peones de las estancias, se veían paisanos lujosos en sus aperos y su vestuario. ¡Qué facones, tiradores y rastras! ¡Qué cabezadas, bozales, estribos y espuelas! ¡Si ya me estaba doliendo la plata en el tirador!

A la sombra de un ombú, al lado del gran galpón del local, se asaba la carne para los peones y el pobrerío. Había cómo elegir entre los asadores que, aquí ensartaban un costillar de vaquillona, allá un medio capón o un corderito entero, de riñones grasudos.

Los dueños de la feria, así como los estancieros y los clientes de consideración, tenían adentro acomodada una mesa larga, con muchos vasos y servilletas y jarras y frascos y hasta tenedores. Adentro también, vecino al comedor, había un despacho de bebidas con sus escasos feligreses.

Con mi padrino, nos arrimamos a un cordero de pella dorada por el fuego. ¡Carnecita sabrosa y tierna! "Lástima no tener dos panzas", decía con desconsuelo Don Segundo.

En seguida que sus mercedes de la mesa se hartaron de embuchar, salieron el rematador y su comitiva en un carrito descubierto y empezó la función. El rematador dijo un discurso lleno de palabras como "gana-

dería nacional", "porvenir magnífico", "grandes negocios"... y "dió principio a la venta" con un "lote excepcional".

Alrededor del carrito, a pie o montados en caballos de los peones de la feria, estaban los ingleses de los frigoríficos, afeitados, rojos y gordos como frailes bien comidos. Los invernadores, tostados por el sol, calculaban ganancias o pérdidas, tirándose el bigote o rascándose la barbilla. Los carniceros del lugar espiaban una pichincha, con cara de muchacho que se va a alzar las achuras de una carneada. Y el público, formado por la gente de huella y de estancia, conversaba de cualquier cosa.

Sin alternativas pasó la tarde. La garganta del rematador no daba más de tanto gritar y mis orejas de tanto oírlo.

Empezaban a marchar las tropas.

Un hombre de los de la feria, que conocía a Don Segundo, nos habló para un arreo de seiscientos novillos destinados a un campo grande de las costas del mar. El paisano encargado de entregar el lote era un viejito de barba blanca, petiso y charlatán. Después de mostrarnos la hacienda, nos convidó a tomar la copa. Iba montado en un picacito overo, que le había codiciado toda esa mañana viéndolo trabajar. De a poquito, mientras nos dirigíamos al despacho, fui tanteando la posibilidad de una compra, que las perspectivas del largo arreo hacía casi necesaria. Pero el hombre nos hablaba de los novillos:

—Güena animalada, señor, y bien arriadita.

Frente al galpón, se le descolgó al picazo por la paleta y sonó el lucido juego de botones de su tirador, cuando tocando el suelo, sus pies barajaron el peso del cuerpo con golpe sordo.

Entramos.

Nuestro hombre se encaró con un anciano medio ebrio:

—Aquí habías de estar vos, haciendo gárgaras como sapo en el barro.

—Con las copas que me pagás, ¿no? —respondía el viejo de sonrisa envinada y ojos vagos.

—¡Al propósito vine al mundo pa mantener borrachos!

—¿Por qué no dentrás de polecía, hermano?

Mientras tomábamos nuestras sangrías, volví a hablar del picazo.

—Es ponderao pa'l trabajo.

—Vea, señor, no es por decirlo, pero tengo unos pingos medio güenones. Este que ando es uno de los más mejorcitos y corajudo pa'l porrazo. Vez pasada, cuando era redomón, traiba yo unas vacas por cuenta de un inglés Guales. Venía cuidándolas por chúcaras, cuando cata aquí que cruzando cerca de un puesto, se me atraviesa en el callejón una señora a salvar unos patios. Ya se me entró a remolinear la hacienda. "Hágase a un lao, señora", le grité. "¿Que me haga a un lao?" "Sí, señora; se lo desijo como un servicio". "¿Y a mí qué me importa de su hacienda?" Yo estaba cerquita d'ella y me iba dentrando rabia de verla tan enteramente porfiada, cuando pa mejor comenzó a echarme con madre y todo a loh'in-

fiernos. ¡Dios me perdone! Le cerré las espuelas al picazo y la alcé por los elementos.

Aunque la prueba fuera buena para el caballo, me pareció aquel proceder un tanto salvaje. Sin dar mi opinión sobre el tal suceso, siguiendo la plática resulté dueño del picazo por cincuenta pesos.

De pronto el viejo borracho, olvidado por nosotros en su rincón, comenzó a observarlo muy sonriente a mi padrino. Con expresión de quien medita una picardía, lo interpeló:

—¿Cómo te va, Ufemio?

—¿Quién sos vos? —interrogó mi padrino, con un tono que me hizo comprender que no ignoraba la filiación del borracho.

—¿Ya no conocés a tuh'ermanos?

—Debo ser por los muy muchos que tengo en las pulperías.

—¿Y me has de negar que soh'Ufemio Díaz?

—¿Días?... y algunos meses —consintió mi padrino.

—¡Gaucho pícaro! —dijo el borracho, adelantándose hacia nosotros—. Yo soy Pastor Tolosa, conocido por Lazarte, vecino viejo del Carmen de Areco... y vos sos Segundo Sombra. ¿No te acordás? —insistió, mostrando la cicatriz de un tajo que le cruzaba la frente—. Yo era diablo pa'l cuchillo. Aura soy viejo y cualquier zonzo me grita —señalaba con la barba a nuestro compañero de mesa—. En esos tiempos, sólo un toro como vos era capaz de cortarme.

El hombre se nos sentó en la mesa. Mi padrino lo miraba, sonriéndole como se sonríe a un recuerdo, y lo dejaba hablar.

—¿Y te acordás de las fiestas en lo de Raynoso, ande nos conocimos?

—Me acuerdo, ¡ahá!... Me mandaron que te cuidara porque eras medio aplicao al frasco y de yapa aficionao al barullo.

—¡Ahá!..., y me viniste a cuidar, gaucho sagaz..., y al último fuistes voh'el que metió el bochinche. Más de cuatro salieron cortaos y se apagaron las luces a ponchazos y el hembraje juía a los gritos... y vos ni arañón te agenciaste en el entrevero. ¡Qué tiempos! Y un día por probarnos, jugando, me dejaste de recuerdo este pajarito que me canta todas las mañanas: ¡bicho-feo! ¡bicho-feo!

Nos reíamos todos.

Mi padrino se levantó y se dieron un gran abrazo con aquel viejo amigo, que quería seguir la charla de los años pasados. No teníamos tiempo. Trabajosamente nos despedimos. Nos entregaron la tropa y marchamos con los demás peones a la caída de la noche.

Tropita mansa y linda. Un mes de arreo debimos contar, aunque sin mayores contratiempos. Los animales que llevábamos eran flacos y dispuestos. Sin embargo, tres días antes de entregar el arreo, pasamos un mal rato. La hacienda venía sedienta, pues nos faltaban aguadas naturales y estancieros conocidos que nos sacaran del apuro.

Habíamos pasado una noche de pesadez tremenda, defendiéndonos de los mosquitos con un fueguito de biznaga por demás pobre. El campo sudaba por dondequiera cuando salimos de mañana.

Después cayó un golpe de lluvia. Las reses se nos alborotaron. En los charcos que había dejado el chaparrón se amontonaban ensuciando en seguida el agua, no chupando más que barro.

El capataz iba afligido con esa desesperación del animalaje, que para mejor no podía sino aumentar con el sol y el movimiento.

A eso de las diez enfrentamos una estancia.

No hubo nada que hacer. Los animales, después de olfatear con ansia, se largaron a correr por el callejón. Inútilmente quisimos apurarlos para que pasaran derecho. En una porfía incontenible, atropellaron los alambrados, que primero resistieron, haciéndolos caer. Hasta los enredados no cejaban en su empuje, a pesar de tajearse o caer de lomo. Y en seguida, ¡qué habíamos de sujetarlos por el campo!

Las casas estaban cerca y, atrás de un potrerito alfalfado, había un cañadón bordeado de sauces. Nos separaban de él otro alambrado y un cerco de cañas. Corríamos sin esperanza por delante de los brutos sedientos. El alambrado sufrió la misma suerte que el anterior y el cerco de caña no pudo sino crujir y quebrarse ante la avalancha ciega.

Las bestias se sumían en el agua bebiendo atropelladamente. Otras se echaban. Otras les pasaban por encima con peligro de ahogarlas. Nosotros no teníamos más tarea que la de impedir las montoneras y ordenar en lo posible aquel tumulto.

Los peones de la estancia, que habían oído el tropel o visto la disparada, nos ayudaban.

Vino el patrón, y nuestro capataz, jadeante por las corridas y algo asustado, explicó la cosa, proponiendo pagar los daños.

Por suerte, el hombre tomó bien nuestro involuntario asalto y, lejos de incomodarnos, nos hizo acompañar con su gente después de saciada la sed de la hacienda.

Tuvimos que degollar un animal por demás estropeado en los alambres y curar algunos otros.

Salvo esto, todo siguió como antes, hasta llegar a destino.

## CAPITULO XV

¡Qué estancia ni qué misa! Ya podíamos mirar para todos lados, sin divisar más que una tierra baya y flaca, como azonzada por la fiebre. Me acordé de una noche pasada al lado de mi tía Mercedes (dale con mi tía). Los huesos querían como sobrarle el cuero y estaba más sumida que mula de noria. Pero mejor es que lo sangren a uno los tábanos y no acordarse de esas cosas.

Habíamos dejado la tropa en un potrero pastoso, antes de que nos mandaran para la costa a hacer noche y descansar en un puesto.

¡Bien haiga el puesto! Desde lejos lo vimos blanquear como un huesito en la llanura amarilla. A un lado tenía un álamo, más pelado que paja de escoba, al otro tres palos blancos en forma de palenque. La tierra del patio, despareja y cascaruda, más que asentada por mano de hombre parecía endurecida por el pisoteo de la hacienda que, cuando estaba el rancho solo, venía a lamer la sal del blanqueo.

Don Sixto Gaitán, hombre seco como un bajo salitroso y arrugado como lonja de rebenque, venía dándonos, de a puchitos, datos sobre la estancia. Eran cuarenta leguas en forma de cuadro. Para el lado de la mañana estaba el mar, que sólo la gente baquiana alcanzaba por entre los cangrejales. En dirección opuesta, tierra adentro, había buen campo de pastoreo; pero eso estaba muy retirado del lugar en que nos encontrábamos.

Bendito sea si me importaba algo de los detalles de aquella estancia, que parecía como tirada en el olvido, sin poblaciones dignas de cristianos, sin alegría, sin gracia de Dios.

Don Sixto hablaba de su vida. El pasaba temporadas en el rancho solitario. La familia estaba allá, en un puesto cerca de las casas. Tenía un hijito embrujado que le querían llevar los diablos.

Miré a Don Segundo para ver qué efecto le hacía esta última parte de las confidencias. Don Segundo ni mosqueaba.

Me dije que el paisano del rancho perdido debía tener extraviado el entendimiento y dejé ahí reflexiones, porque bastante tenía con mirar el campo y más bien hubiese deseado hacer preguntas acerca del mar y de los cangrejales.

Aunque el arreo sea bueno y no le haya sobado al resero el cuerpo más que lo debido, siempre se apea uno con gusto de los apretados cojinillos para ensayar pasos desacostumbrados. El palenque, con sus postes blancos, llamó más mi atención de cerca, mientras desarrugaba a manotones el chiripá y aflojaba las coyunturas.

Don Segundo me dijo riendo:

—Son espinas de un pescao del que entuavía no has comido.

—Hace más de cincuenta años —explicó Don Sixto— que la ballena, tal vez extraviada, vino a morir en estas costas. El patrón se hizo llevar el güeserío a las casas, "pa adorno", decía él. Aquí ha quedao este palenquito.

—Mira qué bicho pa asarlo con cuero —dije, temeroso de que me estuvieran tomando por zonzo.

—Estas son tres costillas —concluyó Don Sixto, agregando para cumplir con su deber de hospitalidad—: Pasen adelante si gustan; en la cocina hay yerba y menesteres pa cebar. . . ; yo voy a dir juntando unas bostas y algunos güesitos pa'l juego.

A la media hora de una conversación interrumpida por el lagrimeo y la tos que me imponía la humareda espesa de la bosta, gané el campo so pretexto de ver para dónde se había recostado mi tropilla.

Más vale el campo, por fiero que sea, que estar tosiendo a la orilla del fuego como vieja rezadora.

Mi tropilla se había alejado caminando con cautela de quien está revisando campo para comprar, despuntando los pastos, mirando a veces en derredor o a lo lejos, como buscando un punto de referencia. El picazo en que iba montando, relinchó. La yegua madrina alzó la cabeza, desparramando un tropel de notas de su cencerro. Todos los caballos miraron hacia mí. ¿Por qué estábamos así desconfiados y como buscando abrigo?

Casi entreverado con mis pingos, me dejé estar mirando el horizonte. La yegua Garúa olfateó hacia el mar y nos pusimos a seguir aquel rumbo, como una obligación.

—¡Campo fiero y desamparao! —dije en voz alta.

Ibamos por un pajal descolorido y duro que los caballos husmeaban despreciativamente, con algo de alarma. También yo sentía un presagio de hostilidad.

Cruzábamos unas lagunitas secas. No sé por qué pensé en algunas, dado que ninguna diferencia de nivel existía con el resto de la pampa.

—¡Campo bruto! —dije otra vez, como contestando a un insulto imaginario.

De atrás de unos junquillales voló de golpe una bandada de patos, apretada como tiro de munición. El bayo Comadreja plantó los cuatro vasos, en una sentada brusca, y bufó a lo mula. Quedamos todos quietos, en un aumento de recelo.

Atrás de los junquillales, vimos azulear una chapa de agua como de tres cuadras. Volaron bandurrias, teros reales y chajás. Parecían tener miedo y quedaron vichándonos desde el otro lado del charco. Sabían algo más que nosotros. ¿Qué?

Garúa trotó dando un rodeo, seguida por Comadreja, y bajó hacia el agua. Nosotros quedamos a orillas del pajonal.

El barro negro que rodeaba el agua, parecía como picado de viruelas. Miles de agujeritos se apretaban en manada unos contra otros. Unos pocos cangrejos paseaban de perfil, como huyendo de un peligro. Me pareció que el suelo debía de sufrir como animal embichado.

—¡Ahá! —dije—, un cangrejal. —Y me pregunté por qué me había dado ese día por hablar en voz alta.

Como si mi palabra hubiese sido voz de mando, voló de un solo vuelo la sabandija. Garúa y Comadreja, castigados por repentino terror, corrieron hacia nosotros. Dudé de mis ojos. Garúa había perdido sus cuatro patas y avanzaba apenas arrastrándose sobre el vientre. Y el barro se abría como un surco de agua. "Murió la yegua", me dije. Pero Garúa, tirada sobre el costillar, remaba con las cuatro patas, avanzando como si nadara, con tanta rapidez, que no daba tiempo a que la tierra, desmo-

ronada en sinuosa herida, se juntara tras ella. Aquello hizo un ruido sordo y lúgubre, hasta que la yegua pisó firme. "Linda madrinita baquiana", murmuré con emoción y recordé que me había sido vendida por un paisano del Rincón de López. Sí, pero ¿y mi bayo?

Comadreja se había detenido ante la caída de Garúa. Dos veces intentó echarse al cangrejal, para vencerlo a lo bruto, pero tuvo que volver atrás, después de haberse perdido casi totalmente, salvándose a pura energía, con quejidos de esfuerzo.

Sin perder tiempo, arrié mi tropilla en su dirección, recordando el camino seguido hoy por la yegua. Me encomendé a Dios, para que no me dejara desviar ni un metro de la dirección que recordaba. En una atropellada alcancé con ansia el lugar en que estaba Comadreja, que se entreveró con sus compañeros, y al grito de "¡Vuelva!", salí, yegua en punta, para el lado del campo firme.

Pasado el apuro, seguimos como muchachos castigados, hinchando el lomo y con las cabezas muy gachas.

Llegando al rancho pensaba: La casa es la casa, en cualquier parte que esté y por pobre que sea.

El rancho, antes tan miserable, me resultaba, al volver del paisaje, un palacio. Y sentí bien su abrigo de hogar humano, tan seguro cuando se piensa en afuera.

Aunque todavía fuese temprano, mi padrino y Don Sixto preparaban la comida en el patio. Me preguntaron por mi paseo.

—Lindo no más. Casi pierdo el bayo —contesté, e, interrogado, relaté el percance.

Don Segundo comentó a manera de consejo:

—El hombre que sale solo, debe golver solo.

—Y aquí estoy —concluí con aplomo.

Atardecía. El cielo tendió unas nubes sobre el horizonte, como un paisano acomoda sus coloreadas matras para dormir. Sentí que la soledad me corría por el espinazo, como un chorrito de agua. La noche nos perdió en su oscuridad.

Me dije que no éramos nadie.

Como siempre, andábamos de un lado para otro, en quehaceres de último momento. Ibamos del recado al rancho, del rancho al pozo, del pozo a la leña. No podía dejar yo de pensar en los cangrejales. La pampa debía sufrir por ese lado y... ¡Dios ampare las osamentas! Al día siguiente están blancas. ¡Qué momento, sentir que el suelo afloja! Irse sumiendo poco a poco. Y el barrial que debe apretar los costillares. ¡Morirse ahogado en tierra! Y saber que el bicherío le va a arrancar de a pellizcos la carne... Sentirlos llegar al hueso, al vientre, a las partes, convertidas en una albóndiga de sangre e inmundicias, con millares de cáscaras dentro, removiendo el dolor en un vértigo de voracidad... ¡Bien

haiga! ¡Qué regalo el frescor de la tierra del patio, al través de las botas de potro!

Y miré para arriba. Otro cangrejal, pero de luces. Atrás de cada uno de esos agujeritos debía haber un ángel. ¡Qué cantidad de estrellas! ¡Qué grandura! Hasta la pampa resultaba chiquita. Y tuve ganas de reír.

Comimos, sin decir palabra, en unos platos de cinc, una "ropa vieja" en que la sal de charqui nos ofendía la boca. La galleta era como poste de quebracho y gritaba a lo chancho cuando le metíamos el cuchillo. Para peor, no tenía sueño. Me quedé tomando mate en la cocina. El pabilo del candil, cansado de tanta grasa, quería caer por momentos y la llama chisporroteaba a antojo. Dos veces la enderecé con el lomo del cuchillo. Por fin la dejé, temiendo que me entrara rabia y cediera a la tentación de fajarle al aparatito un planazo de revés, para que fuera a alumbrar a los demonios.

Don Segundo tendía cama afuera, y Don Sixto estaba ya en el dormitorio, al cual había entrado mis jergas creyendo así cumplir con el forastero.

¡Linda cortesía, hacerlo dormir a uno en un aposento hediondo y seguramente poblado por sabandija chica!

Apagué el candil, volqué la cebadura en el fuego, que se iba consumiendo, y fui a echarme en mi recado, en la otra punta del cuarto de Don Sixto.

No hallaba postura y me removía como churrasco sobre la leña, sin poder dar con el sueño. Era como si hubiese presentido la extraña y lúgubre escena que iba a desarrollarse entre las cuatro paredes del rancho perdido.

Debió pasar algún tiempo. La luna volcó por la puerta una mancha cuadrada, blanca como escarcha mañanera. Vislumbraba los detalles del aposento: las desparejas paredes de barro; el techo de paja, quebrada en partes; el piso de tierra lleno de jorobas y pozos; los rincones en que negreaba una que otra cuevita de minero.

Mi atención fue repentinamente llamada hacia el lugar en que dormía Don Sixto. Había oído algo como una queja y un ruido de caronas. Antes de que imaginara siquiera qué podía ser aquello, lo vi confusamente, de pie sobre las matras, en una postura de espanto.

Sentándome de un solo golpe, hice espaldas en la pared, desenvainé mi puñalito, que había como siempre alistado entre los bastos, puestos como cabecera, y encogí las piernas de modo conveniente para poderme erguir en un impulso.

Miré. Don Sixto dio con la zurda un manotón al aire. Fue como si hubiera agarrado algo. "No", dijo, ronco y amenazando, "no me lo han de llevar, so maulas". Con la ancha cuchilla que apretaba en su derecha, tiró al aire dos hachazos como para partir el cráneo de un enemigo invisible. Tuve la ilusión de que aquello que tenía aferrado con la mano izquierda le asentaba un recio tirón. Trastabilló unos pasos. "No", volvió

a gritar, como aterrorizado, pero firme en su propósito de no ceder, "angelito... no me lo han de llevar".

Con más saña, tiró puntazos en diferentes direcciones; después hachazos de derecha, de revés, con una violencia superior a sus fuerzas. Otro tirón lo llamó hasta la mitad del cuarto. Con más desesperación clamó: "M'hijo..., m'hijo no ha de ser de ustedes". Comprendí lo terriblemente angustioso de aquella alucinación. El hombre defendía a su hijo embrujado, con la desesperación del que no sabe si hiere. Pero, ¿cómo podía ser eso? Sin embargo, vi por tercera vez y claramente los tirones y golpazos con que le hacían perder el equilibrio. Don Sixto caía al suelo, volvía a incorporarse y se esgrimía nuevamente contra el vacío, repitiendo su estribillo: "No, no me lo han de llevar".

La lucha inverosímil, de la cual yo sólo veía un combatiente, arreció en violencia. Los zamarreones aumentaban, las cuchilladas menudeaban a tontas y a locas, los gritos de desesperada negación se repetían con mayor frecuencia. Las fuerzas de Don Sixto disminuían, mientras el tono de la voz llegaba por su angustia a hacérseme intolerable. Quería ayudarle; pero una cobardía, un anonadamiento desconocido, se opuso a los esfuerzos que hice por levantarme. No podía siquiera hacer la señal de la cruz. El horror me tiraba los pelos para atrás de las sienes. Me debilitaba en un sudor copioso.

Pensé en Don Segundo y no pude llamarlo. ¿Cómo no oía? El pobre Don Sixto, ya exhausto, había caído cerca mío, a unas cuartas y luchaba con una tenacidad que duplicaba mi desesperación.

Por fin la luz de la luna fue interceptada. Comprendí que mi padrino estaba ahí. Escuché su voz tranquila: "Nómbrese a Dios". Lo vi entrar; tomó a Don Sixto de un brazo haciéndolo poner de pie. "Sosiéguese, güen hombre, ya no hay nada". También yo pude moverme y me acerqué a sostener a Don Sixto que, a pesar de no ser la luz suficiente para ver claro, aparecía demacrado como por varios días de enfermedad. "Sosiéguese", repitió mi padrino. "Acompáñeme pa juera; ya no hay nada". Como un ebrio lo sacamos a la noche.

Don Segundo lo acercó al recado en que él había estado durmiendo. El hombre cayó como desjarretado. "Déjalo no más", me dijo mi padrino, "y vos sacá tus jergas y echate a dormir".

Con recelo entré al cuarto, me santigüé, fui al rincón de mis pilchas y manotié arrastrando lo que quiso venir conmigo. Ya Don Segundo dormía, con un cojinillo de almohada, sobre el piso del patio. El otro estaba tirado como potrillo muerto. ¿Dormir? ¡Como para dormir estaba por dentro! Nunca pensé que se pudiera tener tanto miedo junto.

Recién al aclarar, cuando mi padrino, incorporándose, me dio la garantía de que todo no había muerto, pude cerrar los párpados.

Poco después desperté en un sobresalto. Ya el sol calentaba un tanto el cuerpo y un vientecito tierno se colaba entre la ropa.

Don Segundo había arrimado su tropilla y tusaba uno de sus caballos.

No vi ni señas de Don Sixto. Como el sol sabe barrer el miedo, no me quedaba de mi angustia nocturna más que un peso en los nervios.

Enderecé mis pasos hacia el pozo. El chirrido de la roldana, el culazo del balde en el agua, el canto de las goteras mientras recogía la soga, cuyos últimos tramos me enfriaron de agua las manos, me cantaban familiares palabras de optimismo. Me enjuagué bien la cabeza, el pescuezo, los brazos hasta el codo. En seguida sentí mejor el viento y el sol. Mi fuerza de siempre corría a grandes impulsos por mis miembros.

La mañana era linda, dorada, ágil. El desierto se alegraba de su descanso fresco. Unos teros pasaron, muy arriba, gritando su alegría. Se oyeron, lejos, unos balidos. Una nube de gaviotas, chimangos y caranchos giraba como trompo de aire sobre alguna osamenta, allá, para el lado de los cangrejales. ¡Qué diablos, la vida no afloja ni se aflige porque a un animal o a un hombre la noche le haya traído un mal rato!

Como había preparado ya el mate, fui a convidarlo a Don Segundo.

—Güen día, padrino.

—Güen día.

Don Segundo rió mirándome:

—¿Ya te ha güelto el alma al cuerpo?

Me atreví a preguntar:

—¿Y Don Sixto?

—Se jué esta mañana a ver al muchacho que tiene enfermo. Quién sabe cómo lo halla.

—¿Por qué?... ¿Le han traído una mala noticia?

—¿Y qué más mala noticia querés que la de anoche?

—¡Avise Don!

Tuve que ir en busca de la pava para seguir la cebadura. No había conseguido mayores datos sobre el enigma del pasado suceso. ¿Por qué estaba tan seguro mi padrino de la gravedad del chico de Don Sixto? ¿Creía en brujerías? Inútil calentarme la cabeza; ya me había dado cuenta de que Don Segundo no me contestaría, esa mañana por lo menos. Pero, ¡qué hombre que no concluiría nunca de conocer! ¿Sabría también de magia? ¿Esos cuentos que contaba, los contaba en serio? Y yo, ¿creía o no creía? Me parece que sí, por el miedo que me daban esas cosas y por mi poca voluntad de meterme a averiguaciones.

Monté el picazo en pelos y fui a buscar mis caballos. De vuelta ensillé y echando unidas las tropillas por delante, marchamos hacia el potrero vecino, donde al día siguiente debíamos recoger hacienda alzada. No pude dejar de despedirme del fatídico ranchito, que ya tomaba su aspecto de hueso perdido, y, dándome vuelta sobre el recado, le grité:

—¡Adiós, matrero viejo! ¡Quiera Dios que el pampero te avente con tuito el pulguerío y tus penas de bichoco y tus diablos y brujerías!

## CAPITULO XVI

Al caer la tarde, después de haber andado unas ocho leguas por la misma pampa triste y haber comido un resto de carne asada, que yo traía a los tientos, avistamos la gente de la población que hacía tiempo veníamos contemplando, gozosos por su verdor fresco. Allí siquiera había unos sauces, unos perros, un corralito y unos dueños de casa.

Otros paisanos llegaban ya para el trabajo del día siguiente. De lejos nos veíamos, entre nuestras tropillas, mudar de caballo, preparándonos lo mejor posible. Agarré mi Moro, crédito para el rodeo, porque no quería andar fallando. Le acomodé el tuse, lo desranillé, y, habiéndole puesto los cueros, caí al rancho cortando chiquito al compás de la coscoja.

Ya cruzábamos algunas palabras con los paisanos en el palenque. Nos mirábamos los caballos ponderándolos cortésmente:

—Lindo el bayito —dije a un hombre que se acababa de apear cerca mío—; ha de ser de conseguir, dentrando al pueblo.

—¡Azotes! —reía el paisano—. ¿Y su Moro?

—Medio dispuesto p'al dentro. Pero, ¿qué va a hacer con una desgracia en el lomo?

—¿Ande está la desgracia?

—Un servidor —dije señalándome el pecho.

—Este sí que es güeno —dijo un viejito flaco, acodillando su cebruno petizón, que no se movió más que un fardo de lana.

—¡Ahá!... ¡Ponderan la juria'el sapo! —rió el del bayo.

—No te fiés muchacho... no te fiés de los gallos qu'entran a la riña dando el anca —aconsejó el viejo.

Un hombre achinado y gordo, que desembarraba con el lomo del cuchillo las paletas de su overo pintado, arguyó señalando el espléndido alazán de Don Segundo:

—Ese es un pingo.

Todos lo miraron con un silencio de asentimiento.

Con su voz clara y tranquila, Don Segundo explicó a la gente callada:

—Lo cambié por unas tortas.

Cuando pasó la risa insistió imperturbable:

—El otro debía estar en pedo.

Era lo que habían pensado muchos sin animarse a decirlo. Don Segundo parecía querer recordar el hecho.

—Lo que no puedo acordarme es cómo estaba yo... Cierto que debía andar más fresco, al menos que ya hubiese llegao por la tranca a perder la vergüenza. Me parece acordarme de algo así como un barullo. La gente hasta pelió. Jué una linda divirsión. Al día siguiente el paisano no se acordaba bien del cambio, pero yo le refresqué la memoria.

"¿Yo le refresqué la memoria?" Bien se imaginaban los oyentes la energía de esa ayuda. Además, Don Segundo había dicho: "La gente hasta pelió. Jué una linda divirsión".

Ahora lo tasaban detallando su estatura, la reciedumbre de sus rasgos y, sobre todo, esa tranquilidad con que debía tomar las cosas, fueran como fuesen, como si le quedaran chicas. Yo sentía por una vez más esa fuerza de mi padrino, tan rápida para suscitar en el paisanaje, reservado e incrédulo, una incondicional admiración. Sabía desconcertar quedando impasible y a la duda que por momento despertaba, sobre su inocencia aparente o su profunda malicia, seguía de inmediato el respeto y la expectativa. Como otro arte suyo era saberse ir a tiempo, aprovechó la atención general para ponerse a hablar bajo con un hombre que estaba a su lado.

El paisano del overo me preguntó de dónde éramos.

—De San Antonio.

—¿De San Antonio? —terció el del cebruno—. Yo he sabido trabajar allá, en los campos del general Roca. Y este hombre —dijo señalando al del bayo— ha andado hace poco con arreo por esos pagos.

—¡Ahá! —contestó el aludido—, en una estancia de un tal Costa.

—Acosta —corregí.

—Eso es.

Nos fuimos arrimando al rancho. En el patio grande, abajo de los sauces, ardían los fogones lamiendo la carne de los asadores. ¡Lindo olorcito!

Habría entre todos unos veinte paisanos. Al aclarar del día siguiente llegarían unos diez más. Todos venían de distantes puestos. Decididamente, iba a ser nuestra recogida un trabajo bruto y grande.

No hubo, antes de echarnos a dormir, ni muchas bromas, ni una alegría muy visible, ni guitarra. A la gente de esos pagos no parecía importarle nada de nada. Uno por uno enderezábamos al asador, cortábamos una presa, nos retirábamos a saborearla en cuclillas. Los más salvajes y huraños desaparecían en lo oscuro, como si tuvieran vergüenza que los vieran comer o temieran que los pelearan por la presa. Como muchos, por tratarse de hacienda chúcara, habían traído sus perros, estábamos rodeados de una jauría hambrienta y pedigüeña.

Ya los fierros estaban desnudos.

Antes de acostarme dije a mi padrino:

—Lo que eh'esta noche, ansina llueva, naides me hace dentrar al rancho. Más que el abrigo'e las paredes con un loco adentro me gusta el amparo de Dios.

—¡Bien dicho, muchacho! —comentó mi padrino, y no supe si pensaba así, o si quería simplemente que lo dejara en paz.

Antes de aclarar salimos. Me habían dado por compañeros dos mocetones de unos veinte años. Uno alto, aindiado, lampiño. El otro rubio y flaco, con ojos sesgados de gato pajero. El rubio subió en un alazancito malacara que, ni bien sintió el peso, se arrastró a bellaquear. El mocito debía tenerse fe, porque a pesar de la oscuridad lo cruzó de unos rebencazos.

—'stás contento con la fresca —dijo después de sofrenarlo.

El campamento, que anoche parecía numeroso, desapareció en la noche y la pampa, disolviéndose en direcciones distintas como un puñado de hormigas voladoras en el aire.

Mis compañeros me echaron al medio. El trigueño tenía un recadito que de corto parecía prestado por algún hermano menor. Su caballo era un azulejo overo zarco, salvaje y espantadizo como pájaro de juncal. Las colas iban cortadas como una cuarta arriba del garrón. Los estribos, cruzados por delante, hacían grupa bajo los cojinillos: modas sureras.

No decíamos palabra. Galopábamos por una huella que poco a poco se fue perdiendo, hasta dejarnos entregados al campo raso, sin más indicio de rumbo que el instinto de mis acompañantes. Pregunté, no sin recelo, por los cangrejales. El mocito del malacara me dijo que allí no había. En los cangrejales no podían aventurarse sino los que eran muy baquianos, y a nosotros nos habían dado un pedazo de campo limpio. Eso sí, tendríamos que cruzar los médanos y llegarnos hasta el mar, para de allí, por los arenales, echar hacia el lado del campo los animales matreros que sabían esconderse.

Nuevas curiosidades para mí: los médanos, el mar. No quise pasar por chapetón y dejé mis preguntas de lado, como una vergüenza, esperando instruirme por mis cabales.

En el cielo, las primeras claridades empezaban a alejar la noche y las estrellas se caían para el lado de otros mundos. Orillamos un bajo salitroso y unas lagunas encadenadas, en que los pájaros, medio dormidos, se espantaron de nuestra presencia. Clareó más y comenzaron a vivir los animales de la pampa. Pasamos cerquita de una osamenta hedionda, que unos treinta caranchos aprovechaban, porfiando ganársela a la completa podredumbre.

¡Qué amabilidad la de esos pagos, que se divertían en poner cara de susto!

Al querer despuntar el sol, divisamos a contraluz la línea de los médanos. Era como si al campo le hubieran salido granos.

Varios vacunos trotaron por lo alto de una loma, nos miraron un rato y huyeron disparando. Mis compañeros iniciaron los clásicos gritos de arreo.

Pronto pisamos las primeras subidas y bajadas. El pasto desapareció por completo bajo las patas de nuestros pingos, pues entrábamos a la zona de los médanos de pura arena, que el viento en poco tiempo cambia de lugar, arreando montículos que son a veces verdaderos cerros por la altura.

La mañanita volvió de oro el arenal. Nuestros caballos se hundían en la blancura del suelo, hasta arriba de los pichicos. Como buenos muchachos, retozamos, largándonos de golpe barranca abajo, sumiéndonos en aquel colchón amable, arriesgando en las caídas el quedar apretados por el caballo.

Satisfechos nuestros impulsos, nos decidimos a atender el trabajo. Andábamos torpemente, hamacados por el esfuerzo del tranco demasiado blando. Ni un pasto entre aquel color fresco, que el sol nuevo teñía de suave mansedumbre. Me dijeron que en el ancho de una legua, entre tierra y mar, toda la costa era así: una majada monótona de lomos bayos, tersos y sin quebraduras, en que las pisadas apenas dejaban un hoyito de bordes curvos. ¿Y el mar?

De pronto, una franja azul entre las pendientes de dos médanos. Y repechamos la última cuesta. De abajo para arriba, surgía algo así como un doble cielo, más oscuro, que vino a asentarse en espuma blanca a poca distancia de donde estábamos.

Llegaba tan alto aquella pampa azul y lisa que no podía convencerme de que fuera agua. Pero unas vacas galopaban por la costa misma y mis compañeros se precipitaron arena abajo hacia ellas. Me hubiera gustado quedar un rato, si más no fuera, contemplando el espectáculo vasto y extraño para mis ojos. Más vale no hacerse el gusto que pasar por pazguato, y arremetí también contra las bestias.

En la arena mojada de la orillita, dura como tabla, corríamos a lo loco. Mi Moro se hizo ver tomando la punta, descontando la ventaja que le llevaban.

Por momentos nos acercábamos. Los chúcaros corrían como gamas y, al verse apareados, se sentaban gambeteando de lo lindo. Para mejor estaban más delgados que parejeros. Errábamos los topes a porrillo. Por fin un toro, más haragán o más pesado, cayó entre el alazán y el overo. Lo paletearon hasta echarlo por entre los médanos.

Yo había seguido por detrás de una yaguanesa y la llevaba cerca. Forzándola hacia el mar, cuyo ruido me sorprendía y achicaba, hice que se resistiera y así pude arrimarle el caballo. El Moro se le prendió como tábano en la paleta y allí íbamos con la vaca, afirmándonos uno con otro.

De repente entramos a pisar algo sonoro y resbaloso. Largué los estribos por las dudas. La yaguanesa, queriéndose caer, se atravesó, pero el Moro seguía echándola por delante con el impulso de la corrida. Y sucedió lo que debía suceder. Al salir del fragmento de roca resistente, encontrando la blandura de la arena, la vaca se tumbó. Sentí por el encontronazo que el Moro se daba vuelta por sobre la cabeza. "Con tal que no se quiebre", tuve tiempo de decirme, y me eché hacia atrás. Un momento se deja de pensar. El cuerpo cumple su deber por instinto. Sufrí en la planta de los pies el chicotazo del suelo. Tuve que correr unos pasos para recobrar el equilibrio. Volví sobre mi caballo, que aún se esforzaba por ponerse de aplomo. La vaca enderezándose me amagó un tope. Lleno de audacia le crucé el hocico de un rebencazo y le saqué el cuerpo. Tomé mi caballo de las riendas. Por ahí cerca venían los compañeros. ¡Pobre Moro! Lo hice caminar. Bien. Le manotié la arena del recado y las clines. Ya los dos muchachos estaban conmigo.

—¡Gran puta! —dije, y la palabra me sonó bien, aunque no fuera mal hablado—. Esta playa había sido como jeta'e comisario.

Subí dispuesto al trabajo. Por los médanos se perdió la yaguanesa. Mis compañeros se enredaban en mil dicharachos conmigo.

Comprendí que empezábamos a ser amigos.

No hay desayuno mejor que un porrazo para envalentonar el cuerpo. Estábamos más decididos para la recogida.

Después de un pesado galopar y gritar por los médanos, salimos al campo. Nuestro trabajo y el de los demás, que por ahí andarían, iba surtiendo efecto. La pampa, antes sola, se poblaba de puntas de hacienda que corrían, en montón o en hilera, para el lado opuesto al mar; para el lado de la gente, hubiera dicho yo. Muy lejos, unas polvaredas indicaban las partes más numerosas de la recogida.

Ya podíamos estar más tranquilos. Las puntas se buscaban entre sí, constituyendo masas cada vez más grandes. Las huellas insensiblemente marcaban rumbos al animalaje. No teníamos más que hacer una atropellada, de vez en cuando, para que a muchas cuadras repercutiera en un apuro y hasta en huidas sin fin.

Ibamos dejando a un lado las vacas recién paridas, que nos miraban hoscas, con una cornada pronta en cada aspa. Vencíamos la distancia lentamente, por tener que ir de derecha a izquierda en una fatigosa línea quebrada.

Los baldíos formaban como una cerrazón de angustia en el aire, angustia de las bestias libres agarradas por su destino de obedecer, aunque acostumbradas a no ver hombres sino a muy largas distancias y muy de tiempo en tiempo.

Allí, como a legua y media, sobre una lomada, se formó un centro de movimiento. Debía haber gente sujetando ese principio de rodeo. Y conforme íbamos andando, aquello se agrandaba, empenachándose de una creciente nube de tierra, sumándose de todos los retazos de hacienda destinados a desaparecer allí, como llamados por una brujería.

Hacía un rato el campo estaba despejado; nosotros lo poblamos de vida, para luego irla barriendo hacia un punto, dejando el campo nuevamente solo.

Conservábamos la vista fija en el lugar del rodeo y deseábamos ya estar allí, pues poco que hacer y diversión encontrábamos en galopar atrás del vacaje cimarrón que no se dejaba arrimar. Sin embargo anduvimos, anduvimos.

El rodeo aumentaba de tamaño por los animales que llegaban y porque nos acercábamos. Ya el entrevero de los balidos se hacía ensordecedor, y empezamos a notar que aquello nos absorbía como única razón de ser posible, en el gran redondel trazado por el horizonte, dentro del cual todo lo demás parecía haberse anulado.

Llegamos. Algunos paisanos rondaban el tropel asustado de animales. Otros mudaban caballo. Otros, con la pierna cruzada sobre la cabezada

del basto, liaban un cigarro o platicaban con tranquilidad. Los caballos sudados, con los sobacos coloreando de espolazos, o embarrados hasta la panza, delataban la tarea particular a que habían sido sometidos. Reconocía caras vistas el día anterior, observaba otras nuevas.

Contemplé el rodeo. Nunca había presenciado semejante entrevero. Debían de ser unos cinco mil, contando grande y chico. Los había de todos los pelos, todos los tamaños; pero esto no estaba hecho para asombrarme. Lo que sí llamaba mi atención era el gran número de lisiados de todas clases: unos por quebraduras soldadas a la buena de Dios, otros a causa del gusano que les había roído las carnes dejándoles anchas cicatrices. Esos animales nunca fueron curados por mano de hombres. Cuando un aspa creciendo se metía en el ojo, no había quien le cortara la punta. Los embichados morían comidos o quedaban en pie, gracias al cambio de estación, pero con el recuerdo de todo un pedazo de carne de menos. Los chapinudos criaban pezuñas con más firuletes que una tripa. Los sentidos de lomo aprendían a caminar arrastrando las patas traseras. Los sarnosos morían de consunción o paseaban una osamenta mal disimulada en el cuerpo pelado y sanguinolento. Y los toros estaban llenos de cicatrices de cornadas, por las paletas y los costillares.

Algunos daban lástima, otros asco, otros risa. Los sanos y jóvenes, que eran los más, porque la pampa al que anda trastabillando muy pronto se lo traga, demostraban un salvajismo tal que se llevaban por delante, afanados en alejarse cuanto fuera posible.

Un lujo de toros de toda laya hacía del rodeo un peligro. Ya varios andaban buscando enojarse solos.

Los atajadores tenían que quedar a cierta distancia, haciendo rueda, cosa que ocupaba a mucha gente. Más afuera, las tropillas con sus yeguas maneadas formaban el último círculo.

—¿Compañero, no ha visto el venao? —me interpelaba un paisano, bien montado en un oscurito escarceador, refiriéndose a que estábamos en ayunas.

A la verdad, nuestra hambre bien nos podía hacer ver cualquier cuadrúpedo comible, pues eran las diez y, desde las dos de la madrugada, no habíamos "matao el bichito" más que con unos cimarrones.

Miré para el lado de los carneadores, que ya llevaban a medio asar la vaquillona de año que esa mañana habían volteado para el peonaje.

—¿Por qué no noh'arrimamos —pregunté— a tomar unos amargos si mal no viene?

No faltaban, de rodeos anteriores y anteriores carneadas, buenas cabezas de osamenta, guampudas, en qué asentar el cuerpo. Después mudaría caballo. Por el momento le aflojé la cincha al Moro y me ocupé de mí mismo.

Como la noche anterior, comimos y mateamos en silencio.

Decididamente esa gente me daba ganas de estar solo y, como tenía tiempo antes de empezar el trabajo, dejé mate y compañía para tardarme

mudando caballo, hasta que el aparte empezara. Además, me alejaba un poco de esa barahúnda de balidos que ya me estaba hinchando la cabeza. ¿Por qué —me pregunté— esa luna repentina?

Me dejé estar, ensillando el bayo, que elegí por más corajudo y duro para el trabajo. Acomodé bien matra por matra. Emparejé como tres veces los bastos. Sirviéndome de mi alezna, que llevaba siempre a los tientos, con la punta clavada en un corcho para defenderla, corregí la costura de la asidera que estaba zafada en un tiento. Acomodé los cojinillos como para ir al pueblo. Desenrollé el lazo para volverlo a enrollar con más esmero. Y como ya no tenía qué hacer, lié un cigarrillo que, por el tiempo que puse en cabecearlo, parecía el primero de mi vida.

En eso oí un griterío y vi que un toro venía en mi dirección, corrido por unos paisanos.

Me le enhorqueté al Comadreja proponiéndome sacarme pronto el mal humor.

Los dejé acercarse. A breve distancia me coloqué bien a punto para llevar a cabo mi intento. Cuando calculé por buena la distancia, grité:

—Con licencia, señores—. Y cerré las piernas al bayo.

Mi pingo era medio brutón para el encontronazo. Por mi parte había calculado bien. A todo correr, el pecho del bayo dio en la paleta del toro. Ayudé el envión con el cuerpo.

Quedamos clavados en el lugar del tope. El toro saltó como pelota, se dio vuelta por sobre el lomo.

Había hecho una cosa peligrosa entre todas. Agarrar un animal, en toda la furia, a la cruzada, es un alarde que puede costar el cuero si la velocidad de cada animal no está calculada con toda justeza.

¡Buen principio que me comprometía para el trabajo bruto iniciado!

## CAPITULO XVII

Empezó el torneo bárbaro. Como éramos muchos, hacíamos varias cosas a un tiempo. Para un lado, hacia el señuelo, se paleteaban las reses. Para otro se arreaban a cierta distancia, campo afuera, a fin de voltearlas a lazo y curar, descornar, capar, o simplemente cuerearlas, después del obligado degüello, si estaban en estado de enfermedad incurable.

En yunta con el mocito rubio, compañero de recogida esa mañana, nos dedicamos al aparte. Las reses eran escasas, pues se elegían toros jóvenes que, después de ser largados en un potrero pastoso y capados, se invernarían. ¿Qué iba a salir de bueno, para el engorde, de esa extraña reunión de patas largas y lomos a lo boga? El en un gateadito liviano, yo en mi bayo, formábamos una pareja luciente y ligera. Afanados por demostrar las habilidades de nuestros pingos, sacábamos de golpe los animales apretados entre los dos. Era inútil que quisieran buscar el campo o sentarse; iban como dulce de alfajor entre sus tapas de masa y ni

siquiera pensaban en zafarse. No nos habían ni averiguado el nombre, que ya estaban con el señuelo.

El rubio resultó medio travieso, de modo que tenía yo que andar alerta para que no me venciera de salida, echándome los animales encima. Pero el bayo antes se quebraría los pichicos empujando que ceder en el envión. Volviendo del señuelo al tranquito, dejábamos resollar los caballos. De paso teníamos tiempo de ver el trabajo de los otros y gritarles algo, como ellos lo hacían con nosotros.

Cada cual se esforzaba en lucir su crédito, su conocimiento y su audacia, con ese silencio del gaucho, enemigo de ruidos y alardes inútiles. Mi padrino había hecho pareja con el viejito del petiso cebruno. Era de verse su baquía para colocarse y vencer al vacuno, imponiéndole la dirección debida en un porrazo. Formaban con Don Segundo y su alazán una yunta brava y ya los miraban, de frente o reojo, según carácter, como maestros en el floreo y la eficacia del trabajo.

No hay taba sin culo ni rodeo sin golpeados. Un paisano que me había llamado la atención por su fisonomía taimada, tomó una vaca al cruce y la raboneó. No tuvo tiempo de zafarse; su zaino patas blancas se pialó en los garrones de la vaca y cayó como planazo sobre el costillar izquierdo. Corrimos en su dirección. El paisano no se levantaba. Entre dos, tomándolo de las piernas y los sobacos, lo sacaron a la orilla del rodeo y lo sentaron. El hombre respiraba bien y miraba a su alrededor.

—No es nada —dijo.

Le tantearon el cuerpo, preguntándole si sentía algún dolor. Se tocó la pierna izquierda. Aceptó un frasco de caña que le alcanzaban y tomó un trago como para unos cuantos. Luego sacó la tabaquera y empezó a armar un cigarrillo. No volvimos al rodeo.

—¡La pucha! —dije al rubio—, ¡qué golpazo!...; si le ha apretao la pierna y lo ha hecho chicotear contra el suelo con todo el cuerpo.

—Yo no sé —comentó mi compañero—. Es como macho'e dos galopes. Cuanto hay una trampa en qué ensartarse, allá va él. Si algún día lo conchaban en un campo alambrao, se va a andar pelando la cabeza contra los postes.

Nos reímos.

Como si hubiera sentido la oportunidad que le brindaba nuestra distracción de un momento, el animalaje remolineó en un aumento de instinto chúcaro y formó punta por donde menos resistencia se le ofrecía. Primero se llevaron por delante, atravesándose en chorros dirigidos a distintas partes, pero, muy pronto de acuerdo, se empeñaron para un solo lado con una decisión y una ligereza incontenibles.

Fue un entrevero brutal. Los toros, enceguecidos, cargaban por derecho, a pura aspa. Los terneros gambeteaban con la cola alzada. Los demás, medio perdidos, arremetían a la buena de Dios. El paisanaje se desgañitaba gritando. Los ponchos se levantaban en lo alto flameando. Sonaban los rebenques contra las caronas. Las atropelladas y los golpes lle-

garon a su máximo. No faltó quien se hiciera rueda por el suelo, en una confusión de novillo, caballo y hombre.

Un toro barroso se empeñaba con más tesón que ninguno en porfiar para el lado de los médanos. Le asenté fuertes porrazos pero no cedía. El bayo excitado hacía fuerza en la boca hasta cansarme los brazos. Lo largué por tercera vez contra el toro, que tomó demasiado adelante, pasando de largo. Haciendo peso para atrás con el cuerpo, para sujetarlo, no pude ver el peligro. Cuando volví la mirada, la cabeza aspuda estaba ya encima. Apreté las espuelas. Inútil. El caballo se me caía, golpeado de atrás, y lo di vuelta tan ligero como pude, para que el toro pasara olvidándonos. Así fue, pero Comadreja rengueaba. Lo aparté un trecho y me desmonté. El pobre animal tenía rajado el cuero del anca en un tajo como de dos cuartas. Revisando la herida vi que era honda. Estaba furioso de que ese bicho mañero me hubiera agarrado en un descuido. ¡Quedar de a pie cuando el alboroto y la diversión estaban en lo mejor!

Ya muy lejos, la montonera de hacienda iba alargándose y eran los gritos un eco reducido. Llevando de tiro al bayo, me fui para el lado de las tropillas, que miraban fijo, con todas las orejas apuntadas en dirección de las corridas. ¡Qué silencio! En un montón escaso, quedaba el señuelo con su principio de tropa y los tres hombres que lo cuidaban. El rodeo estaba desierto. Sólo el paisano golpeado quedaba tal cual, fumando siempre, pues se le veía de vez en cuando escupir su nubecita de humo. Pensé que el vacaje, volviendo enceguecido, podía pisotearlo. Pero tenía hasta entonces tiempo suficiente para mudar caballo.

Ya en mi lobuno Orejuela, volví al rodeo, me largué al suelo cerca del lastimado y prendí un cigarrillo en las brasas del fogón agonizante.

—¿Cómo va ese cuerpo?

—Bien no más.

—¿Estará quebrao?

—No creo. . .; machucadito no más.

—¿No se puede enderezar?

—No, señor. No siento la pierna.

—Y. . . mejor no moverse.

—Pasencia, nos dejaremos estar no más.

Miré allá, y colegí que los paisanos vencerían en la lucha con los animales. Ya los habían doblado por la punta y pronto correrían en nuestra dirección. Subí en el Orejuela y esperé.

El rodeo abandonado tenía un curioso aspecto. En un círculo extenso, alrededor del palo, el piso negreaba, rociado por los orines y la bosta del vacuno, cuyo pisoteo había machucado el todo, convirtiéndolo en resbaloso barrito chirle, que guardaba el retrato de las pezuñas impreso en miles de moldecitos desparejos.

Para el lado del señuelo, las apartadas habían rastrillado el piso y largos rastros de resbaladas recordaban posibles golpes.

Quedaban también los cadáveres de siete enfermos cuereados, carnes secas apenas capaces de disimular el hueso, pobres cosas rojizas, lamentablemente estiradas a breve distancia del redondel, sobre las que se asentaban peleando gaviotas y chimangos. Y había sobre nosotros miles de estos pájaros, entreverando sus revuelos como humareda sobre el fuego, largándose de tiempo en tiempo contra las miserables reses, para arrancarles pedazos de carne sufrida, por la que después se atacaban haciendo gambetas y trenzas en el aire.

A todo esto, la animalada se acercaba en tropel mudo. Era una cosa de verse. Cinco mil chúcaros dominados por unos treinta hombres, dispuestos en hilera a sus flancos. Avanzaban. Por los caballos y el modo, reconocíamos a la gente. No había ya porfiados ni eran necesarios grandes ataques. Aquello se venía como un solo e inmenso animal, llevado por su propio impulso en un sentido fijo. Oíamos el trueno sordo de las miles y miles de pisadas, las respiraciones afanosas. La carne misma, parecía surtir un ruido profundo de cansancio y dolor. Ya llegaban.

Recordé al paisano caído y, ni bien los primeros animales pisaron el rodeo, los atropellé para imprimirles un movimiento de rotación. Volvieron a menudear golpes y alaridos, hasta que, al fin dominada, la hacienda optó por girar sobre el redondel de barro pisoteado, como si ya hubiera perdido la razón de ser de su carrera.

Por un lado la ganábamos porque la fatiga los domaba. Por otro la perdíamos, pues muchos toros, embravecidos, entorpecerían la libertad de correr, con alguna arremetida.

El rubio traía un pañuelo atado en la cabeza y, acercándome, noté que tenía ensangrentada la frente y la blusa sobre el hombro. Me explicó riendo:

—Andamos en la mala, cuñao. A usté le cornearon el pingo y a mí viene y se me corta el lazo.

Ver sangre humana alborota la propia. Al fin, casi teníamos derecho de rabiar.

—Más bien no acordarse —comenté.

El rubio comprendió mi sentimiento y me miró con simpatía.

—Ansina es —sonrió.

Como había hecho yunta con él, y su caballo estaba cansado, esperé que lo mudara.

El trabajo proseguía más empeñoso y enérgico.

Volvimos con mi compañero a las mismas, sañudamente.

Algunas bestias se empacaban; les poníamos el lazo y, quieras que no, allí iban donde debían ir.

Inesperadamente, nos dijeron que el trabajo había concluido. La tropa no sería más que de unos doscientos animales. ¿Para eso tanta bulla? Pero en esos pagos, que con todo me sorprendían, era mejor no averiguar cosa alguna ni interesarse por nada.

Ahí quedamos todos un rato, como pan que no se vende.

El rodeo no comprendía su libertad. Los primeros en irse caminaban despacio husmeando alrededor. Así descubrieron las osamentas y se arremolinearon en un ataque de furia y de llantos. La lengua, chorreando baba, se les hamacaba en la jeta, los ojos se les blanqueaban de terror y saltaban bufando en torno a los carcomidos cadáveres de los compañeros. Tuvimos que atropellarlos repetidas veces para que se fueran.

Al paisano caído se lo llevaron al puesto en un carrito de pértigo. El rubio se apeó junto al fogón, pidió el frasco de caña, con el que mojó el pañuelo que volvió a atarse. Pude ver la herida corta de labios hinchados. El ojo también se le iba poniendo gordo. Después quiso curarlo a mi bayo. Juntos le revisamos la cornada y me dijo:

—Pa llevarlo va a andar mal. Si es de su idea venderlo yo se lo compro, siempre que noh'arreglemoh'en el precio.

Miré para el campo. Ya el rodeo se iba perdiendo a la distancia. Recordé los cangrejales. ¡Abandonarlo al pobrecito Comadreja, así herido, en esas pampas de rechazo!

—Vea cuñao. Pa qué vi'a mentirle. Yo al mancarrón le tengo cariño y... ¡dejarlo en esta tristeza!

El rubio me explicó que no era de allí. El se llamaba Patrocinio Salvatierra y vivía como a unas ocho leguas de distancia, en una tierra linda y pareja. No tenía yo más que ver su tropilla de gateados. Era cierto y le dije que le contestaría esa noche.

—Si es su voluntá —agregó— también le compro el lobuno.

—Allá veremos.

Me quedé cabizbajo. El día anterior casi había perdido a Comadreja y ahora me veía obligado a venderlo.

—Está de Dios —dije— que no me había de ir con el bayo. Hoy me lo cornean, ayer por poco no deja el cuero en el cangrejal.

—¿Qué andaba haciendo?

—Curiosiando.

—¿Curiosiando? ¡Por bonitos que son!

—Pa'l que nunca ha visto.

Calló un rato para en seguida ofrecerme:

—Si quiere ver tuito el cangrejerío rezando a la puesta'el sol, puedo llevarlo aquí cerca. Son cangrejales grandes. Los que usté vido ayer no alcanzan a ser más que retazos.

Acepté el ofrecimiento y nos fuimos galopando, rumbo a los médanos, hacia un lado distinto del que a la madrugada habíamos seguido para la recogida.

Ya el campo había vuelto a su calidad de desierto. Del rodeo no quedaba casi recuerdo ni en la llanura, ni en mi memoria. Parecía haber sido una pura imaginación, que negaba el vacío de los pajonales. Vacío que tenía algo de eternidad.

De lejos ya, vimos negrear las largas franjas de barro. Arrimándonos las veíamos agrandarse, y era algo así como si el mundo creciera. Pero,

¡qué mundo! Un mundo muerto, tirado en el propio dolor de su cuero herido.

Por unas isletas de pajonal, Patrocinio me fue conduciendo de modo que también sentí el cangrejal a mis espaldas.

—Aura verá —me dijo.

Se bajó del caballo, a orillas de un cañadón de bordes barrosos y negros, acribillados como a balazos por agujeros de diversos tamaños. De diversos tamaños, también, eran unos cangrejos chatos y patones que se paseaban ladeados en una actitud compadrona y cómica. Esperó que, cerca, un bicho de esos saliera de la cueva y, hábilmente, le partió la cáscara con un golpe del cuchillo. Pataleando todavía, lo tiró a unos pasos sobre el barro. Cien corridas de perfil, rápidas como sombras, convergieron a aquel lugar. Se hizo un remolino de redondelitos negruzcos, de pinzas alzadas. Todos, ridículamente, zapateaban un malambo con seis patas, sobre los restos del compañero. ¡Qué restos! Al ratito se fueron separando y ni marca quedaba del sacrificado. En cambio, ellos, sobreexcitados por su principio de banquete, se atacaban unos a otros, esquivaban las arremetidas que llegaban de atrás, se erguían frente a frente con las manos en alto y las tenazas bien abiertas. Como nosotros estábamos quietos, podíamos ver algunos de muy cerca. Muchos estaban mutilados de una manera terrible. Les faltaban pedazos en la orilla de la cáscara, una pata... A uno le había crecido una pinza nueva, ridículamente chica en comparación de la vieja. Lo estaba mirando, cuando lo atropelló otro más grande, sano. Este aferró sus dos manos en el lomo del que pretendía defenderse y, usando de ellas como de una tenaza cuando se arranca un clavo, quebró un trozo de la armadura. Después se llevó el pedazo al medio de la panza, donde al parecer tendría la boca. Dije a mi compañero:

—Parecen cristianos por lo muy mucho que se quieren.

—Cristianos —apoyó Patrocinio—, ahá...; aurita va a ver los rezadores.

A unas cuadras más adelante nos detuvimos frente a un inmenso barrial chato.

Así fue. El sol se ponía. De cada cueva salía una de esas repugnantes arañas duras, pero más grandes, más redondas que las del cañadón. El suelo se fue cubriendo de ellas. Y caminaban despacio, sin fijarse unas en otras, dadas vuelta todas hacia la bola de fuego que se iba escondiendo. Y se quedaron inmóviles, con las manitos plegadas sobre el pecho, rojas como si estuvieran teñidas en sangre.

¡Aquello me hacía una profunda impresión! ¿Era cierto que rezaban? ¿Tendrían siempre, como una condena, las manitos ensangrentadas? ¿Qué pedían? Seguramente que algún vacuno o yeguarizo, con jinete, si mal no venía, cayera en aquel barro fofo minado por ellos.

Levanté la vista, y pensé que por leguas y leguas el mundo estaba cubierto por ese bicherío indigno. Y un chucho me castigó el cuerpo.

Había oscurecido. Nos volvimos despacio, callados. A lo lejos divisamos la pequeña arboleda del puesto. Pero estaba todavía tan lejos, que bien podía ser engañado. Teníamos que cruzar un juncal tendido. Entramos en él. De pronto, y gracias a Dios, vi cerca un bulto oscuro. Digo gracias a Dios porque el verlo me salvó de algo peor que lo que había de sucederme. El toro, medio enredado en los juncales, me miraba. Yo también lo miraba a él. ¿Era el barroso que me había corneado el bayo? No concluía de reconocerlo cuando me atropelló. Había arrancado con tanta violencia que apenas logré evitar el bote. Me pareció, sin embargo, que por segunda vez me tocaba el caballo. ¡Dios me perdone! Me agarró una de esas rabias que le nublan al hombre el entendimiento. Abrí el caballo hasta un claro, entre los juncos, porque no hay que entrar así ofuscado en la lucha.

—Fíjese si me ha corniao —pregunté al rubio.

Patrocinio se puso detrás de mi lobuno.

—Una nadita. A gatas le ha alborotao el pelo. Debe haberlo tocao con el costao del aspa. ¿Qué va a hacer? —me preguntó viéndome armar el lazo.

—Quebrarlo —contesté.

Aunque fuera temeridad mi intento y él tuviera cierta responsabilidad con el dueño de la hacienda, no me dijo nada. Un hombre en la pampa sabe mirar a otro hombre y comprende lo irreparable de ciertas decisiones.

Por mi parte, la rabia se había asentado en mí, tomando cuerpo de una resolución decidida a ir hasta el fin. Me había propuesto quebrarlo al toro y lo quebraría.

Patrocinio armaba también su lazo. ¡Lindo! En la voluntad de matar que ya estaba en nosotros, nacía el sentimiento de una amistad fuerte. Dos hombres suelen salir de un peligro tuteándose, como una pareja después del abrazo.

Unas cuantas veces invité con el ademán y el grito al toro, para que me atropellara y, como era voluntario, conseguí sacarlo a un abra. Le ladié el caballo, lo dejé tomar distancia y con buena puntería, la suerte ayudando, le cerré la armada en las mismas aspas. Estábamos prendidos uno a otro, imposibilitados para huirnos, como dos paisanos que van a pelear atados pie con pie.

Tenía yo una confianza absoluta en la resistencia de mi lazo. El primer tirón lo hizo sentar al toro sobre los garrones. Aunque era ya oscuro el atardecer, nos veíamos bien. El barroso, sintiéndose sujeto, se enderezó furioso. También él se afirmaba en su voluntad de matar. Miró para todos lados, a mí, a Patrocinio que se mantenía listo. Parecía más alto y más liviano. Y arrancó contra mí a lo bruto. Era lo que yo quería. Lo esperé, confiado en la agilidad de mi Orejuela. Fue rápido. Llegaba, le quité el pingo y boleé el lazo por sobre la cabeza, para quedar aprestado al cimbrón. Pasó el barroso con tanta furia que Patrocinio, aunque supiera mi intento, no pudo evitar la exclamación:

—¡Cuidao!

Yo tuve tiempo de pensar dentro de mi saña: "Cuanto más te apurés, mejor te vah'a quebrar".

Casi junto con el grito de Patrocinio, oí un ruido como de cachetada. "Tomá", me dije, pero el lazo se había cortado. El lobuno, llamado por el tirón, se me iba de entre las piernas. Quise abrirle; una espuela se me trabó, enredada en el cojinillo. Y nos fuimos como boleados contra el suelo. ¡Qué golpe! No importaba: yo no quería pensar sino en el toro. Tenía que estar quebrado. Quería que estuviese quebrado. A unos metros lo vi intentando enderezarse. Estaba como pegado por el tren trasero en tierra. Me miraba fijamente.

—Lo ha de haber quebrao del espinazo —decía Patrocinio.

El lobuno se levantó, sin dar señas de estar estropeado. Era manso y podía dejarlo así, rienda abajo. Yo sentía el brazo derecho completamente caído y el hombro me hormigueaba como cangrejal. Comprendí lo que me pasaba. Me había quebrado la eslilla y... tal vez tuviera el brazo sacado. Entre tanto Patrocinio le había puesto el lazo al toro. Me acerqué. Pensaba con pesadez en mis caballos golpeados... Tenía que luchar contra un embotamiento progresivo. Patrocinio, que sabía lo que había que hacer, estiró su lazo y la cabeza del toro quedó contra el suelo, quieras que no.

—Sos malo! —le dije. Y saqué con la zurda el cuchillo. Creí que me iba a caer. Puse una rodilla en tierra. Sin embargo, tenía que concluir.

—Esta carta te manda el bayo —le dije al toro, y le sumí el cuchillo en la olla, hasta la mano. El chorro caliente me bañó el brazo y las verijas. El toro hizo su último esfuerzo por enderezarse. Me caí sobre él. Mi cabeza, como la de un chico, fue a recostarse en su paleta. Y antes de perder totalmente el conocimiento, sentí que los dos quedábamos inmóviles, en un gran silencio de campo y cielo.

## CAPITULO XVIII

—...Después se deja estar tranquilo.

Hice un gran esfuerzo para comprender lo que quería decir aquello. Vislumbraba que era algo para mí y que debía escuchar. Pero ¿qué quería decir? Y ¿qué era esa cara de hombre, rubia, por cierto conocida, y esa otra de mujer en que dejaba estar mis ojos con placer, recordando un sentimiento borroso de gratitud tal vez? Una luz me hacía daño y todo me parecía hostil, menos la expresión de esos dos rostros.

¡Oh, el dolor de no poder comprender y la sensación de estar hambreando un mundo de pesos vagos que, sin embargo, aparecían como míos! ¿Qué era cierto? Hacía un rato vivía en un mundo liviano y me lo explicaba todo:

Estábamos en la estancia de Galván, bajo los paraísos del patio; el patrón, poniéndome una mano sobre el hombro, me decía:

—Ya has corrido mundo y te has hecho hombre, mejor que hombre, gaucho. El que sabe los males de esta tierra por haberlos vivido, se ha templao para domarlos. Andá no más. Allí te espera tu estancia y, cuando me necesités, estaré cerca tuyo. Acordate...

Cerca nuestro había un rosal florecido y un perro overo me husmeaba las botas. Yo tenía el chambergo en la mano y estaba contento, muy contento, pero triste. ¿Por qué? Me habían sucedido cosas extraordinarias y sentía casi como si fuera otro... otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía asimismo una impresión de muerte.

Pero bien suponía que eso no era cierto. Verdad era mi abrumador estado de incomprensión y la lucha matadora en que me empeñaba para despojarme de esa torpe ignorancia. La luz me atribulaba; más lejos, había sombras y algo se movía en ellas, haciéndome presumir que debía concentrar mi atención en su sentido.

—...después se deja estar tranquilo.

Llegué a un recuerdo, como a un abra en el monte:

—¡Patrocinio!

—Déjese estar no más y no se mueva.

Me dolía todo el lado derecho del cuerpo y la cabeza, también del lado derecho.

—¿Qué tengo?

—Se ha quebrao la eslilla y se ha lastimao la cabeza. Parece que el costillar lo tiene machucao.

Recordé: El toro, el tirón... Y entré claramente en la comprensión de lo sucedido y lo actual.

Pedí un vaso de agua y miré alrededor.

Estaba en una prolija pieza de rancho, acostado en un catre. Patrocinio, sentado en un banquito bajo, me espiaba de vez en cuando. Una muchacha desconocida, bonita, entró con un jarro de agua y me ayudó a enderezar la cabeza para beber. Por amor propio hubiera querido desenvolverme solo, pero por el placer que me daba su mano, soliviándome la cabeza, y un extraño sentimiento de gratitud para con su sonrisa, afectuosa, me callé.

El inútil y brutal esfuerzo por comprender había desaparecido. Estaba contento. No podía moverme.

—¡Bien haiga! —dije—. Entoavía la osamenta no se me ha desnegao pa vivir.

Patrocinio reía. Yo también. Me sentía tan agradablemente inútil que me dormí.

Al despertar fue lo más amargo.

Sin acordarme de mi mal, quise incorporarme y todo el cuerpo me gritó de dolor.

—No se mueva compañero —me advirtió una voz.

En un rincón del cuarto, aclarado por el amanecer, vi al paisano que en el rodeo había caído raboneando una vaca. Sentado sobre una matra, con la espalda apoyada en la pared, fumaba despacito, echando sus nubes de humo. Comprendí que no había dormido y pensé que estaba en la misma postura desde el día anterior a eso de las doce: "Gaucho duro", dije en mis adentros, y me prometí aguantar sin queja mi parte del dolor.

—¿No se halla mejor? —le pregunté.

—Igual no más.

—¿Durmió?

—Hasta aurita, no más.

De golpe, y por primera vez, me agobiaron las ligaduras con que me habían inmovilizado el brazo. Una lonja de cuero de oveja, con lana para adentro, me sujetaba, pasada en ocho bajo el sobaco derecho y sobre el hombro izquierdo, toda la parte superior del pecho y la paleta. La lonja tendría unos cuatro dedos de ancho y apretaba que era un contento.

—Me han maniao de lo lindo —dije en voz alta.

—El otro pajuerano ha sido —explicó el lastimado—; ese que vino con usté.

Tomé confianza porque lo hecho por Don Segundo bien hecho debía estar. ¿Qué más quería? Quebrado de la eslilla, con los costillares machucados y un golpe en la cabeza, no podía hallarme como de baile.

Patrocinio trajo una pava caliente, se sentó en medio de la pieza y nos estuvo cebando dulces más de una hora. Para que pudiera yo dormir, me colocó unos pellones atrás de la cabeza. Al cabo de aquel momento de tranquilidad y conversación, cayó una curandera del pago. Era una viejita seca como tasajo y arqueada del espinazo. Vino para mi lado, me saludó con tanto cariño como si me hubiera parido, me revisó las vendas, me dijo sin desvendarme que estaba quebrado en el mismo medio de la eslilla, que tenía unos raspones en el costado derecho y que el tajo de la cabeza iba a cerrar muy pronto. Después preguntó quién me había arreglado como estaba y dijo que no era necesario cambiar nada. Yo la miraba con cada ojo como patacón boliviano, no comprendiendo cómo sabía tan bien todo sin siquiera revisarme. Me puso la mano sobre la cabeza y me dijo:

—Que Dios te bendiga, hijo. Dentro de tres días, con licencia'e la Virgen, vendré a verte. Te podéh'enderezar si así es tu gusto, porque estás vendao por alguien que sabe y no tenés peligro ninguno.

Sin darme tiempo para responder, se fue arrastrando las alpargatas a curar al otro hombre. Le hizo alzar el calzoncillo más arriba de la rodilla, le dijo a Patrocinio que trajera un cabresto o un correón y le pidió a uno de los paisanos, que por curiosidad se habían agolpado en la puerta, que se arrimara a ayudarla.

—Está sacao —dijo.

La viejita hizo que Patrocinio se colocara atrás del enfermo, pasándose el maneador por debajo de los brazos, sobre el pecho, y aguantara cuando el otro paisano tirara del pie, en el momento en que ella avisaría.

"Lo van a estaquear", pensé con angustia.

—¡Aura! —dijo la viejita y, en el momento en que tiró del pie al paisano y Patrocinio hacía fuerza para atrás, se apoyó con las dos manos sobre la rodilla enferma. El dolor debió ser medio regular, porque de zaino que era el herido, se puso más amarillo que patito recién salido del huevo.

—'stá güeno —dijo la curandera, y aconsejó que al hombre se lo llevaran para su rancho, en algún carrito o zorra, porque tendría para unos veinte días de no moverse. Dicho esto lo vendó con unos trapos y después de agraciarlo con un "Dios te ayude", habiéndole puesto la mano sobre la cabeza, se fue, quebradita del espinazo como había entrado.

No bien la curandera se despidió, vi entrar a la muchacha que, hacía pocas horas, me había ayudado a tomar agua. En seguida se puso a andar de un lado para otro, risueña, acomodándolo al compañero golpeado, para que pudieran llevarlo. Por mi parte no la perdía de vista ni un momento. ¡Qué chinita más linda y armadita! Era de un altor regular, tenía una cara desfachatada y alegre como un canto de jilguero y cada movimiento del cuerpo me insultaba como un relámpago los ojos. Adivinando mi intención, me miró de soslayo y se rió. ¿Sería de las casas? ¡Qué a tiempo me había quebrado! Con tal que la convalecencia durara siquiera medio mes.

Al poco rato, lo sacaron al paisano, colocándolo sobre un cuero de vacuno soliviado por dos hombres. Me levanté en el cuarto solo y fui hasta la puerta para presenciar su partida. En un carrito de pértigo (el de las carneadas) lo acomodaron, con la espalda afirmada contra uno de los bastidores.

—¡Que se mejore! —le grité.

—Igualmente —contestó—. ¡Aura vamos lindo no más! —y echó las necesarias nubecitas de humo para convencernos de que siempre era el mismo.

Se fue el carrito y la gente que lo despedía entró a la cocina, a matear seguramente. Yo también quería ir; dolor no sentía ninguno y como no me habían desnudado, me eché el pañuelo al pescuezo, mordí una punta para poder hacer el nudo, me reí de mi inhabilidad de manco y me aprontó para enderezar a la cocina, que estaba en otro rancho más chiquito, haciendo escuadra con la casa. Antes de llegar a la puerta para salir, me topé con la mocita risueña.

—¿Ande va tan güeno? —me preguntó.

—...¿güeno?... Güeno soy no más. Manquera tengo pa un rato cuanti más y ya la estoy sintiendo.

—¿Andará por enlazar otra vez?

—No. . . , pero las muchachas me van a buscar plaito en viéndome ansina, tan incapaz.

—Pobrecito. Verdá que no está como pa alzar mozas en l'anca.

En medio de su burla había un arrimo. Yo no quería dejarme tomar por infeliz, pero ya me estaban entrando ganas de buscarle el lado tierno. Serio le pregunté:

—¿Es de acá usté?

—Soy de ande más me gusta.

—¿Y por dónde le gustaría?

—Acasito no más.

—¡Bien haiga! ¡También yo sería de acasito mientras usté lo juera!

—¡Dios me ampare!

—¿Dios me ampare? ¿Seré tan desgraciao y de tan mala presencia que ni una lastimita me tenga?

En el juego de tira y afloje nos habíamos seguido sonriendo. Ella se puso seria y me dijo cordialmente:

—Siéntese en ese banquito. Yo vi'a trair un mate pa cebarle, así no anda caminando por ahi más de lo que debe.

Se fue, obedecí sentándome en el banco y esperé unos diez minutos.

Llegó con una pava, el poronguito y una yerbera, se acomodó en una silla petisa y, con gran seriedad, como si de pronto hubiese perdido el habla, se concentró en los preparativos de la cebadura.

Yo la miraba con un hambre de meses y con la emoción de todo paisano, que solamente por rara casualidad queda frente a frente con una mujer bonita. ¡Vaya si era bonita! Y sus ademanes hábiles y las muecas coquetas de flor de pago que se sabe admirada. Y las delicadezas de las manos hacendosas. Y el cambiar de posturas, de puro vicio, para ver de marearme mejor y tenerme sujeto a su vida como cinta de sus trenzas.

El tiempo pasaba.

—'stá seria la cosa —dije con malicia.

—No. Si todo va a ser chacota.

—¡Amalaya!

Cambió de tema, siempre burlona.

—¿Durmieron bien en el rancho'el bajo?

Pensé que el rancho del bajo debía ser el del embrujado.

—¿Qué hombre eh'ese? —pregunté, recordando la flacura seca de Don Sixto Gaitán.

—Un hombre güeno. Pobre. . . ; aurita hemos tenido noticias d'él. La noche que estuvieron ustedes en el rancho, se le murió un hijo que tenía enfermito.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye. A cualquier hombre se le puede morir un hijo.

Entonces, asustado con aquella coincidencia y mi recuerdo, le conté la locura de Don Sixto.

La chica se santiguó. Me acordé del fin de aquella relación que dice:

*Quisiera darte un besito*
*Donde decís enemigos.*

—Pero ¿por qué milagro —exclamé— ha nacido una flor en un pago tan tioco?

Admitiendo con naturalidad el piropo, me explicó:

—Yo no soy de aquí. He venido con mi hermano Patrocinio pa ayudar, estos días. Aquí hay tres mujeres que ¡si las viera! no andaría gastando saliva en una pobrecita olvidada de Dios como yo.

—No ser Dios —comenté— pa poderla olvidar tan fácil cuando me vaya.

—¡Zalamero! —me dijo sin risa ni aparente emoción.

—No sé si. . .

En eso entró Patrocinio.

—¿Cómo va ese cuerpo, cuñao? —interpeló.

¿Cuñao? Yo le había llamado así todo el día anterior, sin saber qué privilegio eso significaba.

—¿Sabe que va lindo? —le dije—; ni siquiera me acuerdo'el porrazo.

—¡Y yo que craiba que llegaría finao! Como tres veces se me desmayó por el camino. ¿Se acuerda del trabajo que tuvimos pa alzarlo en el caballo?

—Y ¿cómo vi'acordarme, si he venido muerto todo el camino?

—No, señor. Si a trechos se componía y cuando le puse el maniador pa sujetarle el brazo, usté me ayudaba y me decía: Mah'arriba. . ., aura va bien. . ., ansinita.

Hice todo lo posible por recordar aquello, pero fue inútil. Habría hablado dormido. ¡Qué larga mi pérdida de conocimiento!

Patrocinio se dirigió a la hermana:

—Andá, pues, Paula, que en la cocina te andarán necesitando.

Sometidamente la prenda alzó sus cachivaches y se fue. Patrocinio se sentó y volvió a hablarme de mis caballos:

—¿Y cuñao, cerramos trato?

—¿Cómo anda el bayo?

—Rengo no más.

—¿Y tiene tanto apuro por cambiarlo'e dueño?

—Le vi'a decir, cuñao. Yo mañana me güelvo pa'l rancho.

"Adiós", pensé. "Se me va el amigo y la moza, y yo tengo que quedar como peludo de regalo en estas casas, donde ni conocidos tengo". Con razón dice el refrán que "no hay golpeado que dé con las casas". Azonzado por la noticia, ni se me ocurrió remedio a la desgracia y me largué a muerto.

—Y güeno. Lléveselos.

—Tenemos que arreglarnos por el precio.

—Será lo que usted diga.

—¿Ochenta pesos por el bayo y el lobuno?

—Son suyos.

Patrocinio quedó un rato como pensativo; luego, despidiéndose con un "hasta aurita", me dejó solo.

Me levanté y di unos pasos por el cuarto, rocé un banco con la pierna y rabioso lo aventé de una patada.

Salí para afuera. Pasé cerca de Paula y me hice el que no la veía. Por detrás de las casas crucé la sombra de los paraísos, y me acodé sobre un poste del alambradito que cercaba el patio, mirando para el campo. Manco o no manco, rengo y aunque fuera sin cabeza, yo también me iría al día siguiente. Estaba recansado de esa tierra descomedida y no habría diablo que me sujetara, así tuviera un facón de tres brazadas.

Me saqué el sombrero, me rasqué la cabeza y me puse a silbar un estilo:

*Yo me voy, yo me despido,*
*Yo ya me alejo de vos,*
*Queda mi rancho con Dios...*
....................

A lo lejos vi que Patrocinio arrimaba mi tropilla. Al día siguiente, pensé, me iría con ella. No hay querencia mejor que el lomo de sus caballos para un resero, ni cama más acomodadita que sus jergas y sus pellones. "No necesito mah'hembras que mis pulgas", me dije.

La voz de Paula me increpó juguetonamente:

—Oiga, mozo. Se le van a asolear los recuerdos.

Poniéndome el chambergo, me encaminé hacia ella, deseoso de volcarle encima mi despecho.

—Y usté, no va a tener tiempo pa acomodar sus adornos pa mañana.

—¿Estamos de baile?

—¿Y cómo no? De algún modo hemos de festejar la despedida.

—¿Quién se va? ¿Usté? No lo veo tan garifo como pa que lo conchaben.

Su voz se había puesto a tono con la mía. Por primera vez le observé un gesto de agria altanería.

—Por mal compuesto que esté —repliqué no queriendo cejar—, me he de ir cuantito ustedes se hayan ido.

—¿Ustedes?

Los brazos se me cayeron como alones de avestruz cansado. No comprendía y juzgué que debía tener un aspecto regularmente zonzo.

—¿No se va con Patrocinio? —pregunté.

Encogiéndose de hombros y frunciendo despreciativamente los labios, me retó:

—Entoavía no tengo dueño que me ande mandando.

## CAPITULO XIX

En un par de días tuve tiempo para conocer los habitantes del rancho.

Con la partida de los paisanos que habían venido a ayudar, quedaron las casas como eran siempre.

Comíamos en la cocina los hombres: Don Candelario, dueño de casa, Fabiano, un mensual, y Numa, un muchachote tioco, de mi edad. Nos servía la mujer de Don Candelario, Doña Ubaldina, alcanzándonos galleta y unos platos que casi nunca usábamos, pues cortada nuestra presa del churrasco, comíamos a cuchillo, tajeando los bocados sobre la misma galleta.

Eran los únicos momentos de reunión, salvo los del mate mañanero.

El puestero era hombre afable, aunque de pocas palabras. Interrogaba siempre con tono suave y comentaba las respuestas con exclamaciones de admiración: ¡Oh, pero qué bien!, ¡no le digo!, ¡ahahá! Subía las cejas agrandando los ojos para expresar su sorpresa, con lo que corregía la indiferencia de sus bigotes caídos y ralos.

Hablando con él, tenía uno la sensación de estar diciendo siempre cosas extraordinarias. Preguntaba:

—Son campos güenos los de por allá. ¿No?

—Muy güenos, sí, señor. Campos altos y pastosos.

—¡Fíjese! —(los ojitos se le asombraban).

—De lo que saben sufrir es de la seca.

—¡Pero vea!

—¡Ah, sí! Cuando dentra a no querer llover, puede ir arriando la hacienda.

—¡Hágase cargo!

—Y a veces no hay más que ir cueriando por el camino.

—¡Qué temeridá!

Doña Ubaldina, chusca, enterrada en la grasa, era una chinaza afecta a la jarana, y solía pimentar sus bromas con palabrotas que tiraba en la conversación como zapallos en una canasta de huevos.

Fabiano, que no decía nunca palabra, reía entonces con una alegría de niño y la miraba como el perro mira a la res volteada. Su contento solía llevarlo hasta el escándalo de golpearse con el puño las rodillas, exclamando: "¡Aura sí, aura sí que la junción se ha puesto güena!", y los demás hacíamos coro a sus carcajadas.

Numa era un pazguato sin gracia, con una cara a lo bruto. Nunca estaba en nada y si no perdía la alpargatas en su lento andar de potrillo frisón, era porque se olvidaba de perderlas.

Además de esta gente, estaban las tres muchachas de la casa, de las que ya Paula me había hablado burlonamente: "¡Si las viera!... no andaría gastando saliva en una pobrecita olvidada de Dios, como yo". Si Dios se había acordado de ellas, debió ser en un día de mal humor. Eran unas tarariras secas y ariscas que nunca salían de la pieza. Cuando uno

las sorprendía en la puerta, como lechuzas en la boca de la cueva, se llevaban por delante afanadas por disparar, o contestaban el saludo con una mueca de susto. Comían en su rincón y Paula con ellas. Pero Paula luego salía, siempre hacendosa y risueña, para alegrar el patio del rancho con su andar cadencioso, sus saludos, bromas y retruques con todos. Que Paula y las otras se llamaran igualmente mujeres, era una verdad que no entraba en mis libros.

No había tardado, ¡cómo había de tardar!, en darme cuenta de que Numa le arrastraba el ala a mi prenda. El asunto resultaba más bien ridículo. ¡Qué rival! Yo le guardaba rencor a Paula por haber inspirado amor a semejante gandul, que andaba como zonzo rodeándola por dondequiera, para mirarla con ojos de ternero enlazado, suplicante y húmedo de ternura. Me reía por no saberlo hacer mejor.

Nos topábamos a cada salida o entrada en el rancho, a cada vuelta de pared. Le rogué a Paula que espantara a ese mosquito, pero sólo conseguí que me reconviniera en son de burla:

—Había sido celoso hasta de lo que no es suyo.

No digo menos; pero, ¿por qué entonces esa baquía para encontrarme abajo de los paraísos, al caer la tardecita, y los cabeceos de flor en el viento, cuando le arrimaba algún requiebro halagüeño sobre su donosura, y los reproches cuando por prudencia evitaba estar demasiado tiempo con ella?

—Se ha hecho chúcaro como guayquero. . .; tal vez está extrañando la flor de su pago y anda por ahí mandándole las cartas que no le sabe escrebir.

La mujer bonita es coqueta y buscadora —eso lo sabe todo paisano—, pero a veces por poner trampas se sabe quedar enredada.

Y para no mentir, yo presumía de que Paula no me miraba con disgusto.

El pobre guachito iba bebiendo el veneno como agua bendita. Aprendía poco a poco a mirar en lo que siempre desconoció y su corazón se mareaba en esas cosas que sólo había oído mentar: cariño de mujer, gusto de no hacer nada sino remover pensamientos de amor, tranquilidad larga de convalecencia.

¿Qué puede hacer un hombre en tal situación y para qué sirve un gaucho que se deja ablandar por esas querencias? Tras de todo veía mi libertad, mi fuerza. Sin embargo, me disculpaba con argumentos de circunstancia. Me era imposible partir antes de componerme y, en mi estado, todo trabajo remataría en nuevas dolencias. Todavía me anulaban dolorosos insomnios. Soñaba que me metían en un pozo, como poste de quebracho, y que apisonaban la tierra, haciéndome crujir los costillares y cortándome el aliento.

La viejita curandera volvió al tercer día de mi quebradura, según su promesa, y me trajo el alivio de aflojarme las vendas, dando con esto mayor juego a mi cuerpo. Pero, ¡qué poca cosa para el amor es un pobre manco, que ni siquiera puede suponer un abrazo sin el consiguiente

"¡ay!" de dolor! De abrazos, a pesar de esto, tenía llena la imaginación, cundo conversábamos con Paula detrás del rancho.

A los diez días de tal tratamiento, me sentía sano del brazo y enfermo del alma. Estaba todavía maneado por las lonjas que me servían de vendas. Mis juegos de toma y traiga con Paula ya se servían de grandes palabras, y la antipatía entre Numa y yo amenazaba reventar con algún rebencazo.

Esto último se resolvió de golpe.

No tuve duda de que Numa se envalentonaba viendo mi manquera. Aquel pavote se animaba a reír mirándome, aunque ninguna frase de burla acudiera en su ayuda. Me miraba y se reía.

Una tarde lo hizo mejor que las demás y yo lo tomé peor que de costumbre a fuerza de hartazgo. Lo mandé a que fuera a la cocina para aprender cómo se despluman batituses.

Un bruto nunca hace las cosas bien. Numa embestió más que nunca la expresión de su cara. Hizo unos pasos hacia nosotros.

—¿Estaré en la escuela pa que me den liciones? —decía—. ¿Estaré en el colegio? ¡Ahá! ¿Estaré en el colegio pa que me den liciones?

Su desplante, pereciéndole bueno, lo repitió hasta cansarse. Entonces, a pesar de la inquietud de Paula, me reí a mi vez con convicción. Numa se puso furioso. ¡Qué confianza no le daría mi manquera! Sacó el cuchillo y se vino derecho. Hice un paso de costado, lo que debió parecerle inverosímil, dado el tiempo que puso en rectificar la dirección de su atropellada. Tres ves se repitió la misma maniobra y ya empecé a ver, yo también, la posibilidad de concluir la jugarreta en sangre. Pero el opa de Numa daba lástima, tan zonzamente perdía el rumbo.

—'state quieto —le dije amenazando—, sosegate, no te vah'a llevar por delante un cuchillo.

Paula también le gritaba, pero ya nada era válido para aquella porfía. Presumí lo que iba a suceder, visto que Numa me acorralaba cada vez con más empeño.

Lo dejé venir cerca. Al tiempo que me tiraba, de abajo, un puntazo de mala intención, saqué el puñal y, de revés, mientras esquivaba el bulto, le señalé la frente para acobardarlo. Así fue. Numa dejó caer el cuchillo al suelo y quedó con las piernas abiertas y la cabeza baja, esperando su susto. La herida, un rato blanca, se llenó como manantial, de sangre, y empezó a gotear, luego a chorrear abundantemente. El infeliz estaba blanco como un papel, y largando un quejido como para escupir la entraña, se abrazó la cabeza y salió para el lado del rancho. Iba despacio. Metódicamente gruñía su "¡ay!" de idiota, mientras dejaba un rastro rojo tras de su paso. Paula se fue con él.

Me quedé solo, sin saber en qué pararía aquello. Confusamente, experimentaba lástima; ¿pero era mi culpa? ¿No había sido una cobardía su ensañamiento en atropellar a un hombre que creía inválido? Al fin de cuentas me daba rabia. Me habían forzado la mano y también a Paula

la sentía culpable. ¿Por qué no había espantado de su vecindad a ese embeleco pegajoso? "Si tiene gusto —me dije— en andar con ese tordo en el lomo, que le aproveche". Y decididamente a una acción rápida, enderecé a la cocina, donde debían estar los mayores.

Al pasar frente a la pieza en que dormí la primer noche, vi al hembraje amontonado. Ahí debía estar el herido. Seguí para la cocina donde encontré a Don Candelario y a Fabiano. Este último era el hombre que necesitaba.

—Güenas noches —saludé.

—Güenas noches —me contestaron.

—Me va a hacer un favor, cuñao —dije a Fabiano—. Echeme la tropilla pa este lao, que algún día si la ocasión se presienta, le devolveré el servicio.

El silencioso Fabiano salió con un gesto de aceptación y quedé solo con Don Candelario.

—Siéntese —me dijo éste, y me alcanzó un mate.

—Le vi'a pedir disculpa —empecé— por lo que ha sucedido. A mí me han atendido por demás bien en esta casa y vengo a pagarle con un dijusto. 'stá mal sindudamente; pero válgame Dios que yo no he buscao el plaito...

—Deje estar —me interrumpió suavemente Don Candelario—. ¿Piensa dirse?

—Dentro de un rato, sí, señor. He faltado a la casa y quiero que me olviden cuanto antes.

—¡Pero si usté no lleva culpa!

—No le hace, Don. A lo hecho pecho. Graciah'a Dios ya estoy güeno.

Decidido, corté con el cuchillo las lonjas que me sujetaban el brazo quebrado. Hice unos movimientos con prudencia y vi que andaba bien. Don Candelario me miró sacudiendo la cabeza.

—Cada hombre —dijo— sigue su destino. Si ha de ser el suyo dirse, Dios lo habrá dispuesto. Lo que es por mí, puede quedarse si gusta, que nadie dirá que en mi rancho no sé ofrecer lo que pueda al que anda de mala suerte. Soy mayor que usté mocito y, eso sí, puedo darle el consejo de que se cuide de andar peliando por hembras.

—Así es —cerré, sin querer entrar en explicaciones.

Entró Doña Ubaldina.

—Güenas noches.

—Güenas noches.

Dirigiéndose a su marido, dijo la puestera gorda:

—Ya lo hemos vendao y ha parao la sangre. No ha de morir por tan poco —sonrió mirándome— ni ha de dejar de encandilarse con las polleras.

De pronto sentí que de la estúpida aventura podía quedar un comentario sucio para Paula. Agaché la cabeza y, Dios me perdone, me sentí hondamente triste.

Salí para el patio a ver si la cruzaba para hablarla. ¡Si me la hubiera podido llevar! Creo que no hubiera dudado un momento. Estaba en estado de olvidarlo todo. Al cabo cruzó a unos metros de donde yo estaba:

—Paula, quisiera hablarla.

Mi miró por sobre el hombro:

—No sé de qué —me respondió, sin detenerse.

¿Así que se iba a hacer la farsa de que yo era el solo y único culpable? ¿Era un criminal por haberme defendido?

Entré a la cocina mal dispuesto. Si un hombre cargara con palabras como las de Paula, "pitaríamos del juerte" juntos.

Al rato cayó Fabiano.

—Ahi están sus caballos.

—Gracias, cuñao.

Fabiano me ayudó a juntar mis pilchas, mi ropa, y a ensillar.

¡Qué sola me parecía la noche en que iba a entrar! Siempre, hasta entonces, lo tuve a mi padrino y con él me sentí seguro. Hasta alcanzarlo en el puesto en que estaba trabajando —siete u ocho horas de camino—, me encontraría perdido ante las sorpresas tristes que me habían deparado esos pagos de mal agüero.

Volví. Cenamos los de siempre, menos Numa. Junto con el asado, mascaba yo mi despecho al que no quería dar salida.

Al concluir la cena, me despedí de los presentes. Don Candelario me acompañó hacia afuera. En el rancho de las mujeres, pegó unos puñetazos contra la puerta:

—¡Se va este mozo y quiere despedirse!

Salieron las tres tarariras flacas y Paula. Les di la mano, una por una, diciéndoles adiós. Paula fue la última.

—Siento —le dije— lo que ha pasao. No he tenido intención de agraviarla.

—No me gusta —retó nerviosa y encabritada— la gente ligera pa'l cuchillo.

—Tampoco —respondí— me gustan a mí las mujeres que andan haciendo engreír a la pobre gente.

Lo decía mucho por Numa y un poco también por mí. Ultimamente no quería discutir y agregué:

—Le encargo muchos recuerdos pa mi amigo Patrocinio.

—Serán dados —concluyó secamente.

Ya al lado de mi caballo, me despedí de Don Candelario y Fabiano, que me deseaban buena suerte.

Le bolié la pierna al picazo. ¡Qué lindo andar bien montado y estar libre! Mi brazo derecho, aún dormido, me servía, sin embargo. Me habían indicado el camino. La silbé a la madrina Garúa y eché los caballos a su cola. Lo de siempre. Pero nunca había hecho tan noche sobre mí.

Aunque el trecho que me separaba del puesto en el que encontraría a mi padrino era un tanto largo, me puse a andar al tranco. Llegaría recién al amanecer, ¡qué importaba! Tenía ganas de pensar o tal vez de no pensar, pero seguramente sí de que los últimos acontecimientos se asentaran en mi memoria. Además, no quería abusar de mi brazo, por el que corrían tropelitos de cosquillas.

Miseria es eso de andar con el corazón zozobrando en el pecho y la memoria extraviada en un pozo de tristeza, pensando en la injusticia del destino, como si éste debiera ocuparse de los caprichos de cada uno. El buen paisano olvida flojeras, hincha el lomo a los sinsabores y endereza a la suerte que le aguarda, con toda la confianza puesta en su coraje. "Hacete duro, muchacho", me había dicho una noche Don Segundo, asentándome un rebencazo por las paletas. A su vez, la vida me rebenqueaba con el mismo consejo. Pero qué mal golpe que me aflojaba la voluntad hasta los caracuses, sugiriéndome la posibilidad de volver hacia atrás con un ruego de amor para una hembra enredadora.

Contrariando mi debilidad, miraba adelante, firme.

Crucé unos charquitos llorones, que quién sabe qué dijeron bajo los vasos del caballo. También el barro se pega en las patas del que quiere caminar.

Pobre campo sufridor el de estos pagos y tan guacho como yo de cariño. Tenía cara de muerto.

La noche me apretaba las carnes.

Y había tantas estrellas, que se me caían en los ojos como lágrimas que debiera llorar para adentro.

## CAPITULO XX

Junto con la noche, terminó mi andar. A la madrugada, según mis previsiones, llegué a un puesto aseadito, en el que encontré a mi padrino disponiéndose a salir con un hombre en quien, por las primeras palabras de conversación, reconocí al encargado de aquel potrero.

Don Segundo no se extrañó de mi presencia, pues habíamos quedado en que, una vez sano, iría yo a buscarlo para seguir viaje hacia el norte. Mi brazo desvendado explicaba mi venida y evitaba las burlas posibles a propósito de mi ridícula historia. Me guardé muy bien de desembuchar mis sinsabores.

Un día quedamos en aquella población, para partir a la mañana siguiente.

Dos veces hicimos noche: una a campo raso, otra en el galpón de una chacra.

Cuanto más distancia dejábamos a nuestra espalda entre nosotros y aquella costa bendita, más volvía en mí la confianza y la alegría, aunque en el fondo me quedara el resabio de un trago amargo.

Traspuesto que hubimos unas cuarenta leguas, pude sonreír mal que mal ante lo sucedido. Lindo me resultaba el rendimiento de cuentas: un brazo quebrado, un amorío a lo espina, un tajo a favor de un tercero por cuestión de polleras, fama de cuchillero, el lazo cortado y dos caballos vendidos a la fuerza. Lo que menos sentía era esto último, pues si bien es cierto que perdía con el Orejuela y el Comadreja un par de pingos seguros, ganaba una jineta de sargento para mi orgullo. ¿Hay mejor prueba de buen domador que el que le salgan a uno compradores para sus caballos, después de un rodeo? Contaba también el hecho de que los vendidos fueran mis dos primeras hazañas de jinete.

Además, se me presentaba la ocasión de cumplir con un deseo largo tiempo acariciado: aviarme de tropilla de un pelo. ¿No disponía, como base para ello, del dinero ganado en la riña de gallos? Podía golpearme el tirador para sentir el bulto de los pesos, enrolladitos en sus bolsillos.

Si bien es cierto que nunca faltan encontrones cuando un gaucho se divierte, también sucede que en sus tristezas le salga al cruce alguna diversión.

A los seis días de marcha caímos a un boliche, donde se debían de correr esa tarde unas carreras.

En medio del callejón, del que habían elegido un trecho bien parejo, clareaban dos andariveles emparejos a pala-ancha.

Ya un gringo había instalado una carpa con comida, masas y beberaje.

Una china pastelera paseaba sus golosinas en dos canastas perseguidas por las moscas y alguno que otro chiquilín pedigüeño. Un viejo llevaba de tiro un tardillo enmantado, ofreciendo números de rifa. Y, tanto la carpa como la pulpería, tenían ya su "mamao" por adelantado.

Yo conocía esas cosas desde chico, y me movía en ellas como sapo en el barro.

Empezaba a caer gente. Dos parejeros eran centro de un grupo de paisanos. Grupo muy quieto y misterioso, que se secreteaba por lo bajo.

Almorzamos en la pulpería. Al "mamao", que en seguida se nos pegó dándonos latosos informes sobre la carrera grande de la tarde, le di un peso a condición de que se fuera a "chuparlo" a la carpa.

Comimos primero unos chorizos que empujamos con un vino duro; después un pedazo de churrasco; después unos pasteles.

El gentío aumentaba por momentos en el mostrador, así como afuera crecía en número la caballada. ¿Qué paisano no se trae el más ligerito de la tropilla, con la esperanza de ensartar uno más lerdo? Visto que mi Moro era de buena pinta y trotaba como amartillado para una partida, algunos me lo filiaban de paso. ¡No había cuidado que me hiciera pelar de vicio, con un caballo que traía una semana de camino!

Mi padrino encontró dos amigos, ¿cómo había de ser? Ellos también tenían oficio de reseros y, como es natural, nos pegamos unos a otros, con esa súbita familiaridad de los ariscos cuando se encuentran medio apampados por el ruido y la gente. Eran hombres de unos treinta años,

curtidos y risueños; nos preguntaron qué sabíamos de las carreras. Mi padrino les repitió una parte de los datos del "mamao":

—Son dos pingos que hay que velos, amigo, que hay que velos. "¡El colorao tiene ganadas más carreras aquí!... Entuavía no ha perdido nenguna más que una que le ganaron como por siete cuerpos... ¡Qué animal ese escuro que trajeron de los campos de un tal Dugues! De entrada no más lo sacó al colorao como cortando clavos con el upite... y ya se acabó. ¿Creerá cuñao?... Ya se acabó...; sí señor... Pero el colorao, hay que velo, amigo...; si parece como que se va tragando la tierra...; pero ahí tiene, a mí más me gusta el ruano que train de pajuera. Ahí tiene...; la manito del lao de montar es media mora...; no vaya a creer... a mí me gusta el ruano; ahí tiene...".

—Y yo —dijo Don Segundo— le vi'a jugar al ruano por hacerle el gusto a un hombre en pedo, porque el hombre que se mama ha de ser güen hombre.

—Aura sí que está lindo... Y, ¿por qué? —preguntó uno de los paisanos que, conociéndolo a mi padrino, colegía algo sabroso detrás de esa sentencia.

—Porque el hombre que se mama sabe que va a hablar por demás y al que tiene mala entraña no le conviene mostrar la hilacha.

—¿Sabés que es cierto, hermano? —dijo el paisano, volviéndose hacia su compañero.

—¡Claro!... Como que aurita no más le vah'a dentrar a pegar al frasco.

Y echamos afuera toda la risa, con esa nerviosidad del gaucho que, cuando anda entre gente, parece como si sintiera que le sobra la vida.

A todo eso iba a empezar la función y yo estaba con ganas de desquitarme de mis disgustos.

La paisanada, a caballo, se había desparramado a lo largo de los andariveles en forma de boleadoras de dos, es decir, un poco amontonada en el lugar del pique y el de la raya y raleando a lo largo de la cancha.

Esperamos con paciencia de quien no está acostumbrado a esperar. Casi diría que ese momento de inacción era lo que más me gustaba en las fiestas, porque ya había tiempo todos los días para que sucedieran cosas y era bueno, de vez en cuando, saber que por largo rato nada cambiaría.

¿Los corredores se andarían pesando? Y bueno. ¿Los dueños estarían discutiendo los últimos detalles de las partidas, del lado, del peso? Y bueno.

Ya veríamos los animales cuando entraran a la cancha, destapados, y podríamos alcanzar una o dos partidas, para luego colocarnos en el sitio menos cargado de gente, a media distancia, donde por lo general se define la carrera, a no ser que resulte muy parecida. Lo mejor era infor-

marnos un poco, y así lo hizo Don Segundo, interpelando a un paisano que pasaba cerca nuestro.

—No somos de acá, señor, y quisiéramos saber algo pa poder rumbiar en la jugada.

El hombre explicó:

—La carrera es por dos mil pesos. Cuatro cuadras a partir d'ellas, igualando peso. Si uno de los corredores se desniega a largar después de la quinta partida, han convenido los dueños poner abanderao.

—Ahá.

—Parece que los dos bandos train plata y que se va a jugar mucho de ajuera.

—Mejor pa'l pobre.

—Ocasión han de hallar.

—Y ¿son de aquí los dos caballos?

—No, señor. El ruano lo train de pajuera. Lindo animalito y bien cuidado. El colorao es d'estos pagos. Si quieren jugarle en contra, yo tomo una o dos paradas de diez pesos.

—Graciah'amigo.

—Güeno, entonces vi'a seguir, con su licencia.

—Es suya y gracias, ¿no?

El hombre se fue. Don Segundo comentó:

—Medio desconfiao el paisano. Nos quería jugar, porque estaba maliciando que éramos de los que han venido con el ruano.

—Le tiene fe al colorao —insinué, tentado.

—¡Bah! —dijo mi padrino—, la ganancia está en las patas de los caballos.

Lo cierto era que me sobraban ganas de comprometer mis pesos y que, estando en perfecta ignorancia en cuanto al mérito de los caballos, tenía que proceder arbitrariamente. La plata me andaba incomodando en el bolsillo. Calculé el monto de mi fortunita. De la riña de gallos, ciento noventa y cinco pesos. Del último arreo cincuenta, van doscientos cuarenta y cinco. Sesenta pesos que tenía antes de la riña, van trescientos cinco. Y ochenta de Patrocinio por mis pingos; total, trescientos ochenta...

Don Segundo me sacó de mis cálculos, anunciando la venida de los parejeros. Los vimos sin mudar de sitio.

El colorado pasó, ya montado, braceando impaciente. Era alto y fuerte, de buenos garrones y con un ojo chispeador de bravo. ¡Qué pingo!, pensaba yo: ¿cuándo podría tener uno igual? Seguramente cuando fuera coronel por lo menos, porque no de otro modo pegaría andar en semejante chuzo.

El ruano también era bonito. Lo traía el corredor de tiro y venía tranqueando largo, sobrando como de una cuarta el rastro de la mano con el de la pata. Parecía enaceitado de lustroso y era fino como galgo.

—Vaya uno a saber —dijo mi padrino—; pero yo voy a cumplir con el "mamao" no más.

El corredor del colorado era un tipo flaco, de bigote entrecano. Se había puesto vincha y miraba para todos lados, como si le fueran a pegar un cascotazo. El que traía de tiro al ruano, no era más alto que un muchacho de doce años, hocico pelado y hosco como un pampa.

Lo vimos partir dos veces. El borracho tenía razón al decir que el colorado quería como tragarse la tierra. En cambio el ruano picaba de costado, medio salido del andarivel.

Ganamos nuestro sitio. Las apuestas menudeaban por ambos bandos. Iba a largarse la carrera y yo no había jugado. Un perudo panzón se dirigió a mí:

—¿Vamos veinte pesos? Yo juego al ruano.

—Pago —respondí.

Se quedó mirándome, insatisfecho.

—¿Vamos cuarenta?

—Pago —volví a responder.

—¿Vamos sesenta? —propuso.

Algunos nos miraban, curiosos. ¿Hasta cuándo seguiría subiendo?

—Pago —le acepté sonriente.

—¿Vamos ochenta? —su voz se hacía cada vez más suave.

Los curiosos espiaban mi decisión. Sin quitarle la vista, propuse a mi vez, imitando su cortesía:

—¿Por qué no vamos cien?

—Pago —accedió.

Ya la gente se hacía montón, como si nosotros fuéramos los caballos de la carrera. Pasado un rato, propuse con una voz imposible de superar en tono de dulzura:

—¿Vamos ciento cincuenta?

El hombre rió de muy buena gana y, ya con voz natural, cerró la broma:

—No, gracias; estoy jugao.

—¡¡Ellos y se vinieron!! —gritó uno de los mirones.

Ras con ras, sin aventajarse de un hocico, llegaban, pasaban delante nuestro, se iban para el lado de la raya. Nos agachamos sobre el cogote de nuestros caballos. El paisanaje invadió la cancha. Alcanzamos a ver que los dos corredores castigaban. Esperábamos el grito que anuncia el resultado; ese grito que viene saltando de boca en boca, haciendo de vuelta la cancha en la décima parte de tiempo que los caballos.

—¡¡Puesta!! —oímos—. ¡Puesta! ¡No se pagan las jugadas! —Pero ni bien quiso entablarse el obligatorio comentario, vino la contravoz, dando el fallo verdadero:

—¡¡El ruano, pa todo el mundo!! ¡¡El ruano, por un pescuezo!!

—Está entrampada —trajo otro como noticia—. Está entrampada y parece que van a peliar.

Pero la voz que en seguida se reconoció como la verdadera insistía en todas las bocas:

—El ruano, por un pescuezo.

Di vuelta al tirador, conté hasta cien pesos, en billetes de diez y de cinco, y se los alcancé al perudo, que esperaba cortésmente sin mirar para mi lado.

—Tome Don.

—Gracias.

En cambio mi padrino embolsaba cincuenta.

—Voy —me dijo, fingiendo salir al galope— a ver si hallo otro mamao.

Yo tenía rabia. ¿Hasta en el juego me pelarían?

Nos recostamos contra el alambrado del callejón, donde menudeaban los comentarios.

—Tiene pa ganarle a dos como el caballo de aquí —aseguraba un viejo, montando en un zaino aperado de plata—, ...pa ganarle fácil —puntualizó.

El paisano con quien iba la discusión, retobado y huraño, decía despacio pero claro.

—Fácil es la palabra.

—No, señor. No son palabras. Y si tienen con qué correrle, ahí está el hombre pa que lo hablen.

—Yo no tengo con qué.

—Pero esos otros, pues, que parece que no ven, cuando la ocasión se presienta.

—¡Bah! No hay que ir muy lejos. Ahí está el tordillo de los Cárdenas.

—¡Qué va a hacer con eso! Poco lo conozco al mentao. Tres veces lo han quebrao de lo lindo, en mi presencia, y, si no le disjusta, yo mesmo lo he tenido cuidando y le he tomao el tiempo.

—¡Ahá!

—Sí, señor, y le he tomao el tiempo con los dos reloses que tenía: uno rigular y el otro de sacarlos ligeros a los caballos, y con nenguno me dio más que cualquier matungo.

El paisano callado, no debía entender de relojes porque, sin entrar en más controversias, hizo caminar su malacara hacia gente menos doctora.

Oímos un tropel y una gritería. Nos arrimamos para la cancha. Acababan de correr una carrerita de dos cerradas, entre caballos camperos. El paisano ganador, montado en un picacito overo, pasó delante nuestro fatigado y sonriente. Ya estaban partiendo con un rabicano pampa y un zaino pico blanco. En cada pique, el zaino se despatarraba, desesperado por correr. Pero, cerca mío, un grupo de gente rica, bien montada, hablaba de una de las carreras depositadas. El que parecía más al corriente que los demás explicaba:

—Yo no sé cómo Silvano se ha metido a correr con el mano blanca de los Acuña; su alazancito es un animal nuevo, muy bruto. Ustedes verán que es capaz de asustarse con la gente y cambiar de andarivel.

En eso pasó un muchacho, ofreciendo treinta a veinte contra el rabicano que estaba partiendo. Tomé la parada porque sí.

—¡Se vinieron! —gritó el mismo muchacho.

La gente corría para el lado de la largada. Unos decían: "se ha muerto", otros aseguraban que el pico blanco, desbocado, se había llevado por delante como siete hombres de a pie. Resultó finalmente que el caballo, embravecido por los repetidos piques, había hecho carretilla; atropellando el alambrado y haciéndose pedazos en él. El corredor salvó, por milagro, con unos chichones y peladuras en la cabeza.

Gané treinta pesos casi sin haberlo pensado.

El mozo que explicaba los defectos del alazancito del tal Silvano, señaló con el cabo del rebenque:

—Ahí vienen.

—¿Vamoh'a verlos? —propuse a mis compañeros.

—¡Qué pintura de alazancito el de Silvano! Mientras lo contemplábamos, repetí lo que había oído.

Pasó el mano blanca. Un veterano tranquilo, más bien feo, de pelo zaino oscuro. Empezaron a jugarle dando usura. Los seguimos para verlos partir.

El alazancito lo sobró en dos piques y la plata se puso a la par.

El perudo que me había ganado los cien pesos, me hizo una entrada:

—¿Y mocito? ¿Cuánto va al mano blanca?

—. . .

—Le doy desquite de los cien.

—Pago.

Ya el corredor del alazán había convidado dos veces sin resultado y llevaban seis partidas. Se veía que el del mano blanca quería salir de atrás para rebasarlo. El del alazán, muy confiado, reía. Ambos parecían decididos a hacer efectiva la carrera cuanto antes.

Se vinieron juntos. En un abalanzo, el alazán descontó distancia. "¡Vamos!", convidó su corredor, soliviándolo en la boca. De atrás, el mano blanca lo alcanzaba. La partida lo iba a favorecer. Imprudentemente, o tal vez por sobra de confianza, el del alazán volvió a convidar.

—¿Vamos?

—¡¡Vamos!!

El mano blanca tomó ventaja como de medio cuerpo.

—¡Ahá! —rió el del alazán y, cediendo rienda, adelantando el cuerpo, se apareó al contrario, lo venció, le hizo tragar tierra, le sacó dos cuerpos, tres... ¡qué sé yo! El del mano blanca levantó su caballo a media carrera.

—¡Buena porquería el mentao de los Cárdenas! —grité.

El perudo sonrió:

—Anda en la mala.

Le pagué los cien pesos.

—Vamos a ver —le dije, caliente— si nos topamos en otra.

—Aquí estaremos a su servicio —me contestó, embolsando mi dinero—, siempre que no nos guste el mismo caballo.

Pero, ¿qué desquite iba a encontrar esa tarde?

Jugué en una cuadrera. De a posturas chicas, comprometí setenta pesos. Llevaba las paradas en el puño y, de entre mis dedos, salían los papeles como espinas de un abrojo. Una por una, tuve que entregar las paradas.

Me fui un rato a la carpa con mis compañeros, donde tomamos unas cervezas y ensartamos pasteles en la punta del cuchillo. Don Segundo perdía cincuenta pesos. En cambio, entre los dos reseros amigos juntaban ciento setenta y dos de ganancia. A uno de esos suertudos le entregué cien para que me los jugara. Me los perdió en la primera ocasión, quedándome sólo cinco como todo capital. ¿Ah, sí? Pues, perdido por perdido, fui a ver a mi contrario perudo, que por su parte, de entrada, me ofreció desquite.

—No tengo con qué pagar —le dije—; pero si usté quiere, le doy en prenda cinco caballos que usté podrá ver aurita si gusta.

El hombre aceptó y, para mostrar liberalidad, me dejó elegir caballo en la carrera siguiente. Con una fidelidad de borrego guacho, me ensarté con el perdedor.

¡Muy bien! Me dedicaría a mirar.

La gente parecía cansada y caía la tarde. Algunos, por haber ganado o por desplumados, se volvían a sus pagos. Don Segundo no me sacaba el rebenque de sus bromas y, lo que era peor, yo me quedaba atufado, sin responder.

No sé cuánto duró la tarde, ni si fueron muchas o pocas las carreras que se vieron. Los grupos se despedían, dándose la mano. Para los dos lados del callejón iban dos hileras de gente a caballo. Frente a los despachos de bebida, los borrachos eran como unos diez o doce.

Lejos, se veían algunas polvaredas de los que se habían retirado primero.

Poco a poco nos fuimos quedando solos. Al hombre que me había ganado casi toda la plata le mostré mi tropilla y, quedando conforme, se llevó los cinco animales, dejándome con dos y el Moro.

Nos despedimos de nuestros compañeros. Nosotros seguiríamos viaje, haciendo noche donde ésta nos tomara. Cambié de caballo. Me quedaban Garúa, el Vinchuca, el Moro y el Guasquita, en que iba montado.

—¿Vamos? —me dijo mi padrino, remedando a los corredores.

—¡Vamos! —le contesté.

Y salimos al galope corto, rumbo al campo, que poco a poco nos fue tragando en su indiferencia.

# CAPITULO XXI

Del día ya no quedaba más que una barra de nubes iluminadas en el horizonte, cuando, por una lomada, enfrentamos los paraísos viejos de una tapera.

Don Segundo, revisando el alambrado, vio que podía dar paso en un lugar en que dos hilos habían sido cortados. Tal vez una tropa de carros eligió el sitio, con el fin de hacer noche, aprovechando un robito de pastoreo para sus animales. No se veía a la redonda ninguna población, de suerte que el campo era como de quien lo tomara, y los arbolitos, aunque en número de cuatro solamente, debían haber volteado alguna rama o gajo que nos sirviera para hacer fuego.

Hicimos pasar nuestras tropillas al campo y, luego de haber desensillado, juntamos unas biznagas secas, unos manojos de hojarasca, unos palitos y un tronco de buen grueso. Prendimos fuego, arrimamos la pavita, en que volcamos el agua de un chifle para yerbear, y, tranquilos, armamos un par de cigarrillos de la guayaca, que prendimos en las primeras llamaradas.

Como habíamos hecho el fogón cerca de un tronco de tala caído, tuvimos donde sentarnos, y ya nos decíamos que la vida de resero, con todo, tiene sus partes buenas como cualquiera. Creo que la afición de mi padrino a la soledad debía influir en mí; la cosa es que, rememorando episodios de mi andar, esas perdidas libertades en la pampa me parecían lo mejor. No importaba que el pensamiento lo tuviera medio dolorido, empapado de pesimismo como queda empapada de sangre la matra que ha chupado el dolor de una matadura.

De grande y tranquilo que era el campo, algo nos regalaba de su grandeza y su indiferencia. Asamos la carne y la comimos sin hablar. Pusimos sobre las brasas la pavita y cebé unos amargos. Don Segundo me dijo, con su voz pausada y como distraída:

—Te vi'a contar un cuento, para que se lo repitás a algún amigo cuando éste ande en la mala.

Cebé con más lentitud. Mi padrino comenzó el relato:

"Esto era en tiempo de Nuestro Señor Jesucristo y sus Apóstoles".

Quedé un rato a la espera. Don Segundo nos dejaba caer, así, en un reino de ficción. Ibamos a vivir en el hilo de un relato. Saldríamos de una parte a otra. ¿De dónde y para dónde?

"Nuestro Señor, que asigún dicen jué el creador de la bondá, sabía andar de pueblo en pueblo y de rancho en rancho, por Tierra Santa, enseñando el Evangelio y curando con palabras. En estos viajes, lo llevaba de asistente a San Pedro, al que lo quería muy mucho, por creyente y servicial.

"Cuentan que en uno de esos viajes, que por demás veces eran duros como los del resero, como jueran por llegar a un pueblo, a la mula en que iba Nuestro Señor se le perdió una herradura y dentró a manquiar.

"—Fijate —le dijo Nuestro Señor a San Pedro— si no ves una herrería, que ya estamos dentrando al poblao.

"San Pedro, que iba mirando con atención, divisó un rancho viejo de paredes rajadas, que tenía encima de la puerta un letrero que decía: *"Errería"*. Sobre el pucho, se lo contó al Maistro y pararon delante del corralón.

"—¡Ave María! —gritaron. Y junto con un cuzquito ladrador, salió un anciano harapiento que los convidó a pasar.

"—Güenas tardes —dijo Nuestro Señor—. ¿Podría herrar mi mula que ha perdido la herradura de una mano?

"—Apiensén y pasen adelante —contestó el viejo—. Voy a ver si puedo servirlos.

"Cuando, ya en la pieza, se acomodaron sobre unas sillas de patas quebradas y torcidas, Nuestro Señor le preguntó al herrero:

"—¿Y cuál es tu nombre?

"—Me llaman Miseria —respondió el viejo, y se jué a buscar lo necesario pa servir a los forasteros.

"Con mucha paciencia anduvo este servidor de Dios, olfateando en sus cajones y sus bolsas, sin hallar nada. Acobardao iba a golverse pa pedir disculpa a los que estaban esperando, cuando regolviendo con la bota un montón de basuras y desperdicios, vido una argolla de plata, grandota.

"—¿Qué hacéh'aquí vos? —le dijo, y recogiéndola se jué pa donde estaba la fragua, prendió el juego, reditió la argolla, hizo a martillo una herradura y se la puso a la mulita de Nuestro Señor. ¡Viejo sagaz y ladino!

"—¿Cuánto te debemos, güen hombre? —preguntó Nuestro Señor.

"Miseria lo miró bien de arriba abajo y, cuando concluyó de filiarlo, le dijo:

"—Por lo que veo, ustedes son tan pobres como yo. ¿Qué diantres les ví'a cobrar? Vayan por el mundo, que algún día tal vez Dios me lo tenga en cuenta.

"—Así sea —dijo Nuestro Señor y después de haberse despedido, montaron los forasteros en sus mulas y salieron al sobrepaso.

"Cuando iban ya retiraditos, le dice a Jesús este San Pedro, que debía ser medio lerdo:

"—Verdá, Señor, que somos desagradecidos. Este pobre hombre nos ha herrao la mula con una herradura'e plata, no noh'a cobrao nada por más que es reprobre, y nohotros nos vamos sin darle siquiera una prenda de amistá.

"—Decís bien —contestó Nuestro Señor—. Volvamos hasta su casa pa concederle tres Gracias, que él elegirá a su gusto.

"Cuando Miseria los vido llegar de güelta, creyó que se había desprendido la herradura y los hizo pasar como endenantes. Nuestro Señor

le dijo a qué venían y el hombre lo miró de soslayo, medio con ganitas de rairse, medio con ganitas de disparar.

"—Pensá bien —dijo Nuestro Señor— antes de hacer tu pedido.

"San Pedro, que se había acomodado atrás de Miseria, le sopló:

"—Pedí el Paraíso.

"—Cayate viejo —le contestó por lo bajo Miseria, pa después decirle a Nuestro Señor:

"—Quiero que el que se siente en mi silla, no se pueda levantar d'ella sin mi permiso.

"—Concedido —dijo Nuestro Señor—. ¿A ver la segunda Gracia? Pensala con cuidao.

"—Pedí el Paraíso —golvió a soplarle de atrás San Pedro.

"—Cayate viejo metido —le contestó por lo bajo Miseria, pa después decirle a Nuestro Señor:

"—Quiero que el que suba a mis nogales, no se pueda bajar d'ellos sin mi permiso.

"—Concedido —dijo Nuestro Señor—. Y aura, la tercera y última Gracia. No te apurés.

"—Pedí el Paraíso, porfiao! —le sopló de atrás San Pedro.

"—¿Te quedrás callar, viejo idiota? —le contestó Miseria enojao, pa después decirle a Nuestro Señor:

"—Quiero que el que se meta en mi tabaquera no pueda salir sin mi permiso.

"—Concedido —dijo Nuestro Señor y, después de despedirse, se jué.

"Ni bien Miseria quedó solo, comenzó a cavilar y, poco a poco, jué dentrándole rabia de no haber sabido sacar más ventaja de las tres Gracias concedidas.

"—También, seré zonzo —gritó, tirando contra el suelo el chambergo—. Lo que es, si aurita mesmo se presentara el demonio, le daría mi alma con tal de poderle pedir veinte años de vida y plata a discreción.

"En ese mesmo momento, se presentó a la puerta'el rancho un caballero que le dijo:

"—Si querés, Miseria, yo te puedo presentar un contrato, dándote lo que pedís—. Y ya sacó un rollo de papel con escrituras y numeritos, lo más bien acondicionao, que traiba en el bolsillo. Y allí las leyeron juntos a las letras y, estando conformes en el trato, firmaron los dos con mucho pulso, arriba de un sello que traiba el rollo".

—¡Reventó la yegua el lazo! —comenté.

—Aura verás, dejate estar callao pa aprender cómo sigue el cuento.

Miramos alrededor la noche como pa no perder contacto con nuestra existencia actual, y mi padrino prosiguió:

"—Ni bien el Diablo se jué y Miseria quedó solo, tantió la bolsa de oro que le había dejao Mandinga, se miró en el bañadero de los patos, donde vido que estaba mozo, y se jué al pueblo pa comprar ropa, pidió pieza en la fonda como señor, y durmió esa noche contento.

"—¡Amigo! Había de ver cómo cambió la vida d'este hombre. Terció con príncipes y gobernadores y alcaldes, jugaba como nenguno en las carreras, viajó por todo el mundo, tuvo trato con hijas de reyes y marqueses...

"Pero, bien dicen que pronto se pasan los años cuando se emplean d'este modo, de suerte que se cumplió el año vegísimo y en un momento casual en que Miseria había venido a rairse de su rancho, se presentó el Diablo con el nombre del caballero Lilí, como vez pasada, y peló el contrato pa esigir que se le pagara lo convenido.

"Miseria, que era hombre honrao, aunque medio tristón le dijo a Lilí que lo esperara, que iba a lavarse y ponerse güena ropa pa presentarse al Infierno, como era debido. Así lo hizo, pensando que al fin todo lazo se corta y que su felicidá había terminao.

"Al golver lo halló a Lilí sentao en su silla aguardando, con pacencia.

"—Ya estoy acomodao —le dijo—, ¿vamos yendo?

"—¡Cómo hemos de irnos —contestó Lilí— si estoy pegao en esta silla como por un encanto!

"Miseria se acordó de las virtudes que le había concedido el hombre la mula y le dentró una risa tremenda.

"—¡Enderezate, pues, maula, si sos diablo! —le dijo a Lilí.

"Al ñudo éste hizo bellaquear la silla. No pudo alzarse ni un chiquito y sudaba, mirándolo a Miseria.

"—Entonces —le dijo el que jué herrero—, si querés dirte, firmame otros veinte años de vida y plata a discreción.

"El demonio hizo lo que le pedía Miseria, y éste le dió permiso para que se juera.

"Otra vez el viejo, remozao y platudo, se golvió a correr mundo: terció con príncipes y manates, gastó plata como naides, tuvo trato con hijas de reyes y de comerciantes juertes...

"Pero los años, pa'l que se divierte, juyen pronto, de suerte que, cumplido el vegísimo, Miseria quiso dar fin cabal a su palabra y rumbió al pago de su herrería.

"A todo esto Lilí, que era medio lenguarás y alcahuete, había contao en los infiernos el encanto'e la silla.

"—Hay que andar con ojo alerta —había dicho Lucifer—. Ese viejo está protegido y es ladino. Dos serán los que lo van a buscar al fin del trato.

"Por eso jué que al apiarse en el rancho, Miseria vido que lo estaban esperando dos hombres, y uno de ellos era Lilí.

"—Pasen adelante; sientensén —les dijo—, mientras yo me lavo y me visto pa dentrar al Infierno, como es debido.

"—Yo no me siento —dijo Lilí.

"—Como quieran. Pueden pasar al patio y bajar unas nueces, que seguramente serán las mejores que habrán comido en su vida'e diablos.

"Lilí no quiso saber nada; pero, cuando se hallaron solos, su compañero le dijo que iba a dar una güelta por debajo de los nogales, a ver si podía recoger del suelo alguna nues caida y probarla. Al rato no más golvió, diciendo que había hallao una yuntita y que, en comiéndolas, naide podía negar que jueran las más ricas del mundo.

"Juntos se jueron p'adentro y comenzaron a buscar sin hallar nada.

"Pa esto, al Diablo amigo de Lilí se le había calentao la boca y dijo que se iba a subir a la planta, pa seguir pegándole al manjar. Lilí le advirtió que había que desconfiar, pero el goloso no hizo caso y subió a los árboles, donde comenzó a tragar sin descanso, diciéndole de tiempo en tiempo:

"—¡Cha que son güenas! Cha que son güenas!

"—Tirame unas cuantas —le gritó Lilí, de abajo.

"—Allá va una —dijo el de arriba.

"—Tirame otras cuantas —volvió a pedirle Lilí, ni bien se comió la primera.

"—Estoy muy ocupao —le contestó el tragón—. Si querés más, subite al árbol.

"Lilí, después de cavilar un rato, se subió.

"Cuando Miseria salió de la pieza y vido a los dos diablos en el nogal, le dentró una risa tremenda.

"—Aquí estoy a su mandao —les gritó—. Vamos cuando ustedes gusten.

"—Es que no nos podemoh'abajar —le contestaron los diablos, que estaban como pegaos a las ramas.

"—Lindo —les dijo Miseria—. Entonces firmenmén otra vez el contrato, dándome otros veinte años de vida y plata a discreción.

"Los diablos hicieron lo que Miseria les pedía y éste les dió permiso pa que bajaran.

"Miseria golvió a correr mundo y terció con gente copetuda y tiró plata y tuvo amores con damas de primera.

"Pero los años dentraron a disparar, como endenantes, de suerte que al llegar al año vegísimo, Miseria, queriendo dar pago a su deuda, se acordó de la herrería en que había sufrido.

"A todo esto, los diablos en el Infierno le habían contao a Lucifer lo sucedido, y éste, enojadazo, les había dicho:

"—¡Canejo! ¿No les previne de que anduvieran con esmero, porque ese hombre era por demás ladino? Esta güelta que viene, vahoh'a dir toditos a ver si se nos escapa.

"Por esto jué que Miseria, al llegar a su rancho, vido más gente riunida que en una jugada'e taba. Pero esa gente, acomodada como un ejército, parecía estar a la orden de un mandón con corona. Miseria pensó que el mesmito Infierno se había mudao a su casa, y llegó, mirando como pato el arriador, a esa pueblada de diablos. "Si escapo d'ésta

—se dijo— en fijo que ya nunca la pierdo". Pero haciéndose el muy templao, preguntó a aquella gente:

"—¿Quieren hablar conmigo?

"—Sí —contestó juerte el de la corona.

"—A usté —le retrucó Miseria— no le he firmao contrato nenguno, pa que venga tomando velas en este entierro.

"—Pero me vah'a seguir —gritó el coronado—, porque yo soy el Ray de loh'Infiernos.

"—¿Y quien me da el certificao? —alegó Miseria—. Si usté es lo que dice, ha de poder hacer de fijo que todos los diablos dentren en su cuerpo y golverse una hormiga.

"Otro hubiera desconfiado, pero dicen que a los malos los sabe perder la rabia y el orgullo, de modo que Lucifer, ciego de juror, dió un grito y en el momento mesmo se pasó a la forma de una hormiga, que llevaba adentro a todos los demonios del Infierno.

"Sin dilación, Miseria agarró el bichito que caminaba sobre los ladrillos del piso, lo metió en su tabaquera, se jué a la herrería, lo colocó sobre el yunque y, con un martillo, se arrastró a pegarle con todita el alma, hasta que la camiseta se le empapó de sudor.

"Entonces, se refrescó, se mudó y salió a pasiar por el pueblo.

"¡Bien haiga, viejito sagás! Todos los días, colocaba la tabaquera sobre el yunque y le pegaba tamaña paliza, hasta empapar la camiseta, pa después salir a pasiar por el pueblo.

"Y así se jueron los años.

"Y resultó que ya en el pueblo no hubo peleas, ni plaitos, ni alegaciones. Los maridos no las castigaban a las mujeres ni las madres a los chicos. Tíos, primos y entenaos se entendían como Dios manda; no salía la viuda, ni el chancho; no se veían luces malas y los enfermos sanaron todos; los viejos no acababan de morirse y hasta los perros jueron virtuosos. Los vecinos se entendían bien, los baguales no corcoviaban más que de alegría y todo andaba como reló de rico. Qué, si ni había que baldiar los pozos porque toda agua era güena".

—¡Ahahá! —apoyé alegremente.

—Sí —arguyó mi padrino—, no te me andéh'apurando.

"Ansina como no hay caminos sin repechos, no hay suerte sin desgracias, y vino a suceder que abogaos, procuradores, jueces de paz, curanderos, médicos y todos los que son autoridá y viven de la desgracia y vicios de la gente, comenzaron a ponerse chacones de hambre y jueron muriendo.

"Y un día, asustaos los que quedaban de esta morralla, se endilgaron pa lo del Gobernador, a pedirle ayuda por lo que les sucedía y el Gobernador, que también dentraba en la partida de los castigaos, les dijo que nada podía remediar y les dió una plata del Estao, alvirtiéndoles que era la única vez que lo hacía, porque no era obligación del Gobierno el andarlos ayudando.

"Pasaron unos meses, y ya los procuradores, jueces y otros bichos iban mermando por haber pasao los más a mejor vida, cuando uno d'ellos, el más pícaro, vino a maliciar la verdá y los invitó a todos a que golvieran a lo del Gobernador, dándoles promesa de que ganarían el plaito.

"Así jué. Y cuando estuvieron frente al manate, el procurador le dijo a Suecelencia que todah'esas calamidades sucedían porque el herrero Miseria tenía encerraos en su tabaquera a los Diablos del Infierno.

"Sobre el pucho, el mandón lo mandó trair a Miseria y, en presencia de todos, le largó un discurso:

"—¿Ahá, sos vos? ¡Bonito andás poniendo al mundo con tus brujerías y encantos, viejo indino! Aurita vah'a dejar las cosas como estaban, sin meterte a redimir culpas ni castigar diablos. ¿No ves que siendo el mundo como es, no puede pasarse del mal y que las leyes y lah'enfermedades y todos los que viven d'ellas, que son muchos, precisan de que los diablos anden por la tierra? En este mesmo momento vah'al trote y largás loh'Infiernos de tu tabaquera.

"Miseria comprendió que el Gobernador tenía razón, confesó la verdá y jué pa su casa pa cumplir lo mandao.

"Ya estaba por demás viejo y aburrido del mundo, de suerte que irse poco le importaba.

"En su rancho, antes de largar los diablos, puso la tabaquera en el yunque, como era su costumbre, y por última vez le dió una güena sobada, hasta que la camiseta quedó empapada de sudor.

"—¿Si yo los largo van a andar embromando por aquí? —les preguntó a los mandingas.

"—No, no —gritaban éstos de adentro—. Larganos y te juramos no golver nunca por tu casa.

"Entonces Miseria abrió la tabaquera y los licenció pa que se jueran.

"Salió la hormiguita y creció hasta ser el Malo. Comenzaron a brotar del cuerpo de Lucifer todos los demonios y redepente, en un tropel, tomó esta diablada por esas calles de Dios, levantando una polvareda como nube'e tormenta.

"Y aura viene el fin.

"Ya Miseria estaba en las últimas humeadas del pucho, porque a todo cristiano le llega el momento de entregar la osamenta y él bastante la había usao.

"Y Miseria, pensando hacerlo mejor, se jué a echar sobre sus jergas a esperar la muerte. Allá, en su piecita de pobre, se halló tan aburrido y desganao, que ni se levantaba siquiera pa comer ni tomar agua. Despacito no más se jué consumiendo, hasta que quedó duro y como secao por los años.

"Y aura es que, en habiendo dejao el cuerpo pa los bichos, Miseria pensó lo que le quedaba por hacer y, sin dilación porque no era zonzo,

el hombre enderezó pa'l Cielo y, después de un viaje largo, golpió en la puerta d'éste.

"Cuantito se abrió la puerta, San Pedro y Miseria se reconocieron, pero al viejo pícaro no le convenían esos recuerdos y, haciéndose el chancho rengo, pidió permiso pa pasar.

"—¡Hum! —dijo San Pedro—. Cuando yo estuve en tu herrería con Nuestro Señor, pa concederte tres Gracias, te dije que pidieras el Paraíso y vos me contestaste: 'Cayate, viejo idiota'. Y no es que te la guarde, pero no puedo dejarte pasar aura, porque en habiéndote ofrecido tres veceh'el Cielo, vos te negaste a acertarlo.

"Y como ahi no más el portero del Paraíso cerró la puerta, Miseria, pensando que de dos males hay que elegir el menos pior, rumbió pa'l Purgatorio a probar cómo andaría.

"Pero amigo, allí le dijeron que sólo podían dentrar las almas destinadas al cielo y que como él nunca podría llegar a esa gloria, por haberla desnegao en la oportunidá, no podían guardarlo. Las penas eternas le tocaban cumplirlas en el Infierno.

"Y Miseria enderezó al Infierno y golpió en la puerta, como antes golpiaba en la tabaquera sobre del yunque, haciendo llorar los diablos. Y le abrieron, ¡pero qué rabia no le daría cuando se encontró cara a cara con el mesmo Lilí!

"—Maldita mi suerte —gritó—, que andequiera he de tener conocidos!

"Y Lilí, acordándose de las palizas, salió que quemaba, con la cola como bandera'e comisaría, y no paró hasta los pieses mesmo de Lucifer, al que contó quién estaba de visita.

"Nunca los diablos se habían pegao tan tamaño susto, y el mesmito Ray de loh'Infiernos, recordando también el rigor del martillo, se puso a gritar como gallina culeca, ordenando que cerraran bien toditas las puertas, no juera a dentrar semejante cachafás.

"Ahí quedó Miseria sin dentrar a ningún lao, porque ni en el Cielo, ni en el Purgatorio, ni en el Infierno lo querían como socio; y dicen que es por eso que, dende entonces, Miseria y Pobreza son cosas de este mundo y nunca se irán a otra parte, porque en ninguna quieren almitir su esistencia".

Una hora habría durado el relato y se había acabado el agua. Nos levantamos en silencio para acomodar nuestras prendas.

—¡Pobreza! —dije estirando mi matra donde iba a echarme.

—¡Miseria! —dije acomodando el cojinillo que me serviría de almohada.

Y me largué sobre este mundo, pero sin sufrir, porque al ratito estaba como tronco volteado a hachazos.

## CAPITULO XXII

Sintiéndome merecedor de los mismos apodos que el herrero viejo, ensillé a la madrugada uno de mis tres caballos. Poca cosa para un resero. ¿Cómo me iba a ganar la vida? Nadie querría conchabarme en tal estado de inutilidad. Un gaucho de a pie es buena cosa para ser tirada al zanjón de las basuras.

La mañana no decía ni palabra. El vacaje que debía haber en esos campos, vista su riqueza en pastos, no habían comenzado a vivir todavía y a gatas unos pajaritos cantaban bajito, como una canilla que gotea.

Un cielo gris, arrugado como las arenas de la playa que conocí en los malos pagos de mis aventuras, anunciaba tormenta. La tormenta que sentíamos en la blandura de los correones, las riendas y la lonja del rebenque, más floja que moco de pavo.

Pero ¡qué descanso más lindo el de esa noche, y qué gusto moverse en el aire grande que nos caía de todos lados en el cuerpo, como cariño!

Allí íbamos, siempre por el callejón o cortando campo, a la cola de nuestros pingos, acostumbrados a curiosear novedades con las orejas paradas.

Llegamos, después de cuatro días de marcha, a una estancia nueva.

La arboleda tierna asomaba apenas unas varas del suelo y las casas blanqueadas, frescas, parecían grandes con su mirador pretensioso y sus caminos y canteros, lucientes como ropa de domingo.

El patrón era joven. Andaba bien montado y su trato con el paisanaje daba confianza.

Nos dijo que tenía unos potros bayos, por si queríamos darles los primeros galopes, y que siendo doce, regalaba dos por la amansadura.

Antes de que mi padrino tomara cartas en el asunto, me ofrecí para la changa. ¡Qué diablos! Era fuerte y me tenía fe. Ya mis primeras pruebas estaban hechas y, aunque sería ése mi estreno de domador, me sacudiría el polvo sobre los bastos, como si fuese acostumbrado. La necesidad, dicen, tiene cara de hereje y no andaba yo en trances de mostrarme más delicado de lo que era. ¿No vería el otro lado, el de la suerte? La ocasión se presentaba como la había esperado durante mucho tiempo. Dos bayos son principio de una tropilla de bayos y aquella coincidencia con mis deseos me infundió audacia.

Cuando quedamos solos, mi padrino me filió de reojo, sonriendo. Aguanté con indiferencia aquel principio de burla y, como viera mi padrino que no salía de una botaratada sino de necesidad mi compromiso, me dijo que él podía aliviarme del trabajo, tomando por su cuenta cinco de los doce baguales.

Por suerte fue así. Los siete potros me dieron suficiente quehacer.

Los ensillaba apurado, como en un sueño, siguiendo al pie de la letra los consejos de Don Segundo que, al lado mío, ya alcanzándome alguna pilcha, ya apadrinándome, me guiaba paso a paso, sapientemente. Aga-

rrábamos uno por turno y, aunque me tocara el primero y el último, tenía la ilusión de una tarea por partes iguales, sin contar la ventaja de descansar entre animal y animal.

Eramos cuatro en el corral de palo a pique. El patrón, a caballo entre nosotros, no nos perdía pisada, ni desperdiciaba ocasión de ayudarnos con alguna broma. ¿Cómo sería él para un apuro?, me preguntaba en mis adentros.

¡Qué susto tenía cuando ensillé el primero! Las piernas se me escapaban de abajo del cuerpo y me atoraba con los detalles, que por suerte eran todos previstos por mi padrino.

El más viejo de los hombres que nos ayudaban, montado en un tostado retacón, enlazaba los potros que nosotros volteábamos de un pial, para embozarlos y enriendarlos en el suelo. Después los embramábamos en un palo, con dos o tres vueltas de maneador, y les poníamos los cueros. Por mi parte, no perdía los potros de vista espiando indicios que pudieran anunciarme algún peligro: ¿Sería flojo de cincha, se me bolearía? Entre tanto, mientras ensillaba, tenía que cuidarme de coceadas, manotones, abalanzos y caídas.

Todo está en comenzar bien, porque muy luego el optimismo crece y uno amaña con mayor empeño, siempre que no se quiera sobrar.

—No los busquen —había dicho el patrón—; pero, que corcovee, leña hasta que afloje!

¿Por qué entonces había de buscarlo al clines blancas, que me tocó de estreno? Lo dejé correr, sin gastarme de entrada, y lo rematé de vuelta con unos tirones bien sentidos.

—Ganaste una —me dijo el patrón.

Y aunque no respondí nada, me sentí como abochornado. Me creía en verdad capaz de ganar algunas que no se me presentaran tan fáciles.

Por cierto, los bayos resultaron menos duros de pelar de lo que podían haber sido mediando peor suerte. Corcoveaban por derecho o sin mayor empeño y ya casi me estaba dando vergüenza y ganas de buscarles pleito, cuando uno, el quinto, vino a desantojarme en tanto cuanto podía pedir.

El patrón se sonreía.

Dado que el bicho era uno de los que servían de pago por el trabajo, malicié una celada. ¿Cómo, si no tenía algún defecto o maña de chúcaro, lo habían elegido para deshacerse de él, siendo el de mejor presencia?

No queriendo pasar por zonzo, dije fuerte al hombre del tostado:

—Este es el de probar los forasteros, ¿no?

El paisano no respondió sino meneando la cabeza y el patrón conservó su sonrisa. Muy bien. ¿Querían a la bruta?...; pues a la bruta andaríamos. Pero la jugada estaba hecha verdaderamente con picardía, pues, siendo el potro uno de los que iban a quedar en mis manos, no quería estropearlo con una rebenqueada mayor.

Se dejó ensillar sin muchas cosquillas. Mal olor le iba tomando yo al negocio.

Todos estábamos como en misa.

Mientras lo sacaban a la playa y lo agarraban de la oreja, me resbalé la botas, para poder con más firmeza sostener los estribos, y me ajusté bien la vincha, no fuera que el pelo viniera a enceguecerme en lo mejor.

Cuando le bolié la pierna, sentí que tenía el lomo arqueado como el de un barril y me acomodé lo más fuerte que pude. Coligiéndome bien fijo, dije despacio, sin ostentación, pues no estaba el asunto como para compadradas:

—Lárguelo no más.

Maliciaba detrás mío la sonrisita del patrón, pero no era cosa de perder la cabeza. En un segundo de tiempo pensé cruzarle de un lonjazo el hocico y deseché tal propósito, pues con ello me pondría a disposición de cualquier antojo del animal. Mejor era estudiarle los vicios. Por suerte mi padrino tomó la iniciativa.

—¡Afirmate! —me dijo, y le envolvió al potro las patas de un arriadorazo.

El animal se abalanzó, manoteando el aire, y se trabó en dos corcovos duros, para volvérseme, en un cimbrón, sobre el lado del lazo, con lo que perdió pie. Quise abrirle, pero alcanzó a apretarme el tobillo por un momento, pues en seguida se enderezó, quedando a la espera como al principio. Sin embargo, algo había yo perdido y es que sentía dolorido el pie; algo también había ganado y es que, a pesar de tratarse de un reservado, no pudo en su astucia y baquía desacomodarme ni un chiquito.

Mi mejor ganancia estaba en que Don Segundo ya había visto de qué se trataba. Lo comprendí porque me dijo:

—No le bajés el rebenque.

Por segunda vez lo azotó por las patas y el bayo se abalanzó. La partida le iba a resultar más dura, pues mandado por mi padrino, le crucé el hocico de un rebencazo y, cuando como anteriormente se clavó a corcovear, le menudié azotes por la cabeza sin darle alce. Ni bien quiso pararse, Don Segundo lo apuró a lazazos para quitarle la maña de volverse sobre el corcovo. Entrando en el juego, aumenté la dosis de lonja, cosa que me permitía charquear en el rebenque al par que abatatar al bruto. Y viendo mi resistencia a los sacudones, se me calentó el cuerpo y empecé a aporrearlo al bayo, al compás, repitiendo como un estribillo el dicho del patrón:

—Al que corcovee, leña! y ¡leña! y ¡leña!

Y salimos por la playa, ya sin sentadas ni vueltas, arrastrados por una bellaqueada furiosa.

No hubo nada que hacerle, la habíamos ganado desde el primer tirón y la seguimos ganando hasta el fin. Las riendas no me servían para afirmarme, porque el bruto sacudía tanto la cabeza, que llegaba a golpearme los estribos. Pero en el compás mismo de la rebenqueada había yo encontrado una base de equilibrio, que no perdí hasta volver a la puerta

misma del corral, donde de un tirón lo hice sentar al bayo sobre los garrones. Y ya le bajé los cueros.

El patrón se acercaba a nosotros de a caballo. Con satisfacción vi que no sonreía ya, pasando, por el contrario, una mano pensativa sobre su bigote:

Con un tono de elogio me dijo:

—¡Qué padrino tenés, muchacho!

—Y —contesté— no ayudándome el cuerpo, con algo debía contar pa un apuro.

—No es que te falte con qué desempeñarte —rearguyó—; pero aquel hombre —insistió, aludiendo a Don Segundo— no me parece ser como cualquiera de los muchos que somos.

En silencio, concluimos nuestra tarea. El último de los baguales algo se sacudió, pero, después de lo pasado, me pareció un juguete.

Dejando los doce animales palenqueados con fuertes sogas, nos fuimos para la estancia.

El oficio de domador tiene sus descansos, gracias a Dios, y aunque la peonada anduviera en sus tareas de campo y no fueran más que las diez de la mañana, nosotros teníamos el derecho de matear o arreglar nuestras lonjas y recados en las casas, sin recibir órdenes de nadie.

Como tenía el tobillo un poco hinchado y dolorido, a causa del apretón, me fui hasta un pozo, cerca de la cocina, tiré un balde de agua y, con un jarrito, después de haberme descalzado, me puse a refrescarme la parte golpeada.

Aliviadito por el agua y con el cuerpo medio desencuadernado a causa de la doma, me quedé sin más pensamiento que bañarme el dolor un rato largo.

Miraba el galpón grande, la huellita que de él arrancaba hasta el pozo, los corrales un poco retirados, las cabeceadas que daban al viento unas casuarinas nuevas que señalaban el principio del monte, un casalito de cabecitas negras que venía a beber en el surco de agua nacido seguramente de las baldeadas...

El hombre que nos había ayudado a la mañana enlazando los potros, vino del lado del galpón por la huellita, hasta parárseme enfrente.

—Tengo un encargue pa usté —me dijo.

—Usté dirá.

—¿Es del oficio?

—¿Qué oficio?

—Domador.

—No, señor; soy resero. Solamente así, cuando la ocasión se ofrece de ganar una changa...

—Y, ¿no sería gustoso de quedarse aquí, de domador? Me manda el patrón pa que le ofresca el trabajo. Yo ya soy viejo y llevo trainta años en el oficio. Aquí vienen domadores po'l tiempo de la amansadura, y se

van. El patrón, hasta aurita, no ha querido conchabar nenguno pa que se quede.

Nos fuimos caminando hasta el galpón. Me halagaba la propuesta, pero el vivir separado de mi padrino me parecía imposible.

—¿Pa mí solo es el encargue?

—Pa usté solo.

Bajo el alero del galpón, me puse a desparramar mis pilchas a fin de que se orearan. Don Segundo no estaba. El patrón vino al rato y, mirando al hombre del tostado, preguntó:

—¿Y?

—No me ha contestao entuavía. Yo le he dao el parte.

—¿Cómo te llamás? —me preguntó el patrón.

—Quisiera saberlo, señor.

El patrón frunció el ceño.

—¿No sabés de dónde venís tampoco?

—¿De ande vendrá esta matrita? —comenté como para mí.

—¿De modo que ni tus padres quedrás nombrar?

—¿Padres? No soy hijo más que del rigor; juera de ésa, casta no tengo nenguna; en mis pagos algunos me dicen "el Guacho".

El patrón se tiró los bigotes, después me miró de frente. Nunca nadie me había mirado tan de frente y tan por partes.

—Razón de más —me dijo— pa que te quedés conmigo.

—Siento en deveras, señor; pero tengo compromisos que no puedo dejar de cumplir. Usté me disculpará... y muchas gracias de todos modos.

El hombre se fue.

Nos sentamos con el domador, bajo el alero. Parece que el día estaba especial para los consejos, pues mi compañero, después de haber golpeado el suelo pensativamente con el rebenque, durante un tiempo, me dijo:

—Vea mocito. No es que yo quiera meterme en suh'asuntos, pero no rechace la oferta antes de pensarla. El patrón, aunque es medio mandón pa'l trabajo, es servicial cuando quiere. Más de un hombre ha salido del campo con su tropilla o su majada... y, hasta yo mesmo, aunque trabajando juerte, es cierto, he conseguido asegurar mi tranquilidá pa mi vejez y mis cachorros. Don Juan es generoso en la ocasión. Sabe abrir la mano grandota y es fácil que se le refalen unos patacones.

—Vea Don —contesté sobre el pucho—, no es que yo quiera desmerecer a nadie, ni que inore lo que vale una voluntá, pero, ¿ve aquel hombre? —dije, señalando a Don Segundo, que venía del corral trayendo despacio su chiripá, familiar para mí, su chambergo chicuelo y unos maneadores enrollados—. Güeno, ese hombre también tiene la mano larga... y, Dios me perdone, más larga cuando ha sacao el cuchillo...; pero igual que su patrón, sabe abrirla muy grande y lo que en ella se puede hallar no son patacones, señor, pero cosas de la vida.

El domador se levantó, me palmeó la espalda y se fue, de pronto enmudecido. Yo me quedé muy blandito.

Y ¿qué diablos me había venido a mí de golpe, para que quisieran que me quedara y me palmearan el lomo y me anduvieran con miramientos?

## CAPITULO XXIII

Cierto que el bruto del reservado me dio trabajo y que, con mi pie hinchado, vi más de una vez el negocio en mal camino. Pero el contento de salir airoso de la prueba a que me había sometido el patrón, tanto como el llevar mi doma con acierto, fueron cosas que me pusieron en estado de cargar con aquellos rigores.

Parece, según me dijeron algunos, que con doblarlo al cabos negros había conseguido yo algo, que muchos y muy buenos intentaron sin suerte. No digo que tuviera un amor propio desmedido, ni que fuera por demás accesible al elogio, ¿quién no lo es más o menos?; pero el hecho de vencer, grande y continua tarea gaucha, me llenaba de un vigor descarado a fuerza de confianza.

¡Qué voluntad de dominio no tendrá el hombre para que, por un rato de gozarla, emplee largas horas de perseverante empuje! Salir con la suya en una bellaqueada y embozalar las propias dudas y temores con el logro de un intento, lleva aparejado toda una ristra de horas de tensión. Al lado del lucido momento de la jineteada, está la tarea pacienzuda de guerrear los animales durante la amansadura, sin dejarles tomar vicios y corrigiendo los que traen por instinto.

Yo era casi un instrumento en manos de mi padrino, que me guiaba en cada gesto, lo cual no quita que era el instrumento quien aguantaba los pesados trotes de los baguales, sus sentadas brutas, la rigidez desobediente de sus cogotes zonzos y chapetones, sus intenciones de cocear, sus cabezazos al enriendarlos, sus sustos torpes al subir y desmontarse uno, sus repentinas rebeliones en una espantada que remataban corcovos o abalanzos.

Y en todo aquello me parecía ir como dormido. Ideas fijas me perseguían como un deber. Las oía en la voz de mi padrino. Frases imperativas representaban hechos menudos, en que yo debía seguir por mía aquella voz. Hasta en horas de descanso, las enseñanzas me zumbaban en la cabeza, como un avispero demasiado grande para el nido en que buscaban acomodarse. Sentía mi pasividad y me hubiese molestado, de no haberme dicho mi propio deseo de independencia: "Dejá no más, que al correr del tiempo todo eso será tuyo".

Conforme los animales se fueron amansando, íbamos haciendo más largos los galopes, de suerte que llegábamos a una pulpería, distante una

legua y media de la estancia, sobre un callejón, a la vera de un arroyo que allí daba paso.

Entre tanto, en las casas, me había hecho de un amigo. Antenor Barragán era un pedazo de muchacho grandote y delgado, dueño de una agilidad y una fuerza extraordinarias. Lo conocían en todo el pago como un visteador invencible y hacía gala de tal en cuanta ocasión se le presentaba. Su ocupación era cualquiera, porque lo mismo le daba lucirse en un redomón macaco, en una faena de horquilla, o trabajando de a pie en el corral. Saltaba cualquier animal limpito y alzaba al hombro cualquier peso. Su cara morena, fina y alegre, le valía simpatías inmediatas y su bondad amistades verdaderas. Eso sí, entre juguete y juguete solía dejar a sus compañeros sentidos de un cachetón. Me hacía contar mis andanzas de vagabundo, en las que encontraba gusto para su fantasía, relatándome en cambio sus fechorías nunca mal intencionados. Le gustaba meterse en apuros, para probarse. A los pocos días ya nos tuteábamos, tratándonos de hermanos. ¡Pobre Antenor! ¿Dónde andará ahora?

Cuando dejamos por mansos y ya enfrenados nuestros baguales y salimos del escritorio de la estancia, con el tirador dueño de unos cuantos pesos más, y nos despedimos del patrón así como de los mensuales, era día domingo. Por costumbre, y también para cumplir con nuestros deberes de cortesía, nos fuimos al boliche del arroyo. Había bastante gente. La cancha tenía buena concurrencia y en el despacho no faltaba clientela.

Algunos conocidos nos saludaron. Mi padrino pidió permiso para ausentarse un momento, a fin de visitar a su amigo el pulpero. Debo decir que nunca el patrón nos había servido en el despacho, haciéndonos pasar por una pequeña puerta hasta adentro, con lo que significaba una especial atención.

Uno de los paisanos nos previno que no sería ese día prudente conducirse como siempre, pues el pulpero estaba "tomao" y era hombre de "mala bebida". Aunque otros opinaron de igual manera, Don Segundo alegó compromisos de amistad y golpeó en la puerta pequeña. Yo pasé detrás. Un chico nos dijo, mirándonos asombrado por tanto atrevimiento:

—Voy a avisarle al Tata.

Se apareció el Tata, con una cara de Juicio Final, y ni contestó el saludo.

—¿Ustedes qué quieren? —preguntó con voz de toro.

Don Segundo avanzó hacia aquella fiera y, sin quitarle la vista de los ojos, que el otro tenía brillantes y lacrimosos, le dijo con su burlona cortesía:

—Yo quisiera una caña.

Con una frente de topazo, el pulpero largó su ofensa:

—¿De cuál? ¿De esa que toma la gente?

Don Segundo me miró divertido y, acercándose hasta ponerse casi pecho a pecho con el matón, lo corrigió sonriente, como si rectificara un simple error:

—No, no: deme de esa que toma usté no más.

Fue suficiente. El pulpero de "mala bebida", guardó para mejor ocasión sus compadradas y nos sirvió dos copas. Don Segundo, siempre cortés, impuso:

—Usté va a tomar con nosotros.

Al tiro brindamos por nuestra futura felicidad, haciendo nuestras las cañas de un sorbo.

Saliendo hacia donde estaba la paisanada, mi padrino comentó:

—Pobrecita la señora; seguro que aura, este hombre malo le va a encajar una paliza.

Una de las primeras personas que vi al salir, fue Antenor. Me convidó a tomar la copa y nos arrimamos al enrejado del despacho. Le estaba yo contando la reciente escaramuza de mi padrino con el pulpero, cuando un desconocido se nos acercó, nos dio la mano y comenzó a hablar en voz alta con todo el mundo. Sería como de cincuenta años de edad, vestía a la usanza gaucha y llevaba a la cintura un facón largo, con cabo y puntera de plata. Al hombro traía un ponchito bayo, y, tanto por la tierra de sus botas de potro, sudadas en la parte baja por el caballo, como por el aspecto y modo de caminar, aparentaba ser un hombre que venía de lejos.

Convidó a todos los presentes, entre bromas de buen humor, y logró al rato, como parecía quererlo, ser centro de la atención general.

De pronto, le habló a Antenor como si lo conociera; hizo alusión ponderativa a su destreza física y a su habilidad para el visteo. No se sabía bien lo que querría, entre tantas vueltas como las que daba en sus elogios, cuando con neta intención de pendenciero dijo:

—Yo me pregunto: ¿no se le helará la sangre al mocito si llega a encontrarse frente a un cuchillo?

Como si todos nos preguntáramos lo mismo, miramos a Antenor. Este estaba pálido y agachaba la cabeza. Sospechamos que tenía miedo.

—También me he tenido fe en mis mocedados —continuó el hombre de bigote canoso—, ¡y vean! —concluyó—, todavía me tendría la mesma fe pa señalarlo al mocito por donde quiera.

Antenor levantó la cabeza y, dándonos siempre la penosa impresión de su blandura, respondió:

—Señor, yo soy un hombre tranquilo, y si por juguete sé vistear, no es porque quiera toparme con naides, ni para que naides me pelee.

—¡Oiganlé! —rió burlonamente el provocador—. Había sido como carne'e paloma. Y eso —dijo, dirigiéndose a todos— que no tengo intención de estropearlo, sino cuanti más de que nos sangremos un poco para probar la vista. O ¿será que se le ha nublao de golpe?

—¿Me permite? —terció inesperadamente mi padrino.

—Cómo no —accedió el forastero.

Don Segundo se dirigó a Antenor:

—Mirá muchacho —dijo mientras todos, y yo más que ninguno, lo mirábamos con asombro—. Mirá muchacho que el señor ya hace un rato que te está convidando con güenas maneras y voh'estás desperdiciando la ocasión de divertirte un poco.

¿Qué diría el paisano peleador?

Un minuto quedó en silencio y, ya más serio ante una posible bifurcación del pleito, dejó sospechar el fondo del asunto:

—Divertirse es presumir de gallo y meterse en travesuras, cuando uno cree llevárselas de arriba.

Comprendimos que, bajo las bravuconerías del gaucho provocador, había habido un resentimiento.

¿Qué diría Antenor?

Antenor se levantó de una pieza, miró al forastero y comprendimos otra cosa más: que sabía de qué y de quién se trataba.

—Yo era una criatura —dijo ceñudo— y ella una perra que a cualquier palo le hacía punta. En el pago la conocíamos por "la de aprender".

Furioso, el forastero quiso atropellar. Algunos lo sujetaron al tiempo que Antenor, siempre pálido, pero tal vez de rabia, decía:

—Ajuera vamoh'a tener más lugar. —Y salió.

Los seguimos. El forastero se quitó, al lado de la puerta, las espuelas, se arrolló el poncho en la zurda y sacó con lentitud el facón. Como si hubiera olvidado su reciente extravío, compadreó risueño:

—Aura verán cómo a un mocoso deslenguao se le corta la jeta.

En el patio de la pulpería había una carreta. Contra una de sus grandes ruedas, Antenor había hecho espaldas y esperaba. El forastero se acercó y, confiado, como quien juega con un chico, tiró a su contrario una cachetada con los flecos del poncho. Antenor hizo un imperceptible movimiento y el poncho pasó sin tocarlo. El quite fue de una precisión admirable; ni un dedo más ni un dedo menos de lo necesario. Creo que todos debimos pensar a un tiempo: ¡pobre paisano viejo, su compadrada le iba a salir amarga! El hombre atropelló. Antenor, firme, con una cuchilla de trabajo contra un facón de pelea, sin poncho para meter el brazo, salvaba toda arremetida sacando el cuerpo. De pronto estiró la mano armada y, con un salto, ganó distancia. El paisano del facón tenía un tajo desde el bigote hasta la oreja. Antenor reculaba, dando por concluida la reyerta. Unos apartadores quisieron intervenir.

—Ladeensén —dijo el forastero—, uno de los dos ha de quedar.

Antenor dejó de buscar la carreta, donde se había dado el lujo de pelear a pie firme. Listo sobre las piernas, parecía dispuesto a concluir con furia la pelea que comenzó por fuerza.

No tardó mucho. Un encontrón y vimos al forastero levantado hasta la misma altura de Antenor, para ser tirado de espalda como un trapo.

Se acabó. Lo levantamos para sentarlo en el suelo, con las espaldas apoyadas contra la pared de la pulpería. Se desangraba por el pecho a borbollones.

Hicimos un arco de expectativa en torno suyo. Con inútil angustia presenciábamos el inevitable avance de la muerte, que en cada inspiración se le entraba en el cuerpo, para expulsar la vida en un chorro de sangre y de calor. Un momento se detuvo el baldeo trágico. El moribundo, terroso de haberse vaciado en aquel espasmo, alcanzó a decir muy bajo:

—Aura va a venir la policía a buscarlo a ese hombre. Ustedes son testigos todos de que yo lo he provocao.

Antenor, a caballo, huía.

Bañado el vientre y las piernas en sangre, el forastero comenzaba a ponerse duro. Un paisano repetía furioso:

—Porquería...; nos alabamos de ser cristianos y a lo último somos como perros...; sí, como perros.

Otro, más tranquilo y más pensativo, alegaba:

—Nos mata el orgullo, amigo. Cuando un hombre nos insulta, lo mejor que podríamos hacer es llamarnos Juan. Pero tenemos nuestro orgullo, que nos hace querer hablar mah'alto, y una palabra trai otra y al fin no queda más que el cuchillo.

—...Sí, señor; como perros somos y muy conformes estamos por llamarnos cristianos...

—Yo —dijo mi padrino— he tenido más de muchas de estas diferencias con hombres que eran o se craiban malos y nunca me han cortao..., ni tampoco he muerto a nadie, porque no he hallao necesidá. Con todo, el mocito que se ha desgraciao no lleva culpa. La pelea, en güena ley y asigún el mesmo desafío del finao, debió concluir donde lo cortaron.

—Y por hembras, señor —decía otro—; por una hembra que yo he conocido y que era una perra, como dijo el mocito..., y después de añazos tal vez. Pero, qué quiere, es el destino y ese hombre traiba el empeño de que se cumpliera.

El muerto quedaba allí, de testigo, con los ojos abiertos y el cuerpo ya sin necesidades. Le echaron encima una cobija vieja, para que no lo aqueresaran las moscas.

A las cansadas, cayó la policía con un médico, que avanzó hacia el finao y lo descubrió ante nosotros y los dos "latones" que lo acompañaban.

Después de revisarlo, el de ciencia dijo palabras que guardé en mi memoria y cuyo significado cabal sólo supe años después:

—¡Qué puñalada! Cuando yo era practicante, y no fui débil, sudaba media hora para abrir así un tórax.

El pulpero malo no había salido.

Dejamos a los hombres de aquella escena preparar los primitivos medios de transportar el cadáver, y nos despedimos.

## CAPITULO XXIV

Largas cavilaciones me atrajo el hecho brutal que había presenciado. Que un hombre tranquilo y alegre como Antenor se hubiera visto obligado primero a pelear, después a matar, me resultaba algo en verdad asustador. ¿No se es dueño entonces de nada en la propia persona? ¿Un encuentro inesperado puede presentarse, así, en forma de destino, para desbaratarlo a uno en su propio modo de ser? ¿Somos como creemos, o vamos aceptando los hechos a manera de indicaciones que nos revelan a nosotros mismos?

Revisaba mi vida, la de mi padrino, la de cuanta gente conocía. Sólo Don Segundo me daba la impresión de escapar a esa ley fatal, que nos cacheteaba a antojo, haciéndonos bailar al compás de su voluntad. ¿Qué hubiera sido de mí, si en lugar de cortarlo a Numa en la frente, acierto a degollarlo? ¿Y si Paula acepta mis amores? Y allá más lejos, ¿si no paso por una encrucijada de callejones, en mi pueblo, al mismo tiempo que Don Segundo?

¡Suerte! ¡Suerte! ¡No hay más que mirarte en la cara y aceptarte linda o fea, como se te dé la gana venir!

Por su bien, el resero tiene la vida demasiado cerca para poder perderse en cavilaciones de índole acobardadora. La necesidad de luchar continuamente, no le da tiempo para atardarse en derrotas; o sigue, o afloja del todo, cuando ya ni un poco de poder le queda para encarar la vida. Dejarse ablandar por una pasajera amargura, lo expone a tomar el gran trago de todo cimarrón que se acoquina: la muerte. Una medida grande de fe le es necesaria, en cada momento, y tiene que sacarla de adentro, cueste lo que cueste, porque la pampa es un callejón sin salida para el flojo. Ley del fuerte es quedarse con la suya o irse definitivamente.

¿Por qué, si no por una absoluta confianza, era tan tranquilo mi padrino en las peores emergencias? Sin inmutarse, por darla de antemano toda perdida, sonreía con razón ante las dificultades.

"Del suelo no voy a pasar", suele decir el domador, respondiendo a las bromas de los que pronostican un golpe, entendiendo con ello que a todo hay un límite y que, al fin y al cabo, el poder está en no asustarse ante él. "De la muerte no voy a pasar", parecía ser el pensamiento de mi padrino, "y la muerte ni me asusta, ni me encuentra arisco".

Cuando todos estaban de ida hacia la muerte, él venía de vuelta. El dolor, según aprecié más de una vez, era como su pan de cada día, y sólo la imposibilidad de mover algún miembro herido o golpeado, le sugería una protesta. "La osamenta", como solía llamar a su cuerpo, no debía "desnegarse" al empleo que se le quisiera dar.

Pero todos esos pensamientos míos no pasaban de ser más que conjeturas. Verdad era su absoluta indiferencia ante los hechos, a quienes oponía comentarios irónicos.

¡Quién fuera como él! Yo sufría por todo, como un agua sensible al declive, al viento, al sol y a la hojita del sauce llorón que le tajea el lomo. Y también tenía mis mojarras en la cabeza, que a veces coleaban haciéndome sonar la orillita del alma.

Siguiendo el hilo de los hechos, diré que una semana anduvimos sin trabajo. Al cabo de ella, nos conchabaron para peones de un arreo de seiscientos novillos, que un estanciero mandaba a corrales. Según la gente baquiana de aquellos caminos, teníamos para doce días de marcha, poniendo a nuestro favor el buen tiempo y la buena salud de la tropa.

Salimos al atardecer de un día por demás caliente y tormentoso. De ensillar no más sudábamos, y no había cosa en el campo que no esperara uno de esos chaparrones que primero lo apampan a uno por su violencia, para después dejarlo derechito como un pastizal naciente.

Ya, antes de salir, dos aguaceros nos castigaron de soslayo, muy de paso, dejando la tierra fofa de los callejones, corrales y limpiones, como con sarpullido. Lo grueso de la tormenta nos esperaba, sin embargo, agazapada en nubes, hecha montón para el lado del Sur. Como podía refrescar fuerte, nos preparamos una actitud de resistencia ante el posible viaje bravo.

Después de cenar, entrada ya la noche, de un momento de calor pesado salió un viento fuerte. Hacía rato ya, los refucilos grietaban las nubes renegridas del horizonte Sur. La hacienda nerviosa, se iba asustando por grados. La mancarronada relinchaba con desasosiego y, nosotros mismos, sentíamos la desazón del tiempo como nuestra. ¡Linda noche para perder animales! Cada relámpago nos mostraba, en tintes lívidos, un campo impasible en que marchaba alborotada nuestra tropa vigilada de cerca por los reseros. Arriba, algo informe, oscuro, acabaría por caérsenos encima, de un momento a otro. Bajo los golpes de luz, percibíamos en un chicotazo las cosas demasiado claras, y los novillos blancos, como también los rosillos plateados y las manchas de los overos, se nos metían en los ojos. Después, quedábamos perdidos en la noche, con la visión rápida encajada en la memoria como una cicatriz en el cuero. Y andábamos hasta otro relámpago. Al viento siguió calma. En el cielo había grandes charcos y ríos plateados, sobre un fondo de chatos remansos negros. Sin embargo, veíamos avanzar, a toda carrera, largas hilachas de nubes grises, perdidas de rumbo como yeguada cimarrona ante el incendio de un pajal.

El capataz nos mandó no descuidar la hacienda, que remolineaba también perdida en su susto. Un rayo cayó como estampido que, de seco, pareció rajarnos las carnes. Me dije que el viento venía de bajo tierra.

La tropa se partió en puntas, como una tosca que se desmorona en el agua. Recordábamos que teníamos que pasar por el cauce de un zanjón hondo y, previendo un cataclismo de animales cayendo, quebrándose, empantanándose en el fondo de aquél, corríamos mal que mal a impedir que así sucediera. Yo no veía nada. Las puntas del pañuelo me golpeaban la cara, el ala del chambergo se me pegaba en los ojos; el viento

me impedía castigar el caballo que, sin embargo, corría porque sí tal vez, habiendo perdido el norte, como la hacienda.

Me llevé un bulto por delante. Comprendí que era el caballo de algún charré sorprendido por la ventolina. ¿Hombres, mujeres? ¡Que Dios les alivie el susto! Seguí mi apuro hasta dar con el mancarrón, de pecho, contra un montón de vacunos.

Caía agua a chorros y mermó el viento. Oí gritar a uno de mis compañeros y me acerqué al grito. Juntos peleamos para impedir que las bestias, precipitándose unas contra otras, siguieran cayendo en la zanja. Mi caballo resbaló con las patas traseras y me fui, me fui como chupado por los infiernos, sin saber adónde. Paró la resbalada sin que, por suerte, el animal se me diera vuelta. Tuve tiempo de ver que mi redomón, al levantarse sobre los garrones, pisoteaba un novillo caído. No había caso de sujetar. El terror lo abalanzaba adelante. Cayó sobre el costillar derecho, apretándome un poco la pierna contra un gran terrón de la barranca. Se afirmaba afanoso en la punta de los vasos. Volví a veces para atrás, patinando sobre el anca. Se iba de hocico. Se tendía, todo voluntad, hacia arriba, donde al fin llegamos.

A todo esto, la tormenta había pasado como un vuelo de halcón sobre un gallinero.

Pudimos más o menos vernos y juntar, a duras penas, los novillos dispersos. Di parte al capataz de mi encuentro en el fondo del zanjón. Si había pisado un novillo, tenía motivos para presumir que otros se hallaban, allí, caídos de manera tal que no podían salir. Así era; y con excepción de los que quedaban guerreando con la tropa, bajamos todos a lo hondo de la grieta, donde forcejeamos a lazo y hasta a mano, para enderezar a los caídos y cuartear a los embarrancados. En un barro machucado por el pisoteo, los mancarrones pisaban en falso, buscando los desniveles apropiados para apoyar sus vasaduras; y había que saber abrirse a tiempo en la caída y la costalada, en las que, al menos descuido, se deja un hueso, en una quebradura que suena como gajo que se astilla dentro de una bolsa.

Salimos de barro hasta los ojos. Cinco vacunos agonizaban en el fondo oscuro.

Mientras reanudábamos la marcha, se mandó un chasqui para el pueblo, a fin de que viera al carnicero y le ofreciera en venta, por lo que quisiera pagar, las reses quebradas. El mismo chasqui debía a su vez mandar un hombre al patrón, dándole parte del incidente. Como el pueblo quedaba cerca de la estancia, muy pronto el patrón sabría los detalles.

Obligados por la bravura de la hacienda alborotada con la tormenta, tuvimos que rondar por cuartos. La noche seguía calurosa y pesada. Nada en bien nos había valido el aguacero bruto, los rayos y los remolinos de viento.

Una madrugada barcina nos permitió seguir la huella, entre vahos de humedad, después que el capataz hubo contado sus animales. En el día,

no paramos más que para el almuerzo, la comida y la cena. Acobardados por la infeliz salida, íbamos todos de mal talante y, como los animales porfiaran, siempre rebeldes, les dimos caminos hasta hartarlos, a ver si en algo se sosegaban.

Otra vez rondamos.

Aparte de las preocupaciones generales, yo tenía las mías. Llevaba sólo tres caballos mansos: el Moro, el Vinchuca y el Guasquita, restos de mi antigua tropilla, y los dos baguales que recibí como pago de la doma de los bayos. No podía contar por seguro al reservado; en cuanto al otro, le tocaría un aprendizaje al cual no podía prever si respondería.

Nuestra tercera jornada de arreo nos regaló una buena refrescada. A la mañana, nos tocó cruzar un campo abierto, donde se nos desparramó la tropa.

Traíamos, como mal elemento, unos treinta torunos chúcaros, que a cada dos por tres peleaban, armando un griterío de matones en una fiesta. Un bayo bragado era el peor y ya, unas cuantas veces, se nos había trenzado con un palomo, obligándonos a separarlos a argollazos. El bayo no entendía de obediencia, y una vez caliente, se nos venía de un hilo.

Aprovechando el desparramo de la tropa, los torunos se toparon de firme. Como moscas, nos les prendimos sin darles cuartel. En una vuelta de mala suerte, un tal Demetrio se pasó de largo al tiempo que el bragado, habiendo conseguido doblarle el cogote a su contrario, ponía todas sus fuerzas en un envión. El palomo se arqueó como víbora, mezquinando el flanco, y el otro, sobrándose, fue a dar contra el caballo de Demetrio. Aunque el toruno no tuviera del lado derecho más que un pedazo de aspa quebrada y gruesa, se la encajó al mancarrón por las verijas, bajándole las tripas. Mientras entre tres lo enlazaban y alejaban al bicho bravo, caímos como caranchos sobre la víctima, que el dueño tuvo que degollar, y yo por las botas, otro por las lonjas, hicimos negocio dejándolo pelado al finadito en un santiamén.

Para la noche, marchamos por unos callejones, pero con tan mala suerte que nos cruzamos con dos tropas, lo que nos obligó a rondar por tercera vez.

Y ya empezamos a cansarnos en serio.

No estaba yo en mis tribulaciones de bisoño. Sabía que si en gran parte se resiste por tener hecho el cuerpo a la fatiga, más se resiste por tener hecha la voluntad a no ceder. Primero el cuerpo sufre, después se azonza y va, como sin tomar parte, adonde uno lo lleva. Después, las ideas se enturbian; no se sabe si se llegará pronto o no se llegará nunca. Más tarde las ideas, tanto como los hechos, se van mezclando en una irrealidad que desfila burdamente por delante de una atención mediocre. A lo último, no queda capacidad vital sino para atender a lo que uno se propone sin desmayo: seguir siempre. Y se vive nada más que por eso y para eso, porque todo ha desaparecido en el hombre fuera de su propó-

sito inquebrantable. Y al fin se vence siempre (al menos así me había sucedido) cuando ya a uno la misma victoria le es indiferente. Y el cuerpo cae en el descanso, porque la voluntad se separa de él.

Seis días más anduvimos, entre fríos y mojaduras, rondando casi todas las noches nuestro arreo, siempre matrero, cruzando barriales y pantanos, juntando cansancio de a camadas y apilándolo en nuestros nervios. Mi reservado me costó un día de lucha, bellaqueando al menor descuido bajo el lazo, en una atropellada, por cualquier motivo. Pero no le bajé ni los cueros ni el rebenque, hasta que lo rindiera el rigor. ¿Se me podía pasmar? Paciencia. No era con él un asunto de cortesía.

Veníamos todos como indios de desarrapados, barrosos y taciturnos. Demetrio, el hombre más grandote y fuerte de los troperos, parecía anonadado por el cansancio. ¿Quién podía jurar que estaba mejor? Por fin alcanzamos un lugar en que el reposo sería seguro. Había un potrerito donde dejar la hacienda, sin peligro de que se fuera, y un galpón donde dormir al abrigo.

Llegamos temprano en la tarde. Echamos los animales al potrero y nos volvimos al tranquito para el lado de las casas. Demetrio iba delante. Al llegar al palenque, el mancarrón se le espantó a lo bruto. Demetrio cayó como un cuarto de yerba, sin volver a levantarse ni intentar un movimiento. Se había golpeado la cabeza. Una de esas terribles y repentinas quebraduras de nuca. Arrimándonos, vimos que respiraba con tranquilidad. Don Segundo rió:

—Venía cansadazo. . .; se ha dormido sobre del golpe.

Le desensillamos el caballo, le tendimos el recado a la sombra y lo colocamos encima.

Ahí quedó, sin darse cuenta siquiera que el sueño lo había agarrado a traición, en el suelo, donde tal vez, a pesar del golpe, sintió que aflojar el cuerpo y no querer más nada es algo maravilloso.

Los demás mateamos un poco. Teníamos por delante la seguridad de una noche tranquila y eso nos volvía alegres y dicharacheros.

Dimos agua a nuestros caballos, los bañamos, arreglamos nuestras prendas de trabajo, injiriendo un lazo aquel a quien se le había cortado, cosiendo éste un maneador, el otro acomodando sus bastos o un bozal. Y esperamos con calma que se nos fuera acercando la noche, poco a poco, como una cosa grande y mansa en la que nos íbamos a ir suavecito, de costillas, como un río que va gozando su carrerita de olvido y comodidad.

## CAPITULO XXV

Nos levantamos medio tarde, a la salida del sol. Demetrio había dormido doce horas, nosotros ocho. Era suficiente para desentumirnos y, aunque nos enderezáramos con gran disgusto del cuerpo, nos hallábamos, después de matear, listos para otra patriada.

El inconveniente por mí previsto, se agrandaba. Mis tres caballos estaban más que cansados; el reservado, trasijado después de nuestra lucha; el redomón no me parecía por demás garifo. ¿Qué hacer? Que el capataz me entregara mis pesos, dándome de baja, era una vergüenza. Mi padrino podría prestarme uno de sus caballos o dos, pero quedaría entonces tan desplumado como yo.

En tan malas cavilaciones me encontraba cuando, ya alta la mañana, pasamos por las quintas de Navarro.

Dejé mis tristezs para atender mis recuerdos. ¡Qué curioso!: los mismos lugares que me veían abatido y pobre, habían presenciado mi más grande optimismo y mi mayor riqueza. Por allí mismo pasé, orondo y ladino, sentado medio al sesgo sobre el bayo Comadreja, que sabía "cortar chiquito", pulsando la suerte que en la riñas de gallos me había llenado el tirador de papeles de a diez.

¡Qué día aquél! ¡Qué gallo el bataraz pico quebrado! ¡Cómo había peleado sin flojeras durante una hora, esperando su momento y cómo había sabido aprovecharlo cuando vino! Me reía solo, evocando mi audacia para ofrecer y tomar posturas, mi fe en que no perdería, mi desfachatez de mocoso engreído al recibir el pago de las apuestas. ¿No había creído entonces que ése era mi destino y que la suerte me pertenecía? Recordé también nuestro almuerzo en la fonda. Había unos gringos groseros y charlatanes, ¿de qué nación?, y un gallego hablaba de romerías.

Que un recuerdo traiga otro, es natural. Pero que un recuerdo traiga a un hombre, es cosa extraordinaria. Alguien hablaba a mi padrino y, no sé por qué, supuse se trataba de mí. Era un conocido, muy conocido. ¿Cómo no?, si era Pedro Barrales. Sin embargo, no tenía yo la alegría que hubiera sido natural, y cuando, aunque cohibido, me acerqué con cordialidad a estrechar la mano del compañero, éste se tocó con incomprensible respeto el ala del chambergo, agraciándome con un "¿cómo le va?", que no entendí.

—¿Qué te pasa hermano? —dije algo encrespado en mi incertidumbre—. Si tenés algo contra de mí decilo, que no es güeno andarse mezquinando la cara como las mujeres.

Pedro lo miró a Don Segundo, indeciso e interrogante. Mi padrino intervino.

—Empezá por no enojarte ni andar atropellando, que más bien necesitás de tu tranquilidá. Pedro te trai una noticia. Ahi tenés un papel que te va a endilgar en lo cierto mejor que muchas palabras. Graciah'a Dios no sos mujer ni te has criao a lo niño pa andar espantándote por demás. Tomá, ya estáh'alvertido.

El sobre decía:

"Señor Fabio Cáceres".

—¿Y qué tengo que ver? —grité casi.

—Abrí —me respondió mi padrino.

La carta estaba firmada por Don Leandro Galván, y decía:

"Estimado y joven amigo:

"No dudo de la sorpresa que le causarán estas líneas. Tal vez le resulten un tanto bruscas, pero, a la verdad, no tenía a mano ningún modo de comunicarme con usted.

"Su padre, Fabio Cáceres, ha muerto y deja. . .".

Vi muchas cosas de golpe: Mis paseos, mis petisos, mis tías. . . ¡eran en verdad mis tías! Miré alrededor. Pedro y mi padrino se habían alejado. La tropa también. Un extraño sentimiento de soledad me apretaba el alma, como si hubiera querido limitarla a algo chico, demasiado chico. Me bajé del caballo y, contra el alambrado del callejón, seguí leyendo:

"Su padre, Fabio Cáceres, ha muerto y deja en mis manos la difícil e ingrata tarea de llevar a cabo lo que él siempre pensó. . .".

Saltié unas líneas: ". . .soy, pues, su tutor hasta su mayoría de edad. . .".

Volví a montar a caballo. El campo, todo me parecía distinto. Miraba desde adentro de otro individuo. Un extraño tropel de sentimientos, en mí intactos, se me arremolineaban en la cabeza: ternura, tristeza. Y de pronto, una ira ciega de hombre insultado de un modo rebajante, sin razón. ¡Qué diablos! Tenía ganas de disparar o de embestir contra cualquier cosa, para inferir sangre de carne por la sangre de alma que sentía chorrear dentro mío.

Alcancé a Don Segundo y a Pedro. Mi padrino me dijo que, siendo imposible para mí seguir con la tropa, había arreglado con el capataz, proponiéndole reemplazarme por otro peón.

—¿Y usté? —interrumpí con la brusquedad.

—Yo te acompaño —fue su contestación tranquila.

Sintiendo aquel cariño a mi lado, la rabia se me transformó en congoja. Realicé que era un chico, un gaucho desamparado, y que de golpe perdía algo a lo cual había vivido aferrado. Me encaré con mi padrino:

—Don Segundo, hágame el favor de decirme que ese papelito miente. Yo no soy hijo de nadie y de nadie tengo que recibir consejos, ni plata, ni un nombre tan siquiera.

La imagen de Don Fabio ocupó un momento toda mi atención interrogante:

—¿Y, cómo era ese finao mi padre mentao, que andaba de güen mozo por los puestos, sin mucha vergüenza. . .?

—Despacio muchacho —interrumpió mi padrino—, despacio. Tu padre ni andaba de florcita con las mozas, ni faltaba de vergüenza. Tu padre era un hombre rico como todos los ricos y no había más mal en él. Y no tengo otra cosa que decirte, sino que te queda mucho por aprender y, sin ayuda de naides, sabrás como verdá lo que aura te digo.

—¿Y mi mama?

—Como la finada mi madre, ánima bendita.

No pregunté más nada, pues me pareció que con lo dicho mi madre no podía ser sino una mujer digna de admiración. En cuanto a mi padre,

no había más mal en él que el de haber sido rico. ¿Qué mal era ése? ¿Quería decir mi padrino que yo por mí mismo, con la nueva situación que me esperaba, conocería ese mal? ¿Había un desprecio en su augurio?

De pronto, como si me recuperara, me dio vergüenza haber cedido a mis dudas infantiles y resolví callarme. Más vergüenza me dio pensar que Pedro me miraba ya como a un extraño, y recordar su tratamiento de "usté" volvió a hacerme perder los estribos.

—¿Y vos —le dije, arrimando mi caballo al suyo— no tenés más que hacer que tratarme de usté y tocarte el sombrero porque soy un *niño* con unos cuantos pesos y tal vez pueda, con mi plata, hacerte un favor o un daño?

Palideciendo al insulto, Pedro tomó el rebenque por la lonja para asestarme por la cabeza el cabo. ¿Morir de una puñalada, allí en el callejón? Todo me parecía bien, salvo el falso respeto y distanciamiento de mis amigos.

—Mejor, bajate ——le dije echando pie a tierra y mano a mi cuchillo. Pero me encontré frente a mi padrino, que me tomó de un brazo diciéndome:

—Si es que te has caido, yo te puedo ayudar a subir.

Comprendí que una resistencia de mi parte se encontraría con una paliza y me alegré de un modo que tal vez otros no hubieran comprendido. Para Don Segundo yo seguía siendo el mismo guachito y quise significarle mi gratitud. dándole un título que nunca, hasta entonces, se me había ocurrido:

—'stá bien, Tata.

—Si soy tu Tata, le vah'a pedir disculpas a ese hombre que has agraviao.

—¿Me perdonáh'ermano? —dije estirando la mano a Pedro que rió de buena gana, como declarándose vencido:

—No al ñudo te has criao como la biznaga.

Resueltos así mis primeros pleitos, correspondientes a la situación que una vida nueva me creaba, me propuse callar con empeño, a fin de pensar. Pero ¡qué pensar! ¿Acaso era dueño de la tropelía que me arrebataba el juicio con variados disparates, tan pronto aparecidos como reemplazados por otros? No encontraba, en mí, razón ni palabra. Imágenes eran las que saltaban ante mi esfuerzo, con increíble rapidez. Me veía frente a Don Leandro, rehusando con altanería mi herencia. "Si en vida del finao —decía yo— no ha sabido reconocerme como hijo, yo aura lo desconozco como padre". Me encontraba en mis posesiones con un hombre de ley, dictándoles mis propósitos de hacer picadillo de aquellas tierras, para repartirlas entre el pobrerío. Me imaginaba disparando de mi nueva situación, como Martín Fierro ante la partida... ¿Qué diablos iba a sacar en limpio de todo ese bochinche?

Gracias a Dios, me cansé de tales ejercicios. Entonces mis ojos cayeron sobre el tuse de mi caballo. Del tuse pasé al cogote tranquilo del animal,

distraído en su tranco. Del cogote a las orejas, atentas a no sé qué ruido; detrás de las orejas miré el fiador del bozal, las cabezadas; después el recado, mis ropas. La rastra, apoyada entre mis ingles, era mi única prenda de riqueza. ¡Qué raídas por el trabajo, las lluvias y el sol estaban mi blusita y mis bombachas! ¿Tiraría todo eso?

Parece mentira: en lugar de alegrarme por las riquezas que me caían de manos del destino, me entristecía por las pobrezas que iba a dejar. ¿Por qué? Porque detrás de ellas estaban todos mis recuerdos de resero vagabundo y, más arriba, esa indefinida voluntad de andar, que es como una sed de camino y un ansia de posesión, cada día aumentada, de mundo.

A pedido mío, fuimos hasta donde estaba la tropa, a despedirnos de los compañeros. En los sucesivos apretones de mano, era como si me dijera adiós a mí mismo. Llegando al último, sentí que me acababa. Por fin nos retiramos dándoles la espalda. Todas las penas que me había dado para ser un resero de ley, quedaban en mi imaginación como una montonera de huesitos de difunto.

El mismo rancho, el mismo hombre que nos albergaron aquel día de la riña, nos vieron llegar con el propósito de hacer noche.

Todo fue cordial, menos mi silencio. Por momentos, mientras adelantaba la oscuridad, me iba perdiendo de lo demás, como si se me fuesen quebrando una serie de dolorosas coyunturas que me unían al mundo. En la misma charla de los tres hombres, me sentía ajeno.

Algo incomprensible pesaba sobre mi entendimiento.

Mi noche fue una sucesión de pesadillas y pensamientos que siempre orilleaban las mismas imágenes de llegada a lo de Don Leandro, de rechazo de mis mal heredados bienes, de huída. Cansado en mis ideas, daba vuelta a la misma matraca, rompiéndome los oídos con su bullanga, sin ver salida útil a tales desvaríos

La madrugada me encontró flojo como una lonja mojada. Me levanté, por dejar de sufrir sobre el recado, y empecé a ensillar para irme, con la sensación de que dejaba el alma por detrás, perdida campo afuera.

Don Segundo y Pedro también ensillaban. Hacíamos los mismos ademanes y, sin embargo, éramos distintos. ¿Distintos? ¿Por qué? De pronto había encontrado, en esa comparación, el fondo de mi tristeza: *Yo había dejado de ser un gaucho.* Esa idea dejó mi pensamiento inmóvil. Concretaba en palabras mi angustia y por esas palabras me sentía sujeto al centro de mi dolor.

Concluí en ensillar. El sol salía. Fuimos a la cocina a tomar unos verdes. Todo eso nada importaba.

Cuando silencioso, desde hacía un rato, chupábamos por turno la bombilla, dije como para mí:

—Así que aura galopiamos hasta lo de Don Leandro Galván. Allí me saluda la gente como a un recién nacido. Después me entregan mis bienes y mi plata... ¿no eh'así?

Sin comprender bien adónde iba a parar con mi discurso, Pedro asintió:

—Así es.

—Más tarde me hago cargo del establecimiento; me cambeo de ropa pa vestirme como un señor; dentro a mandar a la gente y me hago servir como un manate... ¿no eh'así?

—Ahá.

—Y eso quiere decir que ya no soy un gaucho, ¿verdá?

Mi padrino me miró fijo. Por primera vez me parecía verlo sorprendido de verdad, o tal vez curioso.

—¿Qué más te da? —interrogó.

—Cierto es..., ¿qué más me da?... Pero yo hubiera desiao más bien que los caranchos me hicieran picadillo la carne... o entregar la osamenta a Dios en la orilla de una aguada, como cualquier animal arisco... o perderme en la pampa a lo matrero. Más que las lindezas con que hoy me agracia el destino, me valdría haber muerto en la ley en que he vivido y me he criao, porque no tengo condición de víbora pa andar mudando pelechos ni mejorando el traje.

Don Segundo se levantó en señal de partida. Sujetándolo de un brazo le interrogué ansioso:

—¿Es verdad que no soy el de siempre y que esos malditos pesos van a desmentir mi vida de paisano?

—Mirá —dijo mi padrino, apoyando sonriente su mano en mi hombro—. Si sos gaucho en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina'e tropilla.

## CAPITULO XXVI

Tanto las yeguas como los caballos viejos olfatearon el camino de la querencia. Yo también sentía contenidamente esa aproximación a mis pagos, de donde tan desplumado y dolorido había salido, jurando en mi interior no volver. Pago es patria chica y, por más que nos independicemos, nos quedan metidas dentro cuñas de goce o de dolor, ya hechas carnes con el tiempo.

Sin querer apurar al galope, llegamos esa noche a Luján.

Al día siguiente partimos, y mis ojos empezaron a acostarse en lo conocido, como en un sueño evocado de intento. El olor particular de los pastos y de algún arroyo se me metían en el pecho como en su casa.

Hicimos noche en la pulpería de "La Blanqueada", ¡qué de recuerdos!, donde el pulpero nos agasajó, sin dejar de decirme, al fin, palmoteándome las espaldas:

—Y ahora estoy yo a tu disposición, pa que saqués de mi casa lo que quieras, y me pagués en seguidita como yo te pagaba los bagres.

¡Muy bien! ¿Me recibirían todos así, o me mostrarían un respeto tan falso como repugnante?

Con gusto, pues, dormí esa noche en el patio de la pulpería.

Al día siguiente, como nos íbamos a ver a Don Leandro sino a la tarde, tuve ocasión de espiar qué intenciones había en el trato de la gente.

El peluquero me saludó como si me hubiese presentado con el traje que los príncipes usan en los cuentos de magia. Me llamó "Señor" y "Don", hasta cansarse, y ni se acordó de mi pasada indigencia, ni de mi actual ropa, ni de las propinitas con que supo pagarme algún servicio menudo.

El platero me ofreció sus vidrieras; tampoco se acordó de haberme errado un escobazo, un día en que, acompañado por algunos vagos como yo, le habíamos preguntado si la plata que empleaba en sus trabajos ya había aprendido a andar sola, o si necesitaba entreverarse con otros amigos.

Los copetudos, que tantas veces divertí con mis audacias de chico perdido, se mostraron más cariñosos que nunca y colegí que algunos me miraba como si me vieran la cara remendada con patacones.

Juré que ni el peluquero me cortaría el pelo, ni el platero me vendería un pasador, ni los copetudos me pagarían una copa. Por otra parte, hacía años les había hecho la cruz y me quedaría en mis veinte.

A mediodía, comimos con Don Segundo en "La Blanqueada", donde menudearon las bromas y los recuerdos y los proyectos. Don Pedro era por cierto el pulpero más gaucho del mundo y, antes que hablarme de riquezas, me hizo mil preguntas sobre mi larga ausencia, queriendo saber si me había hecho jinete, qué tal era para el lazo, cuántas mudanzas de malambo había aprendido y si sabía descarnar bien las botas de potro.

De paso, me robó una tabaquerita bordada que llevaba en el bolsillo de la blusa y, después de concluir de comer, se fue a atender su negocio, sin más cumplimiento que el de pedirnos disculpas por no tener dependiente en el despacho.

Un rato más tarde, tomábamos el callejón a lo de Galván.

Como estuviéramos por llegar, comenzó a preocuparme mi vestuario. Nada había mudado de mis pilchas; sólo quise renovar mi chiripá, mis botas, mi chambergo, una camisa y el pañuelo del pescuezo, para estar paquete, eso sí, pero conservando mi traje de paisano.

Olvidando el buen rato pasado con Don Pedro, volvió a acongojarme mi situación.

Antes, es cierto, fui un guacho, pero en aquel momento era un hijo natural, escondido mucho tiempo como una vergüenza. En mi condición anterior, nunca me ocupé de mi nacimiento; guacho y gaucho me parecían lo mismo, porque entendía que ambas cosas significaban ser hijo de Dios, del campo y de uno mismo. Así hubiese sido hijo legítimo, el hecho de poder llevar un nombre que indicara un rango y una familia me hubiera parecido siempre una reducción de libertad; algo así como cambiar el destino de una nube por el de un árbol, esclavo de la raíz prendida a unos metros de tierra.

Volví a pensar en que iba a ser un hombre rico y que yo era lo que los ricos tienen por la deshonra de una familia.

¡Malhaya!

Nos apeamos en el palenque de los peones, entramos a la cocina donde no había nadie. Un chico apareció, diciéndome que el patrón me esperaba en el patio de los paraísos. Sabía de antes el camino y lo encontré a Don Leandro como cuando le cebaba mate.

—Arrímese, amigo —me dijo cuando me vió.

Me acerqué descubierto y tomé de lejos la mano que me ofrecía. Me miró con un cariño que me turbaba.

—Te has puesto mozo y grande —me dijo—. No tengás vergüenza. Me has conocido como patrón, pero ahora soy tu tutor y eso es casi como quien dice un padre, cuando el tutor es lo que debe ser. Veo que estás cansado —continuó, como haciendo que se equivocaba sobre mi palidez—. No es cosa de aburrirte ahora con detalles, ni consejos. Tenemos mucho tiempo por delante si Dios quiere.

Dejé de oírlo un momento. La voz continuó:

—Ya has corrido mundo y te has hecho hombre, mejor que hombre, gaucho. El que sabe de los males de esta tierra, por haberlos vivido, se ha templado para domarlos...

¿Qué significaban esas palabras oídas? Yo había vivido aquello en un mundo liviano.

Cerca nuestro había un rosal florecido y un perro overo me husmeaba las botas. Yo tenía el chambergo en la mano y estaba contento, pero triste. ¿Por qué? Me habían sucedido cosas extraordinarias y sentía casi como si fuera otro..., otro que había ganado algo grande e indefinido, pero que tenía asimismo una sensación de muerte.

—Te irás de aquí cuando quieras y no antes —siguió la voz—. Allá te espera tu estancia y, cuando me necesités, estaré cerca tuyo...

Dando la conversación por terminada, Don Leandro llamó hacia el lado de la cocina de los peones:

—¡Raucho!

Me sentía bien a pesar de mi crisis moral. Tenía una extraña sensación de existencia nueva.

Un muchachote, vestido a lo paisano, vino y se paró a mi lado. Don Leandro le ordenó:

—Llévelo a este mozo a que largue su caballo y muéstrele su cuarto y acompáñelo en lo que necesite y a ver si se hacen amigos.

—'stá bien, padre.

Mientras íbamos caminando para el lado del palenque, miré a mi futuro amigo. Era más grande que yo, aunque no acusara más edad; parecía curtido por la vida de campo; me daba una impresión de fortaleza, de confianza en sí mismo y de alegre simpatía, tenía una linda cabeza de facciones finas y una expresión de inteligencia franca. En conjunto un paisanito perfecto. No pude dejar de preguntarle:

—¿Usté es hijo'el patrón?

Risueño me respondía:

—Así dicen y dice él.

Llegamos al palenque. Subió en un coloradito de rienda: un redomón. Otra vez pregunté, como siguiendo mi interrogatorio reciente:

—¿Y usté mesmo se doma los caballos?

Tuteándome, como a veces se hace de primera intención entre muchachos, respondió burlón:

—Hasta aura que has venido vos.

Le miré otra vez la cara simpática, el traje, el recado.

—¿Qué me estás filiando? —preguntó a su vez.

Deseando devolverle su cordialidad bromista, le dije:

—¿Sabés lo que sos vos?

—Vos dirás.

—Un cajetilla agauchao.

—Iguales son las fortunas de un matrimonio moreno —rió—. Yo soy un cajetilla agauchao y vos, dentro'e poco, vah'a ser un gaucho acajetillao.

Nos reíamos.

Después de haberme mostrado su tropilla, volvimos para las casas, desensillamos y largamos los caballos.

Me llevó para el que debía ser mi cuarto. Miré la cama, las paredes empapeladas, el lavatorio. Lo miré a Raucho.

—¿No te hallás? —me preguntó.

—Me parece —le dije— que me vi'a pasar la noche almirando las florcitas del papel.

Le hablaba con confianza, fraternalmente, como no lo hubiera hecho con ningún otro rico. Me propuso:

—Si querés tender el recao, allá por el galpón, yo te acompaño.

—¡Lindo!

Por Raucho conseguí permiso para comer en la cocina de los peones. Don Leandro debió comprender mi timidez y mandó a su hijo a que me acompañara.

Tomamos unos mates con Don Segundo y con Valerio, que mostró gran alegría de verme. Yo me encontraba conmovido con los recuerdos y, como los modos y el traje de Raucho me hacían olvidar mi cambio de situación, lo llevé por donde más podía encontrarlos.

—Aquí dormí la primer noche. Estos chiqueros los barría antes de la salida'el sol. ¿Vive entuavía el petiso Sapo? ¡Vierah'ermano qué contento me puse cuando volví de lo de Cuevas con el Cebrunito! ¿Está siempre Cuevas?

Me quedé suspenso, esperando la respuesta. Sentía la boca seca.

—Hace mucho que no está.

Largas horas nos pasamos, esa noche, conversando con mi nuevo amigo. No recordaba haber hablado nunca tanto y hasta me parecía que,

por primera vez, pensaba con detenimiento en los episodios de mi existencia. Hasta entonces no tuve tiempo. ¿Cómo mirar para atrás ni valorar pasados, cuando el presente siempre me obligaba a una continua acción atenta? ¡Muy fácil eso de pensar, cuando minuto por minuto hay que resolver la vida misma! ¡Vaya uno a ser distraído con un redomón arisco bajo el cuerpo y saque quien pueda la cuenta de sus placeres y dolores, cuando de la claridad de la atención dependen el cuero y la derrota! Cierto, había pensado mucho, mucho; pero siempre enfocando las vicisitudes de cada segundo. Había pensado como el hombre que pelea, con los ojos bien abiertos hacia el peligro, y toda la energía pronta para ser empleada, allí mismo, sin dilaciones ni mermas.

¡Qué distinto era eso de barajar imágenes de lo pasado! Yo había vivido como en una eterna mañana, que lleva la voluntad de llegar a su mediodía, y entonces, en aquel momento, como la tarde, me dejaba ir hacia adentro de mí mismo, serenándome en la revisión de lo que fue.

Como un arroyo que se encuentra con un remanso, daba vueltas y me sentía profundo, lleno de una pesada quietud.

Me cansé de hablar y de removerme el alma. Callé un rato largo.

Mi compañero se había dormido. Mejor. Ahí estaba la noche, de quien me sentía imagen.

Morirme un rato. . .

Hasta que la raya de luz de la aurora, viniera a tajearme a lo largo los párpados.

## CAPITULO XXVII

La laguna hacía en la orilla unos flequitos cribados. Por la parte media, en unos juncales ralos, gritaban los pájaros salvajes.

Una fatiga grande pesaba en mi cuerpo y en mis pensamientos, como un hastío de seguir siempre en el mundo sembrando hechos inútiles.

Iba a pasar un momento triste, el momento que en mi vida representaría, más que ningún otro, un desprendimiento.

Tres años habían transcurrido desde que llegué, como un simple resero, a trocarme en patrón de mis heredades. ¡Mis heredades! Podía mirar alrededor, en redondo, y decirme que todo era mío. Esas palabras nada querían decir. ¿Cuándo, en mi vida de gaucho, pensé andar por campos ajenos? ¿Quién es más dueño de la pampa que un resero? Me sugería una sonrisa el solo hecho de pensar en tantos dueños de estancia, metidos en sus casas, corridos siempre por el frío o por el calor, asustados por cualquier peligro que les impusiera un caballo arisco, un toro embravecido o una tormenta de viento fuerte. ¿Dueños de qué? Algunos parches de campo figurarían como suyos en los planos, pero la pampa de Dios había sido bien mía, pues sus cosas me fueron amigas por derecho de fuerza y baquía.

Está visto que en mi vida el agua es como un espejo en que desfilan las imágenes del pasado. A orillas de un arroyo resumí antaño mi niñez. Dando de beber a mi caballo en la picada de un río, revisé cinco años de andanzas gauchas. Por último, sentado sobre la pequeña barranca de una laguna, en mis posesiones, consultaba mentalmente mi diario de patrón.

Si al recibir mi campo de manos de Don Leandro hubiera seguido mi sentir, andaría aún dejando el rastro de mi tropilla por tierras de eterna novedad. Dos cosas me decidieron entonces a cambiar de parecer: los consejos de mi tutor, apoyados en claras razones, y el refuerzo que de éstos me llegaba por boca de mi padrino. Más sólido argumento fue recibir de Don Segundo la aceptación de quedarse en el campo.

Casi de más está decir que los dos primeros años viví en el rancho de mi padrino. Desde mi llegada, por cierto, no miré a la casa principal como residencia de elección. Conservaba yo muy vívido un instinto salvaje, que me hacía tender cama afuera y escapar de todo encierro. También continué levantándome al alba y acostándome a la caída del sol, como las gallinas.

La casa grande y vacía, poblada de muebles serios como mis tías, no me veía más que de paso. Seguían sus vastos aposentos siendo del otro hombre, cuya memoria no podía acostumbrarme a encarar como la de un padre. Y, además, me parecía que también ella se iba a morir, significando su presencia sólo un recuerdo frío. De haberme atrevido, la hubiera hecho echar abajo, como se degüella, por compasión, a un animal que sufre.

Como el potrero a cargo de Don Segundo quedaba lindando con el campo de los Galván, nos reuníamos frecuentemente con Raucho. Nuestra amistad se había sellado muy pronto, ofreciéndonos como prenda de simpatía el gusto de intercambiar potros. El me dio los primeros galopes a unos bayos que me regaló para entablar la tan deseada tropilla de ese pelo. Yo le correspondí de igual modo y en igual cantidad, con unos alazanes. Mutuamente nos servimos de padrinos durante la amansadura. Nuestro compañerismo, por cierto, no podía haberse cimentado mejor, ni de modo más gaucho. Para dos muchachones que andaban a caballo, de sol a sol, era una forma de estar siempre presentes el uno para el otro.

Nuestro trato era frecuente en lo de Don Segundo, sin contar los días en que Don Leandro nos llamaba a su lado, para enseñarnos el manejo de un establecimiento. Pero en casa de mi padrino pasábamos los mejores ratos, mano a mano con el mate o una guitarra por medio mientras el grande hombre nos contaba fantasías, relatos o episodios de su vida, con una admirable limpidez y gracia que he tratado de evocar en estos recuerdos.

Fue a raíz de estas charlas que Raucho acertó a influenciarme con aficiones suyas. Sabía una barbaridad en cuanto a lecturas y libros.

Prestándome algunos me hablaba largamente de ellos. Pero ¡qué diferencia! Mientras yo me veía limitado no sólo por el idioma, sino por mi falta de costumbre, él leía con extraordinaria facilidad lo mismo en francés, italiano y en inglés, que en español. Al lado de esto, Raucho me parecía a veces una criatura libre de dolores, sin verdadero bautismo de vida. Otro motivo de su conversación era el de sus aventuras y diversiones. ¿Qué creía que iba a encontrar? La vida, a mi entender, estaba tan llena, que el querer meterle nuevas combinaciones se me antojaba lamentablemente infantil. Mis argumentos simples nada podían contra su fantasía y, al fin, lo dejaba desfogarse a su gusto. Mi nacimiento, por otra parte, me impedía encarar ningún amorío como una diversión.

A todo esto, poco a poco, me iba formando un nuevo carácter y nuevas aficiones. A mi andar cotidiano sumaba mis primeras inquietudes literarias. Buscaba instruirme con tesón.

Pero no quiero hablar de todo eso en estas líneas de alma sencilla. Baste decir que la educación que me daba Don Leandro, los libros y algunos viajes a Buenos Aires con Raucho, fueron transformándome exteriormente en lo que se llama un hombre culto. Nada, sin embargo, me daba la satisfacción potente que encontraba en mi existencia rústica.

Aunque no me negara a los nuevos modos de vida y encontrara un acerbo gusto en mi aprendizaje mental, algo inadaptado y huraño me quedaba del pasado.

Y esa tarde iba a sufrir el peor golpe.

Miré el reloj. Eran las cinco. Monté a caballo y fui para el lado del callejón, donde hallaría a mi padrino. Resultaba ya imposible retenerlo, después de tanta insistencia inútil. El estaba hecho para irse, siempre, y tres años de permanencia en un lugar, lo habían saturado de inmovilidad. Demasiado sentía yo en mí la sorbente sugestión de todo camino, para no comprender que en Don Segundo huella y vida eran una sola cosa. ¡Y tenerme que quedar!

Nos saludamos como siempre.

A la par, tranqueando, hicimos una legua por el callejón. Entramos a un potrero, para cortar campo, y llegamos hasta la loma nombrada "del Toro Pampa", donde habíamos convenido despedirnos. No hablábamos. ¿Para qué?

Bajo el tacto de su mano ruda, recibí un mandato de silencio. Tristeza era cobardía. Volvimos a desearnos, con una sonrisa, la mejor de las suertes. El caballo de Don Segundo dio el anca al mío y realicé, en aquella divergencia de dirección, todo lo que iba a separar nuestros destinos.

Lo vi alejarse al tranco. Mis ojos se dormían en lo familiar de sus actitudes. Un rato ignoré si veía o evocaba. Sabía cómo levantaría el rebenque, abriendo un poco la mano, y cómo echaría el cuerpo, iniciando el envión del galope. Así fue. El trote de transición le sacudió el cuerpo

como una alegría. Y fue el compás conocido de los cascos trillando distancia: galopar es reducir lejanía. Llegar no es, para un resero, más que un pretexto de partir.

Por el camino, que fingía un arroyo de tierra, caballo y jinete repecharon la loma, difundidos en el cardal. Un momento la silueta doble se perfiló nítida sobre el cielo, sesgado por un verdoso rayo de atardecer. Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre. Y bruscamente desapareció, quedando mi meditación separada de su motivo.

Me dije: "Ahora va a bajar por el lado de la cañada. Recién cuando cruce el río, lo veré asomar en el segundo repecho". El anochecer vencía lento, seguro, como quien no está turbado por un resultado dudoso. Unas nubes tenues hacían largas estrías de luz.

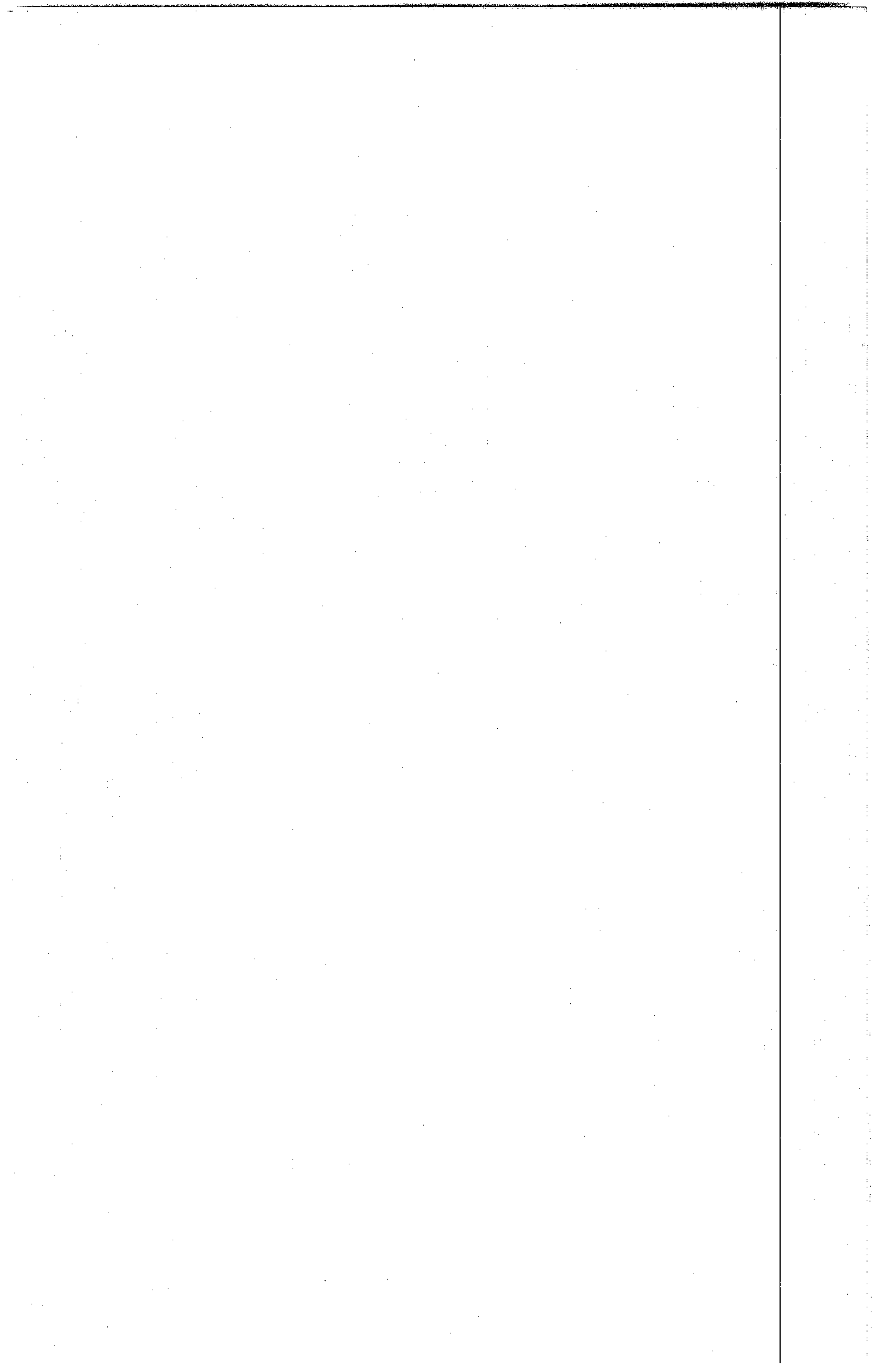
La silueta reducida de mi padrino apareció en la lomada. Pensé que era muy pronto. Sin embargo, era él, lo sentía porque a pesar de la distancia no estaba lejos. Mi vista se ceñía enérgicamente sobre aquel pequeño movimiento en la pampa somnolienta. Ya iba a llegar a lo alto del camino y desaparecer. Se fue reduciendo como si lo cortaran de abajo en repetidos tajos. Sobre el punto negro del chambergo, mis ojos se aferraron con afán de hacer perdurar aquel rezago. Inútil, algo nublaba mi vista, tal vez el esfuerzo, y una luz llena de pequeñas vibraciones se extendió sobre la llanura. No sé qué extraña sugestión me proponía la presencia ilimitada de un alma.

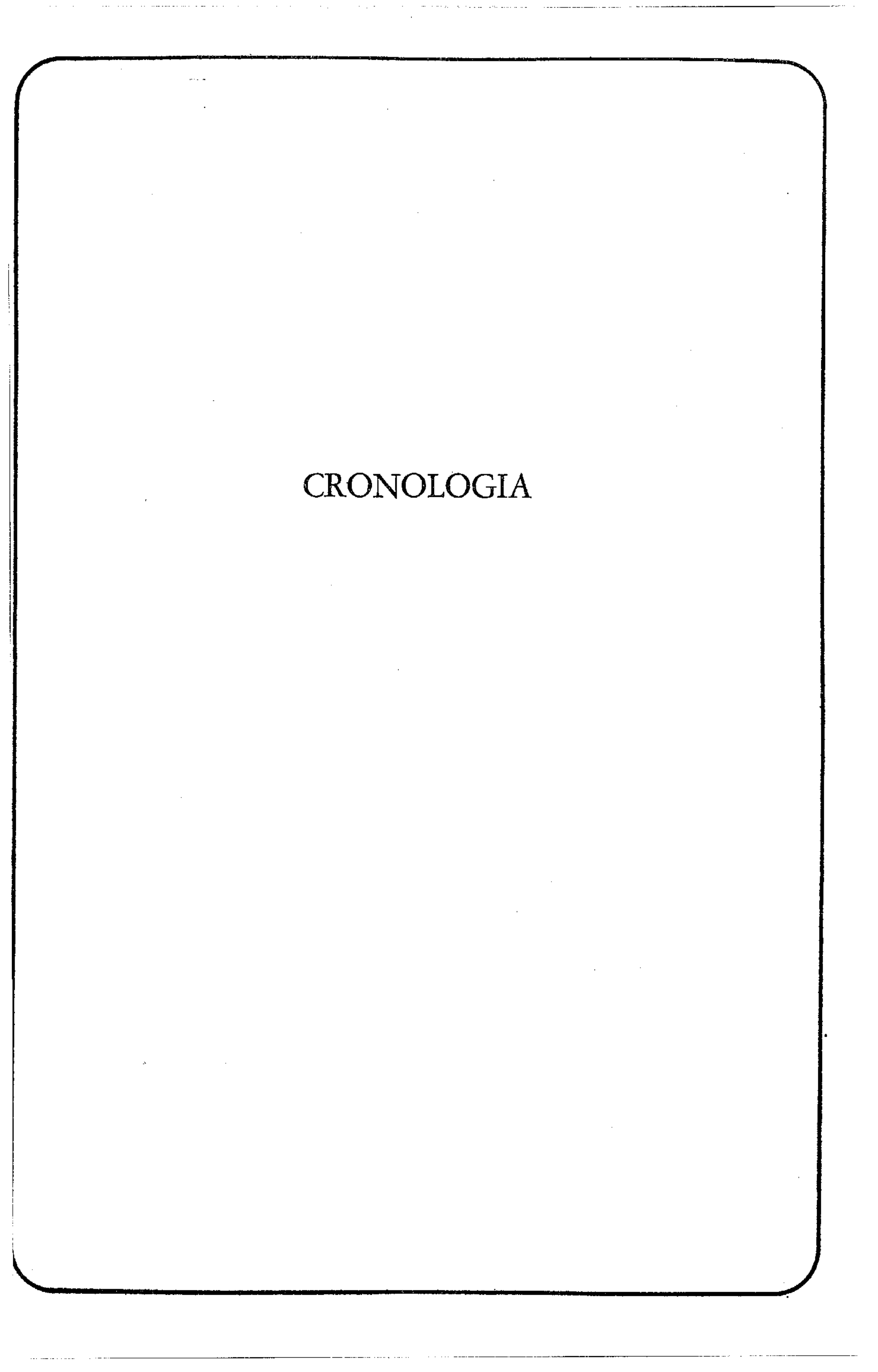
"Sombra", me repetí. Después pensé casi violentamente en mi padre adoptivo. ¿Rezar? ¿Dejar sencillamente fluir mi tristeza? No sé cuántas cosas se amontonaron en mi soledad. Pero eran cosas que un hombre jamás se confiesa.

Centrando mi voluntad en la ejecución de los pequeños hechos, di vuelta a mi caballo y, lentamente, me fui para las casas.

Me fui, como quien se desangra.

"La Porteña", marzo de 1926.





# CRONOLOGIA

| | |
|---|---|
| 1886 | Febrero 13: Nace en la ciudad de Buenos Aires, en el 537 de la calle Corrientes, Ricardo Guillermo Güiraldes, segundo hijo de Manuel Güiraldes y Dolores Goñi. |
| 1887 | Los Güiraldes viajan a Europa y se instalan por cuatro años en los alrededores de París, en Saint-Cloud.<br>En la casa que "de niño he habitado en Saint-Cloud [...] había *limaces* que siempre dan la espalda a su baboso camino de plata. La humedad de los arbolados patios franceses ha sido de mis primeros años" (*Obras completas*, p. 615). |
| 1889 | Nace Adelina del Carril, con quien Ricardo casará en 1913. |
| 1890 | Los esposos Güiraldes y sus tres hijos —Manuel, Ricardo y José Antonio— regresan a Buenos Aires.<br>"Volví hablando francés y alemán. Este último idioma presenció mis primeras aficiones al libro. Leía los cuentos de los Brüder Grimm, los *Andersen Märchen*, miles de historias de aventuras [...]" (*Oc*, 27). |
| 1890/97 | Pasa los meses fríos en una quinta de Caballito, entonces en los alrededores de la Capital, propiedad de su abuelo paterno; el resto del año en la estancia de su padre, *"La Porteña"*, en San Antonio de Areco, provincia de Buenos Aires.<br>"[...] la vida se dividía así: Estancia en primavera, verano y otoño; en invierno, tres meses, vida familiar con abuelos, tíos, etc., en una quinta en el Caballito. Esto está más o menos apuntado en *Raucho*. En todas mis andanzas infantiles he tenido a mi hermano menor como compañero inseparable. Aunque tenía casi dos años menos que yo, éramos del mismo tamaño así como de los mismos gustos" (*Oc*, 35). La estancia llevaba el nombre de la primera locomotora que operó en Argentina. Institutrices que vivían en la casa se encargan de la enseñanza de los niños Güiraldes. |
| 1897 | Sustituye a las institutrices un universitario mexicano, Lorenzo M. Ceballos. "Vivía en casa un señor mexicano, profesor nuestro, que hacía cierto caso de mis intenciones literarias" (*Oc*, 33). De aquella "racha de infantiles relatos alemanes, salté a Julio Verne, a *Los tres mosqueteros*, a todo Dumas y por allí a una desordenada voracidad libresca [...]. |

| | |
|---|---|
| | Había cambiado de idioma y ese cambio fue total [...] seguí con el francés" (*Oc,* 27). |
| 1898 | "A los doce años, estando por unos meses separado de mis padres, les escribía unas cartas en las cuales encontraba inexplicable placer" (*Oc,* 26). Pasa dos veranos en el mar buscando cura a su asma: "Hasta los 14 años tuve asma infantil. Por eso fui dos veranos al mar en Quequén, ciudad en veremos rodeada de campos de propiedad de nuestra familia" (*Oc,* 35). |
| 1898/1904 | Hace sus estudios secundarios: asiste sucesivamente al Colegio Lacordaire, dirigido por religiosos, al Instituto Vertiz, escuela privada, y al prestigioso Instituto Libre de Segunda Enseñanza, supervisado por la Universidad. Un mal estudiante pero un insaciable lector: "Rubén Darío, Schopenhauer, Lugones, Samain, la Biblia, France, Nietzsche, Gorki, Dostoievski, Maupassant, Dickens, Spencer, Michelet, Flaubert, Lamartine, Victor Hugo, Zola, Rabelais, Eugène Sué... Lo devoraba todo con una cabeza que era a los libros lo que el estómago de un avestruz al alimento" (*Oc,* 27). |
| 1904 | Obtiene el título de Bachiller. "A los diez y siete concluí el bachillerato, menos dos materias en las que había sido aplazado. Vieja costumbre. Entré a la Facultad de Arquitectura, donde estuve un año sin estudiar casi nada" (*Oc.* 35). |
| 1905 | "Al año siguiente ingresé en Derecho, donde ocurrió lo mismo. Estaba al mismo tiempo de escribiente en una secretaría de juzgado. En los exámenes me dieron una de ceros... Mi padre, con sobrada razón, se opuso a que siguiera atorrante so pretexto de estudios" (*Oc,* 35).<br><br>"Qué pasiones sucesivas y hasta simultáneas nacieron entonces en mí por algunos libros y algunos autores. Renan, Flaubert, Zola, Nietzsche. [...] ¡Qué atento estaba a Balzac! Pero Flaubert fue una atracción que se mantuvo y se mantiene firme [1925]. No era bovarista. *Las tentaciones, Salambó* y *Saint-Julien* eran libros que releía casi a diario. Lo mismo hacía con la Biblia y con el *Zarathustra. La educación intelectual, moral y física* de Spencer la tenía tapada de apuntes marginales y la *Vida de Jesús* me parecía lo más inteligente que se hubiera escrito al través de los tiempos. Entretanto, apuntaba mis propias lucubraciones [...] sin |

| | |
|---|---|
| | darme cuenta que iba esbozando el poema en prosa" (*Oc,* 28). |
| 1906/7 | "Fui sucesivamente ayudante de pagador en un banco, corrector de avisos [...] en una casa de remates, empleado de caja de una casa de consignación. No pensaba sino en escribir, leer, irme a Europa y *correr tras las mujeres* [...] llegada la primavera, me entraba una especie de furor por salir al campo. Esto costaba mi trabajo y volvía a dejarme en posición de candidato cada año" (*Oc,* 35).<br><br>"Don Manuel Güiraldes, nombrado intendente de la ciudad de Buenos Aires bajo la presidencia de Figueroa Alcorta, comienza a impacientarse por la conducta de su hijo" (Bordelois, *Genio y figura de R. G.*).<br><br>"[...] entré en la literatura francesa más actual", es decir los Parnasianos y luego Baudelaire, y Bertrand. "Ya iba yo sacando un orden de mis despilfarradas lecturas. Poe, Baudelaire, Villiers, Flaubert, sobrenadaban como favoritos [...]. Creo que en mí fue Flaubert el propulsor" (*Oc,* 28). |
| 1908 | "Entré como empleado en el Congreso, donde permanecí hasta mi ida a Europa" (*Oc,* 35).<br><br>"Caí en la chifladura de Rousseau. [...] A todo esto me creía músico [...] cito el caso por lo mucho que ha influido en mi desarrollo literario mi asistencia a conciertos, óperas [...]. También por esas épocas suscribí mi descreimiento filosófico [...]" (*Oc,* 30). |
| 1910 | Manuel Güiraldes, "intendente de la Capital Federal en 1910, les regaló a cada uno de sus hijos 50.000 pesos, 50.000 de aquel entonces. [...] Ricardo «agarró» una mañana, se levantó y a eso de las diez dijo: «Me voy a comprar cigarrillos...». De ir a comprar cigarrillos fue como si se lo hubiera tragado la tierra. No apareció más. Se tomó un barco. Iban unos cuantos, Carlos Nöel, el turco Lagos, Adán Diehl, Aníbal Nocetti... Eran cinco o seis muchachos solteros y fueron a Francia... Se habían alquilado un departamento y de noche concurrían a los grandes salones con toda la aristocracia francesa..." (Piquemal Azemarou, *Don Segundo Ramírez*).<br><br>En viaje a París comienza *Raucho.* "*Raucho* fue empezado [...] en Granada [...] quise apuntar un breve cuento de |

| | |
|---|---|
| | ambiente parisién. El interés era confrontar más tarde la realidad con lo que había imaginado. Esta primera parte se amplió luego en París" (*Oc*, 36). "[...] quedé allí, en París, después de un viaje a Extremo Oriente, hasta 1912. [...] Escribí cuentos y poemas, y ya tenía un principio de borrador para *Raucho* [...]. Estos fueron los fundamentos de los tres libros que, trabajados simultáneamente, había de publicar", es decir *El Cencerro, Cuentos* y *Raucho* (*Oc*, 30). Con Adán Diehl "recorre Italia, Grecia, Constantinopla, Egipto, la India, China, Japón, Rusia, Alemania. De vuelta en París, se instala temporariamente en el taller de Alberto Lagos" (Bordelois). |
| 1911 | "En París, pues, me decidí [...] a convertirme en escritor. En los dos años y pico de mi estadía leí muy poco si mal no recuerdo" (*Oc*, 30). "Junto con Alberto López Buchardo introduce el tango en París" (Bordelois). "No dudamos de que vivió su vida en Francia y en otros países, que lo probó todo, hasta la orgía y las drogas, como Raucho" (Azemarou). En Kandy, Ceylán, por ejemplo, luego de una copiosa borrachera, Diehl le había llevado a un fumadero de haschisch, donde probó los efectos de esa droga (*Oc*, 773-4). |
| 1912 | "Regreso a Buenos Aires a fines de año" (Bordelois).<br>"Se quedó en Italia, sin plata, trabajó en un circo [...] según me aseguraron su padre fue a buscarlo a Italia Y así se produjo el reencuentro «con la tierra de siempre»" (Azemarou).<br>"A fines de 1912, de vuelta en Buenos Aires, conocí recién a Laforgue y Tristán Corbière, los uní en mi predilección con Mallarmé, aunque mi viejo cariño por Flaubert no sufriera de esto" (*Oc*, 30). |
| 1913 | Pasa una temporada en "Polvaredas", estancia de los del Carril. El 2 de junio se compromete con Adelina, se casan el 20 de octubre en la iglesia del Socorro; "retomé mis poemas, mis cuentos, mi novela con renovado empeño, enardecido por mis verdaderos maestros que podía nombrar así: Flaubert, en mi gran respeto y mi admiración no menguada; Mallarmé, Laforgue, Corbière" (*Oc*, 31). |
| 1914 | Viajan a Brasil. Comienza a colaborar en *Caras y caretas* con cuentos y poemas. |

| | |
|---|---|
| 1915 | Lee a Leopoldo Lugones algunos de sus poemas y cuentos: "como el tiempo transcurriera y mis dos volúmenes estuvieran casi concluidos los leí —en parte— a Lugones, que me aconsejó su publicación. Trabajé tanto las comas y los puntos que acabé por ponerlos mal. Ya imaginaba la suerte de mis libros. [*El cencerro de cristal* y *Cuentos de muerte y de sangre*], a pesar de lo cual los publiqué en 1915" (*Oc,* 31) en sendos tirajes de mil ejemplares. Los tiempos no estaban maduros para las audacias verbales del *Cencerro*: "¡qué coherente y múltiple fracaso! Por reírse de *El cencerro* nadie compró los *Cuentos,* de los que al cabo del año me liquidaron siete ejemplares" (*Oc,* 32). Para "descansar de las frases prietas y los argumentos si no brutales, tensos", Güiraldes se pone a escribir *Rosaura,* "intencionadamente tierna, cursi, melancólica", la que completa "en veinte días" a razón de un capítulo por día (*Oc,* 32).<br><br>También "hacía proyectos de sonatas, sinfonías y fantasías. Para darme el tema de un tiempo apuntaba, por ejemplo, para un *allegro:* "¡Oh, faunos, silvanos, ninfas y dríadas, amaneced a la vista del poeta!". Lo que no deja de tener algo de paisaje musical alemán. Otras veces, con el mismo intento construía todo un poema en prosa [...]. En definitiva, la idea de apunte musical ocasionó mis primeros poemas y vive en casi todos ellos" (*Oc,* 34).<br><br>"En colaboración con Alfredo González Garaño [...] escribe un poema escénico [...]. Cuando Nijinsky viene por segunda vez a Buenos Aires (1917) se entusiasma con el *ballet* [...] y les propone reunirse en Suiza para llevar a cabo la coreografía. La música [...] se le encomendaría a Stravinsky. La enfermedad e internación de Nijinsky impiden que el proyecto se realice" (Bordelois). |
| 1916/17 | Viaje a Chile y luego, por el Pacífico, a Perú, y las Antillas. "*Xaimaca* fueron primero unas notas del viaje que hicimos, con Alfredo González Garaño y su mujer Marietta Ayerza. Un buen día éstos pasaron por el consulado de Haití. El ignoto país, con su peculiar escudo, despertó en ellos un gran entusiasmo. Nos transmitieron su entusiasmo, y juntos tramamos alegremente un viaje por la costa del Pacífico, que remató en Cuba y Jamaica" (Adelina en la ed. de *Xaimaca* de 1953).<br><br>Güiraldes trabaja en su *Raucho* desde un par de años atrás: "en la Estancia retomé este borrador defectuoso y lo arreglé |

| | |
|---|---|
| | [. . .] completándolo con la primera y última parte. Esto lo hice con notas nuevas y muchas dispersas, de las cuales algunas existían desde hacía ocho, nueve y hasta diez años" (*Oc,* 36). |
| 1917 | La librería La Facultad edita *Raucho,* con el subtítulo "Momentos de una juventud contemporánea", en una tirada de mil ejemplares.<br><br>Con un grupo de amigos, Güiraldes "funda el Comité Nacional de la Juventud pro ruptura de relaciones con Alemania. El proyecto conquista el apoyo de otras fuerzas políticas y finalmente el del Congreso; llegado el momento de su aprobación definitiva, el presidente Irigoyen lo veta" (Bordelois).<br><br>"Los gobiernos [de los países neutrales] no se animan a dar opiniones cuando no se las piden sobre todo cuando no se sabe quién será el vencedor" (Güiraldes, *Semblanza de nuestro país*); "[. . .] la guerra me había desorbitado, y fue ése un período de vida pesimista y triste aunque no cediera a los malos consejos de mi desánimo" (*Oc,* 32). |
| 1918 | Horacio Quiroga publica el texto de *Rosaura* como cuarto fascículo de su revista-serie *El cuento ilustrado.*<br><br>"Quiroga, que empezaba a lanzar una edición popular de novelas cortas, me pidió colaboración. Le mandé *Rosaura,* a quien por motivos de venta se cambió al nombre, intitulándola: *Un idilio de estación*" (*Oc,* 32).<br><br>"Mi soledad seguía siendo siempre la misma. Los éxitos de prensa y de venta iguales, aunque se me favoreciera con algunas críticas protectoras" (*Oc,* 32). |
| 1919 | Los Güiraldes viajan a Europa.<br><br>"[. . .] cuando iba a partir a París, Diehl puso entre mis manos el *Barnabooth.* El resto está más o menos narrado en mis crónicas de *Proa* sobre Larbaud, Romains, Fargue, Sain-Léger, etcétera. . ." (*Oc,* 32).<br><br>Gracias a las relaciones de su mujer, Güiraldes conoce a Henri Gonse, amigo de Larbaud, y le expresa su deseo de visitar al autor de *Barnabooth* y *Fermina Márquez.* A principios de diciembre Gonse le lleva a casa de Larbaud, en el 71 de la rue du Cardinal Lemoine. Aquel memorable día, Ricardo encontró un maestro con quien "poder hablar de lo |

que había sido en mi vida un culto tan aislado como una condena". Larbaud es deslumbrante, y su actitud, generosa e incitativa. "No sé lo que fue de nuestra conversación —apunta el argentino— y las que siguieron". La frecuentación de Larbaud, rica en "sorpresas de claridad", le pone en el "camino de nuevas lecturas", en una avenida hacia actualizados ideales expresivos. Nace una amistad que ha de durar. Y ella tiene cierto cariz de iniciación (cf. *Oc*, 609-29).

1920

En enero, Güiraldes, aún en París, ya ha empezado *Don Segundo Sombra*. La pareja luego viaja a España; pasan el verano en Mallorca. En camino hacia España han visitado a Larbaud en sus posesiones de Vichy. De regreso a París, Güiraldes es introducido por su amigo francés en el cenáculo de Adrienne Monnier, allí traba amistad con ésta, y conoce a Jules Romains, Miomandre, León-Paul Fargue, y otros destacados escritores de la época. En julio, por otra parte, Larbaud había publicado en la *NRF* su artículo "Lettres argentines et uruguayennes", primer reconocimiento público, y europeo, de la obra de Güiraldes.

"Estoy 'consagrado'... en un templo literario de mi elección y por un oficiante que no presta su persona frecuentemente, según dicen quienes saben más que yo" (Güiraldes, cit. en Blasi, *Güir y Larbaud*).

1921

Los Güiraldes están de regreso en Buenos Aires, a comienzos de año, con ideas de regresar a París a principios de junio. Pasan un mes del verano en la estancia "Dos Talas", Dolores, provincia de Buenos Aires: allí Ricardo ve por primera vez "cangrejales", junto a la costa marítima, los que serán descritos en el cap. XV de *DSS*. Los Güiraldes desisten de su viaje de junio a Europa. Ricardo necesita entrar al país interior: "En lugar de cruzar el charco, emprendo viaje al interior de mi tierra a fin de mes, y allá veremos si he tenido razón de hacerlo así" (*Oc*, 742). En julio, visitan el norte argentino, y en Salta conocen al poeta y narrador Juan Carlos Dávalos ("los versos parecían sonar en la boca de Dávalos como un eco de los cerros mismos", *Oc*, 745).

"En los yaravíes y los estilos está la rudimentaria expresión de la montaña y la pampa. En tejidos, ponchos y huacos está el criterio interpretativo de la forma y el color. En el lenguaje pulcro y malicioso del gaucho, el embrión de una literatura viva y compleja. Todo estaría en ser capaz de llevar estas enseñanzas a una forma natural y noble" (*Oc*, 743).

| | |
|---|---|
| | Asiste en Salta a riñas de gallos: "¡Qué maravilla el reñidero de gallos [...] iba todos los domingos!" (*Oc*, 747); ellas darán asunto al cap. XIII de *DSS*. |
| | Escribe *Poemas solitarios*, y algunos textos suyos son recogidos por *La Nación* y *Plus Ultra.* |
| 1922 | Nuevo viaje de los Güiraldes a Europa. Residen en París y pasan el verano en Mallorca con un grupo de jóvenes pintores argentinos, y los González Garaño. Regreso a Buenos Aires a fines de año. |
| | Edición en volumen de *Rosaura,* impresa en San Antonio de Areco por Francisco A. Colombo; se trata de una edición fuera de comercio de 200 ejemplares. |
| | Los Güiraldes habían visitado nuevamente a Larbaud en Vichy. Escribe la madre de Ricardo: "Esperando estoy ya nuevas cartas, que me cuenten una vez más ese maravilloso encuentro con Larbaud en Vichy; inolvidable será para Uds. ese momento y qué placer poder conversar en tête *à tête* sin que nadie los molestara [...]" (Blasi *Four essays on* R.G.). |
| 1923 | Impresa en los talleres de Francisco A. Colombo, el impresor de San Antonio de Areco, y distribuida por la Agencia General de Librería y Publicaciones, aparece *Xaimaca* también en una edición de mil ejemplares. La crítica local recibe al libro con algunos comentarios corteses y discretamente elogiosos. |
| | "Va a empezar la época propicia para los libros y no es bueno dejarla pasar. Yo publiqué en mal momento (pensemos que es por eso) mi *Xaimaca* y ahora [fines de 1924] recién me liquidan en total 199 ejemplares" (*Oc*, 41). |
| 1924 | Artículo sobre *Xaimaca,* de Enrique Díez-Canedo en *Revista de Occidente* y de Larbaud en *La Revue européenne,* ambos de cuidadoso examen y muy afirmativa estimación. |
| | Güiraldes comienza en mayo a colaborar en el periódico vanguardista *Martín Fierro* y en agosto asume la dirección de una nueva revista literaria, *Proa,* junto con Jorge Luis Borges, Alfredo Brandán Caraffa y Pablo Rojas Paz. |
| | "15 de julio: inauguración de [la asociación] Amigos del Arte, cuyo vicepresidente es Manuel Güiraldes. Allí Ricardo Güiraldes conoce a Borges y se pone en contacto con los jóvenes |

| | |
|---|---|
| | escritores argentinos" (Bordelois). "Borges es el autor de *Fervor de Buenos Aires* que le ha mandado no hace mucho [...]: 23 años, muy delgadito y rosado, tan corto de vista que tememos siga el camino de su padre que está ciego a los 44 años. Tiene unas manos pequeñas y tímidas que retira ni bien las da, es ágil en la répica y sutil en la crítica. Una sensibilidad llena de lastimaduras. Espíritu religioso. (Católico)". (Güiraldes, cit. en Blasi, "R.G. y la revista *Proa*"). |
| 1925 | Colabora en *Proa, Martín Fierro* y *Valoraciones*.<br>Larbaud publica en *Commerce* su "Lettre à deux amis" [Ricardo y Adelina Güiraldes], cuyo extenso texto gira principalmente en torno de *Proa.*<br><br>"Desde que los jóvenes lo han descubierto y lo proclaman su jefe, precursor, etc., etc., no lo dejan ni respirar. Entrevistas, encuestas, versos para antologías, biografías, artículos, colaboraciones, etc., etc., en resumidas cuentas la casa invadida todo el día y no lo dejan trabajar" (Adelina, cit. por Blasi en *Four essays on* R.G.).<br><br>Güiraldes se separa de la dirección de *Proa,* luego de publicar el número 12, para dedicarse a terminar *DSS.* |
| 1926 | En julio, aparece *Don Segundo Sombra,* impreso por Colombo, y con el sello de la Editorial Proa, en una tirada de dos mil ejemplares. Una segunda, por el mismo taller y editorial, aparece en octubre, de cinco mil ejemplares.<br><br>Inmediatos artículos y reseñas laudatorios, de Alejandro Korn en *Valoraciones,* de Leopoldo Lugones en *La Nación,* de Roberto Giusti en *Nosotros,* de Guillermo de Torre en *Revista de Occidente,* de Augusto Mario Delfino en *El Diario.*<br><br>"*Don Segundo,* entre otras intenciones, tiene la de reclamar para mí el título de discípulo literario del gaucho" (*Oc,* 789).<br><br>"[...] en casa de mi padrino pasábamos los mejores ratos, mano a mano con el mate o una guitarra por medio, mientras el grande hombre nos contaba fantasías, relatos o episodios de su vida, con una admirable limpidez y gracia que he tratado de evocar en estos recuerdos" (*DSS,* c. 27).<br><br>"Ricardo hablando con Don Segundo le explicaba que hay cosas en el libro que ni él las ha dicho ni hecho... a lo que éste le contestó 'sí pero sigún la ocasión las podía haber |

dicho y hecho. ¿No es así?'. "Adelina, cit. por Blasi en *Four essays on* R.G.). "No sé cómo puede llamarse esto, pues nunca le puse nombre por lo inesperado. Me palmean todos los días. No veo sino sonrisas que están tan conmigo, que son casi yo mismo. *Don Segundo* lo hemos escrito todos.

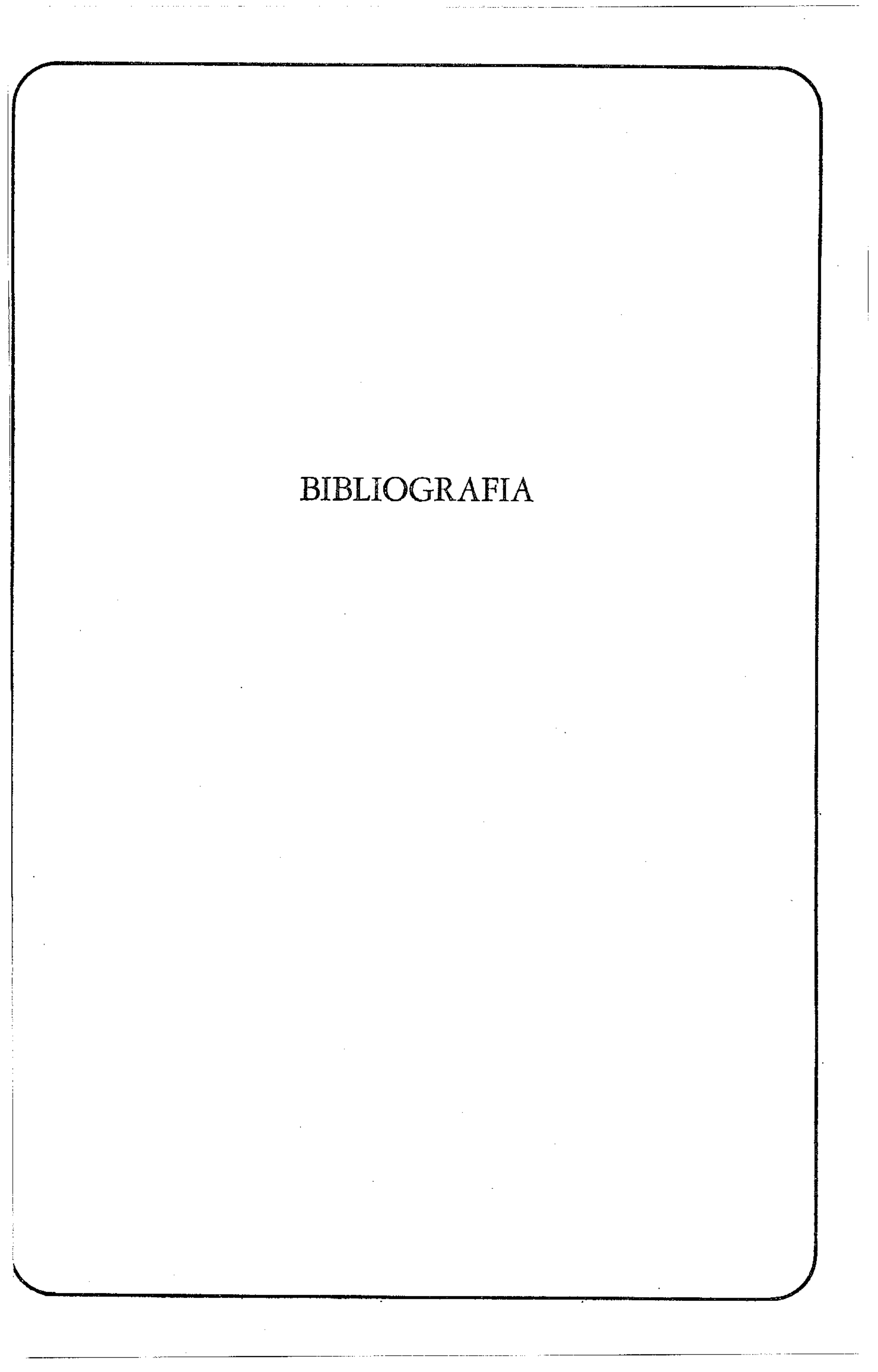
Estaba en nosotros y nos alegramos de que exista en letra impresa. No hay más que congratulaciones por este estado de cosas, y estoy, ¿cómo he de estar?, contento y un poco como dormido en esta simpatía ambiente tres veces rara en la breve historia de mis libros. De los palos esperados, ninguno ha caído. ¿Qué es todo esto? Cualquier cosa hubiera esperado yo de la vida, menos un asentimiento general por una obra mía" (*Oc,* 798).

1927

La librería El Ateneo, de Buenos Aires, publica la tercera edición de *Don Segundo Sombra* también en cinco mil ejemplares. El libro se ha convertido en un genuino *best seller* de acuerdo con los *standards* del mercado librero, en la Argentina de entonces. En marzo los Güiraldes se embarcan para Francia; Ricardo se halla enfermo y va en busca de atención especializada, por indicación de su médico.

El gobierno argentino otorga el Premio Nacional de Literatura a *Don Segundo Sombra.*

8 de octubre: muere Güiraldes en París, en el 7 de la rue Edmond Valentin, de cáncer. En noviembre, sus restos son traídos a Buenos Aires y recibidos por el presidente de la Nación, Marcelo de Alvear; una procesión fúnebre de gauchos a caballo, entre los que se cuenta Don Segundo, los lleva por Areco hasta el cementerio, en presencia de muchos de los más destacados escritores argentinos de entonces.



# BIBLIOGRAFIA

## I. OBRAS DE RICARDO GÜIRALDES

*El cencerro de cristal.* Buenos Aires: Juan Roldán editor. Librería La Facultad, 1915.

*Cuentos de muerte y de sangre*, seguidos de *Aventuras grotescas* y una *Trilogía cristiana.* Buenos Aires: Juan Roldán editor. Librería La Facultad, 1915.

*Raucho: Momentos de una juventud contemporánea.* Buenos Aires: Juan Roldán editor. Librería La Facultad, 1917.

*Rosaura.* San Antonio de Areco: Establecimiento Gráfico Colón de Francisco A. Colombo, 1922.

*Xaimaca.* Buenos Aires: Agencia general de librería y publicaciones, 1923.

*Don Segundo Sombra.* Buenos Aires: Editorial Proa, 1926; 2ª edi.: Ed. Proa, 1926; 3ª ed.: El Ateneo, Librería científica y literaria, 1927; 4ª ed.: El Ateneo, 1928; 5ª ed.: El Ateneo, 1928; 6ª ed.: El Ateneo, 1929.

*Don Segundo Sombra.* Maestricht: A.A.M. Stols impresor, 1929. Edición de bibliófilo, ilustrada por Alberto Güiraldes, de 330 ejs. Reimpr. facs.: Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1961.

*Poemas místicos.* San Antonio de Areco: Establecimientos Gráficos Colón de Francisco A. Colombo, 1928.

*Poemas solitarios.* San Antonio de Areco: Establecimientos Gráficos Colón de Francisco A. Colombo 1928.

*Seis relatos.* Con un poema de Alfonso Reyes. Buenos Aires: Editorial Proa 1929. Serie "Cuadernos del Plata".

*El Sendero: Notas sobre mi evolución espiritualista en vista de un futuro.* Maestricht: A.A.M. Stols impresor, 1932. Edición de bibliófilo, 150 ejs.

*El libro bravo.* San Antonio de Areco: Establecimientos Gráficos Colón de Francisco A. Colombo, 1936.

*Pampa.* Buenos Aires: Ollantay, 1954.

*Semblanza de nuestro país.* Mar del Plata, Talleres de la Escuela de Artes Gráficas "Pablo Tavelli", 1972.
*Obras de Ricardo Güiraldes.* Madrid: Espasa-Calpe, 1930-33, Publicados: vol. 1, *Cuentos de muerte y de sangre*; vol. 3, *Raucho*; vol. 5, *Xaimaca*; vol. 6, *Don Segundo Sombra.*
*Obras completas.* Prólogo de Francisco Luis Bernárdez. Buenos Aires: Emecé, 1962. Edición al cuidado de Juan José Güiraldes y Augusto Mario Delfino. Apéndice documental y bibliografía por Horacio Jorge Becco.

*Principales traducciones de Don Segundo Sombra:*

*Don Segundo Sombra.* Traducción al francés de Marcelle Auclair, revisada por Jules Supervielle y Jean Prévost. Paris: Gallimard - *NRF,* 1932.
*Das Buch von Gaucho Sombra.* Traducción al alemán de Hedwing Ollerich. Berlin: Bruno Cassirer, 1934.
*Shadows on the Pampas.* Traducción al inglés de Harriet de Onís. New York: Farrart and Rinehart, 1935; London: Constable and Company - Oxford University Press, 1935; West Dryton, Middlesex: Penguin Books, 1948.
*Don Segundo Sombra.* Traducción al italiano de C. Bo. Modena: Ugo Guanda, 1940.

## II. ESTUDIOS SOBRE RICARDO GÜIRALDES

J. M. AGUIRRE: "*Don Segundo Sombra:* Una interpretación más". En *Nueva Revista de Filología Hispánica,* XVII, 1-2, 1963-4, pp. 89-95.
AMADO ALONSO: "Un problema estilístico en *Don Segundo Sombra*". En *Materia y forma en poesía.* Madrid: Gredos, 1055, pp. 418-28.
ENRIQUE ANDERSON IMBERT: "Güiraldes y lo sobrenatural". En *Los domingos del profesor.* Buenos Aires: Gure, 1972, pp. 246-48.
GUILLERMO ARA: *Ricardo Güiraldes.* Buenos Aires: La Mandrágora, 1961.
ANGEL J. BATTISTESSA: "Güiraldes y Laforgue". En *Nosotros,* VII, 71, 1942, pp. 149-70.
PETER R. BEARDSELL: "French influences on Güiraldes: early experiments". En *Bulletin of Hispanic Studies,* XLVI, 4, 1969, pp. 331-44.
———: "Güiraldes role in the avant-garde of Buenos Aires". En *Hispanic Review,* 42 3, 1974, pp. 293-309.
———: "The dichotomy in Güiraldes aesthetic principles". En *The Modern Languages Review,* 66, 1971, pp. 322-27.

HORACIO JORGE BECCO: *"Don Segundo Sombra" y su vocabulario.* Buenos Aires: Ollantay, 1952.

ALBERTO BLASI: "Las cartas de Adelina del Carril". En *Four essays on Ricardo Güiraldes (1886-1927),* Hugo Rodríguez-Alcalá comp. Riverside, California: University of California, 1977; pp. 1-37.

———: "La ruta de *Don Segundo*". En *Chasqui,* Swarthmore Pa., VI, 2, 1977, pp. 7-14.

———: *Güiraldes y Larbaud: Una amistad creadora.* Buenos Aires: Nova, 1970.

———: "Mito y escritura en *Don Segundo Sombra*". En *Revista Iberoamericana,* XLIV, 102-03, pp. 125-32.

———: "Ricardo Güiraldes y *Proa*". En *Boletín de la Academia Norteamericana de la Lengua española,* 2-3, 1977-78, pp. 115-27.

IVONNE BORDELOIS: *Genio y figura de Ricardo Güiraldes.* Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966.

JORGE LUIS BORGES: "Sobre *Don Segundo Sombra*". En *Sur,* 217-18, 1952, pp. 9-11.

EMILIO CARILLA: "El retorno del personaje en Ricardo Güiraldes". En *Four Essays on Ricardo Güiraldes (1886-1927),* Hugo Rodríguez-Alcalá comp. Riverside, California: University of California, 1977, pp. 38-72.

RAÚL H. CASTAGNINO: *El análisis literario.* Buenos Aires: Nova, 1953, pp. 130-254.

JUAN COLLANTES DE TERÁN: *Las novelas de Ricardo Güiraldes.* Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 199-205.

AUGUSTO RAÚL CORTÁZAR: "Folklore literario y literatura folklórica". En *Historia de la Literatura Argentina,* Rafael Alberto Arrieta dir. Buenos Aires: Peuser, 1959, t. IV, pp. 219-287.

IRMA CUÑA: "Símbolos de *Don Segundo Sombra*". En *Revue de Littérature Comparée,* XXXVI, 1962, pp. 404-37.

ARNOLD CHAPMAN: "Pampas and big woods: Heroic initiation in Güiraldes and Faulkner". En *Comparative Literature,* XI, 1959, pp. 61-77.

ERNESTO G. DA CAL: "*Don Segundo Sombra,* teoría y símbolo del gaucho". En *Cuadernos Americanos,* XLI, 1948, pp. 245-59.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO: "Al margen de Ricardo Güiraldes". En *Letras de América.* México: El Colegio de México, 1944, pp. 332-40.

CARLOS ALBERTO ERRO: "Al margen de *Don Segundo Sombra*". En *Medida del criollismo.* Buenos Aires: Tall. Porter, 1929, pp. 165-83.

PETER EARLE: "El sentido poético de *Don Segundo Sombra*". En *Revista Hispánica Moderna,* XXVI, 3-4, 1960, pp. 126-32.

DORA PASTORIZA DE ETCHEBARNE: *Elementos románticos en las novelas de Ricardo Güiraldes.* Buenos Aires: Perrot, 1957.

JUAN CARLOS GHIANO: *Ricardo Güiraldes.* Buenos Aires: Pleamar, 1966.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA: "Réquiem por Ricardo Güiraldes". En *Revista de Occidente,* XVIII, 52, 1927, pp. 103-05.

T. B. IRVING: "Myth and reality in *Don Segundo Sombra*". En *Hispania,* XL, 1957, pp. 44-48.

EUNICE JOINER GATES: "The imagery of *Don Segundo Sombra*". En *Hispanic Review,* XVI, 1948, pp. 33-49.

OFELIA KOVACCI: *La pampa a través de Ricardo Güiraldes: un intento de valoración de lo argentino.* Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1961.

ALEJANDRO KORN: "Ricardo Güiraldes: *Don Segundo Sombra*". En *Obras completas.* Buenos Aires: Claridad, 1949, pp. 626-27.

VALÉRY LARBAUD: "Lettres étrangères: Ricardo Güiraldes". En *Nouvelle Revue Française,* XXX, 1928, pp. 132-37.

ISAÍAS LERNER: "El paisaje en *Don Segundo Sombra*". En *Davar,* 73, 1957, 79-89.

FÉLIX LIZASO: "La lección de Güiraldes". En *Revista Avance,* III, 22, 1928, pp. 118-20.

LEOPOLDO LUGONES: "*Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes". En *La Nación,* Buenos Aires, 12 set. 1926.

JUAN MARINELLO: *Tres novelas ejemplares.* México: Universidad de México, 1937.

————: "Tres novelas ejemplares". En *Literatura hispanoamericana,* México: Universidad de México, 1937, pp. 145-49.

SILVIA MOLLOY: *La diffusion de la littérature hispano-américaine en France au XX^e siècle.* Paris: Presses Universitaires de France, 1972, pp. 108-61.

VICTORIA OCAMPO: "Supremacía del alma y de la sangre". En *Testimonios,* 2ª serie. Buenos Aires: Sur, 1941, pp. 289-327.

ANTONIO PAGÉS LARRAYA: "*Don Segundo Sombra* y el retorno". En *Buenos Aires Literaria,* I, 2, 1952, pp. 23-32.

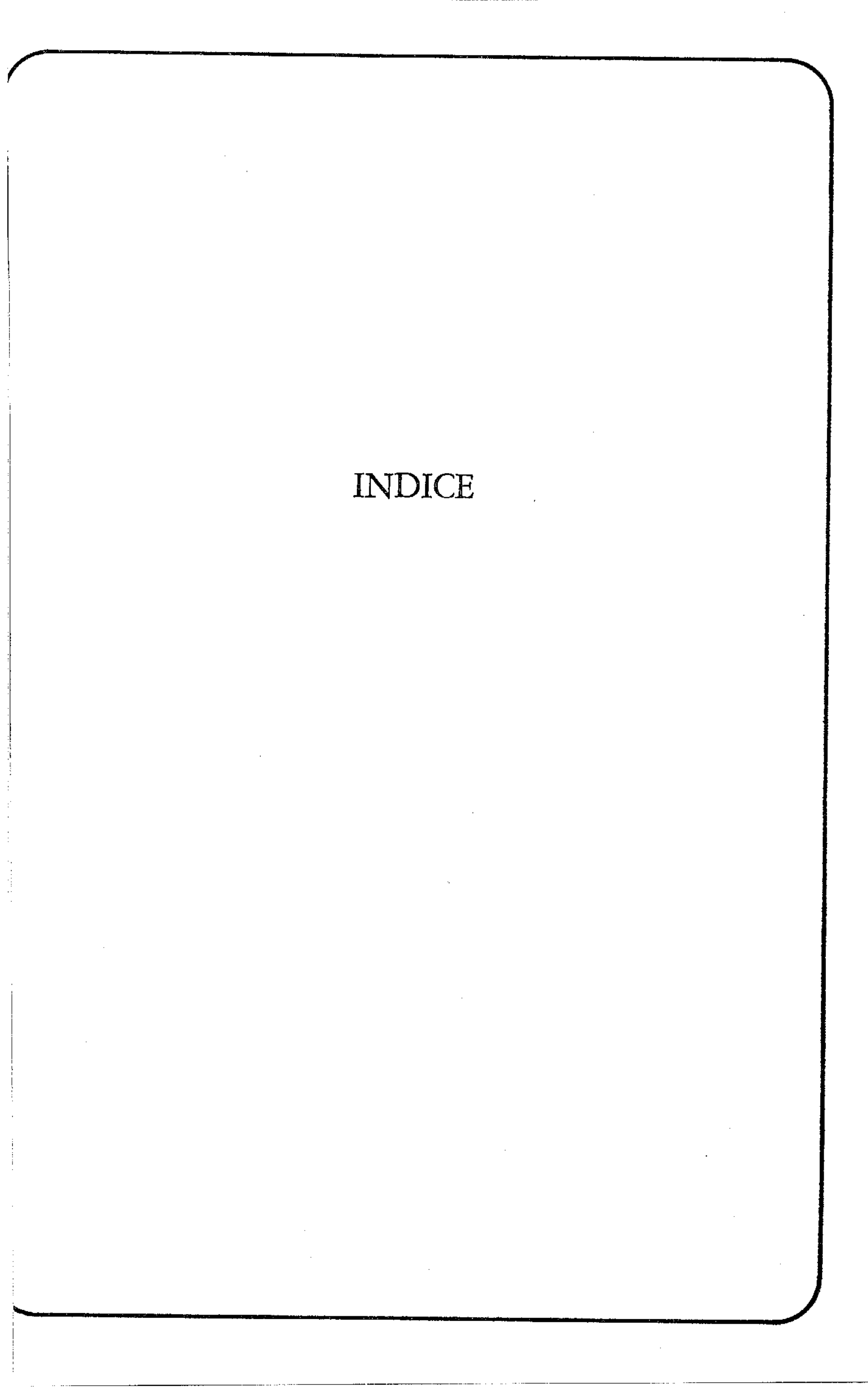
MICHAEL P. PREDMORE: "The function and symbolism of water imagery in *Don Segundo Sombra*". En *Hispania,* XLIV, 1961, pp. 428-30.

ENRIQUE PUPO-WALKER: "Elaboración y teoría en los cuentos de Ricardo Güiraldes". En *Four essays on Ricardo Güiraldes (1886-1927),* Hugo Rodríguez-Alcalá comp. Riverside, California: University of California, 1977, pp. 81-102.

GIOVANNI PREVITALI: *Ricardo Güiraldes and "Don Segundo Sombra".* New York: Hispanic Institute in the U.S., 1963.

ANGEL DEL RÍO: "Sobre *Don Segundo Sombra*". En *Revista de Estudios Hispánicos,* New York, I, 1928, pp. 72-74.

HUGO RODRÍGUEZ-ALCALÁ: "*Don Segundo Sombra:* los parentescos de la novela". En *Chasqui,* Swarthmore Pa., VI, 2, 1977, pp. 15-20.
———: "Güiraldes y el ambiente intelectual de su tiempo". En *Four essays on Ricardo Güiraldes (1886-1927),* H. Rodríguez-Alcalá comp. Riverside, California: University of California, 1977, pp. 103-24.
———: *Korn, Romero, Güiraldes, Unamuno, Ortega...* México: De Andrea, 1958, pp. 129-39.
———: *Narrativa hispanoamericana: Güiraldes, Carpentier, Roa Bastos, Rulfo.* Madrid: Gredos, 1973, pp. 9-21.
———: *Sugestión e ilusión: Ensayos de estilística e ideas.* México: Universidad Veracruzana, 1967, pp. 99-177.
EDUARDO ROMANO: *Análisis de "Don Segundo Sombra".* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.
ELÍAS L. RIVERS: "*Don Segundo Sombra* y la desanalfabetización del héroe". En *Revista Iberoamericana,* XLIV, 102-03, 1978, pp. 119-23.
PABLO ROJAS PAZ: "Ricardo Güiraldes". En *Síntesis,* I, 6, 1927, pp. 369-81.
LUIS EMILIO SOTO: "Ricardo Güiraldes". En *Davar,* 14, 1947, pp. 48-54.
GUILLERMO DE TORRE: "Ricardo Güiraldes: *Don Segundo Sombra".* En *Revista de Occidente,* IV, 41, 1926, pp. 259-65.
ARTURO TORRES-RIOSECO: *Los novelistas de la América hispana.* Berkeley, California: University of California, 1941, pp. 70-107.
G. H. WEISS: "Argentina, the ideal of Ricardo Güiraldes". En *Hispania,* XLI, 1958, pp. 149-53.
ARMANDO ZÁRATE: "Segundo Sombra: el doble, el ancestro, el fantasma". En *Chasqui,* Swarthmore Pa., VI, 2, 1977, pp. 31-39.



# INDICE

# TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
*Doctrina del Libertador*
Selección, notas y cronología:
Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
*Canto General*
Prólogo, notas y cronología:
Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
*Ariel - Motivos de Proteo*
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4
JOSE EUSTASIO RIVERA
*La Vorágine*
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes:
Luis Carlos Herrera Molina S.J.

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
*Comentarios Reales*
Prólogo, edición y cronología:
Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
*Cien Tradiciones Peruanas*
Selección, prólogo y cronología:
José Miguel Oviedo

8
EDUARDO GUTIERREZ Y OTROS
*Teatro Rioplatense*
Prólogo: David Viñas
Compilación y cronología:
Jorge Lafforgue

9
RUBEN DARIO
*Poesía*
Prólogo: Angel Rama
Edición: Ernesto Mejía Sánchez
Cronología: Julio Valle-Castillo

10
JOSE RIZAL
*Noli Me Tangere*
Prólogo: Leopoldo Zea
Edición y cronología: Márgara Rusotto

11
GILBERTO FREYRE
*Casa-Grande y Senzala*
Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro
Traducción: Benjamín de Garay y
Lucrecia Manduca

12
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO
*Facundo*
Prólogo: Noé Jitrik
Notas y cronología:
Susana Zanetti y Nora Dottori

13
JUAN RULFO
*Obra Completa*
Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14
MANUEL GONZALEZ PRADA
*Páginas Libres - Horas de Lucha*
Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15
JOSE MARTI
*Nuestra América*
Prólogo: Juan Marinello
Selección y notas: Hugo Achugar
Cronología: Cintio Vitier

16
SALARRUE
*El Angel del Espejo*
Prólogo, selección, notas y cronología: Sergio Ramírez

17
ALBERTO BLEST GANA
*Martín Rivas*
Prólogo, notas y cronología: Jaime Concha

18
ROMULO GALLEGOS
*Doña Bárbara*
Prólogo: Juan Liscano
Notas, variantes y cronología: Efraín Subero

19
MIGUEL ANGEL ASTURIAS
*Tres Obras (Leyendas de Guatemala, El Alhajadito y El Señor Presidente)*
Prólogo: Arturo Uslar Pietri
Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20
JOSE ASUNCION SILVA
*Obra Completa*
Prólogo: Eduardo Camacho Guizado
Edición, notas y cronología: Eduardo Camacho Guizado y Gustavo Mejía

21
JUSTO SIERRA
*Evolución Política del Pueblo Mexicano*
Prólogo y cronología: Abelardo Villegas

22
JUAN MONTALVO
*Las Catilinarias y Otros Textos*
Selección y prólogo: Benjamín Carrión
Cronología y notas: Gustavo Alfredo Jácome

23-24
*Pensamiento Político de la Emancipación*
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología: José Luis Romero y Luis Alberto Romero

25
MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA
*Memorias de un Sargento de Milicias*
Prólogo y notas: Antonio Cándido
Cronología: Laura de Campos Vergueiro
Traducción: Elvio Romero

26
*Utopismo Socialista (1830-1893)*
Prólogo, compilación, notas y cronología: Carlos M. Rama

27
ROBERTO ARLT
*Los Siete Locos / Los Lanzallamas*
Prólogo, vocabulario, notas y cronología: Adolfo Prieto

28
*Literatura del México Antiguo*
Edición, estudios introductorios, versión de textos y cronología: Miguel León-Portilla

29
*Poesía Gauchesca*
Prólogo: Angel Rama
Selección, notas, vocabulario y cronología: Jorge B. Rivera

30
RAFAEL BARRETT
*El Dolor Paraguayo*
Prólogo: Augusto Roa Bastos
Selección y notas: Miguel A. Fernández
Cronología: Alberto Sato

31
*Pensamiento Conservador (1815-1898)*
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología: José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32
LUIS PALES MATOS
*Poesía Completa y Prosa Selecta*
Edición, prólogo y cronología: Margot Arce de Vázquez

33
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
*Cuentos*
Prólogo: Alfredo Bosí
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Santiago Kovadloff

34
JORGE ISAACS
*María*
Prólogo, notas y cronología: Gustavo Mejía

35
JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA
*Armas Antárticas*
Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
*Ensayos Históricos*
Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología:
Rafael Ramón Castellanos

37
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
*Utopía de América*
Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología:
Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot

38
JOSE M. ARGUEDAS
*Los Ríos Profundos y Cuentos Selectos*
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39
*La Reforma Universitaria*
Selección, prólogo y cronología:
Dardo Cúneo

40
JOSE MARTI
*Obra Literaria*
Prólogo, notas y cronología:
Cintio Vitier

41
CIRO ALEGRIA
*El Mundo es Ancho y Ajeno*
Prólogo y cronología:
Antonio Cornejo Polar

42
FERNANDO ORTIZ
*Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar*
Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
*Ideario Político*
Selección, prólogo, notas y cronología:
Edmundo O'Gorman

44
FRANCISCO GARCIA CALDERON
*Las Democracias Latinas / La Creación de un Continente*
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología: Angel Rama

45
MANUEL UGARTE
*La Nación Latinoamericana*
Compilación, prólogo, notas y cronología:
Norberto Galasso

46
JULIO HERRERA Y REISSIG
*Poesía Completa y Prosa Selecta*
Prólogo: Idea Vilariño
Edición, notas y cronología:
Alicia Migdal

47
*Arte y Arquitectura del Modernismo Brasileño (1917-1930)*
Compilación y prólogo: Aracy Amaral
Cronología: José Carlos Serroni
Traducción: Marta Traba

48
BALDOMERO SANIN CANO
*El Oficio de Lector*
Compilación, prólogo y cronología:
Gustavo Cobo Borda

49
LIMA BARRETO
*Dos Novelas (Recuerdos del escribiente Isaías Caminha* y *El triste fin de Policarpo Quaresma)*
Prólogo y cronología:
Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas:
Haydée Jofre Barroso

50
ANDRES BELLO
*Obra Literaria*
Selección y prólogo: Pedro Grases
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51
*Pensamiento de la Ilustración*
(Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII)
Compilación, prólogo, notas y cronología:
José Carlos Chiaramonte

52
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
*Quincas Borba*
Prólogo: Roberto Schwarz
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Jorge García Gayo

53
ALEJO CARPENTIER
*El Siglo de las Luces*
Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Araceli García Carranza

54
LEOPOLDO LUGONES
*El Payador y Antología de Poesía y Prosa*
Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Edición, notas y cronología:
Guillermo Ara

55
MANUEL ZENO GANDIA
*La Charca*
Prólogo y cronología: Enrique Laguerre

56
MARIO DE ANDRADE
*Obra Escogida*
Selección, prólogo y notas:
Gilda de Mello e Souza
Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro

57
*Literatura Maya*
Compilación, prólogo y notas:
Mercedes de la Garza
Cronología: Miguel León-Portilla
Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58
CESAR VALLEJO
*Obra Poética Completa*
Prólogo y cronología: Enrique Ballón

59
*Poesía de la Independencia*
Compilación, prólogo, notas y cronología:
Emilio Carilla
Traducciones: Ida Vitale

60
ARTURO USLAR PIETRI
*Las Lanzas Coloradas y Cuentos Selectos*
Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61
CARLOS VAZ FERREIRA
*Lógica Viva/Moral para Intelectuales*
Prólogo: Manuel Claps
Cronología: Sara Vaz Ferreira

62
FRANZ TAMAYO
*Obra Escogida*
Selección, prólogo y cronología:
Mario Baptista Gumucio

63
GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
*La Tierra Purpúrea / Allá Lejos y Hace Tiempo*
Prólogo y cronología: Jean Franco
Traducciones: Idea Vilariño

64
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
*Historia General de las Indias*
*Vida de Hernán Cortés*
Prólogo y cronología
Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
*Historia de la Conquista de México*
Prólogo y cronología:
Jorge Gurría Lacroix

66
JUAN RODRIGUEZ FREYLE
*El Carnero*
Prólogo, notas y cronología:
Darío Achury Valenzuela

67
*Tradiciones Hispanoamericanas*
Compilación, prólogo y cronología:
Estuardo Núñez

68
*Proyecto y Construcción de una Nación* (Argentina 1846-1880)
Compilación, prólogo y cronología:
Tulio Halperín Donghi

69
JOSE CARLOS MARIATEGUI
*7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*
Prólogo: Aníbal Quijano
Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70
*Literatura Guaraní del Paraguay*
Compilación, estudios introductorios, notas y cronología: Rubén Barreiro Saguier

71-72
*Pensamiento Positivista Latinoamericano*
Compilación, prólogo y cronología:
Leopoldo Zea

73
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
*Obra Completa*
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74
ALEJANDRO DE HUMBOLDT
*Cartas Americanas*
Compilación, prólogo, notas y cronología: Charles Minguet

75-76
FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
*Nueva Corónica y Buen Gobierno*
Transcripción, prólogo y cronología: Franklin Pease

77
JULIO CORTAZAR
*Rayuela*
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78
*Literatura Quechua*
Compilación, prólogo, notas y cronología: Edmundo Bendezú Aibar

79
EUCLIDES DA CUNHA
*Los Sertones*
Prólogo, notas y cronología: Walnice Nogueira Galvao
Traducción: Estela Dos Santos

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
*El México Antiguo*
Edición, prólogo y cronología: José Luis Martínez

81
GUILLERMO MENESES
*Espejos y Disfraces*
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro

82
JUAN DE VELASCO
*Historia del Reino de Quito*
Edición, prólogo, notas y cronología: Alfredo Pareja Diezcanseco

83
JOSE LEZAMA LIMA
*El Reino de la Imagen*
Selección, prólogo y cronología: Julio Ortega

84
OSWALD DE ANDRADE
*Obra Escogida*
Selección y prólogo: Haroldo de Campos
Cronología: David Jackson
Traducciones: Héctor Olea, Santiago Kovadlof, Márgara Rusotto

85
*Narradores Ecuatorianos del 30*
Prólogo: Jorge Enrique Adoum
Selección y cronología: Pedro Jorge Vera

86
MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
*Narrativa y Ensayo*
Selección y prólogo: Orlando Araujo
Cronología: María Beatriz Medina

87
CIRILO VILLAVERDE
*Cecilia Valdés*
Prólogo y cronología: Iván Schulman

88
HORACIO QUIROGA
*Cuentos*
Selección y prólogo: Emir Rodríguez Monegal
Cronología: Alberto Oreggioni

89
FRANCISCO DE SANTA CRUZ Y ESPEJO
*Obra Educativa*
Edición, prólogo, notas y cronología: Philip Astuto

90
ANTONIO JOSE DE SUCRE
*De Mi Propia Mano*
Selección y prólogo: J. L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Inés Quintero Montiel y Andrés Eloy Romero

91
MACEDONIO FERNANDEZ
*Museo de la Novela de la Eterna*
Selección, prólogo y cronología: César Fernández Moreno

92
JUSTO AROSEMENA
*Fundación de la Nacionalidad Panameña*
Selección, prólogo y cronología: Ricaurte Soler

93
SILVIO ROMERO
*Ensayos Literarios*
Selección, prólogo y cronología: Antonio Cándido
Traducción: Jorge Aguilar Mora

94
JUAN RUIZ DE ALARCON
*Comedias*
Edición, prólogo, notas y cronología: Margit Frenk

95
TERESA DE LA PARRA
*Obra*
(Narrativa, ensayos, cartas)
Selección, estudio introductorio y cronología: Velia Bosch
Teresa de la Parra: las voces de la palabra: Julieta Fombona

96
JOSE CECILIO DEL VALLE
*Obra Escogida*
Selección, prólogo y cronología:
Mario García Laguardia

97
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
*Moral Social / Sociología*
Prólogo y cronología:
Manuel Maldonado Denis

98
JUAN DE ESPINOSA MEDRANO
*Apologético*
Selección, prólogo y cronología:
Augusto Tamayo Vargas

99
AMADEO FREZIER
*Relación del Viaje por el Mar del Sur*
Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción y cronología:
Miguel A. Guerin

100
FRANCISCO DE MIRANDA
*América Espera*
Selección y prólogo:
J.L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Manuel Pérez Vila y Josefina Rodríguez de Alonso

101
MARIANO PICON SALAS
*Viejos y Nuevos Mundos*
Selección, prólogo y cronología:
Guillermo Sucre

102
TOMAS CARRASQUILLA
*La Marquesa de Yolombó*
Prólogo: Jaime Mejía Duque
Cronología: Kurt L. Levy

103
NICOLAS GUILLEN
*Las grandes elegías y otros poemas*
Selección, prólogo y cronología:
Angel Augier

Este volumen,
el CIV de la BIBLIOTECA AYACUCHO,
se terminó de imprimir
el día 9 de septiembre de 1983,
en los talleres de Editorial Arte,
Calle Milán, Los Ruices Sur,
Dtto. Sucre, Edo. Miranda.
En su composición se utilizaron
tipos Fairfield de 12, 10 y 8 puntos.